

TEORIA GENERAL DE PSICOLOGIA

- El proceso que dio origen al psiquismo humano; la evolución biológica aplicada a la especie
- La lógica básica del psiquismo, su estructura y funcionamiento; el sistema de necesidades y tendencias esenciales, sus leyes y relaciones
- La transformación de la sociedad y su adecuación a las necesidades naturales del hombre

LAS LEYES DEL PSIQUISMO

Alberto E. Fresina

F
Editorial Fundar



ARMAR LIBRO

Se recomienda la impresión completa del libro para proceder a su lectura. El texto está dispuesto de un modo que facilita su impresión y encuadernación. Se deben imprimir primero las páginas impares en orden ascendente; luego, en la reversa, y en el mismo orden, las páginas pares. Los textos de ambas caras quedarán enfrentados y ubicados en el mismo rincón de la hoja. Finalmente se efectúa el corte en la línea de puntos señalada arriba, quedando el libro en su tamaño original para su encuadernación. Si resulta muy costoso el procedimiento, recuerde que puede encargar un ejemplar en la dirección: <http://www.fresina.ndh.com.ar>

© 1999 Alberto E. Fresina

Editorial Fundar

Impreso en Argentina
I.S.B.N. 987-97020-9-3

Mendoza, 14 de julio de 1999

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Registrado el derecho de autor en la Sociedad Argentina del Derecho de Autor en el año 1988, y en la Cámara Argentina del Libro en 1999, año de su publicación.

INTRODUCCION

Este libro contiene el desarrollo de una teoría del psiquismo, centrada en las leyes y mecanismos que rigen la motivación humana. El método general que la sustenta es el de la dialéctica materialista, el empleo de la lógica surgida de los descubrimientos de Marx y Engels. Las leyes y categorías universales del materialismo dialéctico, y su aplicación consciente, constituyen un valioso instrumento para el conocimiento científico, especialmente cuando se trata de dar explicación a fenómenos que se alejan de la posibilidad de manipulación práctica, como es entre otros el caso del psiquismo y sus funciones esenciales.

Los temas que aquí se tratan constituyen problemas centrales de la psicología, y han sido objeto de muchas teorías y controversias entre las distintas posturas y corrientes de pensamiento. Pero el presente trabajo, a excepción de los casos expresamente indicados en que se toma como base conocimientos e ideas anteriores como punto de partida, no está dedicado mayormente a reproducir o cuestionar las afirmaciones de otros autores, lo que requeriría un extenso tratado aparte, sino que tiende fundamentalmente a mostrar la nueva teoría en su forma afirmativa.

El libro consta de diecisiete capítulos, divididos en tres partes.

PARTE I

Abarca los primeros cuatro capítulos. Estos son de carácter relativamente introductorio, aunque tienen la mayor importancia teórica, y tienden a presentar el marco y los principios generales en los que se basa el posterior desarrollo. Dentro de esta primera parte, el primer capítulo contiene lo que podría considerarse una teoría antropológica independiente sobre la evolución del hombre, que incorpora nuevos elementos para la explicación del proceso que dio origen a la especie. Tales nociones, a su vez, significan una importante fuente de argumentos para la explicación de las funciones esenciales del psiquismo humano. En el segundo capítulo se muestra la lógica interna del psiquismo, sus leyes básicas, que constituyen lo más esencial y universal de la motivación y de toda conducta intencional. En el tercero hay un avance sobre las tendencias particulares o impulsos, como un adelanto de la forma en que se manifiestan las leyes generales. Por último, el capítulo cuarto se refiere a las consideraciones sobre el método para abordar el estudio más específico sobre los mecanismos del funcionamiento psíquico,

según los distintos niveles de complejidad en los que se encuentran organizados.

PARTE II

Comprende los capítulos cinco al quince inclusive, y es el tratamiento específico sobre la estructura y el funcionamiento psíquicos. En esta parte se analizan en forma particularizada los mecanismos y funciones esenciales de la estructura motivacional humana, comenzando con el nivel más elemental, que es el de los reflejos del sistema nervioso, para ir subiendo gradualmente el enfoque, hasta terminar en las leyes que sostienen el movimiento de las tendencias superiores.

PARTE III

La integran los capítulos dieciséis y diecisiete. Aquí se desemboca en el campo de la sociología y en la estructura de las relaciones económicas de la sociedad. Es el tratamiento sobre las conclusiones generales y la posible aplicación de los conocimientos. Es decir, en base a haber determinado lo que serían las necesidades esenciales del hombre, así como las condiciones naturales para su normal satisfacción, se desprende cómo debería organizarse la vida social, especialmente el trabajo, así como las diversas actividades educativas, recreativas, artísticas, etc., para que el psiquismo funcione saludablemente. Esto se trata en el capítulo dieciséis.

Pero tal modificación general de la vida laboral y de las distintas actividades sociales, como se podrá imaginar, sólo es posible bajo la condición de la previa transformación de las relaciones económicas de la sociedad. En última instancia, y esto se analiza en el capítulo diecisiete, es indispensable la premisa del socialismo científico, del predominio de los intereses y el criterio de los propios trabajadores, para que los cambios en la organización del trabajo no se vean obstaculizados por intereses económicos contrarios al mejoramiento de la vida y de la sociedad.

Alberto E. Fresina

INTERNET

El texto completo del presente libro está disponible en la dirección: www.fresina.ndh.com.ar y en <http://ar.geocities.com/albertofresina> . El reintegro sugerido por esta entrega es el aporte voluntario del lector, que desde ya se agradece. Opciones:

1- Envío de un valor por vía postal, a nombre del autor, dirigiendo correspondencia a Casilla de Correo N° 270, Correo Central, Mendoza, Argentina, código postal 5500.

2- Depósito o transferencia a la Caja de Ahorro N° 356000171-7 de Alberto Fresina, en el Banco de la Nación Argentina, sucursal Mendoza.

Comentarios sobre el contenido: albertofresina@yahoo.com.ar - fresina@ndh.com.ar

PARTE I

DESARROLLO DEL MARCO TEORICO

- La evolución biológica y la formación del psiquismo humano
- Leyes psicológicas generales y tendencias particulares
- Los niveles del funcionamiento psíquico

LA SELECCIÓN NATURAL Y EL ORIGEN DEL PSIQUISMO HUMANO

Darwin explicó ya las leyes generales de la evolución biológica. En su exposición contempla una diversidad de factores en juego, que en su interacción van produciendo la lenta evolución y transformación de las especies*. Entre esos factores repasaremos algunos de los más importantes, y que son los que dan forma a la idea central de la teoría de la evolución de las especies.

Uno de estos hechos es que toda especie tiende a generar una gran cantidad de descendientes en una progresión geométrica. En caso de no tener límites esa multiplicación ininterrumpida de sus miembros, cada especie debería cubrir la superficie de la Tierra en poco tiempo. Sin embargo el límite existe y principalmente es el alimento; es decir, nacen más individuos de los que se pueden alimentar. Así, aquellos que tengan una mejor capacidad innata para el logro del alimento sobrevivirán, mientras que el resto será eliminado. Tales sobrevivientes llegarán a la época de reproducción y darán hijos con similar capacidad. Por lo tanto, la especie quedará constituida por miembros que poseen los rasgos útiles para el logro del alimento. Al quedar únicamente los aptos, y al reproducirse éstos en una progresión geométrica, se rebasa nuevamente el límite del alimento, produciéndose una nueva selección más exigente.

Dicha selección ocurre bajo la premisa del factor: **variabilidad**. Esto quiere decir que cada generación de la especie da origen a una cierta cantidad de descendientes, de los cuales la mayoría hereda prácticamente la misma capacidad que los progenitores, pero en algunos aparecen mínimas **diferencias innatas** de capacidad. Esa diferencia será a favor de unos pocos y en contra para otros. Así, dada la siguiente lucha por el alimento limitado, sobrevivirán con más frecuencia los que heredaron alguna mínima diferencia innata a favor y el resto irá quedando eliminado. Nuevamente, la siguiente reproducción tendrá a esos sobrevivientes como punto de partida y

* Darwin Charles. **El origen de las especies**. Editorial EDAF. Madrid 1985

el proceso se repetirá una y otra vez, transformándose poco a poco la especie.

Sabemos que a partir de investigaciones posteriores, especialmente las de Mendel y De Vries, se arribó al conocimiento de los genes, con su capacidad de combinarse de distintas maneras y de experimentar mutaciones. Estos nuevos conocimientos daban la explicación de lo que Darwin ignoraba sobre los mecanismos concretos por los que tenía lugar la variabilidad de los individuos. Pero tales descubrimientos, así como los más avanzados conocimientos actuales sobre genética, no alteran en absoluto las nociones básicas de la teoría de la selección natural. En su planteo, Darwin se limita a decir: se da la **variabilidad**; y poco importa, en ese enfoque general, cuáles son los ultramecanismos que actúan para permitirla, ni tampoco si son cambios pequeños o a veces relativamente grandes (macromutaciones).

La idea básica, surgida un siglo antes en la teoría de R. Malthus sobre la población humana* , y que Darwin trasladó al resto de las especies, es que en todos los casos se da una tendencia reproductiva en una progresión geométrica. Ello implica que de no haber límites u obstáculos, se generaría una cantidad de descendientes que llegarían a cifras astronómicas en poco tiempo, sobrepasando toda posibilidad de alimentación. Si a esto se agrega el hecho simple formulado por Darwin de que “se da la variabilidad”, entonces debe ocurrir necesariamente un proceso de selección natural, haciendo que sobrevivan con más frecuencia o probabilidad los organismos que experimentan las variaciones positivas para ese fin, y que se extingan los que varían en sentido contrario, al igual que los que no presentan modificaciones, por ser aventajados por los primeros. Dicho proceso, operado ininterrumpidamente durante millones de años, termina necesariamente transformando las especies.

Claro que hay muchos otros factores a considerar, además del alimento limitado, como condiciones a las que se deben adaptar los organismos, ejemplo: los cambios de clima, la capacidad de defensa ante los depredadores naturales de la especie, la inmunidad ante agentes infecciosos, y muchos más. Pero la limitación del alimento es el factor al que siempre se le dio una importancia especial, por ser el más adecuado para entender las leyes de la selección natural, y sobre todo por su enorme y permanente influencia sobre la evolución de las especies.

Un elemento al que Darwin presta especial atención es el hecho de que la lucha fundamental se plantea entre los miembros de la misma especie.

* Malthus Robert. **Primer ensayo sobre la población**. Ediciones Altaya. Barcelona 1997

Como ellos comparten una misma región, el mismo medio ambiente e igual género de alimentos, al ser éste limitado, quienes eliminan a los que no logran alimentarse son los propios compañeros de especie. Sin embargo, según se podrá deducir, la lucha entre los miembros de la misma especie no debe concebirse como expresa o directa, sino que se trata de una lucha pacífica y objetiva. Cada animal trata de comer, pero no “sabe” que al lograr alimentarse priva de alimento a algún compañero de especie. Tampoco éste “deduce” que su fracaso se debe a que los otros comieron todo lo que había.

Otro hecho a tener en cuenta es que, en general, las diferencias innatas de capacidad entre los miembros de una especie son siempre ligeras. Si hacemos un “corte transversal” de la evolución de cualquier especie, veremos que los vástagos de cada camada son prácticamente iguales. Si nos detenemos en ese enfoque transversal y observamos una generación de cualquier especie, encontraremos que en realidad el azar es lo más determinante de la sobrevivencia de uno u otro individuo. Por ejemplo, entre el animal que tiene uñas de 2 cm. más “un micrón” y su compañero que posee uñas de 2 cm. exactos, y donde la mayor longitud es el rasgo útil, no hay prácticamente diferencia de capacidad. Si se excluye la sobrevivencia entre uno u otro, sólo podemos afirmar que el primero tendría, por decir, un 50,001% de posibilidades de sobrevivir contra el 49,999 del segundo. Sólo cuando ha transcurrido una considerable cantidad de tiempo y el azar ha dado una “vuelta completa” en su influencia, repartiéndose en forma homogénea para todos los tipos de rasgos, allí aparece el desequilibrio y los sobrevivientes serán, en el ejemplo, los que tengan uñas de más de 2 cm.

1. La selección natural aplicada al hombre

Los principios vistos sobre la evolución de las especies son indudablemente correctos. Pero cuando Darwin intenta aplicar esas leyes a la evolución humana incurre en algunos errores*. Entre los hechos que debe omitir o desconocer para aplicar ese esquema a la evolución del hombre, encontramos en primer lugar la naturaleza social del trabajo, así como el equitativo reparto, en el interior del grupo, del producto del trabajo común. Estos hechos son de por sí contradictorios con la suposición de una lucha y selección natural de individuos aislados. Engels demostró ese error, a la vez

* Darwin Charles. **El origen del hombre y la selección en relación al sexo**. Editorial Albatros, Colección Los Grandes Eruditos. Buenos Aires. 1943

que aportó el descubrimiento de que el trabajo fue el factor principal que orientó la transformación del mono en hombre.*

De todas formas, faltaría aún la conexión definitiva entre las leyes de la evolución biológica y el papel fundamental del trabajo, que en su entrelazamiento dieron como producto la transformación progresiva de cierto grupo de simios antropoides en sociedad humana. La corrección de un solo error, pero importante, de Darwin, será lo que hará posible la integración de sus leyes generales con la decisiva influencia del trabajo social. Dicho error radica en que Darwin abordó el tratamiento de la evolución de la especie humana acentuando el enfoque en el sujeto individual, y concibiendo a la tribu sólo secundariamente, como si se tratara de una simple agrupación física de individuos con ligeras relaciones entre sí, sin observar lo que en cambio vio con claridad en las hormigas, abejas y otros insectos, esto es, la existencia de una comunidad organizada funcionalmente alrededor del **trabajo común**, de cuyo producto vive el conjunto, y sin el cual se extingue el organismo social en su totalidad. La tribu es un único sistema vivo, con una compleja organización interna, que cuenta con la propiedad de persistir con vida, e inclusive de mantener su identidad, a pesar de la reiterada renovación de sus miembros. Se trata de un verdadero organismo social en el que, al igual que en otros organismos sociales, el trabajo común es el elemento central de su organización funcional. El producto global de ese trabajo tiene, en estado natural, una equitativa distribución en el interior del grupo. Por ello, la sobrevivencia de todos y de cada uno depende del éxito o fracaso del conjunto, o sea, sobrevive el organismo social o perece según los resultados del trabajo común. Por lo tanto, desde las leyes de la evolución biológica, el individuo de la especie humana no es un sujeto aislado, sino un organismo social. La **tribu** es aquí el verdadero individuo de la especie.

Deteniendo ahora el enfoque a medio camino del proceso de transformación del grupo de simios en organismo social humano, nos encontramos con la tribu de hombres-mono. Pero advertimos además un importante hecho: no existe una sola tribu singular, sino que en la región hay cientos o miles de tribus similares, es decir, nos encontramos con la especie de organismos sociales. Supongamos como hipótesis que existen simultáneamente mil tribus, que se distribuyen ocupando una región en la que el alimento no alcanza para todas. Si consideramos constante el resto de condiciones y la anulación del azar con el tiempo, no hay dudas de que sobrevivirán las tribus mejor capacitadas para el logro de los medios de subsistencia, y las

* Engels Federico. **Dialéctica de la Naturaleza**. Editorial Cartago. Buenos Aires. 1987. Pág. 138 (art.: El papel del trabajo en la transición del mono al hombre)

restantes serán eliminadas. La característica que marca la capacidad de una tribu para lograr los medios de subsistencia no puede ser sino la eficiencia laboral en su conjunto. Con esto estamos en condiciones de afirmar que la selección natural, en cada paso de la evolución humana, actuó directamente sobre tribus enteras. Las tribus con mejor funcionamiento en el trabajo lograban sobrevivir, mientras que las menos eficaces en su funcionamiento laboral conjunto eran gradualmente eliminadas por la selección natural.

Veamos cómo se reafirman las leyes generales de Darwin en el hombre, con un solo arreglo. El mismo consiste en corregir la mira que antes apuntaba acentuadamente al individuo “arrancado” de la tribu y tomado en abstracto, y ahora la hacemos enfocar de lleno hacia la tribu concreta u organismo social, como el auténtico “individuo” de la especie.

Teníamos como primer postulado que nacen más individuos que los que podrán sobrevivir, a causa del alimento limitado. La reproducción de las tribus que sobrevivieron en la hipótesis responde a nuevas leyes. Está por un lado la reproducción y renovación de los miembros de cada tribu, a la que podemos llamar **reproducción primaria**. Pero la nueva forma de reproducción de ese raro individuo que es el organismo social es la que llamaremos **reproducción secundaria**. Esto significa que cuando una tribu es eficiente en el logro de los medios de subsistencia, comienza a “engordar” en número de miembros, hasta que por determinadas circunstancias se divide en dos grupos que se separan, formándose dos tribus nuevas. Las tribus hijas, surgidas de esa división, llevan consigo el mismo tipo de caracteres genéticos, así como la misma cultura en su integridad (idioma, conocimientos, costumbres, técnicas de trabajo). Luego de la división, y al sucederse unas pocas generaciones de reproducción primaria, veremos que aún persisten las dos tribus, pero encontraremos que son otros sus miembros. Cada tribu ha renovado completamente sus integrantes y quizá ya nadie se conoce entre ambos grupos.

Este mecanismo de reproducción secundaria tiene lugar una y otra vez durante la larga evolución de la especie. La tribu cuya eficiencia laboral sea la mejor de todas mostrará una tendencia a crecer y reproducirse geométricamente. Las tribus hijas heredan igual eficiencia laboral, tanto a nivel genético como cultural, por lo que también “engordan” y se reproducen en forma secundaria. Si ya hay cuatro tribus hijas eficaces, al ser las mejor capacitadas para el trabajo productivo, como la tribu madre, se reproducen nuevamente. De ese modo tendremos 8 tribus aptas, luego habrán 16, 32, 64, 128, 256, etc. Así, el nuevo tipo de tribus se adelanta en la obtención del

alimento de la región, haciendo que las otras, con menos eficiencia laboral, se vayan extinguiendo paulatinamente.

Supongamos que ya se extinguieron todas las tribus menos capaces. La especie se compone ahora de mil tribus que son las más aptas para el logro de los medios de subsistencia; todas son descendientes de aquella tribu eficaz que comenzó la reproducción geométrica. Sin embargo, el alimento de la región sigue siendo insuficiente para ese número de tribus. Si consideramos constante el azar y el desarrollo cultural de cada tribu, encontraremos que siempre habrá alguna mínima diferencia genética a favor de los miembros de alguna de ellas. Tal diferencia determinará que con el transcurso de los muchos años, la tribu que la posea, y sus tribus descendientes, se impongan sobre el resto y terminen cubriendo el espacio alimentario del que dispone la especie, desplazando a las tribus que antes eran aptas, pero que fueron convertidas en ineficientes por la mayor eficiencia de las nuevas.

Uno de los hechos que observó Darwin es que la lucha fundamental se plantea entre los miembros de la misma especie. Efectivamente, la contradicción o lucha fundamental está dada entre las tribus que compiten en forma objetiva por el alimento. Aquí es necesario evitar suposiciones erróneas con el concepto de lucha. En condiciones naturales, prácticamente nunca es mortal o de efectos graves la lucha o pelea directa entre individuos de la misma especie. La explicación de ello está dada en que toda especie cuyos individuos tiendan a combatir entre sí hasta morir o hasta inutilizar al rival, tiende rápidamente al autoexterminio. Ninguna especie sobreviviente puede tener individuos normales con un “interés innato” en esas luchas internas mortales. Hay que admitir en cambio las posibles riñas y hostilidades esporádicas entre las tribus; inclusive la probable muerte del enemigo de la misma especie. Pero será siempre la excepción y algo accidental. Al hablar de lucha por el alimento, se trata de que si nuestra tribu vuelve frustrada al anochecer por no haber encontrado ninguna presa, lejos estará de suponer que las presas que allí no había son las que fueron atrapadas por la tribu que está “detrás de la colina”. Del mismo modo, si somos miembros de esta última tribu y volvemos felices de la cacería por el excelente resultado, no sabremos que con ello “vencimos” a una tribu que ni siquiera está a la vista, en la lucha por el alimento limitado de la región. Lo fundamental es esa disputa objetiva y ajena a la subjetividad entre los organismos sociales, por el alimento siempre limitado de la región. Siempre limitado, porque aunque aumente la cantidad bruta de alimento, igualmente aumenta el número de tribus, dada la reproducción geométrica, que hace rebasar constantemente el espacio alimentario.

El otro de los factores contemplado por Darwin es el de la gran influencia del azar como determinante de la sobrevivencia ocasional de uno u otro individuo. Nuevamente, al hacer un “corte transversal” de la evolución humana, veremos cientos o miles de tribus y sus miles o cientos de miles de seres humanoides. Todos estos seres son prácticamente iguales, todos provienen de un mismo tipo de organismo social que algún tiempo atrás inició la rama evolutiva ahora vigente. Si bien existen minúsculas diferencias genéticas a favor de algunas de esas tribus, sería imposible detectarlas. La diferencia sólo se hará manifiesta con el pasar de los miles de años, cuando el azar y la multiplicidad de los otros factores se anulen entre sí, imponiéndose entonces la tribu que presenta el rasgo genético favorable, y marcando el nuevo rasgo de la especie.

2. La selección sexual

A Darwin* corresponde también el descubrimiento del importante papel que la selección sexual tuvo en la evolución y transformación de las especies, incluyéndose el hombre, en el cual ese papel fue sin dudas muy significativo.**

La forma de obrar de la selección sexual, en términos generales, consiste en que la sola preferencia hacia los individuos que poseen determinados rasgos, lleva a una mayor reproducción de dichos individuos. Ello hace que luego de mucho tiempo de sucesivas generaciones, la totalidad de los nuevos miembros de la especie contenga por igual el rasgo en cuestión, extinguiéndose paulatinamente los que no lo poseen.

Un hecho en el que Darwin no hizo suficiente hincapié está dado en que los rasgos de atracción sexual, en toda especie, tienden a ser siempre correlativos a los caracteres útiles para la sobrevivencia en general. De lo contrario, si como producto de la selección sexual, ciertos individuos de una especie desarrollan caracteres inútiles o perjudiciales para la sobrevivencia, obviamente serán eliminados por la selección natural. Por ello, las modificaciones provocadas por la selección sexual, que prosperan,

* Darwin, Charles. **El origen del hombre y la selección en relación al sexo.**

Albatros. Colección Los Grandes Eruditos. Buenos Aires 1943.

** Corresponde reconocer también a A. R. Wallace, contemporáneo de Darwin, quien había desarrollado por su cuenta ideas similares a las de éste, motivo por el cual ambos decidieron presentar de manera conjunta sus descubrimientos.

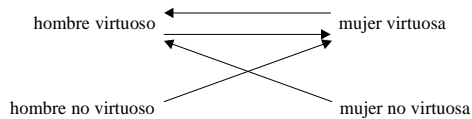
son aquellas que a la vez implican una condición favorable para la adaptación global a las exigencias generales de la supervivencia. La selección natural va controlando lo que “hace” la selección sexual, de modo que la tarea de ésta sea paralela y complementaria a la de aquélla, favoreciendo siempre todo lo que sea de utilidad para la supervivencia individual y de la especie. Solamente quedaría lugar a la selección sexual a que promueva el desarrollo de caracteres neutros, o que no son favorables ni perjudiciales. Pero ello tendría lugar sólo hasta ciertos límites, puesto que siempre se verán favorecidos en la lucha por la vida los organismos que hagan de la selección sexual un “acelerador” del desarrollo de rasgos útiles para la supervivencia en general.

En el hombre, uno de los rasgos de atracción sexual está dado en el grado de virtudes personales o cualidades positivas en general. Esto no sólo ocurre en el hombre “civilizado”, como creyó Darwin, sino en todos los seres humanos, incluyendo en primer lugar a los primitivos de los cuales heredamos esa tendencia. Casi todas las virtudes personales absolutas, o universalmente reconocidas y apreciadas como tales, son de utilidad para la eficiencia del trabajo común, ejemplo: habilidad, valentía, creatividad, lealtad, inteligencia, capacidad de rendimiento, abnegación, etc. Tales cualidades, aunque se valoren en general hacia sujetos de ambos sexos, también influyen al momento de preferir sexualmente. Si dos sujetos del sexo opuesto son iguales en todo lo demás, habrá una mayor atracción o simpatía hacia quien se valora más por sus virtudes. Lo que resulta de aquí, es que los más virtuosos tenían, en términos generales, una mayor frecuencia de actividad sexual, lo que llevaba a una mayor reproducción. En realidad, la mayor atracción hacia el sujeto del sexo opuesto, a causa de sus virtudes, no siempre es sexual directamente, sino también hacia la persona toda. Pero en condiciones naturales eso lleva igualmente a la mayor actividad sexual.*

Tomemos en una tribu pre-humana dos hombres y dos mujeres con iguales condiciones generales, similar atractivo físico, etc., pero donde uno de los hombres y una de las mujeres son más virtuosos que los otros dos. La mujer con cualidades positivas será más frecuentada tanto por el hombre virtuoso como por el no virtuoso; a la vez, el hombre con mejores virtudes será más solicitado por ambas mujeres.

* Un elemento que contribuye a acelerar estos mecanismos es el fenómeno del **enamoramamiento**, el cual tiende a desencadenarse, precisamente, ante individuos del sexo opuesto que son percibidos como poseedores de las mejores cualidades o virtudes.

Esquemáticamente:



La mayor o menor virtuosidad, que influye en la preferencia sexual, es fundamentalmente adquirida. Pero tomando un gran espacio de tiempo de evolución de la especie, el factor adquirido, con toda su abundancia, se va anulando a sí mismo. En otras palabras, las virtudes personales están determinadas en su grado casi totalmente por el factor adquirido. Pero si todos tienen la misma práctica o experiencia, e igual influencia del azar, cualquier rasgo genético subyacente que favorezca una mejor calidad del desempeño social implicará un desequilibrio a favor de su poseedor. Como los demás factores que hacen al azar y al desarrollo de virtudes por medio de la práctica o experiencia se equilibran con el tiempo, es evidente que terminará asomando la minúscula diferencia genética. De tal modo, al considerar constante aquel universo de elementos, nos queda la mayor virtuosidad determinada por las premisas innatas o genéticas.

Supongamos que en una tribu determinada aparece por casualidad un rasgo genético favorable en alguno de sus miembros. Este sujeto será preferido sexualmente con una imperceptible mayor frecuencia. Por lo tanto, sus genes se reproducirán más que los otros.

Observemos el proceso resumidamente y acelerándolo en muchas veces de modo que se haga perceptible: aquel sujeto, a causa de su ventaja genética, genera por ejemplo 10 hijos, mientras que otro da sólo 9. Los 10 hijos con el mismo rasgo favorable darán 100 más, y los 9 del otro sujeto tendrán 9 cada uno = 81. Luego, aquellos 100 darán 10 hijos cada uno = 1.000; los otros tendrán 9 cada uno: $81 \times 9 = 729$. En la siguiente reproducción la relación será: 10.000 con el rasgo en cuestión y 6.561 sin él. Esta separación creciente, combinada con la muerte natural o accidental de un porcentaje regular de cada grupo, hace que terminen imponiéndose con el tiempo los rasgos genéticos positivos con la sola selección sexual.

3. Selección natural de tribus y selección sexual

Cuando en una tribu aparece por casualidad un rasgo genético favorable en uno de sus miembros, dicho rasgo se irá imponiendo con el tiempo a través de la selección sexual, hasta que luego de muchas generaciones todos

los nuevos sujetos de la tribu cuenten por igual con él. Esa tribu, donde sus integrantes comparten el rasgo genético positivo, es seleccionada en **conjunto** por la naturaleza. Se trata de un organismo social con una ventaja genética generalizada en sus miembros; toda la tribu ahora es más eficaz en su funcionamiento que cualquier otra.

De esta manera, la tribu en la que aparece una característica genética útil en uno de sus miembros tiene un mecanismo interno que permite que ese rasgo se generalice con el tiempo a todos los nuevos sujetos de la tribu. Luego, la selección natural termina la tarea, seleccionando a todo el organismo social, por ser más eficaz que el resto.

El mecanismo interno de selección sexual está presente en las “mil tribus” que existen en un momento dado. Por esa razón, el rasgo genético favorable que aparece en uno de los miles o cientos de miles de individuos de las mil tribus marca el rasgo que tendrán los nuevos miles o cientos de miles que existirán luego de muchos años. La característica innata que aparece en un individuo se generaliza primero a toda la tribu por medio de la selección sexual. Ello hace que la tribu sea más eficiente, siendo seleccionada por la naturaleza. Luego, dicha tribu se reproduce en forma secundaria, dando dos organismos sociales hijos que se separan, llevando cada uno en sus integrantes aquel rasgo genético positivo. Por lo tanto, al ser tribus eficaces lograrán sobrevivir, reproduciéndose nuevamente en forma secundaria, resultando así 4 tribus más, que luego darán 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512, hasta cubrir el espacio alimentario de la especie, desplazando al resto. De esa forma, todos los nuevos sujetos de la especie contarán con el mismo rasgo que alguna vez apareció por casualidad en un sujeto singular.

4. Subordinación de la selección sexual a la selección natural de tribus

El mecanismo de selección sexual interna, basado en la preferencia hacia las virtudes personales, es algo “creado” por la selección natural de organismos sociales. Si una tribu no cuenta con él, no podrá generalizar en sus futuros miembros el rasgo genético útil que aparece en uno de sus individuos. En cambio, si una tribu cuenta con el mecanismo interno de selección sexual, aprovechará el rasgo positivo que aparece, generalizándolo a sus futuros miembros y logrando con ello una ventaja sobre el resto en la lucha por la existencia. Así, sobrevivirá la tribu que posee el mecanismo, extinguiéndose la que no lo tiene. En base a esto, podemos decir que la existencia

del mecanismo de selección sexual es producto de la selección natural de tribus; sobrevive la que lo posee y se extingue la que no cuenta con él.

Pero una vez que apareció y se desarrolló el mecanismo interno de selección sexual, el mismo se generaliza a todos los nuevos organismos sociales. Cuando la tribu que lo posee se divide en dos organismos sociales similares, ambos lo heredan por igual, y así con las siguientes reproducciones secundarias. Por ello, las “mil tribus” que existen en cada momento cuentan por igual con él.

La naturaleza no sólo seleccionó las tribus con ese mecanismo interno, sino que además se “aseguró” de que los rasgos a escoger en la preferencia sexual sean precisamente aquellos que favorezcan la efectividad laboral de la tribu. De nada serviría el mecanismo de selección sexual si se prefirieran caracteres que son inútiles para la eficacia laboral de la tribu y por tanto perjudiciales para su sobrevivencia. Únicamente sobrevivieron las tribus en que no sólo había selección sexual de rasgos, sino donde además tales rasgos eran los que servían a la efectividad del trabajo común y a la sobrevivencia del organismo social. Por eso las virtudes que se aprecian universalmente son por ejemplo: habilidad, inteligencia, creatividad, responsabilidad, compañerismo, lealtad, sapiencia, eficiencia; o sea, cualidades personales que son favorables para el trabajo social y la sobrevivencia de la tribu.

5. Conclusiones

De lo que hemos tratado sobre los mecanismos de la evolución humana, se desprende en primer lugar la reafirmación de las leyes generales de Darwin en el proceso evolutivo de la especie. Pero no en la forma que él supuso, al creer que lo fundamental era la selección de individuos aislados, sino ampliando el enfoque y tomando un conjunto de organismos sociales o tribus como los verdaderos “materiales” sobre los que actuaron las leyes de la selección natural. Cada organismo social es un auténtico animal gigante, del tipo territorial, con una compleja organización interna, que funciona integradamente como un único sistema vivo que lucha por la sobrevivencia.

La costumbre de enfocar de manera individualista la historia de la evolución humana ha sido siempre un obstáculo para comprender el proceso que llevó a la aparición del hombre. Inclusive entre quienes reafirman la naturaleza social humana, ha existido siempre una tendencia a imaginar al hombre primitivo como un ser aislado, movido por instintos egoístas, que deambuló durante cientos de miles de años de evolución,

hasta que un cierto día decidió juntarse con otros para vivir en sociedad. Nada puede ser más erróneo. Ese “hombre primitivo” no existió nunca, es una fantasía. Lo que hubo fue un proceso ininterrumpido de transformación y evolución desde una **manada de monos** hasta la **tribu humana**, donde siempre se trató de un organismo social, de un grupo cuyos integrantes se hallaban fuertemente unidos e interrelacionados. El hombre se fue formando y estructurando como parte de un organismo social. Esa es su naturaleza, su esencia social más básica, que está dada ya biológicamente.*

Por otro lado, lo tratado hasta aquí confirma los conceptos de Engels en relación al papel fundamental del trabajo, como orientador y “moldeador” de la transformación del mono en hombre. Las tribus cuyos miembros se iban adaptando de la mejor forma al trabajo lograban sobrevivir y reproducirse, mientras que el resto se extinguía gradualmente. Por ello, la efectividad laboral del organismo social y de todos sus miembros era el criterio rector que iba decidiendo sobre qué tribus sobrevivían y cuáles no. Este proceso se repitió una y otra vez durante el largo desarrollo de la especie, resultando así la lenta transformación del mono en hombre. La adaptación del hombre a la sobrevivencia era prácticamente sinónimo de adaptación al trabajo, como medio imprescindible para la segura alimentación de la tribu. Los que mejor se iban adaptando a él, tanto en lo anatómico-fisiológico como en lo psicológico-social, lograban la sobrevivencia y el resto se extinguía paulatinamente.

Con respecto al psiquismo humano, se hace evidente que sus funciones esenciales (las que serán objeto de nuestro estudio) son producto de aquella orientación social de la evolución. Al seleccionarse las tribus que mejor funcionaban en el trabajo común, obviamente se seleccionaban también los psiquismos individuales que mejor venían adaptados para ese funcionamiento grupal eficaz. Por eso, las distintas funciones psicológicas propias del hombre son producto de aquel proceso de selección natural; existen sólo por haber sido útiles a la sobrevivencia de la tribu. En otras palabras, dada la

* El elemento que determinaría que un grupo pase a ser un organismo social sería el trabajo común. Por eso la tribu humana, al igual que ciertos insectos que se caracterizan por el trabajo social, como es, por ejemplo, el caso de las hormigas, se adaptan más al concepto de organismo social, que los grupos de animales sin ese factor. En éstos sólo se trataría de grupo o manada, horda, etc., donde las ventajas de la unión son muy limitadas, ejemplo: protección frente a los peligros, o el mayor éxito en la cacería. Pero para hablar de organismo social, se impone la idea de una mayor organización funcional del conjunto, y en tal caso el trabajo común es un elemento central, es el engranaje principal alrededor del cual se organiza toda la vida social.

rigurosidad de la selección natural, que deja solamente lo útil a la vida y elimina lo inútil, las diversas funciones psicológicas esenciales, compartidas por todos los hombres, no podrían existir sino sólo por haber significado un apoyo para el mejor rendimiento laboral del organismo social, como condición para la regular obtención de los medios de subsistencia. Así como no hay órganos que no cumplan (o hayan cumplido) alguna función en el organismo, del mismo modo, no pueden haber funciones psicológicas propiamente humanas que no hayan tenido una clara utilidad para la tribu, en cuanto ventaja a su favor en la lucha por la sobrevivencia del conjunto.

Para que se comprenda mejor lo que hasta aquí se ha expuesto, valdría la pena hacer una reconstrucción ordenada del proceso que llevó a estas conclusiones. Olvidemos por un momento lo dicho hasta ahora. En principio, uno de los fenómenos que más ha llamado la atención a la investigación sobre la historia de la evolución del hombre ha sido el inusitado desarrollo del cerebro y de la inteligencia, como elementos sobresalientes respecto al resto de animales. El interrogante concreto era porqué se produjo un fenómeno que “teóricamente” no tendría que haber sucedido; esto es, porqué, de acuerdo a los cráneos fósiles hallados, el cerebro humano se desarrolló tanto y relativamente tan rápido en los últimos cientos de miles de años, hasta alcanzar un volumen de unos 1.400 cm³, cuando aparentemente con 1.000 cm³, por ejemplo, era ya suficiente para la sobrevivencia si tenemos en cuenta que la inteligencia dada por esa capacidad cerebral era ya superior a la de cualquier animal. Ninguna otra especie podía significar un competidor serio. Tampoco los compañeros de tribu podían ser competidores, ya que, fuera de alguna competencia o emulación en el plano moral, es indiscutible la tendencia a la cooperación dentro del grupo, así como el reparto del producto del trabajo común.

Entonces, en apariencia, el cerebro humano se habría desarrollado más allá de lo necesario para la sobrevivencia. Ese desarrollo parecía haberse producido por fuera de las leyes de la selección natural. Se habría tratado, aparentemente, de una carrera insólita de desarrollo del cerebro y la inteligencia, que no podía ser encuadrado en el esquema de aquellas leyes.

Pero alguna explicación había que darle al fenómeno. Así surge, en principio, la idea, ya planteada por Darwin, de la **selección sexual**. La explicación que se obtenía era que los sujetos más inteligentes (y correlativamente con mayor volumen cerebral) tenían un mayor atractivo y eran preferidos sexualmente con más frecuencia, reproduciéndose más que los otros. Tal mecanismo habría provocado, entonces, ese desarrollo del cerebro en la especie. De esa forma, no era indispensable la selección natural. No

hacía falta la muerte de unos para que vivan otros, sino que todos terminaban sus vidas sin mayores sobresaltos, y la selección era sólo genética, según las leyes más benévolas de la selección sexual. Esto contemplaba el trabajo social y las tendencias fraternales del hombre, y explicaba aquel fenómeno tan curioso.

Se trataba, sin duda, de una explicación bastante satisfactoria. Su única consecuencia era tener que aceptar la idea de que la evolución del hombre habría ocurrido sin la intervención de la selección natural, o al menos con su participación secundaria, mientras que el papel principal correspondía a la selección sexual.* Tal situación terminaba siendo aceptable en definitiva, ya que la selección natural, después de todo, no era una idea religiosa para creer en ella ciegamente como causa suprema de las transformaciones de las especies. El mismo Darwin terminó resignándose a esto, y se encargó de rebajar de rango a su selección natural. Parecía oportuno decir: pues bien, si ya no hay competidores, y sobra capacidad para la sobrevivencia, todo nuevo desarrollo de las cualidades podía tranquilamente producirse por medio de la selección sexual y sin las severas leyes de la selección natural.

Sin embargo, algo no andaba bien. Si se miraba con atención esta solución, enfocándola desde distintos ángulos, en todos los casos daba la impresión de que algo le faltaba. Ciertamente parecía un despropósito dejar afuera a la selección natural como fuente explicativa de un proceso tan importante como era el de la formación del hombre, y por lo tanto del psiquismo humano, objeto de nuestro interés. La selección natural fue siempre muy activa y constante en su influencia para el desarrollo de todas las especies, y algún papel de primer orden debía desempeñar en la nuestra.

Pero era difícil darle “ubicación”. En el intento se chocaba con las tendencias fraternales y la cooperación, con la tendencia al reparto igualitario del producto del trabajo común. Eso era contradictorio con la selección natural. Porque una de dos: o se daba la selección natural, a través de la competencia desconsiderada entre los individuos, donde a cada uno sólo le importara lo suyo, o bien había interés por el bien común y reparto de los bienes obtenidos, y en consecuencia no podía haber selección natural.

El propio desarrollo de esta contradicción entre dos hechos que parecía que debían estar presentes, pero que se mostraban excluyentes (por un lado el trabajo común con el reparto de los bienes, y por otro la selección natu-

* Sin intervención de la selección natural en su forma directa o “tradicional”. Porque es obvio que la selección sexual, en términos absolutos, es una forma, una derivación indirecta de aquélla. Es un mecanismo igualmente natural, por el que se opera la selección genética sin ningún plan preestablecido.

ral), encontró su resolución en la **selección natural de tribus**. Resultó que sí había competidores serios para aquellos seres de inteligencia superior. Pero no eran las otras especies menos inteligentes, ni los inocentes compañeros de tribu, sino los otros organismos sociales. Al concebir una cantidad de otras tribus como organismos sociales independientes, cada uno con su cooperación y fraternidad internas, que se esforzaban en el trabajo tendiente a lograr los medios de subsistencia, siempre limitados, volvía con todo el peso de su influencia la selección natural.

Sin embargo, lo más importante, aquí, no era solamente representarse otros organismos sociales, ni tampoco alcanzaba con concebir a cada uno como un sistema vivo independiente, o como un individuo de la especie. Para que todo esto pudiera encuadrar en el marco de las leyes de la selección natural hacía falta el elemento clave; esto es, la capacidad de reproducción de esos “individuos”: la **reproducción secundaria**. Había que imaginar las tribus como “amebas gigantes” con la capacidad de engordar y experimentar la mitosis o división en dos células nuevas. Al concebir una cantidad de organismos sociales que se empeñaban en obtener los medios de subsistencia limitados, y que los que tenían éxito poseían la propiedad de reproducción secundaria, y en una progresión geométrica, allí quedaba claro, por un lado, que las tribus cuyos miembros tuvieran un gran cerebro de 1.300 cm³, con una inteligencia correspondiente, no podían competir de ningún modo frente a la generalización de organismos sociales cuyos integrantes tuvieran un cerebro más desarrollado. Por lo tanto, se trataba de una dura y renovada lucha ante competidores de altísimo nivel. Por su parte, también quedaba claro que en el interior de la tribu funcionaba la fraternidad de las relaciones y la equidad en el reparto de los productos del trabajo.

De todas maneras, la selección sexual, que parecía toda la “explicación satisfactoria”, no pierde su valor, ya que actuó efectivamente como “seleccionadora de cerebros”, aunque ya ubicándose en su lugar de “ayudante” de la selección natural. Pero fue sin dudas el factor que aceleró el desarrollo de la capacidad cerebral, generalizando cada mejora a toda la tribu en principio, y ésta a sus tribus hijas, las cuales, al imponerse junto con sus tribus descendientes, la generalizaban a toda la especie. Pero en términos generales era la selección natural de organismos sociales (más precisamente el resultado de la lucha excluyente por la existencia) la que actuaba con todo el rigor de su presencia en cada paso de la evolución, siendo ella la que definía lo que quedaba o no. La selección natural, sin distraerse un momento, debía dirigir y controlar de cerca lo que hacía la selección sexual, ya que ésta, sin ese control, podía promover líneas de desarrollo que no respondieran a las exi-

gencias, siempre renovadas, de la lucha por la sobrevivencia; máxime ante el hecho de la continua reproducción en escala geométrica de la propia especie, y la consiguiente limitación del alimento. Ante tal situación, la menor diferencia genética, promovida o no por la selección sexual, ingresaba como elemento en la disputa por la supervivencia.

En el caso de la tribu humana, la línea de desarrollo que la selección natural fomentó y controló fue, ante todo, la de la eficiencia laboral del conjunto. Por eso, la selección sexual sólo prosperó en su orientación de promover cualidades y funciones psíquicas que servían para apoyar y mejorar el trabajo social de la tribu, donde la inteligencia (y correlativamente el desarrollo del cerebro) fue una de ellas, junto al resto de funciones psicológicas esenciales del hombre, que analizaremos en este trabajo.

La historia de la evolución humana, por lo tanto, no fue nada benévola, sino un proceso muy duro y en el marco de un penoso panorama. Claro que con muchas épocas buenas, pero que en casi todos los casos, tarde o temprano, se terminaba en la desolación y la extinción del organismo social. Sólo nos queda el consuelo de ser los “únicos sobrevivientes”. Somos los descendientes de la única línea evolutiva, entre muchísimas líneas truncadas por la extinción de las tribus, que, con buenas capacidades, más la suerte siempre a favor, superó con éxito, y sin una sola excepción, todas las dificultades.

6. Consideraciones complementarias

La selección genética promovida por la preferencia hacia las virtudes personales es algo imperceptible para el dominio subjetivo. Solamente cuando transcurren grandes cantidades de tiempo va teniendo efecto la mínima diferencia genética. En un momento dado son los otros múltiples factores los que influyen en la preferencia. La afirmación de que se prefiere al sujeto que tiene un rasgo genético favorable a alguna de las virtudes, se hacía considerando constante el resto de innumerables condiciones. Pero las mismas jamás son constantes en un momento dado, sino que son siempre éstas las que más influyen. Sólo el transcurso de muchos años hace que se equilibren y anulen entre sí los factores adquiridos y la infinidad de condiciones azarosas, apareciendo la mínima diferencia genética como determinante de la lenta transformación de la especie. En otros términos, las diferencias genéticas respecto a las funciones psíquicas no se “notan” en una comparación subjetiva. Los múltiples e innumerables rasgos adquiridos son los que llenan el panorama. El cerebro del que elige puede distinguir qué

cosa es mejor o qué sujeto tiene más virtudes, pero no sabe si la diferencia es plenamente adquirida o si se suma una “milésima” de influencia genética.

Por otra parte, es evidente que la selección sexual interna y la selección natural de tribus no actúan alternadamente, o una vez cada una, como puede parecer según se mostraba a los fines de facilitar la explicación, sino que funcionan paralelamente. La selección natural de organismos sociales no “espera” hasta que todos los miembros de la tribu sin excepción cuenten con el rasgo genético positivo, sino que va actuando según las ventajas globales que tiene un organismo social, sin importar cuántos sean sus miembros que poseen el rasgo favorable.

Con respecto al número de integrantes de una tribu, habría tenido lugar, durante el proceso de la transformación del grupo de simios en organismo social humano, un progresivo aumento del promedio de individuos de una tribu. El propio desarrollo de la capacidad de organización en el trabajo y en las demás cuestiones de la vida social va permitiendo ese progresivo aumento de individuos capacitados para funcionar adecuadamente como un organismo social. Así, de unas pocas decenas de antropoides, como promedio de miembros de una manada, habrían pasado a ser alrededor de un centenar de hombres-mono a la mitad del proceso evolutivo, para llegar, al final de la evolución biológica de la especie, a varios centenares de *homo sapiens*, con las naturales proporciones de hombres y mujeres, niños, adolescentes, adultos y ancianos, tratándose ya de una auténtica comunidad o sociedad humana.

Por otro lado, la formación de nuevos organismos sociales no siempre sería producto de la división de una misma tribu madre. Puede ocurrir que sujetos de tribus distintas den lugar a una nueva. De todos modos, el mecanismo básico de la reproducción secundaria sería la división de una tribu que aumenta en forma creciente el número de sus miembros, gracias a su eficiencia general, donde el progresivo aumento comenzaría a deteriorar el funcionamiento integrado del organismo social. Esta situación favorecería la formación de agrupamientos según cercanía afectiva y afinidad entre los sujetos, a modo de “remolinos afectivos” independientes, cada vez más diferenciados, que terminarían en la “macro-mitosis” que da lugar a dos organismos sociales hijos.

Lo que hemos tratado en relación a la selección natural de tribus, complementada por la selección sexual, sería sólo el mecanismo central del proceso. Pero indudablemente hay muchos otros elementos que no merecerían ser dejados de lado, ejemplo: la cantidad promedio de tribus; la extensión de las regiones pobladas por la especie durante su evolución; el alcance

de las migraciones en busca de nuevas posibilidades; la influencia de los “intercambios genéticos” entre organismos sociales, a través del contacto sexual entre sus individuos; las posibles variedades o ramas evolutivas de la especie, ya extinguidas; la poligamia, o la ausencia de mayores restricciones sexuales, como premisa para que funcione el mecanismo de selección sexual; el papel de los animales domésticos en el organismo social; etc.

Digamos finalmente, que aquel “alimento limitado” para los organismos sociales tuvo lugar durante el proceso del desarrollo de la especie, cuando era escasa la productividad del trabajo y mínima la acción transformadora de la naturaleza por parte del hombre. En ese entonces, la construcción de herramientas, armas y útiles en general, así como las distintas técnicas o métodos de trabajo, debían desarrollarse principalmente alrededor de la cacería, la pesca y la recolección de productos vegetales como actividades básicas. Sólo podían haber formas rudimentarias de ganadería y agricultura, que no podían implicar un reemplazo definitivo de aquellas actividades básicas. Por ello, existía siempre una dependencia en relación a lo que la naturaleza pudiera ofrecer, lo que debía ser limitado para un conjunto de organismos sociales que buscaban lo mismo, y con una tendencia unilateral a multiplicar su número en una progresión geométrica.

Pero el proceso de la selección natural dejó prácticamente de funcionar en el hombre, a partir del momento en que el desarrollo de la productividad del trabajo, de su capacidad transformadora de la naturaleza, sobre todo con el desarrollo de la agricultura y la ganadería, llegaron a un punto en que se superaron las limitaciones que generaba el ritmo de crecimiento poblacional de la especie. Ese mismo factor, material, objetivo, como es el progreso ininterrumpido de las fuerzas productivas, y como ya lo explicaran Marx y Engels, fue a la vez el que posibilitó la dominación y el sometimiento de unos grupos sobre otros, originándose las clases sociales, y formalizándose la situación con el Estado esclavista. En otros términos, todo esto fue posible por el hecho de que apareció el **plusproducto**, es decir, la posibilidad de producir más de lo que se consume. Antes no podía surgir tal situación, porque la productividad media del trabajo sólo daba, a lo sumo, para la mera subsistencia de los propios productores.

Estos hechos novedosos, más los nuevos factores económicos, políticos, etc., que surgieron con la nueva sociedad, trastocaron radicalmente las condiciones en que funcionaba el mecanismo de la selección natural. Por eso, exceptuando quizás unos pocos casos de tribus que aún viven en condiciones primitivas, nada de lo tratado puede ser aplicable a nuestros tiempos. Por un lado, porque el ritmo de crecimiento de la población tiende a dismi-

nuir o equilibrarse con el propio desarrollo de las sociedades, a causa del progreso científico y cultural, y la capacidad de planificar el número de hijos; sobre todo por las facilidades para la utilización de los distintos métodos que evitan la procreación, antes inexistentes. Inclusive en la época de Malthus (siglo XVIII) no se conocían métodos muy eficaces al respecto. El veía en la abstinencia sexual, por cierto poco confiable, la única solución posible, por lo que en cierta manera se justificaba su pesimismo acerca de un probable control de aquella tendencia creciente.* Pero la nueva realidad hace que sea normal limitarse a tener dos o a lo sumo tres hijos por pareja, lo que significa una tendencia a la estabilización poblacional de la especie. Y si así no fuere, no sería algo tan difícil de lograrse, siempre y cuando las transformaciones sociales y políticas sean hacia adelante, hacia el mejoramiento de la vida social y la igualdad de las condiciones materiales para todos los seres humanos, y no hacia el retroceso de las mayorías, como es la tendencia que se observa en la realidad del capitalismo de este cambio de milenio. Por otra parte, en los tiempos actuales, debido al gran desarrollo de la ciencia y la tecnología, se presentan, como se sabe, condiciones materiales y de potencial productivo no sólo para la alimentación normal de toda la humanidad, sino para abastecer de alimentos y demás bienes elementales a una cantidad de seres humanos varias veces superior a la actual. Es por ello que el hambre y la miseria de millones en la actualidad, no responden a la fatalidad de leyes “naturales” o biológicas, como afirmarían un malthusiano “distráido”, sino a causas económico-sociales, históricas y políticas, inherentes al sistema vigente, que fomentan las desigualdades sociales y obstaculizan el aprovechamiento racional y equitativo de ese enorme potencial productivo.

* Malthus R. **Primer ensayo sobre la población**. Ediciones Altaya. Barcelona 1997

LEYES GENERALES DEL PSIQUISMO

Lo visto en el capítulo anterior será de utilidad en los diversos temas a desarrollar en este libro. Pero por ahora dejaremos de lado la historia de la evolución de la especie, hasta que sea el momento de recurrir a los importantes fundamentos que ella nos ofrece en relación a la explicación del psiquismo humano. El presente capítulo estará dedicado al tratamiento sobre las leyes más generales y esenciales del funcionamiento psíquico.

1. El concepto de lucha

Lo que define el concepto de lucha es la presencia de dos fuerzas que tienden a producir efectos contrarios y excluyentes. Los resultados básicos alrededor de los cuales se plantea toda lucha son el **sí** o **no** de algo. Una fuerza tiende a la afirmación de un efecto y la otra a su negación. Tanto la afirmación como la negación en este caso son **objetivas**. Ello implica que no consisten en “decir” sí o no, sino que la afirmación y negación objetivas son respectivamente la existencia o el ser concreto de algo y su no ser.

La **lucha de contrarios**, como una ley de la lógica dialéctica, no debe entenderse como un enfrentamiento entre cualquier par de elementos contrarios, sino que siempre se trata de la oposición entre dos **fuerzas** que tienden a producir uno u otro resultado. Por ejemplo, cuando un animal depredador procura atrapar una presa, mientras que ésta trata de huir y quedar a salvo, estamos en presencia de una lucha. Pero la misma no está dada entre los efectos excluyentes: captura y huida, sino entre las fuerzas enfrentadas que tienden a producir uno u otro hecho. Es evidente que la afirmación de alguno de esos efectos es automáticamente la negación del otro. En este caso, el efecto central, o de lo que se trata, sería la captura. Una fuerza, el accionar decidido del depredador, tiende a que se produzca la captura, y la otra procura su negación.

Llamaremos **fuerza activa** a la tendencia orientada a afirmar un hecho que aún no ocurre; mientras que la fuerza que tiende a impedir que se

produzca el efecto, o a mantener su negación, es la **resistencia**. Supongamos que se produce un terremoto bajo el edificio en el que nos encontramos. Los efectos excluyentes que consideramos aquí son el derrumbe o su negación: el “no derrumbe”. La fuerza activa que tiende a la afirmación del derrumbe es sin dudas el terremoto. Sin embargo, no tiene vía libre para provocar el efecto. Para ello debe vencer la resistencia que el edificio ofrece. Tal resistencia es la fuerza que tiende a la negación de ese hecho o, lo que es lo mismo, al mantenimiento en pie del edificio. La lucha se desarrolla entonces alrededor de los dos posibles resultados: afirmación del derrumbe - negación del mismo, es decir, se plantea entre la fuerza que tiende al **ser** del derrumbe y la que tiende a su **no ser**.

Sabemos que el concepto: fuerza, es un tanto oscuro y su uso en un contexto científico muchas veces es inadecuado. Pero si hacemos exacto su significado, lo transformamos en una útil categoría científica y lógica. En primer lugar, dicho concepto será siempre relativo a un **efecto** considerado. Una vez que enfocamos un hecho al que concebimos como efecto, de allí en más debemos observar qué factores de la realidad ejercen algún tipo de influencia a favor o en contra de su afirmación. Así, todo aquello cuya influencia sea a favor de la afirmación del efecto pasará a formar parte del bloque de la fuerza activa, y todo lo que ejerza alguna influencia en contra de dicho efecto, o a favor de su negación, caerá bajo el bloque de la resistencia. De esa manera, en base a los posibles resultados considerados previamente: afirmación o negación de un hecho, ordenamos en dos bloques de fuerzas a todo lo que influya a favor o en contra de su aparición. En tal sentido, todo lo que se entiende por factores, variables, motivos, condiciones, pasan a ser “reclutados” o repartidos en esos dos bloques de fuerzas, según su influencia sea a favor o en contra del efecto. Así por ejemplo, si el efecto considerado es una revolución social, tendremos que en caso de producirse, la **causa** será siempre, y como algo genérico, el mayor poder de la fuerza activa sobre la resistencia. Mientras que en caso de no llegar a producirse, la causa, en lo genérico, será el mayor poder de la resistencia sobre la fuerza activa. Es evidente que los factores, variables, motivos, o condiciones que pueden influir a favor o en contra de ese efecto, son muchos y bastante complejos. Sin embargo, jamás se desencadenará si la suma total de las influencias parciales a favor, y el bloque de la fuerza activa que forma su conjunto, no supera en poder al total de factores, condiciones, etc., que forman el bloque de la resistencia o fuerza negadora.

Los ejemplos que hemos visto hasta ahora se refieren a luchas simples y únicas entre dos fuerzas o dos bloques de fuerzas que tienden al sí o no de

un efecto. Pero la lucha simple es sólo la “unidad de medida” o la “célula” de las sucesivas luchas de contrarios que sostienen la dinámica de los procesos en desarrollo. En éstos tiene lugar un acople coordinado de reiteradas luchas simples entre fuerzas que tienden a producir efectos contrarios y excluyentes, dándose el repetido pasaje de uno al otro. El mejor ejemplo al respecto lo tendremos ingresando al fenómeno psíquico.

2. La contradicción psicológica básica

Los elementos contrarios que expresan la contradicción psicológica básica o fundamental son el **placer** y el **displacer**. Pero la lucha de contrarios no se plantea entre esos efectos pasivos excluyentes, sino entre las **fuerzas** que tienden a producir uno u otro. Una de las fuerzas en lucha es la **intencionalidad** del individuo (o animal), su propósito básico, su motivación esencial, que tiende a los efectos de afirmar el placer y negar el displacer. La otra fuerza, o el otro bloque de fuerzas, por el contrario, tiende a afirmar el displacer y a negar el placer. Esa fuerza contraria, al igual que el terremoto, es una fuerza completamente objetiva. No debemos creer que se oculta en nuestro interior un ente subjetivo a modo de “espíritu enemigo”. Simplemente la naturaleza limitó las pretensiones de la intencionalidad activa, de modo que la lucha sea pareja o equilibrada, asegurándose el pasaje de uno a otro de aquellos contrarios, lo cual permite el movimiento de la actividad psicológica y la conducta.

El bloque de la fuerza contraria está constituido por todo aquello de la realidad que ejerce alguna influencia a favor de la afirmación del displacer y en contra del efecto de placer. Entre esas fuerzas encontramos una diversidad de elementos, ejemplo: las condiciones ambientales adversas que se oponen constantemente a nuestros propósitos, haciendo de resistencia ante aquellos resultados a los que aspira la intencionalidad. Pero lo más importante de las fuerzas contrarias estaría dado en los mecanismos neurofisiológicos autónomos responsables de la forzosa aparición del displacer, a los que se agregan los mecanismos neurofisiológicos autónomos inhibidores de la actividad nerviosa generadora del placer, y que oponen a la intencionalidad del organismo una resistencia interna y objetiva, radicada en nuestro propio cerebro.

Tenemos así, que el desarrollo de la vida psíquica, en lo esencial, no es más que el desarrollo de una contradicción o lucha de contrarios, donde la intencionalidad es una de las fuerzas en lucha; mientras que la fuerza contraria es un bloque de factores puramente objetivos o inanimados, pero que

tienen un poder similar o mayor a la fuerza de la intencionalidad, en relación a su capacidad de producir los efectos de su tendencia.

En el movimiento de esta lucha o contradicción psicológica fundamental, nos encontramos con cuatro efectos y no sólo con dos. Los cuatro efectos o resultados posibles de la lucha son: 1- afirmación del placer. 2- negación del mismo. 3- afirmación del displacer. 4- negación de éste.

La intencionalidad tiende a afirmar el placer y a negar el displacer. Por ello, tal motivación esencial está formada por dos fuerzas complementarias. En relación al placer, la intencionalidad del organismo es en principio la fuerza activa que trata de lograr el placer como efecto; y en relación al displacer, es la resistencia que procura impedir el efecto de displacer. Por tanto, la intencionalidad, en su esencia, es la unidad de dos tendencias parciales que cooperan en la lucha contra las fuerzas contrarias.

La tendencia parcial de la motivación que trata de afirmar el placer será llamada **tendencia parcial afirmadora**, y **tendencia parcial negadora** será el nombre de la subtendencia intencional que trata de negar el displacer. En cuanto a las fuerzas contrarias a la intencionalidad, no hace falta la distinción, sino que basta concebirlas e identificarlas como **fuerzas contrarias**, donde ya sabemos que tienden a producir el displacer y a negar el placer.

Las dos tendencias parciales de la intencionalidad se hallan fuertemente unidas en una misma fuerza. Son respectivamente el “ataque” y “defensa” del mismo equipo. A esta doble tendencia le llamaremos: **ley general del psiquismo**. Es decir, la ley general, como esencia de la intencionalidad y de toda motivación, es la fuerza constante que tiende a producir como efectos la afirmación del placer y la negación del displacer.

Si esos efectos buscados por la intencionalidad fueran muy fáciles de conseguir, o por el contrario imposibles, el movimiento de la conducta perdería todo su vigor. Para que ello no suceda, la lucha debe ser equilibrada, dándose el pasaje de un contrario a otro. Por eso la naturaleza impone el displacer y dificulta la obtención del placer, de modo de mantener el vigor del movimiento de la actividad psicológica y la conducta. En realidad es intensísima y turbulenta la lucha que la intencionalidad libra continuamente contra las fuerzas naturales contrarias, que accionan en nuestro propio cerebro. Sólo que venimos adaptados para que no se note mayormente.

3. Leyes derivadas

A partir de la ley general se derivan dos importantes leyes. Una es la ya conocida **ley del efecto**, formulada por Thorndike. Esencialmente nos dice que existe una tendencia a repetir las conductas que llevaron al efecto de

placer y se tiende a evitar la repetición de las que concluyeron en el displacer.* A lo que se debe agregar, que el poder de la tendencia a repetir o evitar la repetición de la conducta es aproximadamente proporcional a la magnitud del placer o displacer que la misma tuvo como consecuencia.

En el hombre, la cuestión del efecto de la conducta tiene mayor riqueza que en el resto de animales, dado que el sujeto humano no siempre necesita haber vivenciado el efecto concreto de placer o displacer para luego repetir o no su conducta, sino que puede imaginar o deducir en su representación mental el efecto que puede tener cada conducta, y decidir según ello. Esto nos lleva a formular otra ley más abarcativa, que llamaremos **ley de la decisión**. Su enunciado sería el siguiente: “en toda decisión se opta por la conducta que promete más placer y/o menos displacer”.

Debemos tener en cuenta que el quantum de placer o displacer que la ley de la decisión trata (grado de ventaja-desventaja o de conveniencia-inconveniencia de cada posibilidad a elegir) es el producto de los cálculos (gigantescos y a veces instantáneos) que realiza el cerebro, basándose en el análisis de tres factores:

1-Intensidad del placer y/o displacer previstos.

2-Duración.

3-Probabilidades estadísticas de presentarse el placer o displacer. Esto significa que ante dos placeres iguales en intensidad y duración se preferirá aquella conducta en que su logro es más probable; y cuando lo que está en disputa son dos displaceres, y tenemos constantes las demás condiciones, se preferirá la conducta en que su aparición es menos probable.

Los tres factores son de orden cuantitativo. En nada afecta el matiz o el tipo cualitativo de placer o displacer. Cuando un sujeto se vuelca en su elección por cierto tipo cualitativo de placer o displacer, es sólo aparente, es decir, lo prefiere porque a él le produce **más** placer o **menos** displacer ese tipo cualitativo.

Puede pensarse que habría un cuarto factor a considerar en la ley de la decisión: la **inmediatez**. Esto es, que ante dos placeres iguales en intensidad,

* El enunciado formal de Thorndike es el siguiente: “*todo acto que en una situación dada produce satisfacción, se asocia con esa situación, de modo que cuando la situación se reproduce la probabilidad de una repetición del acto es mayor que antes. A la inversa, todo acto que en una situación dada produce displacer se desliga de la situación, de modo que cuando la situación recurre la probabilidad de repetición del acto es menor que antes*”. (Citado en Marx M. H. y Hillix W. A. **Sistemas y teorías psicológicas contemporáneos**. Traducción castellana de Jorge Colapinto. Paidós México 1992 pág. 70).

duración y probabilidades de presentación, se preferiría el más cercano, y viceversa con el displacer; frente a dos displaceres iguales en el resto de condiciones se elegiría el más lejano. Sin embargo, parecería tratarse, en rigor, de un caso de manifestación del factor probabilidad. Lo más cercano es naturalmente sentido como más seguro, más realista, más probable; mientras que lo más lejano en el tiempo tiende a ser vivenciado como más inseguro, improbable o incierto, y de allí que muchas veces se manifieste una cierta tendencia espontánea a desear con más fuerza el placer más cercano, y a rechazar o temer en mayor grado el displacer inmediato, prefiriéndose postergarlo.

De todas formas, puede tenerse en cuenta si se quiere este cuarto factor de la inmediatez, ya que su agregado no alteraría la esencia de la ley. Se trataría solamente de un elemento más de ese quantum global de ventajas-desventajas, en términos de placer-displacer, de cada posibilidad a elegir.

4. Objeciones a la ley de la decisión

Cuando un sujeto se somete intencionalmente a un sacrificio muy displacentero, parece contradecir la ley de la decisión. Para responder a ello hay que aclarar primero que los conceptos: placer-displacer no se limitan a lo corporal o material, sino que abarcan todo tipo de placer o displacer, sean de naturaleza estética, moral o espiritual. Hablamos del sentirse “bien” o sentirse “mal” y del quantum de esos estados anímicos básicos, sin importar su tipo cualitativo. Tanto el placer de ingerir alimentos como el placer moral o espiritual más elevado son producto de la actividad neuronal del mismo cerebro. Otra aclaración es que la ley sólo funciona en el marco de la **intencionalidad**. Si alguien se pincha un dedo accidentalmente, por ejemplo, el efecto displacentero obtenido no corresponderá al campo funcional de la ley de la decisión, por ser un hecho imprevisto y ajeno al dominio intencional.

Para entender las conductas o decisiones que parecen contradecir la ley, el método es siempre el mismo. Consiste en preguntarnos: ¿qué ocurriría si el sujeto no decide lo que decidió?. La respuesta es que cualquier otra posibilidad ha sido descartada en su cerebro, por ser concebida como más desventajosa o menos ventajosa que lo que finalmente decidió. Cuando alguien decide someterse a un sacrificio, encontramos que en caso de no hacerlo ocurriría un displacer más doloroso, o se perdería la posibilidad de un placer intenso, el cual sólo se logra por medio del sacrificio. Si un individuo, por ejemplo, se somete a un displacer o renuncia a la posibilidad de placer con el propósito de beneficiar a otro, y sin pretender ninguna retribución, aquí el

método es el mismo: ¿qué ocurre si no lo hace?. A saber: sentiría un displacer moral o culpa por no ayudarlo. También significaría someterse al dolor propio de la pena o lástima que produce el sufrimiento del otro. En cambio, al hacerle un bien se evita por un lado ese sufrimiento moral, y por otro se logra el placer moral por haber hecho algo bueno, más el placer fraternal por percibir el bienestar de aquél.

Como no es posible demostrar la ley en cada uno de los miles de casos imaginables, escogeremos unos pocos ejemplos, pero que son los que más hacen “tambalearse” la veracidad de la ley. Uno de los casos es el de aquellas conductas que el individuo se siente impulsado irresistiblemente a cumplir, aunque objetivamente tendrán una consecuencia displacentera, lo que es sabido claramente por el sujeto. Aquí la ley de la decisión está presente con todo su rigor por lo siguiente: en primer lugar, admitamos que la consecuencia de la conducta, en el ejemplo, será muy displacentera. Pero nos preguntamos nuevamente: ¿qué pasa si no la cumple?. La respuesta es que sentiría un displacer más intenso, que es el de la **fuerte necesidad compulsiva**, la cual es un estado de displacer insoportable y peor que lo que “venga” después. Por ello, el sujeto prefiere el otro displacer: el de la consecuencia de la conducta, que continuar en ese estado de agudo displacer. A esto se agrega que en caso de negarse a realizar la conducta, el fuerte displacer de la necesidad compulsiva se intensificaría más todavía.

Es indudable que en ese ejemplo habría un cierto trastorno psíquico. Pero la aparición del doloroso sentimiento compulsivo escapa a la **intención** del sujeto, es ajena a ella. Por lo tanto, escapa al dominio de la ley de la decisión, que comprende la intencionalidad como condición. Porque de un modo similar, el displacer de la sed, cuando no se ha bebido por un tiempo, es una necesidad que puede ser un deseo compulsivo, insoportable e irresistible de beber. Pero la aparición de tal necesidad o displacer, por más que sea producto de un proceso psicofisiológico ocurrido en el propio cerebro, nada tiene que ver con la intención. (Para que sea más preciso, esos dolorosos sentimientos son efectos promovidos por las **fuerzas contrarias** en la contradicción psicológica básica; por los factores objetivos e inanimados que tienden a producir displacer y negar el placer).

Con respecto a las conductas compulsivas de suicidio, el mecanismo es el mismo. Si la intensidad del displacer de la necesidad compulsiva es superior al displacer del temor, el sujeto intentará suicidarse. La aparición de esa intensa necesidad compulsiva de autodestruirse tampoco es obra de la intencionalidad. Lo que es intencional es la conducta que **responde** a un deseo o necesidad que aparece, pero la **aparición** de un deseo o necesidad es algo

ajeno al dominio intencional. Por ello, el sujeto no contradice con su acción la ley de la decisión. Sólo está obedeciendo a la sugerencia compulsiva. Trata de salir del intenso displacer de la necesidad compulsiva, cuya aparición es ajena a la intencionalidad.

En otros casos el suicidio no es compulsivo, sino algo reflexivo y elaborado. Pero en ningún caso se viola la ley. Por ejemplo, si un sujeto experimenta intensísimos displaceres, y su vida es un círculo vicioso, una continua amenaza de dolor, y no ve salida alguna, es preferible la neutralidad afectiva de la muerte: ni placer ni displacer, que un displacer continuo y seguro.

Cuando se decide morir por el honor, generalmente se está **evitando** vivir bajo una constante humillación, que implicaría someterse al displacer de un eterno desprecio social y autodesprecio, lo que es captado como más horroroso que la muerte.

Quién procura quitarse la vida por sentir que es un estorbo para el resto del grupo, lo hace para poner fin al constante displacer de ver que su presencia no contribuye sino al malestar de los seres queridos, más el displacer moral de sentirse inútil, inservible, etc.

Un último ejemplo es el de aquellos casos en que se entrega la vida o se la arriesga en grado extremo en un acto de gran arrojo y altruismo. Aquí tampoco se viola la ley como puede parecer. La conducta del sujeto, en tales casos, responde a la **necesidad** que impulsa a cumplir con ese acto, buscando poner fin al sentimiento displacentero que define a toda necesidad. No nos debe interesar ahora el porqué de la presencia de esa necesidad en su vivencia (esto tendría su explicación desde la utilidad del fenómeno para la sobrevivencia de la tribu). Sólo debemos tener en claro que la aparición de todo deseo o necesidad es producto de mecanismos ajenos a la intencionalidad. Por eso, debemos centrar siempre el análisis en el momento de la decisión del sujeto, y con el supuesto de la fuerte necesidad ya aparecida en su vivencia, sin ser buscada. Dicho análisis consiste como siempre en averiguar lo que ocurriría en caso de negarse a cumplir aquella conducta que sugiere la necesidad. En primer lugar, se intensificaría el sentimiento displacentero de ésta, llegando según el caso a tornarse insostenible. Luego, aparecería el displacer moral o sentimiento de culpabilidad por no cumplir con lo que el propio individuo concibe que es su deber, junto al displacer del sentimiento de cobardía y autodesprecio por no ser capaz de realizarlo. También, si ese acto tiende, como suele suceder, a evitar que ocurra algo trágico a un ser querido, se produciría, al no cumplirlo, un profundo dolor espiritual ante lo que significaría por ejemplo la muerte de aquél. A eso se sumaría el agravante de la peor humillación de sentirse responsable de ello. Así, el enorme

temor y horror que genera la imagen de todo el dolor que significaría esa posibilidad trágica para el ser querido contrarresta y supera el temor hacia la propia muerte.

En conclusión, cuando se lleva a cabo un acto de esa naturaleza, se debe a que en el momento de la decisión no queda ninguna alternativa más ventajosa o menos desventajosa en términos de placer-displacer. Tales actos se cumplen por tratarse de la mejor de las alternativas que ve el sujeto, o más exactamente de la “menos peor” entre lo que queda para elegir.

5. La esencia de la elección

La elección o selección no existen en términos absolutos. Así como la “selección natural”, en la evolución biológica, es sólo una noción que refleja el resultado de la lucha por la sobrevivencia, de igual forma, la elección o selección de la subjetividad es la expresión del resultado de la lucha entre conductas u opciones posibles. Si una conducta ofrece un placer “5” y la otra un placer “6”, y consideramos constante el resto de condiciones, al ser excluyente la decisión, y dado que sólo cabe una conducta, se trata de una lucha entre ambas opciones, donde al igual que en toda lucha vence la fuerza que tiene más poder. El poder, aquí, está expresado en la oferta del mejor producto anímico para la ley de la decisión. Por tanto, en la hipótesis, se elegirá necesariamente la segunda opción (placer 6).*

6. Recuento de las leyes fundamentales

Tenemos en resumen cuatro importantes leyes del psiquismo. La primera es la ley de la unidad y lucha de contrarios, que es la manifestación en un caso particular como es el psiquismo, de la ley universal de la contradicción dialéctica, como fuerza motriz que posibilita el movimiento y desarrollo de cualquier fenómeno. Esta ley, por tanto, es el **motor** de la actividad psíquica, y consiste en la eterna lucha entre la intencionalidad, que procura afirmar el placer y negar el displacer, y las fuerzas naturales contrarias que tienden a afirmar el displacer y negar el placer. La segunda es la ley general

* Si alguien, contrario a aceptar este punto de vista, supone que en la hipótesis podría elegir la otra opción (placer 5), aunque más no sea con la sola finalidad de desacreditar el postulado, veremos que para hacerlo deberá “romper” la constancia del resto de condiciones, ya que al agregar el placer de la satisfacción moral que sentirá por contradecir la ley, se sumará a los cinco puntos superando los seis de la otra opción.

del psiquismo, que desde el enfoque subjetivo puede llamarse tendencia general. Tal ley es la referencia a una de aquellas dos fuerzas en lucha, es simplemente definir la fuerza constante de la intencionalidad y los destinos necesarios de su orientación.* Las dos últimas son la ley de la decisión y la del efecto. Estas son ya especificaciones de la forma en que actúa la ley general. La ley de la decisión se refiere a las luchas ocurridas en el interior de la intencionalidad, donde hay que elegir entre dos o más posibles caminos para lograr el placer y/o negar el displacer. El triunfo en la lucha interna es siempre de la alternativa que tiene, según los cálculos del cerebro, la mejor oferta anímica. La ley del efecto es la expresión de la memoria afectiva, y significa que se actúa según los datos sobre los efectos de placer o displacer, y su quantum, que ha tenido cada conducta en el pasado, lo cual se traduce a la tendencia a repetir lo asociado al placer y a evitar la repetición de lo que llevó al displacer.

* A Epicuro correspondería atribuir el haber sido el primero en comprender con claridad la existencia de esta tendencia general y absoluta de la motivación (véase, por ejemplo, Nizan Pablo. **Los materialistas de la Antigüedad**. Editorial Hemisferio. Buenos Aires 1950).

LAS TENDENCIAS PARTICULARES

La ley general del psiquismo, que es la doble tendencia a afirmar el placer y negar el displacer, es compartida por todos los animales que tengan intencionalidad. Ello implica que aquel interés necesario de la motivación fue “inventado” por la naturaleza hace muchos millones de años. Las ulteriores transformaciones que la naturaleza fue produciendo en los animales se realizaron suponiendo ya la existencia y el vigoroso funcionamiento de la ley general. Es decir, los animales, en lo esencial, únicamente buscan el placer y negar el displacer. Por esta razón, si un animal siente placer por comer por ejemplo “barro”, morirá en poco tiempo sin reproducirse. En cambio, si siente placer por ingerir una sustancia que será provechosa para su fisiología, logrará sobrevivir y reproducirse, dando hijos con similar tendencia adaptativa. Ese animal logra sobrevivir, pero en ningún caso busca intencionalmente la sobrevivencia por medio del alimento. Como no “sabe” de fisiología, sólo busca el placer que le produce esa sustancia. Pero por casualidad siente placer por algo que a la vez es indispensable para la vida.

La selección natural, en la evolución de las especies, fue eliminando con perfecta sistematicidad a todos los animales que eventualmente encontraran el placer en hechos perjudiciales a la vida. Solamente sobrevivieron aquellos organismos que encontraban el placer (y la supresión del displacer) en hechos saludables o útiles a la sobrevivencia individual y de la especie. Todo animal que sienta placer por algo perjudicial para la sobrevivencia se extinguirá rápidamente, porque, dadas las leyes psicológicas, insistirá en ello con toda naturalidad. Inclusive, aunque encuentre el placer en situaciones biológicamente neutras (ni indispensables ni perjudiciales), es algo inútil, una pérdida de tiempo y energías, por lo que igualmente se extinguirá, siendo aventajado por los que sólo logran el placer (y la anulación del displacer) en lo que es indispensable a la vida. Por eso, la selección natural hizo que quedara una completa correspondencia, donde lo que es perjudicial

a la sobrevivencia provoca displacer, lo útil a la vida produce placer, y lo biológicamente neutro es anímicamente neutro.

Si enfocamos la actividad de la ley general como único interés esencial, debemos concluir que sólo sobreviven los organismos que por casualidad van encontrando el placer y la anulación del displacer en hechos indispensables para la sobrevivencia. La selección natural, por tanto, fue produciendo en su accionar una verdadera “limpieza”, dejando vivos únicamente a los que hicieron coincidir el placer con lo útil a la vida.

De aquí resulta la siguiente ley: “en condiciones naturales no puede producir placer algo que no sea útil a la sobrevivencia individual y de la especie. Tampoco puede producir displacer, en términos naturales, aquello que no esté relacionado a un hecho perjudicial para la sobrevivencia”.

Con estos datos nos encontramos en condiciones de deducir cuáles son las necesidades primarias del hombre, o lo que se entiende por impulsos, instintos, pulsiones, motivos, tendencias. Simplemente debemos identificar los hechos que producen placer universalmente, y tendremos así el total de tendencias particulares o necesidades primarias del hombre. Pero antes de ello es preciso una breve consideración sobre la relación de los conceptos: general y particular. Por ejemplo, los “mamíferos en general” sólo existen **en** los mamíferos particulares: liebre, perro, jirafa, etc. Podemos recorrer una por una las especies de mamíferos, pero jamás veremos a los “mamíferos en general”. Igualmente con respecto a la ley general o tendencia general; existe **en** las tendencias particulares, ejemplo: comer, beber, sexo. Las tendencias particulares son, pues, donde existe la tendencia general, o donde se manifiesta. En otros términos, son las vías de entrada al placer.

Una regularidad de las tendencias particulares es que llevan unidas a las dos tendencias parciales de la ley general. Como recordaremos, la ley general es la unidad de las tendencias parciales afirmadora del placer y negadora del displacer. Tomando como ejemplo la tendencia alimenticia, encontramos que son inseparables ambas tendencias parciales. Simultáneamente se busca poner fin al displacer del hambre y lograr el placer de la ingestión. El mismo hecho de comer es lo que pone fin al displacer y hace aparecer el placer.

Otra constante que vemos en las tendencias particulares es que el displacer se presenta como **necesidad** y el placer en forma de **satisfacción**.

Dado que el concepto: necesidad, tiene diversos sentidos, utilizaremos la abreviatura: **nec.** para referirnos a ese estado displacentero caracterizado por un sentimiento de carencia del objeto de satisfacción. Así, el hambre, la sed, como **vivencias**, son ejemplos de **necs**.

Además de la nec. y satisfacción, encontramos un elemento intermedio al que llamaremos: **tendencia dirigida**. Este es el elemento activo de la tendencia particular. La tendencia dirigida es lo que va desde la nec. particular, ejemplo: el hambre, hasta la satisfacción particular: comer.

Tenemos entonces tres elementos, cuya configuración total forma lo que llamaremos **impulso: nec. - tendencia dirigida - satisfacción**. Si bien identificaremos como impulso al conjunto de los tres elementos, la T.D. (tendencia dirigida) es el verdadero elemento activo del impulso, es la fuerza **impulsora** que responde a la nec., empujando hacia la satisfacción.

1. El detalle de los impulsos

En base a lo visto, y como ya se anticipara, para saber cuáles son los impulsos o necesidades primarias del hombre sólo debemos responder a la siguiente pregunta: ¿qué “cosas” producen placer en forma incondicional en todos los miembros de la especie, y cuáles son las necs. correspondientes?. De ello se deducen los siguientes impulsos: *

impulso	Displacer particular o nec.	T.D. →	Placer particular o satisfacción
1 - Alimenticio	hambre		comer
2 - Sexual	nec. sexual		acto sexual, orgasmo
3 - De bebida	sed		beber
4 - De defecación	nec. de defecar		defecar
5 - De micción	nec. de orinar		orinar
<hr/>			
6 - De comodidad corporal	molestia corporal, posición incómoda		comodidad
7 - De rascado	picazón, comezón		rascado
8 - De calefacción	frío		calefacción corporal
9 - De refresco	calor		refrescarse

* No es la pretensión establecer un listado de carácter definitivo o inmodificable. Se trata solamente de los impulsos que “quedaron”, que se estabilizaron luego de mucho tiempo de revisión en base al método general descrito para su determinación.

10 - Recreativo	aburrimiento	ingreso a la situación de entretenimiento
11 - De variación	tedio, hartazgo, hastío, nec. de cambio	cambio de la situación responsable, variación
12 - De agresión	rabia, ira, enojo, nec. agresiva	perjuicio para el objeto o sujeto
13 - Fraternal	lástima, piedad, nec. benefactora	beneficio para el objeto o sujeto
14 - Mediador	nec. del logro de una meta que sirve a otro impulso interesado en ella	alegría por el logro de la meta
15 - De recuperación	sentimiento de carencia de lo habitual, "extrañar" lo que falta, "echar de menos" lo perdido	recuperación de lo perdido, restablecimiento, reencuentro
16 - De conservación	intranquilidad, preocupación, temor, miedo, terror	tranquilidad, sensación de seguridad por la evitación del riesgo o peligro
17 - De alivio	dolor o sufrimiento	alivio
18 - De continuación	"tristeza del fin", disgusto por ver aproximarse el fin de la situación placentera, nec. de reafirmarla	reinicio, continuación o reafirmación de la situación placentera
<hr/>		
19 - De gozo	deseo, anhelo, ansia	disfrutar el hecho deseado, satisfacción del deseo (este impulso actúa sobre las vías de entrada al placer de los otros impulsos, superponiéndose a éstos)
20 - De descanso	cansancio, fatiga	descanso, reposo
21 - De curiosidad	sentimiento de curiosidad, "interés", inquietud, intriga, nec. de saber	asimilación de la información, tomar conocimiento, hecho novedoso, interesante; asombro

22 - De comunicación	nec. de comunicar, de transmitir la información, de expresar un contenido, de ser escuchado y comprendido, dar algo a conocer	hacer saber, muestras del receptor de haber comprendido, mostrar algo curioso o sorprendente, asombro del receptor
23 - De aprobación	nec. de aprobación, de reconocimiento, de estima, de autoconformidad	recibir aprobación, felicitación, muestras de estimación, reconocimiento, orgullo, autoconformidad

Como se habrá notado, en el esquema aparecen dos líneas que separan tres grupos de impulsos. Los primeros cinco son de naturaleza **creciente**. Esto quiere decir que el tiempo transcurrido desde la última satisfacción (en rigor, los sucesos fisiológicos que ocurren) es determinante de la aparición y aumento progresivo de la nec., y por tanto de las exigencias de satisfacción. El segundo grupo es el de los impulsos **no crecientes**. Únicamente se activan cuando aparece un estímulo movilizador específico y esporádico, el que puede no presentarse por un tiempo sin ser necesaria una supuesta “descarga”. Por ejemplo, si pasa un determinado tiempo sin motivos de temor, el impulso de conservación se mantendrá inactivo, sin que el sujeto tenga una necesidad “postergada” de lograr tranquilidad o de huir. Lo mismo sucede con el impulso de agresión. Se puede vivir mucho tiempo sin “necesidades agresivas” si no ha habido estímulos movilizadores del impulso (principalmente frustraciones muy intensas y frecuentes). Igualmente con el impulso de refresco si no aparece el estímulo movilizador del “calor”. El tercer grupo es el de los impulsos **mixtos**. Por un lado, el tiempo transcurrido desde la última satisfacción provoca el aumento progresivo de la nec. Pero tienen la propiedad de quedar “abiertos” para la reaparición total de la nec., aunque acabe de darse una satisfacción completa. Esto último no sucede en los cinco impulsos crecientes. En ellos, luego de ocurrir la satisfacción total (hasta la saciedad), la nec. no se puede activar nuevamente en forma inmediata. Los mixtos en cambio, aunque exigen satisfacción con el solo transcurrir del tiempo, pueden reaparecer con todo su vigor ante el nuevo estímulo movilizador, y con independencia de la anterior satisfacción. Más adelante volveremos sobre este punto (cap. 6).

2. Vías secundarias que llevan al placer

Las vías de entrada al placer recién detalladas son las fundamentales, son los **núcleos** de satisfacción de los impulsos. Pero además existen otras vías secundarias que llevan al placer, las cuales son muy numerosas pero poco

significativas desde el punto de vista de la motivación, y en general es muy leve el placer que producen, ejemplo: el bostezo, el estornudo, la percepción de estímulos sensoriales agradables (olores, sonidos, imágenes). Estas vías secundarias no se ajustan a las condiciones que nos permitan considerarlas impulsos particulares o necesidades primarias, motivo por el cual no son incluidas en la lista de impulsos presentada. Además de su utilidad para la sobrevivencia, y de ajustarse a la ley general, habrían dos requisitos más a cumplir por una función de la motivación para ser un impulso:

1- La más básica de esas condiciones es la presencia de una **nec.** particular, como sentimiento displacentero con un matiz específico y regular; una **T.D.** que movilice la conducta activa del organismo, como respuesta a la nec.; y un objeto o situación productores de placer correspondiente, que se presenten como la **satisfacción** de la nec. específica, poniendo fin a ésta.

2- El segundo requisito es el grado mínimo de significación de esos tres elementos desde el punto de vista anímico y motivacional.

Hay algunos mecanismos que cumplen la primera condición (nec. específica - T.D. - satisfacción) pero no la segunda dada su escasa importancia motivacional. A dichos mecanismos les llamaremos **microimpulsos**. Entre éstos encontramos: el llanto, el estornudo, el bostezo, el despezarse, la tos, la eliminación de gases por vía oral o anal, más algún otro. Los microimpulsos son como automatismos reflejos, pero con una clara regulación intencional, dotados de una nec. específica, T.D. y satisfacción. Sin embargo la nec. se presenta casi siempre en forma naturalmente compulsiva, haciendo extremadamente corta la actividad de la T.D. que procura la satisfacción. Tal actividad consiste básicamente en facilitar la realización de un mecanismo prácticamente invariable en su secuencia refleja; la nec. - T.D. - satisfacción son consecutivas, dándose los tres elementos casi simultáneamente.

Si ubicamos a los microimpulsos en aquella clasificación de los tres tipos de impulsos, corresponderían por lo general al grupo de los **no crecientes**, es decir que se activan como respuesta a un estímulo movilizador o situación estimulante de aparición esporádica o eventual.

La distinción entre impulsos y microimpulsos no se basa en un estricto límite que los separe, puesto que habría una continuidad en el grado de importancia anímica y motivacional entre el más insignificante microimpulso y los impulsos más desarrollados. Pero el elemento que establecería la diferencia cualitativa, y en el que se basa la separación, es la presencia o ausencia de un cierto “espacio” entre la aparición de la nec. y el acto de la satisfacción. Los impulsos son aquellos que cuentan naturalmente con ese espacio, dentro del cual la T.D. puede “hacer algo”, fuera de facilitar la

realización de un mecanismo compulsivo, relativamente automático e invariable, como es el caso de los microimpulsos.

Tenemos hasta aquí, que la ley general del psiquismo, como esencia de la intencionalidad, se ramifica en el hombre en algo más de una veintena de impulsos y cerca de una decena de microimpulsos, como las formas constantes, necesarias y regulares en que se manifiesta la tendencia absoluta a afirmar el placer y negar el displacer. Toda conducta motivada se hallaría siempre, en definitiva, orientada a poner fin al displacer de alguna de aquellas necs. y lograr el placer de su satisfacción.

Además de los microimpulsos, se encuentran muchas otras vías secundarias que llevan al placer (olores, imágenes, representaciones mentales, etc.). Pero ninguna de ellas se ajusta a las condiciones que definen al impulso. A estas vías secundarias les llamaremos **placeres de orientación**, y las dividiremos en dos grupos: 1-placeres de orientación de los impulsos. 2-placeres de orientación general.

1- Los **placeres de orientación de los impulsos** son reacciones placenteras que rodean a los núcleos de satisfacción de aquéllos, y sirven para orientar la conducta dirigida hacia el núcleo, ejemplo: el agradable olor de una comida, o el placer de los pasos preliminares del acto sexual. Gráficamente:



Cuando el organismo se encuentra con los placeres de orientación de los impulsos (puntos pequeños) se ve más motivado para insistir en esa dirección, y llegar así más fácilmente, o con más probabilidad, al núcleo de satisfacción.

La distribución e importancia de esos placeres de orientación es muy variable según el impulso del que se trate. Aquí se hace adecuada la analogía con los planetas y satélites del sistema solar. Si hacemos equivaler los núcleos de satisfacción con los planetas y los placeres de orientación de los impulsos con los satélites, veremos que así como algunos satélites de Júpiter o Saturno tienen un tamaño similar o mayor al de algunos planetas, y no obstante son satélites, así, ciertos placeres de orientación del impulso sexual, por ejemplo, son tan o más intensos que los núcleos de los impulsos de micción o de rascado. Sin embargo son placeres de orientación o “satélites” del núcleo de satisfacción del impulso sexual.

No sólo a nivel concreto o material se presentan los placeres de orientación de los impulsos. El placer que se produce junto a la representación mental de los objetos o situaciones de satisfacción (fantasías, etc.) tiene también una función orientadora.

En realidad los placeres de orientación que rodean a los núcleos son mayormente satisfacciones parciales del impulso, al igual que cuando se logra solamente un “trozo” del núcleo.

2- Los **placeres de orientación general** son similares a los anteriores, pero no se hallan rodeando a los núcleos, sino que se distribuyen como “vías libres” de entrada al placer. Lo que orientan tales reacciones placenteras es el acercamiento a situaciones útiles a la vida en general. Como ejemplo encontramos: el agrado por contemplar el fuego, el gusto por la prolijidad, la limpieza, el presenciar un acto de destreza, la armonía de las formas, y muchas otras situaciones similares, productoras de un placer casi siempre de leve intensidad. Tales vías productoras de placer no son impulsos, sino sólo vías abiertas al placer, que no cuentan con una nec. específica previa. Solamente son precedidas por la nec.: **deseo**, es decir, son tomadas por el impulso de gozo (deseo - T.D. - hecho placentero o satisfacción del deseo). El impulso de gozo no tiene especificado o delimitado su objeto de satisfacción, sino que tiene a cargo todo aquello que produce placer. El deseo puede surgir orientado hacia cualquier cosa capaz de provocar placer. Entre esas “cosas” se destacan los núcleos de satisfacción de los otros impulsos, que son los que despiertan el deseo en la forma más intensa. Pero todas aquellas vías libres productoras de leves placeres son también alcanzadas por el funcionamiento del impulso.

Aunque el de gozo es el principal impulso que sostiene la conducta orientada a aquellas vías secundarias, también se encarga de ellas el impulso de continuación, que procura mantener, reafirmar o hacer persistir toda situación placentera, cualquiera sea su forma.

3. Vías libres productoras de displacer

Además de los estados displacenteros de las necs. de cada impulso, hay una diversidad de canales abiertos al displacer. Pero todos esos displaceres quedan librados al manejo dinámico de los impulsos de alivio y de conservación; es decir, constituyen la nec. del impulso de alivio y lo que el de conservación teme y evita. El impulso de alivio tampoco tiene especificada la forma de displacer que hace a su nec., sino que cualquier tipo de displacer puede constituir la nec. del impulso, el que se orientará a ponerle fin,

logrando el placer del alivio como forma particular de su satisfacción. Por su parte, el temor, como nec. del impulso de conservación, responde siempre a la amenaza de displacer. Así, cualquier vía productora de displacer puede despertar el temor, el que es seguido por el empuje de la T.D. que se orienta hacia el placer de la tranquilidad, dada por la evitación del riesgo de dolor, como satisfacción del impulso.

Entre las numerosas vías libres de entrada al displacer (fuera de las necs. de los otros impulsos), hay algunas que llevan a un intenso dolor, ejemplo: sufrimiento somático, frustración, dolor moral. Estos constituyen los displaceres más importantes que tratan de negar los impulsos de alivio y de conservación. Pero hay también muchos displaceres leves, que cumplen una función complementaria con respecto a los placeres de orientación general, ejemplo: suciedad, desprolijidad, malos olores, sonidos o imágenes desagradables, etc. A esas vías “periféricas” de entrada al displacer les llamaremos **displaceres de orientación general**. Tales displaceres son tomados también por aquellos dos impulsos especializados en la negación del displacer. Si bien éstos se encargan principalmente de los displaceres más intensos, alcanzan todo displacer (a evitar el de conservación y a ponerle fin el de alivio).

En base a lo que hemos tratado, y dejando por ahora de lado los microimpulsos, podemos decir que todas las vías que llevan al placer y al displacer, a pesar de su gran cantidad y de la complejidad de su distribución, se hallan comprendidas bajo la mecánica funcional de los impulsos vistos, los cuales constituyen verdaderas leyes de la motivación humana. Más adelante analizaremos detenidamente la lista de impulsos presentada. (cap. 6).

4. Los impulsos y su peso diferencial en la motivación

Sabemos que la magnitud del poder motivador de cada impulso es **rotativa**. Así por ejemplo, el impulso de bebida puede pasar mucho tiempo desapercibido, o transformarse en el más poderoso, dominando todo el psiquismo. Por ello, la intensidad de la nec. movilizada determina el poder eventual del impulso. Sin embargo, tomando como referencia un día “tipo” de la tribu humana primitiva, encontramos que hay impulsos que son más difíciles de satisfacer que otros. Por eso, tanto la intensidad del displacer de la nec. como del placer de la satisfacción serían aproximadamente proporcionales a la dificultad natural de satisfacción. También, a la mayor importancia adaptativa de lograr con más frecuencia la satisfacción.

5. Los impulsos y la contradicción psicológica básica

La esencia del funcionamiento psíquico no es más que una continua lucha entre dos fuerzas que tienden a producir efectos contrarios. Una es la fuerza absoluta de la intencionalidad, expresada en la ley general del psiquismo, que empuja hacia la afirmación del placer y la negación del displacer; y la otra está constituida por el total de condiciones o factores externos y neurofisiológicos internos que tienden objetivamente a que se produzca el displacer y a negar el placer. Sin embargo, aunque ambas fuerzas experimenten una constante lucha, se hallan **cooperando** con gran firmeza para permitir la sobrevivencia del organismo. En otras palabras, los fenómenos de lucha y cooperación se encuentran unidos en el mismo hecho, y son relativos a los efectos considerados. Cuando dos fuerzas tienden a producir resultados contrarios y excluyentes están luchando; y cuando tienden a producir el mismo efecto se hallan cooperando. Así, en relación a los resultados de placer o displacer aquellas fuerzas se hallan en lucha. Pero en relación a los efectos de la sobrevivencia o extinción del organismo se encuentran cooperando. Ambas fuerzas contribuyen para el efecto de la sobrevivencia. La lucha continua entre la ley general y las fuerzas contrarias a la intencionalidad es a la vez la más estrecha cooperación de ambos contrarios, para posibilitar el movimiento de la conducta y la sobrevivencia del organismo.

Así como la ley general se manifiesta en las tendencias primarias o impulsos, la contradicción básica del psiquismo también se manifiesta en la contradicción o lucha que experimenta cada impulso con la respectiva "fracción" de las fuerzas contrarias. Ejemplo, el impulso alimenticio trata de suprimir el displacer del hambre y busca el placer del alimento. Las fuerzas contrarias, aquí, tienden a generar y a hacer persistir el estado displacentero del hambre y a negar o limitar la posibilidad de placer del impulso.

La misma lucha está presente en cada impulso, y se hace evidente la complementariedad de las fuerzas opuestas para concluir en la obtención, por parte del organismo, del objeto o hecho útil a la vida. La conducta se paralizaría si sólo hubiese placer permanente. También se frenaría si hubiera sólo displacer sin existir ninguna posibilidad de salir de ese estado. Igualmente paralizadora sería la situación de ausencia de placer y de displacer, o bien la simultaneidad constante y equivalente de ambos estados. Únicamente el pasaje de uno a otro es lo que permite el movimiento de la vida psíquica y la conducta.

CONSIDERACIONES METODOLOGICAS

1. Los niveles del psiquismo

El accionar de la ley general, como esencia de la intencionalidad, tendría cuatro niveles cualitativos en el hombre, donde el nivel de los impulsos es uno de ellos. Para explicar lo que debe entenderse por “niveles cualitativos” en la organización de la materia, y en este caso en lo que hace a la estructura motivacional humana, tomaremos como ejemplo la fisiología y la organización en niveles de los componentes anatómicos del organismo.

Un primer nivel que encontramos aquí es el celular. Las células rellenan todo el organismo. Si queremos ver la composición estricta de un organismo, sin contar ciertas sustancias accesorias, sólo encontraremos células. Sin embargo, aunque “todo” es célula, “no todo” es célula. Todo es célula porque podemos recorrer con microscopios la totalidad del organismo y no encontraremos otra cosa que células. A la vez, no todo es célula porque también están los **órganos**.

El órgano no es más que la organización de las células que lo componen, es el conjunto organizado de células. Del mismo modo, cada célula es el conjunto organizado de los organoides celulares, y éstos de las moléculas que los forman, y así sucesivamente.

Lo que importa por ahora es atender el hecho de que el órgano sigue siendo células, y que los mismos átomos que forman a las células son los que forman al órgano. Tenemos así, dos niveles cualitativos: el celular y el de los órganos.

Si pretendemos explicar el funcionamiento del organismo y lo enfocamos sólo desde el nivel celular, quizás demos explicación a muchos fenómenos. Pero llegará un momento en que ya nada más podremos decir. Aparecerá una barrera que nos impedirá progresar en la explicación del funcionamiento del organismo. Esa barrera es la que separa el nivel de las leyes celulares del nivel de los órganos y sus leyes. Una vez que pasamos al nivel de los órganos estaremos ante un mundo nuevo. Aparecerán muchos fenómenos y

relaciones que estaban vedados al enfoque citológico, por ejemplo: los mecanismos del funcionamiento global del hígado, del páncreas, de los riñones, etc., que son imposibles de entender si sólo enfocamos la actividad de cada célula aislada.

En el psiquismo, el nivel equivalente al celular es el nivel reflejo. En esencia todo es reflejo. No puede haber fenómeno psíquico que no se base en la actividad refleja del sistema nervioso. Luego, los impulsos son los “órganos psíquicos”; es decir, los reflejos se hallan organizados en su secuencia y relaciones, dando forma a una configuración global como por ejemplo: el impulso alimenticio. El funcionamiento de dicho impulso no es más que el producto del funcionamiento organizado y coherente de los reflejos que lo sustentan.

Los reflejos pasan a integrar la base del movimiento de los impulsos cuando caen bajo el orden de la ley general. En el nivel reflejo, el funcionamiento de la ley general radicaría en mecanismos de facilitación y obstaculización selectivas de vías nerviosas, que orientarían a los reflejos en forma coherente, dando como producto global la T.D. (tendencia dirigida) de un impulso.

Los reflejos del sistema nervioso, desde el enfoque que traemos, se pueden dividir en dos clases: 1- los que subyacen la actividad intencional, a los que daremos el nombre de **reflejos dirigidos**. 2- los ajenos a la intencionalidad, o **reflejos autónomos**. Los dirigidos son los que caen bajo el orden de la ley general. Esta funcionaría en el nivel reflejo valiéndose de un mecanismo selectivo que facilita o dificulta la activación o excitación de reflejos, según el placer-displacer con que se asocia cada vía nerviosa. De esa forma, se produciría la secuencia refleja coherente que aparece en lo psicológico global como la T.D. de una conducta igualmente coherente.

Ese “mecanismo selectivo” nadie lo ha visto nunca. Pero como en última instancia todo acto psicológico es producto de los reflejos del sistema nervioso, y dado que los reflejos sólo se mueven en su propia contradicción: excitación - inhibición, y como además sabemos que existe la ley general, no puede haber duda sobre la existencia de aquel mecanismo selectivo, que va determinando el curso de las vías reflejas.

Estos problemas del nivel reflejo serán tratados más adelante (cap.5). Por el momento la intención es solamente transmitir la noción de los niveles o “estratos” del funcionamiento psíquico. En este caso, recalcar que los impulsos son producto de la organización de la actividad refleja. No pueden existir flotando en la nada, al igual que los órganos respecto a las células.

Siguiendo con la analogía fisiológica, habíamos pasado desde el nivel celular al de los órganos, acompañando el pasaje cualitativo de uno a otro

nivel de la materia orgánica. Así, comenzábamos a explicar la fisiología del organismo desde el nivel de los órganos, pero sin olvidar lo visto en el nivel celular. Una vez que conocemos todo lo que nos ofrece el nivel de los órganos, y cuando creíamos que con éste ya estaba todo dicho, encontramos una nueva barrera que nos obliga a pasar a otro nivel cualitativo de mayor complejidad: el de los aparatos, ejemplo: el aparato digestivo, respiratorio, reproductor, etc. Los datos que nos ofrece el tratamiento del nivel de los aparatos es algo que no podríamos lograr desde el enfoque de cada órgano particular.

En el psiquismo también pasaremos del nivel de los impulsos u “órganos psíquicos” al de los “aparatos”. Así como los aparatos fisiológicos no son más que grupos de órganos integrados coherentemente en una o más funciones globales, los “aparatos” del psiquismo surgen de la organización y combinación de los impulsos. A modo de ejemplo tenemos la función moral; esto es, la doble tendencia a hacer lo bueno y evitar lo malo. Tal mecanismo se forma de varios impulsos, pero los dos “cabecera” son los impulsos de aprobación y de conservación. El primero motiva al sujeto a hacer lo **bueno** para lograr la aprobación social (y/o la autoaprobación). Por otro lado, como la conducta **mala** produce el displacer del rechazo social (y/o autorrechazo), aparece el temor de hacer algo malo. Entonces, el impulso de aprobación empuja a hacer lo **bueno**, y el de conservación (temor - T.D. - tranquilidad) motiva a evitar lo **malo**. El acople de esos impulsos da forma al mecanismo moral. Aunque dicho mecanismo no sea más que impulsos organizados, tiene no obstante autonomía funcional y de leyes. Por ello es de un nivel cualitativo superior en relación a los impulsos.

Lo de “superior” no es en este caso una valoración subjetiva. Se trata de algo auténticamente superior en cuanto al nivel de complejidad en la organización de la materia. Cuando se dice que las tendencias superiores no existen, afirmando que “en realidad” son sólo las tendencias primarias, esto es incorrecto, ya que del mismo modo tampoco existirían las tendencias primarias, porque son sólo reflejos, y éstos tampoco porque son sólo átomos en movimiento. Así como no podemos decir que el aparato respiratorio no existe, con el argumento de que “en realidad” se trata de un grupo de órganos, tampoco podemos hacer eso con las funciones superiores del psiquismo humano. Cada nivel cualitativo que resulta de la organización de la materia tiene su propia existencia objetiva y sus leyes exclusivas.

Otro ejemplo de mecanismos superiores es la función estética: bello-feo. Tales valores reúnen, entre otros elementos, a los placeres y displaceres de orientación. También está la función intelectual: entender - no entender. Sobre estas funciones o mecanismos hablaremos luego en detalle (cap. 8).

Hasta ahora hemos visto tres de los cuatro niveles de la estructura y el funcionamiento psíquicos: 1- reflejo. 2- impulsos. 3- mecanismos superiores. Cada uno de los niveles en los que actúa la ley general tiene su contradicción fundamental, o sus pares de contrarios organizadores. En el nivel reflejo los contrarios son: excitación-inhibición; en el de los impulsos: nec.-satisfacción; y en el siguiente: valor positivo - valor negativo o disvalor. El cuarto y último nivel de la estructura motivacional humana sería, en la analogía, el equivalente a los grandes sistemas fisiológicos, como por ejemplo: el sistema nervioso, endócrino, inmunológico, etc. Los elementos contrarios organizadores son los valores **virtuales** positivo y negativo. Este es el nivel de los ideales y los más altos intereses. Los valores virtuales se refieren a situaciones estables en el tiempo. Son condiciones que se busca o evita **ser**, **poseer**, o **que “haya”**, ejemplo: poseer virtudes o defectos personales, condiciones de bienestar o malestar sociales, etc. Este nivel del funcionamiento de la intencionalidad y de la ley general, que es el más elevado, se forma con la organización compleja, pero específica y definida, de los impulsos y mecanismos del tercer nivel.

Desde un enfoque más general, los niveles vistos serían **subniveles**, cuyo conjunto forma el nivel psicológico. Porque cuando enfocamos un grupo de individuos “psicológicos” en sus interrelaciones funcionales, estamos en presencia de un orden superior de fenómenos, que es el nivel social o sociológico.

Esta analogía con la fisiología no es algo meramente metafórico, ni tampoco un “modelo fisiológico” del psiquismo. Se trata de las mismas leyes universales de la relación entre los niveles cualitativos de la organización de la materia. Tales relaciones son comunes en todos los órdenes de fenómenos.

PARTE II

DESARROLLO ESPECIFICO

- La estructura y el funcionamiento psíquicos

EL NIVEL REFLEJO

Si bien trataremos un nivel por vez, lo presentado en el capítulo anterior sobre los niveles del psiquismo nos servirá para saber en qué lugar del “mapa psicológico” se ubica aquello de lo que hablemos. En el presente capítulo el nivel reflejo o neuronal será la transitoria “base de operaciones” desde donde observaremos los fenómenos psíquicos.

1. Substrato neurofisiológico del placer y displacer

Aunque el sistema nervioso central es bastante complicado como para de limitar en él la base de determinadas funciones psicológicas, encontramos en la neurofisiología un dato que es de gran importancia. Esto es la existencia, en la base del cerebro, de áreas neuronales que al entrar en actividad producen como efecto vivencial estados placenteros o displacenteros. En pacientes eventualmente sometidos a intervenciones quirúrgicas, que se ofrecen para la prueba, se observa que la aplicación de estímulos eléctricos (de muy baja intensidad) en determinadas áreas de la base del cerebro (sistema límbico) tiene como efecto estados placenteros o displacenteros en el sujeto según la zona estimulada. Tales efectos vivenciales se repiten cada vez que el estímulo se presenta con la misma intensidad y en la misma zona.* Por lo tanto, a diferencia de otras funciones psicológicas, la actividad neuronal responsable de las vivencias placenteras o displacenteras parece ser localizada.

Esto es factible de ser así, puesto que no se trata de las complejas funciones superiores de la corteza cerebral, donde en general se hace arbitrario hablar de localizaciones, sino de las reacciones anímicas básicas, compartidas por los diversos animales, y cuya base neurofisiológica parece encontrarse en las zonas más arcaicas o primitivas del sistema nervioso, en las cuales sí habría cierta tendencia a la localización de funciones.

* Best y Taylor. **Bases fisiológicas de la práctica médica** 10ª edición. Editorial Médica Panamericana. Buenos Aires 1982. Pág. 1508

En otros experimentos con animales se habría logrado localizar, inclusive, núcleos neuronales particulares responsables de las necesidades más primarias, o sea, núcleos neuronales localizados que al entrar en actividad producirían hambre, sed, etc. Por ejemplo, al estimular con cierta continuidad el “núcleo del hambre”, el animal no para de comer y engorda rápidamente, a diferencia de otros animales de igual camada que se hallan en condiciones normales. Luego, si se impide la actividad a ese núcleo del hambre, el organismo pierde todo interés por el alimento. También, en similares experimentos se comprueban claras reacciones displacenteras o placenteras en el animal según la zona estimulada, lo cual se observa en las manifestaciones externas que evidencian uno u otro estado anímico.*

Estos datos no son suficientes para creer que las neuronas responsables de las vivencias placenteras o displacenteras tengan una localización muy marcada. Es probable que sólo muestren una tendencia a la localización, distribuyéndose en áreas difusamente diferenciadas. De todas formas, tomaremos como hipótesis de trabajo lo que estos datos nos sugieren, y en adelante hablaremos, resumidamente o para simplificar, de **neuronas del placer y del displacer**.

2. El sistema nervioso y la contradicción psicológica básica

Estamos en condiciones ahora de mirar la contradicción básica desde un plano diferente. La lucha, en rigor, se plantearía entre la fuerza que tiende a producir la estimulación de las neuronas del placer e inhibir la actividad en las del displacer, contra las fuerzas contrarias, responsables de la estimulación de las neuronas del displacer y de la negación del trabajo en las del placer. Se trata de los respectivos “objetivos” de las fuerzas en lucha. Este sería el mecanismo esencial del funcionamiento psíquico. La naturaleza creó una serie de complejos mecanismos neurofisiológicos, que en su funcionamiento autónomo se encargan de estimular las neuronas del displacer e inhibir la actividad en las del placer; mientras que las fuerzas neurofisiológicas “leales” a la ley general tienden a producir la estimulación de las neuronas del placer y a negar dicha estimulación en las del displacer.

Sabemos que las vías fundamentales de entrada al placer están dadas en los núcleos de satisfacción de los impulsos. Por ello, las vías nerviosas esti-

* Whittaker James O. **Psicología**. Nueva Editorial Interamericana. México 1984. Pág. 150

muladas por los objetos de satisfacción de los impulsos son las únicas que tienen una “afluencia” significativa en las neuronas del placer. Por ejemplo, en la cavidad bucal se encuentran los receptores o terminales nerviosos que son estimulados durante la ingestión del alimento o en el acto de beber. La actividad nerviosa comenzada en la cavidad bucal asciende hasta el cerebro, y según las condiciones tiene vía libre para terminar desembocando en las neuronas del placer, a las que hará activar.

Las vías nerviosas de acceso a las neuronas del placer se hallan especialmente restringidas y solamente abiertas a la estimulación nerviosa producida por los objetos adaptativos y en condiciones adaptativas o útiles a la vida. Esto no sólo sucedería con las vías nerviosas que ascienden desde determinadas zonas del cuerpo. Cuando el objeto de satisfacción es un hecho ocurrido en el plano simbólico o de la abstracción (satisfacción del impulso de curiosidad por ejemplo), se produciría, según las condiciones, un descenso de la actividad nerviosa desde la corteza hasta la base del cerebro, donde se hallan las “neuronas anímicas”.

Los objetos de satisfacción de los impulsos no sólo producen la estimulación de las neuronas del placer, sino que a la vez son las únicas vías que concluyen en la inhibición de la actividad de las neuronas del displacer o nec.

En la contradicción o lucha continuas entre la ley general y las fuerzas contrarias, la actividad de la corteza cerebral que subyace la intencionalidad inteligente se encuentra siempre al servicio de la ley general. Toda la actividad **intencional** del cerebro tiende a lograr los objetos-situaciones que son las vías de entrada a las neuronas del placer, y que a la vez inhiben la actividad de las neuronas de la nec. o displacer. Sin embargo, por más poderosa que sea la fuerza de la intencionalidad inteligente, nunca puede lograr un triunfo absoluto contra el enemigo, es decir, nunca puede conseguir que se dé sólo placer y se extinga totalmente el displacer. Al respecto cabe una pregunta: ¿qué sucede si alguien sólo tiene motivos de placer y ha logrado suprimir completamente todos los motivos de displacer?. Es muy común que los individuos que se aproximan a esas condiciones de vida excepcionalmente favorables presenten cuadros de frecuentes y duraderos estados de displacer, que aparecen sin motivo justificable para el dominio subjetivo, ejemplo: ansiedad, angustia, disconformidad general, etc. Este fenómeno de la ansiedad “sin motivo” ha desconcertado a la psicología y a otras ciencias ocupadas del tema, además de desconcertar “más seriamente” al sujeto que la vive.

3. El sistema de mantenimiento autónomo

La explicación de ese raro fenómeno compensatorio estaría dada por lo que sigue. Una de las leyes más generales de la fisiología, y que es un axioma de dominio popular, nos dice que todo órgano que no funciona con normalidad tiende a atrofiarse o degenerar. Las neuronas no están exentas de esta ley. Por el contrario, son de las más propensas a degenerar con la falta de actividad normal. Por lo tanto, si un sujeto no tiene ningún motivo productor de displacer por mucho tiempo, esto quiere decir que las neuronas del displacer estarían durante todo ese tiempo sin actividad alguna. A causa de ello comenzarían a atrofiarse hasta degenerar. Esto parece un peligro. Pero la naturaleza está siempre “atenta” a tales situaciones. Por eso, existiría en los organismos un sistema homeostático especial, cuya función sería la de asegurar el buen mantenimiento de la capacidad estructural y funcional de todos los órganos. En aquellos órganos que no hayan tenido un adecuado monto de actividad por estímulos externos o normales, dicho sistema actuaría promoviendo la estimulación autónoma de esos órganos, a fines de su mantenimiento. De tal modo, en el caso que nos ocupa, este sistema sería el responsable de la estimulación autónoma de las neuronas del displacer, a fines del mantenimiento de su buen estado, lo cual tendría efecto en la vivencia, siendo éste la **ansiedad** o angustia “sin motivo”.

El sistema de mantenimiento autónomo se hallaría generalizado en el organismo, controlando que todos los órganos se encuentren en buenas condiciones. Ejemplo, las contracciones estomacales que se producen cuando el organismo lleva mucho tiempo sin ingerir alimento serían controladas por este sistema, que sometería a la musculatura del estómago a su obligatoria “sesión de entrenamiento”. Si esa musculatura se mantuviera en reposo absoluto durante los muchos días que el organismo eventualmente puede estar sin comer, quedaría en malas condiciones de rendimiento. El estómago no se encontraría preparado para cuando el animal logra ingerir gran cantidad de alimento. Aquí la digestión supone un estómago en buenas condiciones, y para ello debe entrenarse, entretenerse con contracciones de mantenimiento mientras espera el alimento. También encontramos la presencia del sistema de mantenimiento autónomo en la fase del sueño llamada sueño paradójico (momento en el que se vivencian los sueños), caracterizada por una actividad eléctrica del cerebro similar a la de vigilia, y que cumpliría la función de impedir que sea muy prolongado el reposo de la formación reticular y demás áreas del sistema nervioso central que se hallan prácticamente sin actividad durante el sueño profundo.

Habría más para decir sobre el sistema de mantenimiento autónomo, pero significaría un viraje hacia la fisiología general, y ese no era el “trato”. Lo que nos interesa aquí es que en el caso visto más arriba, de aquel que no tiene motivos de displacer, este sistema sería el responsable de la estimulación forzosa de las neuronas correspondientes, a fines del mantenimiento de su buen estado, lo que tendría como efecto aquella “ansiedad autónoma” en la vivencia.

Es evidente que esa no sería la única causa de la ansiedad. Pero sí lo sería en los casos como en el ejemplo visto, dado que si un sujeto logra evitar todo motivo de displacer, ejemplo: come ante el menor indicio de hambre, bebe sin sentir sed, descansa sin cansarse antes, no tiene motivos de preocupación o temor, y así con todas las necesidades, las neuronas responsables de producir con su actividad: hambre, sed, cansancio, temor, no pueden estar mucho tiempo sin trabajo. Por tanto, llegará un momento en que el sistema de mantenimiento autónomo provocará la actividad conjunta de todas esas neuronas, dando forma a la ansiedad (nec. indiferenciada), o a la angustia (ansiedad intensa matizada con temor).

Con respecto a las neuronas del placer, ocurriría algo parecido. Cuando alguien se encuentra en una situación muy problemática que lo lleva a vivir tres o cuatro días seguidos de continuo displacer, llegará un momento en que las neuronas del placer ya no “soportarán” la situación de un reposo tan prolongado y darán comienzo a su “agradable” sesión de entrenamiento. Por su parte, las neuronas del displacer, que han tenido una actividad intensa e ininterrumpida, deben pasar al reposo para restablecer sus energías. Es aquí el momento en que el individuo cambia de actitud ante sus dificultades; comienza a ver que todo se aclara y que no es “para tanto”; aparece una sensación reconfortante y de gran tranquilidad, cuando sus problemas siguen siendo objetivamente los mismos, o quizá más graves aún. Una vez que las neuronas del placer cumplieron su sesión de entrenamiento, y cuando las del displacer recuperaron sus energías, estas últimas reinician su dolorosa tarea y vuelve la oscuridad de la situación a la conciencia del sujeto.

La conclusión que obtenemos por el momento es que los núcleos o áreas neuronales responsables del placer y del displacer tendrían siempre aproximadamente el mismo monto global promedio de actividad, a pesar nuestro. Quizás no sea exactamente constante el promedio de actividad de cada grupo de neuronas; pero debe ser cercano a ello, puesto que un trabajo a “media máquina” produciría una atrofia parcial, y el organismo necesita tener siempre a punto y en buen estado esos órganos nerviosos si pretende sobrevivir.

Aunque el volumen global promedio de trabajo de cada grupo de neuronas no sea exactamente el mismo, al menos lo sería en relación al efecto de su mantenimiento estructural y funcional. La prueba de ello es que jamás se deteriora la capacidad de tales centros nerviosos de producir placer o displacer como efecto de su trabajo.

La situación es bastante curiosa. La intencionalidad o ley general busca que trabajen solamente las neuronas del placer y que no trabajen las del displacer, cuando eso es imposible y una “pérdida de tiempo”.

Este es un aspecto que muestra la contradicción objetiva del psiquismo. Pero es claro que no podemos quedarnos con los brazos cruzados, sino que profundizaremos en los pormenores de esta situación “psicoabsurda”.

4. La constancia del trabajo neuronal

Un argumento en contra de la hipótesis sobre la constancia objetiva del promedio de trabajo de aquellas áreas neuronales lo da el hecho de que a veces se viven épocas de felicidad y otras de infelicidad. Tal objeción es importante, ya que la hipótesis de la constancia es que en tres o cuatro días se emparejaría el total de actividad promedio de cada grupo de neuronas. Por tanto, si vivimos dos meses con un cierto bienestar promedio y otros dos meses con malestar promedio, esto contradice la hipótesis de la constancia. Pero hay una respuesta a la objeción, y consiste en la consideración de los factores: intensidad y duración, como componentes de la masa total y constante de trabajo neuronal. Así por ejemplo, si el total del trabajo neuronal tiene una magnitud: 100, su composición puede ser: intensidad 10 - duración 10 ($10 \times 10 = 100$), o bien intensidad 20 - duración 5, o intensidad 5 - duración 20, etc. En todos los casos el volumen global de trabajo es 100 por igual.

Tomemos un espacio de tres días en los cuales tendría lugar necesariamente ese total de trabajo de cada grupo de neuronas; o sea, en cualquier “corte” de tres días seguidos que tomemos la cantidad global de trabajo neuronal es la misma. El sistema de mantenimiento autónomo procuraría sólo mantener el monto global promedio, pero no le “interesa” la relación duración - intensidad, puesto que ello no afectaría el resultado del adecuado mantenimiento de las neuronas. Sin embargo, el efecto vivencial no sería el mismo con una u otra distribución de duración - intensidad de ese trabajo neuronal. Para la vivencia resultaría mejor cuando el monto necesario del trabajo de las neuronas del displacer se reparte en la máxima duración y

mínima intensidad. Mientras que en relación al placer sería a la inversa; habría un mejor resultado anímico cuando las neuronas del placer tienen la máxima intensidad y mínima duración consecuente en su actividad.

Esto parece erróneo, es decir, con una u otra distribución el total vivenciado tendría que ser el mismo también. La explicación de que no sería lo mismo para la vivencia es algo intrincado pero finalmente claro de comprender. En principio, para que aparezca el efecto vivencial hace falta un mínimo de intensidad de la actividad nerviosa que lo haga surgir. En otras palabras, si se estimula una sola neurona, ínfima e invisible, por ejemplo del displacer, no habrá efecto vivencial alguno. Si se estimulan diez o treinta neuronas tampoco habrá efecto vivencial. Si seguimos aumentando el número de neuronas estimuladas, de modo que sumen mil, diez mil, tampoco tendremos efecto. Pero en algún momento el efecto aparecerá, ejemplo arbitrario: el efecto displacentero surgirá cuando las neuronas del displacer estimuladas superan el número de un millón. (En realidad la intensidad no surge sólo de la cantidad de neuronas que trabajan, sino del producto de la cantidad de neuronas más la frecuencia de los impulsos nerviosos de cada una. Pero supongamos constante la frecuencia de los impulsos nerviosos de cada neurona, de modo que la intensidad sólo esté dada por el número de neuronas estimuladas.)

Tenemos entonces que la actividad de un millón de neuronas solamente sirve para alcanzar el umbral vivencial, pero no tiene ningún efecto. Sólo tiene efecto en la vivencia el trabajo de las neuronas que exceden la cifra de un millón. Ello significa que mientras más tiempo trabajen las neuronas del displacer, será mayor la pérdida del efecto de ese trabajo constante equivalente a un millón de neuronas, siendo poco lo que asome al efecto vivencial en relación a todo lo que se pierde en lo subumbral. En cambio, si la masa global constante del trabajo de las neuronas del displacer se distribuye en la máxima intensidad y mínima duración, será poco lo que se perderá en lo subumbral y la mayoría de ese trabajo pasará al efecto vivencial. Gráficamente:

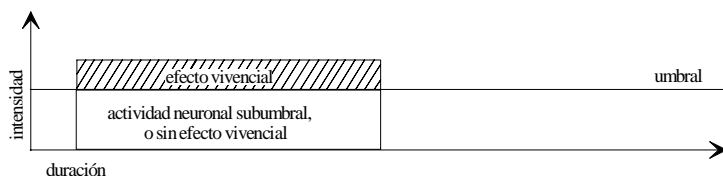


Gráfico 1 : actividad de las neuronas del displacer en la máxima duración y mínima intensidad

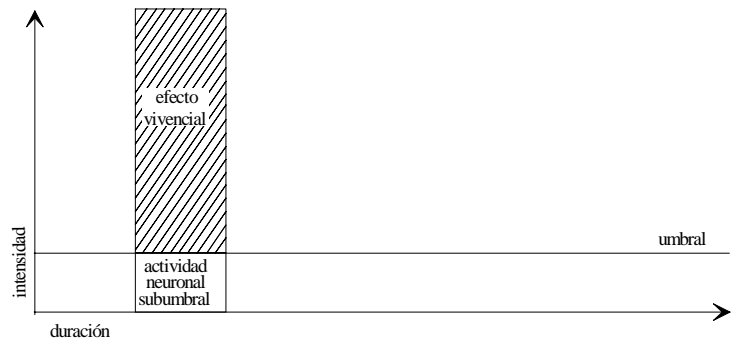


Gráfico 2 : actividad de las neuronas del placer en la máxima intensidad y mínima duración

En ambos gráficos encontramos la misma masa global de trabajo neuronal, representada por la superficie total de la figura. En el gráfico 1 vemos que el efecto de displacer vivencial es mucho menor que el quantum de displacer vivencial del gráfico 2. Sin embargo, en ambos casos es el mismo total de trabajo neuronal. Toda la diferencia reside en la mayor pérdida, en el primer caso, del trabajo subumbral de un millón de neuronas en cada instante sucesivo. Esto por el hecho de distribuirse la masa de trabajo en la máxima duración y mínima intensidad.

En el caso de las neuronas del placer se da la misma situación. Claro que en vez de obtener una barra horizontal que haga perder todo el efecto, deben presentarse numerosas y frecuentes barras verticales altas y finas.

Veamos una analogía sencilla de otro campo de la realidad, que nos demostrará la universalidad de estas relaciones y nos ayudará a comprender mejor la naturaleza del fenómeno. Supongamos que tenemos un gran camión estacionado y contamos con treinta hombres de la misma fuerza muscular cada uno para empujarlo. El efecto que consideramos es el movimiento del camión y el quantum de su movimiento. Supongamos que el vehículo ofrece una resistencia cuyo poder es equivalente a la fuerza de empuje de 13 hombres. Por tanto, la fuerza de 13 sujetos aplicada al camión sólo sirve para equilibrar la resistencia, pero no es suficiente para provocar el efecto del movimiento. Sin embargo, en esa situación de equilibrio el menor soplido ya lo mueve. Establezcamos que cada uno de los 30 sujetos sólo puede aplicar sus fuerzas máximas durante 5 segundos. Así, la fuerza o energía total con que contamos es la fuerza máxima de 30 hombres aplicada durante 5 segundos.

Observemos dos formas posibles de distribuir ese total de energía. En la primera prueba dividimos en 2 grupos de 15 cada uno. Hacemos empujar los

5" al primer grupo, y medimos la energía dinámica transmitida al vehículo, como expresión de la cantidad de su movimiento. Hacemos lo mismo con el otro grupo de 15 y volvemos a medir la energía dinámica transmitida, que será la misma. Finalmente sumamos los dos productos parciales y nos dará un producto x como resultado de la primera prueba. Luego, en la segunda prueba hacemos empujar a los 30 juntos durante los 5". No hay dudas de que la energía dinámica transmitida al camión, en la segunda prueba, será mayor que la suma total de la primera. Esto por lo siguiente: la resistencia del vehículo equivale a la fuerza de 13 hombres. Por ello, en cada uno de los dos intentos parciales de la primera prueba, la fuerza de 13, de los 15 que empujaban, sólo sirve para equilibrar la resistencia, aprovechándose el efecto de la fuerza de 2. Por lo tanto, en el total de la primera prueba se pierde el efecto de la fuerza de 26 hombres en equilibrar la resistencia del camión y solamente se aprovecha el efecto de la fuerza de 4. En cambio en la segunda prueba, al empujar los 30 juntos, sólo se pierde el efecto de 13 sujetos en equilibrar la resistencia, aprovechándose el efecto de los otros 17.

Vemos entonces que en ambas pruebas se utilizó la misma cantidad de trabajo muscular. Pero en el primer caso su distribución fue: intensidad 15 (hombres) \times duración 10" (dos tandas de 5") = 150; y en el segundo: intensidad 30 \times duración 5" = 150. Sin embargo, el efecto logrado es muy distinto en uno y otro caso.

Traduciendo esto a lo que ocurre con el trabajo de las neuronas del placer o displacer en relación al efecto vivencial, encontramos que así como la fuerza de 13 hombres se pierde en equilibrar la resistencia del camión, la energía del millón de neuronas en actividad se pierde sólo en alcanzar el umbral de la vivencia, o bien en equilibrar la resistencia que se opone al efecto vivencial.

Entonces, si el volumen total de trabajo de las neuronas del displacer es constante en aquellos 3 días, será mejor repartirlo todo lo posible, para que la energía del trabajo subumbral equivalente a un millón de neuronas se pierda durante el máximo tiempo posible, y sea poca la proporción que asome como efecto vivencial displacentero. En cambio con respecto a las neuronas del placer, lo mejor es que empujen reiteradamente todas las neuronas juntas para aprovechar al máximo el efecto vivencial, y no haya pérdida subumbral inútil de ese monto de actividad asignado.

Existen algunas razones para creer que el área ocupada por las neuronas del displacer es mayor que en el caso del placer. En principio, la experiencia subjetiva nos muestra que el placer casi nunca es más que irrupciones esporádicas y breves, mientras que el displacer suele ser muy duradero y no

menos intenso. Luego, según el criterio de adaptación para la sobrevivencia sería más útil que fuera así, de modo que el organismo se vea más obligado a conseguir lo que necesita. Por otro lado, los datos experimentales que proveen los sondeos realizados por la neurofisiología en las distintas áreas del cerebro, parecen demostrar también que sería mayor el área ocupada por los centros neuronales responsables de las vivencias displacenteras. Por último, podemos agregar el hecho conocido por todos, de que ser infeliz es algo de lo más “fácil”. Supondremos entonces que las neuronas del displacer son el doble que las del placer. Por ejemplo, si en aquellos 3 días seguidos el total de la energía generada por el trabajo de las neuronas del placer es 100, el total en las del displacer es 200. Por supuesto que es una relación arbitraria, pero aceptemos la hipótesis y recordemos que hablamos del trabajo de las neuronas sin tener en cuenta la vivencia.

En base a esa diferencia de magnitud, podemos suponer que aunque esos 200 de trabajo de las neuronas del displacer se distribuyan en la máxima duración y mínima intensidad, igual asomaría en forma de efecto vivencial displacentero una proporción; es decir, si durante aquel espacio de 3 días las neuronas del displacer trabajan con la máxima duración y mínima intensidad, se perdería el efecto de 150 por ejemplo, de ese trabajo, y 50 de displacer es lo que se registraría en total en la vivencia. Luego, si las neuronas del placer, cuyo trabajo total es 100 en esos 3 días, se estimulan con la máxima duración y mínima intensidad, prácticamente se perdería todo, sin asomar nada o casi nada al efecto vivencial. Esto porque al ser menos, y al “estirarse” todo ese trabajo en la máxima duración, la intensidad no alcanzaría el efecto vivencial. Por eso, las neuronas del placer deben tener la máxima intensidad y mínima duración en su trabajo. En tal caso, del total de 100 de la energía del trabajo de las neuronas del placer, asomaría a la vivencia, por decir, el efecto de 90, perdiéndose sólo 10. Por su parte, si las neuronas del displacer trabajan con la máxima intensidad posible y la mínima duración consecuente, del total de 200 se “sienten” en la vivencia unos 180 y se pierde el efecto de sólo 20.

De tal manera, la máxima felicidad objetiva, o sea el trabajo de las neuronas del placer en la máxima intensidad y mínima duración, y las del displacer a la inversa: máxima duración y mínima intensidad, implicaría un producto vivencial total de placer 90 y displacer 50. Pero la máxima infelicidad, que es el hipotético monto invariable del trabajo de las neuronas del placer en la máxima duración y mínima intensidad, y las del displacer en la máxima intensidad y mínima duración, daría un producto vivencial de displacer 180 y placer 0. Obsérvese que esa diferencia abismal entre la máxima

felicidad y la peor infelicidad no afectaría en absoluto el hecho de que tanto unas neuronas y otras tengan, cada grupo, la misma masa total de trabajo en cualquier distribución. Ello les permitiría su adecuado mantenimiento estructural y funcional, que es lo que a las neuronas les “interesa”. Pero si a ellas les da lo mismo una distribución u otra, para nosotros, que somos los destinatarios del efecto vivencial, es muy distinto una forma de distribución u otra, es la diferencia entre el paraíso y el infierno.

Si relacionamos esto con la contradicción básica del psiquismo, veremos que aunque sería fatal una resolución absoluta de la lucha, donde uno de los contrarios anule totalmente al otro, puede no obstante haber una resolución relativa de la contradicción. Se trata de una lucha más amplia y abarcativa, donde está en juego el promedio general del dominio en la vivencia. Así, si triunfa la ley general logra como efecto: la felicidad, y negar obviamente la infelicidad; mientras que el triunfo de las fuerzas contrarias, en este nivel, significa la afirmación de la infelicidad como efecto y la negación de la felicidad. En otros términos, se da un dominio promedio de una de las fuerzas sobre la otra, sin por ello detenerse la lucha, ni las victorias esporádicas del contrario.

Es probable que el volumen global de trabajo promedio de cada grupo de neuronas no sea exactamente constante. Por ejemplo, la masa total de 100 del trabajo promedio de las neuronas del placer tal vez pueda agrandarse o comprimirse un poco, o sea, quizás pueda variar entre 90 y 110, y no obstante lograrse el adecuado mantenimiento neuronal. Sin embargo, no podría alejarse mucho del promedio. Probablemente nos cueste creer que exista una tendencia homeostática al automantenimiento del promedio de actividad de las neuronas por el hecho de que las miramos desde la manifestación vivencial, que es lo que nos afecta. Pero si olvidamos la vivencia y observamos el cerebro material, focalizando dos grupos de frías neuronas, viéndolas como **células** sometidas a todas las leyes fisiológicas, se hace más aceptable la existencia de un simple mecanismo regulador que tienda a promediar su actividad.

Aunque el total de trabajo de cada grupo de neuronas pueda comprimirse o agrandarse más de lo que recién suponíamos, sin afectar el buen mantenimiento neuronal, encontraríamos de todos modos un mínimo y un máximo del total de actividad. En el caso de las neuronas del displacer, por ejemplo, aunque sea solamente ese mínimo, saldrá en forma de ansiedad, etc., cuando las neuronas del displacer han tenido un reposo absoluto. Por ello, aunque fuera más variable el promedio total del trabajo neuronal, sería igualmente válida la consideración de los factores duración - intensidad, al menos como

elementos parcialmente determinantes del mayor o menor placer o displacer vivenciales. En tal caso, la “fórmula” para la felicidad objetiva sólo tendría un agregado: “para la máxima felicidad objetiva, las neuronas del placer deben trabajar con la mayor intensidad posible y la mínima duración consecuente, a lo que se agregaría que el volumen global, así distribuido, sea el máximo posible; y las neuronas del displacer deben trabajar en la máxima duración y mínima intensidad, agregando que la masa de trabajo sea la mínima posible”. Por supuesto que sería preferible la posibilidad de una amplia variación del volumen de trabajo neuronal. Pero es bastante más probable que de existir alguna diferencia en la masa total de actividad neuronal, la misma no se alejaría significativamente del promedio. Todo alejamiento del promedio sería acercarse a la degeneración neuronal (cuando se acentúa el reposo), o a la fatiga neuronal y el consumo de las reservas energéticas (cuando tiene lugar la sobreactividad).

5. La forma de actuar el sistema de mantenimiento autónomo

El placer o displacer “autónomos”, como efectos de la actividad neuronal de mantenimiento, casi nunca surgirían por sí mismos, separados de los motivos psicológicos. Lo que sucedería con más frecuencia es que a medida que se aproxima la estimulación autónoma, que responderá al reposo muy prolongado de las neuronas, se van requiriendo estímulos externos o psicológicos internos cada vez más leves para desencadenar el efecto de la actividad neuronal; es decir, los estímulos leves, que en otro momento no tienen efecto, cuando aumenta la proximidad de la estimulación autónoma estarían en condiciones de desencadenar lo que ya viene empujando solo. Esta situación sería comparable a lo que sucede en relación a la causa de la muerte. Si no se presenta ningún motivo desencadenante del deceso, igual llega la muerte natural por ley. Pero a medida que se aproxima ese momento, motivos cada vez más pequeños en poder, que en otros casos no producirían el efecto, aquí lo desencadenan. Por ello, cuando un solo motivo insignificante nos angustia, y ese mismo motivo en otra oportunidad no nos afecta, entonces, la **causa** de aquella angustia no es tanto el motivo, sino que muchas veces sería el eventual estado de las “mareas fisiológicas”, que hacen necesario el trabajo de las neuronas responsables, con o sin motivos. Un ejemplo de esto estaría dado en la conocida “angustia del domingo”. El motivo desencadenante no diferiría mayormente con respecto a lo que sucede en cualquier otro día de la semana. Dicho motivo (en aquellos lugares donde se

descansa sábado y/o domingo) sería básicamente el fin del descanso o la proximidad de la jornada de trabajo del día siguiente. Pero la diferencia consiste en que las neuronas del placer tuvieron durante muchas horas el máximo trabajo posible, mientras que las del displacer prácticamente suspendieron su actividad desde el viernes o sábado al medio día. Por lo tanto, llegado el domingo al atardecer las neuronas del placer caen “agotadas” luego de su sostenida tarea, y las del displacer comienzan a “empujar las puertas” exigiendo entrar en actividad como respuesta a su prolongado reposo. Tales condiciones neurofisiológicas serían las responsables de que el menor motivo psicológico desencadene con facilidad el estado displacentero.

Por otra parte, es evidente que si la presencia de estímulos o motivos externos, o psicológicos internos, es adecuada o se adapta al volumen promedio del trabajo necesario de las neuronas, el sistema de mantenimiento autónomo, aunque esté virtualmente presente, no interviene en absoluto.

Con respecto a la actividad anímica ocurrida durante el sueño, se produciría cierta acentuación compensatoria de la actividad de las neuronas del placer o del displacer, según el grupo de neuronas que necesite actividad. El trabajo más pronunciado de unas u otras tendría su manifestación en los contenidos placenteros o displacenteros del sueño. Sin embargo, el papel del sueño como equilibrador del trabajo promedio de las neuronas anímicas sería sólo parcial, dado que es escaso el tiempo total en que hay “sueños”. Por su parte, el estado de sueño profundo muestra un acentuado reposo en la base del cerebro, por lo que habría ausencia de actividad vivencial. Por ello, la actividad autónoma de mantenimiento tendría lugar principalmente durante la vigilia.

Para finalizar, la ansiedad autónoma no sería solamente un mero efecto vivencial derivado del trabajo de mantenimiento de las neuronas del displacer o nec., sino que tal ansiedad sería aprovechada naturalmente para mantener en movimiento al organismo durante las épocas de ocio, empujándolo al juego o a la práctica de cualquier actividad. Si no existiera esa ansiedad autónoma, y donde aquellas neuronas tuvieran otra forma de mantenimiento de su buen estado, sin efecto vivencial, en las buenas épocas, donde todo está al alcance de la mano y no hay prácticamente motivos externos de displacer, el animal o el hombre primitivo estarían mucho tiempo sin movimiento, produciéndose el deterioro de las capacidades y habilidades globales. Y así, cuando cambia la suerte y hace falta la aplicación de las máximas capacidades, el organismo se hallaría desentrenado y torpe, siendo exterminado en la lucha por la vida. En base a esto, vemos que ese tipo de ansiedad

sería un refuerzo para la función del impulso recreativo. Tanto el aburrimiento (nec. del impulso recreativo) como la ansiedad autónoma empujan naturalmente a “hacer algo” para salir de allí, lo que termina en la seguridad de la continua actividad del organismo.

6. Formas de vida y actividad de las neuronas

Nos dedicaremos ahora a observar la relación entre lo dicho acerca de las neuronas, y la actividad de los impulsos. Hasta ahora tenemos que la tendencia absoluta de la intencionalidad, expresada en la ley general, se ramifica en los impulsos ya presentados (más unos pocos microimpulsos), que son las formas o vías particulares en que se manifiesta en el hombre esa tendencia general a afirmar el placer y negar el displacer. Por otro lado, vimos que la felicidad objetiva tendría un fundamento psicofisiológico definido. El criterio subjetivo de lo que implica la felicidad puede variar infinitamente de un sujeto a otro, pero el criterio objetivo está dado en el promedio favorable de placer-displacer vivenciales. Como hemos observado, el promedio favorable al placer dependería, en última instancia, de una relación específica de duración-intensidad de la actividad de las neuronas del placer y del displacer.

La satisfacción regular de todos los impulsos o necesidades primarias sería una condición necesaria para la felicidad, aunque no suficiente. Necesaria porque la insatisfacción prolongada de un impulso, cuando está movilizadas su necesidad, produce frecuentes e intensos estados dolorosos surgidos de esa frustración, así como estados de angustia y ansiedad, atribuibles en este caso a dicha insatisfacción que somete fácilmente a la infelicidad. Luego, la satisfacción regular de los impulsos, decíamos, no sería condición suficiente, porque si alguien tiene todo “a mano”, tiende a satisfacer las necesidades antes de que aparezcan, es decir, no alcanza a desarrollar el estado de nec., previo a la satisfacción. Así, al no lograrse el placer intenso, se insiste repetidamente en la búsqueda de objetos o situaciones placenteros, lo que lleva a vivir horas enteras con placer casi continuo pero de muy poca intensidad. Paralelamente, el trabajo postergado de las neuronas del displacer va comenzando a “pedir turno”, asomando poco a poco. Esto hace que se busque contrarrestarlo con otros objetos y situaciones placenteros. Con ello se lograría mandar nuevamente al reposo a las neuronas del displacer, mientras se consume todo el volumen de trabajo de las neuronas del placer que queda. Una vez que ya nada produce placer, al sucumbir las neuronas correspondientes al reposo obligado, comenzarían a subir lentamente las

aguas de la ansiedad. El sujeto usará todas sus estrategias personales para huir de ella, pero ya está derrotado. Es el momento en que la profunda angustia, la disconformidad general, los temores y la ansiedad dominarán su estado de ánimo. La duración de tal situación anímica depende de los requerimientos de “práctica” de las neuronas del displacer, pero en general sería de dos a tres horas.

Hasta ahora vimos dos modelos de actividad de los impulsos que llevan a la infelicidad como promedio anímico. El tercer modelo de infelicidad es la combinación de los dos anteriores. El primero era el sufrimiento promedio a causa de la prolongada frustración de los impulsos. Allí no se logra el placer por no lograrse los objetos de satisfacción. En cambio se obtiene el displacer de la dolorosa nec. insatisfecha, más los picos del sentimiento de frustración. En el segundo modelo, si bien están presentes los objetos de satisfacción, no aparece el placer intenso al no haber nec. previa que lo haga posible; pero sí se hace presente el displacer intenso, que es causado por la estimulación autónoma de las neuronas del displacer, en forma de ansiedad, depresión, angustia. El tercer modelo, que es la mezcla de esto, sería el más común y generalizado. Consiste en que algunos impulsos se hallan indefinidamente insatisfechos y frustrados, mientras que en los otros, donde hay satisfacción, no hay desarrollo previo del estado de nec. En otros términos, en algunos impulsos la satisfacción es demasiado fácil y en otros es extremadamente difícil. Por un lado, el placer de los impulsos insatisfechos obviamente no tiene lugar. Por otro, el placer de los que son fáciles de satisfacer no tiene la menor intensidad al no desarrollarse el estado de previa nec. En cambio, el displacer tiene vía libre por los dos flancos: 1-el sufrimiento por los impulsos insatisfechos o frustrados. 2-la ansiedad causada por la actividad de mantenimiento de las neuronas del displacer, que reemplaza a las necs. no sentidas de los impulsos prematuramente satisfechos.

Los tres modelos vistos serían los esenciales, y marcarían las “fórmulas básicas” para la infelicidad. En resumen, la infelicidad se logra con estados de pronunciada insatisfacción de las necesidades o impulsos y/o con una excesiva comodidad que libre de todo esfuerzo o problema.

Habrían también tres modos generales de lograr un mejor promedio anímico, y los tres suponen primero que nada la **satisfacción regular de todos los impulsos**. Al hablar de satisfacción o insatisfacción de los impulsos, se trata de una noción grosera de toda la “nube” de impulsos, descontando que se entiende la noción global que se intenta transmitir. Por ello, seguiremos con este modo de concebir “los impulsos”, hasta que sea el momento de entrar en detalles sobre sus diferencias y particularidades.

La primera forma de lograr un mejor promedio anímico se refiere a la situación de tener todas las facilidades, agregando la “administración” de ello. Consiste en permitir que se desarrolle el estado de nec. de cada impulso antes de darle satisfacción abrupta y con sabor a saciedad. De tal forma, la actividad total de las neuronas de la nec. o displacer se repartirá durante gran parte del día, cubriendo aproximadamente el monto necesario de actividad neuronal, por lo que no haría falta la intervención del sistema de mantenimiento autónomo y su estimulación sobre esas neuronas. También ello permitiría que la satisfacción de los impulsos provoque un placer más intenso.

La segunda forma se basa en tener una mediana dificultad para la satisfacción de cada impulso. Habíamos dicho que es perjudicial, a fines del promedio anímico, tener una excesiva facilidad o excesiva dificultad para lograr la satisfacción de los impulsos. Pero si se da una mediana dificultad en todos, de manera que “cueste” pero que se logre finalmente la satisfacción regular, ello hará que mientras el sujeto se ocupa de satisfacer un impulso, ya ha comenzado el desarrollo de la nec. de otro. Al lograr la satisfacción de éste, ya ha crecido la nec. de otro, y así sucesivamente. Tal situación hace que la satisfacción de cada uno sea intensa, a lo que se agrega la frecuente e igualmente intensa alegría anticipatoria por el logro de las metas parciales que preceden al placer concreto de la satisfacción. Por otro lado, no aparece el displacer autónomo, al haberse consumido aproximadamente la totalidad del trabajo de las neuronas del displacer o nec.

Por último, la tercera forma, que rescata en cierta manera lo positivo de las dos anteriores, sería la mejor de todas. Las dos anteriores en realidad sólo aliviarían la infelicidad, o bien rondarían la neutralidad. En cambio este último modelo permitiría la felicidad o el promedio favorable en la vivencia. Consiste en tener en principio todas las facilidades materiales para la satisfacción de los impulsos, pero el interés se vuelca a actividades sociales tales como el juego, el deporte, el trabajo cuando es entretenido, campamentos, excursiones, actividades artísticas, etc.; es decir, actividades o situaciones con una gran variedad de estímulos, que mantengan durante todo el tiempo un constante tono emocional y **entusiasmo**, esto es, un continuo estado de expectativa, incertidumbre, suspenso, deseo, concentración, interés, más la presencia de frecuentes e intensas reacciones placenteras. *

* En tal sentido, además de aquellas actividades y de algunas otras situaciones, habría que agregar, por ejemplo, lo que significa el estado de enamoramiento, que también promueve en buen grado el característico tono emocional del entusiasmo.

El estado de **entusiasmo**, traducido al sistema nervioso, sería aquel donde auténticamente se daría el trabajo de máxima duración y mínima intensidad de las neuronas del displacer. El deseo, expectativa, suspenso, en realidad son estados de nec. o displacer, pero tan leves en intensidad, que se hacen sumamente livianos para el sujeto. Aquí la intensidad del trabajo de las neuronas del displacer sería la mínima, asomando apenas a la vivencia. Pero la duración, cuando aquel estado anímico es sostenido, haría consumir el monto de trabajo necesario de esas neuronas. A la vez, durante el entusiasmo promovido por aquellas actividades o situaciones es cuando se producen los estados de placer más intensos y frecuentes, que se manifiestan en profundas alegrías o estados de júbilo y gozo, y que tienen lugar a través de la satisfacción intensa y reiterada de los impulsos que participan en la actividad y la sostienen. Luego, una vez finalizada la larga jornada de diversión y entusiasmo, encontramos que se han desarrollado la sed, el cansancio, el calor, el hambre. Así, además de haber disfrutado el largo lapso de la entretenida actividad, se encuentra vía libre para la intensa y saludable satisfacción del resto de impulsos.

Esta tercera forma, que se basa en la actividad, principalmente de carácter social, no sólo permitiría el mínimo displacer vivencial, sino también el máximo placer, ya que además de los frecuentes e intensos placeres de los impulsos que participan en la actividad, se suman los del resto de impulsos, cuyas necs. se fueron movilizando con el desarrollo de las actividades.

El hecho de ser esta forma la mejor, no sería algo casual. Se trata de la forma esencial de vida de los hombres primitivos. La casi totalidad del día de la tribu primitiva era sin duda actividad conjunta, sea laboral o de entretenimiento. Es evidente que dado lo útil a la sobrevivencia, de la unidad y actividad del grupo, debía ser la condición de vida en que los primitivos se sentían más a gusto. Así como, en términos naturales, sólo produce placer concreto lo útil a la vida, de la misma forma, en un plano más abarcativo, las condiciones o situaciones de vida concebidas en extensión de tiempo que fueran útiles a la sobrevivencia de la tribu debían provocar en sus miembros un promedio anímico favorable al placer. Es por ello que la selección natural, en base a esas situaciones de actividades sociales, indispensables para la sobrevivencia grupal, "moldeó" la distribución del trabajo de las neuronas del placer y displacer, para que tales situaciones fueran, en el balance, del agrado de los miembros de la tribu. De lo contrario, la ley general haría evitar dichas actividades, pereciendo la tribu toda a causa de los efectos negativos que tal inactividad tendría. Por esa razón, los mecanismos más generales del funcionamiento psíquico se encuentran adaptados para que el psiquismo se despliegue de la mejor manera en el marco de actividades

sociales con gran riqueza de estímulos y matices, entre las que se destaca fundamentalmente el trabajo en su forma natural, es decir, cuando la actividad laboral de los primitivos, dadas sus condiciones generales de vida, era para ellos, además de trabajo, un juego, un deporte, una escuela, un arte, una aventura al mismo tiempo.

Como se podrá deducir, la felicidad supondría, entre otros elementos, la transformación del contexto social, de modo que posibilite el desarrollo de actividades sociales capaces de provocar un estado de profundo entusiasmo por ellas. La pasión por las actividades a realizar (junto a cierta seguridad de satisfacción para todas las necesidades primarias o impulsos) es la base de la felicidad. La actividad, y en especial el trabajo, es el marco que envuelve la vida normal del hombre. Si no existe entusiasmo por la actividad que se realiza, o si no se realiza actividad alguna, es prácticamente sinónimo de infelicidad.

Como conclusión, serían dos las condiciones generales para la felicidad social, y en el orden en que aparecen:

- 1 - Seguridad material para la satisfacción de todos los impulsos o necesidades primarias en todos los individuos.
- 2 - Condiciones adecuadas para el entusiasmo general por el trabajo y las actividades sociales.

7. Lo psíquico y su relación con el sistema nervioso

Antes de abandonar el nivel reflejo, para entrar de lleno en el tratamiento de los impulsos, nos detendremos en el análisis de la relación entre el fenómeno subjetivo o conciencia, vivencia, idea, espíritu, y la actividad del sistema nervioso.

Lo psíquico, entendido como contenido subjetivo (idea, vivencia, imagen mental, reacción anímica, sensación de “voluntad” en el empuje de la conducta, etc.), es en principio, y como definición más elemental y “segura”, **efecto de la actividad neuronal**. Luego, al ser un efecto que sólo puede surgir de la actividad eléctrica de las neuronas, es indudable que se trata de algo material o físico en su esencia. Sin embargo, cada ente de la realidad tiene dos aspectos unidos e interpenetrados: uno es la síntesis, el compuesto, el todo, la **calidad**; y el otro el análisis, las partes, las relaciones **cuantitativas** de sus componentes. Así, un hecho subjetivo, como puede ser una imagen mental concreta, es un fenómeno psíquico y físico a la vez; psíquico en su **síntesis cualitativa** o en su manifestación global, y físico en su **análisis cuantitativo** o en cuanto a las particularidades del movimiento de los

átomos que participan, sus propiedades electromagnéticas y el conjunto de sus relaciones, que forman la cara material o física del mismo fenómeno.

La unidad de esos dos aspectos en un mismo hecho no es una “rareza” del psiquismo. Si tomamos como ejemplo una célula, veremos que se trata de un hecho biológico y físico simultáneamente. La cualidad: vida, o célula viva, es la síntesis surgida, que convive con el analítico “remolino de átomos” que la sustenta.

De todas formas, en adelante olvidaremos la diferencia de los dos aspectos, y a aquel fenómeno lo consideraremos sólo como efecto **psíquico** de la actividad neuronal (sobrentendiéndose que simultáneamente es físico o material en su esencia). Lo psíquico tendría una influencia en el sistema nervioso, pero una influencia **pasiva**. Veamos cómo puede suceder esto.

Así como los órganos de los sentidos tienen receptores nerviosos que captan los estímulos ambientales físicos, mecánicos, químicos, en el sistema nervioso central existirían también los **receptores de lo psíquico**. De la misma forma que los conos y bastoncillos (células nerviosas receptoras de la visión, ubicadas en el ojo) están especializados para activarse como respuesta a una medida definida de la longitud de las ondas electromagnéticas de la luz, así, los fenómenos psíquicos surgidos de la actividad del cerebro, al ser simultáneamente físicos en su esencia y consistencia material, emitirían determinadas ondas que llevarían contenido algo así como el reflejo integral de su imagen, lo que sería **receptado** o captado por aquellas células especializadas (receptores).

El mecanismo básicamente sería el siguiente. La actividad de una primera vía nerviosa genera un efecto psíquico pasivo. Antes de que éste se “esfume”, es receptado o captado por las células receptoras especializadas, las que inician una nueva vía nerviosa como respuesta al estímulo receptado. La segunda vía nerviosa emitirá otro efecto psíquico, que será captado por otros receptores, y así sucesivamente. (Probablemente la concavidad craneana sea el “radar” que facilita la recepción de tales ondas).

8. Pasividad de lo psíquico

Lo psíquico, como tal, es siempre efecto pasivo. No obstante, influiría en el curso de las vías nerviosas siguientes. El papel de lo psíquico en relación al sistema nervioso sería del mismo tipo que el de los estímulos externos ambientales en relación al sistema nervioso y al curso de su funcionamiento. Por ejemplo, si en nuestro camino aparece un farol que nos llama la atención, ese farol influye en la orientación de la actividad de nuestro sistema nervioso. Sin embargo es una influencia pasiva. Dicho farol no se entromete

en el sistema nervioso, ordenándolo o controlando su actividad. Solamente influye en él, puesto que en caso de no haber estado el farol, otro hubiera sido el curso de los reflejos cerebrales. Así, lo psíquico es como un conjunto de estímulos pasivos externos al sistema nervioso. Su influencia en el curso de la actividad nerviosa sería equivalente a la del farol, donde lo único activo es el sistema nervioso. El efecto de la actividad nerviosa (lo psíquico) influiría sólo por el hecho de ser receptado por aquellas células especializadas.

Lo psíquico, como dijimos, es siempre efecto pasivo de la actividad nerviosa. Cuando cesa la actividad de las neuronas que lo generan, desaparece el efecto psíquico. Es imposible que éste pueda hacer algo más que servir de estímulo pasivo para ser captado por los receptores del sistema nervioso.

Algo que surge como deducción es que un hecho psíquico no puede ser seguido directamente por otro, a modo de relación “aire-aire”, sino que el primer hecho psíquico, surgido de la actividad neuronal, es captado por los receptores nerviosos, los cuales ponen en movimiento otra vía refleja neuronal que emite como efecto un segundo hecho psíquico. Lo que sí tiene lugar junto a esto es el trabajo “tierra-tierra” de las sinapsis neuronales y los reflejos integrales. Se trata de una compleja combinación de sucesos; pero lo que no puede existir de ninguna manera es la relación directa de una idea a otra sin la mediación de la actividad nerviosa, puesto que la “segunda idea” no puede aparecer si no se activan las neuronas que la hagan surgir como efecto.

El proceso, analizándolo en su conjunto, consistiría en una relación de influencia recíproca entre el sistema nervioso y su producto psíquico. Se trata de un turbulento “zig-zag” de actividad nerviosa con el efecto psíquico emitido. Tal efecto es receptado en otro sector por el sistema nervioso, que vuelve a emitir otro efecto psíquico, el cual vuelve a ser receptado. Esto tendría lugar con tanta frecuencia y abundancia que jamás hay un instante sin que hayan varios hechos psíquicos en existencia. Los fenómenos subjetivos cubren constantemente el panorama psíquico o de la conciencia, vivencia, etc. Pero si detenemos de golpe la “rueda”, paralizando todo el conjunto, veremos que de “este lado”, del lado activo, está el sistema nervioso y su actividad; y del otro encontraremos el panorama de efectos o hechos psíquicos pasivos, y que no hacen otra cosa que **ser**. Lo psíquico, como tal, siempre es sólo efecto, es una seguidilla de efectos. El sistema nervioso es la máquina expulsora y receptora de efectos psíquicos. La secuencia coherente de los sucesivos hechos psíquicos no sería más que el producto de la coherencia del trabajo del sistema nervioso. Ello porque los

hechos psíquicos no serían captados por cualquier receptor nervioso, sino por aquellos que tengan la sensibilidad especial para cada tipo de hecho psíquico particular. Por eso, el segundo efecto psíquico será el que corresponda a la secuencia coherente de las ideas (o demás contenidos subjetivos).

Las relaciones vistas serían equivalentes a las que se observan en el proceso de producción industrial. En la analogía, los productos industriales constituyen el elemento pasivo; son los **efectos** del trabajo activo realizado por las fábricas, las que equivalen al sistema nervioso en cuanto elemento activo del proceso. Si contemplamos el aparato industrial en su conjunto, encontraremos que simultáneamente existen miles de fábricas trabajando y generando productos. Los productos salen de una fábrica y, según el caso, son “receptados” por otra, la cual los utiliza para emitir otros productos, que son tomados por otra, y así sucesivamente. Aquí, lo único activo que encontramos son las fábricas; mientras que los productos, aunque cumplen el importante rol de ser los materiales a utilizar, son siempre elementos pasivos. Sin embargo, si miramos sólo los productos pasivos y su movimiento, veremos que la secuencia, distribución, traslado, y demás relaciones entre ellos, es algo coherente. Así ocurre con la coherencia de la secuencia de las ideas; es la manifestación pasiva de la coherencia del trabajo concreto del verdadero elemento activo que es el sistema nervioso.

9. Las células receptoras de lo psíquico

Las células de la **neuroglia** serían “candidatas” a ser las receptoras de lo psíquico. Tales células no son neuronas, sino un tipo especial de células nerviosas que se hallan distribuidas en el sistema nervioso. Su número es similar al de neuronas (miles de millones), y en general se hallan rodeando a las neuronas, delimitando y contactando con ellas.

Digamos que aunque los receptores no sean las células de la neuroglia, sino neuronas especializadas en esa función receptora, en nada variaría la situación esencial; es decir, lo importante, aquí, es el hecho de que habrían necesariamente, en el sistema nervioso, células receptoras de lo psíquico. Esto es lo único que explicaría el sentido y función del hecho psíquico. Si desconocemos la existencia de receptores nerviosos que capten los estímulos psíquicos pasivos, sólo nos quedaría elegir entre el puro idealismo, que concibe un espíritu separado de la materia, burlándose del hecho de que en el interior del cráneo hay un cerebro en actividad, o un materialismo reduc-

cionista, no dialéctico, limitado a la actividad nerviosa, y que debe negar todo sentido y función al efecto psíquico del trabajo neuronal.

10.- Influencia del placer y displacer en el sistema nervioso

Supongamos que hay células receptoras especiales que captan el placer y otras el displacer. Así, cuando trabajan las áreas neuronales responsables del placer o displacer, y generan el efecto vivencial correspondiente, esos efectos (o aquello físico específico que implican) serían captados por los receptores especializados, los que al activarse transmitirían una determinada influencia sobre las neuronas en actividad que tienen a su lado. Las células receptoras del placer, una vez activadas, transmitirían una influencia facilitadora de la actividad futura sobre los reflejos que se encontraban en actividad cuando se produjo el placer. Por su parte, los receptores del displacer provocarían un efecto inhibitorio, o de ruptura de la secuencia refleja, sobre las neuronas vecinas que se hallaban en actividad en el momento previo a producirse el displacer.

Las neuronas activas, al estar siempre en contacto con los receptores, provocarían con su actividad una especie de **habilitación** en éstos para que recepten el efecto de placer o displacer. Una vez captado el placer o displacer por los receptores correspondientes, éstos provocarían la respectiva influencia sobre las neuronas que se encontraban en actividad en los momentos previos a la recepción del correspondiente efecto anímico.

Aquí habría que ordenar los datos antes de continuar. Más arriba habíamos dicho (cap. 4) que el funcionamiento de la ley general y de los impulsos no puede ser otra cosa que el producto global surgido de la actividad de los reflejos, los cuales sólo se mueven según excitación-inhibición. Por su parte, los reflejos que caen bajo el orden de la ley general eran los que habíamos llamado **reflejos dirigidos**. Por último, entendíamos que la coherente secuencia de los reflejos dirigidos sólo podía resultar del control de un mecanismo de facilitación y obstaculización selectivas de vías nerviosas. Tal mecanismo selectivo consistiría, entonces, en la distribución, en todo el cerebro, de células receptoras del placer y del displacer, las que estarían capacitadas para ejercer aquel control sobre el curso de las vías nerviosas. Las células receptoras del placer, al activarse con la aparición del placer, provocarían una facilitación de la actividad futura en las neuronas vecinas que forman parte de un reflejo activo, quedando grabada o condicionada la facilidad de la actividad ulterior de esa secuencia refleja. Y las células receptoras del displacer, al recibir el displacer, dejarían grabada en la

estructura del reflejo una mayor resistencia a la actividad, de modo que no se repita la misma vía nerviosa, es decir, provocarían una desarticulación virtual de la secuencia refleja cuya actividad concluyó en el displacer.

Estos mecanismos se extenderían inclusive a los reflejos que subyacen la actividad intencional en el plano de las ideas o de la abstracción. Los razonamientos y representaciones mentales, en general son acompañados por reacciones concretas de placer o displacer de acuerdo a la naturaleza del contenido representado. Tales reacciones de placer o displacer serían también captadas por los receptores correspondientes, los que orientarían, en base al mecanismo descrito, el curso de los reflejos cerebrales que sostienen las ideas. En todos los casos, la secuencia refleja que terminó en el placer se fortalecería por medio de un grabado consolidador, iniciado por las células receptoras del placer que rodean la estructura del reflejo; mientras que las células receptoras del displacer, igualmente distribuidas, iniciarían el “desarmado” de los reflejos que llevaron al displacer, o al menos elevarían su resistencia, dificultando su activación futura.

Este sería el mecanismo que subyace el **aprendizaje** de la conducta intencional, el cual, como sabemos, consiste básicamente en la consolidación de lo que lleva al placer y la supresión de lo que se asocia al displacer.

Teníamos que la ley general, en el nivel reflejo, consiste en el conjunto de reflejos dirigidos. Estos se encontrarían encauzados, como dijimos, por el mecanismo selectivo de facilitación-obstaculización según el placer-displacer con que se asocia cada vía refleja. Los receptores del placer y del displacer serían los **ejecutores** de esa asociación o condicionamiento. Se trata de un automatismo por el que los reflejos serían “premiados” o “castigados” según lleven al placer o al displacer. El premio es el condicionamiento facilitador de la excitación futura, promovido por los receptores del placer, y el castigo la inhibición u obstaculización de la repetición del reflejo que llevó al displacer, a cargo de las células receptoras del displacer que circundan el reflejo.

Todo esto está inmerso en una de las fuerzas en lucha; corresponde a la tendencia general y esencial de la motivación a afirmar el placer y negar el displacer. El otro ejército de reflejos, que forman las fuerzas contrarias, radica en la parte de la actividad del sistema nervioso que no cae bajo el control de ese mecanismo selectivo. Las fuerzas contrarias estarían basadas en trenes reflejos ya establecidos en su secuencia de excitación-inhibición, más los nuevos condicionamientos autónomos inevitables. Constituyen una gran maquinaria de reflejos que tiende automáticamente a generar el displa-

cer y a inhibir el placer. Contra esta maquinaria es contra la que lucha la intencionalidad y el sistema total de reflejos dirigidos que la sostienen.

11. Los reflejos dirigidos

Lo que hemos tratado hasta ahora sobre los receptores del placer y del displacer, y su influencia sobre el curso de los reflejos dirigidos, se refiere sólo al **mecanismo orientador** del curso de los reflejos, al **sí** o **no** como condicionamientos estables para las vías reflejas, según lleven al placer o al displacer. Pero aún no hemos visto a qué responde el empuje original del movimiento y actividad de los reflejos dirigidos que subyacen la intencionalidad activa. Más allá de aquel mecanismo orientador de la dirección de los reflejos, faltaría ver cuál es el **motor** de los reflejos dirigidos.

Sabemos que la tendencia dirigida de los impulsos responde al estado de nec. Luego, como la tendencia dirigida está formada por los reflejos dirigidos, éstos se movilizarían o se pondrían en actividad como respuesta al estado de nec. Por tanto, el “primer impulso” de los reflejos dirigidos consistiría en la activación de determinados receptores del displacer o nec., los cuales una vez activados pondrían en movimiento el ejército de reflejos dirigidos, subyacentes a la intencionalidad, que se perfilan hacia la satisfacción. A su vez, esa fuerza impulsora, prácticamente ciega en sí misma, se vería encauzada por el mecanismo de facilitación y obstaculización selectivas de vías nerviosas (aprendizaje), que ya ha trazado el camino a los reflejos y lo sigue haciendo sobre la marcha.

Es probable que los reflejos dirigidos se movilicen también como respuesta al efecto **subumbral a la vivencia** del trabajo de las neuronas del displacer o nec.; es decir, aunque la actividad de las neuronas que generan el estado de nec. no tenga la suficiente intensidad como para que llegue a sentirse la nec. en la vivencia, habría no obstante un efecto físico (seudopsíquico) surgido de ese trabajo neuronal, que sería captado por aquellos receptores, los cuales pondrían igualmente en movimiento los reflejos dirigidos, anticipándose a la propia vivencia de nec.

Por otro lado, es también factible que los reflejos dirigidos respondan directamente a las propias sinapsis de las neuronas del displacer o nec., en combinación con aquello.

Pero aquí surge necesariamente el interrogante “último” acerca de porqué, o cómo, los reflejos dirigidos que subyacen la intencionalidad activa tienden automáticamente a la afirmación del placer y a la negación del displacer, y porqué “gusta” el primero y “disgusta” el segundo. En primer lugar, no hay

que olvidar que todo esto es producto de la evolución biológica y de las leyes de la selección natural. Ello quiere decir que tales fenómenos, funciones o mecanismos, significaron elementos útiles a la sobrevivencia para los organismos en los cuales se originaron. Y tan útiles fueron, que se mantuvieron y se desarrollaron en los diversos animales, alcanzando lo que se manifiesta como la intencionalidad humana.

En cuanto al porqué “gusta” el placer y “disgusta” el displacer, el interrogante en sí, como es de notar, contiene una trampa. Es como preguntarse porqué la sensación o percepción del color rojo aparece “rojiza”, o “verdosa” la verde, o porqué se escucha lo que se “oye”, o, también, porqué los huesos son “óseos”. Es decir, es casi como preguntarse porqué es real la realidad. Estas cuestiones, sin embargo, están bastante esclarecidas por la concepción del materialismo dialéctico. Sencillamente hay que aceptar que aquellos son fenómenos, funciones, elementos o cualidades, que antes de su surgimiento ya existían potencialmente en las **propiedades de la materia**. Y por haber resultado útiles a los organismos en los que se dieron las condiciones y combinaciones por las que aparecieron, la selección natural promovió su mantenimiento y desarrollo.

Con respecto al automatismo de los reflejos dirigidos, en cuanto a los destinos necesarios de su orientación, aunque el hecho en sí es realmente asombroso, no es algo tan “extraordinario” si se lo compara con otros complejísimo e increíbles mecanismos y sistemas fisiológicos, también “automáticos” en su funcionamiento. Pero aquí la explicación última del fenómeno, es decir, el porqué tales reflejos se encuentran orientados necesariamente en una dirección definida, se puede equiparar a la razón de ser de la atracción y la repulsión como fuerzas elementales de la materia. Se trata del carácter necesario de una contradicción dialéctica, de una unidad y lucha de contrarios como condición básica para que resulte posible el **movimiento**; en nuestro caso el movimiento de la conducta. Por eso hacía falta algún par de contrarios que se presenten como lo positivo y lo negativo; que se manifiesten a nivel global como “**atractivo**” uno y “**repulsivo**” el otro, de modo que los reflejos subyacentes a la intencionalidad activa se desenvuelvan como una de las fuerzas en lucha.

El comprender lo imprescindible que se hace la presencia de una contradicción motriz básica para el dinamismo funcional del fenómeno, tiene su importancia teórica. Así por ejemplo, si en otros mundos hay vida inteligente, si hay seres con subjetividad que actúen en forma intencional, deben moverse también en el marco de una contradicción o lucha de contrarios, deben contar necesariamente con un automatismo similar al nuestro, que se

manifieste como tendencia esencial y absoluta a lograr el efecto positivo y/o a suprimir el negativo. De lo contrario, simplemente no serían seres intencionales, no tendrían “interés” ni motivación.

De aquí se desprende, también, que si se pretende desarrollar un androide o un ser con inteligencia artificial que simule la mente humana (o animal en principio), es decir, que tenga motivación, intencionalidad, capacidad de aprendizaje, y “motor propio” en sus elaboraciones, deberá tenerse en cuenta primero que nada esa condición básica.

En definitiva, lo que se rescata, aquí, es el hecho de que el cerebro trae preparado un sistema de reflejos dirigidos orientado (y guiado por aquel mecanismo selectivo) automáticamente hacia la estimulación de un sector de neuronas y/o la inhibición de otro; y esto se manifiesta a nivel global, o de la **síntesis subjetiva**, como intencionalidad, como vivencia de voluntad en el empuje de la conducta. Todo esto, ya sea que se lo mire desde el funcionamiento objetivo de los reflejos, o desde su manifestación subjetiva como fuerza intencional vivenciada, son dos caras de lo mismo, son “las células y el órgano”; son dos maneras de enfocar la misma tendencia absoluta e “**inevitable**” hacia la afirmación del placer y la negación del displacer, y es a lo que llamamos ley general del psiquismo.

12. La tendencia dirigida

El impulso es el compuesto de tres elementos: nec. - T.D. - satisfacción. La tendencia dirigida es la parte activa del impulso, es la “flecha en movimiento” que subyace a todo el colorido de la conducta manifiesta que busca la satisfacción.

La T.D. del impulso y la conducta manifiesta tienen una relación de esencia y fenómeno, o contenido y forma, respectivamente. La T.D. es la fuerza impulsora que tiende a poner fin al displacer de la nec. y lograr el placer de la satisfacción; y la conducta manifiesta es la forma de ocurrir esto, es todo lo que el organismo “hace” para lograr la satisfacción. Ejemplo, la T.D. del impulso de bebida es sólo la fuerza que empuja a poner fin al displacer de la sed y lograr el placer del acto de beber; y la conducta manifiesta es, por ejemplo, llenar de agua un vaso y proceder a beber. Ambos aspectos se hallan unidos. Sólo que la T.D. es el contenido o esencia subyacente, y la conducta concreta es la forma, el fenómeno manifiesto.

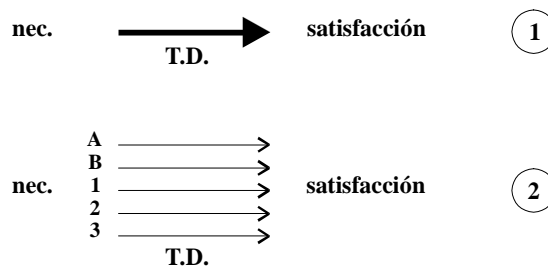
La T.D., según habíamos dicho, es la unidad de las dos tendencias parciales (negadora del displacer y afirmadora del placer). Pero además de eso, es

la unidad de otros elementos. Uno de ellos es el instinto. Entendemos por instinto, aquella parte de la T.D. basada en secuencias fijas e innatas de reflejos dirigidos, que no requieren del mecanismo de facilitación-obstaculización selectivas, sino que ya traen establecida la secuencia: excitación-inhibición. El instinto es la dotación innata de secuencias fijas de conducta, que es compartida por todos los miembros de la especie, y que se encuentra orientada desde la nec. hacia la satisfacción. En la conducta humana es relativamente poco lo que hay de secuencias reflejas fijas o invariables, ya que el espacio librado al aprendizaje ha abarcado la casi totalidad de las secuencias de reflejos dirigidos que forman la T.D.. No obstante, existe la parte instintiva; ejemplo, la secuencia de los movimientos de la masticación, o el agazaparse ante un peligro sorpresivo, son conductas predominantemente instintivas y comunes a todos los hombres.

La otra parte de la T.D. corresponde a la inmensidad de lo aprendido, a la infinidad de secuencias de conducta que están perfiladas también desde la nec. hacia el objeto de satisfacción, pero que pueden variar infinitamente de un individuo a otro según su diferente experiencia. Esta parte adquirida de la T.D. se puede dividir en dos clases. Una es el aprendizaje a nivel de la conducta práctica, donde la realización de una secuencia de actos que llevó al efecto del placer de la satisfacción queda grabada, repitiéndose con regularidad mientras siga siendo efectiva para el impulso. Se trata de una especie de "instinto aprendido". Por ejemplo, cierto tipo de conducta realizada durante la relación sexual se asocia al placer con más fuerza que otras, quedando grabada y repitiéndose espontáneamente luego. El aprendizaje de esas conductas, que consiste en el grabado de una secuencia de actos que tiende a repetirse por haber sido efectiva para los fines del organismo, fue llamado por Skinner: **condicionamiento tipo R**, también conocido como condicionamiento operante.* Por último, la otra clase de la conducta aprendida corresponde al accionar de la inteligencia abstracta y creadora. La actividad de la representación mental va incluida en la T.D., dado que abarca todas las estrategias, elaboraciones, planes, etc., que sintetizaremos con el concepto: **ideaciones dirigidas**, y que se orientan también hacia la satisfacción del impulso. Por ejemplo, una vez aparecido el hambre se comienza a **pensar** sobre la forma posible de conseguir alimento.

Reuniendo todo lo visto, encontramos los siguientes elementos que integran la T.D.:

* Skinner B. F. **La conducta de los organismos**. Editorial Fontanella. Barcelona 1979



En el esquema superior (1) tenemos la T.D. del impulso como el total indiferenciado de acontecimientos que ocurren en el organismo tendientes a satisfacer la nec. En el segundo, encontramos la descomposición de ese conjunto activo en cinco elementos:

- A : tendencia parcial negadora del displacer de la nec.
- B : tendencia parcial afirmadora del placer de la satisfacción.
- 1 : instinto, o parte innata y fija de reflejos dirigidos.
- 2 : operantes, o parte aprendida, en el nivel concreto, de reflejos dirigidos.
- 3 : ideaciones dirigidas, o parte aprendida y creativa, en el nivel abstracto, de secuencias de reflejos dirigidos.

Los últimos tres componentes de la T.D. no se excluyen entre sí, sino que actúan en forma complementaria. Son los tres géneros de reflejos dirigidos que cooperan para poner fin al displacer de la nec. y afirmar el placer de la satisfacción. En el hombre, la parte de instinto es la más insignificante, siguiendo en importancia el condicionamiento operante, mientras que la porción más significativa de la conducta humana está guiada por el pensamiento o ideaciones dirigidas.

Si bien las ideaciones dirigidas hacen al plano creativo del pensamiento, responden esencialmente al mismo mecanismo por el que se fijan los operantes: consolidación de lo asociado al placer y supresión de lo ligado al displacer (ley del efecto). La diferencia sólo está dada en que los operantes se consolidan o suprimen en base al placer o displacer concretos a nivel de los hechos y como resultado de la conducta práctica, mientras que las ideaciones se van consolidando o suprimiendo según el placer o displacer que generan los propios contenidos del pensamiento (comúnmente reacciones de placer o displacer **anticipatorios** de lo que implicaría poner en práctica una u otra idea).

Con respecto a las dos tendencias parciales de la T.D. (afirmadora del placer o satisfacción y negadora del displacer o nec.), tienen una unidad indestructible. Es la misma conducta la que sale del displacer y se dirige al placer.

Tal unidad es como si alguien atravesara una puerta, dirigiéndose desde un pasillo a una habitación. Simultáneamente está **saliendo** del pasillo y **entrando** a la habitación. Por ello, la negación de la nec. y la afirmación de la satisfacción son dos aspectos unidos en el mismo hecho. La entrada a la satisfacción **es** la salida de la nec., y viceversa, la salida de la nec. **es** la entrada a la satisfacción. No obstante, la nec. (hambre, sed, temor, deseo, etc.) es la que pone en movimiento a la T.D. Así por ejemplo, cuando se procura lograr un placer se está respondiendo a la aparición del **deseo** como nec. Por otro lado, cuando se intenta evitar el dolor, se debe a que previamente ha surgido el **temor** al estímulo doloroso. Cuando se evita el dolor se está respondiendo a la nec.: temor. Si no surgiera el temor como nec. no se evitaría el dolor. Tampoco se buscaría el placer o goce si no apareciera el deseo como nec.

Más allá del análisis de los elementos que forman la T.D., rescataremos por ahora los componentes esenciales del impulso: nec.-T.D.-satisfacción. Sólo recordaremos que la T.D. es la parte activa del impulso, y que es la **fusión** de aquellos cinco elementos.

13. Clasificación de los reflejos

Resulta necesario ordenar las distintas clases de reflejos. Habrían dos clasificaciones válidas, que son transversales una a la otra:

1- El conjunto total de reflejos del sistema nervioso se divide en **autónomos** o ajenos a la intencionalidad, y **dirigidos** o subyacentes a la intencionalidad.

2- Ese mismo conjunto total de reflejos del sistema nervioso, como lo estableciera Pavlov,* se divide en **incondicionados** o innatos, y **condicionados** o adquiridos.

Esquemáticamente :

reflejos autónomos incondicionados	reflejos autónomos condicionados
reflejos dirigidos incondicionados	reflejos dirigidos condicionados

* Pavlov Iván. **Reflejos condicionados e inhibiciones**. Ediciones Península. Barcelona 1975

Ambas clasificaciones, combinadas en cruz, surgen por el hecho de existir simultáneamente dos importantes pares de cosas: lo innato- adquirido, y lo intencional - no intencional. Lo innato corresponde con los reflejos **incondicionados**, y lo adquirido con los **condicionados**. Luego, lo intencional corresponde con los reflejos **dirigidos** y lo no intencional con los **autónomos**.

La ley general se basa en el conjunto de **reflejos dirigidos**, tanto incondicionados como condicionados. Las fuerzas contrarias están basadas en reflejos **autónomos**, tanto incondicionados como condicionados.

De los cuatro espacios que deja la cruz del esquema, el instinto se ubica en el cuadro inferior y de la izquierda. Lo instintivo es el conjunto de reflejos dirigidos incondicionados. Los operantes e ideaciones dirigidas cubren, entre ambos, el total de reflejos dirigidos condicionados, o sea el cuadro inferior de la derecha.

El condicionamiento de estos últimos reflejos tendría lugar, como ya vimos, a través del mecanismo de facilitación y obstaculización selectivas de vías nerviosas, según lleven al placer o al displacer (ley del efecto), y en base al accionar de las células receptoras de esos efectos, como ejecutoras de tal asociación.

EL SISTEMA DE IMPULSOS

1. Los microimpulsos

Los microimpulsos se hallan junto a la “frontera” que separa los actos intencionales de los meros reflejos globales como el hipo, el vómito, etc. Estos últimos mecanismos reflejos están del otro lado de la “frontera”, por no ser alcanzados por el empuje y control de la ley general o intencionalidad. El leve placer de la satisfacción de los microimpulsos, así como el displacer de no cumplir con la sugerencia compulsiva, implican pequeñas “terminales” de la ley general.

Todas las vías que llevan al placer y a la negación del displacer tienen una función determinada para la sobrevivencia individual y grupal. Es únicamente por ello que la selección natural permitió la existencia de esas vías absolutas, de modo que la actividad de la ley general se vea siempre orientada hacia lo que es favorable a la vida. Veamos cuáles serían las funciones que cumplen algunos microimpulsos.

La utilidad del estornudo es la expulsión de agentes nocivos del interior de las vías respiratorias.

El desprezarse y el bostezo tendrían la función del mantenimiento de la musculatura esquelética. Consisten por igual en una combinación de estiramiento y contracción musculares, que favorecen el mantenimiento de capacidades musculares tales como flexibilidad, elasticidad, fuerza muscular. Dichas capacidades a su vez evitan desgarros, contracturas, calambres.

El llanto tiene la utilidad de movilizar el impulso fraterno en los demás, asegurándose la asistencia a quien se halla en dificultades.

La función de la eliminación de gases es algo que se deduce con sólo imaginar lo que ocurriría en caso de acumularse más y más gases en el interior del aparato digestivo, sin tener salida alguna.

La tos cumpliría dos funciones importantes. Una es la compartida por muchos animales, y consiste en expulsar el alimento atragantado. En el hombre la tos está mucho más desarrollada, y difiere notoriamente con res-

pecto a la forma de tos compartida con otros animales. Es sólo del hombre inflar los pulmones y expulsar bruscamente el contenido. Esa tos, exclusivamente humana, tendría como función principal la expulsión de las sustancias tóxicas del humo. Como desde hace cientos de miles de años nuestros antecesores simiescos ya convivían con el fuego,* debían desarrollarse algunos mecanismos que pudieran contrarrestar el efecto tóxico de aspirar humo cotidianamente. En efecto, el pulmón humano tiene una gran capacidad de recolectar partículas nocivas en la mucosidad de sus vías respiratorias. Los mecanismos fisiológicos de esas vías van expulsando con regularidad la cargada mucosidad en dirección ascendente, siendo generalmente deglutida al llegar a nivel de la faringe. La tos es un importante acelerador del proceso. A su vez, la agitación producida por la actividad física normal favorece esos mecanismos y contribuye a estimular el microimpulso de tos.

Como se podrá imaginar, no puede ser pura coincidencia que el hombre constituya la única especie con tos propiamente dicha, y a la vez la que tuvo al humo como elemento regular de su medio ambiente inmediato. Si alguien afirma que la aspiración de humo es antinatural, sólo tiene razón si se refiere a otros animales. Si nos ubicamos en las condiciones de vida de los primitivos, encontramos que la eventual hostilidad del medio ambiente los obliga a procurarse la protección de un lugar cerrado, lo que los asegura ante los peligros y la severidad de las condiciones climáticas. Por su parte, el fuego es lo que soluciona las bajas temperaturas, y constituye la única fuente de luz cuando ha caído la noche. Por lo tanto, más allá de contarse o no con alguna forma relativamente eficaz de ventilación, debía ser frecuente pasar noches enteras en medio de grandes humaredas.

2. Vías no naturales de intenso placer

Algo que se deriva de las leyes vistas más arriba, entre las que contamos que sólo produce placer, en términos naturales, lo útil a la vida, es que el placer de aspirar cierto tipo de humo no es un error de la naturaleza en su severo control de las vías al placer, sino que en esencia es un placer de orientación general, al igual que el leve placer de contemplar el fuego y la melodía de su movimiento.

Esa sería la premisa del placer de fumar. Pero el humo del tabaco, en relación a la intensidad del placer que provoca, es como un “perfeccionamiento”

* Lambert David. **El hombre prehistórico**. Editorial EDAF. Madrid 1988. Pág. 130

de la calidad del humo a aspirar. Esto se desarrolló tanto, que lo que era un leve placer de orientación general se transformó en una especie de impulso adquirido. Dada la dependencia que genera, no sólo produce placer el fumar, sino que provoca el displacer de la nec. la falta del tabaco. El fumar es un invento que no estaba “previsto” por la naturaleza cuando terminó de formar al hombre. De lo contrario hubiera impedido esa vía de entrada a un placer tan intenso como innecesario para la sobrevivencia. Esto es válido para el caso del alcohol y la droga.*

Las nuevas vías productoras de intenso placer, a las que consideramos no naturales por el hecho de ser ajenas a la vida del primitivo, e innecesarias para la sobrevivencia, no escapan a la órbita funcional de los impulsos. El de gozo es el principal impulso que sostiene la conducta orientada hacia esos objetos placenteros, al fijar allí su deseo. Luego, el impulso de recuperación es el responsable de hacer funcionar la dependencia; o sea, la falta de tales objetos, y de las sustancias químicas que contienen, las que se han tornado regulares en el organismo, provoca la sensación de “carencia de lo habitual” como nec. específica del impulso de recuperación. A ello se suma el impulso de alivio, que trata de poner fin al sufrimiento de esa carencia. Sin embargo, la regularidad en el matiz específico de la nec. por esos objetos, así como la peculiaridad del placer de la satisfacción, hacen surgir nuevos componentes de la motivación, los que aparecen como “impulsos adquiridos” del tipo de los crecientes.

Esta situación sólo se presenta en los casos de dependencia fisiológica. Cuando la misma no está desarrollada, no aparece la intensa nec. del impulso de recuperación, ni significa un sufrimiento la falta de aquellos objetos. En tales casos, la conducta orientada hacia el tabaco, el alcohol, etc., sólo está movida por el impulso de gozo, lo que se manifiesta en el deseo eventual de “darse un gusto”; es decir, aquí no se trata de una necesidad propiamente dicha, como sucede en los casos en que hay dependencia, sino de algo ocasional y dentro de la rutina funcional del impulso de gozo.

Entre las vías no naturales que llevan a un intenso placer, quedaría contar, además del hábito de fumar, el alcohol y las drogas, la estimulación directa, experimental, de ciertas zonas del cerebro. Pero por ahora es preferible no

* Aquí se trata fundamentalmente de la acción directa del alcohol desde la sangre (donde al igual que en el caso de ciertas drogas provocaría una influencia estimuladora sobre la actividad nerviosa generadora del placer) y no tanto del placer del acto de beber. Este último, similarmente a lo que sucede cuando se bebe un vaso de leche o un jugo de frutas, sería sólo el producto de la activación combinada de las vías al placer de los impulsos alimenticio y de bebida.

especular sobre las derivaciones que puede tener la intervención directa en el cerebro. Este es un campo muy propicio para la imprudencia, en el que probablemente no tardarán en proponerse métodos “fáciles” y “rápidos” para mejorar la calidad de vida, a través de diversas manipulaciones de lo que se considere que son los centros neuronales del placer y del displacer, y que seguramente no podrán prever los efectos negativos de distinto orden que puede tener la alteración de lo que la naturaleza construyó cuidadosamente durante millones de años.

3. Los impulsos particulares

Habíamos identificado más de veinte impulsos en el hombre, clasificados en tres grupos: crecientes, no crecientes, y mixtos. Lo creciente significa dos cosas: 1- el sólo transcurrir del “tiempo fisiológico” es el estímulo movilizador del impulso. 2- una vez satisfecho en forma total, su nec. no puede volver a mobilizarse en forma inmediata, sino que debe pasar un tiempo de sucesos fisiológicos regulares. Los cambios fisiológicos paulatinos son los únicos estímulos movilizadores de los impulsos crecientes (en realidad son influidos también por los estímulos externos, pero siempre sobre la base de esas condiciones fisiológicas internas). Los impulsos no crecientes son contrarios en ambas propiedades: 1- en nada los influye el transcurrir del tiempo sin satisfacción, sino que se activan únicamente cuando se presenta un hecho concreto, esporádico y distinguible, a modo de estímulo movilizador que provoca la aparición de la nec. 2- aunque acabe de darse la satisfacción total, la nueva presentación del estímulo movilizador genera nuevamente la nec. como si nada hubiera sucedido. Por ejemplo, la disminución de la temperatura (estímulo movilizador) provoca la nec.: frío. Ante esto la T.D. busca y logra el placer de la calefacción, haciendo desaparecer la sensación de frío. Pero la nueva disminución de la temperatura vuelve a generar el displacer o nec.: frío como si nada hubiera ocurrido antes. Como se puede notar, ello no sucede con los impulsos crecientes. Por último, tenemos el grupo de los impulsos mixtos. En estos hay una parte de creciente y otra de no creciente. Por un lado, el sólo transcurso del tiempo sin satisfacción provoca la aparición de la nec. y su progresivo aumento (parte creciente), y por otro, luego de producida la satisfacción total, puede activarse completamente la nec. del impulso ante la aparición de un estímulo movilizador del tipo de los no crecientes (hecho o situación concreta y ocasional). Por ejem-

plo, la falta prolongada de algo novedoso pone en movimiento al impulso de curiosidad, sintiéndose la nec. por encontrarse con algo nuevo, desconocido, distinto. Sin embargo, aunque el sujeto haya satisfecho su impulso, si se presenta una nueva situación incierta, “incompleta” o misteriosa, se generará la más intensa curiosidad.

Más allá de la naturaleza del estímulo movilizador, cuando la nec. de cualquier impulso ha sido movilizada, se activa por igual la T.D., que se orienta hacia el objeto de satisfacción. El logro de dicho objeto es lo que produce el placer particular y simultáneamente la extinción del displacer de la nec. Tomemos como ejemplo el impulso de conservación, para ver la secuencia estricta del mecanismo. Primero, el estímulo movilizador: percepción de un peligro, produce la estimulación neuronal generadora de la nec. particular: temor. Esa actividad neuronal, así como el efecto generado, hacen que se ponga en movimiento el complejo de reflejos dirigidos que subyacen la T.D. Por último, el logro de la seguridad provoca la estimulación de las neuronas del placer, junto con ciertas conexiones reflejas que permiten que el placer logrado tenga el matiz propio de la tranquilidad. Ese hecho paralelamente provoca la inhibición de la actividad nerviosa responsable del temor.

La secuencia: nec. - T.D. - satisfacción no es una sucesión cronológica lineal. La puesta en movimiento de la T.D. no significa que la nec. o displacer particular cese inmediatamente, dejando lugar a la T.D., sino que la nec. o displacer persiste acompañando en el tiempo a la actividad de la T.D. Sólo la satisfacción total hace detener la actividad tanto a la T.D. como al estado de nec. La presencia continua del estado de nec. es lo que hace a la sostenida actividad de la T.D. Si decae la nec. decae la T.D. Esta responde al estado de nec. Para que no se detenga la T.D., o para que no disminuya su poder, tampoco debe detenerse la nec.

El paralelismo en el tiempo del estado de nec. y de la actividad de la T.D. es lo que nos lleva a decir que la necesidad es la que mueve o empuja la conducta. Si bien esta noción sería correcta en un contexto que no requiriera de mayores especificaciones, para nosotros la nec. es sólo el estado de displacer continuo, al que responde continuamente la T.D., que es lo único activo. Por otro lado, el orden: nec. - T.D. - satisfacción sería siempre válido como secuencia, dado que lo primero que aparece es la nec., más allá de que ésta persista luego acompañando en el tiempo a la T.D.

En base al orden en que fue presentada aquella lista de impulsos (pág. 39), iniciaremos un breve análisis de cada uno, en relación a sus funciones y demás particularidades.

1-Imp. alimenticio 2-sexual 3-de bebida 4-de defecación 5-de micción

Ninguno de los cinco necesita explicación sobre su utilidad para la vida. Solamente sería necesario analizar el porqué de su naturaleza creciente; esto es, que sería perjudicial que esos impulsos queden abiertos a la posibilidad de una nueva movilización inmediata, una vez dada su satisfacción total. En el caso de los de defecación y de micción, es evidente la utilidad de que la nec. se movilice sólo cuando el requerimiento fisiológico lo sugiere. Los impulsos sexual, alimenticio y de bebida, también dependen de los cambios fisiológicos continuos. Si bien la percepción del objeto de satisfacción provoca la acentuación de la nec., ello ocurre cuando la satisfacción no ha sido total, ya que cuando esto ha sucedido, sería perjudicial que la sola percepción del alimento, agua u objeto sexual, movilice nuevamente al impulso desde “cero”. Esos tres tipos de objetos de satisfacción pueden presentarse en forma continua a la vista del sujeto. Si la sola percepción de tales objetos despertara siempre la nec., el organismo no pararía de satisfacerlas, es decir, no pararía de comer, de beber ni de copular. Esto tendría muchos perjuicios; uno de ellos es que se perdería tiempo, energías e interés, útiles para otras cuestiones vitales.

De los cinco impulsos crecientes, el sexual es el que más se aproximaría a los mixtos; es el que en mayor grado puede movilizarse ante un nuevo estímulo especial luego de la satisfacción total. Pero siempre será decadente el poder de esa movilización. Así, llegará un momento en que ya no responderá ante nuevos estímulos externos. Esa propiedad del imp. sexual, de poder reactivarse ante ciertos estímulos externos, fue seleccionada por la naturaleza, puesto que hacía aumentar la frecuencia de reproducción. Pero el límite es la cantidad de tiempo y energías globales que exigen las otras motivaciones. En otros términos, quien tiene un mayor interés sexual se reproduce más que el resto, pero pasado un punto determinado en cuanto al grado de interés sexual básico, ya comienza a ser perjudicial para los otros asuntos indispensables a la vida de los que el organismo se debe ocupar. Por ello, la naturaleza sólo permitió la sobrevivencia a quienes rondaron por ese nivel medio de interés sexual, o sea, murieron, genéticamente hablando, los que tenían menos o más interés sexual básico que ese grado. Esto en general es válido para todos los impulsos.

6- Imp. de comodidad corporal

A partir de aquí iniciamos la serie de los impulsos no crecientes. El de comodidad corporal abarca, dentro de su nec., al displacer causado por

varios tipos de molestias corporales, ejemplo: posición incómoda, dolores por presión muscular, incomodidad a causa de la vestimenta, suciedad corporal excesiva, etc. Todo ello, y otras reacciones anímicas similares, caen bajo el encuadre de **incomodidad corporal**. En tales casos, la anulación de los hechos incómodos provoca el placer de la comodidad. Ese placer no es continuo, sino sólo la reacción agradable que se produce en el acto de poner fin a la situación de incomodidad o molestia corporal. Pero una vez lograda la posición o condición cómoda, y sentido el leve placer, se restablece la neutralidad anímica, es decir, ni placer ni displacer en relación al impulso.

La utilidad del impulso es también evidente; permite la autoprotección ante agentes o situaciones perjudiciales que accionan sobre el cuerpo. También es evidente la utilidad del hecho de ser no creciente, y que sólo responda a la presentación ocasional del estímulo movilizador.

7- **Imp. de rascado**

Es una derivación del anterior. Pero se puede considerar independiente, dado que la picazón como nec. es una vivencia peculiar, al igual que el placer del rascado. Otra razón de su autonomía es su función. La función del impulso se desprende de imaginar su ausencia. Los organismos que no cuenten con él, entre otras cosas, son consumidos por todo tipo de insectos o parásitos. Ante esa situación era necesaria alguna respuesta del organismo. También era necesario que el impulso fuera no creciente, de modo que se movilizara cuando está presente el estímulo productor de la picazón y no por el tiempo transcurrido "sin rascarse".

Hay que recalcar que la función adaptativa o útil a la vida de los impulsos es algo objetivo, y casi siempre ajeno al dominio subjetivo o a las intenciones del organismo. Por ejemplo, el impulso sexual, en esencia, sólo tiende al placer y negar el displacer particulares y no a la reproducción, la cual es una consecuencia objetiva derivada. Ningún animal busca intencionalmente reproducirse, excepto el hombre que logró relacionar en su razonamiento la implicancia de la actividad sexual con la reproducción. Sólo se trata de que los organismos que sintieron placer por la actividad sexual lograron reproducirse gracias a ello. Del mismo modo, nadie se rasca "para contrarrestar determinados agentes perjudiciales que accionan sobre la piel", sino por el placer del rascado y poner fin al displacer de la picazón. Sólo que los organismos que contaban con el impulso lograron contrarrestar, sin suponerlo, los agentes nocivos que accionan sobre la piel, mientras que los que carecían de él se extinguieron por dejar vía libre a esos agentes nocivos.

8- Imp. de calefacción 9- de refresco

Estos no requieren mayores comentarios; es obvia su utilidad vital. En ambos el estímulo movilizador consiste en cambios respectivos de la temperatura, que generan el displacer del frío o del calor. A esas necs. responde la correspondiente T.D. buscando el placer particular y poniendo fin al displacer correspondiente. También es evidente la utilidad de su naturaleza no creciente.

10- Imp. recreativo

La nec. es el aburrimiento, y la satisfacción el ingreso a la actividad o situación entretenida. Lo que debemos considerar aquí como objeto de satisfacción es solamente el hecho concreto de ingresar a la actividad y el placer que se produce en el momento de introducirse en la situación. Ese hecho es el que a la vez hace desaparecer el displacer del aburrimiento. Una vez que se ha ingresado a la actividad, ésta se mantiene por sí misma; es decir, el abandono o suspensión de la situación entretenida provoca displacer. Por tanto, se prefiere continuar en ella, hasta que el displacer del cansancio, el tedio o el hambre, llegan a un nivel en que la ley de la decisión lleva a abandonarla. Pero mientras ello no suceda está asegurada la continuidad de la actividad.

La función vital del imp. recreativo es la de asegurar el mantenimiento de las capacidades y habilidades globales. Si suponemos que la tribu está pasando por días afortunados en cuanto a facilidades excepcionales para lograr los medios de subsistencia, implicaría que no hace falta trabajar u ocuparse de actividades que requieran gran dedicación. Si el organismo mantuviera una prolongada pasividad, iría perdiendo paulatinamente su nivel de rendimiento general. Por eso, el aburrimiento se encarga de rellenar la vida de actividad, lo que permite estar siempre preparado para responder con eficiencia ante la adversidad, que en cualquier momento aparece. En el niño tiene además la utilidad de favorecer el desarrollo en todos los aspectos. La constante práctica de actividades es lo que asegura la capacidad integral de rendimiento frente a las exigencias de la naturaleza.

Cuando tratábamos el sistema de mantenimiento autónomo (cap. 5), veíamos que era el sistema fisiológico homeostático encargado de asegurar el buen estado de todos los órganos. El imp. recreativo cumple con esa función de mantener el buen estado, pero a nivel global. La práctica de actividades con fines recreativos tiene la utilidad de mantener en movimiento la maquinaria psicofísica del organismo.

El imp. recreativo es no creciente, porque el estado normal de la vida humana es la actividad. Si transcurren varios días cubiertos de actividad, el aburrimiento no aparece. Sólo cuando se presenta la situación en que no hay actividad a realizar, allí se moviliza el impulso, apareciendo el aburrimiento.

11- Imp. de variación

Su nec. es el tedio, hartazgo, hastío, sensación de monotonía, saciedad, “cansancio psíquico”. El objeto de satisfacción es el cambio, renovación, variación de la situación, incluyéndose el abandonar o poner fin a algo tedioso. Las circunstancias en que actúa el impulso son muy diversas, pero no aparece en cualquier situación que se repita con insistencia, sino en aquellos aspectos de la vida en los cuales es útil que el organismo varíe sobre el particular.*

Por otro lado, también interviene el imp. de variación cuando se debe suspender lo que es perjudicial continuar. La saciedad es el displacer que se presenta en este último caso, y es una forma especial del displacer o nec. del impulso, que motiva a poner fin a la conducta cuando la satisfacción de otro impulso ha sido total, y donde sería nociva su continuación.

El imp. de variación tiene su rol en la actividad. Es el responsable del pasaje de una actividad a otra, sin que tenga “tiempo” de aparecer el aburrimiento. También, trabaja en “equipo” con el de curiosidad, encargándose de rechazar la inútil repetición de la información. Lo útil a la vida es llenarse de información y recordarla inclusive una o dos veces, pero no perder el tiempo en asimilar varias veces lo mismo. El hartazgo es el displacer que se produce en tales casos. La T.D. busca el placer de la variación y poner fin al displacer de la situación monótona y tediosa.

La máxima satisfacción del imp. de variación se da al encontrarse con el “nuevo colorido de lo diferente”.

* Uno de los campos donde la variación era lo útil a la sobrevivencia de la tribu era el de la vida sexual. La ausencia de restricciones en las relaciones sexuales era una condición indispensable para que funcionara el mecanismo de la selección sexual; mecanismo éste por el cual se aprovechaban los cambios genéticos positivos, favoreciéndose su generalización a los futuros miembros del organismo social (véase cap. 1). De todas maneras, también existe una cierta tendencia monogámica. Es decir, lo natural en la especie humana sería una situación de básica poligamia (y poliandria), combinada con una temporaria y relativa tendencia monogámica, sostenida no por imposición alguna, sino esencialmente por el natural fenómeno del enamoramiento.

En realidad, el de variación es en gran medida un “híbrido”, derivado de los impulsos de curiosidad, recreativo y de descanso. El hartazgo, tedio, sensación de monotonía, como nec. del impulso, en muchos casos puede considerarse como un compuesto formado por la combinación del aburrimiento, cansancio y curiosidad. A veces se acentúa la presencia de uno u otro de esos componentes. La acentuación del imp. de descanso se presenta en los casos en que se trata de abandonar la situación monótona que provoca el “cansancio psíquico”. Aquí, el hartazgo se manifiesta en la sensación del sujeto de haberse “cansado” de algo, por lo que tratará de cambiar la situación o simplemente abandonarla. Luego, la acentuación del imp. recreativo estaría dada cuando la situación se torna “aburrida”. En tal caso el hartazgo se ve matizado por la nec. de algo más entretenido. Por último, la presencia acentuada del imp. de curiosidad estaría expresada en las situaciones donde el tedio o hartazgo adoptan la forma de nec. de algo nuevo, de “probar” algo distinto.

12- Imp. de agresión

El estímulo movilizador es básicamente el displacer intenso. En general, la nec. agresiva, o la rabia, ira, etc., se movilizan como respuesta a un agente productor de intenso displacer. La frustración, como intenso displacer, es uno de los estímulos movilizadores más importantes. Otro caso es el disgusto causado por la simple amenaza de displacer por parte de un objeto, situación o sujeto. También la ofensa o ataque producen un displacer intenso que moviliza el impulso. Es frecuente que la acumulación de disgustos vaya “preparando el terreno” para que luego el menor estímulo (hecho displacentero) sea el desencadenante. En tales casos, la nec. agresiva (enojo, rabia, ira) tiende a volcarse desproporcionadamente hacia ese último estímulo de la serie, aunque el mismo haya incidido sólo en una pequeña proporción como agente movilizador del impulso. En cuanto al objeto de satisfacción, consiste, en principio, en infligir un mal a un objeto o sujeto, especialmente cuando es atribuido como causal del dolor propio. Ese “mal” puede ser la destrucción del objeto, o bien provocar un displacer al sujeto. También se incluye el placer por ocurrir algo negativo al objeto o sujeto, aunque no sea producto de la propia conducta.

Hay varias funciones importantes del impulso. Una es dar más énfasis a la lucha por el logro de la meta. La agresión puede estar presente en el trabajo más pacífico cuando, por ejemplo, la conducta tendiente a solucionar

un problema se ve reforzada por la rabia hacia el obstáculo. La destrucción del obstáculo, o su desarticulación, se agrega como placer al de los otros impulsos interesados en el logro de la meta. En tales casos, la fuerza motivacional del imp. de agresión se suma a la del resto de motivos, dando más energía a la conducta.

Otra función es la destrucción de agentes causales de displacer en general, o que amenazan con ello (objetos o animales peligrosos o molestos). Como el displacer siempre anticipa algo perjudicial para la vida, es útil que se destruyan o desarticulen tales agentes.

Una tercera función es la defensa concreta, que supone la respuesta agresiva de la lucha. Si bien esto se da a nivel personal, lo fundamental estaría dado en relación al organismo social. La tribu debía contar con el impulso en sus miembros, aunque no se movilice si no hay motivo. La falta de capacidad de agresión sería perjudicial para la tribu. Ante un abuso, agravio o ataque externo, debía ser capaz de responder con contundencia. Esa capacidad del organismo social podía permanecer indefinidamente inactiva durante muchas generaciones, sin alterar en absoluto la normal vida psicológica de sus miembros. Pero en algún momento se haría necesaria, y por eso debía estar siempre presente como capacidad virtual o latente en la estructura psíquica de los sujetos.

Por último, encontramos la función ética-moral de la agresión. Cuando un miembro de la tribu tiene una conducta mala o perjudicial para el grupo, provoca un disgusto en los compañeros, los que responderán desaprobando con ira su conducta. Tal castigo moral provoca displacer en el destinatario, por lo que evitará la repetición de esa conducta negativa.

El imp. de agresión, como se habrá notado, va incluido en el grupo de los impulsos de naturaleza no creciente. El tiempo transcurrido sin ocurrir la satisfacción no afecta su saludable inmovilidad. Sería perjudicial para la convivencia interna de la tribu, y su sobrevivencia, que sus miembros posean una necesidad "fisiológica" de agredir, sólo porque "hace mucho" que no agreden.

13- Imp. fraterno

La nec. tiene diversos matices según el contexto, pero la satisfacción es siempre lo bueno o favorable para el otro o para el grupo. El placer se produce al percibir un hecho positivo para un ente con el que existe identificación.

Aunque siempre es útil buscar lo bueno para el grupo, no hizo falta que el impulso tuviera la propiedad de los crecientes de activarse con el solo trans-

curso del tiempo. Al ser continua la identificación fraternal con los seres queridos, ante cada situación se busca lo bueno para ellos como si se tratara de sí mismo.

El imp. fraterno es lo opuesto al de agresión. Este último busca que suceda lo malo para el objeto, y el fraterno procura que ocurra lo bueno para él.

Las funciones del impulso son varias. En primer lugar, la conducta maternal está movida por este impulso. El llanto del bebé provoca el displacer de la nec. benefactora en la madre; la T.D. empuja a restablecer el bienestar del niño; cuando ello se logra, y el niño da muestras de sentirse bien, se produce el placer del impulso en la madre. Luego se repite el llanto, reproduciéndose el ciclo. El zig-zag de nec.- satisfacción del imp. fraterno es una constante de la conducta maternal.

Otra función es la ayuda mutua. Aquí la lástima, compasión o piedad, aparecen como nec. ante la dificultad ajena. La T.D. mueve a ayudar al otro. Cuando se percibe el restablecimiento del bienestar en éste, se produce el placer del imp. fraterno en el que ayudó.

Otra es la función ética-moral. Dijimos que una de las funciones de la agresión era la condena moral o desaprobación, como forma de provocar un “mal” al autor de la conducta negativa. El imp. fraterno rellena la otra parte; es el que aprueba o gratifica al autor de una conducta buena o beneficiosa para el grupo, es el que premia y felicita la conducta. Si miramos unidos a los impulsos de agresión y fraterno en quienes son observadores de la conducta ajena, veremos que estos últimos aprobarán gratificando moralmente al autor de la conducta buena, y desaprobarán causando un mal moral al autor del acto malo (además del eventual premio o castigo materiales, como formas extremas de aprobación o desaprobación hacia los actos). Luego, como al autor de esas conductas le produce displacer la desaprobación y placer la aprobación, tratará de evitar hacer mal las cosas, procurando hacerlas bien. En esta función ética-moral del imp. fraterno suele presentarse una nec. algo compulsiva de gratificar. La T.D. mueve al sujeto a acercarse espontáneamente al autor de la conducta buena, y la satisfacción se produce al abrazarlo y felicitarlo.

El placer del imp. fraterno se puede calificar como placer espiritual. Aquí no hay más beneficio que ver bien al otro. Es un “interés desinteresado”. Aunque el placer se produzca en el cerebro del propio individuo, es sólo el producto de ocurrir algo bueno a otro ser. Es por ello que se trata del placer más puro en relación a la ausencia de connotaciones personales.

Para que funcione el impulso, la identificación es una condición básica. La identificación fraternal es como un dispositivo del sistema nervioso que

hace sincronizar las reacciones anímicas en cuanto al placer y displacer. Si el ser querido, o el objeto de la identificación fraternal, se encuentra mal, el sujeto identificado siente displacer; y cuando aquél se halla bien, éste responde con placer. Por otro lado, en el funcionamiento del imp. de agresión se produce una sincronización inversa. Si el enemigo se halla bien, el psiquismo del sujeto responde con displacer; y viceversa, cuando al enemigo le va mal, aquél responde con placer. A esos mecanismos de sincronización (correlativa e inversa) de los estados anímicos les llamaremos: **M.I.F.** (mecanismo de identificación fraternal) y **M.A.F.** (mecanismo de anti-identificación fraternal). El M.I.F. es la disposición que se produce en el psiquismo por la cual el objeto o contenido de ese mecanismo es concebido como si se tratara de sí mismo. Así, el bienestar del O.M.I.F. (objeto del mecanismo de identificación fraternal) producirá un placer fraterno o espiritual, y el malestar del O.M.I.F. provocará un displacer espiritual. Luego, el M.A.F. es la disposición del psiquismo que hace que el bienestar del objeto del mecanismo (O.M.A.F.) provoque displacer al sujeto, y el malestar del O.M.A.F. produce un placer que tiene lugar a través de la vía del impulso de agresión.

La actividad del imp. fraterno tiene lugar siempre sobre la base del M.I.F. ya funcionando en el psiquismo, o bien existiendo virtualmente en relación al objeto; mientras que la actividad del imp. de agresión supone la base del M.A.F. en relación al objeto de la agresión. Los objetos de ambos mecanismos pueden ser estables u ocasionales. Por ejemplo, un enemigo puede haberse convertido en el objeto estable del M.A.F., pero ocasionalmente se puede sentir piedad por él y ayudarlo en una situación pasajera. Aquí el enemigo es por un momento el O.M.I.F.; pero luego continúa siendo el O.M.A.F. También, el hijo puede ser un O.M.I.F. estable, pero cuando comete un acto incorrecto se transforma en un O.M.A.F. ocasional, cuando el padre se enoja con él. Sin embargo el hijo continúa en el “fondo” siendo el O.M.I.F. estable.

En la vida de la tribu primitiva no hay necesariamente objetos estables del M.A.F., es decir no existen objetos a odiar en forma estable. El M.A.F. es naturalmente ocasional. En cambio, se presenta constantemente como O.M.I.F. la tribu y cada uno de sus miembros. Siempre hay interés en que ocurran hechos favorables a la tribu, y a cada momento se trata de evitar que se produzcan hechos perjudiciales para ella. De aquí se deriva otra importante función del imp. fraterno: el trabajar constantemente para el bien de la tribu. Cada hecho favorable para ésta será un placer o satisfacción del imp. fraterno. Ello hará que se realicen todos los esfuerzos en procura del bienestar de la tribu.

En el hombre, el imp. fraterno tiene un gran desarrollo. El objeto de satisfacción del impulso no se limita a la percepción directa del bienestar de otro individuo, sino que también se hace extensivo a entes “abstractos”. En la actualidad, los objetos del M.I.F. se extienden a entes como el club deportivo, la familia, la agrupación social, el partido político, la patria, o bien toda la humanidad. El sujeto se ve motivado para trabajar en todo lo que tienda a provocar hechos favorables a esos entes, en los que se fijó la identificación fraternal.

Debe tenerse en cuenta que las dimensiones de tales objetos del M.I.F. no alteran la mecánica esencial del impulso: nec. - T.D. - satisfacción. Sólo que esta secuencia se carga con el contenido de aquellos entes gigantes. Pero el sujeto individual, en su vivencia, siente la nec. benefactora o displacer espiritual cuando el O.M.I.F. se encuentra mal. También, el propio individuo en su psiquismo siente el placer fraterno o espiritual cuando ocurre un hecho bueno para aquél. En estado natural todo ello se vuelca a la tribu, al organismo social. La tribu es el más importante O.M.I.F. Una gran parte de la motivación de cada sujeto está volcada a buscar lo bueno para la tribu. Esta es la más “gruesa” de las funciones del impulso fraterno; favorece directamente la sobrevivencia grupal. La tribu que cuente en sus miembros con una poderosa tendencia concéntrica al autobeneficio del conjunto se encuentra a “años luz” con respecto a otra que no cuente con ello. Para tener una noción de la fuerza de esa tendencia a beneficiar a la tribu, debemos reunir los distintos objetos posibles del M.I.F. de un sujeto en la actualidad. La magnitud del poder del interés del primitivo por los hechos positivos para su tribu sería la suma de ese conjunto de motivaciones parciales. Sin dudas, se trata de una de las fuerzas más poderosas de la estructura motivacional.

14- Imp. mediador

La nec. es el sentimiento de carencia de un objeto o hecho cuyo logro sirve como medio a cualquier otro impulso interesado en él. La satisfacción es el placer de la alegría por la obtención de lo buscado. El imp. mediador está presente en el siguiente ejemplo. Supongamos que un sujeto se encuentra solo y hambriento en su casa. Se le ocurre salir a comprar un pan cuyo precio es de un peso. Cuenta su dinero y sólo tiene 90 centavos. Todo lo que le falta es una moneda. En ese momento aparece en su vivencia la nec. de encontrar una moneda. Comienza a recorrer todos los rincones de su casa, y en la mente sólo tiene la imagen de la moneda más el displacer de su caren-

cia; es decir, la nec., como displacer o sentimiento de carencia, tiene el “matiz” de la moneda. Al cabo de un determinado tiempo de búsqueda ve algo que lo llena de alegría: la moneda. Instantáneamente se extingue la nec. de ese objeto.

Lo que vemos aquí, es que el imp. alimenticio era el interesado en la moneda. Pero el sujeto, durante su búsqueda, casi no sentía hambre en su vivencia, sino **nec. de moneda**. El imp. mediador se halla siempre al servicio de los otros. Viene preparado para responder con nec. ante todo aquello que sirva a los fines de los otros impulsos y para sentir placer por su logro; es el ejecutor de los intereses de sus compañeros. El papel mediador significa que su actividad es un “puente” entre la nec. y la satisfacción del impulso al que sirve. Así, la nec. de moneda, la T.D. y el placer de la satisfacción o alegría por su hallazgo, se hallan a medio camino entre la aparición del hambre y el acto de comer.

El imp. mediador es un apoyo general para los otros impulsos. Su nec. es un “fondo común” de nec. inespecífica para uso de todos los otros. El mecanismo por el que se moviliza el impulso sería el siguiente: el imp. alimenticio, en el ejemplo, comienza a activarse con la aparición de su nec. hambre. Inmediatamente, la T.D. de este imp. alimenticio se pone en movimiento y apunta al alimento. Pero al ver que sin moneda no hay alimento, se fija el logro de la primera como medio. La imagen del objeto-medio (moneda) es el estímulo movilizador del imp. mediador. En otras palabras, cuando la T.D. de cualquier impulso se fija un objeto-medio, surge en forma refleja y automática la nec. de ese objeto sin importar su naturaleza. Esta es la nec. del impulso mediador. El mismo se encuentra adaptado para responder con nec. ante los objetos-medio que se fijan los otros.

La nec. del impulso mediador es una nec. indiferenciada en sí misma, es un sentimiento de carencia que no tiene matiz ni forma; sólo tiene como elementos constantes el displacer y el sentimiento de carencia. La imagen del objeto-medio que sirve al impulso interesado (o a los impulsos interesados) es lo que provee el matiz definitivo a la nec. Luego, el logro del objeto-medio produce la “alegría del logro” como placer o satisfacción del imp. mediador.

La naturaleza permitió la intensa reacción de placer en la alegría del logro, pero a la vez se “aseguró” de que ese placer no ocurra sino solamente por el anticipo de un hecho útil: satisfacción del impulso interesado en el objeto-medio. El imp. mediador es sólo un refuerzo general para el resto de impulsos, que son los auténticos “dueños” de las vías de entrada al placer. Tales vías o núcleos de entrada al placer son los que le dan orientación. Por ello, la naturaleza no necesitó darle mayores “indicaciones” al imp. mediador. Bastó

que limitara las vías de entrada directa al placer, para que dicho impulso aplique toda su fuerza movilizada en el embudo de lo útil a la vida.

15- Imp. de recuperación

Su nec. es el sentimiento de carencia de lo habitual o de lo acostumbrado. El placer o satisfacción es la reacción anímica provocada por el acto de recuperar lo perdido, o lo que estaba “faltando”. Ese objeto o condición, que primero se pierde y luego se recupera, es en muchos casos algo anímicamente neutro que habitualmente está presente y pasa desapercibido, sin producir placer ni displacer, pero que al faltar provoca el displacer de su carencia.

Hay muchos campos sobre los que actúa el imp. de recuperación. Por ejemplo, la respiración es una función anímicamente neutra; no produce placer ni displacer respirar. Sin embargo, cuando dicha función se interrumpe y falta oxígeno, se siente una fuerte nec. de respirar. Al recuperar la normal incorporación de oxígeno se produce el placer de la satisfacción del impulso. Pero de allí en más continúa la neutralidad anímica de la respiración.

Además de tener a cargo funciones exclusivas, este impulso suma con frecuencia su poder al de los otros. Por ejemplo, la falta prolongada de incorporación de agua no sólo movilizaría al imp. de bebida, sino que la homeostasis fisiológica vería disminuida la proporción de líquidos, por lo que aparecería, junto con la sed, la nec. del imp. de recuperación, sumando sus fuerzas al de bebida y satisfaciéndose junto a él. Lo mismo, por ejemplo, en relación al imp. recreativo. Lo habitual es la actividad. Por ello, junto al aburrimiento puede aparecer la nec. de volver al estado de actividad.

El imp. de recuperación suele chocar naturalmente con el de variación, el cual motiva a abandonar algo por haberse tornado tedioso, pero luego se siente la nec. de volver. Tales conflictos naturales casi siempre son solucionados por los intereses de los otros impulsos, que desequilibran a favor de la permanencia o el cambio.

Como se podrá observar, hay dos campos generales en los que actúa el impulso. Uno es más fisiológico, y se refiere a la reincorporación de sustancias o al restablecimiento de condiciones naturales o habituales del organismo. En esta función, el imp. de recuperación es el “representante psicológico” más directo de la homeostasis fisiológica. El otro campo es el que se vuelca hacia contenidos puramente psicológicos, donde la recuperación

significa el reencuentro con objetos, situaciones, personas, imágenes, recuerdos, la vuelta a la realización de hábitos, etc.

Hay casos en que aquello que se recupera es algo que nunca se tuvo, pero que al tratarse de una condición natural o habitual de la vida de la especie, el placer que provoca su adquisición correspondería igualmente al impulso de recuperación; ejemplo: verse inmerso por primera vez en un medio ambiente natural, al aire libre y rodeado de vegetación; encontrarse bajo un ambiente social nutrido de afecto y estimación con el que nunca se contó antes; adquirir por primera vez un estado de salud general que por determinado problema jamás se había tenido; etc. Si bien esto no sería estrictamente recuperación, por el hecho de adquirirse lo que nunca se tuvo, de todos modos podríamos considerarlo como una forma especial de satisfacción del impulso. Es decir, la vuelta a una situación natural, normal o habitual para la vida de la especie, aunque nunca haya sido vivida por el individuo, produce en general un estado anímico placentero, que el propio sujeto inclusive suele vivenciar como un acto de recuperación.

El fenómeno de esa orientación especial del impulso, por la que el objeto, situación o condición a recuperar trascendería la propia experiencia de vida de un individuo, tendría la función de contribuir a que los organismos no se mantengan apartados del contexto general de las condiciones de vida que son normales o naturales para su especie, por constituir éstas aquello para lo que viene mejor adaptada la estructura y funcionalidad globales del organismo. Pero una limitación que tendría este mecanismo es el hecho de que no siempre se puede saber cuál es la condición natural que está faltando, cuando el individuo nunca pudo vivirla y por tanto conocerla. Por eso, el elemento principal del que se valdrían los organismos para orientarse objetivamente hacia la posesión de las condiciones que son naturales o normales para la vida de su especie sería la capacidad inmanente de sentir placer por encontrarse eventualmente con ellas, en un acto de seudorecuperación de lo que es natural e inherente a la vida de ese organismo. Tal reacción anímica placentera por esa adquisición, así como el displacer o nec. concreta de recuperación que producirá a partir de ese momento su eventual ausencia futura, aseguran relativamente que dicho organismo se mantenga bajo esas condiciones naturales de vida, correspondientes a su especie.

16-Imp. de conservación 17-de alivio 18-de continuación 19-de gozo

Tales impulsos tienen como necs.: el de conservación: temor; el de alivio: dolor o sufrimiento; el de continuación: “disgusto del fin”; y el de gozo:

deseo. Los cuatro, son aquellos cuyas necs. serían cuestionables como tales. No obstante, se ajustan a las mismas leyes del nivel de los impulsos. Así como la sed es la nec. de beber, el temor es la nec. de tranquilidad o seguridad. Luego, el dolor es automáticamente y en sí mismo la nec. de alivio; quien siente dolor o sufrimiento sólo quiere alivio, es todo lo que le hace falta. El disgusto o tristeza del fin es la nec. de continuar con la situación productora de placer. Por último, el deseo o ansia es un sentimiento displacentero de carencia del objeto de su satisfacción.

El **imp. de conservación** es el que responde con temor ante toda amenaza de algo displacentero. Si bien hay algunos hechos o situaciones que generan un temor automático o reflejo, el campo general del funcionamiento del impulso es la amenaza de dolor o displacer de cualquier tipo. El riesgo de displacer provoca la preocupación (temor leve), o el miedo, terror, según la magnitud del riesgo o peligro. La intensidad del temor, y por tanto el grado del poder motivacional del imp. de conservación en su conducta evitativa, dependen de tres factores: 1- intensidad del displacer que amenaza. 2- duración del mismo. 3- grado de probabilidades de tener lugar. A mayor intensidad, duración y probabilidad de presentación del displacer, mayor será la intensidad del temor y más poderosa la fuerza motivadora del imp. de conservación, que procurará su evitación. También la intensidad del placer de la tranquilidad, como satisfacción del impulso, será aproximadamente proporcional a aquello. El nombre dado al impulso no responde solamente al hecho de ser el que tiende directamente a conservar la vida al evitar los peligros. En realidad todos los impulsos tienden directa o indirectamente a conservar la vida. El sentido fundamental del concepto: conservación es, para nuestro encuadre, el hecho de ser el impulso que tiende a conservar el estado anímico de ausencia de displacer. Al ser el encargado de evitar la aparición de todo hecho “malo” o displacentero, es por ello el que tiende a mantener o conservar la situación anímica, tratando de impedir que aparezca el displacer. Hace de resistencia negadora del displacer.

El **imp. de alivio** es el que se moviliza cuando el displacer ya está presente, tratando de eliminarlo o ponerle fin. Cuando el imp. de conservación no pudo evitar la aparición del dolor, la tarea queda en manos del imp. de alivio, que hará todo lo posible por extinguirlo para lograr su satisfacción. Este impulso trata de poner fin a todo estado de displacer. Por ello, su actividad se puede superponer con la de cualquier otro impulso, al buscar el alivio del fin del estado displacentero de cada nec. Así por ejemplo, se puede unir al propio imp. de conservación, al buscar el alivio del displacer del temor, haciendo que el placer de la tranquilidad, como satisfacción de

ese impulso, sea simultáneamente el alivio producido por el fin del displacer del miedo. De ese modo, el placer que se produce al evitar un peligro puede tener al mismo tiempo matices de tranquilidad y alivio como dos componentes de una sola vivencia placentera.

El **imp. de continuación**, similarmente a lo que sucede en el caso del de variación, es en gran parte producto de la regular combinación de otros impulsos. La tristeza del fin, angustia y nec. semicompulsiva de que continúe la situación placentera, o que no finalice, forman una vivencia única compuesta, en gran medida, por las necs. de otros impulsos. En primer lugar, la parte de angustia de esa vivencia displacentera muestra la presencia del imp. de conservación, que responde con temor hacia la situación anímicamente peor que significa la finalización de la situación agradable. Luego, la parte de tristeza o sentimiento de pérdida está sustentada por el imp. de recuperación, con su nec. característica, que procura la reafirmación de la situación que se está perdiendo. El mediador está también presente con regularidad en la nec. de continuar con la situación, así como en la alegría ante el anuncio o indicio de la prolongación de la misma. Por último, el imp. de gozo responde con el deseo de los hechos placenteros implicados en esa situación que no se quiere perder. Al ser constante y regular esta combinación, se da estructura y movimiento a un impulso nuevo, con sus peculiaridades anímicas, y su función: favorecer la continuidad de la situación en que ocurre la satisfacción de los otros impulsos, asegurando que la misma sea total (hasta la saciedad), así como mantener o impedir que se extingan las situaciones placenteras en general, las cuales en condiciones naturales significan siempre hechos positivos para la sobrevivencia.

El **imp. de gozo** es el encargado de afirmar todos los hechos placenteros. El deseo, como nec. del impulso, es el sentimiento de carencia que se presenta junto a la imagen de un objeto o situación cuyo logro será algo placentero. Así como el imp. de conservación reacciona con temor ante la amenaza de algo “malo” o displacentero, el de gozo es el que interviene con el deseo ante la posibilidad de algo “bueno” o placentero. Cuando hablamos de deseo, no debe entenderse como un frío concepto, utilizado a veces como sinónimo de “preciso” determinada cosa, o “necesito” tal otra. Estas últimas expresiones generalmente se refieren a la nec. del imp. mediador, es decir al interés por aquello que es un medio para otro fin. El **deseo** será considerado sólo como la nec. del imp. de gozo, y se perfila en general hacia los núcleos de satisfacción de los otros impulsos. Al igual que la nec. del imp. mediador, el deseo es inespecífico en sí mismo, y adquiere el matiz definitivo con la imagen del objeto a disfrutar en que queda fijado. El placer que se produce

al disfrutar ese objeto o hecho deseados constituye el objeto de satisfacción del impulso de gozo, lo cual hace desaparecer el estado displacentero del deseo. Por otro lado, la intensidad del deseo, y consecuentemente el grado del poder movilizador del imp. de gozo, dependen también de tres factores: 1- intensidad del placer que promete el objeto o situación. 2- duración. 3- grado de probabilidades de tener lugar ese placer. Mientras mayor sea la intensidad, duración y probabilidad de presentarse el placer, mayor será la intensidad del deseo y más poderosa la fuerza motivadora del imp. de gozo.

Si reunimos esto último con lo que vimos en relación al imp. de conservación, encontramos los elementos fundamentales que hacen al funcionamiento de la ley de la decisión. Como se recordará, dicha ley consiste en que “en toda decisión se opta por la conducta que promete más placer y/o menos displacer”. Según decíamos, ese quantum de placer o displacer es el producto sintético del análisis de aquellos tres factores, que son de orden cuantitativo. También observábamos que el mecanismo por el cual se obtiene la decisión final estriba en una lucha entre las opciones, donde vence siempre la que presenta la mejor oferta anímica. Entonces, al ser los impulsos de gozo y de conservación los que tienen a cargo la evaluación del grado de placer-displacer que ofrecen los diversos hechos o situaciones, surgiendo deseos y temores con una intensidad proporcional a ello, estos impulsos son, por tanto, los que al combinarse, sumando y promediando el conjunto de deseos y temores, proveen los principales materiales de la ley de la decisión. Las luchas entre las diversas posibilidades a elegir son, básicamente, luchas entre el conjunto de temores y deseos en relación a cada opción. También, esos impulsos son los elementos fundamentales que hacen funcionar la ley del efecto, es decir, son los principales impulsos que sostienen la tendencia a repetir lo que llevó al placer (de gozo) y a evitar la repetición de lo que concluyó en el displacer (de conservación).

Una característica común de los cuatro impulsos que estamos analizando (de conservación, de alivio, de continuación y de gozo) es que, al igual que los de recuperación y mediador, se superponen regularmente con los fines de los otros. Así por ejemplo, en el caso del imp. de gozo, si está la posibilidad de un sabroso alimento, dicho impulso responderá con el deseo hacia él, mezclándose el **hambre** con el **deseo** de comer. Inclusive puede estar prácticamente ausente el hambre y la conducta de ingestión estar a cargo del imp. de gozo. Lo mismo se puede decir del imp. de alivio, por ejemplo, cuando se suma al alimenticio procurando el alivio del displacer del hambre. Incluso aquí también puede no haber apetito, y la conducta de ingestión estar motivada por el impulso de alivio, cuando, por ejemplo, se intenta

contrarrestar o atenuar un mal estado de ánimo por medio del placer del alimento.

Los impulsos de gozo y de continuación actúan fundamentalmente valiéndose de las vías de entrada al placer de los otros. La función que cumplen dichos impulsos es la de reforzar el interés por los objetos de satisfacción de los impulsos “dueños” de las vías al placer (además de encargarse de los placeres de orientación). Los de conservación y de alivio, en cambio, no sólo suman su interés al del resto de impulsos, sino que además tienen a cargo otras “vías libres” que llevan al displacer. Es decir, además del displacer del resto de necs., hay una serie de situaciones o hechos que provocan intenso displacer. Tales displaceres sólo constituyen la nec. del imp. de alivio y lo que el de conservación teme, ejemplo: dolor somático, frustración, rechazo afectivo, vergüenza, etc. Esos displaceres son estados a evitar por parte del imp. de conservación y de los que procura salir el de alivio.

Los cuatro impulsos que estamos tratando se ocupan del aspecto **cuantitativo** del placer y displacer, siendo sumamente inespecíficos en relación al aspecto cualitativo de los objetos sobre los que pueden actuar. Ello se debe a que son los representantes más directos de la ley general. Para explicar esto, recordaremos las dos tendencias parciales de la ley general. Una es la tendencia parcial afirmadora del placer, y la otra la tendencia parcial negadora del displacer. Los impulsos de conservación y de alivio son los que representan en forma directa a la tendencia parcial negadora del displacer. El de conservación trata de evitar que se produzca el displacer, y el de alivio tiende a ponerle fin cuando ya está presente. Los impulsos de gozo y de continuación representan en la forma más pura a la tendencia parcial afirmadora del placer. El de gozo trata de lograr el placer, y el de continuación procura mantenerlo o impedir que se extinga. Como se ve, los cuatro impulsos tienen una disposición simétrica y complementaria. Cada uno toma un sector de la lucha de la ley general contra las fuerzas contrarias.

Esta situación, por la cual la ley general se encuentra con cuatro “frentes” en su lucha contra las fuerzas contrarias, es la adaptación del funcionamiento psíquico a la dialéctica de la realidad, a la lógica de su movimiento. Ello se explica por lo siguiente. En principio, los conceptos objetivos de **afirmación** y **negación** pueden entenderse en dos sentidos: estático, o dinámico. Desde el enfoque estático, la afirmación-negación significan respectivamente ser, existir, haber - no ser, no existir, no haber. Pero en sentido dinámico o funcional, dialéctico, a modo de reproducción del movimiento real, encontramos dos formas objetivas de afirmación y dos de negación. Los dos modos de afirmación son: 1- generación o aparición de

algo que no existía. 2- conservación o mantenimiento de lo ya presente. Y las dos formas activas de negación son: 1- extinción o eliminación de lo existente. 2- evitación o impedimento de lo que aún no ha surgido. Tomemos separadamente el placer por un lado y el displacer por otro. Analizando aisladamente el placer como efecto, como fenómeno, tenemos que cuando el mismo se encuentra ausente, el **imp. de gozo** constituye la fuerza activa que tiende a producirlo, y las fuerzas contrarias hacen de resistencia objetiva que tiende a impedirlo. Luego, cuando el placer ya se ha logrado, allí interviene el **imp. de continuación** que procura mantenerlo o impedir que se extinga, ante el “acoso” de las fuerzas contrarias que tienden a eliminarlo o extinguirlo. Por su parte, alrededor del efecto de displacer se presenta otra continua lucha similar. Cuando el displacer está ausente, el **imp. de conservación** hace de resistencia negadora del mismo, trata de evitar o impedir que se produzca, frente al accionar de las fuerzas contrarias que tienden objetivamente a generarlo. Una vez que vencieron las fuerzas contrarias, y el displacer se halla presente, entra en acción el **imp. de alivio** que procura ponerle fin o extinguirlo, ante la resistencia de las fuerzas contrarias que tienden a mantenerlo.

Tales relaciones nos muestran la adaptación de los cuatro impulsos a las funciones centrales de la intencionalidad o ley general en su lucha contra las fuerzas objetivas contrarias. Es una distribución perfecta, que se ajusta con notable precisión a la dinámica esencial del fenómeno.

De todas maneras, cabe recalcar que aunque el imp. de conservación esté especializado en la evitación del displacer y el de gozo en la consecución del placer, en ambos se hallan presentes las dos tendencias parciales (afirmadora del placer y negadora del displacer). El de conservación tiende a suprimir el displacer del temor y lograr el placer de la tranquilidad, y el de gozo trata de poner fin al displacer del deseo y lograr el placer de su satisfacción. Lo mismo con relación a los impulsos de alivio y de continuación. Por ello, más allá de esas especializaciones, todos los impulsos tienden simultáneamente a afirmar el placer y negar el displacer.

Por otra parte, el gozo y el dolor (o sufrimiento) son cualidades surgidas de lo cuantitativo de la intensidad del placer o displacer. Si la intensidad de tales reacciones anímicas varía de cero a diez, comenzarían a ser goce o dolor respectivamente a partir de un determinado grado, ejemplo: a partir del grado 6 ó 7 aproximadamente. Por tanto, el gozo o dolor surgen cuando el placer o displacer alcanzan esa intensidad, y cuando no llegan a ese punto son sólo agrado-desagrado. Algo similar sucede con los grados de magnitud de los movimientos sísmicos. Si la escala es de 10 grados, el sismo es ade-

más terremoto cuando supera los 6 ó 7 puntos, mientras que es sólo temblor (agrado-desagrado) cuando no alcanza esa magnitud. Aquellos cuatro impulsos especiales son precisamente los que se ocupan de lo “grande”; se movilizan en forma notoria cuando se trata de “terremotos anímicos”. El de alivio se moviliza significativamente cuando el displacer llega al nivel de sufrimiento. El de conservación responde con un perceptible temor cuando el riesgo es de un displacer con intensidad de dolor o sufrimiento. El de gozo suma su decidido apoyo cuando “vale la pena”; se moviliza considerablemente cuando el objeto promete un placer- goce. Por último, el de continuación experimenta con cierto énfasis la nec. reafirmatoria y el disgusto del fin cuando la situación que se está extinguiendo es productora de gozo. Estos impulsos también se movilizan cuando el placer o displacer son sólo agrado o desagrado. Pero aquí es insignificante su poder movilizador. Tales impulsos se activan con cierta presencia en cuanto al peso de la motivación cuando el asunto es “importante”.

De los cuatro, los de conservación, de alivio y de continuación corresponden al grupo de los no crecientes. Sólo se movilizan (al menos en forma notoria) cuando aparece el estímulo correspondiente: riesgo, estímulo productor de displacer, e interrupción de la situación que se disfruta, respectivamente. En cambio el de gozo es el que inicia la lista de los mixtos. La parte creciente significa que el solo pasar del tiempo sin tener nada para disfrutar moviliza el deseo indiferenciado de algún placer intenso. Por su parte, la propiedad no creciente implica que aunque se acaben de vivir situaciones de intenso placer, la presentación de una nueva oportunidad de gozar movilizará el deseo con toda intensidad.

La utilidad de la parte creciente está dada en que, en la vida primitiva, todo lo que produce placer es siempre útil a la sobrevivencia. Por ello es positivo que el solo pasar del tiempo movilice al impulso, de modo que motive continuamente a lograr lo que es bueno a la vida. La parte no creciente tiene la función de mantener al sujeto constantemente dispuesto a gozar cualquier hecho, dado que en estado natural siempre será algo útil.

La insatisfacción de este impulso tendría gran parte de la “responsabilidad” en las perversiones en general y en las adicciones y excesos que deterioran la salud fisiológica. Al estar bloqueadas la vías naturales que llevan al gozo, se busca cualquier camino que pueda llevar a él. Así, se fuma con exageración, se come sin hambre hasta la gula, se practican diversas perversiones sexuales, se bebe hasta el alcoholismo, etc.

20- Imp. de descanso

Su función no requiere mayores comentarios, y consiste, como sabemos, en permitir el restablecimiento de las energías. Veamos su naturaleza mixta. Como la actividad es lo normal en el día, el tiempo transcurrido sin descansar va provocando cambios fisiológicos continuos que hacen aparecer el estado de cansancio general o “agotamiento” (parte creciente). El sueño puede incluirse en el imp. de descanso, en esta parte creciente. Hablamos del estado anímico de “sentir sueño”, y del placer de ceder ante él al momento de dormirse. La situación posterior de permanecer dormido varias horas se mantiene por sí misma. Si el sujeto se despierta y aún no es el momento fisiológicamente adecuado, sentirá nuevamente el displacer del sueño. Sólo cuando las horas dormidas sean suficientes para los requerimientos fisiológicos, el nuevo acto de despertarse no será seguido por la nec. del sueño, y no habrá obstáculos para levantarse. La parte no creciente del imp. de descanso está dada en que si se acaba de descansar completamente, pero se realiza un gran esfuerzo muscular, se producirá nuevamente el cansancio específico.

21- Imp. de curiosidad

La parte creciente significa que la ausencia prolongada de algún contenido nuevo hace movilizar de por sí la nec. indiferenciada del impulso. La utilidad de esta propiedad creciente consiste en que la información recogida por la sola nec. de enterarse de alguna novedad hará más abundante la información. La condición no creciente implica la movilización del sentimiento de curiosidad ante un hecho que no es comprendido en su naturaleza o que no “encaja” con los antiguos esquemas, o bien ante la presencia de un fenómeno misterioso, sorprendente, increíble. Ello despertará la más intensa curiosidad, con independencia de la anterior satisfacción.

La función del impulso, tomado en su totalidad, es la de proveerse de información, lo que es siempre útil para la sobrevivencia individual y grupal.

22- Imp. de comunicación

Su utilidad es la difusión de la información. Es algo útil para el grupo que lo que sabe uno lo sepan todos. Este impulso se complementa con el de curiosidad. Es bilateral el interés en que se produzca el acto de la transmi-

sión de la información. Por un lado el emisor, a través de su imp. de comunicación, se ve motivado a expresar lo que tiene para decir; mientras que el receptor, en base a su imp. de curiosidad, muestra interés por escucharlo. En tal sentido, el mecanismo por el que ocurre el acto de la transmisión de la información sería comparable, por ejemplo, al acto de compraventa, el cual no puede tener lugar si no se juntan el interés del vendedor y del comprador.

El imp. de comunicación suele “cooperar” con el fraterno, cuando se trata de enseñar algo, o de transmitir un conocimiento que será útil al compañero.

La parte creciente del impulso consiste en que si el sujeto está incomunicado con los potenciales receptores, igualmente experimentará en su vivencia una sucesión de hechos que lo afectan, los que se irán acumulando en su interior y cada vez será mayor la nec. de comunicarlos. La característica no creciente está dada en que aunque el sujeto haya dicho “todo a todos”, si aparece algo significativo en su dominio psíquico, sentirá el peso de su carga y reaparecerá la nec. de transmitirlo.

El impulso tiene muchas veces una utilidad para la sobrevivencia grupal que es imprevisible. Por ejemplo, si un miembro de la tribu se alejó del grupo y es atacado por un animal peligroso, del que logra huir, cuando se reúna con sus compañeros sentirá la nec. de relatar lo sucedido. La conducta de comunicar el hecho sólo busca que los compañeros se “enteren” de lo que le pasó. Pero es probable que el sujeto no sepa que gracias a ese conocimiento el grupo tendrá cuidado y estará preparado para evitar el peligro.

Los impulsos de comunicación y de curiosidad se alternan en el mismo individuo durante la conversación de rutina, y son los que sostienen la continua comunicación entre las personas (además del resto de motivos que utilizan la información y su transmisión como medio). El fluir de la comunicación es tan habitual que el placer o displacer de tales impulsos es prácticamente imperceptible y de mínima intensidad. Pero cuando el que está hablando se ve interrumpido por determinada causa, el receptor sentirá la nec. de seguir escuchando, despertándose su curiosidad por lo que sigue. A su vez, el que hablaba sentirá la nec. de continuar con lo que estaba diciendo.

El imp. de comunicación tiene diversas formas de manifestarse. Una es la comunicación de contenidos íntimos que tienen cierta significación anímica para el sujeto. Aquí la satisfacción concreta consiste en percibir que el receptor ha escuchado y que da muestras de haber comprendido y asimilado. Esto hace sentir bien y es lo que extingue la nec. de comunicar ese contenido. Otra forma consiste en comentar algo curioso, o contárselo a otro, o bien mostrarle algo. Por ejemplo, si alguien ve algo raro o sorprendente,

sentirá la nec. de transmitirlo. Así, llamará a otro para que “venga a ver” lo que él vio. Por último, está la nec. espontánea de expresar una opinión o un sentimiento.

En general, la satisfacción del impulso es más completa cuando hay cierta cercanía afectiva con los receptores.

23- Imp. de aprobación

Al igual que en otros impulsos, su utilidad se debe ver desde la tribu y sus requerimientos objetivos para la sobrevivencia. Lo que permite la sobrevivencia al organismo social es ante todo su productividad global en el trabajo. Esto es lo que provee regularmente los medios de subsistencia a la tribu. La aprobación por parte del grupo hacia uno de sus miembros no ocurre por cualquier motivo, sino principalmente cuando el sujeto tiene una conducta buena o eficaz en el trabajo común. Si comparamos dos tribus que son iguales en el resto de condiciones, pero en una sus miembros se ven motivados para tener un buen rendimiento con el agregado de la fuerza de este impulso, la tribu en su conjunto será más eficaz que la otra y sobrevivirá.

Aunque parezca que el impulso tiene una orientación individualista, en realidad es un refuerzo para la cooperación. Como la aprobación se logra al realizar una obra beneficiosa para el grupo, o cuyo producto sea del agrado de los potenciales aprobadores, dicho impulso es, por consiguiente, sinónimo de tendencia a beneficiar al grupo. Cuando un individuo realiza una obra egoísta o perjudicial para el conjunto, el grupo responde con un rechazo o condena moral espontáneos. Tal desaprobación social produce un displacer incondicional en el autor. En términos generales, el imp. de aprobación no puede lograr satisfacción sin implicar la realización de una conducta favorable para el grupo. Esa condición para la aprobación viene dada en la propia “mecánica” del impulso. Por eso, el de aprobación se funde con el imp. fraterno y entre ambos empujan al beneficio de la tribu.

Cuando observábamos, más atrás (cap. 5), que la felicidad humana supone la seguridad de la regular satisfacción de todos los impulsos, más el entusiasmo por el trabajo y las demás actividades sociales, se trataba de algo sintético y sin mayores distingos. Pero ambas condiciones se hallan fuertemente relacionadas. Hay varios impulsos que se satisfacen naturalmente en el marco de la actividad social. Uno de éstos es el de aprobación; es decir, la aprobación se produce con cierta significación como respuesta a una

conducta destacada en la actividad social. Por eso, cuando el trabajo es monótono y no es valorado socialmente, el impulso se ve frustrado y correlativamente disminuye el interés por la actividad. Tal situación no se presentaba en la vida primitiva. Allí la naturaleza objetiva del trabajo social daba todas las oportunidades para que a cada uno le tocara realizar un acto destacado, valorado y merecedor del espontáneo reconocimiento.*

Una de las funciones del imp. de aprobación es la de favorecer el aprendizaje social. Dada la gran dependencia del hombre hacia el aprendizaje cultural, era necesario un sistema ágil de premio y castigo que sirviera para orientar el rápido y seguro aprendizaje de los nuevos miembros de la tribu. Si el niño en desarrollo recibe el placer de la felicitación por lo bueno que hace, y el displacer de la desaprobación social por lo malo, la ley del efecto hará que repita lo que llevó al placer de la aprobación y evite repetir lo que terminó en el displacer de la desaprobación. Además, por medio de la anticipación de la representación mental deducirá qué conductas son buenas o aprobables y cuáles desaprobables. Este mecanismo facilita la adquisición de todo el caudal cultural de la tribu (técnicas de trabajo, normas de conducta, etc.).

El imp. de aprobación tiene un “núcleo accesorio” de satisfacción; esto es el placer de la autoaprobación. Por otro lado, y complementariamente, está el displacer de la autodesaprobación ante el propio acto malo (culpa, vergüenza). El placer de la autoaprobación (orgullo, honor) surge en forma automática e instantánea como reacción anímica ante un acto propio concebido como bueno; mientras que la autodesaprobación es un displacer reflejo y automático asociado a la propia conducta mala (por lo que el imp. de conservación trata de evitar todo aquello concebido como malo para evitar así el doloroso sentimiento de culpa consecuente).

Veamos cómo se originaría la capacidad de experimentar la autorrespuesta ética-moral sobre la propia conducta. De tanto repetirse la aprobación y desaprobación sociales hacia un niño según lo bueno o malo de su comportamiento, se produciría la asociación o condicionamiento de la conducta buena con el placer de la aprobación, y de la mala con el displacer de la desaprobación. Esto llevaría a que luego la sola realización de la conducta

* No sólo la monotonía y la poca valoración social de muchos trabajos impiden la satisfacción normal del impulso. En los sistemas o regímenes basados en la explotación por parte de una clase social del trabajo realizado por otra, se suma el hecho de que la propia condición de tener que trabajar generando un producto que se destina al beneficio de un grupo minoritario, más que al bien común, constituye

buena, aunque no haya nadie que lo apruebe, provoque igualmente la reacción de placer (autoaprobación); y la realización de la conducta mala, aunque nadie lo “vea”, producirá igualmente el displacer de la autodesaprobación. Esas reacciones de placer-displacer, en origen, serían **anticipatorias** de la aprobación-desaprobación sociales concretas. Cuando el niño realiza un acto bueno aparece instantáneamente la alegría que se anticipa al placer incondicionado o directo de la aprobación social que vendrá; y la conducta mala produce en el acto el displacer y temor anticipatorios de la condena social venidera. Estas reacciones de placer-displacer, que en principio serían reacciones anticipatorias, se volverían relativamente autónomas, produciéndose luego en forma refleja ante la propia conducta buena o mala.

No todo hecho neutro que se asocie al placer o displacer incondicionados se vuelve autónomo en su capacidad de producir tales reacciones anímicas. Por ejemplo, si un sonido especial anticipa la comida con regularidad, producirá un placer anticipatorio el oírlo. Pero si luego se cambia el sonido y se escoge otro para anticiparla, el primero dejará de producir placer, al perder la conexión que antes tenía con respecto al alimento. La rápida extinción de la reacción de placer ante el estímulo que ya nada anticipa es algo que la naturaleza controló, de modo que no se vuelva autónoma la capacidad de sentir placer por cualquier hecho; es decir, sólo permite la posibilidad de placer ante estímulos neutros, cuando se hallan rodeando algún núcleo de satisfacción. Tal capacidad se pierde cuando el estímulo neutro se separa del núcleo. Esa separación no siempre debe ser sólo espacial y temporal con respecto al núcleo. En el hombre debe alcanzar también la relación causal entre el estímulo neutro y el placer (o el displacer si esto es lo que anticipa el estímulo neutro), ya que aunque el dinero, por ejemplo, esté separado espacial y temporalmente del núcleo o placer concreto, tiene una relación de implicancia directa con él. Por ello, sólo cuando el dinero rompe ese vínculo deja de interesar y se transforma en un papel molesto.

En cuanto a la autoaprobación y autodesaprobación, sería como si aquel sonido, el dinero, o cualquier otro estímulo neutro, se volvieran autónomos en su capacidad de producir placer o displacer, a pesar de romperse el vínculo con el placer o displacer incondicionados que anticipaban. Aunque no esté el placer de la aprobación social ni el displacer de la desaprobación social concreta, de todas formas, la conducta buena o mala propias (sonido análogo) siguen produciendo placer o displacer. La naturaleza permitió una relativa autonomía del placer de la autoaprobación y del displacer de la

también un importante factor que obstaculiza el natural sentimiento de orgullo y satisfacción moral por tener un destacado rendimiento laboral.

autodesaprobación, por la utilidad especial que ello tiene. Gracias a esto, el sujeto tenderá por sí solo a hacer lo bueno una vez aprendido, y evitará hacer lo malo. Lo bueno y lo malo, en origen, son lo favorable y desfavorable a la tribu respectivamente.

Si bien la autoaprobación y autodesaprobación pueden adquirir una considerable autonomía, continúa no obstante la dependencia con respecto a la aprobación-desaprobación de las personas valoradas. Tales respuestas sociales, o la “idea” de ellas, a su vez contribuyen a mantener y “recargar” la capacidad de sentir autoaprobación y autodesaprobación. Así como al imp. sexual no lo conforma mayormente la masturbación, al de aprobación tampoco lo conforma del todo la autoaprobación. Ambos hechos constituyen lo secundario o la satisfacción parcial del respectivo impulso. Esto debía ser así, porque la selección natural eliminaría tanto a las tribus cuyos miembros tuvieran “autosuficiencia sexual”, como a aquellas cuyos individuos fueran indiferentes con respecto a la respuesta social hacia la propia conducta.

Hay dos formas generales de la aprobación. Una es la felicitación concreta por un acto bueno, y la otra las muestras de aceptación, valoración, aprecio, como forma global de aprobación hacia la persona toda. Lo mismo con respecto a la desaprobación: desaprobación concreta por un acto, y desaprobación global hacia la persona en forma de desestima o desprecio. Todo eso se repite en relación a la autoaprobación y autodesaprobación: autoaprobación por un acto, o autoestima global; y autodesaprobación por un acto, o autodesestima.

En realidad, por “aprobación” se entiende generalmente la respuesta espontánea hacia un acto, siendo tal vez inadecuado dicho concepto para hacer referencia a la estima estable o valoración hacia el sujeto. Pero ante la ausencia de otro término que englobe ambos contenidos, haremos extensivo el concepto **aprobación** a toda respuesta anímica o afectiva positiva hacia un sujeto (o grupo). Tal noción global es lo que “maneja” en definitiva el imp. de aprobación. Dicho impulso motiva a lograr el placer que produce la **respuesta afectiva positiva hacia sí**, cualquiera sea su forma.

Tanto la aprobación como la desaprobación sociales son eficaces en su capacidad de producir placer o displacer en el destinatario cuando hay alguna cercanía afectiva entre los sujetos; especialmente cuando el que aprueba o desaprueba es valorado por quien recibe tales respuestas. El “aprobador” o “desaprobador” puede ser otro individuo, pero siempre afecta más cuando es el grupo en su conjunto, que es naturalmente lo más valorado.

La parte creciente del imp. de aprobación significa que el solo transcurso del tiempo sin aprobación social o sin percibir muestras de estima hacia la propia persona, o el carecer de motivos de orgullo, etc., moviliza la nec. del impulso. Así, la T.D. empujará al sujeto a hacer algo bueno, o a realizar obras positivas para el grupo. La condición no creciente implica que aunque todos hayan dado muestras de estima, o hayan felicitado afectuosamente al sujeto por una importante labor personal, aparecerá nuevamente la nec. de quedar bien, o de salir airoso, ante una nueva situación que se presenta como desafío moral.

FUNCIONAMIENTO DE LOS IMPULSOS

Aunque no se revele con mucha nitidez en la superficie psíquica, la conducta está siempre sostenida por las tendencias dirigidas de los impulsos. Lo que impide ver con claridad ese hecho es que el imp. mediador tiene a cargo casi todo el colorido de metas de la intencionalidad. Pero se encuentra siempre sirviendo a los intereses de los otros impulsos. Los intereses de las personas son tan variados que se hace imposible delimitarlos. Pero ninguno de ellos persigue otra cosa que la satisfacción de los impulsos. Esto es así porque los intereses del sujeto son los intereses de sus impulsos.*

Hay una gran diferencia entre los intereses y necesidades de una persona y otra. Pero es una diferencia de **forma** y no de “fondo” o de **contenido**. Así, en determinada sociedad las personas tienen interés por conseguir dinero, mientras que en una tribu primitiva nadie tiene interés en ello, sino por ejemplo en construir buenas armas para la caza. El contenido común es el interés y nec. por objetos-medio; la forma diferente es nec. de dinero o de armas. Ambos coinciden en interesarse en objetos-medio que serán útiles a los fines de los impulsos. Tenemos en cada caso la unidad de lo común y lo diferente. Lo común es que el imp. mediador buscará siempre lograr los objetos-medio que se fijan los otros impulsos. Lo diferente es la naturaleza de esos objetos-medio. Esto último depende de las diversas circunstancias sociales, históricas, culturales y ambientales en general.

No solamente a nivel de medios se encuentran unidos lo común y lo diferente. A nivel de fines de los impulsos también se da la unidad del contenido común y la forma diferente. Por ejemplo, el contenido común de lo que persigue el imp. alimenticio es ingerir alimento; la forma diferente es comer pan, carne o tallarines. Esas formas diferentes de tener lugar la satisfacción

* Las expresiones referidas a que un impulso “usa” a otro, “coopera” con su compañero, o “se interesa” en algo, es obvio que deben entenderse en sentido figurado. Los impulsos no son entes subjetivos ocultos en las “tinieblas de la mente”. Son sólo leyes objetivas del psiquismo.

del imp. alimenticio encierran por igual el contenido común: comer o ingerir alimento.

Los elementos: nec. - T.D. - satisfacción, de cada uno de los impulsos que hemos analizado, se refieren al contenido común, a la esencia constante que subyace al cambiante colorido de los fenómenos manifiestos, o de las posibles formas de tener lugar la satisfacción.

En base a los dos aspectos de los objetivos a los que tiende la conducta (contenido común o esencia y forma diferente o fenómeno), utilizaremos conceptos correspondientes para cada uno de ellos. El concepto: **meta** será usado en general para lo diferente o variable, sean medios o fines. Así, habrán **metas-medio** y **metas-fin**. Las metas-medio son por ejemplo: dinero, armas. Las metas-fin son: comer pan o carne. Las metas-medio son los infinitos y variables objetos o hechos en que los impulsos se pueden interesar como **medios**. Las metas-fin son las igualmente infinitas y variables **formas de dar satisfacción concreta** a los impulsos.* Estos conceptos servirán para referirse a la gran variedad de metas que se fijan las personas, a la gran riqueza de propósitos manifiestos de los sujetos. Y por otro lado, cuando hablemos de lo esencial o del contenido común siempre constante, utilizaremos el concepto: **objeto de satisfacción**. Tal concepto hará referencia a lo común que contienen las diversas metas-fin, a la esencia de lo que busca el impulso. Los objetos de satisfacción son los que forman la lista de “cosas” que producen el placer de cada impulso, ejemplo: comer, acto sexual, beber, etc. En el ejemplo del sujeto que buscaba la moneda para comprar el pan, encontramos claramente los tres elementos:

Meta-medio: moneda

Meta-fin: comer el pan

Objeto de satisfacción: comer

De tales elementos, sólo lo último es lo esencial y compartido por todos.

La búsqueda de la meta-fin es inseparable de la búsqueda del objeto de satisfacción. Sólo que la primera es particularizada, es el fenómeno manifiesto; y el objeto de satisfacción es lo general, esencial y subyacente. La meta-fin es lo variable o casual; mientras que el objeto de satisfacción es lo constante y necesario. Pero ambos aspectos conviven en el mismo hecho. Comer el pan, por ejemplo, es la meta-fin, pero simultáneamente es el objeto de satisfacción: comer.

* En el caso del impulso mediador, dada su especial naturaleza, lo que es meta-medio para cualquier otro impulso sería siempre meta-fin para él.

El objeto de satisfacción puede tener una variación estructural en un impulso. Por ejemplo, la aprobación, como objeto de satisfacción, tiene dos formas generales de ocurrir: 1- felicitación por un hecho concreto. 2- muestras de estima y aceptación hacia la persona por sus cualidades globales. A esas formas estructurales del objeto de satisfacción, y que corresponden al plano de lo común y esencial, les llamaremos: **objeto de satisfacción especificado**. No todos los impulsos tienen estos objetos de satisfacción especificados, ejemplo: el imp. alimenticio tiene sólo objeto de satisfacción: comer, y no tiene más especificación. En cambio el imp. de descanso, por ejemplo, tiene: el descanso que responde al agotamiento general del organismo, el ceder ante el sueño, y el descanso particularizado luego de un esfuerzo ocasional.

Los objetos de satisfacción especificados forman parte de la estructura del impulso. Están en el mismo plano que el objeto de satisfacción, o sea, corresponden a la esencia, o a lo común y compartido por toda la especie.

Los objetos de satisfacción (y sus especificaciones) son los fines esenciales de la intencionalidad, son las vías de entrada al placer y simultáneamente las vías de salida del displacer. Como la intencionalidad responde a la ley general, en esencia, no puede buscarse otra cosa que eso. Luego, en la motivación manifiesta encontramos una infinidad de metas-medio y metas-fin diferentes, que expresan la flexibilidad y capacidad de adaptación de los impulsos a las cambiantes circunstancias ambientales.

1. El impulso mediador y las metas-medio y metas-fin

Este impulso tiene por objeto de satisfacción: el logro de la meta. Dicho logro es lo que produce placer, generalmente en forma de alegría, y lo que pone fin a la nec. del imp. mediador. Como ya dijimos, las metas (medio y fin) son fijadas por los otros impulsos, y el mediador es el que ayuda a lograrlas. Volviendo al ejemplo anterior, cuando el imp. alimenticio se fija en la moneda como meta-medio, es ayudado por el imp. mediador, y entre ambos tienden a lograr su hallazgo. Aunque tales impulsos se hallen fuertemente unidos, se pueden distinguir por el matiz del displacer de la nec. y por el del placer de la satisfacción. La parte de hambre que acompaña la búsqueda nos muestra la presencia del imp. alimenticio, y la parte de “nec. de moneda” marca la presencia del imp. mediador. Luego, la “alegría del logro”, como forma de placer, es la satisfacción característica del imp. me-

diador. Pero tal alegría tiene todos los matices de lo que está anunciando, es decir, se ve matizada por la representación mental del alimento y el comienzo de su disfrute en la fantasía. Estos elementos muestran la presencia de ambos impulsos. También notamos la total dependencia del imp. mediador con respecto al impulso al que sirve.

No sólo en el logro de las metas-medio se da la ayuda del imp. mediador, sino que también brinda su apoyo en el logro de las metas-fin. En el ejemplo que traemos, el imp. alimenticio se fijó el hallazgo de la moneda como meta-medio, pero también se fijó comer el pan como meta-fin. El imp. mediador se suma aquí nuevamente al alimenticio, y además del hambre aparece la nec. de lograr “comer el pan”. O sea, el ingerir ese alimento es una meta compartida por ambos impulsos. Para el alimenticio es una meta concreta, por cuanto ese hecho contiene la esencia de su objeto de satisfacción; y para el mediador el acto de comer el pan es una meta “abstracta”, es algo que se quiere lograr tal como si fuera la moneda. Así, en el acto de ingerir dicho alimento se produce una simultánea satisfacción de ambos impulsos. Por un lado tiene lugar el placer propio de la ingestión, y por otro la satisfacción de verse a sí mismo comiendo el pan, como logro de la meta. Este placer es del imp. mediador, cuyo objeto de satisfacción es siempre el logro de la meta cualquiera sea.

La capacidad del imp. mediador de acompañar hasta el final a los otros es un refuerzo general para éstos. Se trata de un apoyo incondicional hasta las últimas instancias. Por consiguiente, el placer del imp. mediador no es sólo la reacción anticipada a la satisfacción, por el logro de la meta-medio, sino que también es conjunta a dicha satisfacción, en cuanto logro de la meta-fin.

El impulso mediador suele fijarse grandes cadenas de metas-medio. Se fija el logro de un medio para lograr otro medio, y así sucesivamente. Ejemplo, la moneda es un medio para lograr otro medio: **comprar el pan**. También, la satisfacción concreta de un impulso puede ser un medio para otro. Por ejemplo, asimilar la información es la satisfacción concreta del imp. de curiosidad, pero puede ser a la vez un medio para otro impulso. Así, el mediador, si está sirviendo a ese otro impulso, se acopla al de curiosidad y entre ambos motivan a asimilar la información. Lo mismo cuando se mata una presa para alimentarse. Aquí, el imp. alimenticio se fija como meta-medio la muerte del animal. Pero dicha meta implica a la vez la vía de entrada al placer del imp. de agresión. Por tanto, el imp. mediador, que sirve al alimenticio (o al fraterno si lo que se procura es alimentar a los seres queridos), se puede acoplar al imp. de agresión, y entre ambos empujar la conducta por la que se da muerte a la presa.

2. El aprendizaje y los impulsos

Sabemos, en base a la ley del efecto, que el organismo tiende a repetir lo que produce placer y a evitar la repetición de lo que genera displacer. También sabemos que, en general, para que se repita la conducta que llevó al placer, o para que no se repita la que concluyó en el displacer, debe haber cierta cercanía en el tiempo entre la conducta y el placer o displacer consecuentes. De lo contrario el organismo no podrá relacionar los hechos. Si un animal realiza determinada acción, y al día siguiente le damos un alimento como premio, no “sabrá” que la comida se logra con esa conducta. En cambio, si al momento que la realiza le damos el alimento, y sólo lo hacemos inmediatamente después de ello, cada vez que siente hambre repetirá aquella conducta asociada al placer de la ingestión.

En el hombre, como es evidente, la cercanía en el tiempo entre la conducta y el premio o castigo no es imprescindible. Si un niño realiza una acción determinada y a los cinco días le damos un premio, recordándole porqué lo hacemos, puede ser suficiente para que tienda a repetirla.

Aunque el aprendizaje humano no dependa de la cercanía temporal como condición exclusiva, no obstante, el poder determinante de esas consecuencias anímicas de la conducta (premio y castigo) es máximo cuando se juntan las dos circunstancias, esto es, cuando el premio o castigo, además de ser interpretados por el razonamiento como consecuencias de la propia conducta, se presentan en forma inmediata. Por ello, dada la lucha por la sobrevivencia, la naturaleza seleccionó las tribus donde el premio y castigo, además de ser atribuidos correctamente por el intelecto, eran predominantemente inmediatos a la conducta correcta o incorrecta.

Esa sería la función de las respuestas espontáneas de aprobación y desaprobación. Hacía falta un sistema ágil de premio y castigo, que permitiera que el placer o el displacer consecuentes a las conductas buenas o malas fueran predominantemente inmediatos a su realización. En la tribu primitiva sería muy dificultoso tener que dar un inmediato trozo de carne a cada sujeto que realiza una conducta buena, o someterlo a tormentos físicos por cada error que cometa. Si bien este tipo de medidas extremas se acumulan y siguen coexistiendo con lo nuevo, lo fundamental del sistema de premio y castigo es la aprobación-desaprobación sociales en todas sus formas. Se trata de un “invento magistral” de la naturaleza, por el que basta un gesto sobre la marcha para producir placer o displacer en el destinatario según la calidad de su conducta. Tal sistema es un soporte fundamental del aprendizaje propiamente humano: el aprendizaje social y cultural.

Además de favorecer el aprendizaje social, este mecanismo es un importante incentivo para la eficiencia en el desempeño de toda actividad social. Por todo ello, la tendencia a hacer lo bueno (o aprobable) y evitar lo malo (o desaprobable), como valores absolutos del mecanismo moral, tiene la más vital importancia para una tribu.

Sin embargo, traemos acumulado también un sistema más primitivo de premio y castigo que es compartido con otros animales. Consiste en la alegría por el logro de la meta y la frustración como displacer reflejo ante el fracaso en el intento de ese logro. Las reacciones espontáneas de placer o displacer por el éxito o fracaso en el logro de la meta son premios y castigos naturales en relación a su función para el aprendizaje. La conducta que falla en el propósito es generalmente una conducta inútil que debe modificarse o reemplazarse. Por eso, el intenso disgusto de la frustración tiene la utilidad de motivar al organismo a no repetir la conducta y a cambiar su estrategia.

De ello se deduce que el imp. de conservación es también un apoyo general para las metas de los otros impulsos; es decir, como dicho impulso tiene por consigna la evitación de todo displacer, y dado que la frustración es una vía libre de entrada al displacer, aparecerá entonces el temor ante el posible dolor del fracaso. Por lo tanto, el imp. de conservación, al evitar constantemente el displacer de la frustración, se convierte en un apoyo general de la T.D. de los otros impulsos; es el responsable de evitar los errores.

Las instantáneas reacciones de placer o alegría del logro y displacer o frustración, que responden a la conducta acertada o errónea, tienen la importante función de orientar el aprendizaje del organismo. Esto nos muestra nuevamente que la naturaleza siempre “coloca” el placer y el displacer donde hacen falta, y la ley general hace el resto.

Tenemos, así, que los impulsos mediador y de conservación son los que van rodeando la T.D. del impulso en actividad, colaborando firmemente con él; el mediador buscando la alegría del logro y el de conservación evitando el disgusto de la frustración.

Este sistema primitivo de premio y castigo, junto a los placeres y displaceres concretos del resto de impulsos, más la imitación espontánea, es lo que compartimos con otros animales en cuanto a elementos orientadores del aprendizaje. Pero en el hombre se agrega aquel nuevo sistema de premio y castigo de la aprobación-desaprobación sociales.*

* Una buena parte de la imitación humana está sostenida también por el interés en la aprobación. Sobre todo en la niñez y adolescencia, se da el fenómeno por el cual tiende a concebirse como bueno (aprobable y por tanto imitable) lo que hacen las personas valoradas.

A pesar de la gran ventaja que este nuevo sistema significaba para una tribu, la lucha objetiva entre los organismos sociales por la mayor eficiencia del funcionamiento global era tan exigente que no fue suficiente ello, sino que se desarrolló un nuevo sistema complementario de premio y castigo, consistente en la autorrespuesta ética-moral; esto es, la capacidad de sentir placer o displacer ante la propia conducta buena o mala aunque nadie juzgue al sujeto. Dicho sistema complementario está sustentado también por los impulsos de aprobación (autoaprobación) y de conservación (evitación del dolor de la autodesaprobación por el propio acto malo). Todo esto hace que los miembros de la tribu desarrollen un sistema de valores (clasificación de las acciones en buenas y malas, o aprobables y desaprobables) regulador de sus conductas y actitudes.

Durante el desarrollo de la especie, la moral jamás podía oponerse a la satisfacción regular de todos los impulsos. Como dicha satisfacción era siempre útil a la vida, ninguna tribu sobreviviente podía tener una moral cuyo contenido fuera opuesto a ello. Por el contrario, las tribus sobrevivientes, que terminaron en la aparición final del hombre, eran aquellas cuyos contenidos morales (normas y valores) significaban siempre un apoyo y fortalecimiento para la satisfacción de los impulsos en todos sus miembros.

Por otra parte, es incorrecto concebir a la moral separada de los impulsos. No están de un lado los impulsos y del otro la moral. Lo que sucede es que algunos impulsos se organizan en su funcionamiento, llevando “encarnada” la función moral. Así, el imp. de aprobación se satisface a través del acto bueno, y el de conservación, en una de sus partes, evitando la conducta mala.

3. Lucha entre los impulsos

Si alguien, en base a su moral, impide la satisfacción a su imp. sexual, tendremos que este último buscará unilateralmente la satisfacción. Pero se encontrará con una fuerza que se le opone. Dicha fuerza no es más que el imp. de conservación. Dado que el sujeto concibe la conducta sexual como un mal moral, y como el mal moral lleva al dolor de la desaprobación social y de la autodesaprobación o culpa, el imp. de conservación, que es el encargado de evitar el dolor, tratará de evitar el dolor de la culpa y del rechazo social. Por tanto, evitará el mal. Como el mal, aquí, es la actividad sexual, esto es entonces lo que debe evitar el imp. de conservación. De tal modo, se produce una intensa lucha entre dos poderosas fuerzas del psiquismo: el imp. de conservación y el sexual. Aunque la lucha entre esos impulsos

puede ser suficiente para trastornar el psiquismo, cada uno de estos “titanes del espíritu” tiene un poderoso impulso “amigo” que lo ayuda. El de conservación, en su interés de negar la satisfacción sexual, cuenta con el apoyo incondicional del imp. de aprobación. La aprobación y autoaprobación se logran al realizar lo bueno, y aquí lo bueno es abstenerse del sexo. Por su parte, el sexual cuenta con el apoyo del imp. de gozo. La vía sexual de entrada al placer es una de las predilectas del imp. de gozo. Por ello, este último vuelca su apoyo al fijar su más intenso deseo en la satisfacción sexual. Indudablemente, el desarrollo de esta lucha de gigantes puede terminar en un “desastre” psicológico.

La lucha excluyente e indefinida entre los impulsos es siempre perjudicial. Sólo es positiva cuando se da el pasaje del dominio de uno a otro, de modo que todos tengan una regular satisfacción. Ejemplo, si el imp. sexual se encuentra en una situación previa a la satisfacción y se presenta un peligro, aparecerá el imp. de conservación que impedirá la satisfacción sexual. Pero pasado el peligro el imp. sexual seguirá con lo que estaba haciendo. Estas son las luchas normales o **funcionales** que tienen lugar en el interior de la intencionalidad. Pero los impulsos deben “tener en claro” que forman parte del mismo “equipo” de la intencionalidad. La lucha auténtica del psiquismo es la que libra la ley general contra las fuerzas objetivas contrarias. Los efectos supremos excluyentes que están en juego son: la felicidad-infelicidad. Por tanto, los impulsos particulares deben cooperar entre sí, o bien tener luchas funcionales equilibradas que permitan el continuo pasaje de uno a otro, evitando que se produzca la negación absoluta de la satisfacción de un impulso, víctima de los otros. Ello sería favorecer al enemigo común: al displacer, que llega triunfal con las banderas del trastorno psíquico y la infelicidad.

Un caso en que es frecuente aquella intervención negativa del imp. de conservación está dado cuando impide al de curiosidad el arribo a determinadas conclusiones. Esto ocurre en aquellos casos en que la aceptación de determinada verdad significaría un fuerte dolor. Si esa verdad es motivo de una gran desilusión, dolor moral, o perjudica los intereses del sujeto, o bien es contraria y hostil a la “postura de los amigos”, el imp. de conservación tratará como siempre de evitar el dolor. Para ello desviará el curso de los razonamientos, arribando el individuo a una irracional e ilógica conclusión, pero que lo favorece o que permite evitar aquel dolor.

El mecanismo visto es una verdadera trampa para el pensamiento. Por eso está siempre presente el riesgo de autoengaño o de rechazar ideas porque son molestas, sin importar su veracidad. Ese riesgo se vería considerable-

mente disminuido cuando el sujeto ha desarrollado sus valores de un modo tal que siente un fuerte displacer moral por faltar a la verdad, o por la sola sospecha al respecto, y que no es menos intenso que cualquier otro displacer. Eso hará que el imp. de conservación motive a evitar el dolor de verse a sí mismo huyendo de la verdad, por lo que no se deformarán mayormente los razonamientos. Si bien a veces es muy dolorosa la aceptación de la verdad, tal desarrollo y disposición de los valores implica un dolor moral similar o mayor por huir de ella. Además, habrá un placer moral por aceptarla, lo que terminará en un desequilibrio a favor de la verdad.

4. Lucha en el interior de un impulso

En el interior de la intencionalidad no sólo se producen luchas entre dos o más impulsos, sino que se excluyen con frecuencia las diversas metas de un mismo impulso. Ejemplo, el imp. alimenticio puede “dudar” entre distintas comidas. También, el de conservación eventualmente debe elegir entre evitar un peligro u otro.

En algunos impulsos, cuando se da la lucha entre dos metas-fin, y al optar finalmente por una de éstas, el impulso en su totalidad queda satisfecho con ello y la otra meta deja de interesar. Por el contrario, en otros impulsos cada meta-fin puede tener su exigencia propia, donde la satisfacción por el logro de una de ellas no afecta la permanencia del interés por la otra. Aquí, cada meta-fin tiene su autonomía de exigencias de satisfacción. Por ejemplo, si el imp. de curiosidad se ha movilizado paralelamente sobre dos misteriosos hechos que intrigan al sujeto, y donde se excluye el conocimiento de uno u otro, el satisfacer la curiosidad en relación a uno de los casos no hará desaparecer la curiosidad especial hacia el otro hecho. En cambio, en el imp. alimenticio, por ejemplo, esto no sucede, sino que la suficiente ingestión de un alimento hace desaparecer el interés por el otro.

Los impulsos que suelen fijarse metas particularizadas con gran permanencia e independencia son los de conservación y de gozo. Tanto el temor como el deseo, cuando se fijan a determinados objetos o situaciones, mantienen una gran autonomía en relación a cada objeto particular. Son metas-fin, a evitar y lograr respectivamente, que quedan fijadas con gran firmeza e independencia respecto al resto de metas del mismo impulso. Esto tiene su máxima expresión en las fobias y en las fijaciones obsesivas del deseo.

5. Particularidades funcionales de los impulsos

Cuando un impulso de los crecientes o de los mixtos lleva mucho tiempo sin satisfacción, comienza a aumentar gradualmente la nec. y con ello las exigencias de satisfacción. El aumento progresivo de la intensidad de la nec. y de la actividad de la T.D. llegan a un punto máximo en el que se estabilizan formando una especie de meseta en un gráfico imaginario. Mientras la satisfacción no tenga lugar, el impulso se mantendrá continuamente alrededor de la meseta máxima. Esto es válido para los impulsos no crecientes (y para la parte no creciente de los mixtos) cuando ya se ha movilizado la nec. y la T.D. Al repetirse la presentación de los estímulos movilizadores, sin tener lugar la satisfacción, estos impulsos llegarán también a la meseta máxima.

En esas situaciones la nec. será muy intensa, pero no necesariamente constante en su grado, es decir, puede disminuir la intensidad del estado displacentero de la nec., e incluso desaparecer prácticamente, acentuándose luego (esto respondería al necesario reposo de las neuronas responsables). Pero la T.D. mantendría siempre una atenta actividad mientras no tenga lugar la satisfacción. La influencia sobre la conducta, de esa actividad de la T.D., se manifiesta en los contenidos de las representaciones mentales. También en el mayor peso, en las decisiones, de aquellas opciones que sean más prometedoras para la satisfacción del impulso. Por su parte, los contenidos de los sueños tienden a relacionarse a situaciones de satisfacción del impulso postergado. Otra manifestación es la selectividad de la percepción, que hace distinguir con más facilidad los estímulos sensoriales relacionados al impulso necesitado.

Esa mayor actividad de los impulsos insatisfechos es algo de gran utilidad para la vida. Al ser todos directa o indirectamente vitales en cuanto a su satisfacción, es imprescindible que el impulso postergado, por sí solo trate de llamar la atención. De lo contrario, el sujeto daría satisfacción a unos cuantos que le producen placer, olvidándose de los otros.

Decíamos que una de las formas que tiene el impulso para hacerse notar es su capacidad de usar la representación mental. Esto lo hace presentando imágenes de las situaciones de satisfacción. Tales imágenes pueden ser fantasías, o bien ideas fugaces de la meta-fin. Al presentarse esas imágenes, hacen despertar o intensificar la nec. del impulso insatisfecho, renovando constantemente el vigor de la conducta que se orienta hacia la satisfacción. Por ejemplo, si el imp. alimenticio es el movilizado, aparecerá un leve

placer súbito junto a la fugaz imagen mental de un alimento que nos quedó esperando. Esa imagen, más el leve placer súbito que genera, harán revivir la nec., que dará un nuevo “impulso” a la T.D. orientada a concretar la satisfacción.

Tanto las imágenes fugaces, como las fantasías más elaboradas, producen por un lado un placer orientador, y por otro hacen resurgir la nec. vivencial que da un nuevo empuje a la tendencia dirigida.

Digamos que lo que se provoca intencionalmente, aquí, es sólo la aparición de la imagen del objeto de satisfacción y el placer que esa imagen produce. Pero la siguiente acentuación de la nec., que responde a ello, es un mecanismo ajeno a la intencionalidad. Lo intencional es la nueva respuesta a la nec. acentuada.

En el caso del imp. de conservación se presenta una situación especial y algo paradójica. Aquí, aparecen imágenes desagradables u horribles de aquello que se debe evitar. Pero tales imágenes no son buscadas por la intencionalidad. Esto se explica por el hecho de que la función del imp. de conservación es evitar algo que aún no sucede, y para ello es necesario que aparezcan a modo de imposición inevitable las representaciones mentales de esos hechos, de manera que despierten el temor y mantengan preparado al organismo. Si esas imágenes fueran susceptibles de un manejo intencional, serían evitadas o “borradas de la mente”, lo que haría que el organismo olvide los peligros que lo amenazan, siendo presa fácil de ellos. Por eso es indispensable que aparezcan aquellas imágenes, para recordarle al sujeto qué hechos debe evitar. En otros términos, tales representaciones mentales desagradables son producto de mecanismos autónomos de las fuerzas contrarias a la intencionalidad, las que cooperan con ésta para la sobrevivencia. Esos mecanismos autónomos hacen aparecer aquellas imágenes, de modo de producir y mantener el temor. Por tanto, en esencia, son mecanismos equivalentes a los responsables de producir y mantener el hambre, la sed, etc. En el imp. de conservación, el objeto de satisfacción es la evitación de algo que aún no ocurre. Pero como para evitar algo es necesario primero concebirlo en su forma afirmativa, deben aparecer obligadamente las imágenes afirmativas de lo que **no** debe suceder. Gracias únicamente a ello aparece el temor en la vivencia, que moviliza la conducta de evitación.

Sin embargo, cuando el motivo de dolor, o lo que hay que evitar, es un deseo propio, aquí el mecanismo se vuelve en contra del sujeto. Cuando ese deseo es concebido como un mal moral por ejemplo, ello hace que el peligro de dolor esté dado en los propios deseos. Luego, como el mecanismo autónomo hace aparecer en forma inevitable la imagen del motivo de temor, apa-

recerá la representación mental del objeto deseado y del propio acto de su satisfacción. Esa imagen, cuando es frecuente, tiene el efecto de renovar y reforzar el deseo. Al aumentar el deseo, aumenta el peligro de dolor moral. Y como el mecanismo autónomo hace aparecer la imagen de lo que se debe evitar, aparece pues la imagen del objeto deseado y del deseo mismo, reforzándolo nuevamente. Tal situación hace que aquellas imágenes ya no sean sólo producto del mecanismo autónomo de la aparición de aquello a evitar, sino que también comienzan a ser promovidas por el propio imp. de gozo, como respuesta al deseo reactivado.

Este proceso es el que contribuye a mantener las reacciones obsesivo-compulsivas. Es como recordarle constantemente a un niño que no debe comer el “sabroso” chocolate.

En lo que sigue no tendremos en cuenta aquellas “antifantasías” de lo que se debe evitar, que son ajenas a la intencionalidad, sino las promovidas por las tendencias dirigidas de los impulsos. En el caso del imp. de conservación, las auténticas fantasías de su T.D. son aquellas que tratan sobre situaciones de seguridad o ausencia de peligros, ejemplo: las fantasías de paz de un soldado en plena guerra; es decir, sólo son fantasías las promovidas por la T.D. que responde al temor movilizado, y no las imágenes ajenas a la intencionalidad que generan el temor.

Las fantasías surgidas en condiciones de insatisfacción tienen la función de movilizar al sujeto en la dirección de su realización. Aunque no logre las situaciones imaginadas, al menos lo logrará en el máximo grado posible. También tienen la función de provocar una cierta satisfacción parcial del impulso, lo que contribuye a mantener la buena disposición de ánimo y a revivir el interés por el objeto de satisfacción. Aunque en muchos casos esas fantasías sean buscadas en sí mismas por el sólo placer que producen, no obstante, ello hace que se mantenga la mente ocupada en contenidos relacionados al objeto de satisfacción del impulso necesitado, lo que siempre será favorable para la posterior satisfacción.

6. Los impulsos y los fenómenos históricos y sociales

Cada bebé normal trae potencialmente al nacer los mismos impulsos y del mismo poder motivacional básico que cualquier bebé (ya humano) de otro lugar o de otro tiempo. Los impulsos son fuerzas ciegas, iguales en todos. Por eso, el medio externo, la ubicación social del sujeto en desarrollo, o bien sus condiciones generales de vida, determinan el rumbo de las tendencias

dirigidas de los impulsos. En otros términos, determinan los variados intereses o metas-medio y metas-fin. Estos elementos, en el nivel sociológico, aparecen como **nuevas necesidades** histórica o socialmente determinadas, las que expresan la gran flexibilidad y capacidad de adaptación de los impulsos a las cambiantes circunstancias ambientales.

Esas nuevas necesidades, a las que también podríamos llamar **necesidades adquiridas**, y que esencialmente son las diversas metas-medio y metas-fin de los impulsos, están representadas, por ejemplo, por todo aquello que en una sociedad moderna un individuo puede sentir que necesita, que le “hace falta”. El propio desarrollo histórico de la producción y de la vida social en general va haciendo surgir las nuevas necesidades; ejemplo: camisetas, lampazos, vehículos, analgésicos, palanganas, rejas, noticieros, ventiladores, teléfonos, libros, etc. Tales necesidades, que pueden variar infinitamente, dependen de aquellas circunstancias externas, históricas, sociales, culturales, de la sociedad. Sin embargo, en ningún caso dejan de ser los caminos o formas particulares por los que se trata de dar satisfacción a los mismos impulsos universales. Todas esas nuevas necesidades adquiridas, determinadas por el propio desarrollo social, están sustentadas, en lo **funcional**, principalmente por la actividad del impulso mediador. Este aporta su “fondo común” de nec. indiferenciada, como sucedía en el ejemplo de la moneda (meta-medio) y del pan (meta-fin), y se carga con el contenido de lo que a cada paso se van fijando como metas específicas los demás impulsos. Ello, en base a sus intereses esenciales y absolutos, y según las condiciones generales de la existencia material y concreta del sujeto en relación a su realidad social y a todo lo que lo rodea.

Los impulsos, al ser compartidos por todos, son por lo tanto un factor **constante**. Jamás pueden ser determinantes de ningún acontecimiento histórico o social diferencial. Al respecto están condenados a un papel pasivo, al igual que todo factor constante cuando se trata de un fenómeno diferencial. Por ello, la explicación de esos fenómenos históricos y sociales debe buscarse sólo en las leyes del nivel social, las cuales forman un orden superior de leyes en cuya órbita se mueven los psiquismos individuales.

Si en una sociedad hay una clase trabajadora y otra capitalista, y los miembros de la primera tratan de lograr un salario más elevado, y los de la segunda una ganancia más elevada, obviamente no implicará que nace gente con “impulso al salario” o con “impulso a la ganancia”. Tales intereses surgen de la diferente ubicación social de ambos grupos de sujetos. Al estar organizada la vida social de modo que el dinero es un medio universal para la satisfacción de muchos impulsos, sólo queda aspirar a él como un medio

inevitable. Así, tales impulsos, o más específicamente sus respectivas tendencias dirigidas, sumarán sus fuerzas formando una “alianza motivacional” en el psiquismo del sujeto, y dando lugar a los intereses económicos. Estos adoptarán la forma de salario, ganancia, honorarios, etc., según la ubicación del sujeto en el proceso global de producción y distribución sociales.

Todo esto nos muestra que no son fenómenos distintos la tendencia a afirmar el placer y negar el displacer, los impulsos, y los intereses económicos. El razonamiento es como sigue. En principio, se busca el placer y negar el displacer. Luego, como esa tendencia general se ramifica en los impulsos particulares, cada sujeto trata de satisfacerlos. Pero como eso, dada la realidad social, se logra con dinero, los impulsos se interesan en él. Así, tal convergencia de los intereses parciales de los impulsos da forma a los poderosos intereses económicos, los que adquieren la fuerza de un gran río formado por varios ríos menores afluentes.

Pero es evidente que si los impulsos tienen asegurada de otra forma su plena satisfacción regular, el dinero o el poder económico, al ser sólo **medios**, dejan de interesar completamente.

Digamos finalmente, que son dos tipos de condiciones o premisas básicas las que determinan que un impulso exista. Una es que los impulsos, para ser tales, deben estar “sujetados” a la ley general. El objeto de satisfacción debe ser un hecho productor de un placer concreto e incondicional en todos los miembros de la especie, como satisfacción de una nec. particular igualmente compartida por toda la especie. La otra condición es que el acto de su satisfacción debe implicar un hecho objetivamente útil a la sobrevivencia individual y grupal. Conocemos muchos listados de instintos, pulsiones, necesidades o impulsos del hombre, pero los criterios para establecerlos nunca se ajustaron, al menos plenamente, a esas condiciones. Primero, porque desde la remota época de Epicuro, rara vez se entendió y se le dio importancia teórica a la existencia de la tendencia absoluta de la intencionalidad que aquí llamamos ley general del psiquismo.* Y por lo tanto, sin esa premisa, no se pueden concebir los impulsos como las vías particulares a través de las cuales actúa esa tendencia esencial y absoluta de la intencionalidad a afirmar el placer y negar el displacer. Y segundo, porque la idea de lo útil a la

* Tampoco Freud comprendió claramente la generalidad de esa tendencia. Su “principio del placer”, que parecía algo oportuno y realista, sufrió la abrupta limitación de un extraño “principio de realidad”, concebido como si fuera un mecanismo de la intencionalidad esencialmente distinto o ajeno a esa tendencia general. (ver Freud Sigmund. **Obras completas**. Amorrortu Editores. Buenos Aires 1988)

sobrevivencia, premisa que sí se tomó en consideración, se vio siempre distorsionada a causa del enfoque individual del hombre primitivo. Pocas veces se tuvo en cuenta, entre los que se dedicaron al estudio de los impulsos o necesidades primarias, el hecho de que las tendencias esenciales características del hombre cumplieran, en su origen, una función que no hacía tanto a la sobrevivencia individual directa, sino a la de la tribu, a la del organismo social en su conjunto.

Cuando se habla, por ejemplo, de misteriosas tendencias antisociales, como los “instintos explotadores”, de “poder”, de “sometimiento”, etc., veremos que no cumplen ninguna de aquellas condiciones. Claro que esos “instintos”, más que serias hipótesis científicas, son elementos que cumplen una función ideológica: la de “justificar la injusticia”, o sea darle “redondez a la cuadratura”. Pero tales instintos imaginarios, además de no provocar placer sino sólo en quien sufre algún grado de alteración psíquica (placer del sadismo y la humillación hacia otros como una posible orientación enfermiza del impulso de agresión), serían altamente perjudiciales para la sobrevivencia. Ninguna tribu podría sobrevivir con semejante “locura colectiva” de sus miembros.

LAS TENDENCIAS SUPERIORES

1. Lo innato y lo adquirido

Cuando se discute si determinadas funciones o rasgos psíquicos son innatos o adquiridos, suelen mezclarse dos problemas distintos. Por un lado está aquello psíquico que es **común** a todos los hombres normales de toda época y cultura. Lo otro es lo **diferente**, lo que no es igual en todos los hombres normales. Esta es una distinción que es indispensable establecer antes de abordar el problema.

Al hablar de lo psicológico común en todos los hombres normales, se trata, por ejemplo, del hecho de tener lenguaje, valores, opiniones, compromisos, ideales, determinado sistema de impulsos, etc. Aquí no hace falta mucha precisión en el concepto de normalidad. Para lo que estamos tratando, es suficiente concebir como hombres psíquicamente normales a la mayoría de los seres humanos de todas las épocas y culturas. Bajo esta noción de hombres normales, encontramos que esas funciones como la moral, el lenguaje, etc., son comunes a todos ellos. Para que dichas funciones se desarrollen como tales, hace falta un medio social que lo posibilite. Sin embargo, los genes “suponen” o “descuentan” que habrá con seguridad un medio social. Más allá del tipo de medio social, sólo hace falta que haya un medio socio-cultural cualquiera, con los mínimos elementos que lo definen, y ello es suficiente para que esas facultades se desarrollen.

Aunque tales funciones psicológicas comunes tengan un necesario desarrollo en todas las épocas y culturas, sería inadecuado calificarlas de innatas. La activa influencia del medio socio-cultural es algo que no puede faltar como “material” para que se desarrollen. No es suficiente que el organismo humano se alimente y desarrolle el cuerpo para que surjan normalmente aquellas facultades. Por tanto, no llamaremos innato a lo que es común a todos los hombres normales, sino mecanismos, rasgos o funciones, **de necesario desarrollo**; es decir, se trata de una “mezcla” de lo universalmente innato y lo de regular adquisición en la vida social.

En cuanto a los fenómenos psíquicos que difieren entre los hombres normales, como por ejemplo los distintos gustos, valores, intereses, ideas, así como el grado y la forma diferenciales del desarrollo de las distintas funcio-

nes y cualidades de la personalidad, aquí es donde se plantea la verdadera discusión sobre si tales diferencias son innatas o adquiridas. Pero es claro que esas diferencias, en términos generales, son **adquiridas**, y dependen de las diversas circunstancias históricas, sociales, culturales, ambientales, junto a la totalidad de circunstancias casuales, entre las que se destaca el conjunto de relaciones sociales exclusivas que afectan de un modo particular a cada individuo durante su vida.

Cuando un niño, por ejemplo, por razones de pura casualidad, obtiene más éxitos que fracasos en sus tareas iniciales de interacción con la realidad, o simplemente recibe más aprobación que desaprobación por sus actos e iniciativas, eso puede favorecer el desarrollo de cierta autoconfianza y perseverancia para emprender y concluir con éxito nuevas tareas y desafíos. Mientras que si por la sola influencia del azar, o por determinadas circunstancias, otro niño con idénticas capacidades potenciales obtiene más fracasos que éxitos, o más desaprobación y rechazo social que aprobación por lo que hace, eso puede llevar a que pierda confianza en sí mismo y a que desarrolle una tendencia a abandonar prematuramente todo lo que emprenda.

Si esto lo aplicamos a las tareas que suponen el empleo del intelecto, tendremos que la propia ley del efecto (repetición de lo asociado al placer y supresión de lo relacionado al displacer) promoverá, en el primer caso, una mayor y más frecuente actividad de los reflejos y circuitos cerebrales que hacen al pensamiento, por el simple hecho de que llevaron al efecto de **placer**, y mientras más resultados anímicos positivos se logren, mayor será la repetición de las vías nerviosas y reflejos que sostienen los razonamientos y las habilidades mentales. Ello se traduce a un mayor interés y perseverancia al respecto como rasgo de la personalidad, lo que hará potenciar aún más el desarrollo de tales habilidades. Mientras tanto, la misma ley del efecto, en el segundo caso, promoverá la inhibición y el bloqueo de las vías cerebrales correspondientes, por el solo hecho de que llevaron con más frecuencia al **displacer** del fracaso y/o del rechazo social. Tal situación, repetida miles de veces, por sí misma puede provocar una separación creciente y cada vez más amplia en uno y otro sentido. Así, lo que sería inicialmente un ínfimo y fortuito desequilibrio a favor del éxito o del fracaso, puede terminar en una amplia y notoria diferencia en el grado de desarrollo de ciertas capacidades. Tal influencia básica de la ley del efecto, en su interacción con las condiciones y circunstancias externas que rodean al sujeto durante su desarrollo, sería aplicable en general a las distintas orientaciones y grados de desarrollo de cualquier cualidad de la personalidad.

Las apresuradas conclusiones de quienes proclaman la existencia de diferencias innatas de inteligencia, por ejemplo, más allá de servirles para autoconvencerse de la “superioridad innata” de su propia inteligencia, en los hechos no hacen más que cumplir la función de satisfacer los requerimientos de la ideología dominante, de dejar claramente establecido que hay una clase social superior con el “derecho natural” a someter y explotar a los inferiores, y que por lo tanto no tiene sentido “molestarse” en tratar de crear condiciones de igualdad económica y social.

Pero si hubiera realmente alguna ventaja del potencial genético sobre el particular, lo que no hay razones para creer, debería buscarse, al contrario de lo que se supone, en las tribus que aún viven en condiciones primitivas, que son las únicas que podrían haber seguido evolucionando genéticamente en los últimos miles de años, a través del proceso de selección natural, único medio por el que resulta posible.

Fuera de las eventuales anomalías genéticas, no hay diferencias innatas de importancia. No es lo mismo la anomalía para “abajo” que para “arriba”. El único argumento para creer en eso es la comodidad de la simetría. Los productos fabricados en serie ocasionalmente salen fallados, pero el resto solamente sale bien, o normal, y nunca “superior” por pura magia. Una obra de arquitectura se puede deteriorar de mil formas distintas arrojándole explosivos al azar, pero no se puede “perfeccionar” lanzando de esa forma los ladrillos. El mejoramiento innato de las complejísticas funciones cerebrales sólo es posible a través de la paulatina acumulación de pequeños cambios genéticos, y en el marco del continuo accionar de la selección natural.

Si bien existen, claro está, los cambios genéticos en relación a las funciones psicológicas, y fueron en definitiva una premisa de la evolución del hombre, considerando los miembros actuales de la especie, se trata de algo insignificante en comparación con el amplio campo de influencia del factor adquirido. Por eso, podemos tomar lo innato, a los fines prácticos del estudio de la psicología general, como un factor constante.

Los fenómenos psíquicos variables constituyen las **formas** diferentes en que pueden desarrollarse y funcionar los mecanismos psicológicos comunes o de necesario desarrollo. La explicación de esos fenómenos diferenciales requiere un estudio centrado en las leyes del nivel social, así como en la historia personal de cada sujeto en definitiva.

Lo que hemos visto hasta ahora sobre el psiquismo, así como lo que trataremos en adelante, está referido a los mecanismos **esenciales** del funcionamiento psíquico, a aquello que es común a todos los hombres normales, es

decir a lo **de necesario desarrollo**. El interés, aquí, en lo que respecta a este trabajo, está centrado en lo que sería el equivalente a la anatomía y fisiología generales, pero en relación al psiquismo humano.

2. Los mecanismos de valores

Habíamos visto que la actividad de la ley general se manifiesta en los distintos niveles de la organización psíquica. El primero es el nivel reflejo, que es el más básico y esencial. Los reflejos forman el material para todo lo demás. El segundo nivel es el de los impulsos, los cuales surgen de la organización y regularidad de la actividad de los reflejos. Si bien los impulsos y sus leyes explican muchos fenómenos psicológicos, hay otros elementos de la motivación que aunque lleven acumulada la presencia de los impulsos, estos últimos se organizan y combinan en una forma tan compleja, que no podremos avanzar en la explicación de las motivaciones humanas sin pasar al nuevo y superior nivel cualitativo de la estructura motivacional: el nivel de los valores.

Un ejemplo ya anticipado de ello es la función moral, es decir, la doble tendencia a afirmar lo bueno y negar lo malo de la propia conducta. Esas nociones (lo bueno y lo malo, o lo que está bien y mal) son los valores absolutos del mecanismo; constituyen los elementos esenciales de la moral y son comunes en toda época y cultura. Lo que puede variar de una cultura a otra, o entre sujetos de una misma cultura, es aquello concreto que se considera bueno o malo. Pero lo que es común en todas partes, y de lo que estamos hablando, es la mecánica básica de la moral, consistente en la doble tendencia a hacer lo bueno y evitar lo malo. Tal mecanismo, más allá de los valores relativos o de las variables conductas que puedan considerarse buenas o malas, funciona por igual en toda cultura. Esta relación es válida para todos los mecanismos de valores. Por ejemplo, lo que se considera bello en una cultura puede ser feo o repulsivo en otra. Sin embargo, en ambas culturas existe la misma función esencial que es el mecanismo estético de afirmar lo bello y negar lo feo.

Bipulsión moral

Los mecanismos de valores consisten en dos pulsiones o tendencias claramente distinguibles. Una se orienta a lograr el valor positivo y la otra se ocupa de evitar o suprimir el valor negativo (o disvalor). El nombre con el que identificaremos a estas dobles tendencias será: **bipulsiones**. Así, la doble tendencia a hacer lo bueno y evitar lo malo es la bipulsión moral.

Los valores absolutos son los que definen la bipulsión, son los núcleos organizadores del nivel de las bipulsiones; en torno a ellos se ordena el funcionamiento de los impulsos que las forman.

Los impulsos que se organizan alrededor de aquellos valores absolutos, para permitir el movimiento de la bipulsión moral, son los siguientes:

Los dos “cabecera” son el de aprobación (y su parte de autoaprobación), que empuja a hacer lo bueno, y el de conservación que evita lo malo.

El imp. de alivio también participa, ya que el dolor moral del que se procura salir es algo que impulsa a hacer lo bueno, o a abandonar una conducta, actitud o postura concebida como mala o incorrecta.

El de gozo puede fijar el deseo en lograr un destacado desempeño personal. Aquí une sus fuerzas al de aprobación, al desear el intenso placer del orgullo y el reconocimiento por la positiva actuación (lo bueno).

El imp. mediador, al ser el “comodín” de la motivación, también está presente buscando metas-medio y metas-fin que se fijan los otros impulsos. En este caso, si lo que está **bien** es concluir con eficiencia una tarea, el impulso estará presente en cada paso parcial de la conducta orientada a ese acto bueno final.

Otro impulso interesado en hacer lo bueno puede ser el de recuperación. Supongamos que lo que se ha perdido, y que se quiere recuperar, es el estado de normal aceptación social. Aquí no hablamos del acto de aprobación social, sino de una condición normal estable, que es la “estima básica” o aceptación como miembro del grupo. Tal aceptación es una condición afectivamente neutra, que al estar presente no produce placer ni displacer; pero cuando falta, surge la nec. de su recuperación. Para restablecer tal aceptación básica el sujeto debe hacer lo bueno y no repetir sus actos negativos.

Un último interesado en hacer lo bueno y evitar lo malo es con frecuencia el imp. sexual. Dado que una condición para la mayor aceptación personal es el buen desempeño social en general, y puesto que esa mayor aceptación personal, cuando proviene de sujetos del sexo opuesto, muchas veces significa también una mayor aceptación sexual, dicho impulso contribuye a que el sujeto se interese en realizar actos destacados o positivos y en evitar los actos malos o que sean despreciables para quien los valora. Aquí el acto bueno es una meta-medio del imp. sexual.*

* La realización de conductas buenas o positivas, como factor para la mayor aceptación sexual, significa un aprovechamiento natural de la energía motivacional del impulso sexual, para que sume sus fuerzas al interés por la continua realización de acciones favorables a la sobrevivencia de la tribu. Entre las conductas positivas o

Tenemos, así, siete impulsos que forman la doble tendencia a afirmar lo bueno y negar lo malo de la propia conducta. Tales impulsos, junto a las nociones o conceptos organizadores de lo **bueno** y lo **malo**, forman la estructura de la bipulsión moral. De los siete, los fundamentales son los dos cabecera: de aprobación y de conservación. En cambio los otros son menos importantes y generalmente rotativos o inestables en su presencia estructural de la bipulsión.

La doble tendencia a hacer lo bueno y negar lo malo no escapa a la ley general; es sólo una nueva forma de manifestarse ésta. Es importante tener siempre presente la ley general, puesto que se extiende a toda la subjetividad formando el firme armazón de su estructura. Para entender los motivos de la intencionalidad, debemos “colocar” primero el esqueleto de la ley general, para ir ubicando sólo lo que va ligado a él, hasta reconstruir el psiquismo. Tal fue el orden que siguió la naturaleza cuando construyó la estructura motivacional humana.

Serían seis las bipulsiones básicas, que luego se dividen y combinan, formando otras nuevas.

Bipulsión estética

Los valores absolutos son: lo **bello** y lo **feo**. El placer-displacer estéticos son aquellos en los que el sujeto tiene una actitud pasiva o contemplativa de los estímulos. Es la captación a través de los sentidos o de la imaginación, de estímulos placenteros o displacenteros que son sintetizados o reunidos por las nociones de bello o feo.

En cuanto al placer o displacer estéticos ocurridos en el plano de la imaginación o representación mental, se incluye toda fantasía, “sueños”, recuerdos. Inclusive la representación mental del objeto de satisfacción de un impulso, o de cualquier situación placentera, es en nuestro encuadre un placer estético. También sería estético el placer por revivir o recrear en la mente una situación placentera concreta vivida anteriormente.

En resumen, entendemos por placer o displacer estéticos a los que son producidos por la sola contemplación o percepción pasiva de los estímulos,

buenas figuran especialmente los actos destacados durante el trabajo social de la tribu. Así, la selección natural, que como sabemos fue permitiendo la sobrevivencia a los organismos sociales que tenían la mayor eficiencia en el trabajo, escogió aquellos en los que incluso la fuerza motivacional del propio imp. sexual empujaba también eventualmente hacia el mejor rendimiento.

y donde la afirmación del estímulo placentero (lo bello) y la negación del displacentero (lo feo) son fines en sí mismos.

La bipulsión estética es la doble tendencia a afirmar lo bello y negar lo feo. Esos valores absolutos reúnen a los placeres de orientación de los impulsos, así como a los leves placeres y displaceres de orientación general que no rodean a los núcleos de los impulsos, sino que sólo anticipan situaciones útiles a la vida o perjudiciales en general, y que aparecen bajo aquellas nociones de bello o feo.

La función de la bipulsión es la de orientar al organismo a su acercamiento a situaciones adaptativas o útiles y alejarse de lo perjudicial.

Los placeres y displaceres de orientación constituyen un gran sistema de vías secundarias de entrada al placer y displacer. Aunque son abundantes en su número, rara vez son más que leves reacciones de agrado o desagrado. Todo ese sistema de vías accesorias de entrada al placer y displacer está a cargo fundamentalmente de los cuatro impulsos que representan directamente a la ley general. Los impulsos de gozo y de continuación se ocupan de afirmar los placeres de orientación, y los de alivio y de conservación tienen a cargo la negación de los displaceres de orientación. A estos cuatro se agregan los impulsos correspondientes a los placeres de orientación que rodean a los núcleos de satisfacción. Esto es, la presencia ocasional, en la bipulsión, de los impulsos que sostienen los placeres relacionados al núcleo de satisfacción, los que ocurren no sólo a nivel concreto o sensorial, sino también en el orden de las imágenes mentales y fantasías, y que aparecen como el valor positivo de la bipulsión estética (lo bello).

Además de los impulsos que se ocupan de los placeres y displaceres de orientación, la bipulsión estética se forma también con otros impulsos. Uno es el de curiosidad, que está presente en el interés y la admiración por la contemplación de la belleza. Otro es el de recuperación, el cual sustenta el placer contemplativo o estético por la recuperación de un estímulo que "faltaba" en el campo perceptual. También tiene su papel en los recuerdos. Otro impulso importante es el de variación. Lo nuevo y variado suele aparecer como bello.

Con respecto a las reacciones de placer estético producidas por la música, la danza, la poesía, etc., se trataría en principio de placeres de orientación general. Pero fundamentalmente estarían basadas en el movimiento de la imaginación y el fluir de las representaciones mentales que esos hechos estimulan (placeres de orientación de los impulsos, y satisfacción concreta de los impulsos de curiosidad, de variación, y otros, que actúan naturalmente en el plano simbólico y que forman parte de la bipulsión estética).

Aquellos hechos artísticos tienen una utilidad para la vida que sólo se comprende cuando se los enfoca desde la sobrevivencia del conjunto. Toda actividad de entretenimiento o de esparcimiento que constituya un elemento de reunión, será siempre favorable a la sobrevivencia del organismo social. Una tribu cuyos individuos vivan separados uno del otro, y sólo se reúnan ante la aparición de una situación apremiante, estará en peores condiciones para sobrevivir que otra cuyos miembros se hallen más tiempo reunidos compartiendo sus experiencias. Tales elementos de reunión, que cubren los momentos de ocio, hacen que el grupo se halle unido y preparado para responder eficazmente ante cualquier situación imprevista. Por otro lado, favorecen la continua comunicación y el funcionamiento integrado de la tribu. Esos elementos de reunión permiten la más estrecha unidad espiritual y el mayor conocimiento mutuo, así como la “sincronización” del estado de ánimo de los individuos. En realidad serían muchas las ventajas de una tribu cuyos miembros mantuvieran una sólida unión física y espiritual, en relación a otra que careciera de ello. Por eso, todo elemento que favorezca la unidad física y espiritual es algo automáticamente útil a la sobrevivencia. Ello permite el funcionamiento de la tribu como un auténtico organismo social, integrado y coherente. Un organismo social así, será rescatado con seguridad por la selección natural. Por tanto, el placer estético por las actividades artísticas cumpliría principalmente esa función.

En el tratamiento de las bipulsiones, será necesario tener presente en todo momento que su utilidad adaptativa se deriva de la función que cumplían para la sobrevivencia del organismo social entero. En el nivel de los impulsos, muchos de éstos eran explicables, en su función adaptativa, desde su utilidad para la sobrevivencia del individuo aislado. Ahora en cambio es a la inversa. Las bipulsiones son producto de la selección natural de tribus. Su utilidad para la sobrevivencia sólo se explica en la visión de conjunto.

El período de la evolución humana en el que se desarrollaron las bipulsiones comprendería una etapa de unos dos o tres millones de años, desde cierto grupo o manada de simios antropomorfos hasta la “última mutación genética” a partir de la cual apareció el hombre (*homo sapiens sapiens*) y la sociedad auténticamente humana. Esto último, según datos antropológicos, habría ocurrido hace alrededor de cincuenta mil años.* Aunque es imposible determinar ese punto exacto, al menos es algo que podemos hacer en nuestra representación. Por ello, nos trasladaremos en el tiempo y tomaremos aquella tribu humana primigenia, encerrándola en un círculo imaginario. A dicha

* Lambert David. **El hombre prehistórico**. Editorial EDAF. Madrid 1988

tribu, de la que todos provenimos por ser la que se impuso finalmente sobre el resto de sus similares, generalizando su tipo, le llamaremos: **organismo social primario**. Todo lo que tratemos en relación a las tendencias esenciales y necesarias de la motivación humana tendrá la base de la función que cumplía cada una de ellas en el organismo social primario.

Volviendo a la bipulsión estética, otra función que tiene, y quizás la más importante, es la de complementar a la bipulsión moral. Anteriormente vimos el acto bueno o malo desde el punto de vista del **autor** de la conducta. Ahora miraremos la conducta buena o mala desde la óptica de los miembros del grupo que son **observadores** de la conducta ajena.

Los observadores experimentan un placer estético, contemplativo, al percibir una acción positiva de un compañero. Por el contrario, sienten un displacer estético al contemplar la conducta mala. Por lo tanto, para el observador, la conducta buena ajena es bella y la mala es fea, desagradable a la percepción. El placer estético ante la conducta buena ajena es seguido por el imp. fraterno, que mueve al observador a gratificar al autor de la conducta con una aprobación o felicitación. Por su lado, la conducta mala de un sujeto produce en el observador eventual un displacer estético. Esto moviliza al imp. de agresión, por lo que se provocará un “mal” (displacer) al autor, por medio de un gesto desaprobatorio o de rechazo.

Si bien la bipulsión estética alcanza una infinidad de estímulos (incondicionados y condicionados) que caen bajo su orden: bello-feo, una parte importante de ese espectro está dada en el agrado o desagrado que producen las conductas ajenas.

Esa parte de la bipulsión estética que comprende las reacciones anímicas ante las conductas buenas o malas ajenas, más las respuestas externas de aprobar o desaprobar al autor, son una parte importante de los “materiales” que forman la siguiente bipulsión.

Bipulsión ética

La ética, como sabemos, es la disciplina que trata sobre la moral. Por ello, la bipulsión ética será para nosotros la del **observador** circunstancial de la conducta moral de otro; mientras que la bipulsión moral es la del **autor** de la conducta. Es decir, un mismo individuo tiene las dos bipulsiones. En una circunstancia estará movido por su bipulsión moral, cuando trata de hacer algo bueno. Pero en otro caso será observador de la conducta ajena, funcionando su bipulsión ética.

La bipulsión ética se forma, en principio, con el placer-displacer estéticos ante la conducta ajena, más los impulsos fraterno y de agresión, que se acoplan aprobando o desaprobando al autor respectivamente. Por lo tanto, esta bipulsión tiene dos fases. La primera es la reacción interna de placer o displacer estéticos por la conducta del otro; y la segunda, la respuesta externa de aprobación o desaprobación hacia el autor de la conducta, incluyéndose el eventual premio o castigo materiales, como respuestas extremas de los impulsos fraterno y de agresión respectivamente.

En esa segunda fase es frecuente la presencia del imp. de comunicación, cuando se siente la nec. de expresar al otro la propia disconformidad que su accionar produjo (reproche, crítica), lo que va junto a la desaprobación. También, el imp. de comunicación está presente en la nec. de expresar al autor de la conducta el agrado sentido por lo que hizo, lo que va junto al acto de aprobación.

Los valores absolutos de la bipulsión son: **conducta buena ajena - conducta mala ajena**. Tales valores éticos absolutos son buscados y evitados respectivamente por el sujeto, por medio del “aliento”, las recomendaciones, amenazas, etc. Inclusive, las respuestas de aprobación o desaprobación de la segunda fase pueden llevar respectivamente el propósito de alentar al destinatario a “seguir así”, o de influirlo para que no repita la conducta.

La primera fase ética no sólo incluye el placer o displacer estéticos por el comportamiento del otro, sino que el beneficio o perjuicio materiales (y/o morales) que la conducta de un sujeto tiene para el observador, o para el grupo observador, producen un placer o displacer concretos en éstos. La percepción del perjuicio personal o grupal que implica lo que otro hizo provoca displacer en el perjudicado. Luego, la segunda fase ética será la respuesta de desaprobación condenatoria hacia el autor. Por el contrario, cuando la acción de un miembro del grupo lleva a un beneficio para los observadores, éstos sentirán un placer por lo que el sujeto hizo, lo que hará que la segunda fase sea un afectuoso reconocimiento hacia el autor.

En general, el **beneficio o perjuicio materiales** que el accionar de un sujeto tiene para el grupo o tribu es lo que convierte a una conducta en buena o mala. Es decir, gracias a la asociación de la conducta con el beneficio o perjuicio materiales concretos, luego por sí misma producirá placer o displacer estéticos en el observador. El mecanismo sería el siguiente. Si alguien realiza una conducta cualquiera, y la misma lleva a un beneficio material para la tribu, tal hecho provocará un placer o alegría en el grupo. Luego, la nueva realización de esa conducta será por sí misma del agrado del observador, aunque eventualmente no lleve al beneficio directo; pero

está asociada al beneficio y por ello se la ve bien. Al contrario, si el accionar de un individuo tiene el efecto de perjudicar los intereses materiales o concretos de la tribu, tal comportamiento y todos sus similares provocarán luego un desagrado a la vista de los observadores. Este *displacer*, condicionado a ese género de conductas perjudiciales, se volverá autónomo en su capacidad de producir *displacer* contemplativo o estético en el observador.

Indudablemente, es algo adaptativo o útil a la sobrevivencia grupal el hecho de que las conductas asociadas en origen al beneficio o perjuicio materiales para la tribu adquieran autonomía en su capacidad de producir *placer* o *displacer* estéticos o contemplativos en el observador. De ese modo, cada uno de los sujetos tiene grabado un condicionamiento estable y de relativa autonomía, que hace que se produzca espontáneamente el *placer* o *displacer* por ver la conducta positiva o negativa de otro. A su vez, la *bipulsión* moral del autor de la conducta, al buscar el *placer* de la aprobación y evitar el *displacer* de la desaprobación, se ajustará a aquella delimitación ética social de lo que está bien o mal hacer. Todo ello hace que las acciones de cada uno tiendan objetivamente a ser reguladas y orientadas alrededor de lo beneficioso para la tribu, a la vez que se evita realizar conductas relacionadas al perjuicio material del conjunto.

Los intereses materiales dominantes, en este caso los de la tribu en su conjunto, son los determinantes fundamentales de lo bueno y lo malo. Tales valores (clasificación de las conductas en buenas y malas) se elevan en el ambiente con una autonomía relativa, pero están al servicio de los intereses materiales de la tribu. Estos últimos van regulando la dirección de los valores, los que se mantienen o modifican según favorezcan o perjudiquen los intereses grupales.

Como lo bueno y lo malo son lo relacionado a lo útil y a lo perjudicial a la vida de la tribu respectivamente, es sumamente importante que cada sujeto sienta *placer* por hacer lo bueno y *displacer* por realizar actos negativos (*bipulsión* moral). También es imprescindible, para que esto funcione, la presencia activa de la *bipulsión* ética en todos, de modo que se produzca la aprobación o desaprobación hacia el autor. Era también necesario que lo bueno y malo adquirieran autonomía en su capacidad de producir *placer-displacer* estéticos en el observador, para hacer más dinámica la respuesta hacia las conductas. Por eso se vuelve autónomo el condicionamiento de *placer* o *displacer* contemplativos o estéticos ante cada tipo de actos. Ello debía ocurrir aunque no se mantenga muy clara la relación de tales comportamientos con el beneficio o perjuicio materiales del grupo. Basta con el *placer* o *displacer* estéticos ante las conductas, puesto que de todos modos

los intereses materiales del conjunto van controlando que los valores-conductas no se desvíen de su correspondencia con el beneficio común.

La moral y la ética forman un natural sistema regulador, que favorece las conductas positivas (actos buenos o aprobables) durante el trabajo social, así como en el resto de actividades, y organiza las normas de conducta de la relación social, que circundan y apoyan el rendimiento grupal.

Con respecto a la autoaprobación y autodesaprobación, consisten en la actividad combinada de las bipulsiones ética y moral sobre la conducta propia. El sujeto es al mismo tiempo autor y observador de la conducta. Aquí es automático el placer de la autoaprobación o el displacer de la autodesaprobación, luego de la acción buena o mala propias. Ese placer o displacer es ético-moral al mismo tiempo. La parte ética es la del “yo observador”, es la parte que aprueba o desaprueba; y la parte moral, o sea la del “yo autor”, es la receptora de la aprobación o desaprobación, provenientes de ese mecanismo ético automático. Pero ambos sucesos son prácticamente simultáneos y forman el único sentimiento de autoaprobación o autodesaprobación.

El mecanismo de autoaprobación-autodesaprobación no será muy atendido en adelante. Para simplificar la tarea lo dejaremos relativamente de lado. Esto por el hecho de que se encuentra siempre presente dentro del movimiento de la **bipulsión moral**. O sea, dicha bipulsión mueve al sujeto a buscar el placer de la aprobación social por hacer lo bueno y a evitar el displacer de la desaprobación social por lo malo. A ello siempre se suma el interés por el placer de la autoaprobación ante lo bueno y por evitar el displacer de la autodesaprobación por lo malo. Así, dado que la autoaprobación y la autodesaprobación van siempre incluidas en el movimiento de la bipulsión moral, no hace falta recordar a cada momento la presencia agregada de la autorrespuesta hacia la propia conducta moral. Cuando hay comunidad de valores, o consenso en los criterios al respecto, como sería el caso en el organismo social primario, todo lo que se hace para la autoaprobación y evitar la autodesaprobación es prácticamente lo mismo que se hace para la aprobación y evitar la desaprobación sociales. Por eso, se trata de una extensión hasta la conducta solitaria del mismo interés por lo bueno y negar lo malo de la propia conducta; es sólo un refuerzo de la bipulsión moral.

Por otra parte, cuando decimos autoaprobación o autodesaprobación, no significa que el sujeto “decida” otorgarse un premio o un castigo, como producto de una elaboración reflexiva. Si bien esto puede suceder a veces, de lo que se trata es de una reacción anímica espontánea, refleja o automática ante lo bueno o malo propios. Cuando el sujeto concibe como bueno lo

suyo, surge un placer instantáneo y sin cuestionamiento alguno (orgullo, honor). Lo mismo con respecto al displacer ante lo malo (culpa, vergüenza, etc.). Esto es a lo que llamamos autoaprobación o autodesaprobación. Se trata de reacciones automáticas ante lo bueno o malo propios; son los primeros efectos “mecánicos” de la aparición de tales valores. Luego, la aprobación o desaprobación sociales desencadenarán reacciones anímicas similares, aunque generalmente en forma más intensa y con connotaciones o matices afectivos de mayor significación para el sujeto.

Bipulsión intelectual

Los valores absolutos son: **entender - no entender**, o dominio cognoscitivo - falta del mismo, conocimiento-desconocimiento. Los impulsos cabecera que la forman son los de curiosidad y de conservación. El de conservación está presente en todas las bipulsiones. Es el encargado de evitar el valor negativo productor de displacer. La presencia generalizada del imp. de conservación es una regularidad del nivel de las bipulsiones; se encuentra siempre formando una de las cabeceras: la evitación del valor negativo. En cambio el impulso cabecera que tiende a lograr el valor positivo va cambiando según la bipulsión.

El displacer provocado por la presencia del valor negativo de la bipulsión intelectual es la confusión, desorientación, sensación de desgobierno mental de la situación, dudas, pérdida del dominio cognoscitivo, lagunas mentales, caos en las ideas. Todo ello, al ser displacentero, es evitado por el imp. de conservación. Por su parte, el de curiosidad trata de conocer, dominar o entender los hechos, logrando el placer intelectual.

La bipulsión moral puede unirse a la intelectual, buscando la aprobación por medio del conocimiento y evitando la desaprobación por la propia ignorancia; es decir, está **bien** conocer o entender y **mal** no entender o ignorar. Pero por ahora sólo analizaremos cada bipulsión en forma aislada. Más adelante veremos las relaciones y combinaciones entre ellas. De tal forma, la bipulsión intelectual es sólo lo que vemos funcionar en un niño, por ejemplo, cuando sin interés moral alguno pregunta algo que no entiende.

Otros impulsos que intervienen en la bipulsión intelectual son: el de alivio, que trata de poner fin al displacer del desconcierto y la confusión; el de recuperación, que procura restablecer el habitual dominio cognoscitivo de la situación cuando se ha perdido; el de gozo puede buscar el asombro de cierto conocimiento; el mediador, que no haría falta nombrarlo, ya que es un

apoyo de todas las metas, por lo que se sobreentiende que está junto a la actividad de cada impulso y bipulsión.

Bipulsión espiritual

Sabemos que el concepto: espiritual, además de ser muy impreciso, tiene connotaciones que, en general, son contrarias a la concepción materialista que caracteriza a la ciencia. Pero a cambio de rechazar o negar el concepto en sí, le daremos “ubicación” y un sentido claro en la realidad del psiquismo.

El placer espiritual, para nuestro encuadre, será el placer del impulso fraterno. Por consiguiente, el valor positivo de la bipulsión es la percepción de un hecho beneficioso para el O.M.I.F. (objeto del mecanismo de identificación fraternal). Así, los hechos favorables al O.M.I.F. producen el placer espiritual. El displacer espiritual tiene lugar cuando se da un hecho perjudicial para el O.M.I.F. Aquí no se trata de la sola nec. del imp. fraterno, sino sobre todo del temor a que suceda algo negativo al objeto de la identificación. Un hecho que implique algo malo para el O.M.I.F. provoca un dolor espiritual. Por eso, el imp. de conservación responde con temor ante la amenaza de dolor espiritual por cualquier infortunio que pueda suceder al ente amado. Esto empujará la conducta de evitación, que hará todo lo posible para impedir el hecho perjudicial para el O.M.I.F.

Entonces, los impulsos cabecera de la bipulsión espiritual son: el fraterno y, nuevamente, el de conservación. Los valores absolutos son: **lo bueno o positivo para el O.M.I.F. - lo malo o negativo para el O.M.I.F.** Tales hechos producen placer o displacer espirituales respectivamente. Por tanto, la conducta del sujeto es movida por la bipulsión en procura de aquello que sea beneficioso para el O.M.I.F. y/o evitativo de hechos perjudiciales para él. Ese O.M.I.F., en estado natural, es fundamentalmente la **tribu** y cada uno de sus miembros. La bipulsión espiritual continuamente motiva a evitar que ocurran hechos negativos para la tribu y a lograr aquello que signifique un bien para ella.

Los conceptos o nociones de lo bueno y malo, o bien y mal, tienen dos sentidos fundamentales. Uno es el moral, donde expresan lo **meritorio o aprobable** y lo **demeritorio o desaprovable** respectivamente. El otro es al que se refiere el actual planteo, y significan respectivamente lo **beneficioso o favorable** y lo **perjudicial o desfavorable** en general.

Además de los impulsos cabecera, se agregan otros que fortalecen la doble tendencia al beneficio para la tribu y a evitar su perjuicio. Uno es el de alivio. El sufrimiento espiritual por una penosa situación de un familiar, por

ejemplo, hace que el imp. de alivio motive a lograr el bienestar de aquél. Únicamente ese hecho aliviará el sufrimiento espiritual propio.

Existe también el gozo espiritual, que consiste en el profundo placer del imp. fraterno por algo especialmente bueno para el O.M.I.F. Por ende, el imp. de gozo fija su deseo en el logro de ese estado de máximo placer espiritual, y para ello mueve la conducta a crear situaciones favorables para el O.M.I.F. (condiciones de felicidad para la tribu, etc.).

El imp. de recuperación, por su parte, se halla presente cuando se trata de restablecer, por ejemplo, la salud de un compañero, o la seguridad de la tribu, etc., cuando ello se ha perdido.

También se incluye en la bipulsión espiritual el imp. de agresión. Este motiva a combatir contra todo aquello que sea una amenaza para el bienestar de la tribu; es decir, lo negativo para lo que atenta contra el bienestar de la tribu es en sí mismo un hecho bueno para ella. Esa agresión es movida por la bipulsión espiritual. Es el mismo amor a la tribu el que sustenta el odio ocasional hacia lo que atente contra su bienestar. Por lo tanto, la bipulsión espiritual no sólo funciona sobre la base del M.I.F., sino que en algunas ocasiones el M. A. F. (mecanismo de anti-identificación fraternal) se encuentra cubriendo las “espaldas”, reforzando la tendencia al beneficio de la tribu.

La bipulsión espiritual muchas veces va incluida como componente anímico de la primera fase de la bipulsión ética. Cuando la conducta ajena implica un beneficio para el O.M.I.F. del observador, este último siente un placer espiritual por esa causa, movilizándose la respuesta aprobatoria o de gratificación hacia el autor; y cuando determinado acto ajeno perjudica al O.M.I.F. de dicho observador, se genera en éste un displacer espiritual ante esa conducta, lo que hace activar la respuesta desaprobatoria de rechazo o condena.

Bipulsión anticipatoria

Los valores centrales son: **éxito y fracaso.**

Habíamos visto que el logro de la meta (medio o fin) que se fija algún impulso provoca la “alegría del logro” como placer o satisfacción del imp. mediador. También observábamos que al fallar en el logro de la meta se produce el displacer de la frustración. Tal displacer es evitado por el imp. de conservación. Por eso, habíamos deducido que no sólo el imp. mediador es un refuerzo para las metas de los otros impulsos, sino que el de conservación, al estar siempre presente tratando de evitar la frustración, se convierte también en un apoyo general para el logro de las metas de los otros impul-

sos. En esta función, el imp. de conservación tiende a la “negación de la negación” del logro de la meta. Es decir, la frustración implica la negación del logro. Por eso, el imp. de conservación, al que en este caso sólo le interesa evitar la frustración, busca el logro, pero no por el logro en sí como el mediador, sino como negación del dolor de la frustración.

Además del éxito-fracaso, hay otros motivos de alegría o disgusto anticipatorios, que serían valores accesorios o secundarios de la bipulsión, ejemplo: el anuncio de algo bueno o malo que sucederá genera una reacción de alegría o disgusto anticipatorios respectivamente. También el acierto-error son valores secundarios de la bipulsión, y se refieren generalmente a los pasos parciales de lo que terminará en éxito o fracaso finales.

Las reacciones anímicas anticipatorias se pueden dividir en cuatro tipos básicos, que se ajustan a los cuatro posibles resultados o efectos esenciales de la lucha entre la ley general y las fuerzas contrarias. Tales resultados, como recordaremos, eran: afirmación del placer; negación de éste; afirmación del displacer; negación del mismo. De los cuatro tipos de reacciones anticipatorias, dos son placenteras y dos displacenteras. Las dos placenteras son las que anuncian los resultados favorables a la ley general: 1- alegría por el anuncio de un hecho futuro placentero. 2- alegría por el anuncio de la negación o ausencia futura de algo displacentero que no ocurrirá como era de esperar o como se temía. Luego, las dos clases de reacciones anticipatorias displacenteras son las que vaticinan los resultados desfavorables para la ley general: 1- disgusto por el anuncio de algo displacentero próximo a suceder. 2- malestar por el anuncio de la negación o ausencia futura de un hecho placentero que no tendrá lugar como se esperaba.

El éxito y fracaso, a los que consideramos como los valores centrales de la bipulsión, se ordenan fundamentalmente alrededor de los hechos futuros placenteros que se esperan con el logro de la meta. La alegría del éxito es la reacción anímica que se anticipa a los hechos placenteros implicados en ese logro; y la amargura del fracaso es el sentimiento que responde al anuncio de la negación o ausencia futura de tales hechos placenteros.

Los impulsos cabecera de la bipulsión anticipatoria son: el mediador, que busca la alegría del éxito en el logro de la meta, y el de conservación, que se encarga de evitar el displacer del fracaso en la conducta orientada a dicho logro.

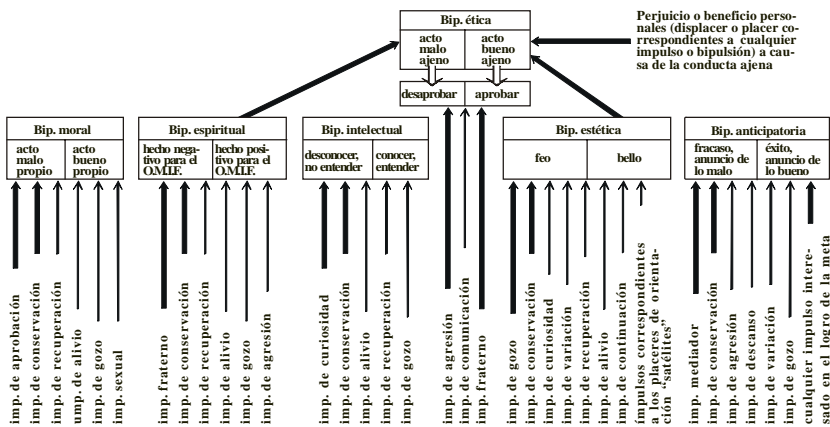
El éxito-fracaso son siempre vacíos en sí mismos. Jamás pueden buscarse o evitarse independientemente de aquello a lo que apoyan. Siempre dependen del fin que se busca a través de la meta. Tal contenido es lo que da sentido al éxito y fracaso. Por ello sería absurdo decir, por ejemplo, que hay una “tendencia al éxito”, sin explicar a qué se hace referencia. Lo que se

busca son “cosas” en las que se quiere tener éxito. La bipulsión anticipatoria es un refuerzo general, pero sin la menor autonomía motivacional.

Además de los impulsos cabecera (mediador y de conservación), hay otros que forman parte de la bipulsión. El de agresión está presente cuando la conducta tendiente al logro de la meta encuentra un obstáculo que se le opone. Así, la nec. agresiva o rabia hacia el obstáculo frustrante refuerza el poder de la conducta tendiente al logro. El imp. de gozo fija también su deseo en el éxito. Lo que aquí más interesa a dicho impulso es el gozo del júbilo (alegría intensa). Todos esos impulsos se satisfacen en forma simultánea en el júbilo del éxito. Por un lado, está la alegría propia del imp. mediador. Por otro, la tranquilidad súbita del imp. de conservación, que percibe la negación del riesgo del dolor de la frustración. Luego, el placer del imp. de agresión también es conjunto al éxito, por cuanto el logro de la meta implica haber vencido al obstáculo, significa haber destruido su poder frustrante, lo que es captado por el impulso, cuya satisfacción se funde en el único placer del júbilo. Otros impulsos que pueden interesarse en el éxito son los de descanso y de variación. Cuando éstos “perciben” que no podrán satisfacer el cansancio y el hartazgo respectivamente, hasta que no se logre la meta, sus tendencias dirigidas ayudan a los otros a buscar el éxito de “una vez”.

3. Estructura de las bipulsiones básicas

Haciendo un recuento, tenemos las siguientes bipulsiones básicas:



El trazo grueso significa que el elemento desde el cual surge la flecha es un componente fundamental de la bipulsión señalada. El trazo fino quiere decir que es un componente no fundamental, y del que no depende mayormente la bipulsión para no obstante funcionar con normalidad.

En el esquema de la bipulsión ética, encontramos que la reacción anímica de agrado o desagrado por la conducta ajena buena o mala (primera fase ética) puede formarse: 1- por los valores absolutos de la bipulsión estética. Es decir, la conducta buena es bella para el observador y la mala es fea o desagradable a la percepción. 2- por la reacción anímica en el observador a causa del beneficio o perjuicio (especialmente materiales) que para él tiene la conducta ajena. 3- por los valores absolutos de la bipulsión espiritual. O sea, la conducta buena del otro implica un hecho favorable al O.M.I.F., y la conducta mala ajena perjudica al O.M.I.F. del observador.

Así, el placer o displacer éticos, a causa de la conducta buena o mala de otro sujeto, pueden ser de cualquiera de los tres tipos:

1- Es estético cuando la conducta ajena es simplemente del agrado o desagrado contemplativos de quien la observa. Según ello se aprobará o desaprobará al autor.

2- Cuando el accionar de un sujeto tiene un beneficio o perjuicio directos en la persona del observador, éste sentirá el placer o displacer concretos por esa causa, aprobando o desaprobando al autor.

3- Si la conducta ajena favorece o perjudica al O.M.I.F. del observador, surgirá en este último un placer o displacer espirituales a causa de ello. En otras palabras, si alguien hace algo que favorece, por ejemplo, a nuestros seres queridos, sentiremos un placer espiritual por ocurrir algo bueno al O.M.I.F. Pero si cierto accionar de un sujeto perjudica a aquéllos, el displacer por la conducta mala ajena será espiritual. Tales reacciones movilizarán la segunda fase ética, aprobando o desaprobando respectivamente al autor de esos hechos.

Es frecuente que el placer o displacer éticos ante la conducta ajena se formen de las tres cosas juntas. En la tribu esto debía suceder con regularidad. El agrado por una conducta buena de un sujeto, ejemplo: tener una fructífera labor personal durante el trabajo común, es espiritual porque implica un beneficio para la tribu. También, es una alegría que anticipa un beneficio personal y material para el observador individual, por estar éste incluido en el beneficio para el grupo. Por último, es un placer estético, al apreciarse una conducta ya condicionada al agrado contemplativo, por estar asociada al beneficio común, o bien por tratarse de un acto de especial destreza o habilidad, lo cual genera siempre un placer estético en el observador.

Con respecto al esquema presentado, encontramos una relación de componentes-compuesto entre los elementos desde los cuales surgen las flechas y la bipulsión superior y organizada que se forma. Ello nos muestra que las bipulsiones siguen **siendo** los impulsos que las forman. Pero la organización y combinación de la actividad de los impulsos hacen surgir algo cualitativamente nuevo, con autonomía de leyes y funcionamiento. Los valores absolutos y la propia mecánica de su movimiento global organizan y regulan la actividad de los impulsos que integran la bipulsión. La analogía más simple al respecto estaría dada en la relación existente entre los órganos que forman un aparato y el aparato íntegro surgido. Por ejemplo, la actividad del aparato digestivo no es otra cosa que la actividad del estómago, el páncreas, los intestinos, etc. Sin embargo, la organización global de la actividad de esos órganos da como producto el funcionamiento de un aparato único y coherente. Lo mismo con respecto a las bipulsiones. La actividad de la bipulsión moral, por ejemplo, consiste en la actividad del imp. de aprobación, de conservación, de recuperación, etc. Pero la organización de la actividad de tales impulsos da como producto el funcionamiento integral de la bipulsión, con sus propias leyes o regularidades, correspondientes a la configuración global de su movimiento.

Por otra parte, observábamos que la bipulsión estética y la espiritual forman parte de la bipulsión ética. Lo que debemos tener presente, aquí, es lo **acumulativo** de la esencia estética o espiritual de lo que además es ético. Así, un placer estético o espiritual producido por la percepción de una conducta buena ajena es, además de estético o espiritual, un placer ético. El hecho de ser ético ese placer, no significa que deje de ser estético o espiritual en su esencia. Se trata de la forma ética del placer o displacer estéticos o espirituales. El placer o displacer estéticos o espirituales son **además** éticos, cuando su aparición coincide con una conducta ajena que ingresa en la noción o captación subjetiva de acción buena o mala.

4. Particularidades del nivel de las bipulsiones

Las bipulsiones que hemos tratado son las básicas o esenciales. Las otras que se forman luego, y que veremos en el capítulo siguiente, llevan acumulada la presencia de ellas.

Veamos algunas regularidades del funcionamiento de las bipulsiones. Una constante que encontramos en todas es la presencia, en una de las cabeceras, del imp. de conservación (temor - T.D. - tranquilidad). Dicho impulso se halla siempre evitando el valor negativo, que es el que lleva al displacer. También el imp. de gozo (deseo - T.D. - hecho placentero) puede conside-

rarse regular, ya que va junto al impulso cabecera que busca el placer del valor positivo.

Otra regularidad del nivel de las bipulsiones es la presencia de los valores contrarios, que constituyen los nuevos núcleos organizadores del nivel. En el nivel anterior los núcleos eran: nec. - satisfacción. Ahora en cambio: valor positivo - valor negativo. No obstante, en ambos casos se trata de las formas de ocurrir el placer o displacer generales. Si enfocamos la ley general desde el nivel de los impulsos, la misma será algo así como el “impulso general”, donde el displacer es la nec. general y el placer la satisfacción general. Pero si miramos la ley general desde el nivel de las bipulsiones, se verá como la “bipulsión general”; y el displacer será el valor negativo general y el placer el valor positivo general.

En el nivel de los impulsos son inseparables la tendencia parcial a negar o poner fin a la nec. y la de buscar la satisfacción. Allí actúa una sola tendencia dirigida que lleva inseparablemente las dos cosas. En cambio en las bipulsiones puede haber una separación de sus dos pulsiones parciales. La motivación puede tener una acentuación bastante definida en la búsqueda del valor positivo o en la evitación del negativo. En muchos casos se procura sólo evitar el mal por ejemplo, acentuándose la presencia del imp. de conservación, que trata de negar el displacer moral de incurrir en una conducta mala. Sin embargo, es también frecuente el acople de ambas pulsiones, donde la misma conducta tiende simultáneamente a lograr el valor positivo y a evitar el negativo.

En este plano hay un espacio para la neutralidad entre lo positivo y lo negativo. Por ejemplo, en el caso de la bipulsión moral, hacer lo que “corresponde” o lo “esperable” sería aquella acción neutra que no está bien ni mal, sino que es algo normal. A veces se dice que una conducta está bien, cuando en realidad es sólo **no mala**, o neutra. La verdadera conducta buena es la que se destaca como tal. Por ello, la mayoría de las conductas son moralmente neutras. Luego, unas pocas se destacan por buenas, recibiendo la aprobación, y otras aparecen como malas, motivando la desaprobación.

Como cada bipulsión está formada por varios impulsos, es compleja la gama de reacciones de placer-displacer que van incluidas durante la actividad de una bipulsión. Pero su distribución y organización es tan precisa, que permite la coherencia del doble movimiento orientado a lograr el valor positivo y evitar el negativo. De todas esas reacciones de placer-displacer, las principales, y que son las que más nos interesan, son los núcleos contrarios de placer-displacer implicados en la aparición de los valores positivo o negativo. Esto es de lo que tratan los dos impulsos cabecera. En el ejemplo

de la bipulsión moral, el imp. de aprobación procura lograr el valor positivo y el placer moral que ello supone, y el de conservación es el encargado de evitar el dolor moral que produce el valor negativo.

En este nivel pierde relevancia el mecanismo: nec.-T.D.-satisfacción, como secuencia lineal, propia del nivel de los impulsos. Si bien las necesidades superiores de las bipulsiones llevan siempre la esencia de las necs. de los impulsos, y aunque el placer de los valores positivos sólo pueda basarse en las vías de entrada al placer de los impulsos, no obstante, el movimiento de estas nuevas tendencias de la motivación pasa a responder a las propias exigencias de su mecánica. Sólo toman aquellas vías de placer o displacer como los materiales anímico-motivacionales de los que se componen. Pero el placer-displacer se presentan con el nuevo matiz del tipo de valor correspondiente: placer o displacer estético, moral, espiritual, intelectual, ético, o alegría del éxito y sentimiento de fracaso. Las vías de entrada al placer o displacer de los impulsos caen bajo este nuevo orden, que adquiere autonomía en la dinámica integral de su funcionamiento. Los impulsos, y su mecánica básica: nec.-T.D.-satisfacción, persisten sólo como los elementos componentes, es decir, del mismo modo que la actividad refleja persiste en su esencia más subyacente aún.

EL SISTEMA DE BIPULSIONES

Iniciaremos ahora el tratamiento sobre la “deriva” de las bipulsiones. Todo lo que veremos corresponde al plano de los valores absolutos, en el marco de las funciones psíquicas de necesario desarrollo.

Cuando analizábamos la bipulsión moral, en realidad se trataba de algo general; hablábamos sólo de lo bueno y malo de las conductas. Pero existen varias formas de conductas buenas y malas, que motivan la aprobación y desaprobación respectivamente. De tal modo, la bipulsión moral que hemos visto, y que ahora llamaremos: bipulsión **moral global**, se ramifica, en principio, en las siguientes bipulsiones:

	Valor absoluto negativo	Valor absoluto positivo
• Bip. de la habilidad	torpeza	acto hábil
• Bip. de la originalidad (se refiere a lo que sale de lo común o de lo acostumbrado)	ridiculez, extravagancia	originalidad, creatividad, “novedad”
• Bip. de la valentía	actitud cobarde, pusilánime	acto de valentía, arrojo, “valor”
• Bip. de la humildad	arrogancia, soberbia	modestia, humildad
• Bip. de la reafirmación sexual	expresiones o actitudes masculinas en la mujer o femeninas en el hombre	manifestaciones de virilidad o masculinidad en el varón y de feminidad en la mujer
• Bip. de la belleza personal	lucir feo, mal aspecto	lucir bello, agradable a la percepción, buen aspecto
• Bip. propiamente moral	hacer el mal	hacer el bien

Las siete llevan la esencia común de lo **bueno** y lo **malo** globales. Por ello, lo que habíamos tratado era la bip. moral global, que es lo general de

esas formas particulares. La bip. moral global es como si dijéramos “reptiles”, o sea la esencia general de lagartos, serpientes, iguanas, etc. Tales bipulsiones particulares comparten el mecanismo por el que se tiende al placer de la aprobación y evitar el displacer de la desaprobación. Son siete géneros de hechos buenos y malos o aprobables-desaprobables. La bip. moral global es la esencia común de esas bipulsiones. Todas ellas comparten la cabecera del imp. de aprobación, y del de conservación que evita el displacer de la desaprobación y autodesaprobación. Como el placer y displacer morales son los producidos por la aprobación-autoaprobación y la desaprobación-autodesaprobación respectivamente, todas estas bipulsiones llevan al placer o displacer morales en general.

La bip. ética, por su parte, también se ramifica, dando lugar a tres bipulsiones particulares. Por tanto, lo que vimos anteriormente queda como la bip. **ética global**:

	Valor absoluto negativo	Valor absoluto positivo
• Bip. ética-situación de esparcimiento	acto malo ajeno ↓ burla, sarcasmo, o muestras de desagrado estético	acto bueno ajeno ↓ gesto de admiración, felicitación, muestras de agrado estético
• Bip. ética-situación de seriedad	acto malo ajeno ↓ rechazo afectivo, reproche, muestras de disgusto, expresiones de enojo	acto bueno ajeno ↓ muestras de gratitud y conformidad, reconocimiento
• Bip. ética-situación de gravedad (gravedad en el sentido de mucha importancia o gravitación, especialmente social)	acto malo ajeno ↓ condena severa	acto bueno ajeno ↓ honores, distinciones, alabanzas

Esas tres bipulsiones, como formas particulares de la bip. ética global, no surgen de un claro límite que las separe, sino que responden a los distintos tipos de situaciones o “climas anímicos” en los que puede tener lugar la conducta buena o mala en general. Por ello, se dan básicamente esas tres formas de aprobación-desaprobación o de respuesta ética.

En base a los elementos que traemos, nos aparece ahora la bipulsión **de la responsabilidad social**. Sus valores absolutos son: **cumplimiento del deber - incumplimiento del deber**. Esta nueva bipulsión es producto de la combinación de las bipulsiones **propiamente moral**, y **espiritual**. El cumplimiento del deber, como valor positivo, tiene una doble esencia: moral y espiritual. Es simultáneamente un **bien** moral y algo **bueno para el O.M.I.F.** El deber es como un compuesto nuevo, formado por el bien propiamente moral y lo beneficioso para la tribu (u O.M.I.F.). Cuando alguien siente en su interior la obligación de cumplir con el deber, esto es la síntesis de los dos componentes que lo forman. Significa sentirse impulsado a hacer el bien, y a realizar aquello que es bueno para el grupo. Por eso, el sentimiento de honor por cumplir con el deber es una reacción anímica de placer moral y espiritual combinados. Lo moral es la aprobación y/o autoaprobación; y lo espiritual, el placer del imp. fraterno por implicar un hecho favorable al O.M.I.F. Por su parte, el displacer por faltar al cumplimiento del deber es también la síntesis de displacer moral-espiritual: desaprobación social y/o autodesaprobación, y dolor espiritual por algo que es negativo para el O.M.I.F. Estos últimos elementos forman el auténtico sentimiento de culpabilidad, por verse responsable de algo que es moralmente malo y a la vez perjudicial o negativo para el O.M.I.F.

Hay que aclarar que este no es el “falso deber”, como sinónimo del mero hacer el bien. El deber del que hablamos es el sentimiento de responsabilidad social; es el “llamado del deber”. Se trata de aquello que la propia subjetividad concibe como algo que, además de estar moralmente bien hacer, significa un hecho beneficioso o positivo para el grupo y sus intereses.

Antes de perder contacto con los impulsos, veremos cuál es su conexión con los valores absolutos de las bipulsiones. Cuando tratábamos los impulsos, observábamos la diferencia entre el objeto de satisfacción y las metas-medio o metas-fin que éstos se fijan. El objeto de satisfacción no es más que la vía esencial de entrada al placer que tiene cada impulso. Por ejemplo, en el imp. alimenticio el objeto de satisfacción es el acto de comer. Las metas-medio son aquellos objetos o hechos que la T.D. se fija como paso previo al logro de la satisfacción. Y las metas-fin son los hechos buscados como formas concretas del objeto de satisfacción, y que pueden diferir enormemente, ejemplo: ingerir un alimento u otro.

Habíamos dicho que esas metas eran el aspecto flexible de la motivación, es decir, aunque el objeto de satisfacción buscado sea siempre el mismo, las metas podían variar infinitamente. Sin embargo, los valores absolutos de las bipulsiones son **metas absolutas** de los impulsos que las forman. En otras palabras, del universo de metas-medio y metas-fin, la casi totalidad son

adquiridas y variables; pero unas pocas son necesarias y constantes. Entre esas metas necesarias de los impulsos se encuentran los valores absolutos de las bipulsiones. Por ejemplo, el imp. de aprobación tiene como objeto de satisfacción el acto de aprobación social y autoaprobación. Pero la meta necesaria, y que prácticamente va unida al objeto de satisfacción, es la **conducta buena**. Por su parte, el imp. de conservación tiene por objeto de satisfacción evitar el dolor. Pero evitar el dolor de la desaprobación y auto-desaprobación por la propia **conducta mala** es una meta necesaria y regular del impulso. Luego, como el acto bueno se divide en acto hábil, valiente, original, etc., tales valores son por tanto metas absolutas o necesarias del imp. de aprobación. A su vez, la evitación de los actos de torpeza, cobardía, ridiculez, son metas absolutas o constantes del imp. de conservación. En definitiva, lo que hay que tener en claro es que los valores absolutos de las bipulsiones son metas (principalmente metas-fin) absolutas, necesarias y regulares de los impulsos que las forman. Así por ejemplo, el cumplimiento del deber es una meta necesaria y estructural compartida por los impulsos fraterno y de aprobación.

Estas metas necesarias de los impulsos (valores absolutos), al ser constantes y regulares, dan lugar a la estructura invariable y esencial de las bipulsiones. Por ello, podemos abandonar ya el nivel de los impulsos, y manejarnos con la autonomía del nivel de las bipulsiones y sus propias leyes particulares. De tal forma, utilizaremos conceptos adaptados al nivel. Los nuevos conceptos serán: **valor absoluto general** y **valor absoluto particular** de cada bipulsión.

En el caso de la bipulsión moral global, sus valores absolutos generales son lo bueno y lo malo; mientras que sus valores absolutos particulares son: hábil-torpe, el bien-el mal, valiente-cobarde, etc.

Los conceptos: general y particular no son fijos, sino que se “corren” según la bipulsión enfocada. Así, si enfocamos la bip. de la valentía, sus valores absolutos **generales** son los actos valiente y cobarde. En cambio si los consideramos desde la bip. moral global, los actos valiente y cobarde serán sólo valores absolutos **particulares**, ya que los generales, aquí, son lo bueno y lo malo. Pero al bajar el “escalón”, y centrar nuestra atención en la bip. de la valentía, esos valores absolutos: valentía-cobardía, pasan a ser los valores **generales** de la bip. de la valentía.

Retomando la bip. de la responsabilidad social, el cumplimiento del deber y el faltar a su cumplimiento son sus valores absolutos generales. Pero si a dichos valores los miramos desde las bipulsiones propiamente moral, o espiritual, de las que se forma aquélla, veremos que el deber y el faltar a su cumplimiento son valores absolutos particulares para estas bipulsiones. La

bip. propiamente moral tiene como valores absolutos generales el bien y el mal; y la espiritual lo positivo y negativo para el O.M.I.F. El cumplimiento del deber y el faltar al mismo son valores absolutos particulares de ambas bipulsiones; son respectivamente formas particulares del bien y el mal, y formas particulares de lo positivo y negativo para el O.M.I.F.

Asentándonos ahora en la bip. de la responsabilidad social, encontramos que el deber y su incumplimiento son sus valores absolutos generales. Pero de esta bipulsión se derivan otras bipulsiones particulares, que son formas necesarias y constantes del deber, o sea, son **valores absolutos particulares** de la bip. de la responsabilidad social:

	Valor absoluto negativo	Valor absoluto positivo
• Bip. de la abnegación	actitud de vagancia, haraganería, desinterés por el bien común, sobrecargar de trabajo a los demás, falta de abnegación	voluntad de trabajo, esfuerzo abnegado, esmero, espíritu de sacrificio, acto de entrega y de servicio
• Bip. de la justicia	acción injusta, quebrantar los derechos ajenos, falta de equidad	proceder con justicia, equidad, reafirmar los derechos ajenos
• Bip. de la lealtad	conducta o actitud desleal	muestras de lealtad
• Bip. de la información	ocultar o deformar la información de importancia social, no avisar, omisión deliberada	informar o comunicar lo que tiene importancia social, avisar, confesar
• Bip. del cumplimiento de la palabra	incumplimiento de lo prometido o de compromisos adquiridos, faltar a la palabra	cumplimiento de promesas o compromisos adquiridos

No hay dudas sobre la similitud y conexión entre esas bipulsiones. Muchas veces se juntan en la misma situación. Sin embargo, los cinco pares de valores absolutos cumplen funciones exclusivas. Hay muchas situaciones regulares de la relación social normal en que aparecen solos o aislados en su particularidad.

Recordemos que tales valores son formas de cumplir con el deber o faltar a su cumplimiento. Todos llevan por igual al placer o displacer moral-espirituales.

En base a las dificultades que nos presenta el terreno en el que nos encontramos, deberemos hacer un alto en el camino, y dar una mirada a las brújulas y a los mapas que traemos. Los principios que debemos tener presentes, para evitar pisar en falso y sumergirnos en el caos, son los siguientes:

1- La ley general del psiquismo. Ninguna bipulsión puede existir si no se mueve entre dos hechos contrarios productores de placer-displacer correspondientes. Las bipulsiones funcionan a “base” de placer y displacer. Esta es la esencia más general de la intencionalidad y de toda motivación.

2- Debe estar claro el par de valores absolutos y universales, comunes en toda cultura. Tales valores deben ser nociones indudables de aquello a lo que se refieren. Deben encerrar, además, un claro género de conductas o hechos, puesto que los valores no son solamente fenómenos subjetivos o internos, sino que al mismo tiempo son hechos externos y objetivos. Son fundamentalmente las **conductas** y **actitudes concretas** de los miembros de la tribu.

3- No puede haber una bipulsión que no haya cumplido una clara función para la sobrevivencia de la tribu. De ello podemos estar convencidos, porque la selección natural de tribus se encargaba de eliminar a los organismos sociales en los cuales la motivación absoluta de sus miembros no se encontrara plenamente orientada hacia lo útil para la sobrevivencia grupal.

Retomando los pasos que traíamos, y sin apartarnos de los principios señalados, encontramos que siguen apareciendo otras bipulsiones derivadas, con sus respectivos valores absolutos, hasta terminar conformándose el siguiente sistema total de bipulsiones:

Bipulsión	Valor absoluto negativo	Valor absoluto positivo
1- Moral global	acto malo	acto bueno
2- De la habilidad	conducta torpe	acto hábil
3- De la originalidad	ridiculez, extravagancia	acto o hecho original, novedoso, creativo
4- De la valentía	cobardía, pusilanimidad	acto valiente, arrojo
5- De la humildad	actitud de arrogancia, pedantería, altivez, soberbia, inmodestia, altanería, engreimiento	actitud de humildad, sencillez, modestia

6- De la reafirmación sexual	acciones o actitudes masculinas en la mujer o femeninas en el hombre	manifestaciones de virilidad o masculinidad en el hombre y de feminidad en la mujer
7- De la belleza personal	lucir feo, desagradable a la percepción, carente de atractivo, falta de "hermosura", mal aspecto	lucir bello, agradable a los sentidos, belleza en los usos personales, buen aspecto
8- Propiamente moral	hacer el mal	hacer el bien
9- Espiritual	hecho negativo para el O.M.I.F.	hecho positivo para el O.M.I.F.
10- Intelectual	no entender, no comprender, desconocer, no explicarse, confusión, dudas, desorientación, pérdida del dominio intelectual	entendimiento, comprensión, explicación, esclarecimiento, dominio intelectual, conocimiento
11- Estética	percibir algo feo, repulsivo, desagradable, detestable	percepción de lo bello, de algo agradable
12- Anticipatoria	fracaso, frustración, error, desilusión, anuncio de algo malo (disgusto, amargura)	éxito, logro, acierto, anuncio de algo bueno (alegría, júbilo)
13- Etica global	acto malo ajeno ↓ desaprobar	acto bueno ajeno ↓ aprobar
14- Etica-esparcimiento	acto o hecho malo ajeno ↓ burla, muestras de desagrado estético	acto o hecho bueno ajeno ↓ admiración, muestras de agrado estético
15- Etica-seriedad	acto malo ajeno ↓ rechazo afectivo, reproche, crítica, muestras de disgusto	acto bueno ajeno ↓ reconocimiento, muestras de conformidad
16- Etica-gravedad	conducta mala ajena ↓ condena severa, repudio	conducta buena ajena ↓ honorés, encomio, enaltecimiento

17- De la inteligencia	acto de estupidez, falta de ingenio, falta de perspicacia, ingenuidad, tontería	acto inteligente, ingenioso, perspicaz
18- Del saber	ignorar lo que corresponde saber, no saber o no saber hacer determinadas cosas que se deberían saber	saber o saber hacer lo socialmente esperable o deseable, aprender algo concreto
19- De la comicidad	recepción de una broma de mal gusto, o de mala calidad, sin gracia	recepción de una broma o hecho cómicos
20- Humorística	carecer de gracia en una salida, realizar una broma digna de seriedad grupal	emitir una broma graciosa, festejable para los receptores
21- Artística	creación personal, obra o trabajo mal realizado, carente de belleza y lucimiento, mala calidad, desprolijidad en la realización, falta de armonía	obra bien realizada, belleza en el trabajo terminado, lucimiento en la ejecución, armonía en las formas
22- De la bondad	acto de maldad, crueldad	acto bondadoso
23- De la generosidad	acto egoísta, mezquino, avaricia, negarse a compartir, falta de renunciamiento	acto generoso, altruista, voluntad de compartir, renunciamiento, desprendimiento
24- De la responsabilidad social	cumplimiento del deber	incumplimiento del deber
25- De la abnegación	vagancia, haraganería, falta de voluntad de trabajo, dejadez, desinterés por el bien común, sobrecargar de trabajo a los demás, falta de abnegación	voluntad de trabajo, espíritu de sacrificio, interés por el bien común, acto de servicio, abnegación
26- De la justicia	acto de injusticia, quebrantar los derechos ajenos, falta de equidad, ser injusto	acción justa, proceder con justicia, equidad, ecuanimidad, reafirmar los derechos ajenos

27- De la lealtad	conducta desleal, infidelidad	manifestaciones de lealtad, fidelidad
28- De la información	no informar lo que tiene importancia social, no avisar, desinformar, ocultar, tergiversar, omitir	informar lo que tiene importancia social, avisar, dar a conocer, confesar
29- Del cumplimiento de la palabra	no cumplir el compromiso, convertir en falsa la promesa, faltar a la palabra	cumplir lo prometido, confirmar la veracidad de la palabra empeñada
30- Del respeto	abuso, falta de respeto, desconsideración	conducta o actitud respetuosa, considerada
31- De la expresión de la verdad	mentir, engaño deliberado, faltar a la verdad, hipocresía, falta de autenticidad, falsedad	decir la verdad, ser franco, sincero, auténtico, "ir" con la verdad
32- De la devoción tribal	ofender, atacar o agraviar a aquello que es concebido como sagrado o supremo	honrar, venerar, rendir culto al honor de lo supremo, ofrecer tributos a lo sagrado (tribu, antepasados, héroes, símbolos tribales)
33- Moral grupal	acto malo o demeritorio del grupo al que se pertenece, hecho humillante o deshonoroso para el grupo	acto bueno del grupo, orgullo por algo meritorio del grupo o de un representante
34- De la enseñanza	ignorancia específica ajena, falta de dominio o incompreensión ajenas de lo que se intenta enseñar	enseñar, aprendizaje ajeno
35- Racional	conocimiento falso, equivocación, incoherencia, no tener razón, contradicción, insensatez, irracionalidad, absurdidad, falta de realismo y de lógica en el pensar y/o en el obrar	conocimiento verdadero, certeza lógica, claridad en el pensamiento, coherencia, tener razón, sensatez, razonamiento realista, juicio crítico, sentido común, racionalidad
36- Del heroísmo	traición	conducta heroica

37- Del rendimiento personal (en cualquier actividad social,destacándo se el trabajo como actividad social fundamental)	desempeño ineficaz, im-productivo, inutilidad, mal rendimiento	desempeño eficaz, productivo, buen rendimiento
38- De la lucha moral	perder, derrota, ser vencido, ser aventajado, resultar "peor"	ganar, triunfo, victoria, vencer, resultar "mejor"

El par de valores absolutos generales de cada bipulsión se refiere siempre a hechos concretos. No consideramos todavía las cualidades virtuales, las que serán tratadas luego (cap. 12). Lo que interesa por el momento es, por ejemplo, el acto hábil concreto y no la "habilidad" como condición virtual o posesión estable y continua de un sujeto.

1. Las bipulsiones particulares

En lo que sigue, analizaremos la estructura, la función natural, y demás propiedades de las bipulsiones, en base al orden en que fueron presentadas. Aunque será lo más breve y sintético posible, quizás resulte igualmente "largo" su tratamiento. Pero la "culpa" es de las bipulsiones, de lo numerosas que son esas tendencias esenciales y absolutas de la estructura motivacional humana.

Al final del capítulo (pág. 205) se puede observar un esquema que sintetiza lo que trataremos seguidamente.

1- Bipulsión moral global

Esta constituye el mecanismo por el que se busca afirmar lo bueno o aprobable y negar lo malo o desaprobable. La mayoría de las bipulsiones están inmersas bajo el movimiento de este simple mecanismo esencial; es decir, los valores positivos y negativos del conjunto de bipulsiones derivadas de la moral global, a pesar de sus particularidades, no dejan de ser formas de lo bueno y malo en general.

La bip. moral global tiene muy poco campo de funcionamiento fuera de sus bipulsiones particulares derivadas. Existe fundamentalmente como lo general de ellas. Por eso, lo bueno-malo de las conductas se pueden manifestar en los valores: inteligente-estúpido, valiente-cobarde, justo-injusto, etc., como hechos que están bien o mal en general.

Así como todas las bipulsiones e impulsos llevan contenida la esencia de la ley general como mecanismo básico (afirmar el placer y negar el displa-

cer), de igual forma, pero en un grado menor de generalidad, aquellas bipulsiones particulares llevan en común el mecanismo de buscar lo bueno y negar lo malo de la propia conducta. En todos los casos, lo bueno lleva al placer moral (aprobación social y/o autoaprobación) y lo malo al displacer moral (desaprobación social y/o autodesaprobación). Este mecanismo básico, compartido por todas las bipulsiones con motivaciones morales, hace que la bip. moral global sea como una “sub-ley general” para todas ellas. Ninguna escapa al patrón común de afirmar lo bueno o aprobable y negar lo malo o desaprovable.

2- Bip. de la habilidad

La habilidad-torpeza se presentan en la conducta práctica o en la mental. La “porción mental” es la que pasa a formar parte de las otras bipulsiones relacionadas a la función intelectual.

El acto hábil produce placer estético en el observador, lo cual desencadena la aprobación. La conducta torpe es un valor negativo que, paradójicamente, en general produce placer en el observador. Es un placer súbito que desencadena la risa o burla como forma de desaprobación. Todo esto se da de esa forma cuando el producto de la conducta no afecta los intereses del grupo; es decir, lo que determina en última instancia la respuesta de aprobación o desaprobación hacia un sujeto es el beneficio o perjuicio sociales concretos que la conducta tiene como producto. Por ello, si una conducta hábil tiene como resultado un perjuicio para el grupo, será condenada “con habilidad y todo”; mientras que un comportamiento torpe que perjudica al grupo no es burlado sino que se convierte en un mal moral, recibiendo el rechazo o condena de los observadores. Sólo cuando el producto social de la conducta hábil o torpe es neutro, allí asoman en forma “pura” el acto hábil o torpe, siendo respondidos según su calidad estética o “humorística” respectivamente.

El acto de torpeza es un “absurdo material”. El absurdo es aquello que no se ajusta a las exigencias de la realidad circunstancial, convenidas intersubjetivamente en forma implícita o explícita, es algo que sale o contrasta con lo adecuado a esa realidad. La torpeza surge cuando una vez fijada la finalidad, la conducta no se ajusta a lo que la realidad exige para el logro del fin, sino que se desvía de esa dirección. El placer súbito, que genera la risa en el observador, se manifiesta esencialmente en forma de burla, lo cual produce displacer al autor de la torpeza.

La función de tal mecanismo es la de reforzar el sistema de premio y castigo, haciéndolo extensivo a todo tipo de actos y en cualquier situación. En

origen, la aprobación-desaprobación tenían lugar en situaciones donde los productos de las conductas eran hechos serios o graves en su significado social. Pero si en una tribu la aprobación-desaprobación continúan aún en cualquier situación de esparcimiento, ello obligará a evitar la torpeza en todo momento. El efecto que esto tiene es un mayor desarrollo de la habilidad para cualquier tarea, por lo que esa tribu tendrá miembros más hábiles en general. Aunque el acto torpe no perjudique a nadie, y se dé sólo en una situación de esparcimiento, la vergüenza, como forma de displacer moral en el autor, tiene la utilidad de fortalecer el interés por hacer bien las cosas. Lo mismo con relación a la aprobación al acto hábil. Aunque su realización no favorezca a nadie, excepto en lo estético, la aprobación de ello hace que se tienda a repetir ese tipo de conductas, lo que terminará siempre en el beneficio para la tribu.

3- Bip. de la originalidad

Aquí se da un mecanismo similar al anterior. La burla es al ridículo y la aprobación a la creatividad u originalidad.

La función de esta bipulsión (y de la respuesta ética correspondiente) está centrada en lo formal de las conductas, en la modalidad de hacer las cosas, en los usos y costumbres de la tribu. Como dichas costumbres se van consolidando principalmente según la eficiencia o la utilidad que tienen, cuando alguien se aparta de esos modos de actuar, es muy probable que se trate de algo menos efectivo que lo que la cultura ya sometió a prueba y convirtió en costumbre. Por ello, el ridículo, como forma insólita de obrar, de pensar, o de usar los elementos, etc., produce también un placer súbito en el observador, seguido por la risa. Esto avergüenza al destinatario de las burlas, quien tratará de ajustarse a los usos y modos de comportarse, que son lo útil y probado por la cultura.*

El hecho original, novedoso o creativo, es aquel que a pesar de ser distinto a lo usado comúnmente, nace por lo general con la prueba evidente de su

* Habría otro sentido del concepto: ridículo, y se refiere a lo que entendemos por "papelón" o "hacer el ridículo". Aquí suelen converger diversos valores negativos (torpeza, estupidez, ignorancia) en una misma situación especial. En este caso el término está más ligado al sentido literal (capaz de hacer reír), y tiene un significado más amplio, como es el de situación vergonzante, absurdo o hecho burlable en general. Pero al hablar de **ridiculez** como valor negativo de la bip. de la originalidad, se trata de aquellos usos o modos de obrar extravagantes e insólitos que salen de lo común, contrastando con lo acostumbrado o con lo que se considera adecuado o razonable.

ventaja o conveniencia. Tal novedad es del agrado del observador, quien aprueba el hecho. La novedad así surgida se generaliza luego, pasando a ser una modalidad o costumbre de la tribu.

En el caso de la bip. de la originalidad se da una situación especial. Esto es, que la conducta neutra (ni ridícula ni original) a veces no es tal. Cuando la situación exige originalidad, quien no actúa en esa forma es un “falto de creatividad”, “poco original”, “copión”, etc. Aquí es rechazable hacer lo ya conocido. En cambio, en otras situaciones o aspectos de la vida social, hacer lo ya conocido es lo correcto o lo que está bien. Por consiguiente, se superponen dos pares de valores:

ridículo	correcto, normal o no ridículo
falto de originalidad	original o creativo

Hacer lo mismo que otros está bien cuando se trata de las costumbres, hábitos, normas, usos, rituales. Pero cuando la situación exige originalidad (arte, chistes o juegos sociales), allí es desaprobable hacer lo ya conocido. No obstante, a veces se acoplan los dos extremos. En tales casos, cuando la conducta ya se “aventuró”, saliendo de lo común, sólo le queda ser original o ridícula.

El ridículo, la torpeza, etc., necesitaban ser castigados de algún modo, por ser objetivamente perjudiciales a la sobrevivencia de la tribu. Ese es el origen concreto, surgido en la relación social, del absurdo como fenómeno. Se trata de un placer de orientación general, que surge en forma súbita ante la presencia de un hecho que contrasta con lo habitual o con lo que se considera lógico y realista. Lo que orienta este placer, en combinación con el displacer del autor de la torpeza o ridiculez, es la corrección de tales hechos inútiles.

El absurdo, nacido de ese modo, luego se fue separando de la conducta torpe o hecho ridículo concretos. Con el desarrollo del lenguaje y de la capacidad de la representación mental, el humor era algo necesario de surgir. Así por ejemplo, si alguien no pudo ser espectador de una gran torpeza o ridiculez, pero le relatan con detalles lo sucedido, ello desencadenará igualmente la risa en el sujeto, tal como si lo hubiera visto. Luego, al continuar el desarrollo de la capacidad intelectual y de la abstracción, va aumentando el vuelo de la imaginación. Esto hace que la representación mental sorpresiva de cualquier hecho absurdo desencadene el mecanismo. Así, aunque el hecho imaginado no sea una conducta torpe o ridícula, estú-

pida, etc., sino cualquier cosa que contrasta con lo razonable o esperable, se producirá un placer súbito y risa.

La autonomía de la reacción ante el absurdo es lo que da lugar a las bipulsiones de la comicidad y humorística. En ellas continúa la esencia de la burla ante el absurdo material, pero al volcarse al nuevo contenido de los símbolos e imágenes de la representación, se convierte en una nueva función psicológica, que tiene su propia utilidad para la sobrevivencia grupal, y que enseguida analizaremos.

4- Bip. de la valentía

Es una condición positiva para una tribu el hecho de que sus miembros muestren un suficiente coraje o “valor” para enfrentar los problemas y riesgos. Ello da un margen de seguridad de éxito en lo que se emprenda, al favorecer el uso decidido de las energías individuales en aquello que es útil para el grupo.

Como la selección natural actuó tomando tribus enteras, sobrevivieron aquellas en las que en algunos casos lo útil para su sobrevivencia era la conducta que significaba un alto riesgo para el individuo, y donde éste podía incluso perder la vida. Si gracias a la suma de ese tipo de acciones individuales la tribu en su conjunto obtenía un considerable beneficio, se trataba entonces de algo favorable a su sobrevivencia. Por lo tanto, la bip. de la valentía es producto de las leyes de la selección natural de organismos sociales. En ciertos casos, la decisión de arriesgar la vida, hasta ocasionalmente perderla, era lo útil a la sobrevivencia de la tribu.

Inclusive en situaciones de esparcimiento ocurre la aprobación hacia el acto valiente y la burla o menosprecio a la cobardía. Esto contribuye al seguro desarrollo de una considerable capacidad de arrojo, que impida un desequilibrio perjudicial hacia el temor a la acción, lo cual llevaría a una relativa inmovilización de la conducta y a la pérdida de la voluntad de enfrentar dificultades.

5- Bip. de la humildad

Una importante función de esta bipulsión es la de asegurar que el grupo sea el encargado de evaluar las conductas. El criterio del grupo siempre será más adecuado y realista que lo que el sujeto pueda creer sobre sus propios méritos. La humildad o modestia, como actitud ante la conducta propia, significa dejar en manos del grupo el criterio sobre el valor de lo que se hace. Es aceptar la inseguridad, que siempre existe, sobre la verdadera

importancia del papel individual. La centralización en el grupo, como eje de la evaluación de conductas, hace que la magnitud del premio o castigo morales tienda a distribuirse en arreglo a la calidad objetiva de las acciones individuales. Como el criterio determinante de lo bueno o malo de las conductas, y de la aprobación-desaprobación del grupo hacia el autor, es en última instancia el beneficio o perjuicio que las conductas tienen para el conjunto, el grupo es, pues, el que mejor sabe cuánto bien o cuánto mal estuvo lo que hizo un sujeto. De no existir la bip. de la humildad (junto a la correspondiente respuesta ética de rechazo a la inmodestia y aprobación a la modestia), y donde cada uno decidiera el valor de su propia conducta, se haría arbitrario e ineficaz el sistema de premios y castigos morales. Sólo es eficaz cuando la retribución moral es proporcional al valor que tienen para la tribu las conductas de sus miembros.

Aunque es importante esa función de la bip. de la humildad, referida a la distribución de los premios y castigos morales, este es solamente uno de los campos donde se manifiestan sus valores absolutos. Dichos valores abarcan un campo mayor de situaciones. Los elementos centrales que hacen a las actitudes de humildad o soberbia consisten en la mayor o menor importancia o valor que el sujeto da a su persona en relación a los demás. La soberbia, altivez, arrogancia, aparecen cuando el sujeto tiene una actitud que evidencia una autosobreevaluación, inseparablemente unida a la desvalorización hacia los demás, los cuales son “poca cosa” en comparación a él. La actitud de humildad es el quitar importancia a sí mismo y al propio papel individual. Se trata de una actitud en la que el individuo se adapta en los afectos al hecho real de que en última instancia nadie es tan importante como para no poder ser reemplazado con éxito en cualquier cosa de la que se trate.

Para entender la función global de la bip. de la humildad debemos tener presente, en primer lugar, que las bipulsiones están adaptadas objetivamente a lo que exige la realidad para la sobrevivencia de la tribu. El valor positivo implica siempre lo útil para la sobrevivencia grupal y el negativo está relacionado a lo perjudicial para la vida del conjunto. Por eso el valor positivo es productor de placer y el negativo provoca displacer. Esto hace que se tienda a afirmar el primero y se evite el segundo, es decir, hace que la conducta se oriente hacia lo que la realidad exige para la sobrevivencia de la tribu.

Como ya observamos, la selección natural, durante la evolución de la especie, actuó tomando tribus enteras. Por ello, lo más importante para la sobrevivencia era la efectividad de las acciones grupales y el éxito de la tribu en su conjunto. Desde este enfoque objetivo, los individuos son como células renovables de un animal más grande, que es el organismo social. Lo

importante en términos objetivos, o a los fines de la sobrevivencia, era el conjunto y no los individuos particulares. Por lo tanto, lo útil a la sobrevivencia era la adaptación de los miembros de la tribu a esa situación de la realidad. Sólo podían sobrevivir las tribus en cuyos miembros existía la mejor adecuación de la estructura anímica a dicha situación objetiva. Por ello, sobrevivieron finalmente las tribus cuyos sujetos se veían motivados para volcar el grueso de la valoración hacia el conjunto, olvidándose relativamente de sí mismos; mientras que las tribus cuyos integrantes volcaran la valoración hacia la propia persona, desvalorizando a los demás, e ignorando el papel del conjunto, debían extinguirse necesariamente por no ajustarse a las exigencias de la realidad.

Es indudable que si una tribu está formada por individuos que son cada uno “el más importante”, por lo que entre todos quitan importancia al accionar del conjunto, tendrá menos probabilidades de sobrevivir en relación a otros organismos sociales en los que los sujetos desarrollan una actitud que expresa la aceptación de que el éxito del conjunto es de lo que se trata. En tal sentido, la humildad significa la elevación del “espíritu de grupo”, del “nosotros”, y restar importancia al “yo”. La soberbia es realzar el “yo” y menospreciar el “nosotros”. Lo primero es lo útil a la sobrevivencia de la tribu. Lo segundo es lo perjudicial para ese fin. Por eso, sobrevivieron las tribus donde se valoraban o reconocían las actitudes de humildad y se despreciaba la soberbia o arrogancia. Así, nosotros, como herederos de esas tribus sobrevivientes, contamos con la bip. de la humildad, más las respuestas estético-éticas de agrado por presenciar una actitud de humildad y la reacción espontánea de desagrado ante la arrogancia o soberbia, cualquiera sea el campo de su aparición.

6- Bip de la reafirmación sexual

Si bien aquí está presente el interés del imp. sexual en sus tareas de seducción, se trata también de la aprobación-desaprobación provenientes de sujetos de ambos sexos. La virilidad y feminidad respectivas son del agrado estético-ético en el observador de cualquier sexo.

La aprobación y desaprobación a los valores correspondientes tienen la función de favorecer y reafirmar la inclinación sexual en el plano psicológico, de modo que corresponda con la sexualidad biológica. Ello asegura la máxima reproducción primaria y secundaria.

Por otro lado, el interés de reafirmar la propia identidad sexual también favorece la efectividad en los roles que la cultura asigna a cada sexo.

7- Bip. de la belleza personal

Sus valores absolutos tienen dos formas de manifestarse. Una es la referida al atractivo en relación al sexo, donde los valores aparecen más marcadamente como “bello”-“feo”. La otra forma trata sobre el “buen aspecto”-“mal aspecto” personales. Aquí, el lucir bien o mal se basan en criterios generales, con cierta independencia en relación al atractivo específico de cada sexo.

El arreglo personal tiene la función de favorecer la atracción sexual y con ello la mayor reproducción. También promueve los hábitos de higiene, que protegen contra los agentes infecciosos. Otra función es la de reafirmar la identidad de grupo, en cuanto a las formas “correctas” de usar el cabello, las prendas, adornos, etc. Los usos y modalidades son elementos que caracterizan a la tribu, y es de mal gusto no ajustarse a ellos. Esa identidad de grupo contribuye a su vez a afianzar la unidad espiritual de los miembros de la tribu.

8- Bip. propiamente moral

El bien y el mal como valores implican siempre hechos serios o graves. La función de la bipulsión se vuelca fundamentalmente a la regulación de las normas de conducta. Tales normas, y la adecuación a ellas, hacen a la existencia de una autodisciplina y la corrección del comportamiento social de los individuos, que son elementos indispensables para el buen funcionamiento del organismo social, y su sobrevivencia.

El bien y el mal se encuentran por lo general formando la esencia de las otras bipulsiones derivadas. Los valores absolutos generales de esas derivaciones (bondad-maldad, lealtad-deslealtad, justicia-injusticia, veracidad-falsedad, respeto - falta de respeto, etc.) son valores absolutos particulares de la bip. propiamente moral; son formas particulares del bien y el mal propiamente morales.

9- Bip. espiritual 10- intelectual 11- estética 12- anticipatoria

Ya hablamos de estas bipulsiones (cap. 8). Las cuatro, junto a las bipulsiones moral global y ética global, forman la esencia de las más nuevas y compuestas. Exceptuando lo humorístico, el placer o displacer surgidos de la actividad del resto de bipulsiones, aunque tengan sus particularidades, no dejan de ser morales, espirituales, intelectuales, estéticos, éticos, o bien diversas combinaciones de ello.

Con respecto a la bip. anticipatoria, se halla siempre presente junto a la actividad de cualquier impulso o bipulsión. El interés por el éxito en el logro de la meta y de evitar el fracaso o frustración constituyen un apoyo general para todos los fines de la conducta.

13- Bip. ética global

El mecanismo básico de esta bipulsión consiste en las respuestas de agrado y aprobación hacia lo bueno, y desagrado y desaprobación por lo malo ajenos.

Como ya hemos visto, la bip. ética global es la esencia común o lo general de sus bipulsiones particulares, las cuales llevan por igual el contenido de aquel mecanismo básico. Sólo que estas bipulsiones, como formas particulares de la bip. ética global, se adaptan a tipos distintos de situaciones en que ocurre la respuesta ética.

14- Bip. ética-esparcimiento 15- ética-seriedad 16- ética-gravedad

Hay un campo de situaciones siempre graves o muy importantes en su significado social. Otro donde siempre son serias las cuestiones. Y por último están las situaciones de esparcimiento.

Cualquier situación de esparcimiento puede transformarse en seria. Cuando esto sucede, cae la “sombra” de la bip. ética-seriedad, transformando en moral propiamente dicho lo que era algo en broma o un pasatiempo. En tal caso deja de funcionar la bip. ética-esparcimiento, siendo reemplazada por la ética-seriedad. Del mismo modo, todas las situaciones son susceptibles de ser cubiertas por la “capa” de lo grave. Tanto cuando se trata de una situación de esparcimiento, como seria, si por ejemplo se ofende lo que es concebido como sagrado, tal conducta automáticamente despertará la bip. ética-gravedad en quienes vivencian el fuerte malestar ante ese hecho.

Cada una de las tres bipulsiones derivadas de la ética global tiende a volcar su actividad hacia una determinada clase de conductas o actos ajenos buenos y malos en general. La ética-esparcimiento se orienta fundamentalmente hacia los actos ajenos torpe-hábil, ridiculez-originalidad, etc. La ética-seriedad se vuelca más hacia el bien y el mal propiamente morales, lo justo-injusto, el cumplimiento - incumplimiento de la palabra, etc. Y la ética-gravedad se ocuparía, por ejemplo, de los actos de traición o de heroísmo.

La bip. ética-esparcimiento constituye el único caso en que el valor negativo (conducta ajena torpe, ridícula, estúpida, o derrota en el juego) pocas veces produce displacer en el observador (displacer estético, etc.), sino que mayormente provoca el placer de lo cómico. Aquí, tanto el valor positivo

como el negativo son placenteros para el observador de la conducta ajena; sólo que la burla es en esencia desaprobatoria, a diferencia de la admiración o reconocimiento hacia el acto hábil, original, etc.

Con respecto a la actitud hacia sí mismo por haber actuado torpemente por ejemplo, se presenta un hecho especial. Como el sujeto es a la vez autor y observador de la conducta torpe, puede dominar en su vivencia la vergüenza como autor, o la risa como observador y burlador.

17- Bip. de la inteligencia

Habrían dos formas básicas de actos estúpidos o inteligentes: 1- perspicacia - falta de perspicacia. 2- ingenio - falta de ingenio.

En primer lugar, el elemento fundamental que determina la calidad de los valores, y que funciona como parámetro indicador, es el promedio social. Así, el acto inteligente se da cuando alguien, empleando el intelecto, hace algo que la mayoría del grupo no puede hacer fácilmente; y el acto de estupidez cuando el sujeto no logra hacer lo que “hacen todos”. El acto inteligente perspicaz es el “darse cuenta” cuando el resto del grupo no se percató. La estupidez, como falta de perspicacia, consiste en ser “el único que no se da cuenta”. Por su parte, el acto ingenioso es el manejo dinámico de las tácticas, estrategias o recursos más adecuados para la situación planteada, es la facilidad para salir del paso cuando el resto del grupo no puede hacerlo fácilmente, o no se le ocurre ninguna idea oportuna para ello. La estupidez como falta de ingenio es la inversa; consiste en no poder dar solución a un problema que es sencillo para el resto.

Las dos formas de inteligencia-estupidez se ajustan a los dos tipos de situaciones en que se emplea el intelecto como función psicológica. Una es la recepción **pasiva** de los hechos, cuando se trata de captarlos, asimilarlos, entenderlos. La otra, la actitud **activa**, donde hay que aplicarlo para solucionar problemas. Es evidente que ambos aspectos se combinan y complementan.

La parte de la bipulsión que trata sobre los actos perspicaz y falta de perspicacia se forma con las bipulsiones de la habilidad e intelectual. Así, el acto inteligente perspicaz es simultáneamente un acto hábil y un entendimiento o comprensión de cierto contenido. La tontería o estupidez, como falta de perspicacia, es a la vez un no entender y un acto de torpeza.

En el ingenio - falta de ingenio, se agrega frecuentemente la bip. de la originalidad. Muchas veces el acto inteligente ingenioso, además de ser una conducta hábil y un entendimiento o dominio intelectual de la situación, es también un acto creativo; mientras que la falta de ingenio ante un problema

o situación, además de ser un acto torpe y una falta de comprensión o entendimiento (valor negativo de la bip. intelectual), puede ser una falta de creatividad, inventiva, etc.; o bien, si se intenta salir del paso con una conducta insólita e inútil, será también una ridiculez.

Las reacciones de placer o displacer de la bip. de la inteligencia, tomada en su conjunto, son simultáneamente morales-intelectuales. La parte de entendimiento, dominio cognoscitivo de la situación, comprensión, o la falta de ello, como elementos presentes en las conductas inteligente o estúpida, generan el placer o displacer intelectuales; mientras que los valores de las bipulsiones de la originalidad y/o de la habilidad proveen el aspecto moral de aquellas reacciones anímicas.

Cuando tratábamos sobre la torpeza, veíamos que era una desviación o inadecuación de la conducta en relación a lo que la realidad exige para el logro de un fin. El acto de estupidez, que sigue siendo una torpeza pero volcada al plano de la conducta mental, se ajusta también a esa situación. Es frecuente que dicho acto, como nueva forma de absurdo material o concreto, se presente cuando el sujeto hace algo que lo perjudica inútilmente, o bien cuando se abstiene de realizar una conducta que lo favorecería. Los fines absolutos de la ley general son siempre sobreentendidos. Todos sabemos, al menos en el “fondo”, que en última instancia se busca afirmar el placer y negar el displacer. Por ello, al ser ese fin algo absoluto, universal y que ya viene dado incondicionalmente, cada vez que alguien hace algo que lo lleva inútilmente al displacer, o que se desvía de lo que es adecuado para lograr el placer, aparece como un acto “estúpido”. Se trata de una inadecuación en la interpretación de lo que es mejor hacer. Como el fin ya está dado, y la situación concreta está también planteada, lo inteligente o estúpido de la conducta dependen de la adecuación con que el sujeto emplea su intelecto al decidir lo que hará. Así, el acto inteligente es hacer lo más apropiado para lograr el placer y negar el displacer en esa situación; y la estupidez surge cuando se decide erróneamente lo que lleva a un inútil displacer y no al placer. Ese efecto negativo de la conducta es la prueba de haber entendido mal lo que convenía hacer.

La bipulsión de la inteligencia participa ocasionalmente dentro del movimiento de la bip. de la humildad. La actitud de modestia o humildad, como valor positivo de esta tendencia, significa también entender, “darse cuenta” de que la valoración del papel individual no corresponde al propio sujeto, sino a los demás, al resto del grupo. Por su lado, el acto de inmodestia o soberbia tiene muchas veces un componente de estupidez y desubicación, por cuanto el individuo demuestra no comprender esa elemental situación. Busca el placer de la aprobación, pero por “error” elige

el camino equivocado, ya que por esa vía sólo se logra el “inútil” displacer del rechazo.

18- **Bip. del saber**

Se refiere básicamente al conocimiento cultural, a la valoración social de determinados conocimientos y a la desaprobación de su ignorancia.

El acto de aprender, o el saber algo específico y adecuado a una situación determinada, es un hecho placentero porque implica una manifestación de habilidad, o de inteligencia según el caso; un entendimiento o conocimiento en sí mismo (placer intelectual); y a veces un bien propiamente moral. Por su parte, la ignorancia de algo que es bueno saber puede ser simultáneamente una manifestación de torpeza, o de estupidez; un desconocimiento intelectualmente disgustante para el sujeto; y en muchos casos un mal moral.

El conocimiento cultural tiene también dos formas de manifestarse. Una se refiere al plano “teórico” (erudición, sapiencia). La otra es el saber práctico o el saber hacer (dominio de técnicas, modalidades de hacer las cosas).

La función de la bip. del saber, en combinación con la correspondiente respuesta ética, y con la bip. de la enseñanza, es la de asegurar la transmisión integral del caudal de conocimientos de la cultura. De no existir esos mecanismos, se perdería gran parte de los conocimientos en las sucesivas generaciones de la tribu.

19- **Bip. de la comicidad** 20- **humorística**

La primera corresponde al receptor y la segunda al emisor del hecho cómico o gracioso. Entre ambas forman el “sentido del humor”.

La bip. de la comicidad es similar a la estética. Esta última mueve al sujeto a encontrarse con lo bello, que producirá el placer estético, mientras que aquélla motiva a encontrarse con hechos cómicos, que provocarán el placer humorístico. Igualmente con respecto a la evitación del valor negativo: lo feo es evitado por la bip. estética, y las ocurrencias de mal gusto o sin gracia son evitadas por la bip. de la comicidad. La diferencia entre lo bello y lo cómico radicaría, entre otros elementos, en que lo bello supone una contemplación **serena** del estímulo placentero, mientras que lo cómico es la presencia de un estímulo similar pero en forma **súbita** y sorpresiva.

En cuanto a la bip. humorística, es la del autor intencional de un hecho cómico (broma, chiste).

La presencia del imp. de comunicación, como componente de la bip humorística, está dada cuando el chiste aparece como un contenido que se quiere transmitir al receptor, o también cuando se quiere decir “algo” y se recurre al humor como forma más adecuada de hacerlo. Luego, puede estar presente la bip. espiritual, al buscarse una respuesta de alegría en los demás y/o evitar disgustarlos con una salida inapropiada. También interviene la bip. de la originalidad, por cuanto el chiste aparece comúnmente como un hecho creativo y novedoso. Otro componente que está presente con frecuencia es la bip. de la inteligencia, es decir, se trata de ser ingenioso al realizar una broma, evitándose la estupidez y la desubicación.

La respuesta ética, aquí, consiste en festejar el chiste (aprobación), o en mantener la seriedad, o dar muestras de disgusto (desaprobación). También, según la situación, la desaprobación puede ser una burla pública hacia el autor del poco gracioso chiste.

En la bip. humorística es regular o constante la presencia de la bip. de la comicidad, puesto que el chiste es también festejado por el propio autor cuando lo vivencia en su mente al reproducirlo o al inventarlo.

Cuando tratábamos la torpeza y la ridiculez, más la burla como respuesta social, decíamos que el humor era una derivación de esos absurdos materiales hacia el plano simbólico. Las bipulsiones de la comicidad y humorística, así surgidas, pasaron a cumplir la función de mantener el buen estado de ánimo en la tribu. Esto contribuye, entre otras cosas, a la mayor productividad. Es sabido que el rendimiento en las tareas, de cualquier grupo humano, es mejor si hay buen estado de ánimo en el grupo. Por ello, si una tribu cuenta con ese elemento como fuente de alegría, se favorecerá el entusiasmo en las tareas, así como la buena relación social, y se tolerarán mejor las malas situaciones. Por otra parte, el humor constituye un importante elemento de reunión. Se hace agradable “arrimarse al fogón”, por ejemplo, cuando surgen bromas como componentes de la reunión social. A ello se agrega que el humor tiene lugar naturalmente en el marco de la relación social. Sólo funciona plenamente cuando hay dos o más personas.

Existen otros componentes anímicos del humor además del absurdo. A partir de la burla no solamente se deriva el absurdo, sino también la degradación hacia el autor de lo burlable. Tal degradación tiene lugar a través de la vía de entrada al placer del imp. de agresión. En los orígenes de la burla, era necesario hacer notar al autor de una conducta negativa que lo que hizo es despreciable en definitiva. Gracias a esa degradación unida a la risa el destinatario siente un útil displacer que lo lleva a evitar tales conductas. Por eso, cuando se trata de contenidos simbólicos en el chiste, también puede ir incluida cierta degradación hacia el objeto de la risa.

Es probable que el placer de la burla sea también una derivación de la vía de entrada al placer de la autoaprobación (o de la tranquilidad moral por la evitación de la autodesaprobación), o sea, la torpeza de otro sujeto implica que no fue propia; por lo tanto surgiría una autoaprobación (y/o tranquilidad súbita) a modo de “carambola moral”.

En otros casos estaría decididamente presente el imp. de agresión, cuando ya no se trata de una mera respuesta espontánea ante una conducta torpe o ridícula, sino cuando tiene forma de sarcasmo.

También son componentes del humor las sugerencias de imágenes súbitas o sorpresivas de las vías de entrada al placer de cualquier impulso, es decir la imagen súbita y sorpresiva del objeto de satisfacción.

Más allá de otros componentes anímicos secundarios, un importante elemento del chiste es la propia satisfacción del imp. de conservación. Cuando el eventual humorista obliga al receptor a imaginar una situación real grave, que parece que terminará en algo horroroso, ello provoca un progresivo temor, hasta que sorpresivamente cambia el rumbo del contenido hacia el terreno seguro, provocando una tranquilidad súbita desencadenante de la risa. Otras veces la parte final de la tranquilidad queda en manos del receptor. El humorista obliga a imaginar algo malo al receptor. Tales imágenes asustan, pero son seguidas por la rápida toma de conciencia de que eso no pasa “ahora” en la realidad.

21- Bip. artística

Se refiere básicamente a la doble tendencia a afirmar la belleza en la obra que se realiza y a negar su fealdad. Al hablar de obra, no debe entenderse sólo como obra artística propiamente dicha, sino que se incluye toda producción humana. Por eso, los valores de la bipulsión pueden aparecer como: trabajo “bien” o “mal hecho”, lucimiento o falta de lucimiento en la realización de la tarea, etc.

En la bip. artística puede estar presente el imp. de comunicación, cuando se trata de transmitir algún mensaje en la obra, o al intentar expresarse a través de ella.

La bip. espiritual también puede ir incluida, al buscarse una respuesta de agrado en quienes observarán la obra o hecho bello, evitando a su vez causar el efecto contrario por algo desagradable.

Otra bipulsión que puede encontrarse es la de la originalidad, por cuanto se trata de realizar algo creativo o novedoso, evitándose la falta de originalidad o la ridiculez.

También está la bip. de la habilidad, al agregarse la destreza puesta de manifiesto en la armonía y prolijidad en la ejecución, así como en la facili-

dad y “simpleza” con que se realiza una tarea que es difícil en general. Esto hace a una buena parte del “virtuosismo” o “maestría” en la realización de la tarea, como superlativo del valor positivo de la bip. artística.

La admiración y las muestras de agrado estético constituyen el modo de aprobación hacia el autor de la belleza. Por el contrario, las muestras de disconformidad o de rechazo estético constituyen la forma de desaprobación ética hacia el autor. Aquí no hace falta que el observador manifieste directamente al autor su disconformidad con lo que hizo. Aunque un observador dé muestras de rechazo estético hacia una obra sin importarle quién es el autor, puede ser suficiente para que este último sienta el displacer moral de la desaprobación social. Esto es así porque la desaprobación hacia la obra es la desaprobación a la conducta realizada.

Otras bipulsiones que se hallan presentes dentro de la artística son: la estética, de la belleza personal, de la inteligencia, del saber, y de la expresión de la verdad. La estética está presente por el hecho de que el autor disfruta la belleza de la propia obra. Luego, cuando la obra incluye la presencia corporal (danza, destrezas corporales, representaciones teatrales), puede buscarse también el lucimiento de la belleza personal. Por otro lado, la inteligencia o estupidez también suelen ponerse de manifiesto en la realización de la obra. Por su parte, la bip. del saber se halla presente cuando la belleza o perfección en la realización de la obra o trabajo significa “saber hacer”. Finalmente, es frecuente que se quiera mostrar una verdad por intermedio de la obra. Aquí la verdad-falsedad aparecen como lo bello y feo respectivamente. La verdad es naturalmente algo bello, y por eso produce placer estético (además de producir placer intelectual o ético en otras situaciones); mientras que lo falso, cuando simula lo verdadero, es estéticamente desagradable.

La bip. artística existe en todos los seres humanos, al igual que todas las bipulsiones. Cualquier trabajo, excepto aquellos que obligan a una absoluta automatización de la conducta, lleva contenida la belleza o fealdad de su realización.

La utilidad de la bip. artística está dada en el interés por la armonía y perfección de lo que se hace, así como por el “virtuosismo” del desempeño personal en las actividades sociales. El beneficio es directo cuando la actividad es el trabajo, y es indirecto cuando se trata de actividades propiamente artísticas, como elementos de reunión (danza, música, dramatizaciones, etc.). Luego, como lo bello siempre coincide con lo que circunda algo útil a la sobrevivencia, la búsqueda de lo bello es siempre un acercamiento hacia lo bueno para la vida.

22- Bip. de la bondad

Es fundamentalmente espiritual en su esencia. No obstante, tiene un importante componente moral. La maldad es algo rechazable o condenable, mientras que la bondad es digna de aprobación.

La función de la bip. de la bondad está dada en la ayuda mutua y en la búsqueda de lo bueno para los compañeros.

Debemos tener en cuenta que las bipulsiones no sólo están determinadas en su particularidad por los componentes anímicos, sino que la forma especial de su combinación, más el contexto de las situaciones regulares de la vida social donde aparecen los valores absolutos, contribuyen a la determinación concreta de cada tipo de valores. Así, la bip. de la bondad tiene esencialmente los mismos componentes anímico-motivacionales que la bip. de la responsabilidad social (bip. espiritual y propiamente moral). Sin embargo, el deber y el acto de bondad, como nociones que encierran géneros de conductas claramente definidos, están organizados o estructurados de tal forma que se ajustan a tipos distintos de situaciones sociales. El cumplimiento del deber se vuelca más hacia aquello que es positivo para el grupo en su conjunto, siendo más general, más impersonal en su orientación. En cambio el acto de bondad se refiere al beneficio directo hacia uno o más individuos, pero con una orientación particularizada.

23- Bip. de la generosidad

Es una derivación de la bip. de la bondad, pero adaptada a un tipo especial de situaciones. No obstante, los actos mezquino o egoísta y generoso o altruista son formas particulares de la maldad y bondad; son valores absolutos particulares de la bip. de la bondad. La bondad-maldad abarcan un marco mayor de situaciones. En cambio el egoísmo-generosidad son específicos al hecho de compartir u ofrecer lo bueno que se tiene o negarse a ello.

La bip. de la generosidad tiene la utilidad de asegurar la "homeostasis" del organismo social, es decir, el equilibrio en la distribución de los bienes o productos en el interior de la tribu. Es mejor la reciprocidad de la generosidad que un egoísmo recíproco o mezquindad general. De los dos modelos de tribu, el primero tiene una gran ventaja para la sobrevivencia común.

24- Bip. de la responsabilidad social

En primer lugar es necesaria una consideración sobre los distintos sentidos del concepto: responsabilidad. Dicho concepto significa en principio: condición, facultad o capacidad de responder.

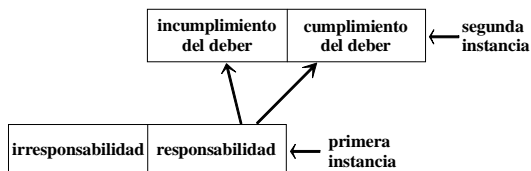
Entre los diversos sentidos en que se utiliza el término, encontramos tres fundamentales:

1- El primero trata sobre el estar a cargo, o responder ante algo, o bien sobre la autoría de un hecho. Así por ejemplo, se puede afirmar: “aquel sujeto es el responsable de determinado hecho”, o “este factor tiene la mayor parte de la responsabilidad en x fenómeno”. Tal sentido del concepto no tiene mayor importancia para nuestro contexto. Se refiere solamente a una condición objetiva en la que se puede encontrar un sujeto (u objeto), el que es responsable de algo, independientemente de que sea positivo o negativo aquello de lo que se trata. Esto poco tiene que ver con los valores de la bip. de la responsabilidad social, los cuales tratan básicamente sobre la respuesta del individuo ante las necesidades o demandas sociales.

2- El segundo significado se refiere al grado de desarrollo del “sentido de la responsabilidad”, a las actitudes en que el sujeto asume o no la responsabilidad de cumplir con algo, poniendo de manifiesto el hecho de sentir la obligación interna de responder en favor del grupo. Aquí los valores absolutos aparecen como “responsable”-“irresponsable”. La actitud responsable es la que denota que funciona la obligación interna o el llamado del deber en el sujeto, quien lo asume como algo que debe hacer, más allá de que luego lo cumpla o no. Y la irresponsabilidad como valor negativo significa que el individuo da muestras de no tener suficientemente desarrollada la capacidad de responder ante las demandas sociales, o lo que el grupo necesita. Así, la actitud irresponsable está dada cuando no aparece la obligación interna de cumplir con algo. El sujeto da muestras de no sentir el llamado del deber, ni el temor a no cumplirlo; directamente es ajeno al cuestionamiento sobre lo que debe hacer; el cumplimiento o incumplimiento del deber carecen de significado anímico para el individuo. Por ello, esta situación implica la actitud de “falta de responsabilidad” o “irresponsabilidad” como valor negativo.

3- El tercer y último sentido es el que más nos interesa. Se refiere a los casos donde ya está desarrollado aquel sentido de la responsabilidad, y la cuestión central se plantea entre el cumplimiento o incumplimiento de un deber ya asumido como tal. Aquí es donde está el funcionamiento pleno de la bipulsión. El sentido anterior trata sobre la “puesta en funcionamiento” de la bipulsión ; se refiere a si está o no desarrollado el sentido del deber. Pero una vez desarrollada esa capacidad de sentir la obligación interna de responder ante cada situación en busca de lo positivo para el grupo, y donde el cumplir o no con ello adquieren significado anímico para el sujeto, allí comienzan a regir el deber y su incumplimiento como valores absolutos, que serán fuentes de placer o displacer morales-espirituales. En cambio, si no

está desarrollada la responsabilidad básica, o el sentido del deber, no funcionan el deber y su incumplimiento como valores. Por ello, los valores: “responsable”-“irresponsable”, que vimos anteriormente, son como la primera instancia de la bipulsión. Si el sujeto no desarrolló el sentido del deber o la actitud de responsabilidad, queda sólo como “irresponsable”, sin pasar a la segunda instancia funcional de la bipulsión. Pero luego de desarrollado el sentido del deber, y ser el individuo “responsable” como valor positivo de la primera instancia, allí se pone en funcionamiento la segunda instancia, que trata sobre el cumplimiento o no de un deber ya asumido como tal. Aquí se da lugar al movimiento de los valores absolutos : cumplimiento del deber -faltar al deber, como valores que se mueven sobre la base de una responsabilidad social ya desarrollada. Esquemáticamente :



Estos elementos se hallan estrechamente relacionados. El dinamismo de las situaciones de la convivencia social hace que aparezcan combinados los dos aspectos, siendo prácticamente imposible distinguirlos. Pero para simplificar nuestra labor, consideraremos sólo el funcionamiento de la segunda instancia de la bipulsión (cumplir el deber - faltar a su cumplimiento), suponiendo un grado normal, promedio, de desarrollo del sentido del deber; es decir, supondremos que los sujetos ya son responsables y todos sienten regularmente la obligación interna o el llamado del deber. Tal desarrollo del sentido de la responsabilidad social básica es algo que debía existir en la tribu. Las propias condiciones naturales de vida favorecen el desarrollo moral y espiritual en el conjunto de individuos. Por ello, lo normal o natural es la presencia de aquella responsabilidad básica, como capacidad de vivenciar la obligación interna con regularidad. Mientras que la carencia de esa capacidad (falta de responsabilidad) es ya una alteración del normal funcionamiento psíquico. El psicópata es el sujeto que prácticamente no ha desarrollado el sentido del deber o la capacidad de vivenciar aquella obligación interna; el cumplir el deber o el faltar a su cumplimiento no tienen significado anímico, no implican placer o displacer morales-espirituales para el individuo.

Existen grados intermedios del desarrollo de la responsabilidad social básica. Así, un sujeto puede ser “falto de responsabilidad” sólo porque tiene poco desarrollado el sentido del deber, sin llegar a ser psicópata. De todas formas, en el psiquismo sano existe siempre un considerable desarrollo del sentido del deber. Por eso, consideraremos como ya dado ese desarrollo, y atenderemos sólo el deber y su incumplimiento como los valores absolutos fundamentales de la bip. de la responsabilidad social. Estos son los valores que funcionan con más relevancia en un medio social donde todos son normales o sanos en tal sentido, funcionando continuamente el llamado del deber. En otras palabras, sólo rescataremos el último de los sentidos del concepto, haciendo coincidir el acto de responsabilidad social con el cumplimiento del deber, y la actitud irresponsable con su incumplimiento (recordando, obviamente, que quien tiene una conducta o actitud “irresponsable” al faltar a su deber, es no obstante un sujeto que tiene desarrollada la responsabilidad social en términos absolutos, y por eso siente la **culpabilidad** como dolor moral-espiritual).

25- Bip. de la abnegación

Habíamos observado que la bip. de la responsabilidad social da lugar a varias bipulsiones particulares, que contienen el cumplimiento-incumplimiento del deber como esencia común. En todos los casos, estas bipulsiones derivadas suponen aquel desarrollo básico de la responsabilidad social o del sentido del deber.

La de la abnegación se destaca entre las derivaciones o formas particulares de la bip. de la responsabilidad social, como la que está sometida con más frecuencia y significación al llamado del deber; es la que empuja en forma más directa a responder en servicio del grupo y sus intereses.

Hay dos formas de actos o actitudes de abnegación o faltos de abnegación, que se expresan en los siguientes pares de valores: 1- falta de voluntad de trabajo, vagancia - actitud trabajadora, dedicada, voluntariosa. 2- negarse a realizar un acto de servicio o de sacrificio personal - acto de servicio. La primera forma trata sobre una actitud frente al trabajo cotidiano, que tiene siempre utilidad social. La conducta abnegada y la falta de abnegación se refieren, en este caso, al modo en que el individuo responde ante las diarias obligaciones. Aquí es casi permanente la respuesta a las exigencias objetivas del trabajo, donde el sujeto constantemente renuncia a otras cosas por cumplir con su obligación (valor positivo), o bien falta a esa obligación,

sentida como tal en su interior, dejándose llevar por otros motivos que hacen a su bienestar individual directo, pero apareciendo la culpabilidad como displacer moral-espiritual ante lo que es negativo para el bien común (valor negativo). La segunda forma de la abnegación (acto de servicio), a diferencia de la anterior, se refiere a la respuesta del individuo frente a situaciones especiales e imprevisibles, que requieren una singular iniciativa en relación a lo que corresponde hacer. Las otras formas del deber suelen adecuarse a situaciones que permiten establecer formalmente en qué consiste el deber. En cambio el acto de servicio, como respuesta de especial entrega individual, rellena aquel sector de la realidad que corresponde a lo circunstancial e imprevisible de las situaciones. Aquí tiene lugar una acentuación del deber interno como fuerza impulsora. El sujeto siente en un grado significativamente mayor la obligación interna que la externa (aunque también persiste la respuesta social hacia el acto de sacrificio individual, o hacia la actitud de negarse a cumplirlo).

Además de ser una forma particular de la bip. de la responsabilidad social, la bip. de la abnegación, tomada en su totalidad, lleva también contenida en su esencia la presencia de otras bipulsiones. Una es la de la generosidad. Es decir, el acto abnegado, además de ser una forma directa del deber, es a la vez un acto de altruismo, generosidad o renunciamento; mientras que el faltar al acto de abnegación implica una actitud egoísta. Otra bipulsión que está a veces presente en la de la abnegación es la bip. de la valentía. Esto ocurre en los casos en que el acto de servicio, como especial entrega personal, es a la vez una manifestación de valentía, y la negativa a realizarlo supone una actitud de cobardía.

Digamos, por otra parte, que el llamado del deber, cualquiera sea su forma, es un sentimiento que surge como respuesta a un criterio personal, o bien a una sugerencia externa, pero aceptada internamente, de lo que es mejor para el bien social o grupal. En caso de no aceptarse internamente, ya sea por ausencia de un adecuado desarrollo del sentido de la responsabilidad social, o por no estar el sujeto de acuerdo en los criterios, pero no obstante realizarse la conducta impuesta externamente, se tratará en general de la mera actividad del imp. de conservación, que evita el castigo u otra consecuencia negativa del incumplimiento.

Hay que recalcar que el beneficio o perjuicio sociales a los que llevan las conductas o actitudes individuales son los que determinan en última instancia lo positivo o negativo de las conductas. Así, si un sujeto es muy abnegado, laborioso, sacrificado, pero lo que hace no está orientado al beneficio social, sino que tiende deliberadamente a perjudicar los intereses del grupo,

será merecedor del repudio, sin importar cuán esmerado haya sido su accionar. Sin embargo, cuando el producto social es neutro, o no favorece ni perjudica a los demás, tiene lugar cierta valoración espontánea hacia las conductas sacrificadas o que implican un gran despliegue del esfuerzo personal. Este fenómeno tenía la utilidad, en la tribu, de favorecer y alentar ese tipo de actitudes, dado que aunque en algún caso particular no lleven al beneficio social concreto, el aprobarse o reconocerse el esfuerzo en sí mismo, y el desaprobarse o rechazarse las actitudes contrarias, significan un estímulo que promueve el desarrollo de un adecuado “espíritu de sacrificio” en todos los miembros de la tribu, lo que termina siendo positivo para la sobrevivencia del conjunto.

En esos casos, donde no hay un destino social concreto de la conducta, el esfuerzo-haraganería aparecen sólo como formas del bien y el mal propiamente morales. O sea, al no estar el contenido espiritual, que junto al moral forman el deber o el acto de responsabilidad social, queda sólo el bien moral como esencia de la conducta sacrificada. Pero cuando el destino del esfuerzo es el beneficio social, allí se agrega la motivación espiritual, junto a la moral básica, transformándolo en un acto de abnegación como forma del deber.

26- Bip. de la justicia

Esta forma del deber lleva a veces la esencia del acto de altruismo o generosidad. Ello tiene lugar cuando cierta tentación egoísta, cuya realización significaría una acción injusta, se ve contrarrestada por el altruismo de la motivación que impulsa a obrar con equidad. También se incluye a menudo la bip. del respeto. Esto sucede cuando el obrar con equidad, con sentido de justicia, es a su vez una muestra de consideración, de respeto por los derechos ajenos; mientras que el acto de injusticia supone una falta de respeto y consideración hacia el eventual perjudicado.

La función de esta bipulsión es también la de garantizar la “homeostasis” o el equilibrio en todos los aspectos de la relación social (distribución de bienes, tareas, retribuciones, igualdad de derechos, ausencia de privilegios, etc.). El equilibrio interno es algo vital para todo organismo vivo. Aunque el organismo social sea un fenómeno sociológico, sigue siendo biológico en su esencia más general. Por ello, sus nuevas leyes particulares, aunque sean de un nivel superior en cuanto al grado de organización funcional, jamás pueden oponerse a las leyes más básicas del nivel biológico. Entre esas leyes esenciales, compartidas por todo organismo vivo, está la homeostasis o autorregulación de los equilibrios internos. En el organismo social primario,

esta función es cumplida por la interacción de la actividad de muchas bipulsiones, entre las que se destaca la de la justicia. El sujeto ve en la conducta propia justa, o adecuada a las eventuales normas de justicia, un bien moral y algo que es bueno para el grupo, por favorecer la convivencia y el mejor funcionamiento del conjunto.

Las conductas: justa o injusta, pueden también estar presentes en la segunda fase de la bip. ética global y sus derivadas. Esto sucede cuando el premio o castigo (morales o materiales) que se dará a un sujeto, son precedidos por un cuestionamiento sobre qué premio o castigo es lo más justo, si tuvo la culpa o no, si merece el reconocimiento, etc. También la expresión: "hacer justicia", en alusión a la aplicación de un castigo o al otorgamiento de un determinado premio, hace clara referencia a la presencia de la bip. de la justicia como componente motivacional y regulador de la respuesta ética.

27- Bip. de la lealtad

El proceder con lealtad en una situación determinada es el deber de responder con consecuencia a una causa común, es no defraudar las expectativas de un compromiso fundamentalmente implícito o sobreentendido, es no apartarse de la línea de conducta que los demás confían que seguirá el sujeto.

La fidelidad es prácticamente sinónimo de lealtad. La única diferencia estaría dada en los matices afectivos del hecho. La lealtad se refiere generalmente a compromisos más formales y de mayor importancia social; es la subordinación hacia una persona, grupo o causa, que aparecen como autoridad moral. En cambio la fidelidad-infidelidad se presentan principalmente en compromisos más íntimos o privados, y sin aquella relación de autoridad moral.

La deslealtad no siempre es traición. Un acto de deslealtad puede ser por ejemplo: insubordinación, negligencia, deserción, o simplemente abandonar la causa comunicando el desacuerdo. En cambio la traición, además de deslealtad, se compone de otros elementos, entre los que se cuenta el engaño deliberado, así como el ataque, especialmente hacia el propio grupo, volviéndose en su contra y tratando de perjudicarlo. En otras palabras, la traición supone siempre deslealtad, pero no viceversa.

La utilidad de la bip. de la lealtad se desprende de comparar dos tribus imaginarias, donde en una sus miembros sienten el deber de ser leales al grupo y a la causa común, y en la otra nadie sabe qué es eso.

28- Bip. de la información

Cuando alguien tiene el conocimiento de algo que es de importancia, sobre todo para el grupo, sentirá el deber de informarlo, siendo un incumplimiento del mismo el ocultar la información de importancia social.

En esta forma del deber se agrega el imp. de comunicación, con su nec. de transmitir la información. Por tal motivo, la bip. de la información no sólo procura el placer y evitar el displacer moral-espirituales con el cumplimiento del deber, sino que también cuenta con la satisfacción concreta de aquel impulso. Esa suma motivacional absoluta brinda mayor seguridad de que tenga lugar la transmisión de toda información importante.

29- Bip. del cumplimiento de la palabra

A diferencia de la bip. de la lealtad, donde el compromiso es más estable e implícito, en esta bipulsión se trata del cumplimiento o no de compromisos expresos y ocasionales. Entre éstos encontramos por ejemplo: promesas, pactos, tratos, convenios.

En el cumplimiento o incumplimiento de un compromiso se pone en juego la palabra de honor. Una vez prometido algo, aparece el deber de cumplirlo. Cuando los valores funcionan con cierto vigor, es muy humillante faltar a la palabra.

La función de la bipulsión es la de permitir que los miembros de la tribu se manejen descontando como hecho el cumplimiento de lo que cada uno se ha comprometido a hacer. El incumplimiento de la palabra es algo que desorganiza los planes, descompaginando las tácticas o estrategias grupales. Es importante para el buen funcionamiento de la tribu, cierta seguridad de que cada uno cumplirá con lo que promete. Por eso es naturalmente severo el rechazo ético a quien falta a su palabra.

30- Bip. del respeto

La actitud respetuosa y la falta de respeto son formas particulares del bien y el mal propiamente morales. Pero además de la bip. propiamente moral, la del respeto lleva con frecuencia la esencia de otras bipulsiones. Una es la de la bondad; es decir, el mostrar respeto o consideración es en muchos casos un acto bondadoso, y la falta de respeto una expresión de maldad. Por su parte, la bip. de la humildad se halla también incluida en la del respeto, cuando la actitud respetuosa es a la vez una manifestación de reconoci-

miento y valoración hacia el otro, como evidencia de la convicción del sujeto de que él mismo no es lo más importante, sino que aquél es igual de importante y valorable, mereciendo por tanto todo el respeto y consideración hacia su persona. A su vez, la soberbia se encuentra presente cuando la falta de respeto o consideración es una expresión del poco valor o importancia que el sujeto da al otro. Esa actitud denota la presunción de que se es superior o más importante, y que por tanto no hay motivos para respetar “demasiado” a los demás.

El respeto sirve directamente a las relaciones humanas. Favorece el funcionamiento efectivo del grupo, al evitarse peleas u hostilidades inútiles (esto es extensivo a las relaciones entre tribus). También, el respeto se vuelca hacia los símbolos, costumbres, y demás elementos tribales que favorecen la unidad espiritual de los miembros de la tribu.

31- Bip. de la expresión de la verdad

Es una forma particular de la bip. propiamente moral, ya que es un bien decir la verdad y un mal moral la mentira, el engaño. También puede estar contenida la esencia de la bip. de la información; esto es, cuando decir la verdad es, además, el deber de proveer una información de importancia social, y el mentir implica al mismo tiempo desinformar, ocultar o deformar los hechos, faltando al deber de darlos a conocer.

La utilidad de la bipulsión es evitar la transmisión y el convencimiento de información falsa, que es perjudicial para el ajuste a las exigencias de la realidad. Al ser una ventaja para la sobrevivencia de la tribu el manejo de información verdadera, debía desarrollarse un placer o displacer estético-éticos en el receptor de la información, o en cualquier observador, según se ponga en evidencia la veracidad o falsedad de lo que otro exprese.

Las bipulsiones de la expresión de la verdad y de la información son muy parecidas, y en muchos casos se funden totalmente. En general son más inseparables los valores positivos: decir la verdad e informar; mientras que a veces no sucede lo mismo con los negativos, es decir, en algunos casos se miente sin ocultar (“inventar” una historia) o viceversa (ocultar un contenido sin decir una palabra).

Las bipulsiones de la expresión de la verdad y de la información tienen además una importante influencia sobre la propia conducta práctica. Cuando alguien sabe que no podrá mentir, u ocultar, por implicar una segura con-

dena y/o autocondena morales, eso lleva a evitar, en los hechos, la realización de actos concretos negativos.

32- Bip. de la devoción tribal

Es una expresión de la máxima valoración a la Tribu (la mayúscula hace referencia al sentido de patria, pueblo o “espíritu colectivo”). La adoración y el respeto sagrado hacia ella es algo seleccionado por la naturaleza, por favorecer la unidad espiritual de los miembros de la tribu, así como la autodisciplina y la existencia continua de una causa común.

Existe un deber interno y externo de rendir tributos al “espíritu colectivo”. El honrar a lo supremo y a sus símbolos sagrados es al mismo tiempo una manifestación de lealtad y de respeto; a la vez que la ofensa o agravio propios hacia ese ente supremo es una muestra de deslealtad y una falta de respeto.

En esta tendencia está presente con frecuencia la bip. de la abnegación. La devoción hacia la Tribu no es sólo de palabra durante las ceremonias, sino que también se expresa en los hechos. Se procura trabajar continuamente para ella y defenderla bajo cualquier circunstancia. El criterio de lo que es bueno para la Tribu hace aparecer espontáneamente el llamado del deber. Ese espíritu colectivo, según sus requerimientos, “llama” a cumplir con él. El sujeto siente en su interior que la Tribu-patria es la que necesita de él. Por lo tanto, siente la obligación moral-espiritual de ofrecer sus servicios, como tributo a aquello que es adorado y digno de las mejores ofrendas.

El placer concreto de la bipulsión se da en el acto de venerar, o al rendir un tributo hacia la Tribu, lo que se combina con la emoción y el asombro ante los símbolos que representan a ese espíritu colectivo, magnificante y poseedor de las máximas virtudes. La contemplación de tal grandeza produce un asombro y admiración profunda como placer estético-ético ante lo bueno. Luego, las alabanzas y muestras de aprobación o de máxima estima llevan la mecánica de la segunda fase ética. A ello se suma el hecho de ser un deber el honrar y venerar a la Tribu, como muestras de respeto y lealtad. El displacer concreto de la bipulsión que estamos tratando surge cuando se ofende al espíritu colectivo, o cuando no se cumple con él.

La especial valoración que suele haber hacia un líder, o hacia el jefe de la tribu, encierra la sobrevaloración natural hacia lo que él está representando. La figura del líder (o de los líderes si hay más de uno) es tomada como la “personificación” de aquello más grande que es el verdadero contenido de la valoración suprema.

El liderazgo, como fenómeno, tiene la utilidad de favorecer el funcionamiento organizado del grupo. Por más buena voluntad que tengan los miembros de la tribu, si no hay una adecuada centralización de la información y coordinación de las tareas grupales, se haría desordenado e ineficaz el funcionamiento del organismo social. Por eso es importante que se respete y se ofrezca la lealtad a quien supo ganarse el aprecio de todos, siendo reconocido como el representante de la tribu y de su sagrado espíritu colectivo. La figura del jefe (probablemente un anciano, cuyos valores personales y sabiduría le confieren la suficiente autoridad moral) es uno de los símbolos del espíritu colectivo. Por ello, el especial respeto al líder es equivalente al que existe hacia cualquiera de los símbolos e insignias que representan aquello auténticamente venerable que es la Tribu.

En cuanto a las ceremonias en que se honra al espíritu colectivo, sirven como un elemento más de reunión física y espiritual, y contribuyen a recargar las fuerzas morales, renovando el interés de trabajar por la causa común, lo que redundaría en beneficio del conjunto.

La bip. de la devoción tribal es una importante premisa anímica y motivacional del fenómeno religioso. Pero esa tendencia, por la que se vive trabajando y sirviendo a un ente supremo, al que se ofrece lo mejor de sí, y al que se rinde tributos y honores, no significa que haya una religiosidad innata. Lo que nos demuestra esa tendencia es solamente que la naturaleza seleccionó las tribus que fueron más protegidas y amadas por sus miembros.

Detengámonos un momento en el análisis de la religiosidad. Además de la bip. de la devoción tribal, hay otros elementos psicológicos importantes de los que se vale; éstos son: la bip. intelectual (junto con sus derivaciones: del saber y racional), y los impulsos de conservación, de gozo y de recuperación.

La bip. intelectual procura dar explicación a los fenómenos, evitando la confusión, la falta de dominio cognoscitivo, el desconcierto, como estados de displacer intelectual. En el pensamiento primitivo, dada la ausencia de conocimientos sobre las relaciones causa-efecto de muchos fenómenos, y ante la necesidad de darles alguna explicación, se hacía factible o “esperable” la aparición de concepciones mágico-animistas o religiosas acerca de ellos. En aquellas condiciones, tales ideas cubrirían esa necesidad intelectual o cognoscitiva, lo que ordenaría de algún modo el caos de la confusión y la incertidumbre, dando una cierta sensación de “control de la situación”, que permitiría manejarse mejor frente a la Naturaleza.

Con respecto al imp. de conservación, se halla también presente como material anímico de la religión. El **temor** a la idea de la muerte encuentra en

la suposición de la inmortalidad la solución ideal como motivo de tranquilidad. Luego, el imp. de gozo suma su **deseo** por esa vida eterna, que no sólo libra de la muerte, sino que es fuente de puro placer (el paraíso, etc.). Tal suposición es tan atractiva que provoca, según el caso, una continua ilusión, acompañada por el rechazo a toda lógica o razón que atente contra esa creencia tomada como segura e indudable.

El otro impulso que participa como sustento de la idea religiosa es el de recuperación. La idea de que existen seres superiores que protegen y ayudan al sujeto, significa recuperar la sensación de protección y seguridad que brindaban los padres o adultos durante la niñez. También, el imp. de recuperación influye cuando actúa en el marco de la bip. espiritual; esto es, cuando la pérdida de seres queridos, y la imposibilidad material de reencontrarse con ellos, llevan a favorecer la creencia de que aún viven en el otro mundo, y que algún día se producirá el reencuentro.

Tenemos, de ese modo, varios elementos anímicos o tendencias de la motivación en los que se apoya el fenómeno religioso. Pero dicho fenómeno no es algo indispensable para el saludable funcionamiento psíquico. La bip. de la devoción tribal, por ejemplo, no necesita dioses para no obstante funcionar con toda naturalidad orientada hacia la tribu, la patria, los ideales supremos de una agrupación, o cualquier ente factible de ser valorado. Las bipulsiones intelectual, del saber y racional, no requieren de las ideas religiosas cuando cuentan como hoy con una concepción científica del mundo que satisface a la razón mucho más que las confusas y arbitrarias explicaciones religiosas. En cuanto a los impulsos de conservación, de gozo o de recuperación, pueden funcionar con toda normalidad orientados al mundo real, o hacia los sueños y fantasías inclusive, pero donde no hace falta perder de vista la diferencia entre lo ilusorio y lo real.

Es probable que los primitivos hayan tenido elementos de religiosidad. Pero al menos en la línea evolutiva que terminó en el organismo social primario, debía ser algo mínimo y como parte de los sentimientos de adoración hacia la Tribu o espíritu colectivo, así como a la memoria de antepasados o héroes desaparecidos, y demás símbolos tribales. Tales elementos, como ya vimos, cumplirían la función de favorecer la unidad espiritual y sostener las fuerzas morales. Pero fuera de esos útiles sentimientos tribales, se hace evidente que las tribus que se guiaran demasiado por ideas religiosas, debían necesariamente quedar en el camino en la lucha por la sobrevivencia, por tratarse de algo objetivamente negativo a los fines del indispensable ajuste a la realidad, a las leyes de la naturaleza.

Por eso, la importante presencia de la religión en los tiempos modernos es más explicable desde el nivel sociológico e histórico, desde su función como parte del aparato ideológico de las clases dominantes; motivo por el cual siempre fue apoyada y sostenida materialmente por ellas. La difusión de imágenes e interpretaciones deformantes de la realidad tiene el efecto de dificultar la toma de conciencia, por parte de los oprimidos, de las verdaderas y terrenales causas de su condición, deteriorando por tanto su voluntad y capacidad de revertirla.

33- Bip. moral grupal

Tomemos como modelo un equipo deportivo. Lo que procura la bip. moral grupal de cada integrante del equipo es lograr una conducta o labor buena o destacada del grupo y evitar todo desempeño negativo o deshonroso de su equipo. El mérito del equipo produce un placer moral en el sujeto identificado. Esto es una especie de autoaprobación, pero referida a la conducta grupal. También puede haber una aprobación social concreta si alguien felicita al sujeto por la buena labor de su equipo, o cuando se escuchan halagos externos hacia el grupo. Luego, lo malo o demeritorio del grupo produce un displacer moral en el individuo, que consiste en la “auto-desaprobación grupal” o, también, en la desaprobación social hacia el sujeto por el mal desempeño de su equipo, o en la humillación externa hacia el grupo.

En la estructura de la bip. moral grupal está presente la moral global. Recordemos que la bip. moral global se extiende abarcando el conjunto de bipulsiones que tienen en su esencia el mecanismo de buscar lo bueno y negar lo malo propios. Pero en este caso no se trata de una mera ramificación o derivación aislada de la bip. moral global, sino que en el movimiento de la bip. moral grupal puede entrar cualquiera de las bipulsiones derivadas de la moral global. Así, se puede procurar que el grupo tenga conductas hábiles, inteligentes, valientes, heroicas, abnegadas, etc. Es la aplicación o traslado de ese gran mecanismo moral a la conducta grupal. Por eso, al decir que la bip. moral grupal se forma con la moral global, debe entenderse que se forma con cualquiera de las bipulsiones derivadas de ella. Se incluyen todas las formas de lo bueno o malo del propio grupo.

Además de la bip. moral global, en la moral grupal se halla también presente la espiritual. El equipo deportivo, en el ejemplo, es el O.M.I.F. Por lo

tanto se quiere todo lo positivo para él. Lo que sea favorable para el equipo provocará un placer espiritual, y lo negativo o malo en general producirá un displacer espiritual en el sujeto.

Así como la bip. espiritual se basa en la actividad del M.I.F., la moral grupal supone la activación de un nuevo mecanismo de identificación: el M.I.F.M. (mecanismo de identificación fraternal y moral). El buen desempeño del grupo no sólo produce el placer espiritual por ocurrir algo favorable al O.M.I.F., sino que la identificación **moral** agregada hace que el mérito del grupo sea extensivo al propio sujeto identificado, quien deposita su honor en el resultado de su equipo. Por ello, el equipo es el O.M.I.F.M. (objeto del mecanismo de identificación fraternal y moral). El individuo se identifica simultáneamente en lo fraternal y moral con su grupo. Siempre produce placer moral-espiritual todo lo bueno o meritorio del O.M.I.F.M. Este es el sentimiento de orgullo y honor grupales.

El M.I.F.M. tiene una gran flexibilidad en relación a los posibles objetos de la identificación fraternal y moral. El mecanismo puede funcionar paralelamente con un club deportivo, un grupo de trabajo, una agrupación política, etc. Esta flexibilidad la vemos también cuando se distribuyen dos o más grupos al azar para realizar un juego, y donde ello es suficiente para que en los miembros de cada grupo comience a funcionar la bip. moral grupal. Aquí el M.I.F.M. adopta como objeto a ese grupo ocasional. Cada sujeto trata de que su grupo sea el ganador, o que sea el mejor, según de qué se trate la actividad.

Aunque el M.I.F.M. esté librado a esa diversidad de posibles objetos ocasionales en que se puede fijar la identificación fraternal y moral, en el primitivo existe no obstante un O.M.I.F.M. que es estable e invariable: la tribu. La identificación fraternal y moral con la tribu es algo que persiste invariablemente. Siempre es un orgullo lo bueno o destacado de la tribu y es deshonroso o humillante lo negativo de ella.

Es posible, además, que en la época del organismo social primario haya existido, tal como se ha observado en distintas tribus contemporáneas, la división en varios subgrupos relativamente estables, determinados principalmente por el grado de parentesco (familia, linaje, gens).^{*} En tal caso, el grupo al que se pertenece constituiría también un O.M.I.F.M. estable.

La existencia de tales subgrupos sería algo positivo para la sobrevivencia de la tribu, por cumplir dos importantes funciones. Una es la referida a la **demarcación** de los parentescos. Ello ordenaría y facilitaría la tendencia a evitar la reproducción entre cosanguíneos (incesto); esto, teniéndose en

^{*} Véase Morgan Lewis H. **La sociedad primitiva**. Colofón. México

cuenta la importancia de la variación genética. Es decir, sobrevivieron los organismos sociales en cuyos miembros existía una tendencia a eludir el contacto sexual con familiares directos o cosanguíneos, por tratarse de algo negativo a los efectos de la transmisión genética a la descendencia. La otra función de esas divisiones sería la de promover la **emulación** o competencia en el plano moral entre los grupos, donde los sujetos se interesarían por el honor y la buena imagen de su grupo de pertenencia. Esta situación significaría la presencia de una condición estimulante para el mejor funcionamiento y la mayor eficiencia del conjunto.

Además de la identificación con diversos grupos, hay una forma especial en que funciona el M.I.F.M., y consiste en tomar como ídolo a un individuo destacado y admirado, con el que se produce una fuerte identificación. En esa situación, los méritos o hazañas del ídolo generan un placer del tipo similar al que produce un mérito propio. El ídolo es como el "representante" del sujeto, es el ejecutor de sus aspiraciones. Este mecanismo tendría la función de orientar el aprendizaje. Como el niño o adolescente identificados quieren ser como el ídolo, tienden a imitarlo o a copiar su comportamiento. Se trata de la adopción de modelos, que llevan a que el niño o adolescente se desarrollen aprendiendo a hacer todo lo bueno que hacen los ídolos (lo que sin dudas es algo favorable para la sobrevivencia de la tribu). Tal mecanismo persiste en el adulto, pero la niñez y adolescencia son las etapas en que funciona con plenitud. En el adulto decae el peso de esta función, por estar ya prácticamente concluido el desarrollo de las capacidades y de los valores de la personalidad. Sin embargo, aún persiste cierta identificación con individuos ejemplares (héroes, etc.) a quienes se quiere imitar. Ello contribuye a mantener y consolidar todo el sistema de valores y a orientar el rumbo de los ideales morales que el sujeto se fija para su persona.

Hay que recalcar que el fenómeno que estamos observando funciona con la mecánica anímica de la bip. moral grupal, o sea, produce un placer espiritual y moral aquello bueno del ídolo con el que se establece la identificación, y un displacer espiritual y moral todo lo defectuoso o negativo de ese personaje admirado (motivo por el cual se torna difícil admitir sus falencias). En otras palabras, lo que no debemos perder de vista es la reacción de placer o displacer del sujeto identificado, como respuesta a lo bueno o malo respectivamente del objeto de la identificación fraternal y moral. Esto es lo que define a la bip. moral grupal, de la que aquel fenómeno es un caso especial.

Lo bueno o malo del grupo también funcionan cuando se deposita el honor del grupo en un representante. Aquí el mérito o demérito es de un

individuo. Pero como ese sujeto es concebido en su condición de miembro del grupo, o como una “parte” de éste, su buen desempeño es un orgullo para sus compañeros. El mérito es simultáneamente del individuo y del grupo al que pertenece. El sujeto destacado es de los “nuestros”. Por lo tanto, su mérito es extensivo a cada individuo identificado con el grupo.

En definitiva, el M.I.F.M., y con él la bip. moral grupal, pueden funcionar con cualquier cosa que el sujeto conciba como “lo suyo”. Es como si el yo moral se amplificara, abarcando a todos los grupos, personas, animales u objetos con los que se establece la identificación fraternal y moral. Así como la sola identificación fraternal, que hace a la bip. espiritual, se puede dar con los más diversos entes, para los que se quiere lo bueno o lo favorable en todo sentido, de igual forma, la identificación moral agregada, que hace a la bip. moral grupal, tiene también un gran alcance de contenidos posibles. Por ejemplo, cuando la trama de una película lleva a ponerse “a favor” del protagonista, significa que se lo adopta espontáneamente como objeto del M.I.F.M., por lo que las hazañas de aquél suelen ser vivenciadas como propias.

Antes de pasar a la siguiente bipulsión, analizaremos la relación entre las bipulsiones moral grupal y de la devoción tribal. Lo que encontramos en común entre ellas es que actúan en relación al mismo objeto. Así, la Tribu-patria es aquello que se venera y honra, rindiéndole tributos, pero al mismo tiempo lo bueno y lo malo de esa Tribu-patria son vivenciados como propios.

En primer lugar, debemos distinguir dos estados paralelos del funcionamiento psicológico normal. Si observamos una tribu, veremos que tiene relaciones internas y externas. En lo interno funciona el yo individual; y en lo externo el yo social o “nosotros”. Cada individuo es “yo” en relación a sus compañeros y a la Tribu; y es “nosotros”: la Tribu, en relación a todo lo extraño a ella. Es “yo” para adentro y “nosotros” para afuera. Son dos estados paralelos y complementarios de la autopercepción o autoconciencia. En lo interno, el sujeto se distingue en su individualidad. Aquí funciona el yo, tu, él, y la Tribu. Pero en lo externo todo ello se fusiona y se vive un “nosotros” global sin mayores distingos de elementos componentes.

En los asuntos internos cada uno tiene frente a sí a sus compañeros y a la Tribu con sus símbolos sagrados. Como aquí no existe la fusión del nosotros, sino que se distinguen los componentes internos, el sujeto es algo distinto en relación a cada uno de sus compañeros y a la Tribu con la que debe cumplir. Por ello, la bip. de la devoción tribal funciona en lo interno de la tribu, cuando está distinguible el yo individual y cada componente interno.

Aquí “la Tribu” aparece en lo alto y separada del yo individual. Una cosa es el sujeto y otra la Tribu a la que venera y honra. En cambio la bip. moral grupal funciona en relación a lo externo, con el “nosotros”, donde no se distinguen los componentes. Ese nosotros, o yo social, es la fusión, en la vivencia, del conjunto de elementos. Esto hace sentir al individuo que él es la Tribu y que la Tribu es él. Su placer o displacer morales dependen de lo que sea honroso o deshonroso para la Tribu. La Tribu en su conjunto es el yo ampliado del sujeto.

Durante las ceremonias en que se rinde culto y honores a la Tribu (o a la patria, la agrupación, etc.), se combinan las reacciones anímicas de ambas bipulsiones. Por un lado se ve a la Tribu desde su “cara interna”. Se percibe algo que es ajeno al individuo. Aquí funciona la bip. de la devoción tribal, cuando se tributa y se honra a la Tribu. Por otro lado, se ve también a la tribu desde su “cara externa”. Se observa la imagen exterior de eso que es también el sujeto, haciéndose presente la bip. moral grupal, al vivenciarse un sentimiento de honor y orgullo por la propia Tribu.

34. Bip. de la enseñanza

El valor positivo tiene lugar cuando se enseña algo a otro sujeto, y éste asimila, entiende o da muestras de haber aprendido. El valor negativo se presenta cuando hay una ignorancia específica en el otro, de lo que el sujeto sabe o sabe hacer, agregándose la incomprensión o la falta de dominio de aquél, de lo que se trata de enseñar.

Entre los elementos presentes en la estructura de la bip. de la enseñanza encontramos: la bip. espiritual, o sea, se trata de beneficiar al otro al transmitirle un conocimiento útil. Luego está presente el imp. de comunicación, por transmitirse un contenido al receptor. También puede encontrarse la bip. de la generosidad, al querer compartir algo bueno que se tiene. La bip. de la información se halla incluida cuando se siente el deber de transmitir el conocimiento. La bip. de la habilidad también participa, por cuanto el aprendizaje ajeno depende en cierta medida de la habilidad o torpeza de quien procura enseñar. Por último, se encuentran con frecuencia las tres bipulsiones éticas, que van rotando según la situación. Aquí se busca que el otro haga, diga o entienda bien las cosas, evitando que las haga, diga o entienda mal, o que no sepa lo que corresponde saber. La segunda fase ética consiste en la aprobación o desaprobación hacia el eventual educando, según aprenda o no lo que se debe saber.

El complemento de la bip. de la enseñanza está constituido fundamentalmente por la bip. del saber; es decir, para que tenga lugar el proceso del aprendizaje social deben juntarse el interés de enseñar del que sabe con el de aprender por parte del que ignora. Gracias a estos mecanismos la tribu puede transmitir con fluidez los contenidos culturales a las nuevas generaciones.

35- **Bip. racional**

Surge de una compleja combinación de elementos morales e intelectuales. Sus valores absolutos tienen diversas formas de manifestarse según el contexto de la situación, pero en general se pueden dividir en dos tipos, que se resumen en los siguientes pares de valores: 1- conocimiento falso - conocimiento verdadero. 2- irracionalidad-racionalidad. Los valores: verdad-falsedad del conocimiento expresan la acentuación de la motivación intelectual o cognoscitiva, donde se minimiza la presencia de los componentes morales. Aquí, el interés del sujeto prácticamente se limita a rescatar lo verdadero y rechazar lo falso de los razonamientos, opiniones, interpretaciones (ajenos o propios) de los fenómenos de la realidad. Por su parte, los valores: racional-irracional hacen referencia a una acentuación de los componentes morales de la motivación, donde se trata del desenvolvimiento de las habilidades mentales, la inteligencia, creatividad, sapiencia, acentuándose el cuestionamiento sobre la forma adecuada o inadecuada en que se hace uso de la razón.

En esta última parte de la bipulsión, los valores: racionalidad-irracionalidad son concebidos o evaluados teniendo también en cuenta otros criterios, tales como la conveniencia-inconveniencia, adecuación-inadecuación, u oportunidad-inoportunidad, de las opiniones, decisiones, iniciativas, o acciones de los sujetos, según las circunstancias generales de la situación; es decir, se toman en consideración diversos criterios referidos a la adecuación de la razón a otros valores, intereses, motivos, que están en juego cuando se procede de una u otra forma en determinada situación; ejemplo: la equidad en el obrar, la conveniencia para el bien común de lo que se hace, etc. De tal manera, la "sensatez", el "sentido común", el "criterio", o la falta de ellos, así como lo razonable o no de cierta conducta o actitud, son conceptos que hacen referencia a esos otros aspectos que se tienen en cuenta cuando se evalúa lo racional o irracional del proceder de un sujeto.

Los valores absolutos generales de la bip. racional son valores absolutos particulares de las bipulsiones que la forman. Entre éstas se destacan como

fundamentales: la bip. de la inteligencia y la del saber. Un razonamiento certero o verdadero, por ejemplo, es un acto inteligente y un saber; mientras que un razonamiento contradictorio, incoherente o falso es, según el caso, una estupidez y una expresión de ignorancia sobre el tema en cuestión. Recordemos que los actos estúpido-inteligente y el saber-ignorar encierran a su vez otros valores más básicos, los que se acumulan y persisten aún en la órbita mayor de la bip. racional. Tal es el caso, por ejemplo, de la importante presencia de la bipulsión intelectual.

En la racional es frecuente la participación de la bip. de la expresión de la verdad. Al ser algo habitual que se hable o diga a medida que se piensa, la bip. de la expresión de la verdad procura que sea verdadero lo que se va diciendo, evitando expresar ideas falsas. Esta situación contribuye, como motivo, a “pensar un poco” antes de hablar.

Otra bipulsión que puede estar presente es la artística. La elaboración de un razonamiento coherente, verdadero, expresado con claridad lógica, es la realización de algo que tiene su belleza. Por el contrario, los razonamientos incoherentes, confusos, contradictorios o falsos, son siempre estéticamente desagradables. Por ese motivo, en la bip. racional de quien es receptor de un razonamiento ya elaborado, suele encontrarse presente la bip. estética (junto a la natural acentuación de la motivación intelectual que se da en tales casos).

También se ve incluida muchas veces la bip. de la valentía. Cuando la verdad es algo dura o amenazante no será aceptada por quien carezca de la suficiente valentía para ello. La cobardía acciona “amputando” las conclusiones que terminarán en una dura verdad.

Por último, la bip. ética puede ir incluida también como componente de la racional. Cuando se trata de lograr la veracidad del conocimiento y evitar su falsedad, está presente, en alguna medida, el mecanismo de la bip. ética en su función de rechazar la mentira, el engaño, la contradicción (como prueba de falsedad), y el agrado y aprobación hacia la manifestación clara de la verdad. Esa función ética, nacida en la relación social, traslada luego su “mecánica” al pensamiento y al conocimiento de la verdad en general, así como al rechazo a la falsedad en cualquier campo. Por eso, además de la curiosidad, el placer intelectual, moral, estético, etc., se agregaría también ese elemento ético en la composición anímica de la bip. racional, en su interés por la verdad del conocimiento y el rechazo a la falsedad.

Por otra parte, con respecto a la respuesta ética concreta hacia quien emite un razonamiento, consiste en “dar la razón” (aprobación) o en la crítica y objeción (desaprobación).

La utilidad de la bip. racional es evidente. Es más efectivo el dominio sobre el medio ambiente cuando los sujetos se interesan en la certeza o veracidad de los conocimientos sobre los fenómenos y sus relaciones.

Tal función marcaría el origen y la esencia de la ciencia y la filosofía. También, la bip. racional tiene un importante papel como sustento motivacional en las discusiones o debates, donde se trata de argumentar la conveniencia de una u otra decisión grupal. En otros términos, es la bipulsión que funciona plenamente en la “política” de la tribu. El intercambio de opiniones y el fluir de las ideas en el interior del grupo, en vistas a tomar una decisión conjunta, implica, desde un enfoque global, que el organismo social, como un ser vivo gigante e inteligente, está “pensando” lo que va a hacer.

En cuanto al criterio de lo que es o no verdad, se basa en última instancia en la palabra de la práctica y en los resultados concretos de la interacción con la realidad. Los mismos hechos de la realidad van “diciendo” lo que es correcto o no. El éxito o fracaso de cada acción basada en ciertas ideas son los que muestran si era o no correcta determinada idea o conocimiento. Los razonamientos y conocimientos “verdaderos” que maneja una tribu son fundamentalmente los que están amparados por los resultados positivos de la práctica. Si bien la razón y la lógica se pueden anticipar al veredicto de aquella, esto es sólo una agilización para las evidencias que no necesitan pruebas prácticas. Pero siempre la última palabra la tienen los hechos.

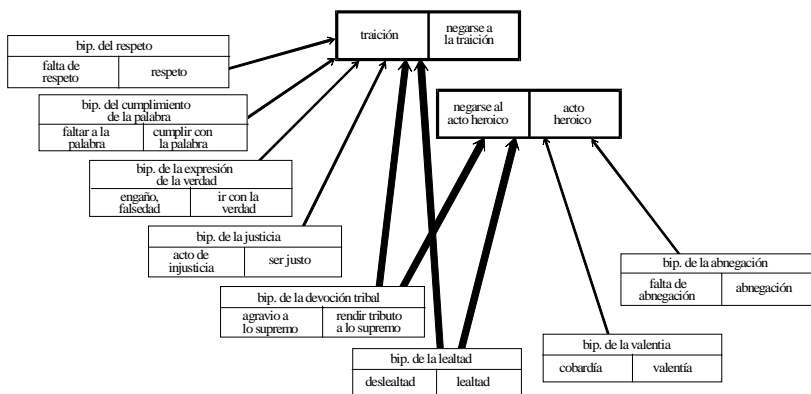
36- Bip. del heroísmo

La traición y el acto heroico movilizan siempre en los observadores la bip. ética-gravedad. Las respuestas son extremas: máxima condena al traidor y máximos honores al héroe.

Esos valores absolutos dejan un gran espacio intermedio. Son pocas las situaciones en que se plantean excluyentes. Pero cuando ello sucede, sólo queda elegir entre cometer una traición o realizar un acto heroico.

En la del heroísmo se presenta un caso similar al de la bip. de la originalidad, o sea, muchas veces la neutralidad no es tal. En algunas situaciones, el negarse a cometer una traición, cuando estaban todas las condiciones para tentar al sujeto a que la cometa, es algo encomiable. Ese negarse a traicionar no implica necesariamente heroísmo, pero es digno de reconocimiento. Por su lado, el negarse a realizar un acto heroico, cuando la situación lo sugiere, aunque no sea un acto de traición, puede no obstante ser una actitud menospreciable.

Observemos la estructura de la bipulsión:



Las bipulsiones de la devoción tribal y de la lealtad serían las únicas que comprenden ambas partes de la bipulsión del heroísmo. La de la devoción tribal se presenta fundamentalmente en los valores extremos, o sea en los actos de traición y de heroísmo, sin intervenir mayormente en los valores intermedios. En cambio la de la lealtad se presenta en los dos pares de valores parciales. El resto de bipulsiones componentes se ordenan tomando solamente un segmento.

Como vemos, ambas partes tienen cierta autonomía. Sólo cuando la realidad hace excluyentes los valores extremos, allí se juntan todos los componentes parciales, haciendo más poderosa la fuerza motivacional de la bipulsión.

La función de esta tendencia es la de mantener siempre preparada a la tribu y a cada uno de sus miembros para dar la mejor respuesta frente a situaciones extremas. En tales casos, es indispensable para la sobrevivencia de la tribu que los sujetos muestren el máximo valor, y que tengan como la mayor prohibición, interna y externa, el acto de traición.

37- Bip. del rendimiento personal

Esta bipulsión tiene una gran importancia desde el punto de vista de la motivación. El interés por el buen rendimiento en la actividad que se realiza, además de tener una gran fuerza de empuje en cuanto al peso de la motivación, mueve la conducta en forma prácticamente continua.

El buen desempeño, o rendimiento destacado en la actividad, es a lo que tienden en común el artista, el científico, el deportista, el religioso, el político, el profesional. En cuanto al trabajador, sólo puede interesarse plenamente en el buen rendimiento como valor cuando existen condiciones sociales favorables para ello; esto es, cuando el trabajo productivo tiene una elevada valoración social, y cuyo producto se destina claramente al beneficio del conjunto: tribu, pueblo, comunidad.

La bip. del rendimiento personal es un verdadero “embudo motivacional”. Sus valores absolutos llevan contenida la esencia de muchos otros valores que se ordenan bajo su movimiento. El buen rendimiento - mal rendimiento son valores que se presentan con gran claridad en la superficie psíquica. Allí pueden quedar expresados valores tales como habilidad- torpeza, inteligencia-estupidez, creatividad - falta de creatividad, conocimientos (teóricos y/o prácticos) - ignorancia, responsabilidad-irresponsabilidad, espíritu de sacrificio - falta de voluntad de trabajo, racionalidad- irracionalidad, entre otros. Se trata de una bipulsión integradora de un conjunto de valores parciales que pueden estar presentes, o puestos de manifiesto, en el buen rendimiento - mal rendimiento.

Dentro del conjunto de valores parciales que pueden ir incluidos en el movimiento de la bip. del rendimiento personal, se pueden distinguir dos tipos generales. Uno es el referido a los valores espirituales y propiamente morales: altruismo, responsabilidad social, abnegación, etc. La acentuación de este aspecto de la motivación está expresada en el interés por sentir que se hace algo útil para el grupo, o que significa un aporte o colaboración con el bien común. Aquí, la eficiencia-ineficiencia personales son vivenciadas por el sujeto en función del grado en que su rendimiento personal contribuye a los intereses del grupo, sintiéndose “útil” o “inútil” según ello. El otro aspecto de la motivación es el que hace a los valores de habilidad-torpeza, creatividad - falta de ella, saber hacer - no saber hacer, etc. Cuando se acentúa este sector de valores, el buen rendimiento - mal rendimiento, o la eficiencia-ineficiencia, se manifiestan en lo que entendemos por rendimiento “destacado”, “de los buenos”, o desempeño “pobre”, “falto de lucimiento”, etc.

La actividad social básica donde se mueven los cargados valores absolutos de esta tendencia es sin dudas la actividad laboral. Desde un amplio enfoque, podemos decir que el trabajo (junto a las relaciones humanas que lo circundan y apoyan) constituye el gran objeto de satisfacción de las necesidades superiores del hombre. El sistema de bipulsiones nació y se desarrolló alrededor del trabajo social de la tribu.

Aunque la bip. del rendimiento personal es una fuerza poderosa de la motivación, la importancia objetiva del buen rendimiento en el trabajo tiene

un alcance superior a la subjetiva. Por subjetivo se entiende, aquí, lo intencional de las conductas, los efectos buscados como fines por el sujeto; mientras que lo objetivo incluye, además, aquello que escapa a la intención de los sujetos, abarca los efectos que no son buscados intencionalmente. Esto quiere decir que a pesar del gran interés por el buen rendimiento, las otras motivaciones que no se incluyen directamente en la bip. del rendimiento personal tienen no obstante la función de favorecer objetivamente y en última instancia la eficiencia laboral. Por ejemplo, no sólo se busca conocer o entender un determinado fenómeno para dar respuesta a una dificultad concreta durante el trabajo, o para aplicar ese conocimiento en la práctica, sino que también se busca la verdad del conocimiento en sí misma, por curiosidad o por el mero interés de saber. Pero aquí la subjetividad suele ser ajena al hecho de que ese conocimiento puede ser útil en algún problema ulterior durante la actividad laboral. El apoyo al trabajo, del conocimiento adquirido de esa forma, es algo objetivo. Igualmente con respecto al interés de evitar la torpeza, ridiculez, estupidez, cobardía, etc. El mejor desarrollo de las habilidades, por ejemplo, que se logra al buscar sólo el placer moral por el acto hábil y evitar la burla por la torpeza, es algo que termina favoreciendo el buen rendimiento laboral. Otro caso es el humor. Este contribuye a mantener el buen estado de ánimo y el entusiasmo durante el trabajo, lo que favorece el rendimiento grupal. Pero nadie hace chistes con el propósito de aumentar la productividad.

En el beneficio para el mejor rendimiento en el trabajo común es en lo que termina prácticamente toda la estructura de la motivación humana. Esto es así porque la selección natural fue escogiendo las tribus según su mayor eficiencia en el logro de los medios de subsistencia, pero no le “interesó” saber cómo hizo determinado organismo social para ser más eficaz que los otros en el trabajo. Ella seleccionó las tribus que tenían el mejor rendimiento global, sin interesarle su organización interna. Sólo que sobrevivieron finalmente aquellos organismos sociales cuyos elementos internos estaban organizados de tal manera, que los diversos intereses absolutos de sus miembros terminaban desembocando objetivamente y en última instancia en el mejor rendimiento del conjunto.

38- Bip. de la lucha moral

Se refiere a lo que entendemos por “espíritu deportivo”, emulación, agnóstica, “espíritu de competencia”. Veamos en qué consiste su utilidad para la sobrevivencia.

Toda tribu que pretenda sobrevivir, en primer lugar debe contar con una fuerte unidad fraternal o espiritual y una marcada tendencia a la cooperación y colaboración. La tribu que cuente con ello tiene una de las máximas ventajas que no puede perder jamás. Pero un principio de la lógica dialéctica indica que las contradicciones o luchas de contrarios son indispensables para todo progreso. El trabajo social de la tribu necesitaba una contradicción interna para mejorar su productividad. Así, la naturaleza debía promover una lucha entre los miembros de la tribu, sin que ello perjudicara la unidad espiritual. Esto era difícil de lograr, ya que toda lucha interna aparece como excluyente con respecto a la cooperación y colaboración. Pero de la “galera” de la naturaleza salió el **espíritu deportivo**. Ello implica que se establece una lucha durante la actividad laboral, para ver quién tiene más éxito en la caza por ejemplo, o quién realiza mejor un determinado trabajo. Esta lucha moral significa un gran estímulo para el progreso y mejoramiento continuos de la productividad de la tribu. A la vez, ese espíritu deportivo no se opone a la unidad fraternal y la cooperación, sino por el contrario. Al hacer más entretenida la tarea y promover el entusiasmo por las actividades, favorece la amistad y las mejores relaciones afectivas entre los miembros de la tribu.

Si suponemos que una gran parte de los integrantes de la tribu saldrá en procura de alimentos, sería negativo que vayan todos juntos molestándose uno al otro. La división primaria del trabajo consiste en separarse en varios grupos que se dirigirán a zonas distintas, aumentando las posibilidades de lograr alimento. En esas situaciones ocurre la emulación. Tomemos dos de estos grupos. Supongamos que ambos regresan al atardecer. Uno trae alimentos en abundancia y el otro no trae nada. El orgullo grupal y las felicitaciones serán para el primer grupo. Los reproches, la humillación o las burlas serán para el segundo. Tales resultados anímicos llevan por sí mismos a desarrollar un interés por el buen resultado.

La emulación o lucha moral por ser mejores y/o evitar ser peores es algo que debía funcionar espontáneamente durante la actividad de los grupos. Pero es probable que en la vida primitiva se planteara con frecuencia en forma expresa como juego o desafío moral.

Lo que vimos es uno de los muchos casos en que aparece la utilidad de la bip. de la lucha moral, o de la emulación como fenómeno. Pero, obviamente, no sólo se da en lo grupal, sino que a nivel individual también tiene lugar el desafío moral para ver quién es capaz de hacer determinada tarea, o quien la hace mejor. Todo esto lleva necesariamente a favorecer la capacidad de rendimiento de la tribu y de todos sus miembros.

Las contradicciones internas “deportivas” entre los miembros de la tribu son **luchas** en relación a los efectos excluyentes de ganar o perder, pero son

un agregado más a la **cooperación** en relación al efecto de la sobrevivencia de la tribu, puesto que contribuyen a incrementar las capacidades globales del conjunto y su eficacia para lograr los medios de subsistencia.

Además de acelerar la eficiencia productiva, esos mecanismos refuerzan la amistad y la unidad espiritual de los individuos. En la actualidad esto lo vemos con claridad en el ambiente del deporte. Quienes se reúnen en la práctica de los diversos deportes, o de juegos de ganar o perder, a pesar de establecer intensas luchas por el resultado excluyente, desarrollan la más estrecha fraternidad.

En el organismo social primario todas estas luchas corresponden al **plano moral**. En nada afectan la equitativa distribución material, que es lo que asegura la continua armonía interna y la “homeostasis” del organismo social. Esto último está asegurado en la tribu, porque cada individuo tiene desarrollados los valores morales-espirituales, que lo llevan espontáneamente a proceder con equidad. Pero si eventualmente así no lo fuere, le espera el generalizado repudio social y la humillación por egoísta, maldito, injusto, desleal, etc.

La bip. de la lucha moral lleva, en principio, la esencia de la bip. moral global. El ganar-perder o triunfo-derrota, como valores absolutos, son formas particulares de lo bueno-malo globales. Son hechos que están bien y mal respectivamente para el sujeto, y por eso causan placer o displacer morales.

El ganar-perder llevan también como importante componente anímico los sentimiento de éxito-fracaso. Si bien la bip. anticipatoria se presenta en todas las metas de la intencionalidad como refuerzo anímico generalizado, sus valores absolutos centrales (éxito-fracaso) alcanzan una gran significación dentro de la bip. de la lucha moral. Son prácticamente inseparables la alegría del éxito, o la frustración y sentimiento de fracaso, junto al placer o displacer morales que producen respectivamente el ganar o perder. Por eso, la bip. anticipatoria forma una importante parte en la estructura anímica de las reacciones de placer-displacer por el triunfo-derrota.

Además de las bipulsiones moral global y anticipatoria, puede estar presente el imp. de agresión. El ganar significa vencer al rival, derrotarlo. El adversario de juego, por ejemplo, es transitoriamente el objeto del mecanismo de anti-identificación fraternal (O.M.A.F.). Por ello, junto al placer moral y la alegría del éxito, en el sentimiento de triunfo suele agregarse el placer por ocurrir lo negativo para aquél. A su vez, la derrota propia implica la victoria (lo positivo) para el O.M.A.F., lo cual genera el automático displacer ante lo bueno para el adversario. Tales reacciones “anti-espiri-

tuales” están sustentadas por el antagonismo anímico que surge del propio funcionamiento del mecanismo de anti-identificación fraternal.

Hay que decir que esto no significa agresión propiamente dicha, en el sentido de violencia u hostilidad entre los sujetos. Se trata sólo de una forma especial de la activación de la vía de entrada al placer que tiene el imp. de agresión, como componente secundario que va inmerso y confundido en la única reacción placentera del triunfo. Dicha reacción se forma principalmente del placer moral, más la alegría o sentimiento de éxito por el logro de la meta, a lo que se puede sumar o no una parte del placer surgido de la vía del imp. de agresión, por el hecho de suceder la derrota del contrario. Ese contrario puede ser el más íntimo amigo. Se trata sólo de la “ley del juego” y no de agresión en el sentido violento de la palabra. Esta situación es comparable a lo que sucede con la activación del imp. de agresión en la segunda fase ética; es decir, la respuesta de rechazo afectivo o enojo hacia otro sujeto está sostenida también por el imp. de agresión, pero en una orientación completamente distinta con respecto a las formas destructivas o sádicas del impulso. Estas últimas se hallan más cerca del terreno de la alteración mental que del funcionamiento normal del psiquismo.

La tendencia que estamos analizando tiene una gran riqueza en cuanto a la variedad de formas en que pueden presentarse los valores contrarios. Entre esas formas, el ganar-perder, o triunfo-derrota, son las más claras, concretas o directas, pero pueden aparecer también como: poder hacerlo - no poder hacerlo, hacerlo mejor - hacerlo peor, ir ganando - ir perdiendo, más que... - menos que..., aventajar - ser aventajado, ser mejor - ser peor, superar - ser superado, ser capaz de... - no ser capaz de... En todos los casos se trata de una lucha moral, donde se ponen en juego los diversos valores.

Los valores absolutos de la bip. de la lucha moral no tienen prácticamente significado anímico en sí mismos, sino que constituyen un mecanismo general en el que funcionan los otros valores. Los valores de las otras bipulsiones se mueven naturalmente en el marco de la bip. de la lucha moral. El ganar-perder son los que demuestran, por ejemplo, la habilidad o torpeza puestas de manifiesto en esos resultados, o la inteligencia-estupidez, creatividad - falta de creatividad, según las características de la actividad. También, la lucha puede consistir en actuar o no con más valentía que otro sujeto en un desafío ante un peligro, aventajar o ser aventajado en conocimientos, tener un mejor o peor desempeño en la actividad social, etc. Así, el ganar-perder, o el “mejor”-“peor”, como valores absolutos de la bip. de la lucha moral, pueden tomar cualquiera de los valores de las otras bipulsiones como “materiales” a disputar.

El ganar-perder, ser mejor - ser peor, no son meras formas particulares y aisladas de valores morales, sino una forma general del movimiento de los otros valores. Constituyen algo así como el “campo de juego” para los valores. La agonística o espíritu deportivo es como un motor agregado que favorece el máximo dinamismo del funcionamiento de las motivaciones morales. Por eso, el ganar-perder cobran un real sentido sólo cuando se depositan otros valores (o cuando se ponen en juego valores o intereses no morales que se valen del triunfo como medio).

La bip. de la lucha moral es la que somete a prueba los valores. El triunfo-derrota son los encargados de demostrar la verdadera calidad de las conductas; son los que hacen objetivar lo subjetivo. Si por ejemplo hay dudas sobre quién es más hábil para determinada actividad, el triunfo reiterado de un sujeto, en un juego que requiera de esa habilidad, es lo que hablará por sí mismo sobre el particular.

Si bien esto no siempre es así, es decir, a veces la mala suerte hace perder al que en realidad ha actuado más hábilmente, existe no obstante un mecanismo relativamente automático por el que se da una respuesta anímica generalizada de placer o displacer morales ante el triunfo o derrota respectivamente, sin importar mayormente en qué medida el triunfo, por ejemplo, fue producto de la habilidad o sólo del azar. Tal mecanismo tiene la función de **asegurar** el premio a la habilidad y el castigo moral a la torpeza (o a otros valores eventualmente en juego). En primer lugar, la mayoría de los juegos no son de azar puro, sino que casi siempre queda una parte librada a la habilidad diferencial. Luego, aunque el azar determine que el triunfo recaiga ocasionalmente en quien actuó en forma torpe o menos hábil que otros sujetos, y donde podríamos decir que se desperdició el premio moral, porque el mismo fue para el que actuó más torpemente, de todas formas, cuando se anula con el tiempo la influencia del azar, el triunfo corresponde en general, o con mayor frecuencia, a quien actúa con más habilidad. Por eso, el placer-displacer morales espontáneos por el triunfo-derrota, así como la aprobación-desaprobación sociales hacia esos resultados, como si fueran siempre producto de la habilidad o torpeza respectivamente, son en definitiva, o a la “larga”, premios y castigos correctos hacia esos últimos valores.

La respuesta anímica generalizada ante los resultados es la única manera en que se puede asegurar la efectividad del premio a la habilidad y el castigo a la torpeza. Al ser imposible en muchos casos “aislar” el grado en que el triunfo de un sujeto (o su mejor rendimiento) estuvo determinado por el azar, o en qué proporción fue el resultado de su habilidad, sólo queda el premio moral generalizado hacia el ganador. Esto lleva la seguridad de que,

en términos generales, y a lo largo de muchas jornadas, se hará eficaz y correcta la distribución de los premios y castigos morales, al anularse la influencia del azar, el que se reparte homogéneamente para todos, apareciendo el desequilibrio de un real mayor premio a la habilidad y el mayor castigo a la torpeza.

En los juegos de azar puro, tiende a “sobrevivir” aquella respuesta anímica generalizada ante los resultados de ganar-perder, como si siempre fueran producto de la habilidad o torpeza respectivamente (esto obviamente es parte de aquel “desperdicio” inevitable de la generalización). En tales casos, aunque la habilidad-torpeza se hallen concreta o materialmente ausentes, siguen presentes en “espíritu”. Así, cuando un jugador arroja los dados logrando un excelente resultado y ganando el juego con ello, suele producirse un placer moral en el sujeto, tal como si hubiera sido el producto de su “talento”; mientras que el perder en ese juego provoca frecuentemente un sentimiento espontáneo de torpeza, a pesar de la claridad con que se sabe que el azar es el único factor determinante del resultado.

Si bien todas las bipulsiones con motivación moral pueden asistir al “campo de juego” de la bip. de la lucha moral, hay algunas que se mueven con más regularidad que otras bajo su órbita. Entre estas se destacan las siguientes: de la habilidad, de la inteligencia, racional, del rendimiento personal y moral grupal.

La bip. de la habilidad, como ya vimos, tiene en el triunfo-derrota un claro campo de su manifestación.

La bipulsión de la inteligencia, por su parte, pone a prueba sus valores cuando se desarrolla un juego o desafío que requiere el uso del intelecto. Así, la inteligencia o estupidez del propio accionar quedan expresadas en el resultado de la disputa.

La bip. racional asiste al campo de lucha en el que se ponen en juego sus valores absolutos cuando se libra el debate de las ideas. Aquí, el triunfo-derrota adoptan la forma de “tener razón”-“no tener razón”, o ganar-perder la discusión o debate. Muchas veces es doloroso perder en esta lucha, teniendo que dar la razón, porque significa reconocer la propia estupidez e irracionalidad. Por eso en algunas circunstancias se procura no dar la razón si no se trata de la máxima evidencia. Mientras haya una salida, se huirá por las “enredaderas” del pensamiento, evitando la humillación de la derrota de las propias ideas, y, sobre todo, de presenciar la satisfacción del eventual rival por su “victoria racional”.

Los debates o luchas de ideas son sin dudas de gran utilidad para la sobrevivencia de la tribu. Se trata de una contradicción interna en el plano de las

opiniones, que estimula el progreso o perfeccionamiento de las ideas del conjunto, y con ello el más adecuado ajuste a la realidad. En la tribu, el “juez” radica principalmente en los hechos de la realidad, por lo que casi siempre queda en claro el ganador o quién “tenía razón”.

Con respecto a las bipulsiones del rendimiento personal y moral grupal, tienen su mejor despliegue natural en el marco de la bip. de la lucha moral. En el caso de la del rendimiento personal, el ganar-perder, o el hacerlo mejor o peor, adoptan la forma de **mejor rendimiento - peor rendimiento**, o bien, si la actividad social permite el registro de resultados concretos, la disputa puede plantearse en términos de ganar-perder. En cuanto a la bip. moral grupal, ésta es, como ya vimos, una réplica en grande de los valores de la conducta individual, pero aplicada al grupo. Por ello, todos los valores de la conducta grupal pueden funcionar también con la mecánica de la bip. de la lucha moral. Así, se procurará que el grupo sea el mejor en habilidad, inteligencia, valentía, rendimiento laboral, etc. También se tratará de lograr el triunfo del grupo en cualquier desafío, puesto que en ese triunfo van contenidos los diversos valores positivos que hacen a un grupo ganador.

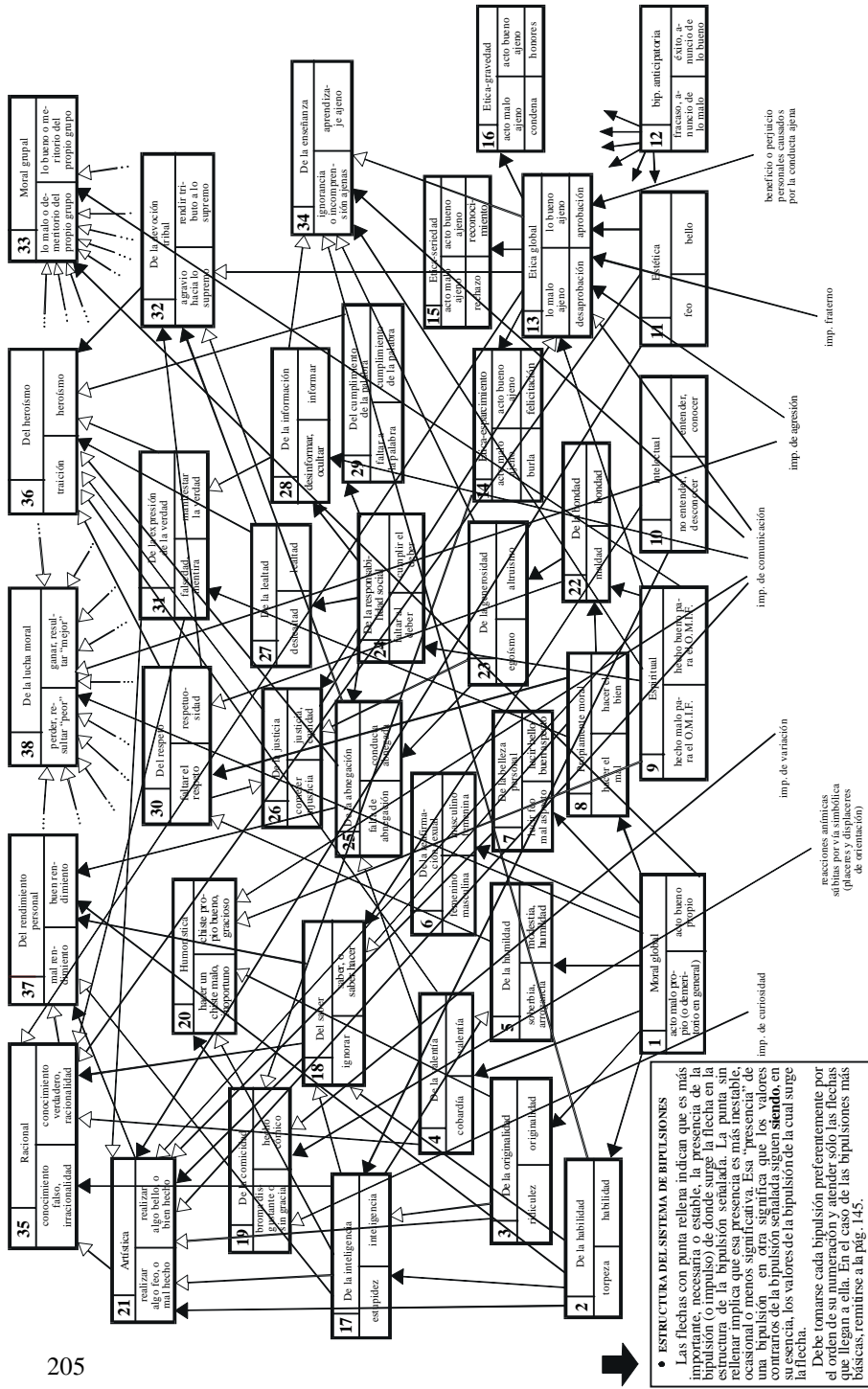
Los valores absolutos de la bip. de la lucha moral son como un receptáculo de los valores que se ponen en juego. El triunfo-derrota, o el “mejor”-“peor”, son los recipientes en movimiento que llevan contenidos a los otros valores, los que quedan librados al resultado de la lucha. El grado de importancia anímica del ganar-perder depende siempre de los valores que se ponen en juego en esos resultados. Así, pueden estar en disputa desde la habilidad-torpeza en un juego de entretenimiento, o la capacidad y el prestigio de un abogado en el ganar-perder los juicios, o de un candidato político en el ganar-perder las elecciones, hasta el conjunto de valores y el honor de todo un pueblo en el ganar-perder una guerra. Por eso, el ganar-perder o triunfo-derrota adquieren una verdadera significación sólo cuando se ponen en juego otros valores.

En la tribu (hablamos siempre de la tribu humana primitiva u organismo social primario), ese poner en juego los valores debía suceder con regularidad. Las propias condiciones de vida de la tribu ofrecían el campo más adecuado para que apareciera el carácter deportivo o emulativo en la propia realización del trabajo. La cacería, la pesca, la recolección, por ejemplo, son actividades que permiten una clara determinación del resultado, tanto en el rendimiento individual como grupal. Por ello, se puede deducir que era cotidiano el poner en juego los valores de buen o mal rendimiento, individuales o grupales, como resultados de una natural combinación de trabajo y deporte. De tal forma, al ponerse en juego con regularidad los valores de las

bipulsiones del rendimiento personal y moral grupal, se pondría en juego todo el conjunto de valores menores que ellas arrastran bajo su orden. Como las bipulsiones del rendimiento personal y moral grupal reúnen a su vez una considerable cantidad de otros valores, al ponerse en juego el buen rendimiento - mal rendimiento (individuales o grupales) en el resultado de triunfo-derrota, se pondrían simultáneamente en juego todos los otros valores allí encerrados (habilidad-torpeza, inteligencia-estupidez, espíritu de sacrificio - falta de voluntad de trabajo, saber hacer - no saber hacer, etc.). Así, debía ser habitual que una buena parte de los valores funcionaran bajo la mecánica de la bip. de la lucha moral. Los resultados del trabajo-deporte debían constituir un importante eje o parámetro objetivo para la puesta de manifiesto y evaluación de los valores de muchas bipulsiones.

Esa natural forma emulativa o deportiva del trabajo de los primitivos no sólo se deduce de las condiciones objetivas que ofrecen la cacería, la pesca, la recolección, y otras actividades laborales de los primitivos, sino que también se puede deducir de otras razones. Una es la autonomía motivacional del deporte. El entusiasmo e interés que despiertan los deportes, así como la alta valoración por el triunfo, no pueden haber surgido de la “nada”, sino que serían en gran medida una herencia de aquella forma del trabajo primitivo. También podemos ver esa herencia primitiva en la forma universal y espontánea de los juegos de los niños, donde el ganar-perder son casi siempre elementos centrales. Y esto iría encuadrado en el hecho conocido de que la forma del juego de los miembros menores de una especie tiende a ser una copia, una simulación preparatoria de la actividad adulta. Otro argumento, y el más importante, es el que se deriva de la lógica dialéctica y de las leyes de la evolución de las especies. En primer lugar, las luchas o contradicciones internas constituyen un indudable estímulo para la máxima eficiencia del conjunto. Luego, como la selección natural fue escogiendo las tribus según su mayor eficiencia global en el trabajo, se hace evidente que una tribu que haga de la actividad laboral un juego deportivo, donde tanto en lo individual como en lo grupal tenga lugar la emulación o lucha moral por el mejor rendimiento, logrará una importante ventaja y se impondrá sobre el resto.

Para finalizar con lo tratado en el capítulo, en la página siguiente se muestra un esquema de lo que sería la estructura de las bipulsiones.



• ESTRUCTURA DEL SISTEMA DE BIPULSIONES

Las flechas con punta rellena indican que es más importante, necesaria o estable, la presencia de la bipulsión (impulsión) de origen superior. La estructura de la bipulsión señalada es más inmutable, ocasional o menos significativa. Esa "presencia" de una bipulsión en otra significa que los valores contrarios de la bipulsión señalada siguen siendo, en su esencia, los valores de la bipulsión de la cual surge la flecha.

Debe tomarse cada bipulsión preferentemente por el orden de su numeración y atender sólo las flechas que señalan el origen de las bipulsiones más básicas, remitiéndose a la pág. 145.

FUNCIONAMIENTO DE LAS BIPULSIONES

Si ponemos en movimiento el sistema de bipulsiones, encontramos que la combinación e interacción funcional que experimentan tiene un dinamismo de la más alta complejidad. Lo asombroso de ese funcionamiento es que la ley general no cambia jamás su simple mecánica básica (afirmación del placer y negación del displacer). Pero la disposición o distribución del placer y el displacer es tan exacta, que la conducta intencional del conjunto de individuos de la tribu, a pesar de estar movida en lo esencial sólo por esa ley, da como producto un funcionamiento conjunto tan integrado y coherente, que termina en el orden superior de un “animal gigante” con las aptitudes más perfectas para sobrevivir y reproducirse.

1. Las bipulsiones y la contradicción fundamental del psiquismo

La lucha entre la ley general y las fuerzas contrarias está presente con todo su rigor en este nivel, permitiendo el movimiento de las bipulsiones. La bipulsión, entendida como la doble tendencia de la intencionalidad a evitar o suprimir el valor negativo y a afirmar el positivo, no tiene todas las facilidades para lograr esos propósitos. Las fuerzas contrarias tienen una gran presencia aquí. La prueba de su poder está dada en que el valor negativo se da en similares proporciones que el positivo, a pesar de los esfuerzos de la bipulsión. Para lograr el valor positivo y evitar el negativo, la bipulsión debe luchar constantemente contra las fuerzas contrarias. En cada momento está el riesgo de caer en el valor negativo, además de ser difícil lograr el positivo.

Las fuerzas contrarias, aquí, son todo aquello de la realidad objetiva que, por su influencia global, tiende a que se produzca el displacer del valor negativo y a impedir el placer del valor positivo. Si bien la complejidad de las diversas situaciones es algo que tiende frecuentemente a ello, lo que influye con más significación para asegurar el equilibrio y movimiento de los valores antagónicos es el propio mecanismo social que determina el tipo

de conductas que corresponden a cada uno de los valores absolutos. Tal mecanismo consiste en que el **promedio social** de la calidad de las conductas es lo que determina que los actos que se destaquen en los extremos sean positivos o negativos.

Esto lo vimos al analizar la esencia del acto inteligente o estúpido. Una conducta es inteligente o estúpida según el parámetro del promedio social. Lo mismo ocurre con los otros valores. Si, por ejemplo, tomamos dos grupos de personas donde, según nuestro criterio, en uno son todos valientes y en el otro todos cobardes, veremos que en la convivencia interna de cada grupo habrá una equilibrada distribución de actos valientes y cobardes. Los cobardes tendrán su propio promedio en cuanto a nivel de arrojo, al igual que los valientes. Todas las conductas evaluables en términos de valentía-cobardía que se alejen del respectivo promedio serán cobardes o valientes. La distancia en relación al promedio es automáticamente determinante de lo positivo o negativo de los valores. Por eso, en cada grupo funcionará normalmente la bip. de la valentía, junto con la respectiva respuesta ética. Esto, a pesar de que la más cobarde de las conductas del grupo de valientes sería quizá un acto valiente en el otro grupo, y viceversa, la conducta valiente de un sujeto del grupo de cobardes sería probablemente una cobardía en relación al promedio social del grupo de valientes.

Lo que resulta, es que en el propio grupo social tiene lugar la dinámica de una contradicción interna con respecto al movimiento de los valores. Ello hace que la mayoría de las conductas se ubiquen alrededor de la neutralidad, mientras que una proporción necesaria y regular de las que se alejan del promedio corresponden al valor positivo o negativo. Inclusive, aunque todos hagan lo bueno y mejore el grupo en términos absolutos, en nada cambiará el mecanismo esencial, ya que se formará un nuevo promedio social, repitiéndose la situación. Cualquiera sea el nivel que alcance el promedio del grupo en bloque, siempre habrá una mitad de las conductas que serán mejores que la otra mitad. Eso es suficiente para que las peores sean malas en relación al promedio, y por lo tanto malas en definitiva, porque el promedio es el determinante de lo positivo y negativo.

Las fuerzas contrarias, como factores de la realidad que influyen a favor de la aparición del valor negativo y dificultando la aparición del positivo, existen en el interior del grupo. Consisten en el hecho de que siempre se renueva el promedio, que asegura la eterna existencia de lo peor y mejor en relación a él. Por lo tanto, está asegurada la presencia de los valores negativos, así como la dificultad de obtener el positivo. Toda vez que sea fácil para todos hacer lo bueno, avanzará el mecanismo, instaurando el nuevo promedio, y exigiendo un mayor esfuerzo (o habilidad, etc.) para lograr un

acto positivo. Luego, cuando todos hacen el esfuerzo, y logran realizar con facilidad el acto positivo, avanza nuevamente el promedio, partiendo resumidamente en dos las conductas en existencia: las mejores y las peores, transformándolas en buenas y malas.

Este es el mecanismo fundamental del accionar de las fuerzas contrarias, que junto a la necesaria tendencia de la ley general, aseguran la continuidad de una equilibrada lucha que permite el siempre vigoroso movimiento de la conducta. Para que sea efectiva la tarea de las bipulsiones, y considerable la fuerza de su motivación, deben estar exigidas por las fuerzas contrarias, que amenacen constantemente con la aparición del valor negativo y que limiten u obstaculicen el logro del positivo. Debe ser difícil hacer bien las cosas y “fácil” hacerlas mal. Si por el contrario, fuera fácil hacerlas bien, logrando a cada momento el placer por ello, y muy raro tener displacer por algo negativo, la motivación y la conducta sufrirían un gran freno, siendo la tribu eliminada de la naturaleza.

Además de esas exigencias del mecanismo del promedio social, las fuerzas contrarias se valen también de otros elementos que aseguran la presencia de los valores negativos y dificultan la aparición de los positivos. Uno de ellos consiste en la utilización natural de la orientación que toman algunos impulsos, haciendo que la satisfacción eventual de éstos sea excluyente con respecto a los fines de determinadas bipulsiones. Así por ejemplo, el imp. de agresión puede movilizarse en una dirección en que su satisfacción es al mismo tiempo un acto de maldad, es decir significa la aparición del valor negativo de la bip. de la bondad. Otro caso en que se presenta una situación similar está dado cuando el imp. de aprobación motiva al sujeto a hacer notar públicamente un mérito propio, pero donde eso implicaría la aparición del valor negativo de la bip. de la humildad: pedantería, arrogancia. Así, se produce una lucha entre aquel interés específico del imp. de aprobación, que trata de llamar la atención hacia el presunto mérito personal, contra la bip. de la humildad que tiene un fin excluyente con respecto a ello. Otro ejemplo está dado cuando el imp. de comunicación empuja a relatar un extraño y misterioso suceso que nunca ocurrió, pero que sirve para “asombrar” a los receptores. Aquí la lucha es contra la bip. de la expresión de la verdad, que debe oponerse a aquel interés, para evitar la aparición de su valor negativo: mentir, faltar a la verdad. También es frecuente que los impulsos de descanso y de comodidad corporal se opongan a la bip. de la abnegación o a la del rendimiento personal, o sea, dichos impulsos quieren unilateralmente “abandonar todo” y lograr su satisfacción, poniendo fin al esfuerzo; pero aquellas bipulsiones deben luchar contra ese interés, para lograr sus respectivos valores positivos, y evitar los negativos: haraganería o

falta de voluntad, mal rendimiento, que implicaría abandonarse al descanso y la comodidad. Por otro lado, la bip. de la valentía debe luchar naturalmente contra el imp. de conservación. La satisfacción de este último, al evitar un peligro por medio de la huida, significa, en ciertos casos, un acto de cobardía.

Estos enfrentamientos naturales pueden presentarse también entre las propias bipulsiones (o entre distintas aspiraciones de una misma bipulsión, ejemplo: entre dos deberes que aparecen excluyentes), pero se plantean más significativamente entre impulsos y bipulsiones. Tales luchas caen en el encuadre de lo que habíamos concebido como luchas funcionales o normales en el interior de la intencionalidad. La función que cumplen esas oposiciones naturales entre los motivos de la intencionalidad es la de estimular a las bipulsiones para que respondan en su tendencia a afirmar el valor positivo, que es lo útil a la sobrevivencia de la tribu.

Como decíamos, las bipulsiones tienen un considerable peso en la motivación y eficacia en su movimiento sólo cuando están exigidas por las fuerzas contrarias, que tienden a provocar el valor negativo y dificultan la obtención del positivo. Si no existiera ningún factor que amenace con la aparición del valor negativo y dificulte el logro del positivo, la bipulsión se paralizaría. Esto sería perjudicial, porque al ser útil a la vida el movimiento de las bipulsiones, orientadas desde el valor negativo hacia el positivo, se hace imprescindible la presencia de ciertos factores que “hostiguen” a la bipulsión, amenazándola con el valor negativo.

Esta es la función que tienen esas “desviaciones” de la orientación de algunos impulsos. Sirven para que la bipulsión responda hacia lo positivo. Se trata de entrecruzamientos internos de los fines de la intencionalidad, que contribuyen a la aparición de los valores negativos, y con ello al sostenido movimiento del sistema de bipulsiones.

Dado que las fuerzas contrarias, aquí, son todo aquello que influye a favor del valor negativo y en contra del positivo, esa **disposición de exclusión** natural entre las metas de la intencionalidad forma parte de las fuerzas contrarias en relación a la contradicción o lucha que experimentan algunas bipulsiones. Pero en todos los casos la naturaleza “preparó” estas luchas para que “gane” la bipulsión, o al menos para que se imponga continuamente la conducta externa orientada hacia ello. Durante la lucha de la bipulsión, y en su victoria contra las fuerzas contrarias, es donde se produce su accionar productivo, es cuando ocurre aquello que define su utilidad para la sobrevivencia. Sin embargo, no podría tener lugar esa fase productiva si no estuviesen presentes los factores que tienden a provocar el valor negativo. Los impulsos de conservación y de alivio, por ejemplo, que en las bipulsiones

tienen la función de negar (evitar y eliminar respectivamente) el dolor de los valores negativos, no se movilizarían empujando la conducta desde lo negativo hacia lo positivo si no existiera aquello como condición estimulante.

No solamente el acto concreto de la satisfacción de aquellos impulsos implica la aparición del valor negativo correspondiente, sino que muchas veces la sola “idea” agresiva, por ejemplo, significa ya la aparición del valor negativo: maldad, crueldad; o el solo temor, aunque no haya huida concreta, puede ser suficiente condición para la aparición del valor negativo: cobardía.

Por otra parte, la afirmación de que la naturaleza “preparó” estas luchas para que gane la bipulsión, no quiere dar a entender que deba presentarse sólo el valor positivo y nunca tener lugar el negativo, ya que ello implicaría un desequilibrio en la lucha, que frenaría el movimiento de las bipulsiones. Ese “triumfo” del valor positivo se refiere a la conducta concreta o práctica final. Pero a nivel subjetivo, o en el interior del individuo, es donde las fuerzas contrarias más influyen y equilibran la situación, haciendo aparecer frecuentemente la “idea” del valor negativo, o el deseo de la conducta correspondiente a él. Tal “idea” o deseo, así como en algunos casos el solo recuerdo de un acto negativo realizado en el pasado, suelen significar automáticamente la presencia del valor negativo, que genera el displacer moral respectivo. Ello sucede aunque no tenga lugar la conducta material o concreta que esa idea negativa sugiere. En otros términos, el equilibrio de la lucha, y el pasaje de uno a otro de los valores contrarios, se dan fundamentalmente a nivel interno, o en medio de la vida anímica del sujeto; pero en la conducta externa final (en estado normal) termina imponiéndose casi siempre el acto reafirmatorio del valor positivo. Sólo en ese sentido el triunfo es naturalmente para la bipulsión; en relación al producto final de la conducta material, y no en cuanto a la ausencia total del displacer moral del valor negativo, lo cual llevaría a un desequilibrio paralizador del movimiento de la lucha.

De lo que estamos analizando, se desprende la explicación de un raro fenómeno psicológico: la capacidad potencial de homosexualidad (y/o lesbianismo) en el sujeto humano. La “rareza” de este fenómeno está dada en que parece contradecir una de las leyes vistas más arriba, referida a que la naturaleza sólo permite la posibilidad de placer en aquello que sea útil a la sobrevivencia individual y grupal. Al ser la orientación homosexual algo claramente negativo a los fines de la reproducción y la sobrevivencia del organismo social, la selección natural tendría que haber impedido la posibilidad de esa inclinación del impulso sexual, permitiendo la sobrevivencia únicamente a aquellos en los que fuera imposible dicha orientación. Sin embargo no fue así, sino que sobrevivieron los que tenían esa potencial

homosexualidad. Esto significa que, de alguna forma u otra, esa capacidad de homosexualidad fue útil a la sobrevivencia. Tal afirmación se basa en que todo lo que se halla universalmente presente en una especie existe por haber significado una ventaja para los organismos que lo poseían. Por lo tanto, al encontrarse universalmente en la especie humana esa capacidad potencial de orientación homosexual, quiere decir que, durante la evolución de la especie, los que contaban con eso tenían una ventaja respecto al resto. Así, gracias a dicha ventaja la selección natural les permitió la sobrevivencia, eliminando a quienes no contaban con ello. Veamos, pues, cuál es esa insólita ventaja.

La bip. de la reafirmación sexual, como recordaremos, es la que mueve hacia la realización de conductas o actitudes masculinas en el hombre y femeninas en la mujer. Pero dado que la bipulsión no puede funcionar si no se ve exigida por algún factor contrario que tienda a producir el valor negativo, obstaculizando la afirmación del positivo, aquella potencial homosexualidad tiene entonces la función de hostigar o amenazar a la bipulsión, para que ésta responda con cierto énfasis hacia la conducta sexual normal o heterosexual. Si el sujeto no tuviera ningún factor que lo hiciera dudar circunstancialmente sobre la propia identidad sexual, tampoco existiría el interés de reafirmar su sexo por medio de actos o actitudes reafirmatorios del valor positivo correspondiente.

Lo que se deduce de esto es que durante la evolución de la especie, tenían una mayor actividad sexual normal quienes se veían más motivados para ello con el agregado del interés **moral** de reafirmar el propio sexo; mientras que en las hipotéticas tribus donde los sujetos no contaban con aquella amenaza homosexual, que hiciera dudar eventualmente sobre la propia identidad sexual, había una menor frecuencia de actividad sexual normal, puesto que no existía el agregado del interés moral por actos reafirmatorios de la inclinación sexual respectiva. Por tanto, estos últimos tenían una menor reproducción en relación a aquéllos, y se extinguieron gradualmente. Aunque este factor signifique una minúscula y muy esporádica mayor frecuencia de actividad sexual normal, ello sería igualmente suficiente para que a lo largo de los miles de años se imponga la descendencia de los sujetos que posean tal mecanismo.

Este elemento tendría su máxima influencia como factor de las fuerzas contrarias durante el desarrollo de la orientación sexual del sujeto. Pero una vez definida la inclinación sexual hacia el valor positivo correspondiente, comenzaría a decaer el peso de dicho factor como parte de las fuerzas contrarias. De allí en adelante, el elemento fundamental del que éstas se valdrían pasaría a ser el mecanismo del promedio social. Así por ejemplo,

una conducta que es masculina o neutra en términos “absolutos”, pasará quizá a ser femenina en un varón, por el hecho de considerarse menos masculina que otras conductas habituales en su medio social. O sea, el cuestionamiento básico pasaría a tratar sobre el ser “más hombre” o “menos hombre”, “muy femenina” o “poco femenina”, etc.; aunque esto ya más referido a los roles generales que la cultura establece a cada sexo.

El desarrollo normal de la orientación sexual dependería principalmente de tres condiciones naturales que lo favorecen: 1- funcionamiento pleno de los valores absolutos en el medio social que rodea al sujeto (en especial los relacionados a la identidad sexual). 2- identificaciones que favorezcan la inclinación normal respectiva. Esto es, la adecuada adopción de modelos a imitar, como orientadores de los ideales personales. 3- regular y normal actividad sexual desde la propia maduración biológica de la sexualidad. Estos elementos serían “materiales” naturales del desarrollo normal de la orientación sexual. La homosexualidad concreta, como fenómeno, respondería básicamente a la ausencia, parcial o total, de tales condiciones. Pero cuando las mismas están presentes, no habría motivos para que se produzca dicho fenómeno. En tal caso, el desarrollo de los valores y de los ideales personales se orientan en una dirección contraria a ello, lo que determina la voluntad de reafirmar el propio sexo, junto al rechazo estético, ético y moral hacia la posibilidad contraria. Por otro lado, al haberse vivenciado con frecuencia el goce más intenso en la relación sexual normal o heterosexual, no sólo el imp. sexual se orienta a allí como meta-fin regular, sino que el imp. de gozo consolida o fija también el deseo en el objeto heterosexual. De tal modo, aunque persista siempre la capacidad potencial de sentir placer por la conducta homosexual, la orientación dominante de los valores y de los ideales del sujeto, así como de los impulsos sexual y de gozo, hacen que sea despreciable o carente de atractivo aquella posibilidad.

Esta situación sería equivalente, por ejemplo, al caso del sadismo. Es decir, todo ser humano tiene la capacidad potencial de sentir placer por conductas del más horrendo sadismo. Pero según la orientación del desarrollo de los valores y motivaciones el sujeto, no surgirá el deseo o interés al respecto .

La analogía de la homosexualidad con el sadismo se refiere a los mecanismos psicológicos que pueden impedir o favorecer su desarrollo, y no es una igualación valorativa de uno y otro fenómeno. De todos modos, aunque no sean lo “mismo”, se trata en ambos casos de valores negativos, y contra eso no hay nada que hacer. Claro que puede objetarse que la desaprobación hacia el sadismo es justificada porque la crueldad perjudica materialmente a

los demás, y en cambio el homosexual no hace mal a nadie. Pero si nos centramos en el efecto social de las conductas, tendremos que el individuo soberbio o arrogante, por ejemplo, tampoco hace mal a nadie, no perjudica materialmente a los demás; él sólo da muestras de su autosobrevaloración. Sin embargo, provoca un desagrado y desaprobación sociales espontáneos y naturales, por tratarse de un valor negativo absoluto como lo es la conducta femenina en el hombre o masculina en la mujer.

Lo que debe entenderse es la causa, el origen y la función natural de las respuestas desaprobatorias hacia esas actitudes. Si bien la influencia de cierta cultura puede acentuar o minimizar la importancia valorativa de algunas bipulsiones, no llegaría al punto de “sepultar” las reacciones espontáneas y naturales de agrado o desagrado por los valores absolutos respectivos.

Por otra parte, el interés moral de reafirmar el propio sexo, además de favorecer la posibilidad de encontrarse con más frecuencia en situaciones de actividad sexual heterosexual, útil a la reproducción, significa un refuerzo motivacional importante para la efectividad en los roles que cada cultura establece a los sujetos según el sexo. Ello es así, porque se da el fenómeno de una disposición psicológica natural por la que el buen desempeño en el rol que corresponde al sexo del sujeto tiende a concebirse como una reafirmación del sexo respectivo. Si bien la relatividad cultural puede hacer que los roles masculinos en un lugar sean femeninos en otro, a nivel de la estructura anímica tiene lugar esa adecuación de los valores, por la que se “aprovecha” naturalmente el interés moral de reafirmar el propio sexo, como refuerzo motivacional para la eficiencia en determinados roles y funciones. Esto es sin dudas algo favorable para el mejor funcionamiento global del organismo social, y por ende para su sobrevivencia.

Retomando el enfoque general sobre la esencia de estos fenómenos, tenemos que aquellos entrecruzamientos en el interior de la intencionalidad, donde las aspiraciones eventuales de algunos impulsos se oponen a los fines de las bipulsiones, contribuyen, junto al mecanismo del promedio social, a fomentar la aparición de los valores negativos, como condición necesaria para el movimiento de las bipulsiones.

Debemos tener en cuenta que esas luchas funcionales o naturales no tormentan al sujeto, ni significan un impedimento para la satisfacción de sus impulsos. Sólo sirven para contribuir al constante movimiento del sistema de bipulsiones, orientado hacia la afirmación de los valores positivos. La negación, a nivel de la conducta externa, de todos los valores negativos y la afirmación de los positivos, no son excluyentes con la satisfacción regular

de todos los impulsos. Sólo se impide dicha satisfacción en determinadas circunstancias, para luego tener lugar y en forma total en otras condiciones. La naturaleza promovió esas luchas internas entre los motivos de la intencionalidad, pero “se aseguró” de que el triunfo generalizado de las bipulsiones no sea excluyente con respecto a la satisfacción regular de todos los impulsos, ni tampoco con la salud mental de los individuos. Como ambas condiciones son indispensables para el funcionamiento efectivo del organismo social, sólo sobrevivieron las tribus en que todo el sistema de tendencias necesarias de la motivación, a pesar de aquellas “enredaderas” internas, tenía la máxima armonía funcional en los sujetos.

Hay otro factor que también contribuye a fomentar la presencia de los valores negativos y a dificultar la obtención de los positivos. Estriba en la propia actividad de la bip. de la lucha moral, que al poner en juego los diversos valores en el ganar-perder, o mejor-peor., hace que el perdedor o “peor” obtenga automáticamente el valor negativo correspondiente. Las condiciones objetivas en que se mueve aquella bipulsión, donde las otras bipulsiones quedan sometidas a su mecánica: ganar-perder o mejor-peor, determinan que el perder o resultar peor signifiquen torpeza, estupidez, cobardía, según la naturaleza del desafío; mientras que el ganar o hacerlo mejor implica habilidad, inteligencia, valentía, etc. Si bien el perder en un juego de ingenio, por ejemplo, no quiere decir que el sujeto actuó necesariamente en forma estúpida, existe no obstante en nuestra estructura anímica, como ya vimos, una adaptación a los resultados, donde el perder provoca automáticamente el sentimiento de torpeza, estupidez, inutilidad, y el ganar es vivenciado como la aparición de los valores positivos en juego. Esta condición objetiva en la que funciona la bip. de la lucha moral de cada miembro del grupo asegura la equilibrada distribución de los valores contrarios. La sola posibilidad de perder o de resultar peor es un factor que forma parte de las fuerzas contrarias en relación a los fines de las bipulsiones.

Los valores de las bipulsiones se pueden dividir en dos grandes campos (aunque no estrictamente delimitados): 1- los que se vuelcan fundamentalmente a la actividad: habilidad-torpeza, inteligencia-estupidez, saber-ignorar, buen rendimiento - mal rendimiento, etc. 2- los que hacen más a la relación humana: bondad-maldad, justicia-injusticia, humildad-soberbia, lealtad-deslealtad, etc. Las fuerzas contrarias se valen de la natural mecánica de la bip. de la lucha moral principalmente en relación a los valores de la **actividad**; mientras que aquel factor de la oposición entre la eventual aspiración de un impulso con respecto a los fines de las bipulsiones se vuelca más marcadamente hacia los valores de la **relación**. Por su parte, el mecanismo del promedio social, como factor central que asegura el movi-

miento de los valores contrarios, abarca los dos tipos de valores. En otros términos, el elemento fundamental del que se valen las fuerzas contrarias, y que actúa por igual en ambos grupos de valores, es el mecanismo del promedio social de la calidad de los valores, que hace que las conductas que se destaquen en los extremos, o que se alejen del promedio, correspondan al valor negativo o positivo correspondiente. Luego, este mecanismo fundamental cuenta con el refuerzo de aquellos dos factores, donde cada uno acentúa su presencia en un respectivo sector de valores. Todo ello asegura el sostenido desarrollo de la lucha entre las bipulsiones y las fuerzas contrarias.

Hay que decir que todo lo tratado hasta aquí sobre la lucha y pasaje de los valores de un contrario a otro está referido al movimiento de las bipulsiones con motivaciones morales, que son las más numerosas. Con respecto a las bipulsiones no morales (estética, ética, espiritual, intelectual), aquí las fuerzas contrarias parecen valerse con más regularidad de las condiciones y circunstancias generales de la realidad ambiental, que tienden naturalmente y con cierta frecuencia a promover la aparición de los valores negativos y a impedir o dificultar el logro de los positivos.

De todas maneras, en estas bipulsiones también interviene el factor del promedio social como determinante de los valores. En el caso de la bip. espiritual, por ejemplo, un padre puede sentir displacer espiritual porque a su hijo no le va bien y percibe un salario de sólo 300 pesos. Mientras que ese mismo padre, en otra condición socio-económica más precaria, puede experimentar una alegría porque a su hijo le aumentaron el sueldo y pasará a cobrar 200 pesos.

Con respecto a las bipulsiones estética y ética, la presencia de los valores negativos está asegurada, por ejemplo, por el hecho de que las conductas ajenas negativas provocan el displacer correspondiente. Y como la sola condición de que el promedio social determina que siempre se presenten tales conductas ajenas malas o negativas (y por tanto desagradables y rechazables), queda por ello garantizada la presencia del displacer estético-ético, así como la respuesta externa orientada a corregir y/o mejorar tales conductas.

En cuanto a la bip. intelectual, la presencia del valor negativo está garantizada, además de otras circunstancias, por la propia dinámica del avance del conocimiento. La solución y el esclarecimiento de un determinado problema o interrogante, que se traducen al dominio cognoscitivo correspondiente (valor positivo de la bipulsión), es seguido por las dudas, los nuevos interrogantes, la confusión y el sentimiento de ignorancia que generan los nuevos contenidos y problemas surgidos a instancias de ese avance.

2. La esencia acumulada, en las bipulsiones, del funcionamiento de los impulsos

Las bipulsiones más complejas llevan la esencia de las más básicas. Estas a su vez contienen la esencia de los impulsos. Por consiguiente, las bipulsiones más complejas acumulan la presencia de los impulsos. Y como éstos tienen la esencia de los reflejos dirigidos, las más complejas de las bipulsiones son también una forma del funcionamiento de dichos reflejos.

Veamos de qué manera las bipulsiones siguen **siendo** la actividad de los impulsos. En principio, la evitación de todos los valores negativos significa una cuarentena de metas absolutas del imp. de conservación. Por su parte, el imp. de alivio es el que trata de salir del dolor cuando los valores negativos ya están presentes (o cuando no pudieron ser evitados por el imp. de conservación). Luego, los valores positivos, en su gran mayoría, son metas absolutas de los impulsos fraterno y de aprobación; siguiendo en importancia los impulsos de curiosidad, de comunicación, a los que se agrega el imp. de gozo que trata de afirmar el placer de los valores positivos, sumándose a esos impulsos.

En base a esto, encontramos que aquellas luchas funcionales entre impulsos y bipulsiones, básicamente son luchas entre los propios impulsos. Como las bipulsiones, en su esencia, no son más que impulsos organizados, en rigor todo ocurre entre los mismos impulsos. Se trata de oposiciones entre un impulso y otro, o bien entre dos metas del mismo impulso. Así por ejemplo, cuando el imp. de conservación responde con temor ante un peligro, y ese mismo temor y la huida del peligro implican un acto de cobardía, se presenta una lucha en el interior del imp. de conservación. Por un lado está el temor al peligro material o concreto, y por otro el temor de cometer un acto de cobardía. A ello se suma el interés del imp. de aprobación por afirmar el acto de valentía, que se logra al rehusarse a la huida. Entonces, la lucha se plantea entre una meta del imp. de conservación: evitar el peligro material, contra otra meta del mismo impulso: evitar la cobardía, más el imp. de aprobación que se suma a esto último: afirmar el acto valiente. Esta lucha se resuelve siempre según ley de la decisión (qué opción promete más placer y/o menos displacer). Si analizamos aquella lucha entre el imp. de aprobación, que quería llamar la atención hacia el propio mérito, contra la bip. de la humildad, encontraremos que la lucha está dada entre dos metas del mismo imp. de aprobación. Por un lado está el interés por la aprobación hacia el mérito que se quiere hacer notar. Y por otro, el interés excluyente

del mismo impulso por la aprobación (y auto-aprobación) hacia el acto de humildad. A este último interés se suma el del imp. de conservación, que trata de evitar la actitud de arrogancia o inmodestia.

Por más complejas que sean las bipulsiones, no dejan de ser impulsos organizados. Si analizamos, por ejemplo, los valores positivos de las bipulsiones derivadas de la moral global (habilidad, inteligencia, sinceridad, lealtad, heroísmo, abnegación, buen rendimiento, etc.), veremos que todos ellos cuentan con el sustento anímico y motivacional del imp. de aprobación. Entre esos valores, el buen rendimiento en la actividad, al ser un valor que reúne muchos otros valores positivos, es generalmente la meta más preciada de aquel impulso, y constituye siempre una gran oferta de satisfacción moral. La bip. del heroísmo también reúne un importante número de bipulsiones que tienen que ver con la aprobación, y por ello el honor de realizar un acto heroico es también de especial interés para el impulso.

Recordemos que esos valores positivos son también buscados en su integridad por el imp. fraterno y otros. Por eso, es múltiple la naturaleza de la motivación que persigue una misma meta.

Al decir que un hecho, valor o conducta, es buscado en su **integridad** por dos o más motivos, significa que cada motivo persigue unilateralmente el acto entero y no una parte o un “trozo” de él. Por ejemplo, al afirmar que el cumplimiento del deber es un bien moral y algo favorable al O.M.I.F., quiere decir que el acto de cumplir el deber es un bien moral en toda su “circunferencia”, el acto entero es un bien moral. Pero al mismo tiempo, ese acto es algo bueno para el O.M.I.F., también en toda su “circunferencia”. La relación es igual que si alguien es padre e hijo al mismo tiempo. El sujeto es padre en todo su contorno, todo ese ser humano es un padre. Pero a la vez, el mismo sujeto, y todo lo encerrado bajo la “circunferencia” de su cuerpo, es un hijo. Este es el sentido que debe entenderse cuando decimos, por ejemplo, que el deber tiene una doble esencia moral y espiritual. El cumplimiento del deber es en todo su volumen un bien moral; y a la vez, el acto entero es algo positivo o favorable para el O.M.I.F. En su calidad de bien moral, el deber es buscado por la bip. propiamente moral, y en su condición de bien espiritual, o de hecho favorable al O.M.I.F., es perseguido por la bip. espiritual. Pero al ser regular la combinación de esas bipulsiones, donde ambas procuran unilateralmente el mismo hecho en su integridad, se produce una suma y fusión naturales de ambas motivaciones, dando estructura a una nueva bipulsión: de la responsabilidad social.

En base a estas relaciones, podemos observar que el buen rendimiento en el trabajo común o el acto heroico, como valores positivos, aunque tengan el sustento del imp. de aprobación, son a la vez perseguidos en su integridad por el imp. fraterno. Ambos se satisfacen a través del mismo hecho.

3. Flexibilidad funcional de la bipulsión del rendimiento personal

En el organismo social primario, la actividad social fundamental es el trabajo productivo tendiente a lograr los medios de subsistencia. Hoy, las diversas profesiones o actividades a las que se dedican los individuos hacen que la bip. del rendimiento personal se una, fundiéndose con la bipulsión que cada actividad acentúa. Así, en el artista se superponen los valores de las bipulsiones artística y del rendimiento personal; el buen rendimiento está dado por la calidad estética de la obra. En el deportista, el buen o mal rendimiento quedan a cargo de la bip. de la lucha moral; el triunfo-derrota hablan por sí mismos de la calidad objetiva del rendimiento deportivo. En el científico y filósofo el buen rendimiento consiste en el valor positivo de la bip. racional. El humorista tiene buen rendimiento cuando es gracioso y hace reír a la gente. Lo mismo con respecto al juez; no porque haga reír al público, sino porque su buen desempeño coincide con la equidad y justicia de su obrar. El educador tiene como valor positivo en su bip. del rendimiento personal al valor positivo de la bip. de la enseñanza. El periodista tiene buen rendimiento según provea informaciones oportunas y verdaderas de lo que tiene importancia social. En el estudiante, su buen rendimiento coincide con el valor positivo de la bip. del saber.

Esa flexibilidad de la bip. del rendimiento personal sería una adaptación del psiquismo, tanto a las variadas actividades que complementan o reemplazan al trabajo, como a los diversos roles que pueden haber en la tribu. Siempre será positivo para la sobrevivencia que se desarrolle un interés generalizado por el buen rendimiento como valor en cualquier actividad que se realice.

La capacidad de la bip. del rendimiento personal, de movilizarse plenamente en otras actividades no laborales, tendría también la función de asegurar el saludable funcionamiento psíquico durante las épocas afortunadas de la tribu, cuando el trabajo es apenas necesario. O sea, al tratarse de una bipulsión integradora de un conjunto de otras tendencias componentes, sería positivo para la salud psicológica que en las jornadas en que el trabajo se

encuentra ausente, dicha bipulsión se mantenga siempre movilizada, asegurando el normal funcionamiento de ese cúmulo de elementos motivacionales que contiene en su estructura, y que son funciones psicológicas esenciales.

Durante la actividad laboral de la tribu tiene lugar simultáneamente todo lo que hoy está dividido. El mismo trabajo es un arte, un juego, un deporte, una ciencia, una escuela. No obstante, la flexibilidad de la bip. del rendimiento personal es una premisa para que en el desarrollo social se puedan producir las diversas especializaciones con el funcionamiento pleno de dicha bipulsión; es decir, junto a cada elemento motivacional acentuado en la profesión particular, va sumando el peso pleno de la bip. del rendimiento personal, junto a toda su batería de valores. Esto permite que en el ámbito de cada tipo de actividad, los sujetos que se hallan inmersos compartan una alta valoración por el buen rendimiento en ella. Es como un mundo independiente con respecto al resto de campos de la actividad social. Dicho “mundo” está formado por el conjunto de quienes participan y comparten las valoraciones en relación a esa actividad. Por eso se reconoce y admira especialmente a individuos o grupos del mismo ámbito, a la vez que en ese campo es en el que se desea tener un buen rendimiento individual o grupal.

4. Las relaciones humanas y el funcionamiento del sistema de bipulsiones

Todo el sistema de bipulsiones y sus valores absolutos son, como dijimos, **de necesario desarrollo**. Sólo hace falta un medio social y cultural cualquiera, con los mínimos elementos que lo definen, para que aquello se desarrolle y funcione. Sin embargo, para que ese desarrollo sea pleno se hacen indispensables algunas “vitaminas” socio-culturales.

Un factor importante sería en principio la normal relación madre-hijo durante la primera infancia. Al ser una etapa de suma fragilidad para el desarrollo psicológico en general, toda alteración de la más primaria relación afectiva con la madre puede provocar secuelas capaces de ejercer una influencia perturbadora en cualquier esfera del desarrollo psíquico, incluyéndose el campo de los valores, o de la moralidad, espiritualidad.

Otra de las condiciones es el pleno y vigoroso funcionamiento de los valores absolutos en el medio social que rodea el desarrollo del sujeto. Esto, indudablemente, debía ocurrir en el medio social primitivo. Hoy, en cambio, suele haber una gran carencia al respecto, resultando pobre en muchos casos

el desarrollo de las naturales funciones morales y espirituales del psiquismo humano.

Otro factor, y quizás el más importante, es la presencia de un ambiente nutrido de afecto, donde el sujeto es querido, estimado o valorado en su persona, y a la vez éste valora y estima a quienes lo rodean. Veamos el porqué de esta condición. En primer lugar, los elementos fundamentales que generan los valores son la aprobación-desaprobación. El sujeto tiene interés por hacer lo bueno cuando ello conduce al placer de la aprobación, y evita lo malo cuando lleva al displacer de la desaprobación. Pero una condición para que la aprobación-desaprobación sociales sean anímicamente significativas es que se debe valorar o apreciar a quienes aprueban o desaprueban. Sólo cuando tiene lugar dicha valoración es cuando la aprobación produce un natural placer y la desaprobación un correspondiente displacer. De lo contrario, tales respuestas sociales no tienen prácticamente significado anímico para el destinatario. Pero cuando están presentes aquellas condiciones valorativas-afectivas, es cuando las repetidas reacciones de placer-displacer morales, que se producen durante el desarrollo del sujeto, se van consolidando, haciéndose luego autónomas en su capacidad de surgir en forma de autoaprobación y autodesaprobación. El grado de autonomía de la autorregulación ética-moral marcaría un índice de normal desarrollo de los valores. Tal desarrollo estaría presente cuando la autorrespuesta ética tiene una similar importancia anímica que la respuesta externa.

Cuando existe ese clima de estima y valoración, no sólo es moralmente dolorosa la desaprobación de los valorados, sino que al sentirse aprecio hacia éstos, se trata de no disgustarlos, ya que al haber identificación fraternal, por cuanto son seres queridos, produce un displacer espiritual todo lo malo para ellos. Por lo tanto, hacer algo negativo producirá un doble displacer: moral-espiritual; mientras que hacer algo bueno, que es festejado y aprobado, producirá un doble placer: moral (aprobación) y espiritual (hecho beneficioso para el O.M.I.F.). Esto marcaría el comienzo del sentido del deber y del altruismo de la motivación.

El clima de afecto y la recíproca valoración e identificación fraternal (amor, cariño, estimación), así como el sostenido interés de cada uno por el bienestar común, serían imprescindibles para el normal desarrollo de las bipulsiones, por constituir los principales “combustibles” para el funcionamiento de los valores absolutos. Tanto la bip. propiamente moral como la espiritual, que entre ambas construyen una gran parte del sistema de bipulsiones, suponen ese clima de afecto, amor, estima, valoración e interés por el bien común. Todo ello, sin dudas, debía hallarse presente en el organismo

social primario. Las propias condiciones naturales de vida de la tribu favorecerían la fuerte identificación fraternal en el conjunto de sus miembros.

Para tener una idea de esas relaciones entre los miembros de la tribu, no hay que imaginar un determinado grupo de primitivos “desconocidos”, sino que debemos sentirnos uno de ellos. Para eso, tenemos que hacer el ejercicio de reunir en nuestra mente un grupo lo más numeroso posible de familiares, amigos y demás personas que escogemos según nuestra cercanía afectiva o agrado por ellos, y trasladarnos a un ambiente natural donde nos instalamos para vivir como una auténtica tribu. Ese es el clima afectivo que debemos imaginar. Es de suponer que en tales condiciones los valores de las bipulsiones comenzarían a “girar” en el ambiente con el sólo “empuje del viento”.

Si bien no puede dudarse sobre la importancia del clima fraternal para el normal desarrollo y funcionamiento de las bipulsiones, deberíamos ver de qué dependen las relaciones entre los hombres. En tal sentido, funcionan muy poco los mandatos tales como “amaos unos a los otros”. Aunque nadie duda sobre lo bienintencionada de esa propuesta, sabemos que la forma del funcionamiento psíquico tiende a responder mejor a las condiciones materiales y concretas de vida, que a los preceptos de ese tipo. Todo intento de mejorar las relaciones humanas, si pretende tener éxito, supone la transformación de dichas condiciones objetivas de vida. Si los intereses más básicos de las personas son excluyentes, de modo que cada una de las partes es un obstáculo para la otra, y donde cualquier beneficio para unos significa un perjuicio para otros, surgirán afectos correspondientes a la situación, es decir habrá una enemistad básica. Un ejemplo al respecto es lo que sucede en la sociedad dividida en clases con intereses económicos enfrentados. Aquí no es suficiente sugerir a los sujetos que se amen. Antes de eso es necesario transformar las relaciones de oposición y exclusión objetivas de los intereses, de modo de enderezarlos para que toda la sociedad tenga intereses económicos paralelos.*

* Como hoy no existe la tribu para la mayoría de los seres humanos, puede pensarse que la familia es su reemplazo actual, y que sólo a ésta debe limitarse la situación de ausencia de clases, paralelismo de los intereses materiales y relaciones de igualdad entre sus miembros. Pero la “tribu” en su significado anímico es algo más que eso. La tribu equivale más a la noción de comunidad o sociedad. Es por ello que en las sociedades actuales, quien tiene suficientemente desarrollada, por ejemplo, la responsabilidad social, no sólo siente el deber de cumplir con lo que es positivo para su familia, sino que también siente con fuerza el deber de servir a la comunidad, la sociedad, a determinado grupo de pertenencia, o bien a la humanidad toda. Si bien en la vida de la tribu primitiva tienden a unificarse las nociones o sentimientos de

La ausencia de intereses económicos enfrentados sería la primera condición para pensar en relaciones fraternales entre los hombres. La segunda estaría dada por la adecuada organización de las actividades sociales. Cuando se comparten interesantes actividades, surgen intereses comunes y se favorece la mutua valoración entre los participantes. La actividad es un importante factor en la determinación de la calidad de las relaciones humanas. Si no hay actividades comunes, tampoco habrán intereses comunes, ni temas de conversación, ni motivos para valorar suficientemente al otro.

Las condiciones naturales de la tribu llaman constantemente a realizar actividades comunes, las que generan intereses igualmente comunes, y éstos favorecen la fraternidad de las relaciones. El interés común o compartido no sólo se refiere a los fines grupales perseguidos (los cuales son de gran importancia para el buen funcionamiento de los valores), sino que la expresión: **interés común**, también se refiere, por ejemplo, a coincidir en el gusto por determinadas cosas, o a compartir una misma situación o condición. Las dos formas de interés común hacen estrechar las relaciones afectivas. Ambas situaciones están presentes en la vida de una tribu.

Al ser las actividades, generadoras de intereses comunes de ambos tipos, de ellas depende gran parte de la calidad de las relaciones humanas. El poder determinante de la actividad social, en relación a la valoración y cercanía afectiva de las personas, alcanza inclusive a desconocidos, por el solo hecho de compartir la misma actividad. Vimos ya cómo los diversos ámbitos de la actividad social, por sí mismos levantan un mundo propio de valoraciones. Por lo tanto, una vez logrado el bienestar y la seguridad materiales para todos los miembros de la sociedad, así como la igualdad social y el paralelismo de los intereses económicos, el paso siguiente para mejorar las relaciones humanas consistiría en la adecuada organización de las actividades sociales. Dichas actividades, entre las que se incluye fundamentalmente el trabajo, deben ser del máximo agrado y entusiasmo para quienes

familia y sociedad, tendría lugar también una relativa división en subgrupos de convivencia o de cercanía afectiva más íntima, que corresponderían a la vivencia más específica de familia. Al menos eso es lo que se ha encontrado en los distintos estudios de tribus contemporáneas, así como de la historia conocida. En todos los casos, las **gens** constituyen los subgrupos de la tribu, y son las distintas familias, determinadas por el parentesco generalmente por línea materna. Pero la existencia de tales subgrupos no altera el hecho de que la tribu funcione como un solo organismo social, donde todos sus miembros tienen igualdad de condiciones y un compromiso común. (Véase Morgan L. H. **La sociedad primitiva**. Colofón. México.- Engels F. **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**. Editorial Cartago, Argentina y Editorial Letras. México. 1985.)

participan. Tal condición contribuye a la fraternidad de las relaciones, lo que a su vez favorece el funcionamiento normal del sistema de bipulsiones o valores absolutos.

Trataremos luego sobre la actividad social y su importante papel como “engranaje” natural para el saludable y normal desenvolvimiento de las diversas funciones psicológicas (cap. 11 y 16).

5. La bipulsión ética y las relaciones humanas

El disgusto o agrado causados por la conducta ajena movilizan la segunda fase de la bip. ética, consistente en la respuesta del imp. de agresión que rechaza, o del fraterno que aprueba; a los que se agrega el imp. de comunicación con su nec. de expresar al otro la disconformidad o conformidad por lo que hizo.

Las espontáneas respuestas de crítica o reconocimiento hacia los actos ajenos forman el mecanismo que orienta la modificación, adecuación y el mejoramiento de las conductas sociales de los individuos. Si se detiene el funcionamiento de la respuesta ética, dejará de funcionar uno de los principales elementos que hacen a la regulación de las conductas de la convivencia grupal. Eso llevará, por ejemplo, a que nadie sepa que sus acciones molestan a los otros. Cuando éstos no desaprueban al sujeto, seguirán acumulando disgustos a causa de él, ya que éste continuará con toda naturalidad con el mismo comportamiento. Lo que ocurre en tales casos es que se produce un bloqueo de la normal actividad de la bip. ética. El sujeto está desconforme con la conducta del otro, pero no se atreve a manifestarlo. El temor de ofenderlo se opone a la espontánea respuesta externa de los impulsos de comunicación y de agresión, que naturalmente dan forma a la expresión desaprobatoria o de rechazo hacia la conducta ajena. Al repetirse la situación muchas veces, se termina deteriorando la relación. En cambio, si desde un principio se le hubiera hecho notar la propia disconformidad, aquél habría modificado su conducta “hace tiempo”.

La incapacidad de desaprobar las conductas ajenas en el momento oportuno es perjudicial para ambos. El uno porque acumula disgustos y sentimientos negativos. El otro porque carece del normal parámetro indicador para regular y mejorar sus conductas. Pero cuando la bip. ética funciona normalmente, nunca hay malestar acumulado; todo lo que entra va saliendo con el mismo ritmo. Por el contrario, si lo que va ingresando no tiene salida, lo nuevo que entra se acumula, provocando el rebasamiento. No hay dudas

de que es positivo el evitar hacer sentir mal a otro sujeto, pero el caso de la desaprobación es quizás la única excepción. Aquí lo bueno para él y para todos es manifestar la propia disconformidad. Aunque ello provoque un cierto displacer moral en aquél, no se deteriora la buena relación como se teme, sino que se la refuerza. De no ser así, en la tribu se habría presentado una situación de exclusión entre la respuesta ética y las buenas relaciones, lo cual no podía suceder al ser ambas cosas indispensables. Por esa razón, el psiquismo viene adaptado para que sea “bien tolerada” la desaprobación espontánea por determinada acción propia. En los casos en que “cae mal” el reproche, es cuando contiene **elementos acumulados** del pasado. Lo que ofende realmente es enterarse de que había una disconformidad anterior no manifestada en su momento. Naturalmente es preferible que se expresen los afectos oportunamente.

Además de este mecanismo, por el que espontáneamente se prefiere la manifestación directa de disconformidad hacia la propia conducta, a cambio de su ocultamiento, existe otro elemento por el cual la respuesta de enojo, etc., no perjudica sino que favorece las relaciones humanas. Consiste en el arrepentimiento mutuo o sentimiento bilateral de culpa que se produce comúnmente luego del hecho. Una vez que el sujeto se enojó con el otro, surge después de ello un estado anímico por el que se siente haber “estado mal” con él. Paralelamente, el otro sujeto siente que no debía haber hecho aquello que motivó el enojo. Esta situación es seguida por el mutuo pedido, implícito o explícito, de disculpa, por lo que todo vuelve a la normalidad, pero, y aquí está lo importante, habiéndose **purificado** la relación y **garantizado** la futura corrección y el mejoramiento de la conducta.

6. Valores relativos o adquiridos

Todo lo que hemos tratado hasta ahora sobre las bipulsiones corresponde al plano de las funciones esenciales, a lo necesario y común en toda cultura. Los valores relativos, en cambio, son las variables **formas** de manifestarse los valores absolutos.

En las bipulsiones, las relaciones dialécticas de esencia y fenómeno, contenido y forma, etc., se presentan de la misma manera que habíamos observado en los impulsos. Allí decíamos que el ingerir alimento, por ejemplo, era el objeto de satisfacción del impulso alimenticio, como lo esencial, necesario, constante, o el contenido común. Luego, las metas-medio y metas-fin eran lo manifiesto, casual, variable o la forma diferente. Los valo-

res absolutos, o de necesario desarrollo, equivalen al objeto de satisfacción; se refieren a lo esencial, constante y común en todos. Y los valores relativos o adquiridos equivalen a las metas de los impulsos; son lo manifiesto, variable, o las diversas formas en que pueden presentarse los absolutos. Los valores relativos tratan sobre el gran colorido de los hechos concretos concebidos como lo que es bueno o malo, estúpido-inteligente, justo-injusto, etc., y que pueden variar de una cultura a otra, o entre sujetos de una misma cultura.

Las bipulsiones y sus valores absolutos constituyen el mecanismo vacío al que la cultura le “coloca” los valores relativos, completando la tarea. Tales valores relativos o adquiridos, por más variados que sean, jamás dejan de ser las formas particulares en que se manifiestan los absolutos. El valor absoluto, al ser la esencia general, existe **en** los hechos particulares concretos, que son los diversos valores relativos. Los valores absolutos o necesarios, y la doble tendencia a afirmar uno y negar el otro, constituyen sólo la mecánica básica de las bipulsiones. Pero la forma de funcionar ello, y los hechos concretos a los que se refiere cada valor, quedan en manos de la cultura, sus costumbres, tradiciones, y los distintos criterios que puedan funcionar en cada sociedad.

La afirmación de que el valor absoluto **se manifiesta** en los valores relativos, significa, también, que el valor absoluto, como contenido, se halla ocupando plenamente la integridad del hecho concreto o valor relativo. Así como el contenido común: comer o ingerir alimento, está presente en la plenitud del acto de comer una manzana, o en toda la conducta de ingerir un trozo de carne asada, el valor absoluto: cumplimiento del deber, por ejemplo, se encuentra cubriendo todo el “volumen” de la conducta en que se lleva a cabo una determinada misión, o en todo lo que hace al acto de entregar un dinero, etc. El contenido esencial no puede existir sin una forma concreta. Esas formas concretas son los valores relativos, son las nociones que expresan “en qué consiste” el valor absoluto, siendo esto lo variable.

Según habíamos visto, las bipulsiones y sus valores absolutos van estructurándose de lo más general a lo más particular, pero siempre en un plano de cierto grado de **generalidad** en relación a los hechos concretos; mientras que los valores relativos van siguiendo de cerca esa derivación o ramificación de los valores absolutos, pero ocupándose de los hechos concretos, y donde debe funcionar un criterio práctico y dinámico sobre qué cosas “exactamente” están bien o mal, o son ridículas - no ridículas, respetuosas-irrespetuosas, etc. En ésto es donde tiene lugar la variabilidad de los criterios, pudiendo diferir enormemente entre grupos o individuos.

Las viejas teorías morales, que procuraban definir en qué consistía el bien y en qué el mal, tendieron a desaparecer cuando se fue arribando a la certeza de su relatividad, a que estaba todo en el “aire”; que lo que para unos era bueno, podía ser, con el mismo derecho, malo para otros. En el caso de la inteligencia, por ejemplo, se repitió la situación. Así, se desarrolló una “carrera” de definiciones de inteligencia, que continúa hasta hoy en la psicología, y nunca se vio en su aspecto más esencial, es decir, como lo que es en definitiva: un valor positivo, contrario a la estupidez, al igual que el bien con respecto al mal. Por eso, ante la más sofisticada definición de lo que implica la inteligencia, cualquiera que la lea de reojo puede decir que no, que en realidad esa es la estupidez, que lo inteligente es no hacer nada de eso que dice la definición, y tendrá el mismo grado de razón-sinrazón que el autor de la trabajosa definición.

Por supuesto que habría, en todos los valores, lo que se podría considerar como una tendencia general, universal, a coincidir en ciertos criterios elementales sobre qué significa cada valor, o cuáles serían las conductas que implican uno u otro. Pero por más que haya gran consenso, será siempre algo arbitrario en último análisis, porque esa es la naturaleza de los valores relativos o adquiridos.

Esta relatividad es aplicable, inclusive, a la verdad como valor (aunque ya veremos que no del todo). La ciencia, por ejemplo, se mueve bajo un marco general, que es la concepción materialista y determinista del mundo, como sus características más importantes. Y dentro de ese marco hay ciertas reglas aceptadas por consenso, que son las que llevan a determinar que algo sea cierto o falso. Está claro que alguien, contrario a esa concepción general de la ciencia, puede rechazar todo lo que ésta diga, considerándolo falso. Por ello, la cuestión de la verdad-falsedad científicas es válida para quienes comparten esa concepción general, y que además participan de la reglamentación implícita que funciona dentro de aquel supuesto básico. Pero cuando alguien que aceptó previamente esas reglas, se ve “acorralado” por argumentos que le demuestran su equivocación, y recurre a aquella relatividad de la verdad, diciendo que cada uno tiene “su verdad”, etc., se trata ya de otra cosa. Es simplemente una actitud poco honorable de quien habiendo aceptado las reglas del juego, decide “patear el tablero” ante su inminente derrota.

Pero por otro lado, en el caso de la verdad-falsedad se da una situación particular, y es que en la determinación de qué es verdad y qué falsedad el criterio no es del todo arbitrario o subjetivo, sino que también se basa en lo real-irreal objetivos. Si bien a nivel de vivencia psicológica de los valores

pueden haber dos personas con opiniones o creencias totalmente opuestas sobre los hechos de la realidad, y cada una sentir que lo suyo es la verdad, aquí surge un elemento nuevo: la realidad es una sola; y puede por lo tanto darse el caso de que una de las opiniones coincida con ella y la otra no. En tal caso, la que se ajusta a la realidad, aunque no sepamos cuál es, además de ser una verdad relativa, subjetiva, igual que la otra, será también absoluta u objetiva (aunque incompleta, por cuanto no podrá abarcar toda esa realidad). Y por lo general esa verdad objetiva se puede comprobar recurriendo a la práctica, a la evidencia de los hechos, a lo que demuestra la propia realidad. Los otros valores sólo dependen de elementos subjetivos, y en último análisis del placer-displacer que sostienen lo que se considera positivo o negativo. Si esto es opuesto entre los sujetos, jamás habrá un criterio o parámetro objetivo que determine quién tiene razón. Siempre dependerá de aquellos elementos psicológicos subjetivos. Lo que es bueno para uno, por ejemplo, puede ser malo para otro; y “afuera”, en la realidad objetiva, no hay nada bueno o malo en sí, ni algo que se le parezca, como sí ocurre con lo real-irreal objetivos, fundamentos de lo verdadero-falso.

El bien y el mal, lo bello y feo, junto a muchos otros valores, entre los que se incluye, en gran medida, aquello que se considera inteligente o estúpido, dependen, en último término, del placer-displacer que los sostienen. Estos pueden presentarse en forma inversa entre individuos, y todo seguirá en la discusión, porque no hay otro parámetro o punto de referencia. En cambio en el caso de la verdad-falsedad, la base de su determinación, además de ser el placer-displacer correspondientes, es también la realidad misma, la que, más allá de que se coincida o no con ella, **es de una sola manera**.* Por eso, la verdad-falsedad, en cuanto a la base de su determinación, tienen un “pie” afuera de la subjetividad y apoyado en la realidad objetiva. Esto no quiere decir que se pretenda algo por fuera del placer-displacer, sino que dichas reacciones anímicas se “ligan” a la verdad-falsedad respectivamente, valores que a su vez dependen de lo real-irreal como elementos objetivos, independientes de los intereses y afectos subjetivos.

7. La fuente de los valores relativos

El mecanismo que hace que determinados hechos sean concebidos como buenos o malos en general, consiste básicamente en la aprobación-desaprobación sociales hacia los actos concretos. La aprobación-desaprobación

* Si se supone que podría no ser de una sola manera, sino por ejemplo: múltiple, entonces sería de una sola manera: múltiple.

hacia un niño, por determinados actos, harán que queden fijados tales hechos o actos concretos como lo bueno y lo malo respectivamente. Si en otro lugar los padres de otros niños aprueban y desaprueban las conductas inversas, los valores relativos fijados como lo bueno-malo en esos niños serán contrarios en relación a aquél.

Aunque las conductas se aprueben o desaprueben según se consideren buenas o malas, en origen son buenas o malas porque se aprueban o desaprueban. Es decir, lo determinante de los valores relativos es la dirección de la aprobación-desaprobación. Según la orientación que tengan en una cultura tales respuestas sociales, los hechos estarán bien o mal. Esto alcanza inclusive a los valores relativos del gusto estético, cognoscitivos y otros.

Los intereses de quienes mandan determinan casi todos los valores relativos, por el hecho de ser los que deciden la dirección en que se orientarán las respuestas de aprobación y desaprobación. Lo aprobable es lo que favorece a los intereses dominantes, y lo desaprobable lo perjudicial para ellos. En la tribu, lo que manda es el beneficio común; esto marca el interés dominante. Por tanto, las conductas se aprueban o desaprueban según correspondan o no a los intereses comunes. En el ejemplo del niño, los padres son los que mandan. Las conductas de aquél estarán bien o mal según su correspondencia con los intereses y el criterio de los padres. Ellos aprueban o desaprueban de acuerdo al agrado o desagrado causados por la conducta del niño. En la sociedad dividida en clases, los intereses de la clase que gobierna determinan lo bueno o malo de las conductas de individuos y grupos. Toda conducta, iniciativa, idea, opinión, que sea perjudicial para los intereses de la clase dominante, estará mal, mereciendo la condena y el rechazo; a la vez que será merecedor del reconocimiento y el apoyo todo lo que sea favorable a esos intereses.

El mecanismo por el cual la clase dominante establece la tendencia general de los valores relativos en toda la sociedad no consiste, obviamente, en la aprobación-desaprobación directas hacia cada individuo, sino que hay vías intermedias por las que ocurre el fenómeno. Desde el núcleo de la clase dominante se originan las respuestas de aprobación o desaprobación de determinados contenidos, según favorezcan o perjudiquen sus intereses. Esto se propaga como una reacción en cadena en todos los ámbitos de la sociedad, a través del gigantesco aparato ideológico dirigido por dicha clase (medios de información, educación, política, actividad cultural, etc.), determinando así la orientación general de los valores relativos (ideas, afectos, normas, modelos, principios, concepciones), los que terminan respondiendo a la conveniencia de aquellos intereses.

El fenómeno por el que los intereses dominantes marcan la tendencia general del tipo de valores relativos era algo útil en el organismo social primitivo. Como lo que allí mandaba era el interés material común, o del grupo en su conjunto, era imprescindible que los valores relativos fueran aquellos que favorecieran los intereses materiales de la tribu. Sólo ello podía asegurar la sobrevivencia grupal. Pero desde que aparece la sociedad dividida en clases, basada en la dominación y la explotación de una clase sobre otra, los intereses materiales de la clase dominante terminan imponiéndose por su mayor poder, propagando sus valores en todos los ámbitos de la sociedad. Esto hace que hasta muchos de los sometidos adopten esos valores como guía de sus ideas y conductas, a pesar de ser contrarios a sus propios intereses objetivos.

LA MACROPULSION

Todos los impulsos y bipulsiones que hemos tratado corresponden al plano analítico de los motivos. Vimos los múltiples elementos de la motivación, pero con un enfoque desintegrado, y aislando los distintos hechos cuya afirmación o negación interesa a la intencionalidad. Sin embargo, la ley general tiene un plano de su actividad que corresponde a la integración de motivos, a la visión de conjunto de los hechos. En este plano se mueve la macropulsión. Los valores absolutos, aquí, no son hechos sino “macrohechos” o hechos globales. Se trata de **situaciones** a buscar o evitar. Tales situaciones son concebidas en su configuración global como un solo hecho, pero en su composición son conjuntos de hechos simples.

Para nuestro encuadre, un **hecho simple** sería a grandes rasgos lo que dura un estado concreto de placer o displeacer, ejemplo: todo lo sucedido durante la satisfacción de un impulso, o el disgusto causado por un único estímulo o motivo. En cambio, lo que llamaremos **hecho global**, es una situación delimitada en el espacio y tiempo, dentro de la cual se incluye un conjunto de hechos simples. Los hechos globales, para ser tales, deben ser delimitados en su configuración espacial y temporal, deben tener un comienzo y un fin relativamente definidos. Cuando la situación es indefinida en su duración, ya no es un hecho global sino una **condición virtual**. Por ejemplo, “ser médico” es algo que no permite ser encerrado en el espacio y tiempo como un hecho único, sino que es una condición virtual, indefinida en su duración. En cambio asistir a una fiesta o abstenerse de ello es hablar de un hecho global, puesto que permite ser encerrado en la representación mental como un hecho “compacto”, definido en su consistencia y duración aproximada.

En realidad no hay límites exactos entre lo que es un hecho simple, un hecho global y una condición virtual. Dirigirnos a nuestro comedor y sentarnos exclusivamente a comer, podríamos definirlo como un hecho simple. Pero concurrir a una “cena” sería ya un hecho global. La noción sintética de ello integra un conjunto de hechos simples. Por otro lado, plantearse una

estaría de cinco o seis meses en “otro país” sería todavía un hecho global, por ser algo definido en su consistencia y duración aproximada, y captado en la subjetividad con una noción globalizadora de todas las vivencias supuestas dentro de ese hecho delimitado. Pero está al “borde” de ser una condición virtual, como sería por ejemplo “vivir” en ese país indefinidamente. Por lo tanto, se trata de una continuidad que va desde los hechos simples, pasando por los globales y siguiendo hasta las condiciones virtuales.

Aunque se trate de una continuidad que impide delimitar exactamente los puntos de separación, igualmente existe la diferencia cualitativa entre esos tres tipos de metas que interesan a la intencionalidad. Esto es lo mismo, por ejemplo, que la diferencia cualitativa entre la mañana, la tarde y la noche. En los instantes intermedios es imposible captar el punto exacto de la separación. Sin embargo, al alejarnos de esos límites confusos aparecen bien distinguibles las tres cosas. Lo mismo sucede con todos los cambios cualitativos determinados por cambios cuantitativos graduales.

Entonces, por un lado están los hechos simples, que son actos concretos que no permiten ser divididos en sus componentes, ejemplo: beber un vaso de agua. Por más que descompongamos ese hecho en los movimientos parciales, en este enfoque psicológico todo el acto de beber, desde que comienza hasta que concluye, es sin dudas un solo hecho simple. Inclusive si son dos vasos seguidos corresponderían al mismo acto: beber. Los hechos globales, por su parte, son los que reúnen varios hechos simples en una sola configuración global concebida como un único hecho, ejemplo: asistir o no a una reunión, presenciar un espectáculo deportivo o artístico, sumarse a una excursión, participar o no en un juego de salón, etc. Luego, las condiciones virtuales son por ejemplo: tener un buen trabajo, contar con condiciones de seguridad ante los peligros, poseer salud, etc.

Las condiciones virtuales, o trascendentes en relación a los hechos concretos, serán tratadas a partir del siguiente capítulo. La macropulsión, que es lo que ahora estamos analizando, se mueve todavía en el nivel de los hechos sin más trascendencia que su propia presentación o evitación. Los núcleos contrarios de este mecanismo son: **hecho global placentero** - **hecho global displacentero**. Tales conceptos se refieren a lo que entendemos por “situación agradable” o “situación desagradable”. Pero no usaremos el término: situación, ya que se presta para varios sentidos. A veces se refiere a hechos simples, otras a hechos globales, o también a condiciones virtuales.

La macropulsión se forma con dos impulsos cabecera, que fijan su atención en el hecho global en su conjunto; éstos son los impulsos de gozo y de

conservación. El hecho global es concebido en una sola noción sintética del promedio anímico que promete. Cuando el producto anímico es concebido como placentero, surge el **deseo** del imp. de gozo, que trata de lograr la afirmación del hecho global; y cuando el promedio anímico anticipado por esa imagen resulta displacentero, aparecerá el **temor** hacia el hecho global, y por ello se procurará evitarlo.

Los muchos placeres o displaceres de los hechos simples incluidos bajo el contorno de los hechos globales pueden ser de los más diversos impulsos o bipulsiones. Por eso, además de los dos impulsos cabecera, la composición de la macropulsión puede contar con la participación rotativa de cualquier impulso o bipulsión. Prácticamente todos los impulsos y bipulsiones se mueven con regularidad en el marco del funcionamiento integral de la macropulsión. Al ser ésta una tendencia que reúne e integra dinámicamente los diversos motivos, con gran frecuencia los impulsos y bipulsiones se ven incluidos bajo su movimiento. El sujeto rara vez se orienta hacia una meta en que sólo tenga lugar un hecho simple aislado, sino que la mayoría de las situaciones que se manejan en las continuas decisiones son hechos globales, que se componen de variados hechos simples, de interés para los distintos impulsos y bipulsiones.

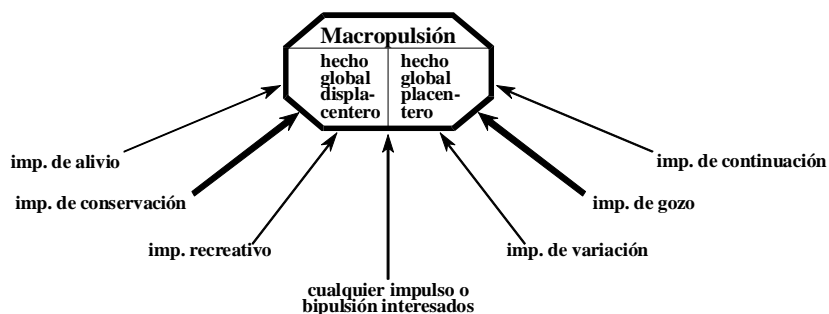
El hecho global es captado por el sujeto en una noción que apunta al promedio anímico que implica introducirse en él. No se distinguen mayormente los placeres y displaceres que van incluidos en su balance anímico integral. No obstante, suelen “asomarse” algunas imágenes de los hechos simples más importantes que van inmersos en el hecho global. Ejemplo, la representación mental de la asistencia a una fiesta puede estar matizada por imágenes fugaces de una mujer que asistirá, y en la que el sujeto varón está interesado. En otro de los invitados quizá lo que aparece con más relevancia en su representación es la idea de las sabrosas y abundantes comidas que habrá. Un tercero verá la posibilidad de lucir su flamante vestimenta. De todas maneras, el interés de la macropulsión está centrado en el promedio anímico integral de placer-displacer que promete cada hecho global.

En esta tendencia, el funcionamiento de la ley de la decisión se manifiesta con gran claridad. Muchas veces los hechos globales contienen ventajas a las que responde el deseo y desventajas que promueven el temor. Pero luego del balance o lucha entre las opciones, se impondrán las ventajas y el deseo sobre el temor y las desventajas, o viceversa. Ello hará que la voluntad sea finalmente empujada a afirmar el hecho global apenas favorable al placer, o bien se concluirá en evitarlo por resultar displacentero en el producto final del análisis. Sin embargo, lo más corriente es que no se presenten tales

conflictos con un equilibrio tan pronunciado de ventajas y desventajas en relación a un mismo hecho global.

Además de los impulsos cabecera, hay otros cuatro que están presentes con frecuencia en la estructura motivacional de la macropulsión: recreativo, de variación, de alivio, y de continuación. El recreativo, con su aburrimiento, fomenta el interés por introducirse en hechos globales entretenidos (por lo general actividades). El de variación, con el tedio o hartazgo, favorece la búsqueda de nuevas actividades o situaciones. El de alivio procura abandonar los hechos globales displaceros. Y el de continuación trata de fomentar la continuidad de los placenteros.

Estructura de la macropulsión:



Los hechos globales no sólo son buscados o evitados en sí mismos por parte de la macropulsión. Al estar conectados con todo el sistema del movimiento psíquico, pocas veces son concebidos en forma aislada por su sola naturaleza agradable o desagradable. Muchas veces se evita un hecho global placentero porque hay otras cosas que hacer, o por ser excluyente con otros valores. En otros casos el sujeto se somete a hechos globales desagradables por ser un medio inevitable para otros fines. No obstante, cuando las demás circunstancias son neutras, o se anulan entre sí, funciona plenamente la macropulsión, buscando o evitando hechos globales según su sola oferta anímica.

En el organismo social primario, esta tendencia trata fundamentalmente sobre las actividades sociales que se desea o no realizar. Observemos cuáles serían las actividades, además del trabajo, cuya afirmación puede interesar al primitivo:

- 1- Juegos y deportes
- 2- Paseo, excursión, expedición

- 3- Arte (poesía, plástica, música, danza, dramatizaciones)
- 4- Rituales, ceremonias tribales
- 5- Reunión, charla, planes, debates de opiniones, comentarios, humor (fogón)
- 6- Fiestas (las mismas son hechos globales que pueden abarcar variadas actividades y situaciones, como hechos globales menores incluidos bajo su contorno)

Esas actividades, más algunas otras, rellenan el día de la tribu. También son las que reemplazan ocasionalmente al trabajo cuando éste se torna innecesario. Como ya vimos, tales actividades son elementos integradores que favorecen la continua unidad física y espiritual de la tribu. Además, contribuyen a mantener activos a los sujetos, lo que asegura el mantenimiento de las capacidades.

Al ser tan importantes las funciones de tales actividades, debían ser agradables para los primitivos. Por eso forman un conjunto de regulares hechos globales placenteros que interesan a la macropulsión. Debe tenerse en cuenta que solamente se nombraron **géneros** de actividades o situaciones sociales, pero dentro de cada uno hay una infinidad de variedades posibles.

1. El trabajo y las actividades sociales complementarias

El conjunto de aquellas actividades sociales tiene la capacidad natural de suplantar al trabajo productivo de la tribu en los diversos aspectos. No sólo aseguran la unidad de los sujetos y el mantenimiento de las capacidades de rendimiento frente a la naturaleza, sino que además contienen el conjunto de elementos anímicos y motivacionales que funcionan durante el trabajo común, haciendo posible, por tanto, cubrir las necesidades psicológicas que el trabajo en su forma natural satisface normalmente.

Anteriormente habíamos dicho que el trabajo, como actividad social fundamental, constituye, desde un grueso enfoque, el gran objeto de satisfacción de las necesidades superiores del hombre. Esto es así porque todo el sistema motivacional que distingue al hombre del resto de animales se desarrolló alrededor del trabajo productivo del conjunto. Por eso, dicha actividad vital de la tribu reúne, en estado natural, una diversidad de funciones psicológicas que se presentan combinadamente durante su desarrollo. El propio trabajo es un deporte, un arte, una ciencia, un juego, un paseo, una expedi-

ción, una aventura. Sin embargo, al ser siempre probable la aparición de épocas favorables, donde las facilidades de alimentación, junto a otras comodidades eventuales, hacen apenas necesario el trabajo de la tribu, se torna indispensable la existencia de actividades capaces de reemplazarlo, cubriendo el vacío que su ausencia (parcial o total) deja. Así, aquellas actividades de entretenimiento se encargan de suplantar al trabajo cuando éste no es necesario. Tales actividades, según decíamos, no sólo aseguran la unidad física y espiritual de los miembros de la tribu, y el mantenimiento de las capacidades globales de rendimiento, sino que están capacitadas para movilizar plenamente las funciones psicológicas que se despliegan en forma natural durante el trabajo de la tribu. Dichas funciones, que el trabajo reúne haciéndolas converger y fusionarse durante su desarrollo, son rescatadas por esas actividades complementarias o reemplazantes, donde cada una se encarga de acentuar determinadas funciones parciales. De tal modo, lo que va unido durante el trabajo (“deporte”, “arte”, etc.) es separado por aquellas actividades, que acentúan cada función parcial. Entre todas ellas aseguran el despliegue de las funciones psicológicas esenciales que acompañan habitualmente al trabajo en su forma natural.

Este fenómeno estaría basado, entre otros elementos, en la flexibilidad funcional de la bip. del rendimiento personal, la cual puede separarse del trabajo y trasladar su mecanismo a otras actividades, donde funcionan plenamente sus “pesados” valores absolutos: buen rendimiento - mal rendimiento. Ello permite que la bip. del rendimiento personal se despliegue con todo su vigor en el marco de las actividades artísticas, recreativas, deportivas, educativas, etc.

El trabajo, en su forma natural, es como un abanico cerrado, que lleva comprimidas las funciones psicológicas; mientras que las actividades recreativas, artísticas, deportivas, etc., forman el abanico abierto de esas mismas funciones psíquicas. Se trata de una armoniosa combinación entre el trabajo, como sintetizador de las funciones, y las actividades complementarias o reemplazantes, que toman esas mismas funciones más analíticamente o por separado. Así, cuando la tribu debe trabajar se cierra el abanico de motivaciones, las que se fusionan apoyando la actividad laboral, para abrirse luego en las diversas actividades de entretenimiento. Por ejemplo, las bipsiones artística, de la lucha moral, y racional, se encuentran formando parte de la misma motivación que impulsa a la mejor producción en el trabajo. La artística se halla presente en el interés por la belleza y perfección de la tarea que se realiza; la de la lucha moral se encuentra en la disputa sobre quién lo hace mejor; la racional se manifiesta en los intercambios de ideas y pro-

puestas ante un determinado problema o dificultad. Estas motivaciones, que van juntas durante el trabajo, son rescatadas o aisladas por el arte, el deporte, y las “reuniones”, respectivamente, como actividades o situaciones que acentúan por separado aquellos aspectos de la motivación.

Si bien el trabajo en su forma natural promueve el entusiasmo y el saludable funcionamiento psíquico de los miembros de la tribu, aquellas actividades que son su reemplazo o complemento natural generan también un continuo entusiasmo y favorecen igualmente el óptimo funcionamiento psíquico. Inclusive llegan a superar a aquél en cuanto a la capacidad de favorecer el entusiasmo y el nivel anímico de vida. Por ello, un ideal natural de toda tribu es lograr condiciones de seguridad y facilidad para la satisfacción de las necesidades más básicas, de modo de prescindir lo máximo posible del trabajo productivo, para volcar la atención a la variedad de actividades sociales que lo reemplazan naturalmente, y que constituyen conjuntos de hechos globales placenteros. En otros términos, espontáneamente se tiende a crear las condiciones que hagan posible disminuir el trabajo y aumentar el juego, el deporte, el paseo, los fogones, el canto, el baile, la fiesta en la tribu.

El hecho de ser más placentero vivir bajo esas condiciones, que en relación a una situación de trabajo continuo, significa un premio natural para la tribu en su conjunto. Tales condiciones de vida implican que todo está bien en esa tribu, y que se encuentra en las mejores posibilidades de sobrevivencia y reproducción. Por tanto, al tratarse de una situación favorable para la vida, debía provocar un estado anímico promedio favorable al placer, de modo que se fije como un ideal a lograr por toda tribu. De lo contrario, si la situación de facilidades materiales para una tribu significara un estado con promedio displacentero para los sujetos, no surgiría el ideal de su logro, que impulse a trabajar para crear esas condiciones tan favorables para la sobrevivencia. Por tal motivo, era necesario que las actividades reemplazantes del trabajo fueran capaces de igualar y de superar inclusive a este último en cuanto al nivel de entusiasmo de vida y felicidad social. Gracias a ello, se desarrolla un fuerte interés en el trabajo tendiente a lograr las más óptimas condiciones materiales de vida, como el único medio para disfrutar de aquello.

El universal atractivo que tienen los campamentos escolares, o de grupos juveniles, etc., respondería a que constituyen verdaderas “copias” de la vida de la tribu en sus días afortunados. Cuando se realiza un campamento, se cuenta por lo general con las premisas que permitan la seguridad material para todo el contingente. De esa forma, los días se cubren de variadas acti-

vidades sociales, las cuales no son más que las reemplazantes naturales del trabajo: deportes, juegos, paseos, expediciones, ceremonias grupales, arte, humor, fogones.

Los primitivos no podían lograr por mucho tiempo esas condiciones ideales de vida. Para ellos era como un espejismo que se esfumaba rápidamente luego de ser alcanzado. Ese ideal servía principalmente, en los hechos, como una motivación más para el **trabajo**. El propio interés por lograrlo empujaba a trabajar para crear las condiciones materiales favorables para ello.

Hoy, en cambio, existen condiciones materiales que nos acercan a la posibilidad realista de aquel ideal. Bajo la premisa de la justicia económico-social definitiva, que tarde o temprano deberá ser lograda por los trabajadores de todo el mundo, y a medida que se vaya logrando una mayor libertad en relación a las exigencias del trabajo productivo, con el desarrollo de la producción maquinizada y automatizada, toda la sociedad podrá participar activamente y como protagonista de las diversas actividades recreativas, artísticas, deportivas, científicas, turísticas, educativas. Tales actividades, organizadas adecuadamente, pueden ofrecer el campo apropiado para la satisfacción de las necesidades superiores del hombre, además de proveer un profundo entusiasmo de vida. Pero mientras siga siendo indispensable el trabajo productivo durante gran parte del tiempo disponible de cada uno, la atención deberá centrarse, primero, en reorganizar las condiciones de la vida laboral, para que el trabajo recupere su forma natural, es decir, para que vuelva a ser un arte, un deporte, un juego, una ciencia, simultáneamente. El problema actual es que en general no se da una ni la otra. No se cuenta con el abanico abierto de actividades sociales, ni con el cerrado de una adecuada forma del trabajo que favorezca el saludable despliegue de las funciones psicológicas. La infelicidad general y la enfermedad mental serían, en gran medida, el resultado de ello.

VALORES VIRTUALES E IDEALES

1. Los aparatos

Entramos aquí en el más alto de los niveles cualitativos en los que actúa la ley general del psiquismo. Los elementos organizadores del nivel son: valor **virtual** positivo - valor **virtual** negativo. Los valores virtuales son condiciones estables que se busca o evita **ser, poseer o que “haya”**.

Llamaremos **aparatos** a los complejos mecanismos de la intencionalidad que tratan sobre el movimiento de los valores virtuales, procurando la afirmación de los positivos y la evitación o supresión de los negativos.

Habrían seis aparatos de necesario desarrollo:

Aparato	Valor virtual absoluto negativo	Valor virtual absoluto positivo
1- Etico	defectos en las personas, grupos, animales u objetos; que las cosas no sean como deben ser, que sean lo contrario a lo que deben ser, o a lo deseable	virtudes en las personas, grupos, animales u objetos, que las cosas sean como deben ser, o como es deseable que sean
	↓	↓
	muestras de disconformidad, desprecio, desestima, muestras de desagrado hacia los defectos o forma inadecuada de ser las personas, grupos o cosas	muestras de estima, aceptación, conformidad, aprecio, reconocimiento, muestras de agrado hacia las virtudes o forma adecuada de ser las personas o grupos, etc.
2- De la moral personal	poseer defectos, ser de los peores, carecer de virtudes o cualidades positivas	poseer virtudes, ser de los mejores, carecer de defectos significativos, ser virtuoso

3- De la moral grupal	defectos grupales, condiciones deshonrosas para el grupo, atributos de humillación grupal, ser “nosotros” de los peores	virtudes grupales, condiciones morales de honor para el grupo, dignidad grupal (tribal, etc.), cualidades o atributos de orgullo grupal, ser de los mejores en virtudes grupales
4- Del bienestar personal	condiciones materiales de vida personal desfavorables, malestar personal	condiciones favorables de vida personal, facilidades, bienestar personal
5- Del bienestar grupal	condiciones materiales de vida desfavorables para el grupo (tribu, familia, comunidad, etc.), malestar grupal o social	condiciones materiales de vida favorables para el grupo, bienestar grupal o social
6- De la integración general	infelicidad	felicidad

Los aparatos surgen del orden, disposición, secuencia, combinación, globales del funcionamiento de los impulsos y bipulsiones; son el producto de la organización de la actividad de los impulsos y bipulsiones que los forman. Sólo agregan la función integradora de la abstracción, que reúne infinidad de hechos bajo un par de conceptos que son los valores virtuales absolutos. Aquí la ley general se vale de la abstracción previendo el promedio anímico futuro que implica vivir bajo unas u otras condiciones virtuales.

1- Aparato ético

En lo que tratemos sobre los aparatos debemos tener presente que todo está centrado en lo virtual de los valores o condiciones. Lo que aquí interesa a la intencionalidad son las cualidades de las cosas, lo estable de las condiciones. Los hechos concretos son concebidos sólo en función de lo virtual; son interpretados como medios para la obtención de los valores virtuales, o como muestras de su posesión.

El aparato ético, al igual que las bipulsiones homónimas, es fundamentalmente un mecanismo de respuesta. Pero a diferencia de aquéllas, trata sobre las **cualidades estables** positivas o negativas de las cosas; principalmente

sobre las virtudes y defectos de las personas o grupos. En principio, se produce un agrado o simpatía como actitud estable hacia un sujeto (o grupo) con virtudes o cualidades positivas, lo que se manifiesta luego en las muestras concretas de aprecio, valoración o estimación hacia él. Por el contrario, quien posee defectos considerables en sus valores personales provoca un desagrado y una actitud de disconformidad relativamente estables en el aparato ético, a lo que siguen las muestras de menosprecio o desestima. Este mecanismo actúa también sobre la propia persona. Es el responsable de la autoestima y autodesestima, como respuestas a las propias virtudes y defectos. Ello ocurre en forma refleja y automática con la sola evaluación del grado de virtudes y defectos personales; es el elemento ejecutor de la conformidad o disconformidad consigo mismo. Tal mecanismo de autorrespuesta ética funciona también en relación al grupo al que se pertenece. Luego de la evaluación del grado de virtudes o defectos del grupo, surge la respuesta automática de “autoestima” o “autodesestima” hacia el propio grupo.

El “esqueleto” del aparato ético es la función de estimar o no estimar y dar muestras de cada actitud afectiva. En el concepto: **estima**, incluiremos todo lo que se entiende por valoración, aprecio, reconocimiento, admiración, amor, cariño, conformidad, simpatía. En todos los casos se trata por igual de una actitud afectiva positiva hacia un sujeto, grupo, animal u objeto, como **forma estable de aprobación**. La **desestima** es el concepto general que hará referencia a todo lo contrario a aquello.

Las diferentes formas de lo que entendemos por estima o desestima en sentido general, tienden a adaptarse a los distintos tipos de virtudes y defectos. Así por ejemplo, el reconocimiento, admiración, se vuelcan mayormente hacia las virtudes referidas a los valores de la actividad: habilidad, capacidad, etc.; mientras que el aprecio, cariño, responden más a las virtudes que hacen a los valores de la relación: bondad, generosidad, lealtad, humildad, etc.

Si bien las virtudes y defectos son determinantes de la orientación de la estima-desestima, tiene lugar no obstante una estima básica hacia algunos pocos entes, que está dada por la sola relación objetiva que éstos tienen con el sujeto. Así, la estima hacia la condición fraternal (hijos, padres, hermanos) es algo que viene como ya dado. También la estima a sí mismo y hacia el grupo al que se pertenece son prácticamente incondicionales. Sin embargo, más allá de esa estima básica, queda en manos de las virtudes y defectos que se perciban en esos entes, el quantum de estima hacia ellos. Inclusive, en algunos casos, la gravedad de aquello concebido como defecto puede generar una desestima tal que llega a anular la propia estima básica.

El aparato ético es el encargado de evaluar y “etiquetar” a la gente; es el que hace notar las virtudes y defectos de las personas, grupos, animales u objetos; el que lleva a admirar y apreciar las virtudes, y a criticar y despreciar los defectos; el que hace sentir atracción o simpatía por unas personas o grupos, y rechazo por otros.

Una de las funciones del aparato es la de favorecer el mecanismo de la **selección sexual** durante la evolución de la especie. En el hombre, las virtudes de la persona del sexo opuesto constituyen un elemento determinante de la mayor o menor atracción. Ello tiene la máxima expresión en el enamoramiento, el cual es una forma especial y superlativa de estima, que se moviliza fundamentalmente ante sujetos del sexo opuesto que son vistos como poseedores de las más preciadas virtudes. Aunque se dé el enamoramiento entre cualquier par de sujetos, al ser las virtudes de la persona un importante conjunto de atributos para la atracción, aparece una tendencia a que los más virtuosos sean tomados con más frecuencia como objeto-sujeto del enamoramiento. Eso lleva, en resumen, a una mayor reproducción. Por tanto, el enamoramiento, además de favorecer la mayor reproducción en general, constituye un mecanismo **acelerador** de la selección sexual. Gracias a él, la tribu que lo posee va aprovechando con más rapidez los cambios genéticos que sustentan las virtudes útiles para la sobrevivencia grupal.*

Otra función del aparato ético es la de complementar y posibilitar la actividad de los aparatos morales. A nadie le importaría poseer virtudes si no fuera por el placer que producen la estima o valoración social y autoestima hacia las propias virtudes. Tampoco se evitarían los defectos personales o grupales si no fuera por el displacer de la desestima social y la autodesestima hacia los defectos.**

* Muchas veces tiende a atribuirse a la belleza y encanto físicos el fuerte atractivo que termina desencadenando el estado de enamoramiento. Pero en general es menor de lo que parece la influencia de la belleza física o “anatómica” concreta como virtud parcial. Lo que sucede es que en los signos o manifestaciones externos (gestos, miradas, forma de los movimientos, tono de las expresiones, usos personales) se reflejan muchas cualidades de la persona, siendo esto lo que más influiría al respecto.

** Las muestras de estima o desestima no siempre son intencionales. A veces un sujeto tiene una determinada actitud o conducta que no lleva el propósito de dar esas muestras a otro individuo, pero este último percibe igualmente una u otra actitud afectiva hacia él. En tales casos, no funcionaría en aquél la segunda fase del aparato, por no haberse propuesto exteriorizar sus sentimientos. Sin embargo, quien es aludido responde anímicamente de la misma forma que si fueran muestras intencionales. Inclusive ese tipo de manifestaciones no intencionales suelen ser más significativas para el destinatario. Un ejemplo de esto está dado cuando se habla bien

Una última función es la de apoyar los ideales de los otros aparatos. El aparato ético no tiene ideales propios definidos, pero al promover el “deber ser” de las cosas, se convierte en un empuje para todos los ideales.

2- Aparato de la moral personal

Lo que aquí interesa básicamente al sujeto es ser apreciado, reconocido, valorado, y recibir muestras de esa estimación, conformidad, aprecio o valoración hacia su persona. También se quiere todo eso en relación a la autorrespuesta afectiva que resulta de la evaluación sobre sí mismo. Por otro lado, se trata de evitar la disconformidad, la falta de aprecio, la indiferencia, el rechazo, la desvalorización, así como las muestras de tal disconformidad, subestima, indiferencia, desprecio o desvalorización hacia la propia persona; a lo que se suma el interés de evitar todo ello con respecto a la evaluación sobre sí mismo. Para lograr esos propósitos, sólo queda dar motivos que generen la estima y autoestima, y eviten la desestima y autodesestima. Esto consiste necesariamente en la posesión de virtudes y la ausencia de defectos considerables.

Así como la aprobación o felicitación concretas ocurren cuando se realiza un acto bueno, la estimación o valoración surgen como respuesta a las virtudes personales. Lo mismo con respecto a la desaprobación concreta hacia el

o mal de un sujeto que se halla ausente, y luego éste toma conocimiento de esas opiniones referidas a sus cualidades personales, sintiéndose halagado o humillado según lo positivo o negativo de aquellas expresiones. Otro caso se da, por ejemplo, cuando se deben seleccionar algunos sujetos de un grupo. Aquí, los que son seleccionados percibirán la estimación hacia sus cualidades, y los no seleccionados verán desestimadas las suyas. Esto, a pesar de no haber quizá ninguna intención al respecto por parte de quien elige.

Este fenómeno, por el que existe una facilidad natural para percibir la estima o desestima que se tiene hacia sí, con cierta independencia de las intenciones de ser expresadas por parte de quienes vivencian tales sentimientos o actitudes, tiene la función de asegurar la **objetividad** de esos parámetros afectivos en el medio social, para que cada sujeto sepa acerca del estado de sus cualidades personales según la conformidad o disconformidad globales que generan en el entorno social. De lo contrario, si no existiera esa facilidad para percibir directamente la estima o desestima, con independencia de las expresiones intencionales, y donde el mecanismo dependiera únicamente de las muestras o manifestaciones intencionales de tales afectos, existiría el riesgo de una falta de correspondencia entre lo que se “dice” y lo que se siente o piensa, lo que haría ineficaz el mecanismo del aparato ético, en su función de servir de elemento orientador para los aparatos morales.

acto malo, en relación a la desestima o desvalorización hacia los defectos personales. Se trata de una réplica de los mecanismos ético-morales de las bipulsiones, pero aplicados al plano de las cualidades estables.

Si tomamos, por ejemplo, las cualidades: valentía-cobardía, encontraremos que son valores virtuales buscados y evitados respectivamente por el aparato de la moral personal. Lo que se busca en este nivel no es realizar un acto valiente, sino **ser** valiente. Pero la valentía, como cualidad personal estable o virtual, sólo surge de las relaciones cuantitativas de **actos** valientes y cobardes concretos. Cuando el sujeto tiene más conductas valientes que cobardes, y si consideramos constante el “peso” de cada una, entonces será valiente. Y si es más frecuente que tenga actos cobardes, será cobarde. Por lo tanto, las cualidades: valentía o cobardía surgen de la distribución cuantitativa de actos valientes y cobardes.

Puede objetarse, a lo que se acaba de afirmar, que no sería la distribución cuantitativa de actos positivos o negativos correspondientes lo que determina la presencia o ausencia de las virtudes o defectos personales, sino que estas cualidades estarían dadas por las disposiciones o condiciones internas del sujeto, y no por la evaluación externa de sus actos. Sin embargo, si bien las disposiciones internas constituyen un elemento siempre presente en los sujetos, y aunque son susceptibles de ser modificadas o desarrolladas en diferentes grados, no son ellas en definitiva las que hacen que un individuo posea determinadas cualidades. Si alguien, por ejemplo, es considerado poseedor de habilidad, pero luego todos los demás mejoran y lo superan, dejándolo rezagado, veremos que dejará de ser un sujeto hábil, y probablemente pasará a ser calificado de torpe. También sucedería lo mismo si a ese individuo lo trasladamos a otro medio social donde todos son mejores que él. De tal forma, el sujeto deja de poseer una cualidad positiva y adquiere la negativa a pesar de mantenerse invariables las disposiciones o condiciones internas con las que contaba cuando era hábil. Las mismas disposiciones internas que daban el sustento a su habilidad son las que hoy lo dan a su torpeza.

Los elementos que hacen a la presencia (y a los grados de calidad) de los valores son naturalmente relativos al contexto social. Por eso, los mecanismos determinantes de las cualidades personales se hallan fundamentalmente en el exterior del individuo. El promedio social de la calidad de los valores determina, en principio, que las conductas que se alejen hacia los extremos correspondan al valor positivo o negativo. Luego, según la distribución cuantitativa de los actos concretos del sujeto dentro de esa realidad social (mayor o menor frecuencia con que realiza actos allí considerados positivos

o negativos), surgirá el promedio favorable o desfavorable. En el ejemplo, el sujeto será calificado (y autocalificado) hábil o torpe, según sea positivo o negativo el resultado del balance global de los actos concretos que en ese medio social son hábiles o torpes.

Si tomamos como ejemplo el ser un sujeto “de palabra” o cumplidor de los compromisos, veremos que la posesión o ausencia de tal virtud depende de la mayor o menor proporción de veces en que el sujeto cumple sus compromisos. De acuerdo a la distribución cuantitativa de los casos concretos en que el individuo cumple o no con su palabra, y según sea favorable o desfavorable ese producto en relación al eventual promedio social, será o no un sujeto de palabra.

Siguiendo con el ejemplo de la valentía, decíamos que el aparato de la moral personal motiva a ser valiente. Pero esa cualidad virtual sólo puede lograrse a través de actos valientes y evitando los cobardes. Por ello, la conducta valiente, que es el fin de la bip. de la valentía, es simultáneamente un medio para el aparato. En ese acto concreto se hallaría, por un lado, el interés intrascendente de la bipulsión de la valentía. A ella solamente le interesaría el placer moral por el hecho bueno (valiente) en sí mismo. Pero se encuentra también presente el interés y la fuerza motivadora del aparato de la moral personal. Como éste motiva a **ser** valiente, ve en el **acto** de valentía un medio inevitable para su finalidad trascendente o virtual. Así, si el sujeto percibe que con esa conducta logra reafirmar o mejorar su valentía, sentirá, luego del hecho, un placer moral consistente en la mezcla de la autoaprobación por el acto concreto, más el sentimiento de autoestima por ser valiente o por haber mejorado en grado de valentía.

El aparato de la moral personal tiene un trabajo paralelo al de las bipulsiones, a las que organiza, integra y dirige. Así como el aparato empuja a ser valiente, lo mismo sucede con los valores virtuales surgidos de la actividad de la mayoría de las bipulsiones, es decir, se trata de ser hábil, eficiente, responsable, cumplidor, justo, inteligente, bondadoso. En otras palabras, se buscan todos los valores virtuales positivos surgidos de la actividad de las bipulsiones derivadas de la bip. moral global. Tales cualidades positivas son valores virtuales **parciales** del aparato de la moral personal. Los valores virtuales **totales** son los productos surgidos de la síntesis integral del conjunto de valores virtuales. Dicha síntesis es la **virtud** global como valor total positivo, o la **defectuosisdad** (en sentido global) como valor total negativo. Esos valores sintéticos se refieren a lo que entendemos por “buen individuo” o “mal individuo”, “sujeto valioso” o “de poco valor”. Por lo tanto, lo que persigue en definitiva el aparato es el **ser virtuoso** como síntesis. La virtud

sintética puede ser entendida como la ausencia de defectos, o bien la posesión de todas las virtudes, o el promedio altamente favorable de virtudes y defectos. Ello hará que los otros estimen al sujeto, a través de sus respectivos aparatos éticos.

Si bien hay una diversidad de virtudes parciales posibles, de lo que se trata fundamentalmente es del promedio, o del balance general y su producto sintético integral. Quien tiene que dar muestras de estima o valoración a otro individuo, no hace muchas distinciones sobre la composición de ese cúmulo de cualidades personales, sino que valora a la persona o no según el promedio global de virtudes y defectos. Por ello, el aparato de la moral personal, aunque busque el “ser valiente” como vimos en el ejemplo, lo hace sólo como un paso parcial, ya que con eso no alcanza. También procurará el ser hábil, inteligente, responsable, etc., “pensando” en el promedio.

Es indispensable tener presentes en estas relaciones las categorías de análisis-síntesis. El análisis es la descomposición de algo en sus elementos parciales; y la síntesis, el conjunto global surgido. El sujeto busca, entonces, poseer aquellas virtudes parciales, pero como componentes del análisis, con vistas al producto sintético de su persona.

Por otro lado, no sólo interesa poseer valores positivos y evitar los negativos, sino que también interesa el quantum de cada uno. Así por ejemplo, se puede ser hábil o muy hábil, algo injusto o muy injusto; es decir, todos los valores tienen su gradación interna. Cada virtud o defecto puede existir en grado **mínimo, mediano o máximo**. En base a esos tres grados en que puede presentarse cada cualidad, se obtiene la siguiente escala de siete grados, que es la que se maneja comúnmente. Ejemplo:

torpeza			neutralidad	habilidad		
pésimo	muy malo	malo	regular	bueno	muy bueno	excelente

La calificación respecto al grado de habilidad-torpeza, que un sujeto tendrá en el concepto que los demás se formen de él, dependerá del producto que resulte del número de actos hábiles y torpes, más el grado o “peso” de cada uno. De lo estadístico de tales conductas, surgirá su ubicación en la escala de siete grados. Tal escala es la separación cualitativa que se emplea espontáneamente en la práctica para hacer los “cortes” de lo que es una continuidad. Es lo que permite decir que un individuo es hábil, muy hábil, o

excepcionalmente hábil, o bien, que es torpe, muy torpe, o extremadamente torpe.

Los grados: pésimo, muy malo, malo, regular (o neutro), bueno, muy bueno y excelente, constituyen la constante para todos los pares de valores. Estas gradaciones de la calidad de los valores tienden a presentar una regularidad en cuanto a la distribución del número de casos. La mayoría se ubica alrededor de la neutralidad, abarcando el bueno y malo. Luego, unos pocos caen en el muy malo o muy bueno, y los menos frecuentes corresponden al pésimo o excelente. También, algunos muy raros casos llegarían a sobresalir los límites del pésimo o del excelente. Sin embargo, no es necesario considerar a esos casos excepcionales fuera de la escala de siete grados, sino que serían lo peor dentro de lo pésimo, o lo mejor dentro de lo excelente. En otros términos, al tratarse de una continuidad, cada uno de los siete grados tiene a su vez diferencias internas de calidad. Así, será distinta la calidad de un valor que se califica de muy bueno luego de dudarse entre el bueno y el muy bueno, que si la duda previa fue entre el muy bueno y el excelente. Por eso lo “sobresaliente”, por ejemplo, seguiría incluido en el excelente; se trata de la máxima excelencia, es lo que está en el borde derecho del esquema.

No todas las bipulsiones generan con su actividad virtudes y defectos personales, sino solamente las comprendidas bajo el mecanismo por el que se tiende a afirmar lo bueno o aprobable y negar lo malo o desaprobable en general, o sea, las abarcadas por la bip. moral global. Sin embargo, la mayoría de las bipulsiones son alcanzadas por ese mecanismo, generando respectivos pares de valores virtuales, que son las virtudes y defectos absolutos.

Las virtudes y defectos no tienen el mismo “peso específico”. Algunas cualidades tienen mayor importancia que otras para determinar la valoración integral o sintética de la persona. Esto respondería, entre otras razones, a que los valores de las bipulsiones más complejas llevan contenido un conjunto de otros valores. Así por ejemplo, se busca con gran interés ser capaz, destacado, o de los “buenos” en la actividad que se realiza, y evitar ser un inútil o inepto. Al implicar un conjunto de otros valores, la capacidad o eficiencia en la actividad es quizá la máxima virtud, y lo que naturalmente tiene una alta valoración social. Luego, el heroísmo, la racionalidad, son valores particulares que, al encerrar otros valores componentes, adquieren también un mayor peso en su influencia sobre la virtuosidad global del sujeto.

De todas maneras, en este campo es donde la cultura puede ejercer su influencia en relación a la acentuación o minimización de la valoración hacia determinadas cualidades personales. Sin embargo, nunca llegaría a

anular completamente su valoración. Aunque cierta orientación cultural tienda a contrarrestar la importancia de algún valor absoluto, siempre funcionarían en mayor o menor grado la estima-desestima espontáneas por las virtudes y defectos absolutos.

Hay que recalcar que estamos hablando de los valores absolutos, sin importar los relativos. De lo que estamos tratando es, por ejemplo, la sobrevaloración o minimización de la belleza física en su peso neto, pero no nos interesa ahora lo que cada cultura establece como los rasgos que hacen a los modelos de belleza. Más allá de la gran diferencia entre los valores relativos de belleza, estamos tratando, en el ejemplo, la mayor o menor valoración absoluta al hecho mismo de la belleza física.

La flexibilidad en el grado de acentuación o minimización de las valoraciones en relación a los valores absolutos sería algo favorable para la efectividad de los roles que pueden haber en la tribu. Según el rol del sujeto se acentuará más uno u otro valor, descuidándose un poco los otros. Al individuo se lo aprecia y reconoce, especialmente, por los valores acentuados que sustentan el rol. Sin embargo, no debe descuidar los otros valores, ya que si posee defectos que caen el “pésimo” o “muy malo”, pueden invalidar sus virtudes, produciéndose la desestima a la persona. Es decir, un solo defecto, si es grave, puede “vetar” todo el sistema de virtudes, desmoronando la “estantería del espíritu”. Por ello, se tratará de mantener esas “cualidades descuidadas” en la neutralidad o en el bueno, mientras que el muy bueno o excelente corresponderán a las virtudes que sostienen el rol.

Los defectos que invalidan al resto de posibles virtudes son fundamentalmente los referidos a los valores de la relación: maldad, soberbia, deslealtad, etc.; mientras que los defectos en las cualidades de la actividad (torpeza, ineficiencia, etc.) por lo general no invalidan la estima que puede resultar del resto de virtudes. Esto tendría su explicación en el hecho de que es más perjudicial para la tribu la irresponsabilidad, el engaño, la deslealtad, o la traición, que la torpeza, la ingenuidad o la ineficiencia. Un sujeto ineficiente afecta al grupo solamente en la proporción de lo que debiera producir, pero un individuo irresponsable, deshonesto, o traidor, puede provocar graves daños colectivos.

El aparato de la moral personal procura continuamente la posesión o el mejoramiento de las virtudes y negar los defectos. Esto es lo que se entiende por “tendencia a la superación”, o a la “perfección”. La virtud, o ser virtuoso, es el **ideal absoluto** del aparato; es la **síntesis** que reúne a todas las virtudes parciales. Si suponemos un mínimo equilibrio del funcionamiento de los valores absolutos (contemplando las diferencias naturales de “peso

específico”), la virtud sería algo así como el desarrollo integral y equilibrado del conjunto de virtudes personales que la componen.

Supongamos que la virtud, como síntesis, es la cima de una pirámide. Al bajar un paso en el análisis, veremos que hay “cúmulos” de valores virtuales parciales agrupados por un concepto común. Por ejemplo, la honestidad, honradez o “persona de bien”, es un cúmulo de valores que agrupa: rectitud moral, responsabilidad, abnegación, justicia en el obrar, cumplimiento de compromisos, franqueza, lealtad. Luego, la listeza, audacia, o el “ser listo”, es un agrupamiento de valores virtuales que estaría formado por habilidad, valentía, inteligencia, creatividad. Ser noble es la reunión de la bondad, altruismo, equidad, humildad, respetuosidad. El compañerismo, o el ser buen compañero, cubre la humildad, sinceridad, generosidad, lealtad. La sabiduría incluye inteligencia, conocimientos, racionalidad; etc. Estos agrupamientos son como bloques que comprenden conjuntos de valores. Su composición sería relativamente variable según la cultura. En una cultura puede haber un concepto que reúne un determinado conjunto de virtudes, mientras que en otro lugar se emplea un término que reúne otras virtudes parciales (o defectos si es el cúmulo negativo), y que podría diferir con respecto a los agrupamientos de valores que maneja aquella cultura.

Al bajar un paso más en la pirámide, desintegramos los bloques de valores. Ahora nos encontramos con los pares aislados de valores virtuales surgidos de cada bipulsión independiente. Estos son más analíticos, son la descomposición de los cúmulos de valores virtuales.

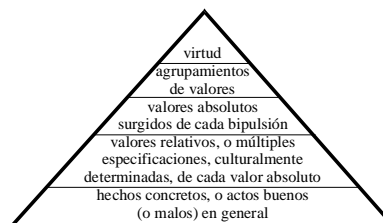
Pero el análisis continúa bajando en la pirámide. Esos pares aislados de valores virtuales se ramifican en una gran cantidad de valores virtuales relativos o adquiridos, más específicos aún. Por ejemplo, la habilidad es sólo la virtud sintética que nuclea una gran gama de habilidades distintas. Tales habilidades específicas son los valores adquiridos o relativos, que llevan contenida a la habilidad en general como valor absoluto; son las formas particulares y concretas en que se presenta la habilidad.

La ramificación de los valores absolutos, en una diversidad de valores relativos más especificados, tiene lugar paralelamente en el resto de valores parciales que comparten con la habilidad la misma altura o nivel en la pirámide. O sea, existe una infinidad de virtudes y defectos relativos y específicos, que llevan el contenido de las virtudes y defectos absolutos. Por ejemplo, dentro de lo que es belleza o fealdad, puede haber una cantidad innumerable de rasgos específicos que se consideran virtudes o defectos según criterio de una cultura. Pero siempre llevan la esencia de la belleza o fealdad como valores absolutos. Luego, dentro de la capacidad o incapacidad de rendimiento, hay también una diversidad de virtudes o defectos específicos

posibles, y relativos a cada tipo de actividad; ejemplo: un locutor puede tener el defecto de no pronunciar correctamente algunas palabras, o un profesor puede poseer la virtud de motivar a los alumnos durante las clases. Así, la capacidad o incapacidad de rendimiento, como valores virtuales absolutos, se ramifican en una variedad de valores relativos más específicos o particularizados.

Por último, lo más analítico de todo, y que contacta con el piso de la pirámide, está dado en los miles de hechos concretos.

Gráficamente:



Luego de llegar al piso, comenzamos a subir ordenadamente. Siguiendo por la rama de la habilidad, nos centramos, por ejemplo, en la **habilidad para cazar**. Lo más analítico que encontramos son los actos hábiles y torpes durante la cacería. El producto promedio de lo sucedido con el sujeto en las diversas jornadas de cacería hará que sea torpe, neutro o hábil para la caza. Supongamos que ese producto sintético es: habilidad muy buena para cazar. Luego, esta síntesis es agrupada junto a los productos sintéticos de las otras habilidades (o “torpezas”) específicas, surgiendo la nueva síntesis más abarcativa de habilidad en general. Así, la habilidad para la caza es la síntesis en relación al análisis de los hechos concretos ocurridos en las jornadas de cacería. Pero esa habilidad específica sintética, al juntarse con las otras habilidades específicas, ya promediadas, pasa a formar parte del análisis en relación a la nueva síntesis mayor de habilidad en general.

Luego, la habilidad en general, como síntesis de todas las habilidades parciales, se junta con el arrojo o valentía en general, la inteligencia, etc., para formar la síntesis mayor: listeza, como un cúmulo sintético de valores. De ese modo, la habilidad en general es la síntesis en relación a las habilidades específicas, y a la vez es parte del análisis en relación al agrupamiento mayor de valores.

En el pasaje del análisis a la síntesis mayor siguiente se van renovando las estadísticas, y modificando el lugar en la “tabla” de siete grados, según los datos parciales de los otros sectores.

Finalmente, ese cúmulo sintético de valores se junta con los otros bloques similares (honestidad, compañerismo, etc.) ya promediados, dando la síntesis final del grado de virtud o defectuosidad globales del sujeto, quien será considerado, en el “juicio final”, un individuo pésimo, muy malo, malo, regular, bueno, muy bueno o excelente. Tal producto es la síntesis global del conjunto de virtudes y defectos.*

Tenemos, entonces, que la virtud y la defectuosidad personales son los valores virtuales **totales** del aparato de la moral personal. Los valores **parciales** son los valores virtuales surgidos de la actividad de las bipulsiones. El valor total positivo constituye el **ideal absoluto** de cada aparato. Por ello la virtud es el ideal absoluto del aparato de la moral personal. Aquí es válido todo lo visto en los impulsos y bipulsiones sobre lo esencial, necesario, constante, o el contenido común a todos, y el fenómeno, lo casual, variable, o la forma diferente. Ese ideal absoluto es lo compartido por todos, pero cada cultura o subcultura tendrá un sistema de valores relativos cuya síntesis dará la virtud, o el ser un sujeto valioso, estimable o virtuoso.

Los ideales de los aparatos no tienen un límite de aspiración. Siempre tienden al excelente. Si no se puede lograr eso, se busca al menos lo máximo posible. Por ello, el aparato de la moral personal empuja en principio a ser un sujeto excelente. Esto promete la seguridad de una máxima estima social y autoestima.

Veamos, para finalizar, en qué consiste la función del aparato. Considerando que todas las virtudes, para ser tales, deben pasar por la realización de **actos concretos** positivos o buenos, y dado que todos los actos buenos llevan al beneficio común y a la sobrevivencia de la tribu, la gran energía motivacional del aparato de la moral personal está volcada en pleno hacia la realización de conductas útiles a la sobrevivencia grupal. Por lo tanto, la tribu que cuente en sus miembros con este importante motor, que impulsa a

* Antes de que los bloques o cúmulos de valores virtuales se junten para dar la virtud sintética, se distribuirían agrupándose en dos grandes bloques, que corresponderían al resultado de cada uno de los dos campos generales de valores que habíamos distinguido: de la **actividad** y de la **relación**. Así, el ser un sujeto “destacado” o “brillante” sería la expresión de la síntesis de los valores de la actividad; y el ser una “buena persona” haría referencia a la síntesis del conjunto de valores de la relación. Por su parte, la virtud global, como síntesis máxima, sería lo que entendemos por “individuo excelente”, “valioso”, o bien, **virtuoso**. De tal manera, si nos representamos aquella pirámide del esquema, tendremos que entre el espacio de los cúmulos de valores virtuales y la virtud sintética se formarían esos dos últimos “bloques de bloques”, que al integrarse terminarían en la virtud-defectuosidad globales.

cada uno a realizar siempre lo mejor, se aleja enormemente de otra tribu que no lo posea.

3- Aparato de la moral grupal

Como se podrá apreciar, nos encontramos en las más elevadas alturas de la montaña motivacional del psiquismo. Es fuerte el viento que aquí corre, y se hace más escasa la visibilidad en medio de las nubes. Pero no nos queda más que seguir, porque son pocos los pasos que nos separan de la misma cumbre del espíritu.

El aparato de la moral grupal funciona bajo la continua actividad del M.I.F.M. El grupo en su conjunto es el yo global del sujeto. Esto es lo que rellena la otra parte de la autoconciencia de cada individuo. La fuerte y continua identificación fraternal y moral con la tribu hace que se repita el aparato de la moral personal, pero aplicado a la tribu. Se busca que ésta posea virtudes o motivos de orgullo y honor grupales, y que no tenga defectos o motivos de humillación para el grupo.

Las cualidades que se desean para la tribu son similares a las que busca el individuo para su persona, aunque obviamente difieren en ciertos aspectos y matices, dada la diferente naturaleza de ambos entes. Lo que se quiere, por ejemplo, es que la tribu sea valiente, soberana, heroica, eficiente en el trabajo productivo, amable, justa. Todo ello se sintetiza en el valor total de dignidad y honor tribales. A su vez, se procura evitar toda cualidad que de lugar a calificativos deshonrosos para el grupo.

En la actualidad, las condiciones honrosas para el grupo, como valor virtual, son las que un sujeto busca al desear, por ejemplo, que su club deportivo sea el campeón, o el mejor.

El placer o displacer, aquí, son al mismo tiempo morales y espirituales. Las condiciones de honor grupal llevan a una estima o valoración externa hacia el propio grupo y a la “autoestima” u orgullo grupales, como formas de placer moral. A la vez, como la tribu (o agrupación, etc.) es el objeto con el que se da una fuerte identificación fraternal, ocurre también el placer espiritual por algo que es bueno para ella.

En el aparato de la moral grupal, al igual que en todos, se presentan las mismas relaciones vistas sobre el análisis y síntesis de los valores virtuales. Se buscan valores parciales, pero siempre en función de la síntesis final del ideal absoluto. En este caso, se aspira a las condiciones de máxima dignidad y honor tribales. El “excelente” está expresado en el ideal de **grandeza tribal**, en la posesión de cualidades o virtudes que sean motivo de máximo orgullo grupal, es decir, en el conjunto de valores positivos de una tribu.

Hay que aclarar que esa grandeza es el ideal absoluto, pero varían los ideales relativos. Lo que varía es aquello específico que en cada lugar significa la grandeza de los valores tribales.

En estado natural, "la tribu" es el yo en grande compartido por el conjunto de individuos. Para ella se quieren los atributos más elevados y los máximos honores. En ese plano es donde se despliegan las naturales expresiones de orgullo por parte del individuo, al creer y manifestar que pertenece a la mejor tribu. Aunque esto carezca a veces de mucha objetividad, es algo favorable a la sobrevivencia, porque contribuye a mantener siempre la más alta valoración hacia la tribu y a trabajar continuamente por su beneficio.

También funcionaría el aparato de la moral grupal con relación a los distintos subgrupos de la tribu (familias, gens). Esto sería algo útil a la sobrevivencia. Al desarrollarse un interés por la buena imagen del propio grupo, se favorecería la emulación o contradicción interna en el plano moral, lo que significaría un importante estímulo para el mejor funcionamiento del organismo social.

Pero la función principal del aparato estaría dada con respecto a la tribu en su conjunto. Para comprender esa función es necesario penetrar en las relaciones entre las tribus. En primer lugar, siempre han existido relaciones entre éstas. Sería absurdo suponer que dentro del pleno conocimiento del medio ambiente y de todos los animales de la zona, etc., los primitivos no tuvieran ningún contacto con las otras tribus. Por otro lado, los seres humanos que existían al momento de concluir la transformación del mono en hombre eran iguales a nosotros en la plenitud de los caracteres esenciales, por lo que debían tener una disposición hacia las otras tribus, similar a la que tiene lugar hoy entre los diversos grupos humanos.

En aquellas condiciones de vida, donde en términos generales había un normal desarrollo de los valores, existirían predominantemente relaciones de respeto y equidad entre las tribus vecinas. Las hostilidades o guerras serían siempre excepcionales en aquellas condiciones. Las guerras corresponden más a la historia de las clases sociales y al enfrentamiento de los nuevos intereses económicos que a la vida de los primitivos. En estado natural nadie es hostil con los extraños cuando éstos no muestran la menor intención de afectar los propios intereses. Por el contrario, durante la casi totalidad del tiempo debían entablarse relaciones cordiales entre las tribus, en un marco de justicia y respetuosidad, puesto que ello era lo útil para la sobrevivencia de la especie. Si bien el núcleo del afecto se vuelca hacia el grupo de personas con las que se convive, también es extensivo a los grupos circundantes (exceptuando obviamente los eventuales casos de enemistad). Ese fenómeno ocurre espontáneamente entre los grupos de personas que viven en zonas

rurales, más cercanas a las condiciones naturales, y también se ve en la fraternidad natural que desarrollan muchas tribus y pueblos en la actualidad. De todas formas, también existe el natural fenómeno de la rivalidad que surge espontáneamente entre grupos humanos. Pero esto se encuadra fundamentalmente en el plano de la emulación o rivalidad moral, y es precisamente de lo que trataremos enseguida respecto a las funciones del aparato de la moral grupal.

Si bien las tribus que existen en la actualidad ofrecen datos que algunas veces son de utilidad para la explicación de las funciones esenciales del psiquismo humano, en general es poco lo que pueden aportar al respecto. Las decenas de miles de años de evolución que han experimentado las distintas culturas, desde la aparición del organismo social primario, hacen que los datos que nos pueda brindar el estudio de las diversas tribus actuales tengan prácticamente el mismo grado de utilidad-inutilidad que nos puede ofrecer el análisis de las costumbres o formas de vida en cualquier sociedad moderna, o de la historia conocida (que es siempre reciente con respecto al organismo social primario, el cual es anterior inclusive a la propia aparición y diversificación de las razas humanas). Tanto las sociedades “civilizadas” como los “salvajes”, contienen por igual la historia de un largo desarrollo cultural paralelo y de similar complejización respecto a nuestro foco de atención, que en este caso es la vida del organismo social primario o tribu humana primigenia y sus similares coetáneas.

Dado que los restos materiales o arqueológicos no pueden proveer suficientes datos como para deducir el modo del funcionamiento de los sutiles elementos psicológicos, sólo podemos aproximarnos a la vida de las tribus humanas primitivas basándonos en la distinción de lo que era o no útil a la sobrevivencia del organismo social y de la especie en su conjunto. Al ser aquella tribu humana primigenia la que, gracias a sus mejores aptitudes generales para la sobrevivencia, se impuso junto con sus tribus descendientes sobre el resto de sus similares, generalizando su tipo, nada puede ser más apropiado a los fines de reproducir en todo lo posible los elementos esenciales de la vida primitiva, que usar el “método” de la selección natural, que rescata lo útil y elimina lo perjudicial para la sobrevivencia individual, de la tribu y de la especie.

Si queremos explicar el funcionamiento de las tribus primitivas en sus relaciones externas, debemos elegir el trozo más representativo de su vida normal y no lo que es la excepción. Aquellos casos excepcionales (guerras) son algo para lo que toda tribu debe estar preparada. Pero sólo de la misma forma que debe estarlo para afrontar posibles desastres naturales (aluviones, huracanes, incendios, terremotos) y otras amenazas trágicas, como sería, por

ejemplo, el ataque de animales depredadores. A diferencia de quienes ordenan la guerra en nuestros tiempos, que se aseguran de que sus seres queridos y ellos mismos no corran serio peligro, para los primitivos la guerra es una de las posibles tragedias que amenazan la seguridad de los más indefensos seres queridos de la tribu. Nadie puede tener interés en ella por sí misma. Sólo cuando a causa de malos entendidos o de circunstancias incontrolables la misma ya está declarada, no queda otra alternativa que afrontarla. Allí pasa a ser peor la consecuencia material, moral y espiritual de no hacerlo. Pero la guerra como fenómeno aparece como una imposición externa, no deseada por sujetos más o menos sanos o normales. Cada tribu sólo está dispuesta a responder al ataque. Los eventuales enfrentamientos responderían principalmente a que cada una de las partes interpreta que ha sido agraviada por la otra. Lo útil a la vida es contar con cierta capacidad de defensa, pero volcar el grueso de las energías al trabajo y no al hostigamiento contra el resto de tribus.

Si bien quienes hicieran eso último lograrían probablemente buenos resultados y asegurarían su alimentación por un determinado tiempo, ese método no podía prosperar en la vida primitiva, ya que se agotaría por sí mismo. La razón principal de ello es que el nivel de la capacidad productiva de los primitivos sólo daba, a lo sumo, para el mero sustento de los propios productores, por lo que siempre sería muy limitado el material a saquear, en relación al desgaste general que supone aquello como método de vida. A esto se agrega el tener que vérselas con el repudio generalizado por parte de las tribus perjudicadas, logrando estimular la alianza de éstas en la propia contra. Por eso, siempre se verán favorecidas a los fines de la sobrevivencia las tribus que vuelquen las energías al trabajo, respetando a las otras en el marco de lo que sería una especie de derecho natural, sostenido tanto por los valores morales y espirituales como por la propia conveniencia material recíproca.

Distinto es el caso cuando no se trata ya de las tribus primitivas; es decir, cuando avanzamos varios miles de años adelante con respecto al organismo social primario, y donde la productividad media del trabajo es ya potencialmente superior a los requerimientos del consumo vital de quienes producen, allí comienza pues la historia de la “civilización humana”, donde aquel método encuentra material disponible (plusproducto), apareciendo luego, sobre esa base, el Estado esclavista basado en la fuerza, como nueva forma sistemática de saqueo continuo. Pero esto es ajeno a lo que nos ocupa ahora, que es la época del organismo social primario, época en la que se ubicaría lo que podemos considerar como la forma de vida natural del hombre, donde la

igualdad de condiciones y la justicia de las relaciones debían funcionar forzosamente.

Debemos combatir nuestros prejuicios, y nuestra mente cargada de falsas historietas de “indios malvados”, para comprender la vida de los primitivos. Un ejemplo de tales obstáculos es la errónea suposición de que aquéllos eran salvajes animales con forma humana que se movían por “instinto”. La sorpresa al respecto que se deriva de lo tratado hasta aquí es que ellos debían constituir algo así como el modelo de desarrollo de lo que se entiende por esfera espiritual, valorativa o axiológica del hombre.

Desde el punto del organismo social primario, nos trasladamos ahora unos cuantos miles de años hacia atrás. Ubiquémonos en el momento en que las tribus contaban con miembros casi humanos y casi iguales a nosotros en cuanto a las funciones psicológicas esenciales. En el marco de la lucha objetiva por la sobrevivencia grupal, la primera “alianza” entre tribus ocurre en el plano del intercambio de favores. Bajo la premisa de un normal desarrollo de valores morales y espirituales, no podía desaprovecharse la posibilidad de una mutua ventaja con el intercambio de asistencia ocasional. Si dos tribus, bajo un marco de justicia o equidad, intercambian esa asistencia ocasional, ambas contarán con una importante ventaja común en relación al resto. Por tanto, sobrevivirán, reproduciendo la costumbre en sus tribus hijas. Esto se propagará geométricamente a lo largo del tiempo, hasta llegar un momento en que las “mil tribus” en existencia aprovechan por igual la posibilidad del mutuo beneficio. (Este mecanismo habría constituido una premisa para el posterior desarrollo del intercambio formal de bienes.).

Sin embargo, una vez que las mil tribus que existen comparten el mecanismo, la ventaja deja de ser tal. De allí en adelante, la sobrevivencia sólo quedará librada a la eficiencia laboral de cada organismo social particular. Como ese mecanismo de intercambio de favores debe ser siempre equitativo, ninguna tribu puede pedir más de lo que da. Por ello, las nuevas situaciones apremiantes de una tribu muy adeudada ya no serán solucionadas por la ayuda de otra. De ese modo, aquel mecanismo se convierte en un factor constante. Aunque es imprescindible para cada tribu, no puede ser una ventaja para ninguna. Así, cuando otra vez el alimento no alcance para todas, sobrevivirán las tribus más eficaces para el trabajo productivo.

La segunda ventaja común entre dos o más organismos sociales es la “alianza emulativa” en el plano moral. Supongamos que una determinada tribu comienza a interesarse por tener una buena imagen en el concepto que de ella se formen las otras. Cuando dicha tribu se reproduce en forma secundaria, dando otras similares, se formará un grupo de tribus que com-

parten esa motivación. El interés compartido por esas tribus, en relación a la buena imagen, es complementado por el aparato ético. Los miembros de cada tribu sienten aprecio, estima, admiración, o desprecio, desestima, hacia las otras tribus en su conjunto. Como en cada una produce placer moral y espiritual el escuchar palabras halagadoras respecto a las propias cualidades grupales, y displacer moral-espiritual oír calificativos humillantes o deshonorosos para la tribu, se desarrollará un interés por las virtudes grupales y la buena imagen de la tribu. Eso llevará a que todos trabajen para el mantenimiento de una imagen favorable, y para evitar todo motivo de deshonor o humillación grupales.

Como las virtudes valorables para una tribu tienden a ser precisamente las cualidades positivas para la sobrevivencia, el interés por la buena imagen de la propia tribu motiva, por tanto, a realizar actos favorables a la sobrevivencia. Entre las virtudes de una tribu figura especialmente su capacidad y efectividad en el trabajo, sus logros al respecto, las condiciones de bienestar que sea capaz de conseguir gracias a sus cualidades y capacidades, lo que es siempre admirable a los ojos de las otras tribus, y digno de ser reconocido e imitado. En aquella situación de vida, donde tal cosa es vivenciada o sentida como lo más **importante**, y donde además es la **actividad** en la que “están” todos, sin dudas la capacidad laboral de una tribu debía ser su máxima virtud. No obstante, aquello alcanza el total de virtudes grupales posibles; es decir, a una tribu se la reconoce o no según la imagen global que desencadene en las otras. Si por ejemplo es egoísta, injusta, etc., tendrá en contra a las otras. Esto no sólo lleva a un desprecio general, sino que además a ninguna le conviene estar rodeada de enemigos, dado que, entre otras cosas, significa quedar excluida de aquella ventaja común del intercambio de favores.

Esas pocas tribus que comparten el interés moral por ser mejores y evitar el deshonor de ser una tribu menospreciada por sus valores se hallan con un elemento a favor respecto al resto. Cuentan con una importante motivación agregada, que no sólo empuja en forma directa a mejorar el funcionamiento global, sino que además significa una nueva causa o ideal común, que favorece la identificación grupal y la unidad espiritual. Todos tienen ahora un nuevo motivo que impulsa a trabajar mancomunadamente en lo que es positivo para el organismo social. Si comparamos las pocas tribus que comparten la emulación o contradicción moral, con el resto de sus similares, encontramos una ventaja en las primeras. Por tanto, luego de muchos años de selección natural, las “mil” nuevas tribus sobrevivientes serán las que comparten el mecanismo emulativo como ventaja común.

Pero, nuevamente, al ser algo compartido por todos, ya no es ventaja para nadie. Y como el alimento es limitado, otra vez, la sobrevivencia de unas tribus y la extinción de otras quedará en manos de la eficiencia particular de cada una para el logro de los medios de subsistencia.

Aunque esos dos sistemas de alianzas naturales (fraternal y moral) no sean ventaja para ninguna tribu, por ser compartidos por todas, sería sin embargo una desventaja el no poseerlos. En esto no hay ninguna diferencia con respecto a la razón de ser de cualquier función, capacidad o rasgo compartidos por todos los miembros de una especie. O sea, lo que en principio surge como una ventaja, luego se generaliza, dejando de ser tal. Pero igualmente sigue siendo útil e imprescindible, por implicar una desventaja el carecer de ello.

4- Aparato del bienestar personal

Los conceptos bienestar-malestar, como valores virtuales absolutos, serán utilizados siempre para lo que entendemos por condiciones materiales de vida. Tales valores comprenden, para nuestro encuadre, todo lo que interesa al individuo a nivel de las condiciones virtuales exceptuando lo moral y espiritual. Así, se incluye, por ejemplo, salud, facilidades para satisfacer las necesidades o gustos, tener motivos de diversión o buen pasar, no tener mayores problemas, etc.

En el aparato del bienestar personal también se da aquel proceso de análisis-síntesis de las diversas condiciones de vida, hasta llegar al par de valores integrales que hacen a la conformidad o disconformidad globales con las condiciones de vida personal. Esos valores virtuales totales son las nociones de bienestar o malestar sintéticos como condiciones estables. Aquí se van agrupando aspectos de la vida del sujeto, que van convergiendo desde lo más pequeño, para subir gradualmente en síntesis mayores, tomando distintos sectores de la vida, hasta terminar en el producto sintético máximo, que caerá en algún lugar de la escala de siete grados de bienestar-malestar. El individuo, en su reflexión sobre el particular, verá que sus condiciones de vida personal son pésimas, muy malas, malas, regulares, buenas, muy buenas o excelentes.

El ideal absoluto del aparato es, entonces, el bienestar personal como valor total positivo. El excelente estaría dado en lo que se entiende por dicha o felicidad en el sentido restringido de la palabra, o sea como sinónimo de máximo bienestar en las condiciones materiales de vida individual.

En estado natural, los intereses materiales fundamentales de cada individuo son los mismos que los de cada compañero, por lo que el interés personal coincide casi totalmente con el grupal. Así como en los casos donde el grupo intenta encontrar alimentos está presente el empuje surgido del hambre de cada uno, del mismo modo, cuando se desea tener “facilidades de alimentación”, como condición virtual estable, son inseparables el interés individual, material, de ese valor, y el interés espiritual por algo que es bueno para los compañeros. Casi todo lo que hace al bienestar individual es lo mismo que lleva al bienestar grupal (seguridad ante los peligros, vivir cerca de una fuente de agua, etc.). En el estado natural de la tribu, es muy poco lo que queda de elementos propiamente privados como partes del valor total de bienestar personal. No obstante, es positivo que cada uno ande bien en sus asuntos personales. Esto hace que todos se lleven mejor, que haya buena disposición de ánimo para el trabajo, etc.

5- Aparato del bienestar grupal

Dada la estrecha identificación fraternal con el conjunto de compañeros de tribu, se desarrolla naturalmente un interés por el bienestar de ellos. Los valores: bienestar-malestar sociales o grupales son los valores virtuales totales o sintéticos del aparato. El interés del individuo es aquí **espiritual**. Lo que es bienestar o malestar materiales para los compañeros de la tribu, es bienestar o malestar espirituales para el individuo identificado.

En este aparato también se van agrupando los valores parciales, integrándose en síntesis mayores, hasta arribar a la noción global del grado de bienestar o malestar sociales. Entre los valores parciales se cuentan por ejemplo: seguridad del grupo ante los peligros, facilidades para lograr los medios de subsistencia, buenas relaciones entre todos, salud en los miembros del grupo, que existan motivos de alegría para la tribu, etc. En realidad los valores virtuales parciales del aparato son mayormente relativos y adaptados a las diversas circunstancias y condiciones de vida en que se encuentre el grupo. Sin embargo, cualesquiera sean los valores parciales, éstos se van agrupando en sectores, terminando en los valores absolutos de bienestar o malestar grupales. En otras palabras, más allá de la variabilidad de los valores virtuales parciales, el ideal absoluto del aparato es siempre el mismo: bienestar social o del grupo. Eso es lo compartido por todos los sujetos normales que se identifican en lo fraternal con algún grupo humano.

La utilidad del aparato del bienestar grupal es algo que se observa a “simple vista”. Como la selección natural actuó tomando tribus enteras, solamente sobrevivieron aquellas en cuyos miembros se desarrollaba un fuerte interés por el bienestar del conjunto.

En el aparato del bienestar grupal, el “excelente” está expresado en el concepto de felicidad social, o máximo bienestar de la tribu, la comunidad, el pueblo, o del eventual grupo social con el que se establece la identificación fraternal.

La identificación con una agrupación humana no sólo tiene lugar con grupos reunidos en el espacio (sentimientos “localistas”), sino que también se da naturalmente entre conjuntos de individuos que aunque no se hallen reunidos físicamente, comparten intereses o una misma condición o situación. En el organismo social primario, al no haber clases sociales, por cuanto funcionaba lo que sería un comunismo primitivo, la unidad se presentaba simultáneamente en los dos aspectos fundamentales: 1- convivencia física o territorial. 2- intereses comunes. Ello hacía de la identificación con la tribu un sentimiento unificado. Hoy en cambio se “abren” las dos cosas. Por un lado están los sentimientos localistas, espontáneos en su desarrollo, y por otro los generados por el interés común, los cuales no siempre coinciden con aquéllos. De allí que las identificaciones de mayor importancia en los tiempos modernos sean de dos tipos: 1- regionales, nacionales, etc. 2- partidos y/o movimientos políticos.

6- Aparato de la integración general

La felicidad-infelicidad, como valores virtuales absolutos, marcan la cúspide del psiquismo. El aparato de la integración general es la síntesis de los otros aparatos, es el conjunto de ellos, constituye la integración máxima de la actividad psicológica.

Cuando tratábamos los otros aparatos, veíamos que los valores más particularizados se iban agrupando en sectores cada vez más grandes, hasta terminar en las síntesis finales de los valores totales absolutos: virtuosidad-defectuosisd personales, honor y dignidad - deshonor e indignidad grupales, bienestar-malestar personales, bienestar-malestar grupales. Dejando por ahora de lado al aparato ético, que es fundamentalmente un mecanismo de respuesta, y que difiere en su funcionamiento con el resto de aparatos, encontramos que esos cuatro pares de valores totales abarcan los grandes sectores de intereses que puede desarrollar un individuo en el plano de lo virtual. Comprenden lo individual (material y moral) y lo social (material y

moral); o en otra forma, comprenden lo material (individual y social) y lo moral (individual y social). Pero esas cuatro “montañas” de valores virtuales no funcionan independientes una de la otra, sino que pasan a formar parte del último análisis, para terminar en la síntesis mayor del grado de felicidad-infelicidad integrales.

Los valores virtuales totales de aquellos aparatos (virtud personal, bienestar social, etc.) son las síntesis o valores **totales** en relación al respectivo sector de valores virtuales parciales, pero a la vez son los grandes pares de valores **parciales** en relación a la síntesis máxima que los reúne bajo los conceptos integrales de felicidad-infelicidad. En otros términos, los ideales absolutos de aquellos aparatos, que son los fines máximos de cada uno, son al mismo tiempo los grandes medios o ideales parciales del gran aparato de la integración general. Por tanto, la felicidad, como valor virtual absoluto, consiste en la posesión conjunta de los valores virtuales positivos de aquellos aparatos.

Así como el impulso de gozo no tiene una vía propia de entrada al placer, sino que actúa valiéndose de los objetos de satisfacción de los otros impulsos, de un modo similar, el aparato de la integración general busca la felicidad a través de los valores virtuales positivos de los otros aparatos. Esto lo hace integrando, coordinando y organizando la actividad de aquéllos. El ideal integral: felicidad, no es más que el resultado positivo del balance general de los cuatro campos de valores; es el **todo bien** que surge en la vivencia del sujeto, como producto de la reflexión sobre lo que hace a su vida; es la conformidad general en todos los sectores de intereses que estructuran las aspiraciones de la subjetividad.

La felicidad como valor virtual aparece necesariamente como resultado de dos elementos: 1- la ley general. 2- la capacidad de abstracción. Al buscarse, en esencia, sólo el placer y la negación del displacer, cualquier animal que desarrolle la capacidad de abstracción, de modo que le permita concebir condiciones virtuales favorables al placer, experimentará un interés por vivir bajo tales condiciones, es decir, se interesará en la felicidad como valor virtual. Esta tendencia, que aparece necesariamente en el hombre por reunir aquellas dos condiciones, es canalizada por la naturaleza hacia lo útil para la sobrevivencia de la tribu. Como la felicidad consiste en la posesión conjunta de aquellos cuatro valores virtuales totales o ideales absolutos, la utilidad del aparato de la integración general es la de los otros, a los que reúne, integra y sintetiza.

Esos cuatro valores totales tienen una equivalente importancia para la sobrevivencia de la tribu. Por tal razón, la naturaleza estructuró el psiquismo en base a las condiciones de vida de la tribu, de modo que aquellos campos

de la vida tuvieran una similar importancia anímica en la determinación de la felicidad integral del sujeto.

La falta de condiciones ambientales favorables para el desarrollo de los valores afectaría primero que nada las funciones más complejas y sutiles de los aparatos. Cuando las condiciones generales de vida entorpecen el desarrollo moral y espiritual del psiquismo, los ideales de las personas apuntan desequilibradamente hacia el bienestar material personal. En segundo lugar vendrían los ideales de virtuosidad personal, con sus desequilibrios internos. Y muy por debajo caería el interés por ideales sociales. Pero más allá de tales desequilibrios, veremos siempre los cuatro géneros de ideales. Esta regularidad responde a que esos valores totales absolutos forman la estructura esencial de los aparatos, que son auténticas leyes del psiquismo humano.

Puede pensarse que sería no obstante siempre mayor el interés básico por el bienestar personal, en comparación con los otros valores virtuales. Pero esto sólo es así si nos limitamos a considerar cierta realidad social, como es por ejemplo el caso en la actual sociedad capitalista. Aquí, en general sí ocurre ese desequilibrio. Pero ello responde a la influencia de las propias características del sistema de vida, donde predomina la ley del egoísmo y de la selva social. Tales condiciones, evidentemente, tienden a distorsionar el funcionamiento normal de los valores. Pero ese no es el caso en la vida natural del organismo social primario y de las tribus primitivas, donde se formó el psiquismo humano. Así y todo, hay en la actualidad muchos casos que demuestran la no menor importancia anímica natural de los otros tres campos de valores. Hay veces en que se renuncia a todo bienestar personal, y hasta a la propia vida en ciertas circunstancias, en favor del bienestar de otros, o en defensa del honor personal o del grupo. Tales actos suponen un considerable (pero normal y saludable) desarrollo moral y espiritual. Esto último debía suceder indudablemente en las condiciones de vida de la tribu, y ocurre en quienes están rodeados por condiciones de vida que lo favorecen.

La utilidad del aparato de la integración general no es solamente la de los otros, de los que se forma, sino que también se observa en su accionar integrador y coordinador de ellos. El grado de felicidad-infelicidad es el resultado del promedio o balance general del estado de los otros aparatos. Si tres de éstos se encuentran en el excelente y uno en la neutralidad, el promedio general será influido por el sector más rezagado, haciendo bajar el promedio global del grado de felicidad. En tal caso, se prestará mayor atención al sector que peor anda, tratando de subirlo al nivel de los otros. Por otra parte,

cuando uno de los valores totales llega a bajar alrededor del muy malo, comienza a funcionar el “derecho de veto”. Así, aunque tres aparatos se hallen en el excelente, uno solo que se encuentre alrededor del muy malo, anula a los otros y pasa a ser el único que determina el estado general. En ese caso pasa a ser “muy malo” el estado global de felicidad-infelicidad. Ello es así, porque la felicidad consiste en el “todo bien”, mientras que la infelicidad se puede presentar con el solo: “algo muy mal”. El muy mal en uno de los campos de la vida es suficiente para impedir el estado de conformidad general. Aquí no funciona el promedio aritmético de los cuatro sectores. Sólo funciona cuando no hay ningún sector importante que se encuentre sumergido en el valor negativo.

Esta situación nos muestra la importancia del trabajo integrador y coordinador del aparato de la integración general, que hace que el sujeto vaya manejando paralela y organizadamente los distintos campos de su vida. Si no existieran esos mecanismos, no se prestaría una especial atención al sector de valores que se encuentra caído. Así, si hay tres valores totales en el excelente y uno en el pésimo, pero donde se promediara el conjunto aritméticamente, resultaría una cierta conformidad general como resultado del promedio, que haría decaer el interés por atender el sector que se encuentra en pésimas condiciones. Por tanto, era necesario que el sector más sumergido anule a los que se encuentran bien, y sea el que imponga la disconformidad en el estado anímico, lo que asegura que se dará toda la atención a ese campo de la vida.

Finalmente, como aquellos valores virtuales positivos se logran a través del esfuerzo y el trabajo concretos, y dado que la felicidad consiste en el logro de tales ideales absolutos, el aparato de la integración general, como síntesis de los otros, orienta toda esa energía motivacional reunida a trabajar constantemente en lo que es útil a la sobrevivencia de la tribu.

ESTRUCTURA DE LOS APARATOS

1. Hechos concretos y condiciones virtuales

Las aspiraciones de la intencionalidad se orientan constantemente a dos tipos generales de metas: 1- **hechos concretos**, 2- **condiciones virtuales**. La diferencia básica entre ambos radica en lo definido o indefinido de la duración de algo, en lo estable o inestable del fenómeno. Un acto hábil, por ejemplo, es un hecho concreto porque permite ser delimitado en el tiempo y espacio, es algo que “aparece y desaparece” de la realidad, es un suceso que luego de ocurrir deja de ser al instante; después de presentarse ya no existe sino sólo como un hecho del pasado. En cambio las condiciones virtuales tienen una existencia relativamente constante. El poseer, haber o ser algo, están presentes con continuidad en la extensión del tiempo, al igual que el no poseer, no haber o no ser ese algo. Si bien las condiciones virtuales también fluctúan entre el ser y el no ser, por cuanto una cualidad que es, tarde o temprano deja de ser, y la que no es comienza a ser, no obstante, tienen una relativa estabilidad; están o no están presentes en un espacio de tiempo determinado.

2. Impulsos y bipulsiones que forman la estructura de los aparatos

Cuando tratábamos sobre los impulsos y bipulsiones, enfocábamos la atención solamente en los actos o hechos concretos, como metas o valores absolutos de esas tendencias. Esto era a los fines prácticos y como un modo de ordenar la tarea. Pero hay algunos impulsos y bipulsiones que, además de interesarse en hechos concretos, actúan en relación a las condiciones virtuales. La parte de esos impulsos y bipulsiones que trata sobre condiciones virtuales es la que pasa a formar la estructura motivacional de los aparatos.

Como decíamos más atrás, los aparatos surgen de la organización de los impulsos y bipulsiones. Los valores virtuales absolutos de los aparatos siguen siendo metas y valores absolutos de los impulsos y bipulsiones. Así

por ejemplo, la bipulsión espiritual, cuyos valores absolutos son: lo positivo y lo negativo para el O.M.I.F., no sólo trata sobre los **hechos concretos** favorables o desfavorables al O.M.I.F., sino que las **condiciones virtuales** de bienestar o malestar estables del grupo también significan lo positivo o negativo para el O.M.I.F. Tales condiciones virtuales provocan el placer o displacer espirituales respectivamente. Por ello, en el caso del aparato del bienestar grupal vemos claramente la presencia estructural de la bip. espiritual. Otro ejemplo es el caso de la bip. moral global. Una parte de ésta se orienta a los hechos concretos o actos buenos y malos en general, y la otra es la que trata sobre las virtudes y defectos como condiciones virtuales. Es decir, aquella primera parte es la que da lugar al resto de bipulsiones que tratan sobre actos o actitudes concretos; mientras que la otra parte de la bip. moral global se vuelca a lo virtual (virtudes y defectos). Los valores absolutos generales de la bip. moral global son siempre lo bueno o aprobable y lo malo o desaprobable. Luego, como las virtudes y defectos son cualidades buenas y malas del sujeto respectivamente, dichas virtudes y defectos son también formas particulares de lo bueno y malo en general. Así, esa derivación de la bip. moral global que trata sobre cualidades virtuales pasa a formar la estructura del aparato de la moral personal. Es la parte que va por “encima” de las bipulsiones y sus actos concretos, ocupándose de las virtudes y defectos surgidos de su actividad.

Para analizar la composición de los aparatos, debemos distinguir primero dos aspectos generales de tal composición. Uno se refiere a la estructura concreta de los valores virtuales absolutos, o sea, a los impulsos y bipulsiones que están presentes en forma directa en esos valores y en el interés con respecto a ellos (a éstos corresponden los ejemplos vistos). El otro aspecto se refiere a la organización y coordinación del funcionamiento de otras tendencias motivacionales que, aunque no formen parte del interés directo en relación a los valores virtuales de los aparatos, tienen no obstante una actividad subordinada a los fines de éstos. Por ejemplo, la bip. de la responsabilidad social tiene una buena parte de su actividad que está naturalmente subordinada a los fines de los aparatos sociales. El deber consiste en muchos casos en el cumplimiento de aquello que significa un medio para el logro de los ideales sociales. La bip. de la responsabilidad social se va ocupando de los hechos concretos que son pasos parciales en relación a los ideales de bienestar social o de honor y dignidad tribales. En este ejemplo vemos que si bien el cumplimiento del deber, como acto concreto, no forma parte de la estructura directa de los valores virtuales de los aparatos sociales, se encuentra sin embargo subordinado a los fines de ellos. Su actividad se

halla en gran parte librada a lo que **debe hacerse** en cada caso para favorecer el logro de dichos ideales. Otro ejemplo es el caso de las bipulsiones ética-seriedad y ética-gravedad. Aunque las mismas no participen directamente en la estructura de los valores virtuales de los aparatos, se movilizan resguardando los intereses de estos últimos. Son las que responden condenando a quien atenta contra los valores virtuales positivos que se poseen, y las que gratifican a quien contribuye a reafirmarlos. Así por ejemplo, cuando alguien ofende el honor de la tribu, o atenta contra las condiciones de bienestar del sujeto, se movilizará la bip. ética-seriedad, o gravedad, respondiendo agresivamente a ese ataque hacia los valores positivos de los aparatos. Por el contrario, si se reciben tributos hacia el honor de la tribu, o una contribución a las condiciones de bienestar, aquellas bipulsiones responderán gratificando o retribuyendo los honores hacia quien contribuyó a reafirmar los valores positivos de los aparatos.

Entonces, por un lado están los impulsos y bipulsiones que tienen una parte de su actividad volcada al plano de las condiciones virtuales, y que son los que dan lugar a la estructura directa de los valores virtuales de los aparatos. Y por otro, encontramos muchos componentes motivacionales que, aunque no formen parte directa del interés esencial con respecto a los valores virtuales de los aparatos, se subordinan y organizan funcionalmente bajo la órbita de su movimiento.

En base a tal distinción, analizaremos primero los impulsos y bipulsiones que tienen una parte de su actividad referida a las condiciones virtuales, y que son los que dan forma a la estructura motivacional directa en relación a los valores virtuales de cada aparato. Luego veremos el resto de tendencias cuya actividad, volcada a los hechos concretos, se encuentra naturalmente subordinada a los fines de los aparatos, formando parte de su funcionamiento integral.

Al final del capítulo (pág. 285) se muestra un esquema de la estructura de los aparatos, que resume lo que analizaremos a continuación.

Entre los impulsos y bipulsiones que dan lugar a la estructura directa de los valores virtuales absolutos y al interés esencial en relación a ellos, hay algunos que se hallan presentes en todos los aparatos por igual; son éstos los impulsos de conservación, de alivio, de gozo, de continuación, de recuperación, y las bipulsiones anticipatoria y estética.

Los **impulsos de conservación, de alivio, de gozo y de continuación**, que son los representantes más directos de la ley general, cumplen en los aparatos las cuatro funciones centrales de la intencionalidad en su lucha contra las fuerzas contrarias. El de conservación es el encargado de **evitar**

los valores virtuales negativos, cuya posesión es siempre fuente de displacer. El de alivio trata de **salir** del estado displacentero que significa la presencia de los valores negativos. El de gozo tiende a **lograr** los valores virtuales positivos, que son deseados por implicar la seguridad de placer correspondiente. Y el de continuación trata de **mantener** los valores virtuales positivos, fomentando su continuidad por ser fuentes de placer.

El **imp. de recuperación** se ve movilizado cuando se produce la pérdida o deterioro del nivel de valores virtuales que eran habituales. Por ejemplo, cuando el sujeto ve que sus virtudes no son como antes, aparecerá la nec. característica del impulso, que motivará hacia la recuperación de aquel nivel que era habitual. También, si las condiciones materiales de vida, que se habían tornado habituales, comienzan a deteriorarse, aparecerá la nec. del impulso, por lo que se tratará de recuperarlas. Así, al lograr volver a la “normalidad”, se produce la satisfacción del imp. de recuperación, desapareciendo su nec. (sentimiento de carencia de lo habitual).*

La **bip. anticipatoria**, como recordaremos, tiene a cargo todas las reacciones anímicas placenteras o displacenteras que se anticipan a otros hechos concretos productores de placer o displacer. Entre esas reacciones, los sentimientos de éxito y fracaso, o alegría del logro y frustración, serían las más importantes. Pero se incluyen también en la bipulsión todas las reacciones de placer, o alegría, conformidad, etc., que anticipan otros hechos placenteros, y toda amargura, disgusto, disconformidad, anticipatorios de lo malo o displacentero en general. Los valores virtuales de los aparatos encierran siempre una gran cantidad de hechos concretos futuros implicados bajo esas condiciones estables. Por eso, los sentimientos de alegría y conformidad por los valores positivos que se poseen, así como el disgusto, amargura y disconformidad por los negativos, son reacciones anímicas anticipatorias de toda la serie de hechos concretos favorables o desfavorables respectivamente, que tales condiciones estables anuncian.

Por último, decíamos que la **bip. estética** tiene también una presencia generalizada en los valores virtuales de todos los aparatos. Ello es así, porque los valores virtuales positivos y negativos están siempre asociados al placer y displacer respectivamente. Tal asociación hace que los valores positivos

* Correspondería también al impulso de recuperación el eventual interés de los aparatos por la libertad, la justicia social, y otras condiciones naturales de vida, que aparecen como valores sólo cuando se hallan ausentes por determinadas circunstancias. La libertad, por ejemplo, entendida como ausencia de opresión por parte de otros hombres, es una condición natural de la vida humana, que se transforma en una meta a lograr sólo cuando se encuentra ausente.

provoquen por sí mismos un placer estético o contemplativo en el sujeto; mientras que la sola presencia de los negativos provoca un displacer estético. En otros términos, aquella asociación hace que los valores virtuales adquieran una relativa autonomía en su capacidad de producir placer o displacer estéticos. Así, los valores positivos adquieren cierta belleza, y los negativos aparecen como algo feo o desagradable a la sola contemplación (concreta o a través de la representación mental).

Los cinco impulsos y las dos bipulsiones vistos se hallan presentes generalizadamente en el movimiento de los valores virtuales absolutos de todos los aparatos. Veremos ahora el resto de los componentes directos de cada uno, los que obviamente se suman a aquéllos.

Aparato ético: defectos-virtudes ajenos

Un componente esencial de este aparato es la **bip. ética global**. Esta es la responsable de las reacciones de agrado por lo bueno y desagrado por lo malo ajenos, aprobando lo bueno y desaprobando lo malo. Dicha bipulsión, como ya vimos, da lugar a tres bipulsiones particulares que se ocupan de responder ante las conductas ajenas en cuanto hechos concretos buenos o malos. Pero hay otra parte de la bip. ética global que se vuelca hacia las condiciones virtuales o estables, es decir hacia las virtudes y defectos ajenos como formas de lo bueno y malo. Esta parte es la que da lugar al aparato ético. Así, las virtudes ajenas provocan un agrado o conformidad estables hacia quien las posee, lo que se manifiesta en las muestras concretas de estima, valoración, aprecio, como segunda fase del aparato ético. Por su parte, los defectos ajenos provocan una disconformidad o desagrado estables, que se expresan en la segunda fase del aparato a través de las muestras de desestima o desvalorización.

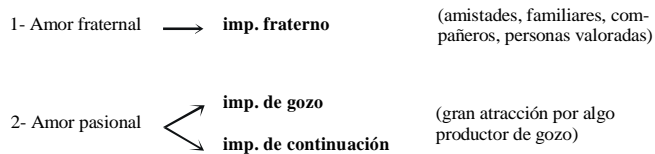
Debemos tener en cuenta que el aparato ético, al ser una forma particular, derivada hacia lo virtual, de la bip. ética global, lleva a su vez contenidos a los distintos componentes motivacionales que forman a dicha bipulsión. De ese modo, la primera fase del aparato, que consiste en el agrado o desagrado ante las virtudes o defectos ajenos, está sustentada por: 1- la bip. estética, que se halla presente en las reacciones de placer o displacer ante las virtudes o defectos, los que aparecen como bello-feo respectivamente. 2- el placer o displacer (por lo general anticipatorios) que resultan del beneficio o perjuicio que significan para el observador determinadas cualidades o atributos ajenos. 3- la bip. espiritual, que responde con placer o displacer ante las

cualidades ajenas que implican lo favorable o desfavorable para el O.M.I.F. del observador. Por otro lado, la segunda fase del aparato, que consiste en las expresiones de estima o desestima a través de las muestras concretas de dichos sentimientos, se forma con los impulsos fraterno y de agresión, que son los ejecutores de tales manifestaciones, como formas de aprobación o desaprobación globales respectivamente. También el imp. de comunicación participa aquí con su nec. de manifestar la conformidad o disconformidad con ciertas cualidades ajenas.

Hay que recordar que los componentes mencionados acumulan a su vez la esencia de otros elementos motivacionales. Así por ejemplo, la bip. estética, como uno de los componentes de la bip. ética global (y por tanto del aparato ético), se forma con varios impulsos, tales como los de gozo y de continuación, que buscan vivenciar el placer que produce lo bello (virtudes); los de conservación y de alivio, que tratan de negar el desagrado por lo feo (defectos); el de curiosidad, que se encuentra presente en el asombro y la admiración estética ante determinadas cualidades ajenas. Así, si vamos desintegramos los componentes del aparato ético de lo más complejo a lo más simple, veremos la diversidad de elementos que se han ido organizando en el marco de su estructura.

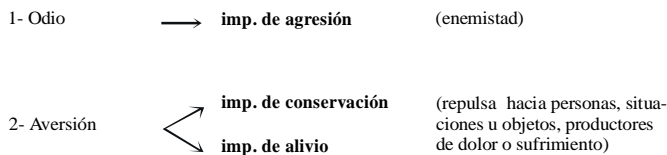
Por otra parte, corresponderían también al aparato ético los sentimientos de máxima estima en forma de amor, fraternal o pasional, y de máxima desestima como odio o aversión. Tales sentimientos tendrían siempre el sustento motivacional de alguno de los elementos nombrados como componentes del aparato.

Esa máxima estima tiene dos formas de manifestarse, y cada una de ellas cuenta con respectivos impulsos en los que se apoya:



En el estado de enamoramiento se juntan el amor fraternal por la valoración a la persona con el amor pasional surgido de la gran asociación al goce del objeto-sujeto.

Por otro lado, también hay dos formas complementarias de máxima desestima, sustentadas por impulsos antagónicos en relación a aquéllos:



Puede pensarse que a estos sentimientos, o actitudes, afectos, como formas especiales y superlativas de estima o desestima, no sería adecuado considerarlos bajo el calificativo de “éticos”. Sin embargo, se trata básicamente de respuestas afectivas hacia las virtudes y defectos ajenos, o a lo **bueno-malo** de los atributos que se perciben en las personas o cosas. Por ello, aunque algunas formas de estima-desestima, según pareciera, no correspondería concebirlas como respuestas éticas, cumplen no obstante una clara función ética, puesto que sirven para motivar al otro (o a sí mismo cuando se trata de la autoestima o autodesestima) a desarrollar o mejorar las virtudes y a procurar la negación de los defectos. La sola situación por la que se estima al virtuoso y se desestima a quien posee defectos importantes es la condición que estimula a los sujetos a desarrollar adecuadamente sus cualidades personales o morales en general.

Una situación similar se presenta con el caso, por ejemplo, de la habilidad-torpeza respecto a su calificativo de “moral”. Los actos hábiles y torpes no aparecen en un principio como elementos morales en el sentido habitual de la palabra. Pero el placer-displacer respectivos que provocan la aprobación-desaprobación hacia esos valores (o la autoaprobación-autodesaprobación) son esencialmente morales, por el hecho de ser producto de lo bueno o malo de la propia conducta.

Aparato de la moral personal: defectos-virtudes personales

Entre los componentes motivacionales que hacen a la estructura del aparato se destaca en primer lugar la **bip. moral global**. Como ya vimos en el ejemplo de más atrás, dicha bipulsión tiene en el interés por la posesión de virtudes y la ausencia de defectos una de sus formas de manifestarse. Tales cualidades son respectivamente atributos buenos y malos del sujeto.

La división de la bip. moral global, por la que una parte de su interés se vuelca a los hechos concretos, dando forma a una gran parte del sistema de bipulsiones, y la otra se orienta hacia las virtudes y defectos, se basa en las dos formas que tiene el impulso de aprobación de obtener satisfacción. Una

es la aprobación o felicitación por un acto bueno, y la otra las muestras de estima como forma de aprobación global hacia la persona. Como recordaremos, el imp. de aprobación forma una de las cabeceras de la bip. moral global. Es el impulso que tiene en lo **bueno** propio la meta absoluta que lleva a su satisfacción. Por tanto, la bip. moral global, que lleva contenido al imp. de aprobación en su interés por lo bueno, se divide en aquellas dos formas generales de lo bueno: actos concretos (acto hábil, justo, etc.) y virtudes personales. Lo primero lleva al placer de la aprobación y autoaprobación espontáneas hacia la conducta concreta, y lo segundo a la estima social y autoestima como aprobación y autoaprobación estables. Por otro lado, la parte negativa, que es la desaprobación y autodesaprobación por lo malo, también se “abre” simétricamente a aquello; es decir, se da por una parte la desaprobación y autodesaprobación hacia los actos malos concretos, y por la otra la desestima y autodesestima por los defectos personales, como formas estables de lo malo. De tal manera, la parte de la bip. moral global que trata sobre las cualidades personales estables es la que da lugar al funcionamiento del aparato de la moral personal.

Otro componente directo del interés por las virtudes personales y la negación de los defectos es el **aparato ético**. Este es el que hace sentir la conformidad o disconformidad consigo mismo según virtudes y defectos propios. Los sentimientos de autoestima o autodesestima son producto de una combinación ética-moral. Primero se da la respuesta ética de conformidad o disconformidad ante la evaluación sobre sí mismo, a lo que sigue la correspondiente reacción espontánea de placer o displacer morales. La parte ética es la estimadora o desestimadora, y la parte moral es la que recibe la estima o desestima provenientes de ese mecanismo ético automático. Pero ambas fases son prácticamente simultáneas; forman el único sentimiento de autoestima o autodesestima.

Un tercer componente directo del interés por las virtudes y la negación de los defectos personales es la **bip. de la lucha moral**. Esta bipulsión no sólo trata sobre los hechos concretos (ganar-perder, hacerlo mejor o peor, etc.), sino que también actúa plenamente en el plano de las condiciones virtuales. En este nivel sus valores absolutos aparecen como **ser mejor - ser peor**. El “motor agregado” que significa la bip. de la lucha moral, para el movimiento de todos los valores con motivaciones morales, se presenta también en el aparato de la moral personal. Aquí, el ser mejor - ser peor llevan contenidas a las virtudes y defectos, que se someten al manejo dinámico de la bip. de la lucha moral. En este plano, las virtudes y defectos son los “materiales” en disputa. La bip. de la lucha moral aporta el ser “mejor” o “peor”,

como mecanismo vacío, mientras que las virtudes y defectos constituyen el “en qué” se es mejor o peor, o sea, forman los elementos sobre los que actúa el mecanismo.

El aspecto fundamental sobre el que trata la bip. de la lucha moral es, aquí, lo cuantitativo de las virtudes, lo diferencial del grado en que se las posee. El interés por poseer virtudes y no tener defectos ya está “sobrentendido”. Ahora la cuestión central se refiere al ser **más** virtuoso o **menos** virtuoso. Esta lucha puede ser clasificada de diversas formas:

1- Social o individual. Es social cuando el planteo se refiere a quién es mejor o peor; y es individual cuando se trata de mejorar y de superarse a sí mismo.

2- Por virtudes parciales o en relación a la virtud global o sintética. Es decir, la lucha puede referirse a una virtud aislada, ejemplo: quién es más hábil para determinada tarea, o bien, puede tratar sobre el ser mejor o peor individuo en el total de aspectos.

3- Implícita o expresa. Es implícita cuando la espontánea emulación lleva necesariamente a desarrollar un interés por ser de los mejores, o el mejor si se puede, evitando ser de los peores, o ser peor que determinado sujeto. Y es expresa cuando se ponen a prueba los valores en un claro desafío o juego, para “ver” quién es mejor.*

El **imp. sexual**, y en especial cuando se encuentra en un prolongado estado de insatisfacción, puede ser también un importante componente motivacional del aparato de la moral personal. Al constituir las virtudes o defectos personales un factor determinante del mayor o menor grado de aceptación sexual, aquel impulso motiva frecuentemente al desarrollo de virtudes y la negación de defectos. Sin embargo, no haría falta nombrar a este impulso entre los componentes del aparato, por el hecho de haberlo incluido en su momento en la bip. moral global, a la que ya se mencionó como componente esencial de aquél. O sea, debemos dar por descontada la presencia, en el aparato, de los elementos que forman a dicha bipulsión, entre los que se encuentra frecuentemente el imp. sexual, al procurar la

* El ser mejor en grado de virtudes nada tiene que ver con el turbio concepto de “superioridad” (humana, etc.). Ser mejor significa básicamente ser fuente de agrado para quienes así califican al sujeto o grupo. Las cosas son mejores o peores según gusten o no a quien las valora. Una comida es mejor que otra porque es más sabrosa y del agrado de quien la califica así. Por ello, el deseo de ser mejor es el deseo de ser algo bueno, algo agradable para los otros. Sólo por eso se es mejor. El mejor en virtudes es el mejor en “bondades” personales. En cambio el “superior” es algo enfermizo, hostil, desagradable, es el **peor**.

aceptación sexual a través de lo “bueno propio” en general; en este caso en su forma virtual: virtudes personales.

Hay varios casos análogos a este, donde no se menciona algún componente motivacional de una tendencia compleja, por el hecho de dar por descontada su presencia allí, cuando sí se nombró previamente a otro elemento componente en el que aquél va incluido.

Aparato de la moral grupal: defectos-virtudes grupales

La **bip. moral grupal** es la que da lugar en forma directa a la estructura del aparato. Como recordaremos, dicha bipulsión tiene como valores absolutos: lo bueno o malo del propio grupo. En esos valores generales se incluyen, obviamente, las virtudes y defectos, o condiciones virtuales honrosas y deshonorosas respectivamente, como formas particulares de lo bueno y malo del grupo. Así, esta parte de la bip. moral grupal, que trata sobre lo virtual o estable de los valores, es la que da vida y movimiento al aparato de la moral grupal.

En el de la moral grupal se halla también presente el **aparato ético**, que es el que hace sentir conformidad o disconformidad con “nuestras” virtudes o defectos, como producto de la evaluación sobre lo que es honroso o motivo de orgullo, y lo deshonroso o humillante del propio grupo.

Finalmente, la **bip. de la lucha moral** actúa también sobre las virtudes y defectos grupales. Es la responsable de la emulación y el interés por ser la mejor tribu o grupo, dando la máxima vitalidad y dinamismo al aparato. La bipulsión de la lucha moral es como un “acelerador” de las motivaciones morales. Por ello, en el aparato de la moral grupal es el elemento que multiplica el interés por el mejoramiento de las virtudes grupales.

Aparato del bienestar personal: malestar-bienestar personales

En este casi no hay agregados con respecto a los componentes que son comunes en la estructura motivacional directa del interés en relación a los valores virtuales absolutos de todos los aparatos (imp. de conservación, de alivio, de gozo, de continuación, de recuperación, y las bipulsiones anticipatoria y estética). Sólo se agregaría el impulso de variación, que a menudo

responde con el hartazgo o nec. de cambio ante determinadas condiciones estables de vida personal que se han tornado monótonas o rutinarias.

Como ya dijimos, en el aparato del bienestar personal se incluyen todos los intereses del sujeto exceptuando los morales y espirituales. El aparato abarca condiciones materiales favorables o desfavorables para la mayoría de los impulsos, así como para lo que interesa a las bipulsiones no morales ni espirituales y a la macropulsión.

El hecho de que el aparato se ocupe de todos los valores virtuales relacionados a esos intereses, es algo que nos puede hacer creer que aquel conjunto de tendencias no morales ni espirituales también formarían parte directa del aparato del bienestar personal. Pero no es así por lo siguiente. En principio, los aparatos son mecanismos activos y en movimiento. Los componentes de su estructura motivacional son siempre impulsos y bipulsiones igualmente en movimiento. Por eso, si un sujeto, movido por su interés en el bienestar personal, decide, por ejemplo, instalar un sistema de calefacción en su casa, y lo hace en pleno verano, adelantándose a los fríos de invierno, ello no implicará que el imp. de calefacción esté motivando esa conducta. Si suponemos que en el momento que lo decide, el sujeto no siente el menor frío como nec. del impulso, ello quiere decir que su imp. de calefacción no se halla movilizado, por lo que la correspondiente tendencia dirigida se encuentra inactiva. Sin embargo, aquel individuo tiene un decidido interés en instalar la calefacción y no se detiene hasta lograrlo.

Los impulsos responsables de esa conducta serían básicamente los de gozo y de conservación, que son los dos representantes más directos de la ley general. Dicha ley, como sabemos, es la tendencia constante de la intencionalidad a afirmar el placer y negar el displacer, y que además se propone lograr el máximo placer y el mínimo displacer posibles. Los impulsos de gozo y de conservación son los ejecutores permanentes de esa aspiración absoluta de la intencionalidad. Por tanto, ellos son lo que “miran” el futuro, procurando constantemente promover las condiciones de vida más favorables, que aseguren el máximo placer y el mínimo displacer posibles. De tal forma, esos impulsos son los que, en el ejemplo, se interesan en que haya calefacción. Ello es lo que garantiza la presencia del placer de la calefacción y la negación del displacer del frío para el invierno, y para los otros inviernos. Luego, el imp. mediador y la bip. anticipatoria, que son apoyos generales para todas las metas de la intencionalidad, verán en la instalación del sistema de calefacción una meta a lograr, apoyando ese interés.

Los impulsos de gozo y de conservación se valen de las vías de entrada al placer y displacer de los otros impulsos, anticipándose a ellos, en base al

mero interés en la afirmación del placer y la negación del displacer en general. En el ejemplo que traemos, estos impulsos “consideran” la cantidad de placer y displacer que pueden producir la calefacción corporal y el frío respectivamente, y actúan según ello. Pero sólo están operando en base a las vías de entrada al placer y displacer de otro impulso, lo que no implica que en ese interés esté presente dicho impulso.

Lo mismo con respecto al interés del aparato del bienestar personal por las “facilidades de alimentación”, o por la “seguridad sexual”. Si un sujeto se preocupa por esos valores virtuales luego de haber ingerido alimentos en abundancia, o cuando el imp. sexual se halla satisfecho, los impulsos alimenticio o sexual no estarán presentes en aquellos intereses virtuales. Se tratará de los impulsos de gozo y de conservación, que al manejar siempre la realidad para asegurar el máximo placer y el mínimo displacer futuros, “consideran” nuevamente las vías al placer y displacer de aquellos impulsos, de modo de asegurar que sean fuentes de placer y no de displacer (insatisfacción) futuros.

En los únicos casos en que los otros impulsos pueden estar ocasionalmente presentes en los intereses virtuales del aparato del bienestar personal, es cuando se encuentran eventualmente insatisfechos y movilizada su T.D. Así por ejemplo, el interés por las facilidades de alimentación, como condición virtual, puede estar reforzado por la propia tendencia dirigida del imp. alimenticio cuando éste se halla en estado de nec. Sin embargo es poco lo que puede influir al respecto. Cuando dicho impulso está movilizado, lo que le interesa básicamente es comer “ahora” y opíparamente; mientras que aquel interés virtual por las “facilidades de alimentación” corresponde fundamentalmente a los impulsos de gozo y de conservación, que “piensan” en el placer y displacer futuros, **deseando** el primero y **temiendo** el segundo respectivamente.

Los impulsos de gozo y de conservación son prácticamente la misma ley general en forma de impulsos. Al ser dicha ley la unidad de sus dos tendencias parciales: afirmadora del placer y negadora del displacer, y al ser esos impulsos las formas más representativas de ello, constituyen por tanto los dos brazos con que la intencionalidad maneja casi todos sus asuntos. Tales impulsos se superponen prácticamente a todos los intereses de la motivación.

Entonces, aunque el aparato del bienestar personal abarca todo lo que en el plano virtual se relaciona con las tendencias materiales, o no morales ni espirituales, sus componentes motivacionales directos son sólo los impulsos y bipulsiones mencionados más atrás, o sea, los que son comunes en todos los aparatos, más el imp. de variación; a lo que se agregaría la posible parti-

cipación ocasional y rotativa de algún impulso movilizado, que puede sumarse al interés por determinada condición virtual favorable para su satisfacción.

Aparato del bienestar grupal: malestar-bienestar grupales

El único componente que se agrega a los compartidos por todos los aparatos, pero que aquí es el fundamental, es la **bip. espiritual**. Vimos ya que esta bipulsión divide su tarea entre el plano de lo concreto, donde trata de afirmar los hechos favorables y negar los desfavorables para el O.M.I.F., y el de las condiciones virtuales. Esta última parte de la bipulsión da lugar al aparato del bienestar grupal.

Aparato de la integración general: infelicidad-felicidad

Los **aparatos de la moral personal, de la moral grupal, del bienestar personal y del bienestar grupal**, forman los cuatro grandes pilares que sostienen la estructura del aparato de la integración general. Este último no es más que la síntesis o el conjunto de los otros. Por tanto, lleva inmersos en su composición a todos los elementos que forman la estructura de cada uno de ellos.

La actividad de este aparato no es otra cosa que la integración, coordinación y organización del funcionamiento de los aparatos que lo componen. Todos los ideales que se fijan éstos van convergiendo hacia la felicidad. No hay ideales que escapen al orden mayor del aparato de la integración general. Cualquier ideal particular lleva siempre el auspicio del aparato supremo, que lo concibe como un paso para la felicidad integral del sujeto.

Dentro del mundo de elementos motivacionales que forman al aparato, se destacan con gran relevancia los **impulsos de gozo y de conservación**. El de gozo es el responsable del **deseo** de la felicidad y del logro de todos los ideales que llevan a ella, puesto que las condiciones de felicidad son las que aseguran la abundante presencia del placer material, moral y espiritual. El imp. de conservación, por su parte, es el que responde con **temor** hacia las condiciones de infelicidad. Por tanto, evita siempre los valores virtuales negativos, o “anti-ideales”, que son seguras fuentes de displacer material, moral o espiritual.

Como podremos notar, la altura donde se halla este aparato se ubica por encima de las nubes que en algún momento nos dificultaban la visión. Aquí, en la cumbre del espíritu, no hay ya obstáculo alguno que nos impida ver con toda claridad la esencia de la ley general. La felicidad-infelicidad, a

pesar de ser los valores que se encuentran en las máximas alturas del psiquismo, vuelven a mostrar con notable transparencia la presencia de la ley general en su lucha contra las fuerzas contrarias. Esos valores supremos expresan en forma directa la tendencia absoluta de la intencionalidad. Es por ello que las principales figuras del psiquismo: los impulsos de gozo y de conservación, se encuentran en la cabecera del aparato, mostrando en qué consiste la aspiración esencial de la materia subjetiva.

Aunque hayamos abandonado las nubes, a las que podemos ver flotando debajo nuestro, continúa aún el fuerte viento aquí en la cima de la mente. Es este el viento vivo del alma humana, que sopla con su eterna persistencia desde la infelicidad hacia la felicidad.

3. Componentes funcionales de los aparatos

Hasta aquí hemos tratado sobre los elementos que componen la estructura directa del interés absoluto por afirmar los valores virtuales positivos y negar los valores virtuales negativos. Ahora observaremos los componentes motivacionales que vuelcan su accionar hacia los hechos concretos, pero que subordinan naturalmente su actividad al movimiento integral de los aparatos, formando parte de ellos en lo funcional. De tales componentes veremos los fundamentales.

En principio, las **bipulsiones anticipatoria y estética** se hallan, también en el plano de lo concreto, apoyando la conducta orientada hacia los fines de todos los aparatos. Donde más se acentúa la participación de esas bipulsiones es en lo que hace a la persecución de los ideales. La primera es la encargada de todas las reacciones de placer o displacer anticipatorios, como respuestas al acercamiento o alejamiento del logro de los ideales. Entre esas reacciones, las principales son: el sentimiento de éxito por el logro de los ideales y la amargura del fracaso en ello. Luego, la bip. estética es la que experimenta constantemente fantasías consistentes en la representación mental de todo aquello que implicaría el logro del ideal, evitando a su vez las imágenes de lo que supondría el fracaso. Estas dos bipulsiones no serán nombradas en la composición funcional de los aparatos, considerando constante su presencia en ellos.

Aparato ético

Las **tres bipulsiones éticas y la bip. de la enseñanza** actúan en el plano de lo concreto aconsejando, corrigiendo, sugiriendo, alentando, amenazando, premiando o insultando, en vistas a que los demás desarrollen o mejoren

sus virtudes. Las respuestas de aprobación o desaprobación hacia los actos ajenos concretos, o el enseñar algo específico, con frecuencia llevan contenida la finalidad mediata de que el otro **sea** mejor. En otras palabras, lo que ocurre a nivel de los hechos concretos se realiza en función de lo virtual o trascendente de la finalidad perseguida por el aparato ético.

Aparato de la moral personal

La **bip. moral global**, en su parte volcada a los actos concretos, así como las **bipulsiones derivadas de ella**, organizan su actividad bajo los fines globales del aparato; es decir, los actos concretos de esas bipulsiones responden a lo que hay que **hacer** para **poseer** virtudes, o bien para **ser** un individuo valorable por sus cualidades.

La **bip. de la lucha moral**, en su parte volcada a los hechos concretos (ganar-perder, o hacerlo mejor-peor), tiene un importante papel en el funcionamiento del aparato de la moral personal. Es la que constituye el campo de prueba para las virtudes y defectos. Los valores de la actividad tienen allí el más firme parámetro indicador, que permite saber en qué lugar de la realidad se está ubicado. Así, si un sujeto cree tener un grado excepcional de virtudes, o si cree que es el mejor en determinada cualidad o capacidad, sólo su triunfo o el “hacerlo mejor” en aquello de lo que tratan las supuestas virtudes es lo que demostrará la veracidad de esa suposición. Mientras que si es aventajado o derrotado, podrá saber, gracias a ello, que su nivel no era como creía, lo cual lo motivará a desarrollar más sus virtudes. En otros términos, la parte concreta de la bip. de la lucha moral es un “centro calificador” de virtudes. El ganar muchas veces en un juego, por ejemplo, convierte automáticamente en hábil a un sujeto; mientras que el ser perdedor es, según el caso, un título de torpeza. Por ello, el aparato de la moral personal tiene en el ganar-perder una constante fuente actualizadora de la “tabla” de valores virtuales.

Las **bipulsiones ética-seriedad y gravedad** se “turnan” para responder agresivamente hacia quien atenta contra los propios valores virtuales positivos o contribuye a generar los negativos; gratificando a quien contribuye a reafirmar los positivos o a poner fin a las propias condiciones virtuales negativas. En el aparato de la moral personal, el ataque a los valores consiste en la ofensa, humillación, degradación. Esto provoca un intenso displacer, que ingresa por la vía de la desaprobación. O sea, el insulto es en esencia una forma de desaprobación o rechazo, pero tan intensa y frontal que pro-

duce un profundo disgusto, a lo que sigue la respuesta agresiva de la bip. ética-seriedad o gravedad. Por el contrario, cuando se reciben honores o elogios, que son lo opuesto a la ofensa, significan una contribución o reafirmación de los propios valores positivos o virtudes. Por ello, según el caso, se responderá retribuyendo los honores.

Aparato de la moral grupal

La parte de la **bip. moral grupal** que vuelca su actividad hacia los hechos concretos actúa constantemente orientada hacia la realización de actos grupales positivos o destacados. Tales actos concretos constituyen el camino por el que se llega a la posesión de virtudes grupales en el plano de la estabilidad de los valores. También, esos hechos positivos del grupo sirven como muestras de la posesión de virtudes, o como una consolidación de las mismas. De tal modo, los actos concretos de la conducta moral del grupo se subordinan a los fines virtuales del aparato.

La **bip. de la responsabilidad social**, y sus derivadas, tienen también una actividad subordinada a los intereses morales del grupo. Con frecuencia, el llamado del deber queda librado a lo que haya que hacer para favorecer los ideales de dignidad y honor tribales (o grupales). Así, la **bip. de la abnegación** empuja a realizar esfuerzos y actos de servicio que tiendan a favorecer el logro de dichos ideales. Luego, la **bip. de la lealtad** tiene un importante campo de su accionar en la subordinación a la causa común de los ideales de honor tribal. El deber de esta bipulsión consiste en la constante realización de actos consecuentes con la línea de conducta que exigen tales ideales. La **bip. de la devoción tribal** impulsa a la realización de actos individuales que impliquen ofrendas o tributos hacia el ente supremo. Tales actos, así como el honrar verbalmente al espíritu colectivo, contribuyen a reafirmar los valores de dignidad y honor tribales. La **bip. del heroísmo**, que reúne a su vez otras formas del deber, subordina naturalmente su actividad a todo lo relacionado con el honor de la tribu.

La **bip. del rendimiento personal** (junto con todas las bipulsiones que funcionan bajo su orden) subordina también su actividad a los intereses del aparato. El buen o mal rendimiento personal dependen, en muchos casos, de la medida en que la labor individual contribuye a las aspiraciones morales del grupo.

Las **bipulsiones ética-seriedad y gravedad** se encargan de resguardar los valores del aparato de la moral grupal. La ofensa o agravio hacia el honor de la tribu es un ataque a los más altos valores del sujeto. El fuerte displacer y la indignación que ello provoca, son seguidos por la respuesta agresiva de la bip. ética-seriedad o gravedad. Por el contrario, tales bipulsiones responden comúnmente retribuyendo los honores hacia quien contribuye a reafirmar los valores de dignidad tribal.

La **bip. de la enseñanza** se ve también subordinada al funcionamiento del aparato. Los ideales morales de dignidad y honor tribales se valen de esta bipulsión para que la educación de los miembros de la tribu se oriente hacia los fines del aparato.

La **bip. de la lucha moral**, en su parte concreta (ganar-perder, hacerlo mejor-peor, aventajar-ser aventajado), constituye el campo de prueba para las virtudes grupales. Por ejemplo, entre los clubes deportivos que se enfrentan en un campeonato, sólo el triunfo-derrota deciden sobre quién es mejor. Ser campeón es la condición virtual que significa un título de virtudes grupales; es el título de **mejor**. Pero el triunfo concreto a nivel de los hechos es por donde se debe pasar para alcanzar aquella honrosa condición virtual. Por ello, la bip. de la lucha moral, en su parte orientada al plano concreto, subordina su actividad a los fines virtuales del aparato de la moral grupal. Se procura ganar o hacerlo mejor en el plano de los hechos concretos, pero en vistas a lograr una mejor ubicación en lo virtual a través del título de ganador; o bien, se trata de ganar para demostrar que se es mejor o que se poseen determinadas virtudes.

En la vida primitiva, el aventajar - ser aventajado, o el hacerlo peor o mejor, en cuanto a logros concretos de una tribu, debían constituir los indicadores, a nivel de hechos concretos, para saber qué tribu es mejor o peor en determinadas cualidades grupales. Es probable, también, que en las buenas épocas, donde las facilidades de alimentación, etc., hacían innecesaria una gran dedicación en el trabajo, se plantearan algunos desafíos o juegos entre tribus vecinas, con un auténtico carácter deportivo. Es decir, no sólo en el interior de cada una se desarrollarían diversos juegos de ganar-perder, sino que se producirían entre aquéllas esporádicos desafíos morales, para entusiasmo de protagonistas y espectadores de las distintas tribus.

La suposición de que habrían tenido lugar esporádicamente esas competencias o desafíos de carácter deportivo entre las tribus vecinas se fundamenta, en principio, en el entusiasmo que despiertan, por ejemplo, los campeonatos entre clubes deportivos, los torneos intercolegiales o universitarios, las competencias deportivas entre poblaciones o localidades, etc. La **capaci-**

dad natural de entusiasmo que existe universalmente en relación a ese tipo de competencias no sería algo casual, sino que tendría la premisa de una cierta herencia primitiva sobre el particular. Por otro lado, y esto sería lo más importante, aquellos encuentros constituirían un elemento de gran utilidad para las tribus que los practicaran eventualmente. Como los mismos tendrían lugar especialmente en las épocas favorables, cuando es menos necesaria la actividad laboral, dichos encuentros servirían como un elemento más para el mantenimiento de las capacidades. Al mismo tiempo, servirían también para incentivar el interés por mejorar continuamente las habilidades. La derrota de los miembros de un tribu, por ejemplo, “informa” a éstos que no son tan buenos como podían creer, lo que los motivará a tratar de mejorar sus habilidades. En cambio, sin ese **parámetro objetivo** seguirían conformes con la suposición de que son los mejores, por lo que no habría mayores motivos para procurar un mejoramiento de sus capacidades.

Dado que en las condiciones de vida de los primitivos se hallaban presentes todas las premisas objetivas para que aquello pudiera tener lugar (desarrollo moral-espiritual, relaciones de cordialidad y respeto entre las tribus, espíritu deportivo, deseo de ser los mejores, e infinitas **posibilidades materiales** para una gran variedad de juegos o desafíos morales con carácter deportivo), las tribus que aprovecharan tales posibilidades, y en las que a la vez existiera la capacidad de sentir entusiasmo por ello, lograrían una considerable ventaja común para la sobrevivencia, en relación a otras tribus incapaces de aprovechar ese importante estímulo para el mantenimiento y mejoramiento de las capacidades globales de rendimiento.

Si bien estamos hablando de lo que sólo puede ser una suposición, lo que sí es más seguro es que hay en nosotros una cierta propensión, en muchos casos injustificada, a subestimar a los primitivos, negando en ellos lo que vemos funcionar generalizadamente en la actualidad, o que sabemos que funcionaba en la historia conocida, olvidándonos de que nuestros antecesores de la época del organismo social primario, o sea los ya humanos seres racionales, eran iguales a nosotros en la totalidad de aspectos esenciales, no habiendo motivos para creer que no sabían aprovechar las oportunidades materiales a su alcance, máxime cuando las mismas, además de posibilitar el entusiasmo, eran de utilidad para la sobrevivencia. Así como no nos resulta difícil suponer la posibilidad de que los primitivos se enfrentaran en la guerra, tampoco debiera resultarnos inconcebible otro tipo de relaciones más amistosas entre las tribus.

Aparato del bienestar personal

Además de la bip. anticipatoria (éxito-fracaso, acierto-error, o toda reacción de placer o displacer anticipatorios) y la bip. estética (fantasías, realistas o no, del ideal a lograr), que son apoyos funcionales para los fines de todos los aparatos, sólo se agregarían como componentes funcionales importantes las **bipulsiones ética-seriedad o gravedad** y el **aparato ético**.

Las bipulsiones ética-seriedad y gravedad responden agresivamente ante el ataque a los valores de bienestar personal, y retribuyen a quien ayuda a reafirmarlos.

El aparato ético contribuye a los fines del aparato del bienestar personal con el repudio y la disconformidad hacia otros sujetos o grupos, cuyas cualidades negativas (maldad, egoísmo, injusticia) son concebidas como causales del propio malestar, o como obstáculos para las condiciones de bienestar personal. También se encuentra el aparato ético en el agradecimiento y las muestras de estimación y gratitud hacia quien favorece el propio estado de bienestar.

Aparato del bienestar grupal

La **bip. espiritual**, en su parte referida a los hechos concretos, responde con placer o displacer espirituales ante los sucesos que signifiquen una ayuda u obstáculo, respectivamente, para el bienestar del grupo. En este nivel de hechos concretos, el placer o displacer espirituales, por lo común, tienen lugar simultáneamente con las reacciones de la bip. anticipatoria; o sea, si un hecho anuncia, por ejemplo, algo malo para el O.M.I.F., no sólo provoca un disgusto anticipatorio de lo que vendrá, sino que ese anuncio es en sí mismo algo malo para el O.M.I.F. Por eso, en tales casos el displacer espiritual surge junto a la reacción “habitual” de la bip. anticipatoria.

Las **bipulsiones de la bondad y de la generosidad** se orientan también hacia la realización de actos concretos que contribuyan al bienestar de los compañeros y del grupo en su conjunto.

La **bip. de la responsabilidad social**, así como las bipulsiones derivadas de ella, que contienen en su esencia el cumplimiento e incumplimiento del deber, subordinan regularmente su actividad, volcada a los actos concretos, a los fines virtuales del aparato. Entre dichas bipulsiones, se pueden mencionar como fundamentales a las **de la abnegación, de la justicia, de la lealtad, y del heroísmo**. Los actos de servicio, de justicia, leal, y heroico, se ven habitualmente subordinados a los fines absolutos del aparato (afirmación del bienestar y negación del malestar sociales).

La **bip. del rendimiento personal** se ajusta con gran regularidad a los fines del aparato. El buen o mal rendimiento dependen naturalmente del grado en que el trabajo personal contribuye al bienestar del grupo.

La **bip. de la enseñanza** orienta su actividad educadora e instructora, de acuerdo a lo que sea mejor para el bienestar del conjunto.

La **bip. racional** también participa aquí, por cuanto lo sensato o racional de las ideas, propuestas, proyectos o acciones de los sujetos dependen también de su adecuación a lo que sea favorable para el bienestar común.

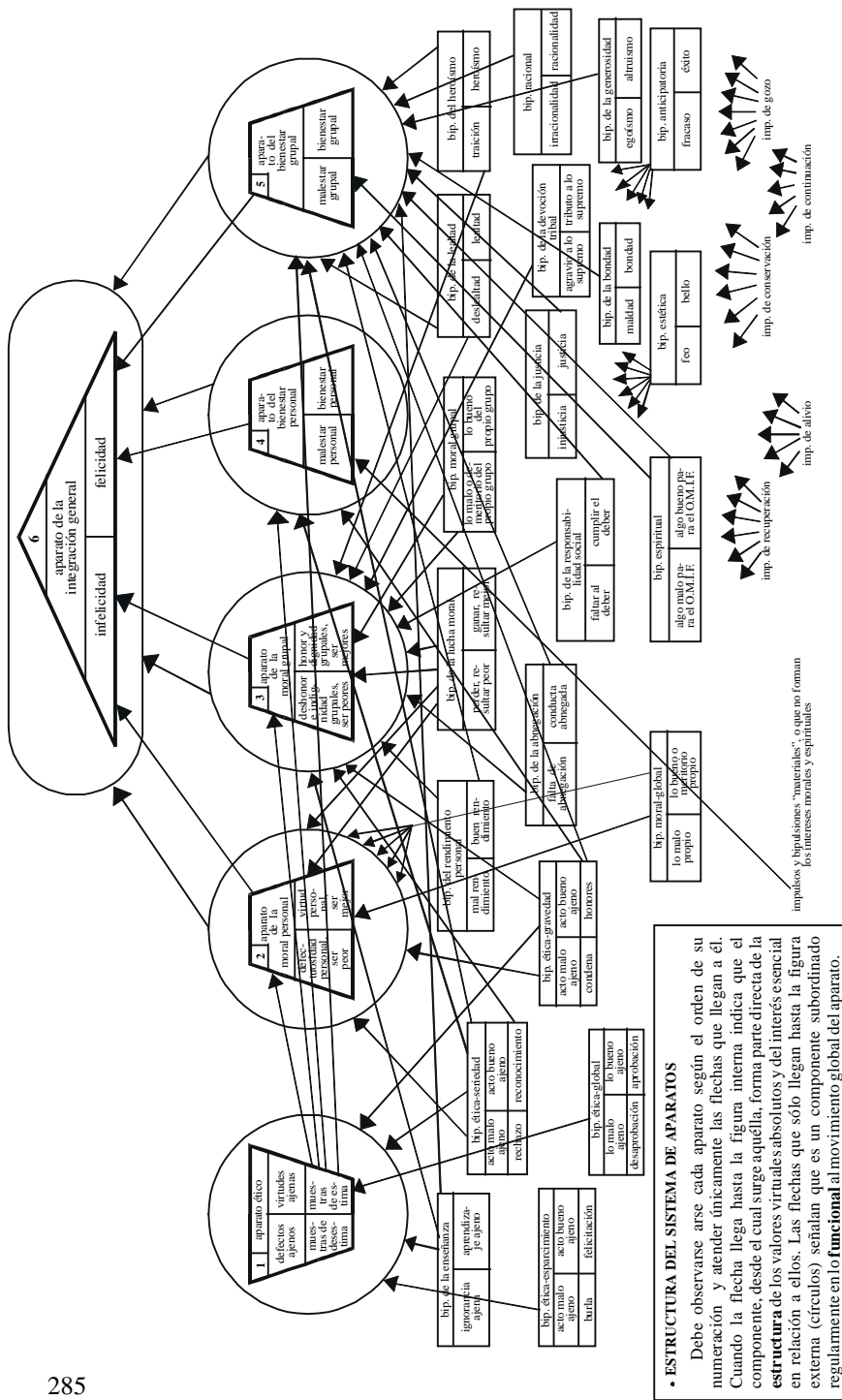
El **aparato ético** está presente cuando se considera que el bienestar grupal o social depende de las cualidades morales de otros sujetos o grupos que lo favorecen u obstaculizan.

Las **bipulsiones ética-seriedad y gravedad** responden agresivamente ante lo que atenta contra el bienestar del grupo, o retribuyendo a quien contribuye a reafirmarlo.

Aparato de la integración general

Así como la estructura directa de sus valores absolutos consiste en el conjunto de los valores virtuales absolutos de los otros aparatos, del mismo modo, los componentes funcionales que subordinan sus actos concretos a los fines de aquéllos son también abarcados en el funcionamiento de este aparato de aparatos. La afirmación de la felicidad y la negación de la infelicidad son los fines absolutos que organizan y dirigen los lineamientos generales del funcionamiento psíquico y la conducta humanos.

En la página siguiente se puede observar el esquema de la estructura de los aparatos.



• ESTRUCTURA DEL SISTEMA DE APARATOS

Debe observarse arse cada aparato según el orden de su numeración y atender únicamente las flechas que llegan a él. Cuando la flecha llega hasta la figura interna indica que el componente, desde el cual surge aquélla, forma parte directa de la estructura de los valores virtuales absolutos y del interés esencial en relación a ellos. Las flechas que sólo llegan hasta la figura externa (círculos) señalan que es un componente subordinado regularmente en lo **funcional** al movimiento global del aparato.

impulsos y bipolares "materiales", o que no forman los intereses morales y espirituales

FUNCIONAMIENTO DE LOS APARATOS

1. Los ideales

El concepto: ideal, puede entenderse en dos sentidos fundamentales. Uno es el que se refiere a hechos concretos, como metas u objetivos específicos que se procura lograr. Tales metas son concebidas como hechos únicos que sólo admiten el éxito o fracaso concretos en su consecución. El otro sentido se refiere a las condiciones virtuales “ideales” en las que se desea vivir, sean éstas materiales, morales, individuales o sociales. El primer sentido se refiere al plano de los hechos concretos. El segundo habla de condiciones virtuales estables o trascendentes en relación a los hechos. Al ser clara la diferencia entre ambos sentidos del concepto: ideal, será necesario establecer términos adecuados a cada uno de ellos:

1- **Ideales-metas.** Este concepto hará referencia al plano de los hechos concretos; a las grandes metas u objetivos claros y específicos que se desea lograr.

2- **Condiciones ideales.** Con ello nos referiremos a los valores virtuales o condiciones estables, trascendentes a los hechos.

Los dos elementos forman parte del funcionamiento de los aparatos. Las condiciones ideales no son más que los valores virtuales positivos de los aparatos. Estos últimos trabajan constantemente para mejorar las condiciones de vida individuales, sociales, morales y materiales. Las condiciones ideales consisten en el “excelente” de aquellos valores, o en lo más cercano a ello. Pero como esas condiciones virtuales no se consiguen sino a través de hechos concretos, los aparatos se van fijando continuamente metas concretas que sirvan al logro o al mejoramiento de las condiciones ideales o valores virtuales positivos. Entre esas metas, la mayoría son pequeñas y cotidianas, y su logro significa sumar aportes al mejoramiento de los valores virtuales. Pero hay algunas que son más mediatas e importantes en su incidencia para el mejoramiento de las condiciones ideales, y a éstas llamamos **ideales-metas**. Los aparatos funcionan generando y renovando ideales-metas, per-

filados siempre hacia el mejoramiento de los valores virtuales absolutos, o bien hacia el logro de las **condiciones ideales**. Por eso, los ideales-metas son los grandes objetivos que se fijan los aparatos, como medios o caminos que llevan a lograr o a mejorar los valores virtuales positivos y/o a salir de los negativos.

Los ideales-metas, al ser esencialmente los **medios** que llevan al logro de las condiciones ideales, son siempre adquiridos o relativos, y dependen de las diversas circunstancias de vida; o sea, no hay ideales-metas concretos y específicos que sean universales o compartidos por todos los miembros de la especie. Lo único que es común a todos, en tal sentido, es el **mecanismo** de fijarse ideales-metas. En cambio las condiciones ideales, además de tener formas relativas y variables de manifestarse (cualidades o condiciones estables específicas y culturalmente determinadas que se busca ser, poseer o que “haya”), tienen las formas necesarias y constantes, que consisten en los valores virtuales absolutos de los aparatos.

Para ordenar los conceptos, diremos que los objetivos o metas que no tiendan a mejorar las condiciones de los valores virtuales no serán ideales-metas. Cuando el objetivo o meta, por más importante que sea, es un hecho en sí mismo, buscado para ser disfrutado sin más implicancias, será un mero anhelo, aspiración o deseo (por lo general correspondiente al marco funcional de la macropulsión: hecho global placentero). Solamente consideraremos ideales a las metas de los aparatos. Así por ejemplo, un ideal-meta puede ser, para un estudiante, el logro del correspondiente título profesional. Aquí se trata de un objetivo claro y concreto. Lo que se persigue es el acto de obtener el título. En el momento de lograrlo se produce la alegría del éxito por haberse conquistado el ideal-meta. Sin embargo, nadie se esfuerza años enteros por la alegría única que se produce en el acto de recibir un diploma. Lo que sucede es que se busca el título en su calidad de **puerta** que lleva a la nueva condición virtual o ideal.

Supongamos que los aparatos de la moral personal y del bienestar personal se fijaron el logro del título como ideal-meta, porque significa pasar a **ser profesional** en el plano virtual. Ello supone, por un lado, la posesión estable de un grado mayor de virtuosidad personal en relación al estado de no poseer el título. La condición de profesional encierra, según la valoración social, la posesión de virtudes tales como capacidad, conocimientos, habilidad, abnegación, inteligencia. Por lo tanto, implica la mayor probabilidad de ser socialmente estimado o valorado, y de vivenciar sentimientos de autoestima en el futuro, así como un menor riesgo de desestima y auto-desestima futuras. Por otro lado, dada la realidad social, significa una condición favorable para el bienestar material futuro.

Tenemos, entonces, que los ideales-metas se persiguen como pasos para el logro o mejoramiento de los valores virtuales o condiciones ideales. Pero a su vez, las condiciones estables se buscan en función de los hechos concretos favorables que garantizan para el futuro. En otras palabras, los aparatos van de lo concreto a lo abstracto (ideales-metas→condiciones virtuales) y de lo abstracto a lo concreto (condiciones virtuales→hechos futuros favorables). En ese movimiento, los valores virtuales marcan la etapa intermedia o abstracta. Se buscan hechos concretos como medios para el logro de condiciones virtuales o abstraídas de los hechos, pero tales condiciones virtuales son a la vez buscadas como condiciones favorables para la indefinida serie de hechos concretos futuros; es decir, son buscadas, en definitiva, como garantía de ocurrir con más probabilidad en el futuro el placer y la negación del displacer.

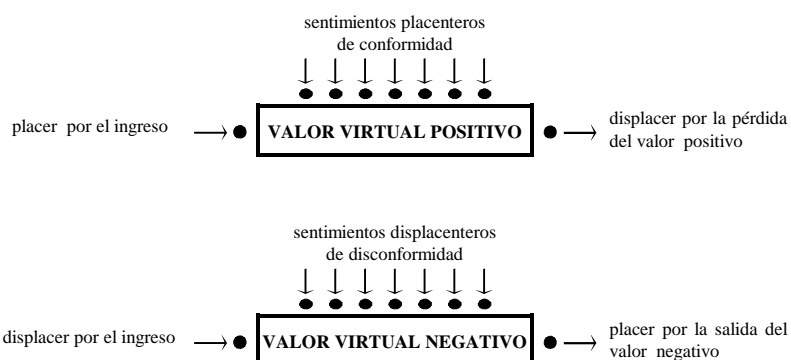
Todos los valores virtuales positivos de los aparatos, incluyendo su síntesis máxima: la felicidad, en esencia, no significan más que la garantía de placer y la negación de displacer futuros. Cuando se procura la virtud personal y la negación de los defectos, por ejemplo, se busca a través de ello las miles de reacciones concretas de placer moral por cada una de las miles de futuras muestras de estima y de reacciones de autoestima, garantizadas por la posesión de la virtud. También, se está tratando de evitar los miles de displaceres morales que implicarían las muestras o respuestas concretas de desestima y autodesestima hacia los propios defectos. Lo mismo sucede con todos los valores virtuales, los cuales son buscados o evitados pero no en sí mismos, sino en su calidad de “estaciones abstractas” entre los hechos concretos que llevan a ellas y los hechos concretos que prometen para el futuro.

2. Substrato anímico del movimiento de los aparatos

Si bien los valores virtuales o condiciones estables tienen existencia continua en la extensión del tiempo, las reacciones de placer o displacer nunca pueden tener esas características, sino que son siempre concretas y de limitada duración, o sea, “aparecen y desaparecen” aunque no varíe el estado de los valores virtuales. Por eso, el “manejo anímico” de los valores virtuales se divide en tres etapas. La primera es la reacción de placer causada por el ingreso al valor virtual positivo o de displacer por el ingreso al valor virtual negativo. La segunda es la periódica reacción de placer, en forma de conformidad, que se produce cada vez que se toma conciencia de la posesión del valor positivo, o el reiterado displacer de la disconformidad ante la toma de conciencia de la posesión del valor virtual negativo. Y la tercera etapa es

la reacción de displacer por la pérdida o anticipo del fin del valor virtual positivo, o de placer por el fin o anuncio del fin del valor virtual negativo. Por ejemplo, si el valor virtual positivo es “tener una casa”, producirá placer el momento en que el sujeto hace posesión de su vivienda. Luego, el segundo momento consiste en las periódicas reacciones de placer, en forma de conformidad, que experimentará aquel individuo cada vez que reflexione sobre lo bueno que posee como valor virtual. Por último, si le anuncian que derrumbarán su casa, y le muestran las “topadoras” como prueba de que no es en broma, se producirá seguramente un fuerte disgusto en el sujeto. Por otro lado, si el valor negativo es una enfermedad, veremos también los tres momentos o etapas anímicas, pero en una distribución inversa. El ingreso al estado de enfermedad es displacentero o disgustante. Luego, el segundo momento consiste en las reiteradas reacciones de displacer, en forma de disconformidad, que tienen lugar cada vez que se toma conciencia de la condición negativa. Por último, la salida de la enfermedad (o de cualquier otro valor virtual negativo) es acompañada por un sentimiento placentero.

Esquemáticamente:



Esa distribución de las reacciones anímicas es lo que asegura el normal movimiento de los aparatos hacia la afirmación y el mantenimiento de los valores virtuales positivos y la supresión de los negativos.

Las reacciones de placer-displacer que sostienen el movimiento de los valores virtuales corresponden, como norma general, a la bip. anticipatoria. Como sabemos, esta bipulsión tiene a cargo todas las reacciones anímicas placenteras o displacenteras que se anticipan a otros hechos concretos productores de placer o displacer. Por consiguiente, el placer de la alegría por el

ingreso a la condición virtual positiva, así como el placer de la conformidad reflexiva con el valor virtual positivo que se posee, o el placer del abandono del valor virtual negativo, consisten en reacciones que anticipan o anuncian otros hechos placenteros implicados y/o la ausencia futura de hechos displacenteros. A su vez, el disgusto, disconformidad o amargura, causados por el ingreso al valor negativo, su mantenimiento, o el fin del valor virtual positivo, son reacciones anímicas que se anticipan a la serie de hechos concretos displacenteros, así como a la negación o ausencia futura de los placenteros. Esto nos muestra que la presencia de la bip. anticipatoria es una constante en el nivel de los aparatos. Como aquí la abstracción reúne grandes cantidades de hechos, aparecen continuamente las reacciones de alegría o disgusto, como anticipos del promedio placentero o displacentero que ofrecen los conjuntos de hechos concretos abarcados por las condiciones virtuales.

Además de la bip. anticipatoria, hay también otros elementos anímicos en relación a los valores virtuales. Tales elementos se presentan principalmente en el momento intermedio, el que coincide con la existencia “actual” del valor virtual positivo o negativo, es decir, el correspondiente a los periódicos sentimientos de conformidad o disconformidad con los valores virtuales que ya se poseen. En el caso del aparato de la moral personal, los sentimientos de conformidad o disconformidad con las propias virtudes o defectos son fundamentalmente de naturaleza ética-moral; ocurren en forma de reacciones de autoestima o autodesestima. En el aparato de la moral grupal, los sentimientos de conformidad o disconformidad son básicamente de naturaleza ética-moral y espiritual: reacciones de “autoestima” y orgullo por las honrosas condiciones del propio grupo o “autodesestima” por la pobreza de sus valores; a lo que se agrega el placer o displacer espirituales por algo que es bueno o malo (favorable o desfavorable en general) para ese objeto de la identificación fraternal y moral. En el aparato del bienestar personal, los sentimientos de conformidad o disconformidad por las condiciones de bienestar o malestar no tienen prácticamente “agregados anímicos”. Aquí, los periódicos sentimientos de conformidad o disconformidad son casi totalmente reacciones anticipadas de alegría o disgusto por las condiciones virtuales favorables o desfavorables, de lo que interesa a los impulsos y bipulsiones “materiales” y a la macropulsión. En el aparato del bienestar grupal, los frecuentes sentimientos placenteros de conformidad o displacenteros de disconformidad son principalmente de naturaleza espiritual: placer espiritual por ver las condiciones de bienestar del O.M.I.F., o displacer espiritual por la situación negativa en que éste se encuentra.

Además de todos estos elementos anímicos que componen los intermitentes sentimientos de conformidad o disconformidad con los valores virtuales, se suma el placer o displacer estéticos por los valores que se poseen. Los valores positivos, por ejemplo, al estar siempre asociados al placer, adquieren una relativa autonomía en su capacidad de producir placer contemplativo o estético. Así, lo que en principio provocaba un placer anticipatorio de otros hechos placenteros se convierte en algo placentero en sí mismo. El placer que producen los valores virtuales positivos ya no es sólo el anticipo de otros hechos implicados, sino que además pasa a ser de interés en sí mismo para la bip. estética.

La diferencia entre el placer estético y el placer como reacción anímica anticipada está dada principalmente en que el estético, además de ser producto de una contemplación pasiva, es tomado como fin en sí mismo. En cambio el placer o displacer anticipatorios son interpretados o sentidos como medios o anuncios de otros hechos. Pero es frecuente que las reacciones de placer o displacer ante determinados estímulos, que nacen como anticipos de otros sucesos, se vuelvan autónomos en su capacidad de producir agrado o desagradado. En tal caso, esos estímulos pasan a ser buscados o evitados en sí mismos por parte de la bip. estética, que los concibe ahora simplemente como bello o feo. Así, la asociación al placer, de los valores positivos, y al displacer, de los negativos, hace que los primeros adquieran cierta belleza contemplativa o estética y los negativos sean causales de un desagradado estético.

Más allá de la minuciosa composición anímica de los sentimientos de conformidad o disconformidad por los valores virtuales con que se cuenta, esas reacciones, surgidas de la evaluación de los valores, pueden ser de diversos grados de parcialidad, o bien totalizadoras. Cuando la atención se centra en un valor parcial y aislado, como por ejemplo: la valentía, surgirá un sentimiento de conformidad o disconformidad específicos para ese valor parcial. Lo mismo si el valor parcial es la salud, etc. Luego, cuando es mayor el sector de valores abarcado por la atención, o por el cuestionamiento reflexivo, alcanzará, por ejemplo, la situación global en que se encuentra un aparato. Si el aparato es el de la moral personal, las reacciones de conformidad o disconformidad responderán a la síntesis del grado total de virtuosidad o defectuosidad generales del sujeto. En otros términos, los sentimientos de conformidad o disconformidad quedan librados al grado analítico-parcializador o sintético-totalizador de la evaluación reflexiva sobre los valores. De ese modo, se tratará de algo parcializado y específico en extremo, o llegará a la síntesis máxima que abarca el total de aspectos de la vida, es decir, entrará en acción el gran aparato de la integración general,

resultando la conformidad general como sentimiento de felicidad, o “mal”, surgirán reiterados sentimientos de infelicidad, como reacciones de disconformidad global.

El sentimiento de felicidad, como periódica reacción concreta de placer, es la combinación del conjunto de reacciones de placer estético, moral, espiritual, etc., como vivencia única de conformidad general por la situación presente, más la profunda alegría anticipatoria por el maravilloso colorido que muestra el futuro. Por el contrario, el sentimiento periódico de infelicidad es la mezcla de los diversos tipos de displacer que forman la amargura de la disconformidad con el presente, más la dolorosa angustia anticipatoria al mirar la oscuridad que presenta la ventana del futuro.

Con respecto al aparato ético, la conformidad o disconformidad con las virtudes o defectos en las personas, grupos, animales u objetos, que consisten en reacciones de agrado por las virtudes y desagrado ante los defectos, pueden tener lugar, también, en relación a una cualidad aislada o como respuesta al conjunto sintético de virtudes y defectos. La naturaleza del placer o agrado por las virtudes ajenas es una mezcla de placer estético en sí mismo, más el placer anticipatorio de los hechos favorables que esa virtud está garantizando; mientras que el displacer ante los defectos ajenos es también la mezcla del desagrado estético en sí, más el disgusto anticipatorio del conjunto de hechos desagradables que tales condiciones virtuales negativas anuncian.

Hemos visto hasta ahora las reacciones anímicas ocurridas **alrededor** de los valores virtuales, es decir, las reacciones placenteras o displacenteras que acompañan el **ingreso** al valor o condición virtual; la conformidad-disconformidad como respuestas a la **presencia “actual”** de los valores virtuales; y las correspondientes reacciones ante el **abandono o salida** de éstos. Faltaría ver las principales reacciones anímicas que se presentan durante **el trabajo orientado hacia el logro de ideales** que se hallan alejados en algún punto del futuro.

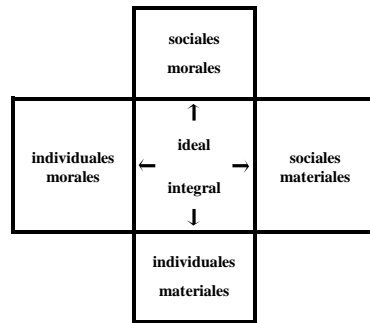
Las bipulsiones anticipatoria y estética constituyen el principal sostén de las reacciones anímicas que acompañan el trabajo orientado al logro del ideal. La bip. anticipatoria tiene a cargo las frecuentes alegrías por los logros parciales que van anunciando la cercanía del éxito final, y es la que responde con el disgusto por el fracaso parcial, que aleja la posibilidad del éxito final, o bien que acerca al fracaso definitivo. La bip. estética, por su parte, es la responsable de las intermitentes fantasías, que consisten precisamente en la representación mental de todos los hechos placenteros implicados en el ideal. Tales imágenes son buscadas como fin en sí mismo por la

bip. estética, la que a la vez tiende a evitar la representación mental de aquello que significaría el fracaso.

Durante el trabajo orientado hacia el logro de los ideales se da una continua sucesión de reacciones placenteras, que son mezclas de alegría anticipada más el placer estético por las agradables imágenes, tanto fugaces como elaboradas, de lo que implicaría el logro del ideal. Esas reacciones rellenan la mente de un continuo entusiasmo, haciendo revivir y sosteniendo el deseo del ideal. Esta sería la principal función de los “sueños” y fantasías: sostener el trabajo intenso hacia el logro del ideal. Es la función incentivadora, que hace agradable el largo trabajo orientado hacia su logro.

3. Clasificación de los ideales y distribución de sus elementos anímicos básicos

Vimos que hay dos tipos de ideales individuales y dos de ideales sociales: 1- materiales. 2- morales. Pero la misma clasificación admite invertir los términos y decir que hay dos tipos de ideales materiales y dos de ideales morales: 1- individuales. 2- sociales. Así, resulta la siguiente clasificación en cruz de los ideales:



Los valores virtuales absolutos de esos cuatro campos de la vida tienen, en estado natural, una similar importancia anímica en relación a los sentimientos de felicidad o infelicidad. Por ello, aunque tales sentimientos ocurran en un psiquismo particular, no podemos hablar, por ejemplo, de felicidad “individual”, sino sólo de felicidad, como vivencia globalizadora

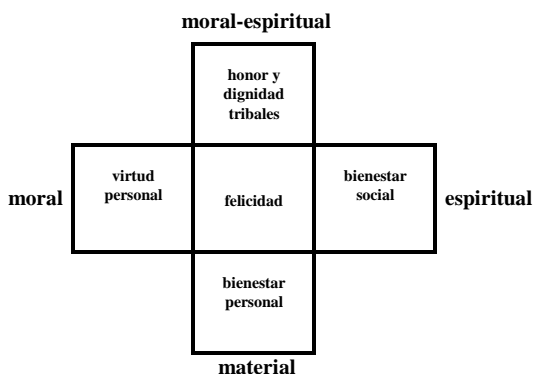
que incluye elementos morales y espirituales en relación al grupo. Dicho grupo, como objeto de la identificación, es parte estructural de la vida anímica del sujeto.

Repasemos brevemente las formas básicas del placer-displacer en relación a esos cuatro tipos de valores:

- Bienestar-malestar personales: placer-displacer anticipatorios de lo que se relaciona con los intereses de las tendencias sin motivaciones morales y/o espirituales.
- Bienestar-malestar del grupo: placer-displacer espirituales.
- Virtuosidad-defectuosidad personales: placer-displacer morales.
- Honor y dignidad - deshonor e indignidad grupales: placer-displacer morales y espirituales.

Como las condiciones de honor grupal, o la grandeza de los valores tribales, es un ideal que importaría menos a un mono que el bienestar material individual, la naturaleza debió “reforzar” el interés por aquel ideal, que en la tribu humana tenía una importancia similar a los otros para la sobrevivencia. Por ello, fomentó la capacidad de placer y displacer morales-espirituales en relación al honor tribal, para movilizar el interés por ese ideal tan alejado de las premisas motivacionales de cualquier animal. Luego, la virtud personal y el bienestar social o grupal también necesitaron ser reforzados. Por último, el interés por el bienestar material personal no necesitó refuerzos anímicos. La naturaleza dio por “sobrentendido” el interés por condiciones favorables para el conjunto de tendencias con destinos materiales individuales.

De tal modo, se da la siguiente composición anímica básica para los ideales absolutos de cada aparato:



4. La contradicción fundamental del psiquismo y los aparatos

Al igual que en los otros niveles, el movimiento y funcionamiento de los aparatos depende de la sostenida contradicción o lucha entre la ley general y las fuerzas contrarias. A pesar de los esfuerzos de cada aparato por obtener los valores virtuales positivos y evitar los negativos, ambos tipos de valores contrarios se presentan en forma aproximadamente equilibrada. En el caso de los aparatos morales, ello responde, al igual que sucedía con las bipulsiones, a la propia naturaleza del mecanismo fundamental que determina los valores: el promedio social. Aunque todos sean, según nosotros, faltos de virtudes o todos muy virtuosos, igual habrá un grupo de los **mejores** que serán estimados, y otro de los **peores** que tendrán una inevitable desestima relativa (pero vivenciada o sentida como absoluta, o anímicamente concreta).

Aquel mecanismo, que corta por la mitad el promedio social sin otro parámetro, significa que todos los que queden por debajo de la línea media tratarán de estar en el lado de los mejores para lograr la estima y evitar la desestima. Pero si todos los que están en el grupo de los peores logran mejorar y pasan la línea media, colocándose entre los mejores, no quedaría “nadie” en la mitad de abajo. Esto hace que se forme automáticamente el nuevo promedio social de virtudes, es decir, la mitad caerá necesariamente en los peores. Ese grupo, nuevamente, hará todo lo posible por ubicarse encima de la línea media.

En el estado natural de la tribu, todo esto tiende a ser rotativo para los sujetos. Al haber igualdad de condiciones, de práctica, motivación, más la equilibrada influencia del azar, es continuo el pasaje de los sujetos de un lado a otro de la línea media; se da una constante fluctuación entre las condiciones contrarias. Más allá de que alguno logre perdurar más tiempo arriba de esa línea, la norma es que a todo el mundo le toque fluctuar de un lado a otro. Siempre se renuevan las figuras de la jornada. Hay constantemente un movimiento de estima-desestima relativas hacia cada uno. Inclusive cada sujeto experimenta alternadamente autoestima y autodesestima, según posea o deje de poseer determinadas virtudes, o de acuerdo a aciertos y errores de sus conductas. La misma situación se presenta en relación a los grupos, y es lo que permite el continuo pasaje de los valores de un contrario a otro, asegurando el movimiento de los aparatos morales.

El promedio social, como determinante de la calidad de los valores, y de la respuesta social correspondiente, no funciona indiscriminadamente para

todos los individuos, sino que tiene lugar, especialmente en los valores de la actividad, una adecuación de la valoración según las condiciones de cada caso. Así, si un individuo es torpe para algo en lo que no tiene la menor práctica, tendrá una respuesta social diferente que en caso de contar con la práctica suficiente. Luego, el nivel de rendimiento de un niño, por ejemplo, no será comparado con el rendimiento promedio de los adultos, sino con el de quienes comparten una edad similar. Con respecto a los valores de la relación, son más generales los criterios. Ejemplo: la evaluación de la bondad-maldad surgen del promedio global de la realidad social, sin mayores distinciones de categorías.

Aquel proceso de lucha y pasaje de un contrario a otro significa el desarrollo de una contradicción objetiva en el interior del grupo (reforzada y revitalizada por la bip. de la lucha moral, o emulación, espíritu deportivo), que favorece el **progreso** o mejoramiento en la calidad de las conductas. Para observar los mecanismos de ese progreso de la calidad de los valores, tomemos como ejemplo los valores: eficiencia-ineficiencia productiva, como cualidades de los sujetos de una tribu. El parámetro indicador que determina quién es eficiente o ineficiente consiste en el promedio social. Supongamos que se reconoce a un sujeto, que usa una determinada técnica o método, por poseer eficiencia laboral como virtud. Luego, cuando todos copian esa técnica o modo eficaz de trabajar se formará un nuevo promedio del nivel de productividad. A causa de ello, ese individuo ya no será eficiente, sino “neutro”. Sólo se considerará eficiente a quien supere el nuevo promedio de productividad. Si luego aparece una nueva técnica que supera a aquella en productividad, el sujeto que la aplique será eficiente y merecerá el reconocimiento. Pero una vez que todos adoptan ese método de trabajo, se formará el nuevo promedio de productividad. Mientras tanto, aquella técnica que dejamos atrás ya se ha transformado en ineficaz por ser menos productiva que las ahora vigentes. Por consiguiente, si aquel individuo continúa con esa técnica que hoy es ineficaz, pasará a ser improductivo, ineficiente, o inútil, lo cual lo obligará a abandonarla y aplicar las nuevas y mejores. Como se podrá apreciar, tales mecanismos favorecen el progreso productivo del conjunto en términos absolutos, lo que significa una condición sumamente ventajosa para una tribu.

Lo mismo sucede con el resto de valores, en especial los de la actividad. Lo nuevo que aparece, si es mejor que lo vigente, pasa a llamarse **bueno** (hábil, racional, etc.), convirtiéndose en **malo** (torpe, irracional) lo que ahora es simplemente peor. Se trata de un continuo progreso, que va transformando valores positivos en negativos. Es un proceso de negación de la negación, por el cual lo nuevo y mejor niega el carácter positivo de lo

anterior, y así sucesivamente. Los valores que entran y salen de esa “onda” en vigencia son los relativos. Pero los absolutos son los constantes y estructurales de la onda. Constituyen el mecanismo básico del zig-zag invariable y esencial que va haciendo pasar la serie de valores relativos.

El mecanismo del promedio también funciona con los valores no morales. En todos los casos, aquello nuevo que aparece, si es mejor, transforma en malo lo que solamente es peor. En otras palabras, el proceso descrito no sólo ocurre con las virtudes y defectos en las personas o grupos, sino que sucede lo mismo con respecto al movimiento de conformidad-disconformidad en relación al resto de valores. Si se posee un valor positivo con el que existe conformidad, basta que aparezca la posibilidad de algo mejor, para que surja la disconformidad con lo que se tiene. Como lo que se posee es peor en relación a aquello nuevo que aparece, se convierte en negativo, generando una disconformidad vivenciada como absoluta.

Este proceso contribuye a asegurar el equilibrio de la lucha entre los aparatos y las fuerzas contrarias. Gracias a ello se mantiene el movimiento de los primeros, renovando ideales. De lo contrario, si no existieran esos mecanismos, se produciría, luego de lograr el ideal, una conformidad indefinida, frenando el movimiento de los aparatos y de la conducta en general. Tales mecanismos son los que promueven el continuo progreso de los valores relativos, empujando constantemente a mejorar las condiciones de los valores virtuales que interesan al sujeto o grupo. La aparición de una posibilidad mejor, pone fin al sentimiento de conformidad con lo vigente, fijándose la nueva meta. Como se podrá deducir, se trata de algo útil para la sobrevivencia de la tribu. Significa el constante movimiento de la conducta orientado hacia el mejoramiento ininterrumpido de las condiciones de vida.

Estos procesos son auténticas leyes psicológicas. Por eso no corresponde culpar a los sujetos o acusarlos porque “nada los conforma”. Tales elementos existen porque sobrevivieron las tribus en cuyos sujetos aparecía un automático interés por mejorar las condiciones de los valores virtuales cada vez que fuera posible hacerlo; al tiempo que se fueron extinguiendo aquellas tribus donde los sujetos no contaban con la capacidad de experimentar una respuesta anímica de disconformidad con lo vigente, cuando ello era peor que la nueva posibilidad surgida.

Las leyes vistas, que aseguran el movimiento de los aparatos, y la fijación de nuevas y mejores metas, son las responsables de que un capitalista, por ejemplo, sienta una disconformidad con su situación de obtener una ganancia de 100, cuando tiene la posibilidad de ganar 300. También, ese mismo

sujeto experimentará una disconformidad por ganar 1.000 si percibe una real posibilidad de obtener 10.000, y así sucesivamente.*

Esos mismos procesos son los que a su vez dan legitimidad a los reclamos y las luchas obreras en todo el mundo, sin importar el nivel de vida de ciertos trabajadores con respecto a otros. Si en un determinado país, los trabajadores se hallan en una situación menos apremiante que los proletarios de otros pueblos, o que ellos mismos en relación al pasado, eso no implicará que no tengan “derecho” a sentirse disconformes, cada vez que perciban la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

Tanto en el caso del capitalista como en el de los trabajadores, no se trata aquí de evaluar si está bien o mal sentir disconformidad. La cuestión es que aquellas leyes psicológicas hacen que sea automática la disconformidad cuando se presenta una nueva posibilidad concebida como mejor o más ventajosa y a la vez realista. Estas dos condiciones: 1- certeza sobre las **ventajas** de la nueva posibilidad, 2- convencimiento en cuanto al **realismo** de la misma, hacen funcionar automáticamente el mecanismo por el que surge el deseo de su logro, que se fija como la nueva meta o ideal, junto a la aparición de la disconformidad con la situación presente. Ninguna de esas dos condiciones puede faltar para que funcione el proceso. Si una posibilidad es muy realista pero desventajosa, obviamente no despertará interés alguno. Y si algo es imposible de lograrse, tampoco se fijará como un objetivo aunque se lo vea como ventajoso. Sólo cuando lo nuevo que aparece en el horizonte es concebido como **ventajoso** y **realista**, allí se fija el deseo de su logro, apareciendo simultáneamente la disconformidad con la situación vigente, la que se transforma en mala por el hecho de ser peor en relación a aquello.

El natural pasaje de conformidad a disconformidad se da, como hemos observado, aunque no ocurra nada negativo. La sola aparición en la mente, de una posibilidad mejor, genera automáticamente la disconformidad con la situación en vigencia. Sin embargo, hay dos factores más que contribuyen a asegurar la desaparición del estado de conformidad, reemplazándolo por la disconformidad. Uno de éstos, y el más obvio, es la presencia de la adversidad. Cuando surgen nuevas dificultades concretas en algún sector importante, que empeoran la situación presente, se interrumpe el estado de conformidad, lo que moviliza la fijación de nuevas metas al respecto, poniendo en movimiento la conducta.

* Esta sería la base psicológica del fenómeno que aparece como un hecho dado en el campo de la economía, por el cual todo capital muestra una tendencia indefinida a acrecentarse.

El último factor que aseguraría el movimiento y pasaje de los sentimientos de conformidad-disconformidad sería el propio **sistema de mantenimiento autónomo** (ver capítulo 5). Cuando alguien ha logrado reunir las más favorables condiciones de vida, significa que sólo posee motivos de placer y de conformidad, junto a la ausencia de todo motivo de disconformidad o displacer. Pero como las neuronas del displacer no tolerarán la situación de reposo absoluto, entrarán en actividad generando el displacer autónomo en la vivencia. Ese displacer, o angustia, ansiedad, depresión, amargura, se manifiesta en el dominio subjetivo, o consciente, reflexivo, fundamentalmente como disconformidad general. Es decir, a pesar de haberse logrado todo lo que se quería, y no tener razones para “quejarse”, surge no obstante un profundo y frecuente malestar y disconformidad global. Esta sería la última “carta” de las fuerzas contrarias, para evitar la paralización del movimiento de los aparatos. Por lo tanto, la utilidad de esa disconformidad paradójica no se limitaría al mantenimiento neuronal, etc., sino que sería algo aprovechado naturalmente para movilizar la búsqueda de nuevas metas, asegurando el movimiento de la conducta.

Entre los tres factores mencionados (1- aparición de nuevas metas mejores. 2- presencia de dificultades concretas. 3- disconformidad autónoma o paradójica), aseguran la presencia del sentimiento de disconformidad, evitando la paralización perjudicial de la conducta que tendría lugar en caso de haber una continua y pasiva conformidad.

A pesar de esta situación, el aparato de la integración general, como sintetizador de todos los ideales, apunta a algo imposible: la continua conformidad general. He aquí otra expresión de la contradicción dialéctica del psiquismo. El aparato de la integración general aspira unilateralmente al “paraíso”; mientras que las fuerzas contrarias deben hacer de barrera de contención, asegurando un cierto equilibrio de la lucha, y con ello el continuo funcionamiento de los aparatos, renovando metas e ideales.

EL MOVIMIENTO GLOBAL DEL PSIQUISMO

1. Recuento de las tendencias necesarias

La ley general del psiquismo constituye la base de la intencionalidad. No puede haber ninguna tendencia particular que no contenga en su esencia el simple mecanismo que la define: afirmación del placer y negación del dis-placer. Dicha ley actúa simultáneamente en los distintos niveles en los que se encuentra organizada la estructura motivacional humana. El primero y más elemental es el nivel reflejo, donde se expresa como el conjunto de reflejos dirigidos. Luego, la organización de tales reflejos da como producto el funcionamiento de los impulsos. Estos organizan y combinan su actividad, haciendo surgir las bipulsiones. Por último, las bipulsiones y demás impulsos “libres” se organizan dando forma y movimiento a la macropulsión y a los aparatos. El número total de tendencias absolutas llegaría a 68: 23 impulsos, 38 bipulsiones, 1 macropulsión y 6 aparatos (llegarían a ser cerca de 80 si agregamos los microimpulsos y alguna “microbipulsión” dejada de lado). Esto puede parecer “mucho”. Pero esa cantidad de tendencias esenciales, junto a las leyes y mecanismos básicos que las rigen, resultan algo bastante sencillo si tenemos en cuenta lo que podría “esperarse” de este especial objeto de estudio que es el psiquismo humano.

Evidentemente, este sistema de tendencias esenciales no puede pretender ser el reflejo exacto de la realidad del psiquismo. Seguramente requerirá muchos ajustes y modificaciones. En relación a ello, lo que más puede quedar en dudas es el número de bipulsiones. Es probable que otros valores absolutos den forma a otras bipulsiones. No obstante, todo valor universal y estructural de la motivación humana que pudiera haber, sólo podría existir por haber cumplido alguna función para la sobrevivencia de la tribu. En esto la naturaleza sí es muy estricta y exacta.

Con respecto a la macropulsión, podríamos considerarla ubicada en una zona intermedia entre el tercer nivel de las bipulsiones y el cuarto de los aparatos. Sería como un puente que conecta ambos niveles. Tiene en común con los aparatos el reunir o sintetizar conjuntos de hechos simples bajo un par de contrarios organizadores (hechos globales), pero a diferencia de aquéllos, se mueve en el plano de los hechos concretos sin más implicancias que su mera presentación o evitación.

Por otra parte, en todos los niveles encontramos la unidad de la esencia y el fenómeno, lo común y lo diferente, lo constante y lo variable. El conjunto de tendencias necesarias, y sus objetos o valores absolutos, constituyen lo esencial y compartido por los hombres y mujeres de toda cultura. Pero la forma de funcionar esas tendencias, así como los tipos de metas, intereses, valores e ideales relativos, marcan el aspecto flexible de la motivación, pudiendo variar infinitamente. La colorida multiplicidad de motivos adquiridos se burla de cualquier intento de clasificación. Sin embargo, ninguno de ellos deja de llevar contenida la esencia de los objetos de satisfacción, valores o ideales absolutos. Menos aún dejan de llevar la esencia de la ley general y de la lucha que ésta libra contra las fuerzas contrarias.

En la siguiente página se muestra el esquema total de las tendencias absolutas.

2. Las tendencias necesarias y lo consciente e inconsciente

Debemos principalmente a Freud el concepto de inconsciente, como zona ajena a la conciencia en la que tienen lugar diversos fenómenos psíquicos.* Pero dado que Freud no dio límites a lo que abarca ese inconsciente, ni estableció una diferencia entre lo subjetivo y lo que es puramente objetivo, dio lugar a que se interprete que todo elemento, proceso, mecanismo o función psíquicos que ocurran fuera del dominio consciente, corresponden a un ente subjetivo con vida propia y ajeno a la conciencia: el inconsciente.

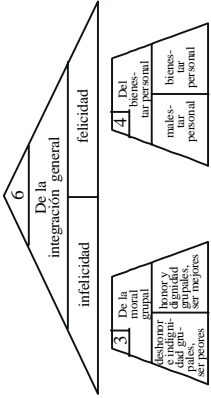
Si todo aquello psíquico ajeno a la conciencia perteneciera al inconsciente, los impulsos, bipulsiones, la macropulsión y los aparatos, que en cuanto tales no son de dominio consciente, estarían obligados a ser propiedad de ese misterioso inconsciente.

Las tendencias necesarias, como frías leyes psicológicas, no son conscientes, pero tampoco son “del inconsciente”. Ni la ley general ni ninguna de las tendencias absolutas presentadas es inconsciente en el sentido de contenido subjetivo oculto. El hecho de que algo exista y funcione fuera del dominio consciente, no puede ser suficiente motivo para atribuirlo al inconsciente.

La intencionalidad, como fuerza o tendencia absoluta a afirmar el placer y negar el displacer, así como las tendencias particulares en las que se ramifica, no pueden estar basadas ni en la conciencia ni en el inconsciente. Sólo se basan en la anatomía y fisiología del sistema nervioso. Son el producto

* Freud Sigmund. **Obras completas**. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1988

SISTEMA TOTAL DE TENDENCIAS ABSOLUTAS



1	Etico defectos ajenos virtudes ajenas	2	De la moral personal defectos virtudes personales ser peor ser mejor	3	De la moral personal desamor e indiferencia patológicos ser peores ser mejores	4	De la moral personal males- personales bienes- personales	5	De la moral grupal bienes- grupales males- grupales	6	De la integración general	Macropulsión hecho global global displacer- centro	
1	Moral global lo bueno o demeritorio en general	6	De la estrema- ción sexual fascículo masculino femenino	11	Estética felicidad belleza	21	Antifética realizar algo feo, o bien hecho	26	De la justicia injusticia justicia	31	De la sinceridad faltar a la verdad manifestar la verdad	35	conscien- cia irracionalidad racionalidad
2	De la habilidad torpeza	7	De la belleza personal lucir feo	12	Anticipatoria fiasco éxito	22	De la bondad maldad	27	De la lealtad deslealtad	32	De la devoción tributiva al superior	36	De la ternura trato trato
3	De la originalidad ridiculez	8	Propiamente moral lucir el mal	13	Etica global lo bueno desaprobar	23	De la generosidad egoísmo	28	De la información ocultar informar	33	Moral grupal lo bueno o lo malo de propio grupo	37	De la confianza mal en- damento
4	De la valentía cobardía	9	Espiritual lo malo lo bueno en el O.M.L.F.	14	Etica-esparcimiento acto malo acto bueno burla	24	De la ley propia faltar a al deber	29	De cumplimiento faltar a de la palabra	34	De la constancia ignorancia són agenas	38	De la tacha moral derrota, trunfo, perder ganar
5	De la humildad soberbia	10	Intelectual lo malo lo bueno en el O.M.L.F.	15	Etica-sentidad acto malo acto bueno rechazo reconocimiento	25	De la abnegación falta de abnegación	30	De la ley propia faltar a respeto de la palabra	19	De gozo deseo	20	De desvanecimiento desmoriso
1	Alimenticio hambre	7	De resaca picazón	7	De resaca picazón	13	Interno nec. base- fación	13	Interno nec. base- fación	19	De gozo deseo	20	De desvanecimiento desmoriso
2	Sexual nec. sexual	8	De calefacción frito	8	De calefacción frito	14	Mediador nec. de la meta	14	Mediador nec. de la meta	20	De desvanecimiento desmoriso	21	De curiosidad curiosidad
3	De bebida sed	9	De refresco calor	9	De refresco calor	15	De recuperación nec. de la curiosidad	15	De recuperación nec. de la curiosidad	21	De curiosidad curiosidad	22	De comunicación nec. de comunicar
4	De defecación nec. de defecar	10	Recreativo aburrimiento	10	Recreativo aburrimiento	16	De conservación temar	16	De conservación temar	22	De comunicación nec. de comunicar	23	De aprobación nec. de aprobación
5	De micción nec. de orinar	11	De variación hurgazgo	11	De variación hurgazgo	17	De alivio dolor	17	De alivio dolor	23	De aprobación nec. de aprobación		
6	De comodidad corporal	12	De agresión nec. agresiva	12	De agresión nec. agresiva	18	De continuación del fin	18	De continuación del fin				



CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL DEL PSIQUISMO

IMPULSOS

BIPULSIONES

APARATOS

de la actividad de los reflejos dirigidos. En otras palabras, la estructura motivacional del psiquismo humano, en su esencia, es algo plenamente objetivo y ajeno al dominio subjetivo, tanto consciente como inconsciente.

Lo consciente o inconsciente en sí mismos, como caracteres, aspectos o estados de lo psíquico, no pueden nunca ser elementos activos. Esto fue entendido por Freud, pero no logró clarificarlo suficientemente. Lo único activo es la tendencia absoluta de la intencionalidad, expresada en la ley general, así como en los impulsos, bipulsiones, etc., a través de los que funciona, los cuales tienen actividades conscientes e inconscientes integradamente. Por ello, lo consciente o inconsciente del accionar de la intencionalidad no tiene una gran utilidad explicativa desde el punto de vista funcional. Lo que sí convendría distinguir es entre la voluntad, como parte naturalmente vivencial y consciente de la intencionalidad, y el resto de la actividad intencional fuera del dominio consciente. A esto último se haría referencia cuando en algunos casos se habla de inconsciente en sentido activo. Pero la conciencia y lo inconsciente, como zonas o condiciones de lo psíquico, jamás pueden ser elementos activos. Cuando se dice, por ejemplo, que la conciencia “hace” determinada cosa, se trata en realidad de que la voluntad, como parte de la intencionalidad activa que actúa naturalmente en la zona consciente, es la que hace. La conciencia en sí misma no puede hacer nada por ser algo pasivo. Lo mismo con respecto a la inconsciencia o al estado inconsciente. En otros términos, lo activo es siempre la intencionalidad o la fuerza absoluta de la ley general y de las tendencias particulares en que se ramifica. Luego, dicha intencionalidad tiene una parte de su actividad que ocurre en el marco de la vivencia consciente, y que llamamos voluntad; mientras que la otra parte de la actividad de esa misma intencionalidad tiene lugar fuera del dominio consciente, o bien actúa en el espacio inconsciente.

El centro principal del gobierno de la conducta radica en la parte vivencial y consciente de la intencionalidad. La voluntad constituye la “cabecera” de la intencionalidad. Es la expresión, o la manifestación subjetiva, de la máxima integración de la actividad de los reflejos dirigidos.

La conciencia tiene un espacio limitado en cuanto a los datos a tener en cuenta. Por eso en ella sólo aparece lo fundamental, lo sintético de las cuestiones que serán tratadas por la voluntad. Y la parte inconsciente de la intencionalidad se ocuparía del gigantesco análisis de los miles de datos aislados que se deben integrar. La voluntad es la sintetizadora de la dirección global que tomará la conducta, mientras que el resto de reflejos dirigidos, que en su conjunto dan forma a la actividad intencional inconsciente, trabajan parale-

lamente en el análisis de los datos al respecto, así como en el control de los miles de movimientos parciales de una conducta controlada en lo global por la voluntad consciente. Si el organismo, por ejemplo, siente hambre, a lo que responde la tendencia dirigida del impulso alimenticio, tanto la voluntad como el resto de la actividad intencional ajena al dominio consciente, trabajarán coordinadamente para lograr el alimento. La voluntad consciente conducirá el grueso de las secuencias de la conducta, y la parte inconsciente rellenará el conjunto de pormenores de la misma. Este sinergismo es lo útil a la sobrevivencia. Sería perjudicial que no sea convergente y complementario el trabajo de ambas partes de la intencionalidad.

Cuando tratábamos sobre los reflejos dirigidos que sustentan la tendencia dirigida de los impulsos (cap. 5, punto 10 en adelante), observábamos que dicha tendencia dirigida responde básicamente al estado de nec. Así por ejemplo, cuando se procura lograr un determinado placer, se está respondiendo a la aparición de la nec.: deseo; o cuando se intenta evitar un dolor, se trata de una respuesta a la previa aparición del temor. Lo mismo con respecto a las diversas necs. y al interés por su satisfacción. Pero esto es plenamente válido para las conductas intencionales que tienen cierta significación o importancia anímica y motivacional. Porque en las grandes series de reflejos dirigidos condicionados (a través de la ley del efecto: repetición de lo asociado al placer y supresión de lo relacionado al displacer), que son los hábitos cotidianos y las conductas casi automáticas que realizamos a diario, tiene lugar una especie de “inercia” de las secuencias reflejas aprendidas. Dichas secuencias reflejas, que en lo esencial se hallan orientadas hacia el placer y/o hacia la negación del displacer, ocurren mayormente sin la vivencia consciente del deseo, del temor, o de las necs. respectivas precedentes, ni interviene tampoco la voluntad consciente en el empuje de la conducta. Es decir, fuera de la conducta intencional más notoria, donde los efectos buscados o evitados tienen cierta importancia anímica, y que por tal motivo se hace clara e intensa la presencia del deseo, del temor, etc., así como de la voluntad consciente como fuerza intencional vivenciada, hay una enorme cantidad de secuencias de conducta, ya condicionadas en la dirección de la tendencia general a afirmar el placer y negar el displacer, que se dan como hábitos espontáneos y de manera inconsciente.

En esas series de reflejos dirigidos condicionados, las necs. previas de cada conducta no alcanzarían a manifestarse o “sentirse”. Quizás sólo se trate de que no alcanzan a ser perceptibles en la vivencia por ser muy leves o por ocurrir en forma subliminal a ella. Pero en todos los casos, tales series de reflejos dirigidos tienen lugar bajo el control virtual de los impulsos correspondientes. Este control no consciente de la conducta permitiría que la

voluntad, como parte vivencial y consciente de la intencionalidad, tenga libertad para ocuparse de lo más importante de los propósitos intencionales, dejando los pormenores a ese manejo ajeno a la atención vivencial y voluntaria. Se trata de una serie de mecanismos que hacen a la practicidad y eficiencia de la conducta y de las constantes decisiones dinámicas en cada fracción de segundo, donde sería imposible decidir voluntaria y conscientemente cada mini-acto de la serie. Pero todas esas secuencias de conducta intencionales se encuentran siempre a la “sombra” de los impulsos y de la ley general. Es como “dejar hacer” a los reflejos dirigidos que subyacen a la intencionalidad mientras hagan lo “correcto”, esto es, mientras hagan lo que se haría igualmente en caso de ser necesaria la intervención de la atención y de la voluntad en su control. Así por ejemplo, cuando un peatón cruza la calle, lo hace evitando que lo atropellen. Esa conducta evitativa por lo general pasa desapercibida en la vivencia, es decir, se evitan los peligros inconscientemente, y sin aparecer prácticamente el temor ni la tranquilidad como su satisfacción. Sin embargo, basta que por determinado motivo el sujeto quede inmovilizado en medio de la calle, para que aparezca el fuerte temor a ser atropellado. Allí se demuestra que aquella secuencia refleja de actos se encontraba en todo momento bajo el control virtual del impulso de conservación. Pero por razones “prácticas” no era necesaria la atención vivencial y el control voluntario, hasta llegado el momento en que sí para a ser indispensable.

Decimos atención **vivencial**, y no necesariamente consciente, porque tales mecanismos son aplicables por ejemplo a un perro. Aunque éste no tenga conciencia, se puede distinguir igualmente, inclusive en el mismo ejemplo de cruzar la calle, entre la conducta evitativa “inconsciente” o espontánea, y lo que sería la respuesta “voluntaria” a la aparición del temor vivencial concreto de su impulso de conservación.

La diferencia con el animal es que en el hombre la conciencia es una cualidad nueva de la vivencia. Lo que en el animal sería sólo vivencia, en el sujeto humano es además vivencia **consciente**. La capacidad de **auto-percepción** hace que la conciencia sea como un agregado a la vivencia básica compartida con otros animales. Por eso la voluntad, en esencia, no sería estrictamente la parte consciente de la intencionalidad, sino la parte **vivenciada** de esa fuerza intencional. Sólo que en el hombre el estado vivencial es naturalmente consciente, y por eso en el caso humano se puede hablar de voluntad como parte consciente de la intencionalidad.

Por otro lado, en el psiquismo normal no hay barreras significativas que impidan la aparición en la conciencia, de todo lo que por su importancia anímica tiende a asomar a ella para ser manejado por la voluntad. El meca-

nismo que empuja hacia la vivencia consciente aquello que es anímicamente significativo es la prueba de la función suprema de la parte consciente de la intencionalidad (voluntad), de manejar integradamente y en bloque los asuntos más importantes desde el punto de vista anímico.*

Pero todo se complica cuando el imp. de conservación se opone a la aparición en la conciencia, de ciertos contenidos que por determinadas asociaciones y condicionamientos producen un intenso displacer a la luz de la conciencia. Tal es el caso en que un contenido que cumple los requisitos para aparecer en la conciencia es impedido por el imp. de conservación, que ejerce su función general de resistencia negadora del displacer. Aquí, el otro impulso, etc., responsable de aquel contenido, tendría entonces actividades “clandestinas” importantes, determinando algunas conductas o ideas desde la zona inconsciente, y chocando con frecuencia con el imp. de conservación que procura impedirle el paso natural a la conciencia, o con el de alivio que trata de expulsar de allí a lo que logra hacerse consciente, dado el displacer que produce. Pero si no hay contenidos que a la luz de la conciencia provoquen un displacer moral, etc., muy grande, los impulsos de conservación y de alivio serán amables con los visitantes, funcionando con toda armonía el sistema de tendencias absolutas de la intencionalidad, turnándose ordenadamente para hacer uso de la voluntad consciente.

Los estados consciente e inconsciente en que actúa la intencionalidad se combinan y complementan plenamente para el logro de los fines que se fija el sujeto. Cuando se persigue una meta que supone muchos logros parciales, la voluntad consciente suele “olvidar” provisoriamente el fin, mientras se vuelca totalmente hacia el logro de una meta parcial. En este caso podríamos decir que el fin es buscado inconscientemente por la intencionalidad. Sin embargo, la idea del fin también aparece en la conciencia cada vez que ello

* Hablamos siempre del estado de salud y normalidad psicológica. Porque los trastornos mentales, en muchos casos se caracterizan por no ajustarse a los postulados generales sobre el funcionamiento normal. Por eso es posible que en lo referido a lo consciente e inconsciente, así como en otros puntos tratados, encontremos casos donde no sea del todo aplicable lo que digamos.

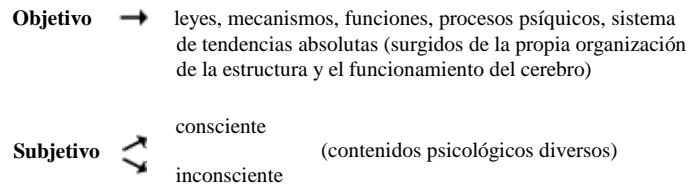
Pero esta situación es equivalente a la relación entre el estudio de la fisiología general con respecto a lo que trata la medicina. Sabemos que cada una de las muchas enfermedades o trastornos orgánicos posibles requieren un estudio específico, a modo de ciencia independiente, porque se caracterizan, precisamente, por no ajustarse a lo que “dice” la fisiología general. Sin embargo, para entender plenamente cualquier tipo de trastorno fisiológico, así como para saber qué se debe hacer para su prevención, resulta de primera importancia conocer el funcionamiento normal del organismo. Esta misma relación es aplicable al caso de la psicología general con respecto a los trastornos y desajustes del funcionamiento psíquico.

es necesario, es decir, la idea del fin aparece y desaparece del dominio consciente según sea o no necesaria su presencia allí. Aparece cada vez que se hace útil que el individuo recuerde lo que está buscando, o bien para no perder la claridad del objetivo. Pero desaparece de la conciencia cuando lo útil es volcar la atención y todos los esfuerzos a una meta parcial que no admite distracciones, y sin la cual no hay meta final alguna. Sería perjudicial que el sujeto se dedique a llenar su conciencia con las imágenes del fin, cuando el apremio de la realidad exige toda la concentración en la meta parcial.

El dinamismo de la fluctuación de la idea del fin, que pasa constantemente del estado consciente al inconsciente y viceversa, hace que carezca de sentido cualquier discusión sobre si el fin es buscado consciente o inconscientemente. Dicho fin se persigue de las dos formas. Pero no es buscado por la conciencia ni por el inconsciente, sino por el sujeto y su única intencionalidad.

El funcionamiento del psiquismo humano responde a leyes porque de ello no escapa ningún fenómeno de la Naturaleza. Pero sería absurdo creer que pueda estar dirigido por un ente subjetivo oculto que nos gobierna. La contradicción fundamental, la ley general, los impulsos, bipulsiones, aparatos, así como las regularidades de su funcionamiento, son sólo leyes objetivas del psiquismo.

Veamos en el siguiente esquema el lugar que ocupa cada elemento:



3. Relación entre los impulsos y las tendencias superiores

Tanto las bipulsiones más complejas como los aparatos siguen siendo, en su esencia, impulsos organizados. En principio, la ley general, que es lo más esencial de la motivación, se ramifica en los impulsos particulares, que son los caminos que llevan al placer y la negación del displacer, son las vías naturales que llevan a ello. Hablando desde un enfoque global, y dejando de lado detalles y particularidades, los núcleos de satisfacción de los impulsos marcan la esencia general de los propósitos de la intencionalidad, por ser los hechos que llevan al placer y paralelamente a la negación del displacer. Pero

luego, esas vías esenciales de entrada al placer y displacer experimentan un gran desarrollo; comienzan a extender el campo de su aparición, haciéndose presentes en las más diversas situaciones, y en relación a nuevos objetos, tanto concretos como abstractos, ampliando cada vez más el espectro de fenómenos capaces de hacerlas activar. A la vez, tales vías de entrada al placer y displacer, y los impulsos correspondientes a ellas, se combinan y organizan dando lugar a la aparición de las bipulsiones, la macropulsión y los aparatos, que implican saltos cualitativos en cuanto al nivel de complejidad en la organización del funcionamiento psíquico.

A pesar de esos nuevos niveles de la estructura motivacional humana, el placer que producen los valores positivos de las bipulsiones, o la materialización de los ideales de los aparatos, en ningún caso pueden consistir en otra cosa que no sea la activación de las vías de entrada al placer de los núcleos de satisfacción de los impulsos. Los núcleos o vías de entrada al placer, como objetos de satisfacción de los impulsos, son **géneros** de hechos, son como **“conceptos”** que incluyen una diversidad de hechos o situaciones reunidos bajo un denominador común. Por ejemplo, lo bueno o positivo para el O.M.I.F., como objeto de satisfacción o vía de entrada al placer del imp. fraterno, abarca una cantidad de formas distintas de ocurrir. Incluye desde el placer que se siente por ver que otro individuo se encuentra bien (forma más primaria del imp. fraterno), hasta el placer espiritual por el logro de los ideales sociales más importantes, como algo que es bueno para la tribu, o comunidad, etc. Ambos fenómenos son formas particulares de la misma esencia general: placer por **algo bueno para el objeto de la identificación fraternal (O.M.I.F.)**; es decir, tanto aquel individuo como la tribu o comunidad son, en cada caso, el O.M.I.F. Así, lo bueno o favorable para el objeto de esa identificación es la vía esencial de entrada al placer del imp. fraterno. Todo lo que permita ser concebido bajo esa noción genérica provoca el placer fraternal o espiritual. Esto es lo general y común en todos los casos. La diferencia está dada en que el “bienestar de la tribu”, como forma de lo bueno para el O.M.I.F., significa un mayor desarrollo y complejización de esa vía de entrada al placer.

Un caso similar se da en la bip. intelectual (y en la parte intelectual de las bipulsiones derivadas de ella). En el placer intelectual que se produce junto a la comprensión o entendimiento de los fenómenos y sus relaciones, está presente la vía esencial de entrada al placer del imp. de curiosidad; sólo que en una forma más desarrollada en relación a la curiosidad de cualquier animal. Sin embargo, se trata por igual del núcleo de satisfacción del imp. de curiosidad. El objeto de satisfacción o vía de entrada al placer del impulso es esencialmente la **asimilación de la información**. Así, tanto el

caso del animal que observa algo “raro” que aparece en su campo perceptivo, como el dominio lógico y la clarificación de un problema filosófico, son dos formas del acto de asimilar una nueva información. La asimilación de la información, como hecho esencial y genérico, es la vía al placer del imp. de curiosidad.

Sucede lo mismo con el imp. de aprobación en relación al placer del sentimiento de honor y orgullo grupales. A simple vista se parecen muy poco el interés de un niño de ser felicitado por sus padres y la aspiración de un pueblo o tribu por lograr condiciones de honor y dignidad tribales. Sin embargo, el placer moral del orgullo y honor grupales que experimentan los miembros de ese pueblo o tribu se vale de la vía de entrada al placer del imp. de aprobación. Esas formas diferentes de activarse la vía de entrada al placer del imp. de aprobación (una primaria y la otra más compleja y desarrollada) tienen algo en común, que es lo que define la mecánica esencial del impulso y su vía general de entrada al placer: la respuesta (y/o autorrespuesta) positiva o aprobatoria hacia algo propio que es bueno o que está bien. Tanto la felicitación hacia el niño por su conducta, como el reconocimiento hacia un pueblo por sus destacadas cualidades o virtudes, siguen siendo por igual dos formas del mismo contenido: **respuesta positiva o aprobatoria hacia algo propio que es bueno**. Ese elemento común es la vía esencial de entrada al placer del imp. de aprobación.

De todas maneras, tampoco podemos ignorar la diferencia entre el placer por la mera felicitación hacia un acto y el sentimiento de honor tribal. Coinciden sólo en su esencia más general; pero la esencia general no es todo. Un unicelular y un ser humano comparten la esencia general: seres vivos. Pero hay un considerable espacio que los separa en relación al nivel de organización de la materia. Ese gran desarrollo de la vía moral de entrada al placer (orgullo y honor por lo bueno de la propia tribu) se aleja significativamente de la forma más elemental del impulso, haciendo que sean ya cosas distintas el interés por la aprobación hacia una conducta ocasional y el sostenido interés de una tribu o pueblo por el mantenimiento del más alto grado de dignidad y honor tribales. En este último caso, hay en realidad muy poco interés del imp. de aprobación en cuanto tal. Sólo persiste su vía de entrada al placer, que junto a la del imp. fraterno (placer espiritual), constituyen los “materiales anímicos” que permiten que tenga lugar el placer moral-espiritual en relación al honor de la tribu. Con esas vías de placer, más las vías de entrada al displacer correspondientes, es con lo que se “maneja” el aparato de la moral grupal. Pero la actividad global de este aparato está sostenida por la interacción funcional de muchos impulsos y bipulsiones. Los impulsos de aprobación y fraterno sólo proveen sus elementos básicos o esencia-

les (nec.-T.D.-satisfacción) como un “aporte” de sus materiales anímico-motivacionales, para que el aparato de la moral grupal haga uso de ellos en su complejo funcionamiento autónomo.

Las bipulsiones, la macropulsión, y los aparatos, están basados en la organización de los impulsos, porque lo más complejo sólo puede surgir del desarrollo y/o combinación de lo más simple. Pero dichos impulsos son solamente los componentes motivacionales y anímicos esenciales de los que aquéllos se forman. Las tendencias superiores sólo son explicables desde el nivel de su funcionamiento global y atendiendo sus leyes exclusivas.

Esta situación, por la que el nivel superior tiene sus propias leyes objetivas, inexplicables desde el nivel inferior, se presenta también en la relación entre los niveles psicológico y sociológico. El organismo social (tribu o sociedades complejas) no es otra cosa que el conjunto organizado de los individuos “psicológicos” que lo componen. Pero la organización, combinación, regulación y demás relaciones funcionales de la actividad del conjunto de psiquismos individuales, hacen surgir un nuevo fenómeno que responde a sus propias leyes particulares, las cuales regulan el movimiento de las conductas de individuos y grupos. Las nuevas leyes sociológicas e históricas no pueden ser explicadas desde la psicología y sus leyes, sino sólo enfocando el nivel social en su conjunto. Los intereses económicos de las clases sociales, por ejemplo, están sin dudas sustentados por las leyes psicológicas. El dinero, como objeto del interés económico, es un medio universal para los intereses absolutos o esenciales de muchos impulsos, bipulsiones, aparatos, y de la macropulsión. Prácticamente todo el psiquismo se puede ordenar funcionalmente alrededor de él. Sin embargo, las leyes o mecanismos psicológicos nada nos explican, por ejemplo, sobre el porqué de la existencia de clases sociales, ni de la oposición de sus intereses. Esto sólo se entiende enfocando la sociedad en su conjunto, así como la historia de su desarrollo, y observando la eventual ubicación objetiva de cada grupo de sujetos en relación al proceso de producción y distribución sociales.

4. Papel directriz de los aparatos

El papel integrador y organizador de los aparatos, en relación a los impulsos y bipulsiones que los forman, lo encontramos, por ejemplo, en el trabajo del aparato de la moral personal, el cual organiza, distribuye y coordina la actividad del conjunto de bipulsiones con motivaciones morales que tratan sobre hechos concretos. Los actos concretos de cada bipulsión son “supervi-

sados” por el aparato, que en base a sus fines absolutos (afirmación de virtudes y negación de defectos personales) va regulando la actividad de las bipulsiones, para obtener el mejor promedio en el plano de la virtuosidad-defectuosiad globales del sujeto.

Entre los mecanismos del funcionamiento de los aparatos, los **ideales** son los de mayor importancia en cuanto a su papel organizador para el resto de tendencias menores. Una vez fijados los ideales, quedan tendidos los lineamientos generales de la conducta. Así, muchos impulsos y bipulsiones despliegan su actividad en función de lo que debe hacerse en cada caso para favorecer el logro de los ideales.

El mecanismo por el que los ideales quedan fijados en algún punto del futuro estaría basado, entre otros elementos, en la propiedad del imp. de gozo de consolidar el deseo en un objeto o meta específicos. El deseo surgido ante un objeto o meta no se borra fácilmente cuando tiene cierta intensidad, sino que permanece con su mira apuntando indefinidamente hacia el objeto de su satisfacción. Y puesto que los ideales son hechos o condiciones que se **desean**, quedarían por tanto fijados gracias a ello.

Si bien una parte de la actividad de los impulsos y bipulsiones se vuelca cotidianamente a los requerimientos inmediatos o hechos intrascendentes, la otra parte se ocupa de los actos y hechos concretos que tienen que ver con el continuo aporte al mejoramiento de los valores virtuales de los aparatos. Cuando se trata del logro de ideales, esta parte de la actividad de los impulsos y bipulsiones va rodeando las líneas tendidas hacia el futuro, ocupándose de los pasos parciales que se orientan al logro del ideal.

El “marcar el paso” a las bipulsiones e impulsos, por parte de los aparatos y sus requerimientos, es equivalente a lo que sucede con las exigencias funcionales de los aparatos fisiológicos respecto a sus órganos. La actividad de cada órgano se subordina a los requerimientos funcionales del aparato en su conjunto. De igual modo, el nivel más complejo de la organización motivacional del psiquismo: los aparatos, son los que marcan el orden, la secuencia y distribución de la actividad de los impulsos y bipulsiones que los forman. Entre dichos aparatos, el de la integración general es el que ejerce la mayor influencia en la regulación de la conducta; equivale al sistema nervioso en relación al resto del organismo. Los otros aparatos organizan su actividad en base al interés general por la felicidad y negar la infelicidad. Cada uno se encarga de un sector, pero el coordinador general, y al que le interesa el conjunto de aspectos, es el aparato de la integración general.

Decíamos que una parte de la actividad de los impulsos y bipulsiones va quedando subordinada al funcionamiento de los aparatos. Un claro ejemplo, ya visto, es el caso de la bip. de la responsabilidad social. Cuando se trabaja por el logro de algún ideal social, el negarse a cumplir un acto parcial, útil para ese fin, es seguido por el sentimiento de culpabilidad por faltar al deber. Una buena parte de la actividad de la bip. de la responsabilidad social (así como de sus derivadas) queda librada al cumplimiento o no con los pasos parciales que exigen los ideales sociales. El deber consiste, en tales casos, en cumplir con el paso parcial perfilado hacia el ideal social. Esto se repite una y otra vez durante el largo trabajo orientado hacia su materialización.

En definitiva, los ideales, al ser los que regulan gran parte de la conducta, son por ello las “**causas**”; o sea, llegan a ser sinónimos de causas por el hecho real de ser las auténticas fuentes motivacionales de cada hecho o acto concreto. El interés por lograr el ideal es el que mueve y dirige la indefinida serie de acciones concretas perfiladas hacia su logro.

Digamos de paso, que el fin no “mueve” la acción como una mágica fuerza de atracción teleológica, sino que el interés y el deseo actual y vivo de aquello imaginado como posible, y disfrutado anticipadamente en la fantasía, es lo que empuja “desde aquí para allá” hacia su materialización.

El papel de los aparatos, en su regulación sobre el funcionamiento de las diversas tendencias, no sólo está dado en relación a los impulsos y bipulsiones que regularmente forman parte de la estructura y funcionalidad de cada aparato, sino que los ideales fijados organizan y regulan, también, la forma en que funcionarán otros impulsos y bipulsiones más “periféricos”. Así, si volvemos al ejemplo del estudiante, veremos que cuando este último trata de entender lo que está estudiando, actúa su bip. intelectual (además de las bipulsiones derivadas: de la inteligencia, del saber, y racional, que se acoplan casi siempre). Sin embargo, el hecho de estar actuando allí su bip. intelectual es algo subordinado y controlado por los aparatos de la moral personal y del bienestar personal, que en la hipótesis tenían en “mente” el título profesional como ideal. Los aparatos, aquí, plantean y distribuyen gran parte de las tareas a la bip. intelectual, de modo que lo que para ella en cada caso es fin en sí mismo (lograr el placer y negar el displacer intelectuales) es a la vez un medio para el ideal.

La utilización de un impulso, bipulsión, o aparato inclusive, por parte de otra finalidad, es algo generalizado en el psiquismo. Por ejemplo, si a un sujeto no le dan alimento hasta que entienda algo, el imp. alimenticio obligará a actuar a la bip. intelectual. Aquí, el acto de entender es el fin de la bip. intelectual, pero simultáneamente el medio para el imp. alimenticio.

Hay infinidad de actos que son fin en relación a un motivo y medio con respecto a otro. Pero los fines de los aparatos, al reunir grandes conjuntos de motivos, adquieren un mayor peso y pasan a ser los intereses o fines dominantes en la motivación, por lo que terminan subordinando y distribuyendo la actividad a un conjunto de tendencias menores, haciendo que los fines de éstas sean medios para aquéllos.

5. Los ideales comunes y su papel regulador del funcionamiento psíquico

Tanto los ideales individuales como los sociales tienen, en estado natural o normal, una similar importancia anímica para el sujeto. Pero dado que las aspiraciones fundamentales de cada miembro del grupo coinciden con las de sus compañeros, se produce una suma total de las motivaciones parciales, surgiendo en el conjunto un poderoso **interés común** que pasa a marcar los lineamientos generales de la conducta de los individuos. Los intereses comunes, y en especial las metas e ideales compartidos por todo el grupo, al imponerse por su gran peso, son los que organizan el campo más general para el despliegue de muchas funciones psicológicas. En ese campo, el sistema de bipulsiones tiene su más sostenido funcionamiento. Por otro lado, las líneas tendidas por los objetivos comunes son las que dan el marco a los ideales individuales. Estos no funcionan desvinculados de los ideales sociales, sino que se alistan detrás de ellos, organizando sus aspiraciones en relación a los fines grupales. Cuando son paralelos los intereses materiales más vitales, el aparato del bienestar personal suma sus fuerzas motivadoras al interés espiritual del aparato del bienestar grupal. Todo lo que sea materialmente favorable para el grupo será también favorable para el bienestar personal. Luego, las virtudes personales del aparato de la moral personal surgen naturalmente de las actividades y relaciones sociales promovidas por los intereses comunes. Durante los trabajos orientados al logro de los ideales comunes es cuando más se desarrollan y se ponen de manifiesto virtudes personales como responsabilidad social, eficiencia, creatividad, valentía, abnegación, etc. Tales virtudes surgen de los actos responsables, eficientes, creativos, valientes, abnegados, ocurridos durante las actividades grupales orientadas por dichos ideales. El grupo no puede estimar o valorar suficientemente las virtudes personales de sus integrantes si no son necesarias o importantes para el logro de las metas grupales. En cambio, cuando las virtudes individuales son lo máspreciado, y lo que el grupo necesita de sus miembros, allí aparece la máxima valoración hacia los individuos cuyas cualidades permitieron, por ejemplo, el éxito en los ideales más valiosos.

La natural subordinación funcional de las tendencias psicológicas al timón de los intereses y las metas grupales es el resultado de la selección natural de organismos sociales. Sobrevivieron las tribus en cuyos miembros estaba así organizado el sistema de funciones psicológicas.

6. El trabajo: centro de convergencia motivacional

En el primitivo, casi toda la estructura de la motivación se halla organizada para converger, en definitiva, en el acto del trabajo concreto. En primer lugar, encontramos el interés de varios impulsos necesitados y movilizadas, cuya satisfacción debe pasar por el **trabajo** orientado a lograr los objetos de satisfacción. Luego, la bip. del rendimiento personal, junto a muchas otras que se ordenan bajo sus valores absolutos, tienen en el buen **rendimiento laboral** el logro de sus valores positivos. Por su lado, la bip. de la lucha moral motiva al máximo despliegue de las energías y de las fuerzas creadoras durante el **trabajo**, porque eso es lo que lleva a ganar o ser mejor en cuanto al rendimiento individual o grupal. La macropulsión, en su interés por la afirmación de hechos globales placenteros (ejemplo: fiestas nocturnas con abundante comida y motivos de alegría para todos los miembros de la tribu), impulsa a **trabajar** con entusiasmo y eficiencia para crear las condiciones materiales que lo permitan. Por su parte, el aparato de la integración general, como conjunto organizado de los otros aparatos, empuja con toda su energía motivacional hacia el **trabajo concreto**, como medio indispensable para el logro de los diversos ideales. En otras palabras, las funciones psicológicas necesarias se organizaron de tal modo, que el grueso de la estructura motivacional de los miembros de la tribu terminaba desembocando, en los hechos, en el trabajo concreto como vía fundamental hacia la sobrevivencia.

El desarrollo espiritual, moral, y todas las funciones más elevadas del psiquismo humano, como por ejemplo los ideales sociales más sublimes, existen sólo porque las tribus que poseían todo eso en mayor grado, y organizado de la forma más perfecta, tenían un mejor funcionamiento general, lo que les permitía un mejor rendimiento laboral y, en resumen, comían regularmente, a diferencia de las otras tribus que quedaban rezagadas en la lucha objetiva por el alimento limitado. Todo aquello servía al organismo social primario, en síntesis, para alimentarse y con ello sobrevivir y reproducirse. Las diversas funciones psicológicas necesarias, características de la especie, existen por haber servido de apoyo para la mayor eficiencia del **trabajo común** y la consecuente sobrevivencia de la tribu.

7. Unidad y superposición funcionales de las tendencias

La distinción y separación en el tratamiento de los distintos impulsos, bipulsiones, etc., obviamente, no puede implicar que sean funciones aisladas o que actúen en forma independiente entre sí. Esa separación de los motivos absolutos es sólo el **análisis** de los elementos que componen el único movimiento **sintético** e integral del psiquismo. Todo aquello se entremezcla en la realidad, con un dinamismo que hace imposible seguir de cerca a cada elemento integrante de ese turbulento movimiento psíquico.

Si, por ejemplo, hacemos la distinción entre lo que sería el fin de la bip. de la inteligencia, al procurar el placer moral-intelectual que produce el tener un acto inteligente concreto, y la finalidad del aparato de la moral personal que busca el ser inteligente como virtud parcial, sólo en abstracto podemos hacer la distinción. Todo eso forma parte de la motivación única en que se fusionan los diversos motivos, los que convergen empujando la misma conducta. Ni el propio sujeto tendrá “tiempo” para distinguir en qué medida busca el placer que le produce el solo tener un acto que se destaca como inteligente, y en qué grado influye el interés por ser considerado poseedor de inteligencia como virtud. Las dos motivaciones van juntas. Lo concreto y lo virtual del interés son paralelos y se superponen en la misma conducta práctica. Una situación análoga se presenta en relación a los componentes anatómicos y fisiológicos del organismo. Aquí tampoco se puede delimitar hasta qué órgano o célula, exactamente, se extiende la estructura o el funcionamiento de un determinado aparato o sistema, y en qué punto comienza el campo funcional de otro. Sin embargo el organismo, ajeno a estos problemas, funciona con toda su armonía “enredando” la estructura y la actividad de los diversos órganos, aparatos y sistemas.

El análisis, clasificación o separación de las distintas tendencias absolutas de la intencionalidad, sólo podemos hacerlo “arrancando” y aislando forzosamente a cada elemento parcial de la motivación. Pero en la realidad, toda la enredadera funcional del psiquismo, como producto de la actividad de la otra complicada enredadera que es el sistema nervioso, forma el único conglomerado psicológico en movimiento. Ese **conjunto** global de elementos no es más que la síntesis máxima del psiquismo, es el sujeto mismo, la vida anímica, la estructura motivacional de la subjetividad. Todo esto es la **síntesis**, que coexiste con la variedad de tendencias absolutas y el total de sus relaciones funcionales, que forman el **análisis** de lo mismo. El sujeto es el **compuesto sintético** formado por el conjunto de sus **componentes analíticos**. Es el **todo** en movimiento de sus **partes** igualmente en movimiento.

PARTE III

CONCLUSIONES GENERALES Y TRANSFORMACION DE LA VIDA SOCIAL

- Organización del trabajo y las actividades sociales para su adecuación a las necesidades y tendencias absolutas del hombre.
- El socialismo científico como condición objetiva previa para los cambios en la organización del trabajo y las actividades sociales

TRANSFORMACION DEL TRABAJO Y DE LAS ACTIVIDADES SOCIALES

1. El concepto objetivo de felicidad

La felicidad en sentido objetivo o absoluto se refiere al resultado positivo del balance de placer-displacer vivenciales, como promedio de un determinado período de tiempo (días, semanas, meses o años). En términos objetivos, esto es lo que debe lograr el aparato de la integración general si pretende tener éxito en su propósito magno. Más allá de las distintas estrategias o tipos de valores virtuales, si las cosas no terminan en aquella relación anímica concreta, significa haber fracasado.

Como recordaremos, las neuronas del placer y del displacer tendrían, según la distribución de su actividad, la última palabra al respecto (ver cap. 5). Esos dos grupos de neuronas, de acuerdo a lo que habíamos deducido, tendrían siempre aproximadamente la misma cantidad promedio de actividad global. Sólo variaría el efecto anímico según la distribución: duración-intensidad del monto constante de trabajo neuronal. El producto anímico más favorable consistiría en el trabajo frecuente e intermitente de las neuronas del placer en la máxima intensidad y mínima duración, y en el continuo trabajo de las neuronas del displacer en la máxima duración y la más leve intensidad. Toda alteración de esa relación implicaría alejarse de la felicidad y aproximarse a la infelicidad objetivas.

Las distintas relaciones posibles de la actividad neuronal dependen siempre de lo que suceda en la vida externa del sujeto. Aquella relación “ideal” de la distribución del trabajo neuronal ocurriría solamente con el estado de **entusiasmo**. Dicho estado no sería más que la cara subjetiva de ese modo del trabajo neuronal. El entusiasmo como estado anímico se traduciría a la actividad continua y de mínima intensidad de las neuronas del displacer (deseo, expectativa, incertidumbre, suspenso, tensión de concentración) y la paralela presentación de reiteradas irrupciones de actividad intensa de las neuronas del placer (reacciones de alegría, júbilo y “emoción”).

Como sabemos, el placer no puede ser continuo; pero el entusiasmo sí puede serlo. Es un estado concebido en la extensión del tiempo, que incluye vivencias tanto placenteras como displacenteras, y donde el propio concepto lleva implícita la referencia al promedio favorable al placer que supone ese estado.

Si bien es algo evidente la ventaja de vivir con entusiasmo, faltaría ahora lo más importante. Esto es, cómo debería organizarse la vida de la sociedad para que aquello funcione. No se puede decidir “espontáneamente” comenzar a vivir con entusiasmo. Sería absurdo suponer tal cosa. Ese estado depende de las condiciones objetivas de vida y de las posibilidades que ellas ofrezcan al respecto. De lo contrario, desde hace mucho tiempo todo el mundo viviría lleno de entusiasmo y felicidad.

2. Condiciones generales para el saludable funcionamiento psíquico

La más general y básica de las condiciones sería el funcionamiento pleno del sistema global de tendencias psicológicas naturales y esenciales, el adecuado y armonioso funcionamiento de todas las tendencias absolutas. Ello implica la satisfacción regular de los impulsos; la vigorosa actividad de las bipulsiones; la existencia de hechos globales placenteros que interesen a la macropulsión; y el continuo funcionamiento de los aparatos, orientados hacia el logro de ideales. Cuando todo eso funciona, tendría lugar un significativo tono vital y un básico entusiasmo de vida. La razón de esto, estaría dada en que la más adecuada distribución del trabajo de las neuronas se habría estructurado para sostener ese modo normal del funcionamiento psíquico. Y dado que el funcionamiento pleno del total de las tendencias necesarias era lo útil a la sobrevivencia de la tribu, toda desviación o interrupción de ese modo del funcionamiento psíquico debía estar seguido por un deterioro de la calidad de vida anímica, debía ser acompañado por la disminución o pérdida del básico entusiasmo de vida.

Cuando tratábamos sobre las neuronas, contemplábamos la posibilidad de que el volumen global, promedio, del trabajo de las neuronas del placer y del displacer pudiera variar un poco; o sea, que la máxima felicidad objetiva podría no sólo depender de la distribución: duración-intensidad de la misma cantidad de actividad neuronal, sino que sería posible un margen de variación de ese monto. En caso de existir dicho margen, el máximo trabajo global de las neuronas del placer y el mínimo en las del displacer solamente se lograrían bajo la condición del armonioso funcionamiento de todo el

sistema de tendencias psicológicas esenciales, en el marco del máximo entusiasmo.

Como oportunamente se habrá notado, en el tratamiento de los distintos niveles del psiquismo arribábamos, en cada caso, a las mismas conclusiones sobre las dos condiciones sociales generales que pueden favorecer el funcionamiento psíquico: 1- seguridad e igualdad en las condiciones materiales de vida. 2- adecuada organización del trabajo y las actividades sociales.

1- La primera condición, que supone la equidad en la distribución de los bienes materiales y el paralelismo de los intereses económicos en todos los miembros de la sociedad, es la premisa que hace a la seguridad y tranquilidad para la satisfacción de las necesidades más vitales en todos los individuos. A su vez, ello ofrece el campo más básico para la fraternidad de las relaciones sociales, que es lo que lleva al sólido desarrollo y funcionamiento de las tendencias morales-espirituales. Nada de esto puede tener lugar cuando el sistema económico obliga a la lucha desconsiderada y enfermiza entre individuos o grupos por la apropiación de bienes materiales. La competencia sana y natural siempre estuvo limitada al plano moral, donde el ganador recibe el merecido reconocimiento. La competencia alrededor de los bienes económicos es extraña a la naturaleza humana. En el organismo social primario, todo lo relacionado a la distribución de los bienes materiales estaba a cargo de las funciones espirituales, de justicia, bondad, altruismo, responsabilidad social, respeto, compañerismo; mientras que lo referido a la competencia era siempre independiente de la sobreentendida distribución material equitativa. Toda competencia o “espíritu deportivo”, emulación, correspondían sólo al plano moral. Ninguna tribu primitiva podría sobrevivir de otra manera.

Por eso, no se trata de impedir la competencia en sí, como valor mal entendido por la ideología de la selva social. Al contrario, si consideramos la competencia sana, la que tiene lugar en el plano moral, encontramos que una sociedad que brinde la plena seguridad material, igualitaria, para todos sus integrantes, ofrece las condiciones objetivas más favorables para que el ambiente del trabajo y de las actividades sociales pase a ser como el de una villa olímpica gigante, donde en cada actividad se puedan desarrollar distintas competencias por el mejor rendimiento, con un carácter verdaderamente deportivo y en el natural plano moral.

2- Una vez lograda la equidad y seguridad materiales, y el paralelismo de los intereses económicos en todos los miembros de la sociedad, quedaría la transformación del carácter de las actividades sociales y el trabajo. De la adecuada organización de las actividades depende el grado de entusiasmo de

quienes participan. De esa organización depende también la posibilidad de satisfacción de los impulsos que se movilizan naturalmente en el marco de la actividad. También de ella depende el adecuado funcionamiento de las bipulsiones; tanto de las que se mueven en el marco de la actividad, como las bipulsiones de la relación humana, que circundan el desarrollo de las actividades grupales. De la organización de las actividades depende también el interés por ellas de la macropulsión. Al ser algo agradable participar en la actividad, ésta se convierte en un hecho global placentero en su integridad. Por último, la misma naturaleza de la actividad, cuando es adecuada, favorece la fijación de grandes metas e ideales en relación a ella.

Si repasamos los elementos enunciados, encontramos que el deporte es la actividad social que permite todo eso junto y en mayor grado. Esto es lo que hace decir: “mente sana en cuerpo sano”. Sin embargo la mente sana no está determinada por la sola salud corporal. Lo que más hace a la mente sana es el despliegue integrado de las distintas funciones psicológicas, que el deporte eventualmente favorece. Pero ese “monopolio” por parte del deporte, de tales funciones psicológicas esenciales, no significa que sean propiedad exclusiva de él, sino que se pueden rescatar los valiosos elementos motivacionales presentes en el deporte y aplicarlos en todas las actividades sociales, especialmente en el trabajo. Como el espíritu deportivo, o emulación, espíritu de competencia, agonística, lucha moral, no aparecieron en la estructura del psiquismo humano para “permitir” la existencia de los deportes actuales, sino porque favorecían la productividad laboral de la tribu, el traslado de los elementos esenciales del deporte a la actividad laboral y al resto de actividades no sería más que la recuperación del natural funcionamiento psicológico en el desarrollo de las mismas.

La transformación del trabajo y las actividades sociales, adquiriendo un carácter de juego deportivo o competencia moral reglamentada, tendría dos efectos positivos: 1- entusiasmo por la actividad. 2- mejoramiento de la productividad material y cultural.

Veamos un ejemplo particular. Supongamos que en el interior de una fábrica se plantea una lucha entre las distintas secciones, a modo de juego deportivo, por la mejor producción de la jornada. Como se podrá notar, no es necesaria una gran modificación en la infraestructura de la fábrica ni en la naturaleza concreta del trabajo. El cambio se produce fundamentalmente en los elementos “invisibles” de la actividad. Solamente se agrega un reglamento de juego, más los métodos objetivos como criterio de triunfo, y la determinación de los premios para los ganadores.

Tal como hoy se ven los trabajadores de una fábrica, así mismo se verían en aquel caso; sólo que mientras trabajen, lo harían pensando en ganar el

juego-trabajo. El estado de ánimo puede variar de un extremo a otro aunque la posición del cuerpo y la forma de los movimientos sean los mismos. Cuando un sujeto experimenta un gran entusiasmo por una actividad en la que otro siente un continuo desagrado, la diferencia se debe sólo a los distintos contenidos psicológicos que acompañan el mismo acto material. Por ello, la misma actividad puede pasar de ser tediosa y detestable a ser fuente de entusiasmo (sin excluir la conveniencia de transformar las condiciones y la propia naturaleza de muchos trabajos).

Siguiendo con el ejemplo de la fábrica, supongamos que además de la disputa por el triunfo en la jornada, se está desarrollando paralelamente una competencia reglamentada entre las mismas secciones, por la mejor producción global del mes, y donde habrá un premio mayor para la sección ganadora.

Aquella primera lucha por el triunfo en la jornada tendría características de juego. En cambio el ganar la competencia mensual, como objetivo mediato, se acerca más a lo que entendemos por ideal. Otro elemento que puede ser una importante meta es el récord de producción de una sección, tanto en la jornada como en el mes, lo que tendría también un premio especial.

Los premios serían materiales en principio. Pero como junto al premio material se agrega inevitablemente el premio moral, ello permitiría ir disminuyendo el premio material, en la medida en que aumenta la proporción moral del premio, hasta que la motivación moral adquiriría con el tiempo una total autonomía, tal como la tiene el deporte (el deporte “sano” o natural, y no el que es objeto de los negocios). Esa autonomía moral de la motivación estaría ayudada, también, por aquel fenómeno por el cual cada sector de la actividad social desarrolla un sistema propio de valoraciones; es decir, se valora siempre la capacidad de rendimiento y demás virtudes individuales y grupales de quienes comparten el mismo ámbito de la actividad. Es natural que se tienda a creer que la actividad más importante es aquella en la que se halla ocupada la atención del sujeto. Las personas más admiradas corresponden por lo general al ámbito de la actividad social en la que está inmerso el interés del individuo. Pero es obvio que esto es relativo a las valoraciones. No obstante, es algo positivo el sentir que es importante la actividad que se realiza. Este fenómeno era útil en la tribu, porque favorecía el máximo interés por el buen rendimiento en cualquier actividad que eventualmente fuera necesario realizar.

Es importante no mirar el ejemplo que estamos analizando, desde la ideología y los intereses hoy dominantes en la realidad del capitalismo. Las valoraciones vigentes son muy degradantes con respecto al trabajo produc-

tivo concreto de los trabajadores. Porque si hay una actividad social que es la más importante de verdad para la sociedad, es el trabajo propiamente dicho, el que crea todos los bienes y riquezas: el trabajo productivo.

Por otra parte, la aplicación de ciertos intentos de competencia laboral, que conocemos, no tienen, como es sabido, la finalidad de “favorecer a los trabajadores”, sino que constituyen, más bien, la imposición de juegos macabros tendientes a aumentar la explotación y las ganancias, y que profundizan la angustia de quienes sólo aspiran a la subsistencia. Por eso, para que tenga algún sentido, debemos mirar siempre el ejemplo desde la nueva sociedad, desde la igualdad esencial de todos los hombres, desde la previa existencia de la primera y más básica de las condiciones generales de la sociedad, definida más arriba, que era el paralelismo de los intereses económicos y la justa distribución de los productos del trabajo. Esto supone necesariamente el socialismo científico, el predominio real de los intereses y la voluntad de los trabajadores, y donde no haya lugar para ninguna clase de “amigos del trabajo ajeno”. En tales condiciones, serían los propios trabajadores quienes decidirían, en última instancia, lo que conviene o no hacer con respecto a las condiciones de trabajo, en función de sus intereses y los de toda la sociedad (en el capítulo siguiente trataremos sobre todo lo que hace a esta importante condición de la vida social).

Existen todas las premisas para el desarrollo de la máxima valoración por ese trabajo y su nuevo carácter. Así como el triunfo en el ámbito de cada deporte es algo tan valorado a pesar de ocurrir todo en el “aire”, o sea sin dejar ningún producto concreto, mucho más valorable puede ser el triunfo en lo que además tiene un valioso producto social.

Siguiendo con el ejemplo, supongamos ahora que toda la fábrica está participando paralelamente en una competencia productiva contra el resto de fábricas similares de la región. Esta lucha se resuelve, por ejemplo, cada tres meses. El criterio de triunfo, nuevamente, es la mejor producción global de la fábrica ganadora en esos tres meses, con los premios correspondientes. Finalmente, se estaría desarrollando al mismo tiempo una competencia anual entre las distintas regiones.

Volvamos a los trabajadores de la sección de la fábrica. Estos se hallan en sus habituales puestos de trabajo. Pero ahora encontramos que la misma actividad que realizan en un momento dado, sirve simultáneamente para varios fines. El mismo acto de operar una máquina con eficiencia, por ejemplo, sirve para contribuir con la sección a la que se pertenece, en vistas al triunfo del grupo en la lucha por la producción de la jornada. También es útil para el triunfo de la sección en la disputa mensual. Luego, sirve para

contribuir con la fábrica para su victoria contra sus similares. A la vez, el mismo acto de operar correctamente la máquina es algo que ayuda al triunfo de la región. A ello se agrega el interés por el mejor desempeño personal, que puede determinarse objetivamente según la actividad. También, el interés por superar algún récord de producción, individual o grupal. Y por último, el interés por trabajar con eficiencia en algo que tiene la más alta importancia social, y cuyo producto se vuelca equitativamente al beneficio de toda la sociedad. Todo eso motivaría conjuntamente a operar la máquina de la mejor forma, en un marco de entusiasmos por la actividad.

3. Aplicaciones en las diversas actividades

Este sistema es aplicable prácticamente a todas las actividades sociales. Sólo hace falta hacer **expresa y reglamentada** la natural emulación que tiene lugar en todas las actividades, es decir, organizar claramente las condiciones y reglas de juego, de modo de canalizar de la forma más provechosa y saludable esa emulación universal. La misma se manifiesta necesariamente en las diversas actividades sociales, pero de la forma más enfermiza por no existir las condiciones adecuadas para su natural manifestación. En tal sentido sólo quedaría exceptuado el deporte, donde la lucha moral es por definición expresa y reglamentada.

Como ejemplo de otra actividad donde todo aquello es aplicable, tenemos la propia actividad científica. Además de las investigaciones independientes de cada científico, se pueden presentar problemas concretos a cada centro de investigación, con una fecha de presentación de los trabajos o hipótesis al respecto. En tal caso, deberían crearse métodos adecuados de evaluación que escojan los trabajos ganadores, aunque ninguno haya solucionado definitivamente el problema científico en cuestión (mejores hipótesis, etc.), o sea, se obtendría necesariamente el centro de investigación ganador, así como los galardones individuales. Aquí también puede funcionar en toda la sociedad aquel "círculo de círculos" de competencias combinadas y ordenadas según los distintos niveles. Lo que se debería tratar es que se presenten con cierta frecuencia los resultados, parciales y finales, que son los que mantienen la plenitud de la motivación y el entusiasmo. Ello favorecería el mejor rendimiento, o producción científica en este caso, y a su vez contribuiría a evitar la situación por la que un investigador debe esperar largo

tiempo para saber cuál fue la suerte que corrieron sus ideas. Es como si un jugador tuviese que esperar varios años para saber si entró o no la pelota que lanzó al arco.

Otra actividad donde el sistema es aplicable es la educación en general. Por ejemplo, se pueden distribuir en el aula varios grupos que compitan por el promedio de las calificaciones de los miembros de cada grupo. Así, cada sujeto desarrollaría un compromiso con su grupo, de modo de no ser el responsable del bajo promedio grupal. También, de esa manera cada uno se preocuparía por enseñar lo que sabe a sus compañeros. A la vez, se mantendría el interés por el reconocimiento a la mejor calificación individual. En realidad sólo así habría un verdadero reconocimiento, tanto por parte de los favorecidos compañeros de grupo como por todos, al tratarse de una clara disputa donde el **triunfo concreto** es lo que está en juego. Por otro lado, pueden agregarse periódicos concursos, donde los distintos grupos ofrezcan exposiciones o conferencias en equipo sobre los diversos contenidos de las asignaturas, obteniéndose puntajes o calificaciones especiales para los ganadores, así como para los segundos y terceros puestos, etc., los que pasarían a promediarse con los puntajes generales. Paralelamente a ello, toda el aula se estaría preparando para la competencia contra otros cursos similares, por el promedio en calificaciones de exámenes masivos. Aquí, el curso ganador sería el que logre el mejor promedio general, surgido de las calificaciones de jueces imparciales (junta de profesores, u otros métodos objetivos). A su vez, todo el establecimiento educativo participaría en competencias mayores donde se pondría en juego el “honor del colegio”.

Por otra parte, a nivel de quienes cumplen funciones directivas, éstos no serían ajenos al entusiasmo general. El “material emulativo” existe en abundancia. En los cargos de conducción, cada director o jefe de cualquier institución, sección, área, etc., siempre trata de evidenciar un buen desempeño. Pero ahora la prueba del grado de capacidad directiva o de conducción quedaría expresada en el triunfo del sector a su cargo. Los directivos disfrutarían el triunfo de su grupo o sector como un auténtico logro, es decir, como sucede con todo entrenador de un equipo deportivo triunfador, así como con los dirigentes de un club deportivo. En el caso de estos dirigentes, no sólo se disfrutan las victorias de los propios equipos por identificación con ellos y con el club, sino que tales triunfos reafirman los valores de capacidad directiva. Por lo tanto, en la suerte que corra la propia sección, la fábrica, colegio, centro de investigación científica, estaría en juego la propia capacidad directiva y el conjunto de cualidades que ello implica, lo que quedaría expresado en la evidencia de los resultados.

Esta situación haría posible, también, que quien desempeñe funciones directivas no aparezca como una hostil autoridad en relación a sus dirigidos, con intereses y aspiraciones contrarios o desvinculados respecto a éstos, sino que al haber **claras metas comunes**, se convertiría en un verdadero compañero de tareas, compartiendo plenamente las aspiraciones de todo el grupo. Ello favorecería las relaciones entre los sujetos, así como el más óptimo funcionamiento grupal. Los directivos cumplirían, pues, la verdadera función de líderes, recuperándose la forma natural del liderazgo, que es inconcebible si no hay relaciones de compañerismo e interés común entre el eventual líder y el resto del grupo.

La actividad artística, por su parte, también ofrece las condiciones adecuadas para la aplicación del sistema. Los concursos de música, baile, pintura, poesía, etc., que vemos en la actualidad, y que tienen un verdadero carácter de lucha moral entre los participantes, por la calidad estética de la obra, son una prueba de las posibilidades que ofrece el arte como actividad.

Esta situación no significaría, como puede parecer, una “degradación” con respecto a las motivaciones propias del arte. Se trataría sólo de la creación de una nueva fuente de posibilidades, donde muchos artistas verían diversificadas las oportunidades de poner de manifiesto sus dotes y habilidades, sin que ello sea opuesto o excluyente en relación al resto de motivaciones presentes en la actividad artística.

Con respecto a los trabajos o actividades en que aparenta ser más difícil la aplicación de ese carácter de la actividad, sería no obstante siempre aplicable. Si no hay criterios o parámetros objetivos que determinen el triunfo, queda siempre la posibilidad de jueces competentes que definan los resultados. Inclusive en muchos deportes no hay métodos objetivos que decidan el resultado, pero todo se soluciona con la palabra de jueces que dan su fallo irrefutable. Todo lo que hace falta es la presentación clara y frecuente sobre quién ganó. Cuando esto no está presente, la emulación continúa en lo subyacente, perturbando las relaciones entre los compañeros de tarea, o entre colegas, etc. Por el contrario, si hay juegos expresos, cuyos resultados se presenten con nitidez en el ambiente, todo ello se invertiría.

Hay quienes tampoco serían ajenos al sistema: los ancianos. Al tener una larga experiencia en el ámbito de la actividad realizada durante años, nadie mejor que estas autoridades morales de la sociedad para cumplir la entretenida y valorable tarea de jueces (sin que ello impida la posibilidad de participar en las diversas actividades).

Además de funcionar el carácter de lucha o competencia moral en las distintas actividades sociales, demás está recalcar la importancia del deporte propiamente dicho. Al respecto, se pueden organizar variadas competencias

deportivas, así como juegos de cualquier tipo, entre los mismos grupos, regiones, etc., que se enfrentan por el rendimiento en las actividades productivas o culturales. De esos juegos se obtendrían resultados paralelos, que podrían promediarse con los obtenidos en las actividades laborales o culturales, o bien funcionar desvinculados como posibilidad alternativa de triunfo.

4. Ventajas del sistema desde el punto de vista psicológico

La forma exacta de la organización de las actividades es algo que escapa a toda posibilidad de descripción. Habría una infinidad de detalles técnicos que sería necesario contemplar en cada caso. Pero lo que nos debe interesar por ahora es lo esencial, es decir, los elementos comunes, o que estarían presentes por igual en todas las actividades, y que según veremos favorecerían el armonioso desenvolvimiento de las funciones psicológicas. Observemos cuáles serían las ventajas en relación al funcionamiento psíquico:

1- Muchos impulsos tendrían el campo más propicio para su normal satisfacción:

El imp. de aprobación tendría su natural manifestación, tal como la tiene en el deporte, donde es lo más habitual el deseo de tener una labor destacada, que será reconocida con todas las muestras de afecto y aprobación hacia el autor. En cambio, en el resto de actividades actuales el impulso se mueve frente a las más negativas condiciones, que hacen prácticamente imposible su natural satisfacción.

El imp. fraterno tendría su satisfacción en todo aquello que sea positivo para los diversos grupos de interés común, con los que se trataría de contribuir en todo momento. Esto, sobre la base de la identificación fraternal con cada grupo al que se pertenece, y con cada uno de los compañeros (colaboración, compañerismo, amistad, metas comunes).

El imp. recreativo, dado el carácter que tendrían las diversas actividades, encontraría indudablemente nuevas posibilidades para lograr su satisfacción.

El imp. de variación vería su satisfacción en el fin del tedio o hartazgo generados por la monotonía de los trabajos. Dicha monotonía sería reemplazada por el colorido de los nuevos matices de la actividad.

El imp. de agresión tendría menos posibilidades de movilizarse hacia el sadismo o la destrucción, al decaer el nivel general de severas frustraciones.

Por el contrario, se movilizaría con una orientación constructiva en la lucha con espíritu deportivo, satisfaciéndose junto al éxito en el logro de las metas. La agresividad con orientaciones socialmente enfermizas, como por ejemplo la que es causada por la envidia hacia las virtudes ajenas, quedaría reducida a su mínima expresión. La envidia, como sentimiento hostil, surge de la propia frustración. El presenciar en otro sujeto lo que uno no tiene causa el displacer de la frustración. Es el impacto de la obligada toma de conciencia de la propia carencia. (El sentimiento de “injusticia” se diferencia de esto en que el otro es concebido como el real causal y culpable del propio malestar). Pero si nadie está seriamente frustrado, no habría motivos para que aparezca una envidia enfermiza. Por tanto, se podría valorar y reconocer con gran pureza las virtudes ajenas. El natural agrado estético y admiración por las virtudes no serían obstaculizados por la propia frustración; menos aún cuando las positivas cualidades de un compañero, por ejemplo, además de ser motivo de orgullo para el grupo, son de especial importancia para el logro de las metas comunes.

El imp. de recuperación lograría el reencuentro con el estado de **entusiasmo**, que las condiciones y exigencias de la vida social quitan a la mayoría de los sujetos cuando llegan a adultos. Por otro lado, se recuperarían los grados normales de valoración o aceptación estables hacia el individuo como miembro del grupo, o en cuanto al normal reconocimiento a la persona, por ser cada uno un elemento importante para los fines grupales. También, y lo que es de suma importancia, se recuperaría en gran medida la forma natural del trabajo, donde las diversas funciones psicológicas se desenvolverían armoniosamente durante su desarrollo, siendo aquél nuevamente un juego, un deporte, un arte, etc., simultáneamente.

El imp. de curiosidad desarrollaría un constante interés por las novedades acerca de los múltiples resultados. Los comentarios y especulaciones cubrirían la atmósfera de las actividades. Digamos de paso, que la expectativa, suspenso, incertidumbre, “interés”, como componentes del estado de entusiasmo, característico en todo juego, se forman con una buena parte de sentimiento de curiosidad. (Otros elementos importantes son: el **temor** ante el probable carácter negativo de la sorpresa, y el **deseo** de la posible naturaleza positiva del incierto resultado).

El imp. de comunicación se vería también favorecido. Los intereses comunes más estrechos, y el acercamiento afectivo promovido por ellos, fortalecerían el compañerismo y la amistad, facilitando la fluidez de la comunicación interpersonal.

El imp. mediador sería el encargado de las frecuentes y profundas alegrías y estados de júbilo, inexistentes en la actualidad de los trabajos y las actividades sociales. La alegría es un placer que anticipa o refuerza el logro de otro objeto o hecho placentero. Pero al no estar ese hecho u objeto placentero, tampoco aparecen las reacciones de alegría y júbilo que lo anticipan y refuerzan.

Por último, el imp. de gozo también depende de la existencia de hechos placenteros que movilicen el deseo. En tal sentido corre la misma suerte que el imp. mediador. Pero cuando existe la real posibilidad de lograr hechos placenteros, allí aparece el sostenido deseo de su logro. En esa situación de continua oferta de gozo natural no habría necesidad de recurrir a métodos desesperados (excesos, adicciones, desviaciones) tendientes a lograr algún motivo de placer.

Hemos visto, así, **diez** impulsos que tendrían una regular y saludable satisfacción. El único impulso importante que quedaría al “desnudo” sería el sexual. Su natural satisfacción no se vería garantizada con la seguridad y equidad materiales o económicas ni con la adecuada organización de las actividades; sería el único que no alcanzaría a ser cubierto por alguna de esas dos condiciones generales de la sociedad. Al respecto, sería necesaria una labor educativa y preventiva que tienda al objetivo de asegurar que el arribo a la maduración biológica de la sexualidad sea acompañado por el comienzo de una normal y regular actividad sexual, que es para lo que se encuentra adaptado el psiquismo sano. De todas maneras, es de suponer que la propia transformación de la vida social tendría también una repercusión favorable al respecto, aunque en forma más indirecta y como producto del cambio cultural consecuente.

2- Al existir un campo de variados compromisos comunes y de importantes metas grupales, que serían objetivos claros y específicos, comenzaría a “girar” con toda su armonía el sistema de bipulsiones. En tales condiciones, se haría vigoroso el funcionamiento de los valores, tanto de los que corresponden directamente a la actividad (habilidad, inteligencia, creatividad, conocimientos, espíritu de sacrificio, capacidad de rendimiento, etc.) como de los valores de la relación humana, que rodean y matizan el desarrollo de las actividades grupales (lealtad, respeto, justicia, humildad, cumplimiento de compromisos, etc.).

Entre las bipulsiones, las que tendrían una participación más directa y relevante serían las de la lucha moral, moral grupal, y del rendimiento personal. La bip. de la lucha moral constituiría el “escenario general” para el movimiento de los valores. Se cargaría con un caudal de valores, que queda-

rían “amarrados” del triunfo-derrota. Así por ejemplo, el buen rendimiento, como valor, quedaría “prendido” del triunfo. Y puesto que el buen rendimiento incluye muchos otros valores componentes (labor inteligente, hábil, creativa, abnegada, etc.), el propio triunfo implicaría la aparición conjunta de todos esos valores. Por otro lado, alrededor de la posibilidad de la victoria grupal se desarrollaría un gran interés de la bip. moral grupal. El triunfo del grupo significaría “buen rendimiento grupal”. Por tanto, irían allí encajados los diversos valores positivos de la conducta grupal. Cuando es considerable el grado de identificación con el grupo al que se pertenece, el “honor” de cada uno de sus miembros queda naturalmente depositado en el resultado grupal.

Como se puede notar, las bipulsiones moral grupal y del rendimiento personal funcionarían subordinadas a la mecánica de la bip. de la lucha moral. Alrededor de los diversos resultados de triunfo-derrota, grupales o individuales, aquéllas se movilizarían con el máximo dinamismo y con su importante peso motivacional, arrastrando al conjunto de valores menores que ellas reúnen, los que quedarían librados al resultado de la lucha.

Por otra parte, el interés por el resultado individual no sería algo desvinculado con respecto a los fines grupales. En los campeonatos de equipos deportivos, por ejemplo, cada jugador procura en principio tener el mejor desempeño en vistas al triunfo grupal. Pero además del interés por colaborar con los fines grupales, funciona simultánea y paralelamente el interés por ser el goleador individual del campeonato, o ser el mejor jugador del partido, etc.; es decir, se trata de dos motivaciones paralelas y complementarias, que convergen naturalmente empujando al mejor rendimiento del conjunto.

Casi todas las actividades sociales permiten la identificación y el reconocimiento a los sujetos destacados (o en este caso ganadores) en lo individual. Por ello, al combinarse adecuadamente el interés por el triunfo grupal con el deseo de ganar en lo individual, se crearía el campo más favorable para que una diversidad de valores y motivaciones funcionen con su máximo esplendor bajo el marco de la bip. de la lucha moral o espíritu deportivo, donde todos serían protagonistas, y no sólo espectadores o aficionados como sucede con la gran mayoría en la actualidad.

El fenómeno del fanatismo deportivo en todo el mundo sería la expresión de dos necesidades fundamentales. Una, la de identificarse con algún grupo, sentir que se pertenece a él, que se tienen metas comunes. La otra, la necesidad de lucha o competencia moral, o con carácter de juego deportivo, que es inherente al psiquismo humano, y que las condiciones generales de vida de nuestro tiempo hacen que su práctica sea casi imposible para la mayoría de los sujetos. Pero el fanatismo deportivo (junto a otros) sólo puede satisfa-

cer parcialmente aquellas necesidades. Nunca se pueden satisfacer plenamente cuando el sujeto es eternamente espectador. En cambio, con la nueva organización de las actividades sociales y el trabajo, se podría ser protagonista de apasionantes competencias, individuales y grupales, en aquello que a la vez tiene la máxima importancia para la sociedad (actividades laborales, científicas, educativas, etc.).

3- La macropulsión es, como vimos, el mecanismo por el que el sujeto busca vivir hechos globales placenteros y evita los displacenteros. Entre los hechos globales que más interesan a la macropulsión se destacan las actividades a realizar. Por tanto, si las actividades, además de ser tareas de gran utilidad social, pasan a ser verdaderos entretenimientos, significarían una gran oferta para el interés esencial de la macropulsión.

4- Ese mismo campo social favorecería el funcionamiento de los aparatos:

El aparato ético evaluaría las cualidades de los individuos y grupos en base a los resultados de triunfo-derrota en las actividades. Esos seguros indicadores que tendría la función del aparato harían que su actividad valoradora (y estimadora-desestimadora) se ordene bajo criterios objetivos. La utilidad de esto no radica solamente en facilitar la actividad del aparato ético, sino que ello organizaría y daría orientación a la actividad de los aparatos de la moral personal y de la moral grupal. El triunfo-derrota constituirían un parámetro o indicador objetivo para la evaluación de los valores. Como los participantes tendrían igualdad de condiciones y posibilidades, los resultados hablarían por sí mismos sobre las capacidades y cualidades de los grupos e individuos. El triunfo de un grupo, por ejemplo, sería la prueba de virtudes tales como: buen funcionamiento grupal, inteligencia en las estrategias y tácticas, laboriosidad, habilidad, etc. Así, cada grupo o individuo encontraría en los triunfos concretos la existencia de metas claras como ideales morales.

El éxito en esos ideales-metas, individuales o grupales, es automáticamente “proveedor” de virtudes. En el caso del deporte, por ejemplo, resultar campeón o triunfador significa la adquisición automática del conjunto de virtudes que hacen a ese título. El título de ganador o campeón lleva encerrado un correspondiente conjunto de cualidades positivas o virtudes. Aunque un grupo gane por azar, de todas formas recién allí se convierte en un grupo hábil, inteligente, capaz, etc. Esto es así, porque el aparato ético trae preparado el mecanismo de reconocer al triunfador, descontando que el que gana es el mejor en el grado de las cualidades que sirven para ganar (lo cual tiende a ser así en general). El que evalúa no necesita “verificar” esas cualidades. El triunfo ya le dijo todo lo que quería saber. Ahora sólo reconoce y admira al ganador. La propia condición por la que existe ese “práctico”

mecanismo lleva sin dudas a favorecer el interés por el triunfo. Por eso, gracias al orden objetivado que tendrían las valoraciones, los aparatos de la moral personal y de la moral grupal verían en los triunfos correspondientes los más claros ideales.

Los ideales morales son los que mantienen el entusiasmo y la motivación en todo deportista. Siempre hay ofertas de títulos de campeón que orientan las aspiraciones individuales o grupales. También los récords se fijan como grandes aspiraciones o ideales-metas. Todo ello es lo que, por ejemplo, mantiene el entusiasmo en una aparentemente monótona sesión de entrenamiento. Pero lo que hace que no sea monótona es la reiterada imagen o representación mental del acto de lograr el ideal-meta y la nueva condición virtual que se consigue con ello. Esto es lo que está presente continuamente en la sesión de entrenamiento. Allí se vive a cada momento disfrutando anticipadamente el ideal.

Con respecto a los aparatos del bienestar personal y del bienestar grupal, esas condiciones de vida, donde tendría lugar un entusiasmo general por el trabajo y las actividades sociales, significarían el logro de una buena parte de lo que entendemos por bienestar personal y social. Pero, obviamente, estos aparatos no paralizarían su actividad, sino que continuamente aparecerían nuevos ideales de bienestar, compartidos por toda la sociedad, y orientados siempre hacia el ininterrumpido mejoramiento de la vida (además de los ideales de bienestar que hacen a los aspectos de la vida particular o privada).

Por último, el aparato de la integración general, como síntesis de los otros aparatos, tendría el mejor campo para orientar su actividad hacia las renovadas metas que lleven a lograr o a mejorar la felicidad. Habrían diversos ideales, que no sólo serían accesibles o posibles de ser alcanzados y disfrutados, sino que además mantendrían constantemente un elevado entusiasmo de vida durante el propio trabajo orientado hacia su logro.

Como se podrá observar, la felicidad objetiva de que hablamos abarca los dos momentos del proceso por el que los aparatos tratan sobre los ideales que hacen a la felicidad: 1- conformidad pasiva luego del logro del ideal. 2- disconformidad activa y entusiasta durante la que se trabaja por su logro. En otros términos, incluye todo el tiempo que duran las reacciones de alegría por el éxito en el logro de los ideales-metas, más la conformidad con los valores conquistados; y también comprende la propia actividad de los aparatos desde la fijación del ideal hasta su logro. Así, se incluyen los dos momentos de la rueda y los siguientes dos momentos sucesivos, es decir, abarca el continuo giro de la rueda. De los dos momentos del proceso, el

más importante para la felicidad objetiva es, paradójicamente, la felicidad **sentida** mientras se lucha y trabaja para lograr la felicidad. No obstante, el logro de la meta no puede faltar de ningún modo, al igual que la situación en que se la disfruta intensamente.

5- En caso de lograrse una alta valoración por los resultados, éstos despertarían un gran interés, que se traduciría al estado de **entusiasmo**. La propia incertidumbre de un resultado por el que existe un gran interés lleva a generar un estado de expectativa, suspenso, deseo, etc., así como frecuentes reacciones de placer, producto de la continua representación mental de un resultado positivo que puede presentarse con cierta probabilidad.

Entre otras actividades o situaciones, el juego con carácter de lucha (ganar-perder), así como el trabajo orientado al logro de ideales, son elementos que promueven de manera significativa el estado de entusiasmo. Ello respondería a los factores comunes que contienen ambas situaciones, que serían precisamente los causales del entusiasmo. Uno de esos factores es el deseo de una **clara meta** (ganar y lograr el ideal respectivamente). Otro es la **lucha** como esencia común; o sea, existen obstáculos o elementos en contra que tienden a impedir el éxito o a que se produzca el fracaso, por lo que se desarrolla la máxima motivación para vencer los factores en contra y obtener el éxito. Por último, hay una **incertidumbre** del resultado; están presentes las posibilidades de éxito o fracaso.

Pero una condición básica para que tenga lugar ese entusiasmo es la **mediana dificultad en el logro de la meta**. Si un jugador gana siempre, o, por el contrario, pierde siempre, desaparece el entusiasmo y el interés por el juego. Lo mismo con respecto a los ideales. El entusiasmo no está presente si el logro del ideal es prácticamente imposible; tampoco si todo es fácil y no hay nada a qué aspirar, es decir aquí directamente no habría ideales ni entusiasmo al respecto. En resumen, no hay entusiasmo si la meta es muy difícil, muy fácil, o si no hay meta alguna. Sólo se produce plenamente cuando la meta es de mediana dificultad. Este es el punto de equilibrio que moviliza el conjunto de reacciones anímicas que dan lugar al continuo tono emocional del entusiasmo.

El entusiasmo generado por el trabajo orientado hacia el logro de ideales es más estable y abarcativo en relación al promovido por un juego de resolución inmediata. Los estados de entusiasmo generados por los juegos de la jornada serían como satélites que giran alrededor de un planeta, mientras que el entusiasmo por el trabajo hacia ideales sería el planeta que gira en la órbita mayor. En el caso del modelo del equipo deportivo, el estado anímico de los jugadores que se enfrentan en un partido es el cotidiano entusiasmo del momento. Pero durante el resto del día sobrevive el continuo entusiasmo

sostenido por la esperanza de obtener el título de campeón de la temporada, o de lograr un importante récord, o la posibilidad de ser el goleador individual del campeonato.

La misma relación estaría presente en el ejemplo de la fábrica, al igual que en todos los campos de la actividad social. El entusiasmo por el juego-trabajo de resolución inmediata estaría girando alrededor de la órbita mayor del entusiasmo promovido por las metas más grandes y más anheladas.

Esa forma de la actividad anímica, promovida por el trabajo orientado hacia los ideales, más los estados de entusiasmo “satélites” surgidos durante los juegos de resolución más inmediata, rellenarían entre ambos la plenitud del mejor movimiento de la vida anímica.

5. Ventajas del sistema en relación al progreso de la productividad material y cultural

La competencia, emulación, etc., como contradicción dialéctica “encarnada” en el hombre, es un elemento fundamental para el progreso de la productividad en las actividades sociales. A causa de ese beneficio concreto, la selección natural permitió la sobrevivencia a las tribus que poseían tales mecanismos de competencia moral.

La aplicación de aquel “círculo de círculos” de competencias morales productivas en la sociedad, significaría el movimiento continuo de un sistema de contradicciones, bajo el natural espíritu deportivo. A primera vista, tal sistema nos habla del progreso global del rendimiento en las actividades laborales y culturales que podría tener lugar con su aplicación.

Como el psiquismo se encuentra adaptado para la lucha por el logro de las más diversas metas, es durante esa lucha donde se produce la máxima motivación y el más vital entusiasmo. Durante la lucha por lograr metas, especialmente de mediana dificultad, es cuando se generan las máximas energías de la motivación y el florecimiento de las fuerzas creadoras del hombre. Por tanto, aquellas luchas reglamentadas, con carácter deportivo, donde a causa de las propias características de la justa deportiva **las metas serían naturalmente de mediana dificultad**, constituirían el campo más apropiado para el mejor desarrollo de las potencialidades de rendimiento y realización humana.

Es sabido que el deportista despliega las máximas energías que puede un ser humano. Sin embargo, sus notables esfuerzos tienen lugar en el marco de un gran entusiasmo. Esto es así, porque las condiciones objetivas del deporte

(lucha, mediana dificultad de la meta, incertidumbre del resultado) son las más favorables, no sólo para el máximo despliegue de las energías, sino paralelamente para el mejor estado anímico.

Como sabemos, en términos generales la naturaleza solamente permite el buen estado de ánimo en lo que es útil a la sobrevivencia. Luego, como el despliegue de las máximas energías de los miembros de la tribu era quizás lo más útil de todo, evidentemente tal cosa debía estar acompañada por el más favorable de los estados de ánimo. En otros términos, sobrevivieron las tribus cuyos miembros sentían un mayor entusiasmo durante la lucha y el esfuerzo del trabajo tendiente al logro de los bienes materiales (que son los mismos con los que se logran los bienes morales: buen rendimiento, ser mejor, etc.; y espirituales: beneficio para la tribu).

En definitiva, si están organizados adecuadamente los elementos y detalles técnicos de aquel sistema de competencias morales productivas, estaría asegurado un importante incremento de la **motivación**.

Las contradicciones o luchas en todos los niveles de la actividad social favorecerían, entonces, la máxima motivación o el máximo despliegue de las energías humanas. Sin embargo, tal aumento de las energías de la motivación no sería la única fuente de progreso productivo que promovería el sistema. El aumento de la motivación, desde un nivel medio en el que lo podríamos considerar actualmente, hasta el nivel máximo, implicaría un progreso en el nivel productivo pero sólo la primera vez, puesto que una vez que la motivación se ha estabilizado en la “meseta máxima”, ya no puede haber un nuevo progreso a causa de un imposible aumento de la motivación. Por eso, una vez logrado el máximo de energías motivacionales, y de haberse producido el correspondiente aumento de la productividad, de allí en adelante la motivación se transforma en un factor constante. Todo nuevo progreso comienza a depender del mejor **aprovechamiento** de las mismas energías de la motivación, es decir de la aplicación de las mejores **técnicas** o **métodos**. El progreso ulterior dependerá solamente del progreso de las técnicas o métodos que permitan el cada vez mejor aprovechamiento de ese mismo esfuerzo, concentración, voluntad creadora, etc., que es ahora un factor constante.*

Aquel primer incremento de la productividad, determinado por el aumento de la motivación, no sería un auténtico progreso, sino sólo un aumento

* Al hablar de mejores técnicas o métodos, debe entenderse todo aquello que signifique lo más avanzado en un momento dado, sin distinguir el campo de su aplicación. Se trata de todo cuanto sea novedoso y eficiente en cada ramo de la actividad, y que de un modo u otro haga al progreso y desarrollo de la sociedad.

“bruto”, a modo de ventaja básica. El verdadero progreso sería el ulterior, el experimentado por la aplicación de las nuevas técnicas, que se irían desarrollando en el marco de las contradicciones o competencias productivas. Tales luchas constituirían el gran motor que funcionaría a toda máquina, haciendo mover intensamente el **interés** por inventar y/o aplicar las mejores técnicas o métodos, en vistas al triunfo individual, grupal o regional.

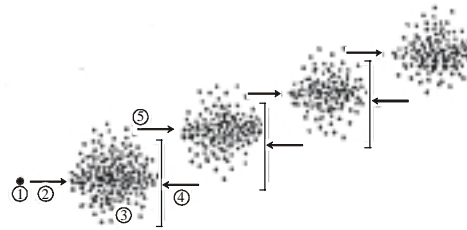
Esa relación entre el quantum de la motivación y el progreso de las técnicas es algo que se ve claramente en el caso del deporte. El triunfo deportivo siempre exige el máximo esfuerzo. Pero como en general los deportistas aplican por igual el esfuerzo máximo, el resultado pasa a depender de las nuevas y mejores técnicas deportivas (sistemas de entrenamiento, estrategias y tácticas de juego, perfección del calzado a utilizar, etc.) y no ya de la motivación. Sin embargo, no podría haber **interés** por inventar, desarrollar y/o aplicar las mejores técnicas sin la premisa de la máxima motivación, surgida del movimiento de la **contradicción** o competencia deportiva.

6. La ley universal del progreso

Para que tenga lugar el progreso de algo, deben haber en principio dos fuerzas opuestas. Una es la fuerza creadora y la otra la destructora de lo creado. Tomemos como ejemplo la evolución biológica. Cuando una especie se reproduce en abundancia, estamos en presencia de la fuerza creadora o afirmadora. Por su parte, la adversidad de la naturaleza constituye la fuerza destructora o negadora, que tiende a eliminar a esos nuevos individuos. Sin embargo no elimina a todos, sino sólo a los peores, mientras que los mejor capacitados, gracias a sus adecuadas aptitudes, vencen la fuerza negadora y logran sobrevivir. Los mejores, únicos sobrevivientes, establecen el nuevo punto de partida desde donde se originará la siguiente reproducción o generalización de individuos similares; es decir, la fuerza creadora tiene ahora un punto de partida más elevado. Los nuevos descendientes serán, en su conjunto, de mejor calidad adaptativa que en la reproducción anterior. Pero otra vez, la renovada fuerza destructora o negadora de la naturaleza tiende a eliminar a estos individuos; pero sólo eliminará a los peores. Los que nacieron con algunas ventajas lograrán vencer la adversidad, sobreviviendo y reproduciendo su género. Nuevamente, de los múltiples hijos algunos heredarán rasgos superiores a los propios padres, otros tendrán rasgos de inferior calidad, y la mayoría será de un nivel similar al punto de partida. Así, la fuerza destructora eliminará con el tiempo a todos menos a los más

aptos, los que marcarán el nuevo y más alto punto de partida, y así sucesivamente.

Esquemáticamente:



1- punto de partida inicial. 2- fuerza creadora o afirmadora. 3- producto de la reproducción variada y al azar, promovida por la fuerza creadora o afirmadora. 4- fuerza destructora o negadora, que elimina lo malo y lo mediano. 5- nuevo punto de partida desde lo que sobrevive.

Si imaginamos retirar la fuerza negadora, desaparecería el progreso en la orientación unilateral del cambio paulatino. En tal caso, el proceso tendería a ser horizontal, reproduciéndose prácticamente el mismo nivel del punto de partida inicial. En cambio, al haber una fuerza negadora se va eliminando lo malo, elevándose paso a paso el nivel de lo vigente.

Esos mecanismos de la ley del progreso no son exclusividad de la evolución biológica, sino que son leyes universales de toda evolución. La evolución biológica es sólo un caso particular de la ley. La misma está presente, por ejemplo, en el progreso de las ideas. Aquí, la crítica es la fuerza destructora o negadora. Desde el punto de partida del nivel de conocimientos que tiene un sujeto, surgirá la variedad de nuevas ocurrencias (fuerza creadora). Cada una de esas nuevas ideas deberá enfrentar la fuerza de la severa crítica (o autocrítica) que tiende a eliminarlas o desecharlas. Así, la crítica destruirá grandes cantidades de hipótesis “hijas”. Pero las ideas que tengan el mayor peso lógico resistirán el embate de la crítica y sobrevivirán; o sea, las únicas ideas sobrevivientes serán las mejores. Estas marcarán el nivel del nuevo punto de partida para la siguiente variedad de nuevas ocurrencias. Y otra vez, la severidad de la crítica irá al choque frontal contra cada una de las ocurrencias “hijas”, destruyendo todas las que carezcan de un cierto nivel lógico, sobreviviendo las más resistentes, y repitiéndose continuamente el mecanismo del progreso. En cambio si alguien, contrario a aceptar la crítica y/o autocrítica, no promueve la eliminación de ideas propias que son malas desde el punto de vista lógico, continuará con el mismo punto de

partida, y con una reproducción “horizontal” del mismo nivel, sin experimentar el mecanismo del progreso.

La ciencia y la religión son los mejores modelos, opuestos, de lo que hablamos. La ciencia continuamente emite nuevas ideas en abundancia, a lo que le sigue la severa fuerza negadora de la crítica (basada fundamentalmente en las evidencias de la verificación práctica), que elimina todo lo malo, dejando “vivo” lo que se defiende a sí mismo por su fuerza lógica. Lo que sobrevive marca el nuevo y más alto punto de partida para la infinidad de nuevas hipótesis, de las que sólo sobrevivirán las mejores, y así sucesivamente. La religión en general es lo contrario. Sus contenidos no son objeto de crítica ni discusión. Ello hace que el mismo nivel de contenidos se reproduzca horizontalmente durante siglos, sin experimentar aquel mecanismo.

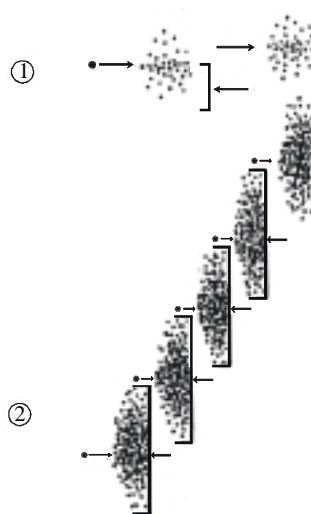
Un último ejemplo de la ley del progreso es precisamente el que nos interesa ahora: el progreso de las técnicas. El mecanismo esencial es el mismo que en los ejemplos anteriores. De la variedad de técnicas que existen en un momento dado, sólo sobreviven las más eficaces y el resto se elimina. Luego, desde el punto de partida de las técnicas sobrevivientes surge la nueva reproducción. Durante la reproducción o generalización, en toda la sociedad, de una técnica eficaz, algunos aplican modificaciones. Estas favorecerán a unos y perjudicarán a otros. Nuevamente, la fuerza negadora eliminará con el tiempo a todas las técnicas malas y medianas, sobreviviendo las mejores, las que establecerán el nuevo y más elevado punto de partida para la siguiente reproducción o generalización, y así sucesivamente.

La fuerza negadora, en este caso, está dada en el propio mecanismo de elegirse necesariamente lo mejor y de despreciarse lo peor. Consiste en lo excluyente de lo que quedará. Hay espacio para unas pocas técnicas: las mejores. Es como si las técnicas lucharan por ocupar ese espacio excluyente. Cada técnica “aspirante” hace de fuerza negadora para el resto. La propia limitación del espacio es el factor adverso para cada aspirante a ocuparlo. Sólo sobrevive la mejor técnica y el resto se elimina.*

* Estos procesos de unidad y lucha entre dos fuerzas contrarias generales, como son las fuerzas creadora y la destructora de lo creado, constituyen el mecanismo básico de lo que se manifiesta como ley de negación de la negación. Es decir, todo el proceso en su conjunto se desarrolla como un movimiento espiralado ascendente, o como un zig-zag en elevación, por el cual lo nuevo niega a lo viejo, y a su vez lo más nuevo y mejor vuelve a negar o desplazar a lo que antes era nuevo y bueno pero que pasó a convertirse en malo, y así sucesivamente. Por otra parte, en este mismo marco ocurre el funcionamiento de la ley de los cambios cuantitativos y cualitativos. El proceso de paulatino cambio o transformación unilateral de lo que va progresando va experimentando saltos cualitativos en el camino: nuevos órganos y funciones en la

7. Factores de los que depende la aceleración o desaceleración del progreso

Lo acelerado o desacelerado del progreso depende de la intensidad de la lucha entre las fuerzas afirmadora y negadora. Ello significa que será más acelerado el progreso mientras la fuerza afirmadora o creadora sea más **abundante** en su producción, y la fuerza destructora o negadora tenga a su vez la máxima **severidad**, dejando en pie sólo lo mejor de lo creado.* A esto se agrega la condición de la máxima **rapidez** de ese proceso; es decir, que la reproducción por parte de la fuerza afirmadora no solamente sea abundante sino también inmediata, y que la fuerza destructora, además de tener la máxima severidad, actúe rápidamente en su tarea eliminadora. Veamos los dos gráficos que siguen. En el primero hay poca abundancia de la fuerza creadora, poca severidad de la destructora, y lentitud en el proceso. En el segundo caso tenemos una gran abundancia de la fuerza creadora, la máxima severidad de la fuerza negadora, y rapidez en el proceso. En ambos casos el progreso está expresado en la altura alcanzada en la unidad de avance horizontal (tiempo):



evolución biológica; descubrimientos en el caso de la ciencia; inventos en la evolución de las técnicas.

* Esa severidad de la fuerza negadora nunca debe llegar al punto de eliminar todo; o sea, siempre debe ir quedando algo de lo creado. De lo contrario es obvio que se interrumpe automáticamente el proceso.

8. Condiciones para la aceleración del progreso en el rendimiento del trabajo y las actividades sociales

En base a lo visto se rescatan tres factores generales de los que depende la aceleración del progreso en la productividad material y cultural:

1- Abundancia de la fuerza creadora. Esto es, la invención continua de variadas técnicas, métodos, tácticas, estrategias, tendientes a mejorar el rendimiento productivo y cultural. Es evidente que de la multiplicidad de pruebas surgirán con más frecuencia nuevas técnicas eficaces.

2- Existencia de un criterio ágil que permita la rápida y segura identificación de las mejores técnicas o métodos.

3- Rapidez con que las técnicas más ventajosas, o identificadas como las mejores y seleccionadas por ello, se generalizan o reproducen en toda la sociedad, desplazando a las menos eficaces.

Estos elementos no son más que la adecuación a los pasos o etapas regulares del mecanismo del progreso. Por eso, la aceleración de dicho progreso sólo depende de la amplitud y rapidez de tales pasos.

Para que tenga lugar esa amplitud y rapidez es indispensable la premisa de otra contradicción más básica o primaria, como fuerza motriz que ponga en movimiento el máximo **interés** por inventar, seleccionar y aplicar lo que es eficaz. Tal contradicción básica o motriz consistiría, entonces, en el desarrollo de las múltiples y equilibradas luchas o competencias morales en el marco de las actividades sociales y el trabajo. La propia existencia de una situación objetiva de contradicción o lucha entre grupos e individuos, alrededor del triunfo, significaría la condición estimulante para el desarrollo del máximo interés en la invención, renovación y selección de las técnicas a aplicar.

La amplitud y rapidez de aquellas fases del progreso (1- gran producción de la fuerza creadora, 2- severidad de la fuerza negadora, que elimine todo lo malo y lo mediano dejando sólo lo mejor, 3- rapidez en la reproducción o generalización de eso bueno que sobrevive y en la eliminación del resto) estarían presentes con la aplicación del sistema de contradicciones del que hablamos:

1- Al haber un interés por ganar en las competencias individuales, grupales o regionales, en todos los órdenes de la actividad social, habría constantemente un deseo de crear o inventar nuevas técnicas o métodos que lleven al triunfo. Esa motivación haría multiplicar las fuerzas creadoras en todos los niveles.

2- El criterio ágil para la rápida y segura identificación de las mejores técnicas o métodos surgidos, y eliminación de los peores, sería el **triunfo**. El triunfo reiterado de un individuo, grupo o región, sería la prueba de la supremacía de las técnicas, métodos, planes, estrategias, que permitieron su mejor producción material o cultural y con ello su victoria.*

3- El interés por el resultado movilizaría la más rápida generalización o reproducción de las mejores técnicas y la inmediata eliminación de las menos eficaces. Nadie seguiría aplicando los viejos métodos cuando ello es sinónimo de fracaso.

9. El ejemplo de Grecia

En base a lo que estamos tratando, podemos deducir que el sorprendente progreso y florecimiento cultural de la Grecia antigua habría sido permitido en gran medida por la aplicación espontánea de estas leyes. Allí existía un espíritu deportivo o agonístico manifiesto en las actividades culturales. La lucha en el plano moral trascendía la esfera del deporte propiamente dicho, haciéndose extensiva al marco de las diversas actividades.** Según tenemos entendido, se realizaban, por ejemplo, importantes competencias en las diversas artes, y hasta certámenes matemáticos de gran interés público. En un ambiente así, donde las actividades contienen un carácter de juego deportivo, o de lucha moral **expresa**, más la elevada valoración e interés por el triunfo, el progreso sería algo necesario de ocurrir. Aunque desde el punto de vista técnico no sea muy ordenada la organización de las actividades, aquellas condiciones significan siempre un gran estímulo para la creatividad y el progreso en general.

El experimento natural de Grecia sería también una prueba de las ventajas y los positivos resultados que podría tener ese carácter del trabajo y las actividades sociales. Claro que en el caso griego todo ese progreso y florecimiento se limitaron a la producción cultural, y gracias al sostén del trabajo productivo de los esclavos, excluidos de todo beneficio.

* El triunfo, como práctico y seguro resultado-guía, indicador de lo que es o no eficaz, significaría un reemplazo, en todo sentido superador, de la ganancia económica, como elemento que cumple con esa función en el capitalismo.

** Diem Carl. **Historia de los deportes**. Luis De Caralt Editor. Barcelona 1966. Pág. 126-127

10. La unidad de lucha y cooperación

Para observar lo que sería la adaptación de las motivaciones del trabajo al funcionamiento psicológico natural durante la actividad, analizaremos paralelamente una tribu primitiva y una fábrica en la que tiene lugar el nuevo carácter de la actividad. Tanto la tribu como la fábrica se encuentran en plena actividad laboral; la tribu repartida en subgrupos que se separan, y la fábrica especialmente organizada en varias secciones o plantas que realizan un trabajo similar. Focalicemos al mismo tiempo la atención en un individuo de la tribu y en un trabajador de alguna de estas secciones, donde ambos desarrollan un gran interés por el mejor rendimiento laboral. Veamos algunos elementos motivacionales que componen ese interés por el mejor desempeño:

1- El deseo por destacarse en lo individual. Eso llevará al reconocimiento hacia el sujeto por parte de los compañeros del subgrupo de la tribu, o de los compañeros de la sección de la fábrica. También, la labor individual destacada puede convertir al sujeto en la figura eventual de la tribu, o de la fábrica toda (récord de producción, etc.).

2- El buen desempeño personal es movido también por el interés de colaborar con el subgrupo de la tribu, o con la sección de la fábrica, para lograr el triunfo en la emulación contra el resto de subgrupos o secciones.

3- Paralelamente, está presente el interés de colaborar con la tribu en su conjunto, o con la fábrica toda, en procura del éxito de la tribu contra la adversidad de la naturaleza, o del éxito de la fábrica en la competencia contra sus similares de la región.

De tal manera, encontramos simultáneamente: una **lucha** contra el resto de individuos por ser el mejor en lo individual; una **lucha** entre el subgrupo propio contra el resto de sus similares por el mejor desempeño subgrupar; y por último una **lucha** entre la tribu contra la adversidad, o entre la fábrica contra el resto de establecimientos similares.

Pero al mismo tiempo que se lucha, se está **cooperando** con los compañeros del subgrupo o sección, para lograr el triunfo grupal como meta común. También, el propio subgrupo se encuentra **cooperando** con los subgrupos rivales en relación a los fines de la tribu o fábrica en su totalidad.

Dado que la lucha y la cooperación son relativas al efecto considerado, simultáneamente se coopera con los propios contrincantes. Un subgrupo lucha contra los otros en relación al efecto de triunfo o derrota entre ellos. Pero a la vez, las mismas energías que cada subgrupo vuelca hacia su respectiva tarea para vencer a los otros son las que se suman y convergen en

favor del producto global de la tribu o fábrica. Así, en relación al efecto de aumentar la producción global de la fábrica para vencer a las otras, las secciones están **cooperando** mientras luchan entre sí; y mayor será la cooperación para tal fin mientras más intensa sea la lucha por el triunfo interno. Lo mismo con respecto a la tribu. Los subgrupos enfrentados en forma emulativa, más cooperan con el logro del máximo producto global para la tribu mientras más intensa sea la lucha moral por ser el subgrupo más exitoso o productivo.

Tal simultaneidad objetiva de los fenómenos de lucha y cooperación tiene su correlato a nivel de la estructura motivacional y de las reacciones subjetivas. En relación a lo que es lucha está la fuerza del interés **moral**, y en lo que hace a cooperación se encuentra presente la motivación **espiritual**. Pero como simultáneamente se está luchando y cooperando con los propios compañeros, al mismo tiempo actúan las tendencias morales y espirituales: ganar o ser mejor, y beneficio para el conjunto, respectivamente.

La adaptación del psiquismo a la dialéctica de la lucha y la cooperación unidas en el mismo hecho es la adaptación de la motivación humana a las leyes objetivas de la realidad, a la necesidad de contradicciones internas, sin que ello sea excluyente con respecto a la cooperación y colaboración, sino un refuerzo complementario para la máxima eficiencia del conjunto.

11. Leyes de la dialéctica, trabajo y psiquismo

Durante la evolución de la especie, y en el marco de la lucha objetiva por la sobrevivencia de la tribu, el trabajo se fue desarrollando en su forma, ajustándose cada vez con más precisión a las condiciones o exigencias objetivas de las leyes de la dialéctica, en especial a la ley de la contradicción interna, o unidad y lucha de contrarios, de modo que ello permitiera la máxima productividad posible. Es decir, fueron sobreviviendo las tribus que se iban ajustando de la manera más perfecta a las condiciones o exigencias de tales leyes. Al seleccionarse las tribus que gracias a esa forma de trabajar eran las más eficaces en el logro de los medios de subsistencia, se fueron seleccionando, obviamente, los psiquismos que en su estructura esencial venían mejor adaptados para esa forma eficaz del trabajo (espíritu deportivo o emulación, entusiasmo por aquella forma de trabajo, etc.). Así, tenemos la siguiente relación: la forma del trabajo de la tribu se ajustó a las exigencias de las leyes de la dialéctica para la máxima productividad. El psiquismo, por su parte, se formó ajustándose a esa forma del trabajo. Por carácter transitivo, el psiquismo se estructuró adaptándose a aquellos mecanismos dialécticos.

Pero por determinadas circunstancias, inherentes al desarrollo histórico de la sociedad, la forma del trabajo se desvió de aquella adecuación a las exigencias de las leyes dialécticas. Por tanto, el psiquismo se ajusta como puede a ese trabajo, desviándose junto con él. Esa desviación de la forma del trabajo y del modo del funcionamiento psíquico, con respecto a aquellas condiciones de las leyes dialécticas, tiene hoy dos efectos negativos: 1- poco progreso de la calidad del rendimiento laboral y cultural (en relación a lo posible). 2- disconformidad con la forma del trabajo y ausencia de todo entusiasmo.

Las leyes de la dialéctica no se pueden modificar; corresponden al “almacén lógico” de la realidad. Luego, la estructura esencial del psiquismo y su sistema de funciones necesarias, al menos por ahora, tampoco es modificable. Lo único que queda para transformar es el trabajo y su forma de organización, o sea, volverlo a adecuar a las exigencias objetivas de las leyes dialécticas y a las necesidades funcionales del psiquismo. El adaptar el trabajo a aquellas condiciones dialécticas implica adaptarlo al psiquismo. O también, adaptar el trabajo a los requerimientos funcionales del psiquismo, significa su ajuste a las exigencias de las leyes de la dialéctica para la mejor productividad. Tal adecuación de la forma de organización del trabajo y de toda actividad social tendría dos efectos positivos: 1- progreso de la productividad material y cultural. 2- entusiasmo por la actividad, florecimiento de las fuerzas creadoras, salud mental y mejoramiento de la vida social en general.

12. Sobre la aplicación del sistema

La forma concreta de la organización de las actividades es algo que quedaría librado a las investigaciones de las ciencias sociales y a las experiencias prácticas al respecto, así como en última instancia a la creatividad de los propios trabajadores y de quienes participen en las diversas actividades. Pero en principio encontramos que es incalculable la cantidad de combinaciones posibles sobre las distintas competencias o certámenes individuales y grupales.*

* Un tipo de competencia que podría tener lugar en forma paralela a la de los ejemplos presentados consistiría en la división de **bandos** en cada ramo de la actividad social. Esto, en virtud de que no sólo existen sentimientos localistas, sino que también se da la identificación con agrupaciones cuyos miembros, a pesar de estar física o territorialmente separados, se ven unidos en lo espiritual y moral por intereses, causas o aspiraciones comunes.

También es inimaginable la cantidad de formas del aprovechamiento de la tecnología moderna. Los progresos alcanzados en los campos de la informática y las comunicaciones servirían para el inmediato registro y difusión de los múltiples resultados parciales y totales en todos los órdenes de la actividad social.

En relación a la aplicación del sistema, hemos observado muchas ventajas sin hallar desventaja alguna. Sin embargo, no se puede esperar que sea fácil hacerlo funcionar en la práctica. En el intento aparecerían sin dudas obstáculos y dificultades de diversa naturaleza. Quizá un obstáculo importante radique en nuestros propios valores relativos y costumbres. Los diversos valores, intereses, gustos, hábitos, arraigados en nuestros afectos, traen una “inercia” relativamente definida en su curso, lo que contribuye a que aquellas imágenes aparezcan como ajenas a nosotros o carentes de gran atractivo.

El tema de la orientación de los valores es tal vez el que requiera el más delicado tratamiento. Si no hay una valoración positiva por el nuevo carácter de la actividad, tampoco puede haber interés ni entusiasmo ni progreso. Tal valoración hace interesante a toda actividad. No puede haber interés o entusiasmo en un juego, por ejemplo, en el que da lo mismo ganar o perder. Las valoraciones son las que hacen que no sea lo mismo.

Hay varios elementos que pueden contribuir a desarrollar esa valoración. Como la difícil tarea es crear una valoración que no existe, dichos elementos deberían combinarse y aplicarse simultáneamente. Una ventaja básica que encontramos es que nadie tendría que hacer nada nuevo. Todo tendría lugar sobre la base de las mismas actividades que realiza cada uno, y que se deben cumplir de todas maneras. También se cuenta con la ventaja del mecanismo por el cual se desarrolla en general una cierta valoración espontánea por el ámbito de la actividad social que cada uno realiza. Por último, está el hecho de que todo el mundo espera la oportunidad de ver valoradas sus capacidades y esfuerzos. Pero para eso es indispensable la creación de un adecuado **campo social** que permita recuperar el marco y las condiciones naturales que lo favorecen.

Uno de los elementos generadores de valoraciones sería el premio material. El mismo movilizaría el interés por ganar desde un principio. Luego, la carga moral ligada al triunfo-derrota iría creciendo en su proporción con el desarrollo de las competencias. Ello permitiría ir disminuyendo el premio material, hasta lograrse una autonomía moral del interés en relación a los resultados, similar a la que se desarrolla en el deporte, donde la motivación, como se sabe, llega fácilmente a su “meseta máxima” aunque no haya otro interés que el moral.

Otro elemento sería la correcta organización de los detalles técnicos de la actividad. Para que se valore la actividad, la misma debe contar con algo que sea interesante en sí mismo (posibilidades de lograr grandes metas, adecuada proporción de la influencia del azar en los resultados, ausencia de monotonía, frecuencia en la presentación de los resultados parciales y totales, posibilidades de crear estrategias, etc.). Cuando la naturaleza de la actividad es variada y entretenida, lleva por sí misma a su valoración.

Un último elemento estaría dado en la labor educativa que tienda directamente a favorecer la valoración, dada la importancia social que podría tener la aplicación del sistema.

El nuevo carácter de las actividades seguramente “prendería”, y tal vez con gran fuerza, en los niños, adolescentes y jóvenes. En los más adultos se haría quizás más difícil, dada la mayor consolidación de los valores relativos, gustos y hábitos de vida en general, que hacen aparecer como absurdo, ridículo, o estúpido, aquello que contrasta con las propias costumbres. No obstante sería posible también la asimilación del sistema por parte de los mayores y en forma inmediata, puesto que no sería necesario un cambio muy grande en la forma de vida. Por supuesto que en ningún caso sería obligatorio participar; pero se puede aceptar como entretenimiento, sabiéndose que el ganar o perder no son lo más importante. Sin embargo, sabemos lo que pasa cuando, por ejemplo, un grupo de amigos, ya maduros, decide practicar por un rato algún juego o deporte. Todos saben que la “idea” es entretenerse y pasar un momento agradable. Ninguno sentirá una gran humillación si pierde. A todos les da lo mismo cualquier resultado. Pero todo eso pasa al olvido cuando el desarrollo del juego es el que dirige los afectos. Allí se produce una turbulencia del movimiento anímico, y nada interesa más que el resultado.

De todas formas, no hay dudas de que es poderosa la influencia de los valores relativos, o gustos, costumbres, cuando se han consolidado en una determinada orientación. Pero ello no implica, obviamente, que sean elementos inmutables a los que las nuevas generaciones deban ajustarse necesariamente, sino que son transformables en su totalidad.

Aunque se ha enfatizado el carácter de lucha o competencia moral que tendría el trabajo, ello no significa que el mismo se reduciría a ser solamente un juego o deporte. Lo presentado es sólo el esquema general de la organización de las actividades, donde el carácter de lucha reglamentada es un elemento esencial de dicha organización; es el “esqueleto” del sistema. Pero además de ser un juego y un deporte, el trabajo sería también, entre otras cosas, un arte y una ciencia. Un arte porque se evaluaría la calidad del tra-

bajo, la belleza y perfección de la obra; es decir, no ganarían sólo quienes más producen en términos cuantitativos, sino que el triunfo, según las condiciones y posibilidades que ofrezca cada actividad, sería además para el individuo o grupo cuya obra, trabajo o producto, tenga mejor calidad, más belleza, más armonía y perfección.* Por otro lado, sería también una ciencia, en el sentido de que el interés por el triunfo motivaría a desarrollar ideas, investigaciones y nuevos conocimientos tendientes a mejorar la productividad y la calidad del desempeño en cada una de las actividades laborales y culturales.

Por otra parte, el hecho de desarrollarse competencias o luchas morales en las actividades laborales, científicas, educativas, etc., no implica, como puede parecer, que se viviría “cegado” por un obsesivo interés en ganar, y sin importar cómo “salga” el trabajo. Por el contrario, los ganadores serían aquellos que desarrollen el máximo interés y la mayor dedicación en la tarea. No debemos concebir separados el triunfo-derrota de los demás valores, sino que se ganaría precisamente en el quantum de los otros valores. Si un educador, por ejemplo, se opone a todo lo propuesto, afirmando que no se trata de ganar, sino de educar con responsabilidad y pensando en la formación de los alumnos, no se puede dejar de estar de acuerdo. Sólo que el triunfo, en este caso, correspondería a quien educa con más responsabilidad y más se preocupa por la formación de sus alumnos. Ganaría el mejor educador, el que más objetivos pedagógicos logra. En otras palabras, y paradójicamente, ganaría el que menos piense en ganar y más en educar (ese triunfo del educador sería la expresión del triunfo de sus alumnos; surgiría del mayor grado en que éstos alcancen los distintos objetivos educativos).

La misma situación se presenta en todas las actividades. Siempre se triunfaría en el quantum de aquello que es lo más valorado. Si la actividad es la ciencia, por ejemplo, no se impondrán quienes sólo piensen en “ganar”, desatendiendo los contenidos de sus investigaciones. Quienes ganen serán aquellos que más piensen en tales contenidos, tratando de realizar un buen trabajo científico.

El interés por el triunfo sería sólo una fuerza motivacional agregada, que impulsaría a realizar el trabajo de la mejor forma posible. Pero en el dominio consciente, en la “mente”, existirían fundamentalmente los contenidos, objetivos, dificultades, propios de la actividad. El deseo de ganar no pertur-

* En el caso de los trabajos que generan bienes de consumo, los propios consumidores podrían ser los “jueces” encargados de evaluar su calidad; ya sea calificando expresamente los productos, o bien en los hechos, simplemente escogiendo los mejores

baría en absoluto la responsabilidad de hacer bien un trabajo que sirve al beneficio social, sino que multiplicaría el interés por hacerlo cada vez mejor. De cualquier manera, está claro que nada puede haber de malo en que el trabajo sea vivido como un juego o entretenimiento, máxime cuando ello hace más eficiente la tarea.

Digamos, por último, que el sistema propuesto, y que quizás con justa razón pueda parecer que no es “gran cosa”, no es la conclusión o la aplicación única y necesaria de todo lo tratado anteriormente sobre el psiquismo. Se trata solamente de algo surgido como una deducción o derivación, ni remotamente sospechada al comienzo del desarrollo teórico, que de acuerdo a los distintos argumentos podría servir para mejorar el funcionamiento psíquico. Pero, indudablemente, la vida humana, y sobre todo en nuestra época, es más que eso. Hay diversos aspectos de la vida que poco tienen que ver con la forma en que se organicen las actividades.

Sin embargo, tampoco debemos “exagerar” con respecto a las posibilidades de la vida psicológica. En realidad el psiquismo humano, en su esencia, tampoco es “gran cosa”. El cerebro, que es el órgano cuya actividad sostiene toda la vida psicológica, no tiene mucho a qué aspirar, además de la estimulación de un grupo de sus células y la inhibición de otro. ¿Qué más puede pretender un órgano?. Por eso, si encontramos una manera de hacer que ese órgano, así como el psiquismo que es el producto de su actividad, funcionen saludablemente, cabe entonces preguntarnos: ¿qué más podemos pretender?.

13. Salud mental

Con respecto a las causas de la enfermedad mental, se hace válida la analogía con lo que sucede en relación a los problemas cardíacos. Por más variadas y complejas que sean las distintas formas de los trastornos cardíacos, la causa general, exceptuando los pocos casos en los que hay una anomalía genética, es siempre la misma: el funcionamiento antinatural del corazón, o bien la falta del modo de funcionar para el que se encuentra adaptado. Todos los factores conocidos como causales de los trastornos cardíacos (obesidad, tabaquismo, sedentarismo, estrés, etc.) contribuyen por igual, en definitiva, a que el corazón no funcione de la forma natural para la que viene preparado.

En el psiquismo ocurre algo parecido. A pesar de la variedad y complejidad de los distintos tipos de trastornos mentales, la causa general o común a todos ellos, exceptuando los pocos casos de anormalidad innata o de

agentes fisiológicos nocivos que alteran las funciones cerebrales, no puede ser otra que el modo antinatural del funcionamiento psíquico, promovido por las desfavorables condiciones generales de la vida social, que impiden el natural y armónico desenvolvimiento de las funciones esenciales del psiquismo.

Si nos limitamos a la terapia individual y particularizada, es poco lo que se puede lograr a nivel de salud mental, además de aliviar provisoriamente la urgencia del caso. No obstante, hay que reconocer que es posible lograr resultados favorables al respecto.*

De todas maneras, la psicoterapia jamás puede ser más que un método de “emergencia”. Lo que hace falta es la prevención de los trastornos mentales. La terapia psicológica apunta siempre a combatir lo que es un efecto (sea éste un problema específico y aislado, o una inadecuada y enfermiza estructura de la personalidad global del sujeto). Pero sabemos que para extinguir un efecto se deben desarticular las causas que lo generan. Si se “arranca” el efecto, manteniendo intactas las causas, es evidente que aquél se reproducirá con regularidad. La causa general de los trastornos mentales no consiste, obviamente, en maleficios innatos masivos, ni en caprichos de los enfermos. Sólo radica en las negativas condiciones de la vida social, que obligan a un funcionamiento antinatural del psiquismo. Por más que las circunstancias casuales hagan que un individuo adquiera una enfermedad mental y otro no, dadas constantes las condiciones generales de la sociedad, aparecerá en cada generación un porcentaje regular y necesario de enfermos mentales. Si se afirma que los que adquieren la enfermedad mental son los que tienen predisposición para ello, tal predisposición no nos ayuda en nada a los fines explicativos de la etiología de la enfermedad mental. Sólo es equivalente a imaginar un salón lleno de gente con todas las entradas de aire herméticamente cerradas. Cuando comience a faltar el oxígeno, no todos resultarán asfixiados simultáneamente, sino que primero les tocará a algunos. Pero no se trata de una “predisposición a la asfixia”. Quizás los prime-

* La terapia individual, más allá de los casos en que se lograría un efectivo cambio de la conducta y de las actitudes del sujeto, mayormente hace “bien” porque en el marco de ella se daría satisfacción a algunas necesidades insatisfechas del individuo. Fundamentalmente serían las correspondientes a los impulsos de comunicación y de aprobación. Durante las sesiones de psicoterapia, el paciente logra muchas veces comunicar contenidos íntimos que nunca había tenido oportunidad de manifestar, y que los llevaba como una molesta carga. Luego, está el hecho de que la confianza, las palabras y demás expresiones del psicoterapeuta, a menudo hacen que el paciente deje de sentir culpa, vergüenza, humillación, y comience a aceptarse a sí mismo, lo que se traduce al logro de una cierta autoestima con la que no se contaba antes.

ros afectados puedan ser asistidos con respiración artificial o con otros métodos de urgencia. Pero si se abren las ventanas no hará falta hablar de predisposiciones.

El problema se ve mejor enfocándolo desde su esencia más general, esto es, concibiéndolo como una lucha concreta entre dos fuerzas que tienden a resultados contrarios y excluyentes. Supongamos que un sujeto normal tiene una resistencia a la enfermedad de magnitud 100. Por su parte, el conjunto de factores que conforman el medio social desfavorable, como fuerza activa que acciona contra cada individuo tendiendo a provocarle la enfermedad mental, llegaría en nuestros tiempos a tener, por ejemplo, un poder de magnitud 90. Esto implica que todavía es superior la resistencia del sujeto normal, por lo que la influencia nociva del medio social adverso no alcanza a vencer esa resistencia para desencadenar la enfermedad mental como efecto. En cambio, quien a causa de circunstancias casuales, o de cualquier tipo, ha tenido un desafortunado desarrollo psicológico, y a quien consideramos un individuo con predisposición a la patología mental, tendría una resistencia de 80 por ejemplo. Aquí es superior la fuerza activa de la influencia hostil del medio en relación a la resistencia a la enfermedad con que cuenta el sujeto, produciéndose por tanto el trastorno mental como efecto, o como resultado de la lucha. Pero si transformamos aquel medio social, de modo que deje en todo sentido de ser hostil para el funcionamiento psíquico, ello significa que reduciríamos a cero su poder 90 como fuerza activa que tiende a trastornar el psiquismo. En tal caso, tanto el que posee predisposición (resistencia 80) como el sujeto normal o sin esa predisposición (resistencia 100), se hallarían lejos por igual del riesgo de trastorno mental, ya que con una resistencia 1 sería suficiente para que no se desarrolle la enfermedad.

La solución definitiva de los trastornos mentales, sea de una manera u otra, sólo puede consistir en la transformación de la vida social. Entre los fenómenos negativos, generados por las condiciones del medio social, que contribuyen a la sola infelicidad en los mejores casos, y a la enfermedad mental en los peores, se encuentran como ejemplo los siguientes: problemas de comunicación, falta de reconocimiento a la persona, frustraciones en las aspiraciones personales, ausencia de metas comunes, deterioro de los valores, soledad, insatisfacción con el trabajo, ansiedad, depresión, ausencia de motivos de alegría, carencias afectivas. Todo eso, y otros fenómenos negativos, se reducirían sensiblemente con el mismo hecho de la adecuada organización de las actividades sociales y el trabajo (sobrentendiéndose la premisa de la seguridad y tranquilidad materiales). En la tribu no existía

nada de aquello. Allí el psiquismo funcionaba con armonía. Pero la desviación del trabajo, respecto a su forma natural, es como la ruptura del engranaje principal, que desorganiza el movimiento de toda la cadena de funciones psíquicas. Por eso, la adecuación de la forma de las actividades sociales solucionaría quizás todo aquello junto. Esto no es magia, pero es parecido a ello, puesto que la colocación en su lugar del engranaje principal, y su puesta en funcionamiento, arrastraría tras de sí al conjunto de elementos y engranajes menores que dependen de él, que se desarrollaron y estructuraron alrededor de él. El trabajo en su forma natural fue, durante la larga evolución de la especie, el timón que orientó el desarrollo de las funciones psicológicas esenciales. Por ello, todo comenzaría a funcionar con su máximo esplendor si las actividades sociales y el trabajo recuperan su forma o carácter perdidos, si se logra que sean vividos nuevamente como un juego, un deporte, un entretenimiento, un arte, una ciencia, una aventura, al mismo tiempo.

Hasta la propia enfermedad orgánica o corporal suele ser otro de los efectos negativos de la forma inadecuada de las actividades sociales. Al no estar el abundante placer del entusiasmo que ellas en su forma natural generan, el mismo es reemplazado por el tabaquismo, la gula, el alcoholismo, la drogadicción, arruinando la salud fisiológica.

La situación general es como si suponemos que se ha caído el parante central de la carpa de la sociedad. Así, la arrugada carpa nos cubre a todos y no nos permite movernos con comodidad. Todos levantamos el brazo empujando la carpa hacia arriba, pero ésta cae nuevamente al soltarla. En cambio, si ubicamos correctamente el parante central, la carpa social recuperaría como por arte de magia su plena extensión en todos los aspectos psicosociales. Los miles de pliegues y arrugas de cada sector y de cada rincón de la sociedad recuperarían simultáneamente su plena extensión. Aquella transformación general del carácter del trabajo y de las diversas actividades sociales no sería más que levantar y colocar en su lugar el gran parante central; implicaría poner en movimiento el engranaje principal; significaría abrir todas las ventanas para que circule la hermosa brisa primaveral de la nueva sociedad humana.

LA PREMISA DEL SOCIALISMO

Para hacer realidad lo visto en el capítulo anterior, sobre la posibilidad de una transformación general en la naturaleza y el carácter del trabajo y las actividades sociales, es indispensable, primero, el paralelismo de los intereses materiales en toda la sociedad y la justa distribución de los productos del trabajo, así como **del trabajo mismo**, es decir el equitativo reparto de las cargas. Los trabajadores, por ejemplo, no pueden sentir una plena satisfacción moral por ganar en aquellas competencias por el mejor rendimiento, si son conscientes de que sus esfuerzos están siendo usados y manipulados por las patronales para aumentar los niveles de explotación y de ganancias. Ese solo hecho, que no es algo insignificante si tenemos en cuenta que abarca a toda la clase trabajadora, que es la mayoría de la sociedad, ya nos muestra que todo aquello, planteado bienintencionadamente, es impensable sin el socialismo.

La condición del socialismo, del socialismo científico como lo entendió Marx, significa, entre otros elementos que enseguida observaremos, que el poder social se encuentra en forma directa en manos de los trabajadores. Esa es la única garantía de justicia social y ausencia de explotación. El proletariado es la única clase que no puede explotar a otra, por constituir el único objeto posible de la explotación. Cuando se habla de socialismo, pero donde en los hechos no se ejerce la voluntad, el poder real, protagónico, de los trabajadores concretos, no se trata de socialismo, sino simplemente de alguna de las formas por las que se consigue continuar con el engaño, la injusticia, los privilegios y el sometimiento de los trabajadores. Solamente a través del poder y el liderazgo reales de la clase trabajadora, y a nivel mundial, se podrá poner fin a la marginación, la injusticia y el hambre en el mundo, para recién entonces hacer pensable y **honesto** cualquier otra propuesta o iniciativa tendiente al mejoramiento de la vida y de la sociedad.

No es que resulte divertido “hacer política” a esta altura del libro. Hubiera sido preferible no tener la necesidad de penetrar en un terreno tan polémico, donde los distintos intereses y las pasiones de las posturas políticas e ideológicas ya asumidas, por lo general hacen de los argumentos científicos lo

menos importante. Sólo se trata de que es la obligación llevar la propuesta hasta el final. Es decir, manteniendo el encuadre científico que aquí se pretende tener, que en este caso es todo lo importante, corresponde mostrar lo que sería el camino lógico y científicamente viable para alcanzar aquella transformación de la vida social. De lo contrario, todo lo dicho no sería más que una utopía, una fantasía irrealizable, o, peor aún, una estupidez teórica. En tal sentido, es muy acertada la opinión de Marx, de que la cuestión no es solamente interpretar o entender el mundo, sino que (sobre todo desde los intereses de los perjudicados por cierto estado de cosas) de lo que se trata es de transformarlo.

De todas maneras, lo que se tratará en este último capítulo puede considerarse si se quiere como un apéndice, como un punto de vista por fuera de la teoría psicológica, a la que ya podemos dar por terminada.

Lo que motiva el siguiente desarrollo es la certeza, basada en los argumentos científicos del marxismo, de que la transformación en la estructura de las relaciones económicas de la sociedad, a cargo de la clase trabajadora, es una condición previa, algo que se debe **hacer primero**, para luego poder pensar más seriamente en cualquier otro mejoramiento significativo de la vida laboral y social, como sería, en este caso, lo propuesto en el capítulo anterior.

Hay quienes, a pesar de ver con simpatía la orientación histórica del marxismo, en el sentido de augurar y promover el fin de las injusticias, se dejan llevar fácilmente por la opinión de que la sociedad que vivió Marx ya no existe, y que por lo tanto lo que podía ser válido en aquel entonces hoy es anticuado como forma de pensar. El argumento de esto es la presunta modificación en la constitución de las clases sociales, el gran desarrollo tecnológico, con los consiguientes cambios en la forma de vida y de trabajo, la complejización de la vida social y económica, la mayor incidencia del capital financiero, y otros fenómenos, algunos más nuevos que otros. Pero esto es no saber distinguir lo esencial de lo que no lo es. Tal manera de pensar es lo mismo que si dijéramos que debido a los profundos cambios de la vida moderna, a las nuevas motivaciones y necesidades de las personas, la ley general del psiquismo ya ha perdido vigencia y es “obsoleta”; que quizás podía ser válida en la época de Epicuro, pero no ya en nuestros tiempos “tan avanzados”.

Lo cierto es que toda la nueva complejidad de la vida social y económica no ha alterado en lo esencial la estructura básica de las relaciones de producción o económicas. Dicha esencia general es la misma desde la época de la esclavitud, y es la existencia de una clase dominante, propietaria de las

tierras y demás medios de producción, y otra desposeída de dichos medios, que es la que trabaja, y que para poder subsistir debe aceptar obligadamente las condiciones de trabajo y de explotación que impone esa clase propietaria. Luego se agregan otras capas sociales, de mayor o menor número de integrantes (pequeños comerciantes, profesionales, cuentapropistas en general), que consiguen subsistir de otra manera, pero que son **periféricas** respecto al proceso central de producción. Estas capas medias, en lo esencial, dependen de la **distribución** de lo producido, y por tanto son económicamente neutras (aunque políticamente ambiguas) en esa lucha desigual entre aquellas clases que tienen que ver directamente con la producción.

Ha habido cambios importantes en la superestructura de la actual sociedad capitalista, pero se ha mantenido invariable su base material, su estructura económica, su esencia. Los fenómenos nuevos del capitalismo son sólo eso: fenómenos; la esencia es la misma.

1. El materialismo histórico

Observemos porqué la clase trabajadora es la única en condiciones de reemplazar a la clase capitalista o burguesía en la conducción de los destinos de la humanidad. El materialismo histórico, como ciencia de la sociedad, nos lo explica. Repasemos brevemente la idea central de lo planteado por Marx al respecto. En primer lugar, el elemento condicionante y determinante de la vida de la sociedad, y antes que nada de su propia existencia, es la producción material. Toda la sociedad depende de esa producción y de su distribución. Esto todavía no ha cambiado, y no cambiará mientras haya una sociedad formada por hombres con necesidades para satisfacer. Luego, en base al análisis de ese elemento esencial que es la producción, especialmente material, surge la deducción, la necesaria aceptación del hecho, sugerido por el sentido común y demostrado por la historia, de que solamente las clases relacionadas en forma directa con la producción, y dentro de éstas las que tienen la propiedad, el control sobre los medios fundamentales de producción, son las que ejercen el poder económico, y por añadidura el poder político. Por tanto, son las que conducen la sociedad. La clase que dirige la producción, que es **dueña** de ésta, es, obviamente, la que también dirige la distribución, el destino de los bienes producidos, de los que depende el resto de la sociedad.

Desde que surgió la sociedad dividida en clases, las clases que tenían el papel dominante terminaban siendo reemplazadas por otras, cada vez que se agotaba la capacidad de cierta formación economicosocial o sistema econó-

mico, que ellas dirijan, de favorecer el progreso de las fuerzas productivas en su tendencia al ininterrumpido desarrollo. Mirándolo en forma resumida, esas clases fueron: en principio los esclavistas, luego la nobleza real y los feudales, y hasta hoy la burguesía o clase capitalista.*

El reemplazo en el poder político del Estado, de la vieja clase dominante por la nueva, así como del sistema económico y de relaciones de producción y distribución que aquella dirigía, ha sido siempre el resultado de la necesidad de establecer nuevas relaciones de producción que se ajusten mejor a las exigencias y condiciones del nivel alcanzado por las fuerzas productivas, a las que el antiguo régimen no se podía ajustar. En otros términos, el factor desequilibrante, que va “presionando” y obligando al cambio de los sistemas económicos, a través de las revoluciones sociales, es ese incremento ininterrumpido de las fuerzas productivas. Este es un elemento que es anterior a cualquier análisis, y viene operándose desde los antecesores del hombre hasta hoy. Así, el nuevo sistema de relaciones de producción, encabezado por otra clase dominante, surge como adaptación, como adecuación a cierto nivel alcanzado por las fuerzas productivas, y destraba el obstáculo que significaba el régimen anterior, permitiendo, a esas fuerzas productivas, su avance más acelerado. Pero luego, cuando se llega a un punto determinado de ese desarrollo, tal sistema, que en un principio favorecía el progreso, comienza a convertirse en la nueva traba que impide su continuación. Tal es el momento en que se abre una nueva época revolucionaria, tendiente a modificar las relaciones de producción, de modo de adecuarlas al nivel alcanzado por las fuerzas productivas. Por eso Marx llamó a las revoluciones sociales las “locomotoras de la historia”; porque eran las que retiraban el obstáculo que significaba el viejo régimen económico, por medio de desplazar del poder a la clase dominante que lo sostenía, para que, con el nuevo esquema, las fuerzas productivas avanzaran rápidamente en ese primer

* No es necesario considerar, en este enfoque, el accionar político de los gobernantes de turno. Los políticos que acceden a los cargos de gobierno, aunque aparenten poseer grandes iniciativas, por las razones señaladas no pueden hacer nada que no sea avalado por esa clase dominante. Pero por lo general son individuos que en los hechos, o sea una vez terminados los discursos, están para ejecutar la voluntad de la clase que ostenta el poder económico. Esto decían Marx y Engels: “*el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa*”. (Marx y Engels, **Manifiesto del partido comunista**. Editorial Anteo. Buenos Aires 1983. Pág. 37). Pero actualmente los políticos son muchas veces los propios burgueses directos, que al no ocuparse ya de dirigir y administrar directamente sus propiedades, destinan su “tiempo libre” a la política y utilizan los cargos como las oficinas ideales para mejorar sus negocios.

período de la nueva sociedad, como “recuperando” el tiempo perdido por la acción del obstáculo.

Estas relaciones dialécticas entre un factor cuantitativo en continuo crecimiento, que en su avance va provocando o exigiendo cambios cualitativos del sistema que lo contiene, no es una propiedad exclusiva de la historia, sino que ésta se ajusta a una ley más general. Para que tengamos una idea clara de lo que significa esa ley universal de la relación entre un factor que progresa ininterrumpidamente, y el carácter necesario del cambio o salto cualitativo del sistema que lo contiene, veremos un ejemplo de otro campo de la realidad donde se presenta con toda simpleza, ésto es: los cambios de marcha de un vehículo. Considerando un aumento progresivo de la velocidad, una aceleración continua, en principio será adecuada la primera. Luego, ante el incremento de la velocidad, esa marcha, que era el sistema de engranajes en funcionamiento más adecuado, pasa a ser un obstáculo, una limitación para el progreso de la velocidad, y debe ceder el paso a la segunda marcha, la que significa un cambio cualitativo en la relación de los engranajes que accionan. Esta dará todo lo que tiene para dar, hasta que llegará un punto en que se convierte también en una limitación a ese progreso, correspondiéndole el turno a la tercera, y así sucesivamente. Lo mismo se puede decir, por ejemplo, de la necesidad del cambio de vestimenta de un niño, para hacerla corresponder a su nivel de crecimiento; o, también, de los sistemas de entrenamiento de un atleta, que se deben ir reemplazando según el nivel alcanzado en el progreso de su rendimiento.

Claro que en la historia de la sociedad no es tan lineal el proceso, sino que se produce a modo de **tendencia histórica**, la que puede ser influida de distintas maneras, e incluso contrarrestada, a causa de la complejidad de los factores que intervienen en los fenómenos sociales. Pero lo que es seguro aquí, a pesar de esos complejos factores, es que el sistema de turno, sus relaciones de producción, cuando ya dieron todo lo positivo que podían dar, se transforman en una traba, constituyendo un obstáculo objetivo a ese progreso.

El capitalismo, en sus comienzos, con la revolución burguesa que abrió el paso al desarrollo de la industria, fue el elemento que permitió el progreso de las fuerzas productivas y de la vida social, destrabando el freno, el impedimento del sistema feudal. Pero actualmente ya ha dado todo lo positivo que podía dar, y se ha convertido desde hace un tiempo en el nuevo freno, en un obstáculo para el progreso material y cultural de la sociedad, para el mejoramiento de la vida de la humanidad. Las tendencias que se observan son inclusive hacia el retroceso de los pueblos, y a una situación de trabas y

de crisis casi permanentes, que obstaculizan de manera absurda el aprovechamiento racional del enorme potencial de las fuerzas productivas que se ha alcanzado con los avances de la ciencia y la tecnología. Tal situación nos demuestra que a ese potencial de las fuerzas productivas le queda muy “ajustado” el capitalismo; no le permite desplegarse.

Las crisis comerciales o de superproducción relativa, por ejemplo, inherentes al capitalismo, son el efecto de la contradictoria situación de que el crecimiento de la producción en ciertas ramas de la industria, llega a un límite en que, agotados todos los esfuerzos de la promoción y la publicidad, se terminan los compradores. Esto se debe a que las grandes mayorías, por las propias leyes del sistema, no tienen ni pueden tener el poder adquisitivo para acceder fácilmente a esos bienes. Por tal motivo, se debe interrumpir abruptamente la producción en determinados rubros, con los consecuentes cierres de plantas de fabricación, despidos masivos, caídas en las bolsas de las acciones de las empresas correspondientes, y demás circunstancias derivadas. En cambio, si el límite de la producción no fuera el mercado, o la capacidad de compra de la población, sino las necesidades de toda la sociedad, aquella superproducción no podría significar jamás un elemento negativo, sino todo lo contrario. Simplemente favorecería su fácil acceso para las mayorías. Y si la superproducción llegara al punto de sobrepasar la satisfacción de todas las necesidades, sólo se reduciría en forma equilibrada la jornada de trabajo, lo que permitiría disfrutar más el tiempo libre.

Hay algunos casos en que el límite del mercado coincide con la capacidad de consumo, es decir, la saturación del mercado llega junto a la saturación de las necesidades, a la posibilidad de su consumo. Pero esto ocurre con productos de muy bajo precio (por lo general de mala calidad), accesibles prácticamente a todo el mundo, y no con lo **importante**, con lo que hace al mejoramiento de la vida de los pueblos, como por ejemplo: la construcción de viviendas (cómodas y de buen material), la producción de alimentos en buena cantidad y calidad, medicamentos, vestimenta, libros, útiles escolares, etc.; sin excluir los bienes y servicios de gran confort, que indudablemente mejoran la calidad de vida, y que hoy constituyen privilegios para pocos individuos, pero que podrían estar al alcance de todos sin la acción de las mencionadas trabas.*

* Tal vez alguien pueda horrorizarse imaginando el hecho de que si todos tuvieran lujos, éstos dejarían de ser tales, y por tanto nadie podría ostentarlos. Pero era la decisión no penetrar mayormente en los posibles desajustes del normal y saludable funcionamiento psíquico, como sería en este caso la severa distorsión de los valores

Así, la producción creciente de todo aquello que podría mejorar la vida de la humanidad, a pesar de contarse con la posibilidad material dada por ese gran desarrollo del potencial productivo, mientras haya capitalismo, será siempre considerada “desaconsejable” por cualquier estudio de mercado o “márketing”.

Por todo ello, se hace clara la necesidad del cambio. Otra clase debe dirigir la sociedad y en el marco de nuevas relaciones de producción. Pero como ya vimos que sólo las clases que participan directamente en el proceso central de producción, son objetivamente las que pueden conducir la economía, y por consecuencia el resto de la vida social, solamente queda, fuera de las clases dominantes que se sucedieron en la historia, **los trabajadores** en general. Estos conforman la otra clase ligada directamente a la producción, y tan ligada que es la que produce prácticamente **todo**. Por eso es la destinada a dirigir la sociedad, por el hecho de ser la que puede controlar y hacer funcionar la producción. Al tener el control y la dirección de la producción, se ejerce por tanto el control sobre el destino en la distribución de lo producido, así como en la determinación de qué y cuánto producir, y qué apoyar y fomentar en relación a actividades como el arte, el deporte, la ciencia, la salud, la educación y la cultura en general. Todo ello, en base a las necesidades e intereses de los trabajadores y de toda la sociedad.

Estas razones, sobre el carácter necesario de que, bajo la premisa de un cierto nivel del potencial alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas, los trabajadores sean los que asuman el poder económico, social y político, para dar un nuevo impulso al progreso, es el fundamento clave del socialismo científico. Es el “método” realista que no contemplaban las bienintencionadas pero ingenuas tendencias ideológicas a las que Marx y Engels llamaban “socialismo utópico”. Estas se basaban solamente en confiar en la buena voluntad de los hombres en general, sin tener en cuenta las distintas condiciones materiales, tanto del desarrollo de las fuerzas productivas, como de las relaciones objetivas entre los hombres con respecto al proceso de producción y distribución sociales.

Dejemos a Lenin que opine sobre todo esto:

...“Marx profundizó y desarrolló totalmente el materialismo filosófico, e hizo extensivo el conocimiento de la naturaleza al conocimiento de la sociedad humana. El materialismo histórico de Marx es una enorme

morales y espirituales de una típica y no del todo generosa personalidad burguesa de la época. Pero si hay que responder, diremos: exacto, lamentablemente eso pasaría.

conquista del pensamiento científico. Al caos y la arbitrariedad que imperaban hasta entonces en los puntos de vista sobre historia y política, sucedió una teoría científica asombrosamente completa y armónica, que muestra cómo, en virtud del desarrollo de las fuerzas productivas, de un sistema de vida social surge otro más elevado” (Lenin V.I. **Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo**. En: Lenin V.I. **Obras Completas**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1970. Pág. 209)

2. Desvirtualización del socialismo

Con respecto al llamado “socialismo real”, al de la práctica, el hecho de su temprana deformación, que derivó en su mal funcionamiento y su posterior derrumbe en muchos países, luego de un primer período verdaderamente auspicioso como lo fue el de los primeros años de la revolución bolchevique, ha llevado, en muchos casos, a la convicción de que en la práctica “eso” nunca puede funcionar. Pero los fracasos no siempre son una prueba de la imposibilidad del éxito. Muchas veces solamente indican la presencia de errores o problemas a superar. La situación sería equivalente, por ejemplo, a lo que sucedía en los comienzos de la aviación. Allí, en las pruebas iniciales, ante la sorpresa de los diseñadores, la teoría era refutada severamente por la práctica. Los primeros modelos volaban unos pocos metros y caían estrepitosamente. En ese entonces, probablemente debían haber quienes afirmaran que tales aparatos “nunca” podían volar. Pero con motivo de esos fracasos, se fueron corrigiendo los errores y superando los problemas, hasta que finalmente se logró algo que los estudios científicos veían que reunía las condiciones para que fuera materialmente posible.

Por eso, una vez corregidos los errores, y mejorada la capacidad de prever y controlar ciertas circunstancias adversas de la lucha política e ideológica que deben afrontar los trabajadores, el socialismo científico, la verdadera democracia en definitiva, que es el ejercicio real del poder y la voluntad del pueblo trabajador, puede ser una realidad. Son los trabajadores del mundo, y en especial de las sociedades más industrializadas, quienes tienen el futuro de la humanidad en sus manos.

Entre los errores a corregir, se podría contar el no haberse tomado del todo “en serio” que los contenidos y la orientación social de la conciencia y la voluntad de los hombres están determinados por su existencia material. No se puede confiar porque sí en la buena voluntad, sin tenerse en cuenta la base material, los intereses concretos y cotidianos de los hombres. Esto se traduce a la necesidad de que sean los trabajadores mismos los que impongan sus intereses y su voluntad, y no supuestos representantes, como la

llamada clase dirigente, o burocracia, fácilmente corrompible por no compartir esa existencia material, cotidiana, de los trabajadores.

Corresponde hacer la salvedad de lo sucedido en los primeros años de la revolución bolchevique, liderada por Lenin, porque allí sí se tenía en cuenta esta situación, y por eso se hacía hincapié permanentemente en la consigna: “todo el poder a los sóviets”, que eran los organismos de los propios trabajadores. Pero luego, con el posterior triunfo interno del grupo de dirigentes encabezado por Stalin, que evidentemente pensaban distinto, se dejó “sin efecto” aquella consigna tendiente a consolidar el ejercicio directo del poder y la voluntad de los trabajadores.

Y este no es un factor menor. Es la diferencia entre socialismo y su caricatura, su ausencia. Implica la diferencia entre un extremo y otro en relación al poder de decisión de los trabajadores. De hecho, es la opresión y el sometimiento por parte de una minoría dominante, convertida prácticamente en una clase social distinta a los trabajadores, que es la que manda y decide, y vive mejor en lo material.

Claro que los trabajadores, por el sólo hecho de no estar bajo el dominio directo de la burguesía, tenían un nivel de vida superior al de los proletarios del capitalismo tomados en su conjunto (seguridad de trabajo, vivienda, salud, educación, etc.). De eso no se olvidan los obreros, empleados, y toda la clase trabajadora que está sufriendo el retorno al capitalismo, que es hacia donde finalmente tendía a conducir el accionar de esa minoría acomodada. Pero el socialismo verdadero, el que es obra y acción del proletariado como clase, significa el ejercicio real de su voluntad, empleando su poder de decisión democráticamente, como resultado de amplios debates organizados por los propios trabajadores, para disponer qué se hace y qué no en cuanto a lo que concierne a sus vidas y a la de toda la sociedad.

Como es sabido, en aquellos países ya no había nada de eso, es decir, no estaba lo esencial que define al socialismo. En otras palabras, el socialismo no se define por el hecho de que las empresas, por ejemplo, sean propiedad del Estado. De lo que se trata es de ver qué clase social ejerce el poder y el control de ese Estado y dispone sobre la vida de la sociedad. Es socialismo cuando esa clase es la trabajadora. Pero allí los trabajadores solamente obedían. Cualquier iniciativa de abajo hacia arriba se perdía en la impotencia o chocaba con la opresión y la omnipotencia de los dirigentes políticos “preparados” para decidir lo que convenía o no.

Sin embargo, algunos pueden creer, influidos por las valoraciones degradantes hacia los trabajadores, que éstos no están capacitados para “semejante” tarea de conducción. Pero ello es algo que, fuera de ese desprecio, no tiene otro fundamento. Entre millones de trabajadores, sobrarían individuos

talentosos y abnegados en todas las áreas para aportar en lo que hace a la vida económica y social. Por supuesto que harían falta, por ejemplo en el caso de la producción material, los ingenieros, que son los que más saben al respecto. Pero éstos no deciden qué se produce, ni cuánto ni para quiénes. Ellos solamente asisten técnicamente a quienes le encomiendan la tarea, a quienes mandan. Se trata sencillamente de que los distintos especialistas (ingenieros, arquitectos, administradores de empresas, economistas, y los expertos en las diversas ciencias, que serían sólo trabajadores especializados, pero en iguales condiciones económicas que el resto), en vez de servir y asesorar técnicamente a los capitalistas (al respecto no más capacitados que cualquier obrero), servirían a los intereses de la nueva clase dominante, a lo que ésta considere que es conveniente para la sociedad.

Lo importante es que los que ejerzan funciones de dirección en lo económico y político, los que formen parte de organismos que ejecuten decisiones, con el apoyo técnico de los especialistas, y en función directa de los mandatos y el control permanente de las bases, además de ser responsables y capacitados, sean trabajadores y **no dejen de serlo**. Pero si eventualmente, y por un período limitado, deben dejar sus puestos de trabajo luego de haber sido elegidos por sus compañeros para cumplir ciertas responsabilidades, deberán instrumentarse los medios para que en ningún caso dejen de compartir las condiciones materiales de vida de la clase trabajadora. Todo interés por mejorar el propio nivel de vida debe significar **inevitablemente** el esfuerzo por contribuir a mejorar el de los trabajadores y el de toda la sociedad. Más adelante (punto 13) volveremos sobre las condiciones que hacen a la posibilidad realista del exitoso y responsable ejercicio real y directo de la voluntad de los trabajadores.

3. Esencia del valor económico

Hay que reconocer que todo esto se ha ido muy lejos, como escapándose de las manos con respecto a los fines originales del libro, que en principio era sólo mostrar una teoría psicológica. Pero existe la confianza de que se sabrá entender que el materialismo dialéctico, como método filosófico y científico general, descubierto y desarrollado por Marx y Engels, y que es el aplicado desde un comienzo en el presente desarrollo teórico, favorece el surgimiento de derivaciones que avanzan con vida propia, atravesando, tal como lo hace la misma realidad, las fronteras artificiales entre una ciencia y otra. Si bien son útiles esos “cortes” que hacemos de la realidad (división de las ciencias), y que se ajustan aproximadamente a los distintos niveles cualitativos de la organización de la materia, así como a los diversos

aspectos de la vida humana, no por eso debemos olvidar que la realidad objetiva es una sola continuidad, una sola interrelación general. Fuera de esas barreras “provisorias” establecidas a los fines prácticos por la subjetividad humana, no hay motivos valederos para detenernos en algún punto de la continuidad que va desde los reflejos del sistema nervioso, pasando por los impulsos, bipulsiones, aparatos, hasta los fenómenos sociológicos, que en última instancia son el modo en el que funcionan los distintos elementos psicológicos del conjunto de individuos que forman la sociedad. Tampoco hay un estricto punto de separación entre lo que va desde los remotos tiempos de las tribus primitivas, donde se formó la estructura esencial de nuestro psiquismo con toda la gama de necesidades y tendencias esenciales, y lo que, en base a ello, debería ser el futuro de la sociedad y de la vida humana.

Aquellas derivaciones han marchado por sí solas, siguiendo los carriles lógicos del desarrollo teórico, hasta empalmar en este caso con el camino “asfaltado” del materialismo histórico, camino que vale la pena seguir, porque estamos tratando con la mejor argumentación científica disponible sobre la posibilidad de un futuro más prometedor para la humanidad.

En lo que sigue, observaremos porqué es más correcto hablar de clase trabajadora en general, haciendo equivaler su significado al de clase obrera o proletariado, como una única clase sometida por igual en el sistema capitalista. Las nociones de clase obrera o proletariado siempre estuvieron más ligadas a lo que sería la parte de los trabajadores que se desempeñan en la industria, en la producción material; mientras que el concepto de clase trabajadora, por lo general ha sido más “difuso”, sin una delimitación clara, y hasta se lo ha ligado incorrectamente a la idea de “clase media”. Pero lo que haremos es ver porqué debe extenderse y ampliarse la noción de proletariado o clase obrera en general, al concepto más exacto, más científico, de clase trabajadora.

Para que se entienda esto, debemos necesariamente detenernos en el análisis de lo que significa el trabajo como elemento creador de valor económico. La importancia de considerar este punto radica en que se trata del elemento básico para la explicación del funcionamiento de la sociedad. El trabajo como creador de valor económico es el factor más esencial sobre el que se basa el funcionamiento de la economía y de toda la vida social. El **valor** (económico o de intercambio), entendiéndolo correctamente, es decir como elemento generado por el trabajo, equivale a la ley general en relación a la explicación del funcionamiento psíquico. Es el factor cuyos movimientos y

relaciones dan orden lógico a todo el funcionamiento de la economía y de la vida social.

Decíamos que para entender correctamente el concepto de clase trabajadora, era necesario tener en claro lo que es el valor, como elemento generado por el trabajo. Pero a su vez, para comprender plenamente lo que es el valor, es indispensable primero ir a su esencia, a la base última del fenómeno.

Del mismo modo que los distintos fenómenos psicológicos tienen su base en la fisiología del sistema nervioso, la economía en general, y en este caso el acto de determinar el valor de los bienes o productos del trabajo, tiene su raíz en el único lugar posible, que es el mismo en el que tienen su raíz todos los valores, sean o no económicos: en las leyes psicológicas generales de las que ya hemos tratado.

Comencemos por el principio. La realidad más palpable de cualquier sociedad es que se compone de hombres concretos. Estos vivencian una serie de necesidades, y tienen la capacidad de trabajar para producir aquello que les dé satisfacción. Tales necesidades, como ya sabemos, tienen su esencia, en última instancia, en el funcionamiento de la ley general del psiquismo; es decir, los seres humanos procuran suprimir el displacer y lograr el placer. Luego, y dejando de lado lo que es menos esencial o general (bipulsiones, aparatos, etc.), dicha tendencia general se ramifica en los impulsos o necesidades primarias, como las formas particulares en que existe. Por su parte, tales impulsos se fijan, según las distintas circunstancias de vida, una diversidad de metas-medio y metas-fin, que son los variables caminos que llevan a darle satisfacción a los impulsos y a cumplir con aquella tendencia general. Como habíamos observado oportunamente (cap. 7, punto 6), esas metas-medio y metas-fin de los impulsos, como aspecto variable de la motivación, eran las que podíamos llamar: necesidades adquiridas, y que desde el enfoque sociológico e histórico se traducen a lo que se entiende como **nuevas necesidades** histórica y socialmente determinadas.

La propia complejización de la sociedad va diversificando esas nuevas necesidades y haciéndolas más numerosas y variables. Así teníamos por ejemplo: zapatos, lavarropas, transportes, bebidas, información, colchones, licuadoras, entretenimientos, cacerolas, enseñanza, teléfonos, etc. Si consideramos cada bien material o servicio de tipo específico que se producen y consumen, y que por tanto constituyen nuevas necesidades histórica y socialmente determinadas, probablemente superemos el millar, pero suponemos que son mil.

La fórmula, en términos generales correcta, de la determinación del valor económico de esas “cosas”, y que Marx empleó como base de sus desarrollos teóricos, consiste en la **cantidad de trabajo** humano necesario, promediado socialmente, para producir un determinado bien de uso (o sea que satisfice alguna necesidad), y que a su vez pueda ser un bien de cambio, esto es, que se pueda intercambiar por otro bien que haya requerido una cantidad de trabajo similar.

La **medida** de la cantidad de trabajo surgiría de combinar básicamente tres factores: duración, intensidad y riesgo. Cualquier otro elemento que tenga que ver con la consideración de la cantidad de trabajo, y por tanto con la evaluación de su valor, se reduciría en última instancia a esos factores básicos o esenciales. El riesgo incluiría: peligro directo (ejemplo: trabajo en altura), insalubridad, y también debemos incluir aquí responsabilidad, que no es más que el mayor riesgo de que algo salga mal y a lo que luego habrá que responder. La intensidad incluiría lo desgastante del trabajo, el grado de comodidad-incomodidad de las condiciones generales del trabajo, así como la insalubridad, e incluso a veces la excesiva responsabilidad, que supone un estado de continua tensión, factores que también aquí tendrían su participación. Pero para simplificar se considera sólo el factor restante: la duración, el **tiempo de trabajo**, como indicador de su cantidad, porque en los hechos es el elemento de más peso, de más incidencia general en el cálculo.

Pero ¿porqué el trabajo ?. Porque, de la misma manera que se toma la duración de éste y se “desprecia” el resto de factores cuando se determina su cantidad, el propio trabajo en sí mismo, junto a su producto, se toman como lo más importante y representativo socialmente de algo más esencial y general: el placer-displacer. Es decir, el trabajo es displacentero, es un esfuerzo y un tiempo “perdido” en sí mismo; pero que es **compensado** (o recompensado) por el carácter placentero del producto, de su resultado, del bien generado y de su capacidad de satisfacer una necesidad. Así, el trabajo, considerado en su proceso completo, en términos generales es anímicamente **neutro**; o sea, la molestia del esfuerzo en sí (displacer), considerado aislado, es compensado por el beneficio que supone el producto o su resultado (placer). Por eso el esfuerzo del trabajo “vale” la “pena”, o sea, lo que “vale” es la “pena” del esfuerzo o sacrificio, porque crea algo bueno que satisfice alguna necesidad. De tal manera, el proceso de la creación del valor económico tiene como elementos: causa = sacrificio = negativo = displacentero = **trabajo**; efecto = beneficio = positivo = placentero = **producto**. En síntesis, las cosas “valen” lo que “cuestan”.

Hay veces que puede ser un poco displacentero o un poco placentero ese balance total (en el capítulo anterior hemos tratado sobre cómo hacer para que sea placentero). Por ejemplo: se agrega en mayor o menor medida el entusiasmo y la agradable “idea” de lo próximo a lograr, lo que neutraliza y supera el sacrificio, o bien es mayor el resultado displacentero. Pero para hacerlo más simple hay que suponerlo neutro en cuanto al balance del proceso total. Así entonces, si alguien trabaja para elaborar un bien determinado, y al finalizar se le “rompe” el producto, o se lo quitan y salen corriendo, quedaría sólo el displacer del esfuerzo realizado y del tiempo perdido, sin la recompensa equilibrante del producto.

La importancia de la duración del trabajo en la determinación del valor reside, por un lado, en que es el indicador de la “extensión” del despliegue del esfuerzo, como elemento fundamental que hace a su cantidad. Pero por otro lado, y especialmente en el trabajo que se “vende”, es decir el que no se hace para disfrutar directamente su resultado, sino para su intercambio, también significa invertir un **tiempo** destinado a ello, y que por tanto no se puede ocupar en otra cosa. Se enajena una parte, un “espacio” de la vida, siendo por ello también una pérdida, algo que se sacrifica, que se entrega. Dicha pérdida es un hecho negativo, y se suma como elemento **displacentero** a lo que es el esfuerzo en sí.

De tal modo, lo que hace al trabajo proveedor de valor es, en definitiva, la cantidad de displacer invertido durante el tiempo que lleve la generación del bien o producto. Por eso veíamos los tres factores que hacen a la “cantidad” de trabajo: duración, intensidad y riesgo; porque hacen a los elementos cuantitativos del displacer, que la ley de la decisión toma en consideración cuando compara las distintas opciones, como por ejemplo, qué otro bien (o por cuánto dinero) intercambiarlo para que sea equivalente a ese esfuerzo, sacrificio o molestia, o al menos para que no sea inconveniente o un “mal negocio”. Por ello, lo más básico que se tiene en cuenta es la conveniencia-inconveniencia de ciertos intercambios, el beneficio del producto en relación al perjuicio del esfuerzo que supone obtenerlo, su intercambio o no por otro, etc., y según la ley de la decisión. Se intercambia placer por placer o displacer por displacer. Y la cantidad de trabajo cuyo producto se intercambia, aunque muy importante y de categórica incidencia económica-social, es sólo uno de los posibles elementos “negociables”. Estos abarcan hasta las más íntimas relaciones humanas (reciprocidad en el intercambio de favores, o el exigir equidad en el reparto de las tareas domésticas, compensación por un perjuicio ocasionado, etc.).

Por tales razones, cuando se trata de considerar la cantidad de trabajo que contienen los bienes o productos, esto tiende a ser muy exacto al momento de promediarse socialmente. Es la mejor de las computadoras la que hace los cálculos: el cerebro, en sus funciones de procesar los datos para la ley de la decisión. Así, cuando se trata de los bienes a intercambiar (promediando otros factores, como la oferta y la demanda) la cantidad de trabajo, y en especial su duración, es lo que más influye, como resultado de un acuerdo social implícito, por ser lo más representativo de todo aquello. Esto siempre se tomó así, y es plenamente válido como medida práctica en los desarrollos teóricos económicos generales. Pero si de comprender la esencia se trata, la economía misma, aunque se manifieste como cantidad de beneficio-perjuicio económicos, ganancia-pérdida, más caro - más barato, conveniente-inconveniente, etc., en el fondo, y en esto es igual que cualquier cosa que haga a la vida humana, no es más que el movimiento de placer-displacer. Y no es de extrañar que sea así, cuando ya habíamos aceptado que nada puede salir de la ley general o de la decisión.

El esfuerzo como elemento displacentero puede inclusive crear un valor no intercambiable, o sea no económico, pero de igual naturaleza esencial como valor material. Por ejemplo, si un sujeto hace ejercicio físico para mejorar su estado corporal y su salud, allí encontramos el mismo mecanismo. El esfuerzo de la gimnasia, o de correr, etc., produce un beneficio, implica satisfacer una necesidad, que es la de mantenerse en "forma". La diferencia con respecto al trabajo es que el producto del esfuerzo no es intercambiable. El beneficio o recompensa del sacrificio que supone el someterse al displacer del esfuerzo y del "tiempo" invertido en ello es sólo individual. No se puede hacer ese esfuerzo y "transferir" el resultado positivo a otro individuo. Pero si imagináramos que eso fuera posible, entonces sería como un trabajo más, y hasta se podría "vender el producto". Así, el que quisiera tener un buen estado corporal y fisiológico, pero no está dispuesto a hacer el esfuerzo de la gimnasia, y/o no dispone de ese tiempo, entonces "compraría" el producto. El valor del mismo, nuevamente, estaría dado por la cantidad del esfuerzo o sacrificio de quien lo genere, es decir, en última instancia por el **displacer** invertido en ello. De ese modo, dicho "trabajo" tendría la recompensa de un dinero, como elemento esencialmente placentero, equivalente al beneficio del buen estado corporal y fisiológico que se "entrega".

Pero al no ser transferible o intercambiable el producto de ese esfuerzo, no es un bien material **económico**, no es **valor económico**, sino un bien o valor material **no económico**. En otras palabras, todo esfuerzo tiende a crear

bienes o valores materiales (obviamente no consideramos aquí los valores morales o espirituales, etc.), pero para que además de materiales, sean bienes o valores económicos, tienen que ser **intercambiables** o permutables. Solamente en función del intercambio es cuando se cuantifica el valor, cuando se lo hace objetivo por medio de hacerlo intersubjetivo, y sólo allí pasa a adoptar el carácter de valor económico.

Por tal motivo, en la vida social, el displacer del esfuerzo y del tiempo empleado durante el despliegue de ese sacrificio que es el trabajo, en relación al beneficio del producto, son elementos generalizados, promediados y estandarizados, y que por tanto, dada su regularidad, adquieren autonomía y carácter de ley económica, como lo es la determinación del valor según la cantidad de trabajo empleado.

4. El trabajo como creador de valor económico

Desde la esencia más general del valor económico, y que es la misma esencia de todos los valores (placer-displacer), tenemos enfrente un mejor panorama para apreciar el rol del trabajo y su cantidad como elemento determinante del valor de los productos. La conclusión que se deriva por el momento, a los fines de explicar porqué debemos considerar a la clase trabajadora en general como una única clase en la que sus miembros comparten idénticas condiciones, es que todos los trabajos destinados a dar satisfacción a alguna de las “mil” necesidades, son creadores de valor económico. Así, aunque sea un trabajo que corresponda al rubro de los servicios, y cuyo producto es “inmaterial”, ejemplo: un servicio de noticias, siempre genera valor económico, por el hecho de ser un trabajo cuyo producto o resultado da satisfacción a una necesidad; en este caso a la necesidad del impulso de curiosidad. Como se ve, esto no se diferencia esencialmente, considerando el psiquismo y sus impulsos, con el trabajo que produce alimentos, y que dan satisfacción al impulso alimenticio. Así por ejemplo, si hay un grupo de padres que viven aislados en el campo, que producen bienes materiales, ejemplo: alimentos, y con eso pagan a un maestro para que enseñe a sus hijos, hay un claro intercambio de valor, de trabajo material, concreto. Hay, y esta es la clave, una recíproca satisfacción de necesidades a través de los respectivos trabajos. El maestro satisface la necesidad de los padres (impulso fraterno), al beneficiarlos educando a sus hijos. Eso lleva trabajo, y como el mismo genera valor económico, el docente recibe su equivalente en productos alimenticios, que suponen una

cantidad de trabajo similar. Si a esto le agregamos el dinero como instrumento de cambio (o la “sal” si queremos), veremos que da lo mismo que el maestro reciba los alimentos, o bien el dinero por su trabajo, y con los mismos billetes compre los alimentos a esos padres, o que prefiera ir con el dinero al poblado a comprar un mueble, y luego el carpintero compre con esos billetes los alimentos a aquéllos.

El valor de intercambio de los bienes, productos, servicios, que satisfacen alguna necesidad, está determinado, entonces, por la cantidad de trabajo que requiere su producción o provisión. Pero esta “fórmula” sólo es válida considerando constantes otras circunstancias, las que rara vez lo son, sino que casi siempre influyen quitándole pureza a su manifestación. Uno de esos elementos es la productividad del trabajo, que no siempre es la misma. Por eso, el valor de mercado de cierto producto no surge directamente de la cantidad de trabajo que empleó, por ejemplo, un individuo particular, sino que se trata del promedio social del tiempo de trabajo que requiere su producción. Así, si ese individuo utiliza métodos anticuados y demora 8 horas para construir una mesa, en otro lugar puede suceder que con el empleo de técnicas adecuadas un sujeto demore 4 horas para hacer la misma mesa. Si suponemos estos dos casos como extremos equidistantes de lo que sería la media social, el valor de mercado de ese tipo de mesas, su precio, sería el equivalente a 6 horas de trabajo. Por eso, el que fue más eficiente obtiene una ventaja, que es poder vender a un precio de 6 horas de trabajo lo que le llevó 4. Esas 2 horas que gana respecto al promedio son las mismas que pierde el que demoró 8 horas. Pero fuera de los casos extremos de mínima y máxima productividad, la mayoría de los carpinteros, en el ejemplo, se ubicarían alrededor del promedio, demorando aproximadamente las 6 horas. Por lo tanto, el valor de los bienes no está determinado por la cantidad de trabajo en un caso particular, sino por la cantidad **media** de trabajo necesario para su producción.

La otra circunstancia que también había que considerar constante o promediada, para que la cantidad de trabajo sea el factor directamente determinante del valor, es el de la oferta y la demanda, o sea, hay que considerarlas estabilizadas, de manera que se anulen mutuamente en su influencia. Porque cuando no es así, obviamente, será más valioso algo que se necesita y no se consigue. Al constituir un elemento muy necesitado (o sólo muy deseado), el que quisiera adquirirlo estará dispuesto a sacrificar **más trabajo** o esfuerzo (displacer) para obtenerlo. Y de ello se puede aprovechar su poseedor. Pero en general, y a modo de ley del mercado, hay una tendencia a la rápida estabilización de la oferta y demanda. Ante tal situación de gran conveniencia, inmediatamente se “despiertan” muchos, hasta

que en poco tiempo ese objeto tan difícil de obtener queda al alcance de todos, y termina valiendo sólo el trabajo que lleva producirlo. Es decir, se estabilizan y se anulan entre sí la oferta y la demanda, quedando otra vez el trabajo y su cantidad como factor determinante del valor. Excepto, por supuesto, que aquel individuo, a través del poder de la fuerza, o de otros métodos, impida la competencia de los otros. Allí estaríamos ante un caso de monopolio, donde el producto se vende por encima del valor generado por el trabajo. Pero obsérvese que incluso aquí, considerando el precio artificialmente elevado, el mismo igual se mide por la cantidad de trabajo (aunque se exprese en dinero) que esté dispuesto a **sacrificar** o entregar el que quisiera obtenerlo. Sin embargo, estas son situaciones que salen de las leyes de la autorregulación y mutua anulación de la oferta y la demanda del mercado, y son casos equivalentes a la extorsión de un secuestro, donde se exige el pago de una cantidad sin ninguna base de intercambio de trabajo. De todas formas, se podrá apreciar que inclusive aquí el valor a pagar es también una cantidad de trabajo socialmente promediada en el valor del dinero.

En definitiva, la cantidad de trabajo, promediado socialmente, es el elemento determinante del valor, considerando siempre una situación normal de mercado, de libre negociación e intercambio de los productos del trabajo o de su equivalente en dinero. Claro que esto no siempre sucede en el capitalismo actual, donde los poderes monopólicos ejercen un papel extorsivo sobre los precios. Pero como estamos analizando la esencia del valor del trabajo, debemos comenzar por lo más simple, y considerar una situación de libre mercado o “libre competencia”, donde en general el precio coincide con el valor real de los productos, determinado por la cantidad promedio de trabajo que se requiere para generarlos.

5. El modo de producción capitalista y la plusvalía

Lo que hemos visto hasta ahora es la determinación del valor en general como categoría económica, y su aplicación a cualquier trabajo cuyo producto satisface alguna necesidad. Y como podremos notar, según los impulsos que conocemos en el hombre, de los que se derivan aquellas “mil” necesidades adquiridas, pero reales y concretas en una sociedad dada, no sólo la producción material les da satisfacción, sino todos los trabajos. La única diferencia, y que no es algo menor si lo miramos en otro sentido, es que la producción material, o que genera bienes de uso materiales, objetos concretos, se orienta a satisfacer las necesidades más básicas para la vida, además

de proveer lo indispensable para la infraestructura y el funcionamiento de la sociedad, y de allí su importancia especial.

Pero veamos qué pasa cuando todo esto se aplica al modo de producción y apropiación del capitalismo. Cuando un capitalista, que es propietario de los medios de producción, de los medios e instrumentos de trabajo, emplea trabajadores, encontramos que para obtener alguna ganancia, como es sabido, no les paga el equivalente al valor que producen. Si así fuera, simplemente no le quedaría nada. Por eso les paga menos. Por ejemplo, luego de vender el producto, y una vez deducidos ciertos costos de lo invertido, de lo que queda (que es el nuevo valor producido), les paga por ejemplo el 50% al conjunto de los trabajadores y el 50% restante es su ganancia, es decir, la **plusvalía**, que Marx definió como la parte del valor producido por el trabajo que no recibe su equivalente en salario, y que (si todo lo demás coincide con los promedios sociales) se traduce a la ganancia del capitalista.

En términos puramente económicos, esa es la explotación, es la apropiación de plusvalía, como característica esencial de las relaciones de producción capitalistas, del modo de funcionar el sistema capitalista. Ahora, es curioso que este mecanismo de generación de valor y sustracción de plusvalía, por lo general, se lo atribuyera únicamente a la producción de bienes materiales, como si los obreros industriales fueran los únicos generadores de valor y plusvalía. De ser así, esa plusvalía, como parte no reintegrada a los obreros industriales, del valor generado por su trabajo, sería la única plusvalía disponible como valor genuino, para repartir al resto de la sociedad; para con eso, por ejemplo, pagar los sueldos a los trabajadores en general. Siendo así, estos últimos estarían en algún sentido distanciados y hasta enfrentados económicamente con aquéllos, que al parecer serían los únicos que producirían valor económico.

Pero veamos cómo son las cosas. Aunque es cierto que los alimentos, por ejemplo, que toda la sociedad consume, surgen únicamente del trabajo de los obreros industriales o rural-industriales del ramo, a su vez los maestros son los “únicos” que proveen educación básica a todos los niños de la sociedad, incluyendo a los hijos de esos obreros. O también, los médicos y enfermeros atienden a todos los demás, incluyendo a los obreros que producen alimentos. Esa atención o servicio de salud vale más que los medicamentos “materiales” aislados. En otras palabras, tales trabajadores de la salud satisfacen, con su trabajo material y concreto, una necesidad de todos. Por lo tanto su trabajo tiene el mismo valor económico. Es una **cantidad de trabajo vivo que genera valor**, que es intercambiable. Ello significa que es susceptible de generar plusvalía. Así, en el modo y las relaciones de produc-

ción capitalistas, si el dueño de una clínica, por ejemplo, emplea médicos, enfermeros, administrativos, personal de limpieza, como sus trabajadores, toda ganancia que extraiga será producto de la explotación económica, de haberles pagado a sus empleados menos del valor generado por su trabajo. En otros términos, la generación de plusvalía y la explotación implicada son propiedad del modo de producción capitalista y no del “tipo de trabajo”. Todo trabajo vivo, concreto, material en definitiva, que satisface alguna necesidad, es creador de valor y, en el capitalismo, de plusvalía. Esto es aplicable a todos los trabajadores asalariados cuyo producto de su trabajo, sea material o no, es intercambiable o factible de ser vendido por el propietario o empleador. Desde el momento en que se cumple un trabajo que cubre alguna necesidad, ya genera valor, es un **bien**, una **mercancía** (sea o no un objeto material) que es intercambiable o que se puede vender. Y si lo recibido en salario es menor que el valor total de ese producto o servicio intercambiable que ha creado el trabajo, entonces hay explotación y plusvalía.

El “secreto” está en los impulsos correspondientes a la estructura psicológica del hombre y en las “mil” necesidades derivadas de ellos. Los productos materiales sólo satisfacen unos pocos impulsos, ejemplo: el alimenticio, de bebida (cuesta trabajo producir agua potable), de calefacción (abrigos, calefactores, combustibles). A esto se puede agregar la construcción de viviendas, de muebles, utensilios, que hacen a la necesidad de protección (impulso de conservación) y de comodidad, y algún impulso más o parte de un impulso. Pero quedan varios impulsos, o necesidades primarias en el sentido de que son del mismo nivel básico de los impulsos, que también reclaman satisfacción. Así por ejemplo, el impulso de curiosidad tiene necesidad de medios de información, y ello supone miles de trabajadores que se desempeñan en esa función, a cambio de un salario. El mismo impulso de curiosidad, más el fraterno de los padres, fundamentan la necesidad de aprendizaje o instrucción de los niños y jóvenes. Para eso hacen falta miles y miles de trabajadores de la educación (maestros, profesores, personal de limpieza y mantenimiento, trabajadores del transporte escolar). Luego, el impulso recreativo y de variación buscan su satisfacción en todo lo que implique entretenimientos, y allí encontramos miles de trabajadores asalariados de radio, televisión, revistas, espectáculos artísticos y deportivos, de mantenimiento de plazas y espacios verdes para el esparcimiento, etc. El impulso de comunicación necesita los correos y teléfonos, y para dar satisfacción a ello son necesarios miles de trabajadores. Los medios de transporte de pasajeros satisfacen al menos el impulso mediador; son precisamente medios para algo importante, como por ejemplo dirigirse al trabajo o

a cualquier parte. Los trabajadores del turismo cumplen con la satisfacción del impulso de descanso, asistiendo en todo lo que requieren los centros vacacionales. Los trabajadores que distribuyen las mercaderías, así como los empleados de comercio, cumplen con la necesidad de trasladar, acercar, separar y colocar a la vista las mercaderías en los centros de distribución. Los consumidores pagan el trabajo que supone ir a buscarlas a las fábricas. Se amontonarían millones de consumidores en las fábricas si no hubiera quienes se ocupen de todo lo que hace a la distribución de los productos. Luego están los trabajadores de las empresas que proveen energía eléctrica, producto de “dudosa” existencia material, a diferencia del agua corriente o gas natural, pero que se los incluye por igual en el rubro de los servicios. A esto habría que agregar los trabajadores de las empresas de recolección de residuos, y muchos más que trabajan en los distintos sectores de servicios.

La materialidad o no de los bienes de uso y de cambio que producen los distintos trabajos es algo irrelevante. En términos absolutos todos son materiales porque no existe nada fuera de la realidad material. Y tanto un alimento que se ingiere, como la satisfacción de cualquier necesidad, terminan por igual en las vías del sistema nervioso del consumidor, estimulando los centros cerebrales **materiales** que hacen al estado de satisfacción de la necesidad. En el caso de los servicios, al tratarse de trabajos que satisfacen necesidades, y que por tanto producen valor económico, y por eso son intercambiables, en el modo de producción capitalista también generan plusvalía (parte no pagada de ese valor producido), y por consecuencia explotación de los trabajadores. Los dueños de las empresas respectivas, que venden esos servicios, los venden a su valor real. O sea, el precio es el del valor creado por el trabajo material, concreto, de “carne y hueso”, realizado por los trabajadores. Pero para obtener sus ganancias, sólo pueden hacerlo con el habitual procedimiento de “práctica”, que es pagar a los trabajadores la menor fracción posible del valor económico (de venta) producido por su trabajo.

En el caso de los muchos trabajadores asalariados que trabajan para empresas o reparticiones del Estado, la situación es la misma. El Estado capitalista, al momento de dar empleo y fijar el salario de sus trabajadores, se basa en los precios del mercado laboral; es decir, mira los precios en la “subasta de proletarios”. Así, si en promedio los trabajadores del resto de la sociedad producen un valor de 5 pesos en una hora de trabajo, el Estado burgués no pagará eso, sino por ejemplo los 2,50 pesos que se paga en promedio en el resto de trabajos privados. La diferencia es plusvalía, la misma

que se obtiene del resto de la clase trabajadora, pero que el Estado introduce en la bolsa mayor de los impuestos que recauda, pasando desapercibida.

Por otra parte, fuera de los trabajos realmente útiles y que satisfacen necesidades de todos, hay en el capitalismo muchos trabajos volcados a satisfacer necesidades que solamente son de los propios capitalistas, y que hacen a sus negocios y manejos diversos, actividades éstas que esencialmente no son de utilidad para el resto de la sociedad. A ello se agregan muchos gustos, caprichos, excentricidades de la clase burguesa, que son costosísimos en cuanto al esfuerzo y la cantidad de trabajo que requieren, y que son el resultado de no saber qué hacer con tanto dinero de la plusvalía extraída al proletariado. Los trabajadores que se emplean para esto, como todo trabajo, generan valor; y si son empleados de una empresa que ofrece tales servicios, una parte de ese valor será la plusvalía que quedará para el empresario.

Esos bienes y servicios, en general, son superfluos desde el punto de vista de los trabajadores. Son una pérdida de capacidad productiva y de trabajo. Hay diversos trabajos que deben dejar de hacerse en el socialismo, para volcar esos mismos esfuerzos, que implican el desperdicio de millones de horas-hombre, a aumentar la producción de lo que tienda a satisfacer necesidades más elementales o prioritarias, o por lo menos “razonables”. Ya que el trabajo, el esfuerzo, es lo que **vale**, son los propios trabajadores, y no los que no trabajan, los que deben decidir cómo conviene invertir esa fuerza de trabajo, y hasta donde es realmente necesario.

Hay que reconocer que en el caso de un capitalista “tradicional”, que maneja y dirige personalmente su empresa, sea de producción de bienes o de servicios, su trabajo también genera valor. Es el trabajo de coordinador de las tareas, y muchas veces se arremanga y ayuda. Pero dicho valor constituye una mínima fracción de sus ganancias. Por ejemplo, si cuenta con 100 trabajadores, por lo que cada uno aporta aproximadamente el 1% del valor total producido, su participación en la creación de dicho valor sería también cercana al 1%; o concedámosle el 2% si imaginamos que dedica muchas horas a la empresa, lo que significaría el doble de trabajo. En tal caso, al obtener de ese nuevo valor producido (sin contar lo que sería la recuperación de otros costos) una ganancia del 50%, como habíamos supuesto en la anterior hipótesis, quiere decir que solamente aportó como máximo el 2% con su trabajo, y el restante 48% es plusvalía, es trabajo no pagado a sus obreros. Cada uno de ellos recibió alrededor del 0,50% del valor generado por el conjunto, y no cerca del 1% con el que su esfuerzo aportó a la creación del valor producido.

Con respecto a los grandes capitalistas, a los principales accionistas de importantes empresas, al no ocuparse de la dirección y la administración de las mismas, no aportan valor, sino que sólo proceden a retirar sus dividendos, que implican plusvalía de “máxima pureza”.

En una situación similar están los beneficios de los intereses que obtienen los capitalistas financieros, que por haber prestado el dinero a los empresarios para que éstos hagan el “trabajo sucio” de obtener la plusvalía, simplemente reciben la devolución de lo invertido más una parte del “botín” de la plusvalía extraída a los trabajadores, como era el “trato”.

Hasta el interés que genera un inocente depósito bancario, que parece surgir de la “magia” del dinero en su capacidad de reproducirse, surge del mismo mecanismo. El banco recibe los depósitos y los presta al empresario. Este procede a retirar la plusvalía, explotando la única fuente de riquezas de la que dispone, que es la parte del trabajo no pagado a los obreros. Luego, de lo extraído devuelve al banco lo recibido en préstamo más el excedente tratado. El banco a su vez devuelve al depositante lo que puso más la fracción tratada del mismo “botín”, que lógicamente será menor que el excedente recibido de manos del empresario. Tal diferencia es lo que queda para el banco.

Pero a todo esto, ¿cuál es la situación de los trabajadores del banco? ¿Ellos también “viven” de la plusvalía extraída a aquellos obreros? En primer lugar, no hay dudas de que los banqueros obtienen ganancias de esos negocios, y, hablando siempre en términos de promedios sociales, toda ganancia surge de la plusvalía. Pero ¿dónde se origina la plusvalía o ganancia del banquero?, ¿en el circuito cuyo origen es la obtención de plusvalía por parte de aquel empresario, o en el trabajo no pagado a sus trabajadores bancarios? La respuesta a esto es muy importante: surge del trabajo no pagado a sus propios obreros de corbata. Pero veamos algo que es aún más importante: el porqué.

Supongamos que lo que recauda el banco, cifra surgida del interés cobrado al empresario menos el interés que el banco paga a sus depositantes, es de 1.000 pesos. Restémosle algunos costos que tiene la entidad bancaria, sin considerar todavía el sueldo de sus trabajadores, y quedarían por ejemplo 500 pesos. Esta última cantidad es el valor que generó la actividad del banco, es decir, es el valor producido por el trabajo de muchas horas realizado por sus empleados. Pero el banquero no les pagará esa cifra. ¿Qué “gracia” tendría? Les abonará, por ejemplo, 250 pesos, y los restantes 250 serán su ganancia.

Pero todo ese dinero, ¿no era plusvalía obtenida del trabajo de los obreros de aquella empresa? Para responder a esto, primero debemos tener en

cuenta que estamos hablando de un caso de aquellos en que se trata de trabajos que esencialmente son de escasa utilidad para la sociedad en general, y fundamentalmente sirven a los capitalistas. Pero como estamos hablando del sistema capitalista, son trabajos que satisfacen una necesidad, no importa de quien, en dicho sistema. Para que sea más fácil, imaginemos que el banco es propiedad de los trabajadores bancarios; ellos se reparten toda la utilidad. Y por otro lado, imaginemos también que aquella empresa que solicitó el crédito es propiedad de los obreros. Aquí, entonces, no hay ningún capitalista. Sólo hay dos empresas que trabajan y generan valor, pero no plusvalía, ya que en ambos casos cada trabajador recibiría el 100% del valor generado por su trabajo. Ahora, esa empresa de los obreros pide a los trabajadores-banqueros un financiamiento, y lo pide porque tiene **necesidad** de ello. En el sistema económico donde está dicha empresa, muchas veces se necesita ese servicio. Pero ofrecer dicho servicio, satisfacer tal necesidad, lleva **trabajo**. Hay muchas tareas internas del banco, hay cajeros, personal de maestranza y de mantenimiento, atención al público que realiza sus depósitos, etc. Por eso, no se trata de una usura ni nada parecido; simplemente aquellos obreros-empresarios **pagan dicho trabajo**, y al precio de mercado. ¿Con qué lo hacen?, con **trabajo**, porque ellos generan con su actividad laboral un valor determinado, materializado en los productos que elaboran y que luego venden, obteniendo el equivalente en dinero. De ese valor, pagan a los trabajadores-banqueros el servicio prestado con su trabajo; pago éste, consistente en el interés o excedente que se suma a la devolución de la cifra prestada. Por lo tanto, todo lo que hay es un intercambio de trabajo, de valor real, es trabajo por trabajo.

Así como los obreros-empresarios, cuando venden sus productos obtienen a cambio el valor de su trabajo, por cuanto dichos productos satisfacen alguna necesidad al que los paga, sin importar a qué se dedica el comprador, de la misma manera, los bancarios-banqueros reciben como pago el equivalente al valor de su trabajo, el cual también satisface la necesidad de quienes lo abonan, sin importar, aquí, si son obreros o capitalistas.

De tal manera, hemos visto un puro movimiento de valor, de trabajo por trabajo, sin ninguna plusvalía. Pero las cosas no son así, sino que hay un banquero (o dueños accionistas de un banco que es lo mismo, pero no hace falta complicarse) y un empresario. Estos se quedan con una parte del valor generado por sus respectivos trabajadores asalariados, es decir, tanto uno como otro extraen plusvalía.

Podemos suponer, inclusive, otra situación más esclarecedora de porqué la ganancia del banquero surge de la explotación del trabajo de sus empleados. Imaginemos por un lado al banquero y sus trabajadores, y por otro a aquella

empresa volcada a la producción material, pero sin capitalista, o sea con obreros-empresarios que se reparten el producto de su trabajo. Así, éstos solicitan el crédito por tener esa necesidad, y luego trabajan y venden sus productos, devolviendo el préstamo más el excedente o interés, que es el pago del servicio. Allí no habría ninguna plusvalía en lo que respecta a los obreros. Ese pago que hacen al banco es como uno más de sus distintos costos para su funcionamiento, como lo es, por ejemplo, el pago de la energía eléctrica. Pero el banquero sí se queda con una parte del valor que generó el trabajo de sus propios “obrerros”. Parte ésta que es la única plusvalía que se puede encontrar en todo el proceso.

Pero para ir más lejos todavía, supongamos que lo que produce esa empresa dedicada a la producción material son muebles, útiles y máquinas especiales para los bancos. Entonces el banquero, que se propone invertir sus ganancias abriendo nuevas sucursales, destina ese dinero, o sea el capital surgido de la plusvalía extraída a sus trabajadores, en comprar los muebles o máquinas a dicha empresa. Y así, volviendo a nuestro interrogante inicial, que era si los trabajadores bancarios “vivían” de la plusvalía extraída a los obreros de la empresa, podríamos decir que aquí es lo contrario, que tales obreros dependen o “viven” de la plusvalía surgida de la explotación de los trabajadores bancarios por parte del banquero.

Por eso, la plusvalía y la explotación económica implicada es una propiedad del modo de producción capitalista y no de la naturaleza de uno u otro trabajo concreto del que se deriva aquélla. Quien vende un determinado producto o servicio, recibe un dinero cuyo valor proviene siempre de algún trabajo anterior. Será plusvalía o parte de trabajo no pagado (plusvalía) si el comprador es un capitalista, o será trabajo pagado (salario) si el que se apoya en el mostrador es un trabajador asalariado. Pero al que vende el producto, eso es lo que menos le interesa. No tiene un tabique separador en su caja para poner de un lado plusvalía y del otro lo que no lo es. Si le preguntara al cliente si piensa pagar con plusvalía o no, seguramente le responderá: ¡no, en efectivo!, y se irá quizás con la creencia de que la plusvalía es el nombre de una nueva tarjeta de crédito. El vendedor, por el producto que entrega recibe por igual todo dinero porque sabe que tiene valor. Pero como todo valor es producto del trabajo, la procedencia última de todo dinero y de su valor es siempre el esfuerzo de los trabajadores en general.

Como conclusión, toda plusvalía surge del trabajo real, concreto, de todos los trabajadores sobre los que recaiga el modo de producción capitalista, sin distinción del tipo de trabajo ni de la “elegancia” en la vestimenta que pueda exigir el empleador.

6. Conceptos de clase trabajadora, proletariado y clase obrera

Ampliando nuevamente el enfoque, encontramos que en el capitalismo hay una clase que es la propietaria de los medios de producción y de los **puestos de trabajo**. Fuera de los pocos cuentapropistas, pequeños comerciantes, profesionales, el resto de la sociedad es una sola clase de proletarios, cuya característica esencial, y que es la que la define, es que no disponen de **medios de trabajo**, por lo que están obligados y atados por las cadenas invisibles que descubrió Marx en el sistema capitalista, a aceptar necesariamente la “natural” condición de trabajar para esa clase propietaria, recibiendo sólo una parte, y la menor posible, del valor real de su trabajo. En esto no hay ninguna diferencia entre trabajadores industriales y no industriales. Es más, tanto unos como otros experimentan una constante rotación de un sector a otro, y ni siquiera notan la diferencia. Solamente perciben que son exigidos y explotados por un salario mínimo en ambos casos, y es totalmente casual que se les extraiga plusvalía en uno u otro sector de la producción general de bienes y servicios.

En definitiva, los muchos millones de trabajadores que se desempeñan fuera de la producción material comparten idénticas **condiciones de clase** y de explotación económica, con sustracción de plusvalía, que los obreros industriales. En ambos casos, tales trabajadores no tienen nada aparte de su fuerza de trabajo para vender, y al precio que los patrones dispongan. Y en general tienden a “disponer” que sea bajo ese precio; sobre todo cuando los índices de desocupación (es decir la cantidad de seres humanos desesperados que no consiguen una fuente de vida) son “satisfactorios”. Tal situación social está siempre presente en el capitalismo, por ser útil a la clase capitalista, al cumplir la función reguladora de mantener bajo el precio en las “vidrieras” del mercado de proletarios. Ello obliga a estos últimos a competir entre sí por los limitados puestos de trabajo. Y hasta tienen que contentarse por haber conseguido un trabajo, a sabiendas de que serán exprimidos, porque la otra opción que les ofrece el sistema, sin hablar del recurso del delito, es la inanición propia y de sus hijos, es decir, aparece el “tironeo” de la cadena invisible, que obliga a trabajar para esa clase propietaria, teniendo inclusive que dar las gracias por haber sido aceptado.

Es evidente que la solución es que la clase trabajadora, ocupados y sin trabajo, o sea el proletariado en general, los que no tienen ningún derecho sobre los medios de producción y de trabajo, con todo respeto desplacen del poder a esa clase que se ha apropiado de algo tan importante como son los medios de producción y de trabajo, de los que depende la vida de todos,

procediendo a su expropiación. Esto último, según el diccionario, significa: “desposeer legalmente a un propietario por razones de utilidad pública”. Pero obsérvese que ni siquiera sería eso, sino simplemente recuperar la posesión de algo que los trabajadores deben reclamar como suyo. Todos los medios de producción y los grandes capitales fueron creados por el trabajo del proletariado; son la parte no pagada del valor de su trabajo. Si a ello se agrega una generosa indemnización, que por lo tanto debe considerarse como un regalo, los miembros de aquella clase deberían darse por satisfechos. En resumen, los trabajadores no necesitan la presencia de esa clase social para organizar su vida y su futuro, sino todo lo contrario. Únicamente podrán hacerlo liberándose de ella.

Dicha expropiación se refiere siempre a los medios fundamentales de producción, a las grandes fábricas, bancos, empresas, que aunque su número no sea muy grande, su movimiento económico hace a la casi totalidad. No es necesaria la expropiación de las empresas menores, ni mucho menos a quienes trabajan por cuenta propia en pequeños talleres o comercios. Sólo se trata de que si el Estado en manos de la clase trabajadora garantiza la plena ocupación, asegurando un pago aproximado al valor total creado por el trabajo, esos empresarios no conseguirán “buen precio” en los mercados de proletarios, donde escasearía la “mercadería”. Por lo tanto, ante la opción de ganancia “cero”, que resultaría de pagar el valor real del trabajo, terminarían por sí solos prefiriendo ser expropiados e indemnizados, para sumarse luego a las filas de la clase trabajadora, aportando sus conocimientos y esfuerzos no ya a las disputas y peleas con los trabajadores, competidores, proveedores y clientes, sino solamente al bien social.

Volviendo al concepto de clase trabajadora, el haberse identificado al proletariado con la clase obrera industrial, probablemente responda a que hace un siglo y medio, cuando Marx y Engels elaboraron sus desarrollos teóricos, el proletariado volcado a la producción material era la mayoría absoluta de los trabajadores asalariados o proletariado en general como clase, y su consideración era suficiente para describir la dinámica de la lucha de clases entre proletarios y burguesía. Era lo fundamental. Una distinción que se hacía, pero no en la vida y las condiciones de explotación de los trabajadores, sino en las teorías económicas, era entre la producción de bienes materiales **perdurables** y susceptibles de acumulación o capitalización, ejemplo: fábricas, máquinas, elementos de trabajo y todo lo que haga a la infraestructura de la industria, agregándose productos o mercancías perdurables y por tanto acumulables como capital comercial; y por otro lado la producción de bienes materiales **no perdurables** ni capitalizables como

tales (alimentos o artículos de uso común cuya acumulación es inconveniente por su rápido deterioro, o por ser superados por las modas o por aparecer con rapidez modelos nuevos y mejores). Pero tal distinción no salía del marco de lo que era la producción material. En cuanto a las otras necesidades derivadas de los impulsos cuya satisfacción no implicaba el consumo de objetos materiales, eran menos ramificadas, más sencillas, y tenían por lo general soluciones más “caseras”, o sin una gran importancia económica de conjunto para el modo de producción capitalista. Y la parte de los servicios que tenían alguna presencia en la sociedad eran realizados mayormente por lo que hoy conocemos por **cuentapropistas**. Es decir, no había prácticamente **empresas de servicios**, con un capitalista y sus asalariados, sino que eran individuos con algún oficio que trabajaban personalmente ofreciendo servicios diversos, por lo que obtenían aproximadamente el total del valor de su trabajo.

Marx no le prestó mucha atención a los servicios, por lo señalado acerca de la escasa importancia que representaban para el modo de producción capitalista. El criterio que él adoptaba para distinguir entre trabajo productivo e improductivo se basaba en el punto de vista del movimiento del capital, es decir, sólo era productivo el trabajo que caía dentro del modo de producción capitalista, donde el capitalista obtenía plusvalía para la acumulación. Así, el trabajo de un carpintero que fabricaba un mueble y consumía el valor obtenido de su venta era trabajo no productivo, por no servir a la acumulación capitalista. Mientras que ese mismo carpintero, construyendo el mismo mueble, realizaba trabajo productivo si lo hacía como asalariado de un capitalista que obtenía de él una plusvalía destinada a la acumulación, al acrecentamiento de capital. Pero dado que la segunda modalidad era la que coincidía con la producción material, y la primera, es decir el trabajo por cuenta propia, coincidía en general con el rubro de servicios o producción no material, entonces, y como una medida práctica de simplificación, se tomaba la producción material como trabajo productivo y el de servicios como trabajo improductivo. Sin embargo, en los siguientes párrafos extraídos de su obra póstuma: “Teorías de la plusvalía”, cuyos manuscritos Engels pretendía publicar como un cuarto tomo de El Capital, Marx demuestra lo bien que entendía la situación; aunque como se podrá notar, debió esforzarse para encontrar ejemplos de algo que casi no existía:

“...Por consiguiente, el proceso de producción capitalista no es simplemente la producción de mercancías. Es un proceso que absorbe trabajo impago, que convierte materias primas y medios de trabajo -los medios de producción- en medios para la absorción de trabajo impago.

*De lo que se ha dicho se sigue que la designación del trabajo como **trabajo** productivo nada tiene que ver con el **contenido determinado** del trabajo, su utilidad especial, o el valor de uso particular en que se manifiesta.*

*El mismo tipo de trabajo puede ser **productivo** o **improductivo**.*

*Por ejemplo, Milton, quién escribió el Paraíso perdido por 5 esterlinas, era un **trabajador improductivo**. Por otro lado, el escritor que produce materiales para su editor en estilo fabril es un **trabajador productivo**. Milton produjo el Paraíso perdido por la misma razón que un gusano de seda produce seda. Fue una actividad de su naturaleza. Más tarde vendió el producto por 5 esterlinas. Pero el proletario literario de Leipzig que fabrica libros (por ejemplo, Compendios de Economía) bajo la dirección de su editor, es un **trabajador productivo**, pues su producto se encuentra subsumido desde el comienzo bajo el capital, y nace sólo con el fin de acrecentar ese capital. Una cantante que vende su canción por su propia cuenta es una **trabajadora improductiva**. Pero la misma cantante a quien un empresario ordena que cante con el fin de ganar dinero para él es una **trabajadora productiva**, pues produce capital.” (Marx Carlos. Teorías de la plusvalía. Editorial Cartago. Buenos Aires 1974, tomo I pág. 339).*

Y unas páginas después:

*“...Por ejemplo, si hago reempapelar mi casa y los empapeladores son asalariados de un amo que me vende el trabajo (...), para el amo que hace que esos obreros empapelen, ellos son trabajadores productivos, pues le producen plusvalía (...). Este proceso de producción no es sólo un proceso de producción de **mercancías**, sino un proceso de producción de **plusvalía**, de absorción de sobretrabajo, y por lo tanto un proceso de producción de capital” (Idem pág. 343).*

Más adelante:

*“...Puede decirse (...) que es una característica de los **trabajadores productivos**, es decir, de los trabajadores que producen capital, que su trabajo se realiza en **mercancías**, en riqueza material. Y entonces el **trabajo productivo**, junto con su característica determinante -que no tiene en cuenta para nada el **contenido del trabajo** y es independiente por entero de dicho contenido-, recibirá una segunda definición, distinta y subsidiaria.” (Idem, pág. 346).*

Esa “segunda definición” es la que originó la confusión. Lo que en aquella época era sólo una coincidencia del concepto de trabajo productivo, es decir creador de plusvalía, con la producción material, se tomó como la definición auténtica. Pero la auténtica, cuya característica determinante, como dice Marx, no tiene en cuenta para nada el contenido del trabajo, se ignoró casi por completo. Y esa característica determinante del trabajo productivo, en la

acepción económica que entendía Marx por trabajo productivo, no es otra cosa que el trabajo asalariado que genera plusvalía.

Veamos por último el siguiente pasaje referido a los servicios:

*“...También aquí el modo de producción capitalista se encuentra sólo en pequeña escala, y por la naturaleza del caso sólo puede aplicarse en pocas esferas. Por ejemplo, los maestros de establecimientos educacionales pueden ser simples asalariados del empresario del establecimiento; muchas de estas fábricas educacionales ya existen en Inglaterra. Aunque en relación con los alumnos estos maestros no son **trabajadores productivos**, lo son con relación a su empleador. Este cambia su capital por la fuerza de trabajo de ellos, y se enriquece gracias a este proceso.* Lo mismo ocurre con empresas tales como teatros, lugares de diversión, etc. En tales casos, la relación del actor con el público es la de un artista, pero en relación con su empleador es un **trabajador productivo**. Todas estas manifestaciones de la producción capitalista en esta esfera son tan insignificantes en comparación con el total de la producción, que se puede prescindir por completo de ellas”. (Idem, pág. 347).*

Y hasta hoy se ha seguido “prescindiendo por completo de ellas”, a pesar de que la esfera “insignificante” de los servicios ya ocupa a alrededor de la mitad de los trabajadores asalariados.

Esa clasificación de los trabajos en productivos e improductivos sólo debe tomarse como una distinción técnica muy específica, y limitada al contexto de la ciencia económica, como categorías relacionadas al movimiento del capital y su razón de ser, que es su acrecentamiento por medio de la sustracción de plusvalía. Pero en relación a la creación de valor, todo trabajo cuyo producto sea intercambiable y satisfaga alguna necesidad, genera valor de acuerdo a su cantidad, y en esto no hay diferencia entre un trabajo cuyo valor producido se consume totalmente y otro que se consume parcialmente quedando una parte de ese valor en poder del capital para su acumulación.

* Un ejemplo similar ya fue utilizado por Marx en el tomo I de El Capital: ... “Un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo, no porque forme el espíritu de sus alumnos, sino porque trabaja (...) para enriquecer al propietario de la escuela. Que éste haya colocado su capital en una fábrica de lecciones en lugar de invertirlo en una de salchichas, eso es cosa de él. Por lo tanto la noción de trabajo productivo ya no encierra sencillamente una relación entre actividad y efecto útil, entre productor y producto, sino además, y sobre todo, una relación social que hace del trabajo el instrumento inmediato de la valorización del capital”. (Marx Carlos. **El Capital**. Editorial Cartago. Buenos Aires, 1974, tomo I pág. 487-488)

En ese otro sentido, todos los trabajos serían productivos, es decir, en el sentido de crear valor.

En conclusión, en los distintos rubros de los servicios hay millones y millones de trabajadores igualmente proletarios como los trabajadores industriales, y sometidos a las mismas condiciones de explotación económica, o bien de angustiante desocupación cuando son despedidos, por no ser fácil vender lo único que tienen para vivir que es su fuerza de trabajo.

El no haberle prestado mayor atención a la esfera de los servicios, como se ha visto, no puede ser considerado un error de Marx, como tampoco fue un error suyo el no haberse ocupado del problema de la “capa de ozono”. Sólo ha sido un mal entendido relativamente “moderno”, pero que llevó a un cierto estancamiento teórico en relación al análisis científico de las clases; sobre todo teniéndose en cuenta la gran dimensión que han adquirido los servicios, incorporándose al modo de producción capitalista, a las relaciones de producción: capitalistas-asalariados, o burguesía-proletariado. Ello ha significado perderle “pisada” al desarrollo objetivo de la lucha de clases. A los trabajadores no industriales mayormente se los vio como pertenecientes a una falsa “clase media”, y en una irreal doble condición; por un lado de explotados, pero en sentido “figurado”, por el hecho de trabajar mucho y recibir poco; y por otro, al no entenderse con claridad la situación, como ¡explotadores!, como si vivieran de la plusvalía surgida del trabajo ajeno de los obreros industriales, lo que es un completo error, pero donde todo llevaba a tomarlo así. Esta absurda situación ha dado lugar, inclusive, a que se diga que el proletariado (entendido como la clase obrera industrial) es relativamente un sector minoritario respecto al resto de la sociedad, y por lo tanto sin mayores perspectivas revolucionarias.

7. El proletariado industrial en relación al resto de la clase trabajadora

El proletariado en general, todos los obreros y trabajadores, ocupados, desocupados, e inclusive trabajadores jubilados, es decir, todos los que en el capitalismo carecen de derechos sobre los medios de producción y de trabajo, constituyen un solo grupo homogéneo en su condición social, y por ello corresponde concebirllos como pertenecientes a una misma clase, ampliamente mayoritaria en la sociedad. La parte de ese conjunto, que es lo que conocemos como clase obrera industrial, tiene no obstante un lugar de especial importancia, porque de ella depende el funcionamiento de las grandes fábricas, las fuentes de energía, la extracción y el procesamiento de las materias primas, la provisión de alimentos y demás bienes elementales; y

esto es, igual que antes, fundamental para la sociedad. Otra característica de este tipo de producción con producto material, y que lo hace más importante y esencial para la sociedad, es que allí se encuentran los rubros del trabajo social que generan bienes perdurables, sin consumo inmediato, y que por tanto son factibles de ser producidos para la acumulación, es decir para formar y acrecentar capital genuino como auténtico **trabajo acumulado**. Aquí se “fabrican” las fábricas, los edificios, máquinas, materiales e instrumentos de los que se valen todos los demás trabajos. No hay trabajos de elaboración de productos o de prestación de servicios que no requieran medios de producción o de trabajo materiales. Quizás pueda exceptuarse alguno, pero hasta una escoba o un lápiz son indispensables para el menor servicio.

Los otros rubros de la producción material que generan productos **no perdurables**, como por ejemplo alimentos frescos o con fecha de vencimiento muy limitada, estarían en el mismo plano que los servicios, por cuanto se trata de trabajos cuyo producto o resultado se consume totalmente, y no es posible su acumulación. En cambio aquella parte de la producción material que genera productos **perdurables** es el sector de la actividad laboral que crea valor o plusvalía acumulable en forma genuina; aunque también se incluyen, en esta parte de la producción material, los productos de consumo perdurables que no son de infraestructura o medios de trabajo, sino sólo mercaderías no perecederas en general, y por lo tanto susceptibles de acumulación.

Este sector del proletariado industrial es el único que genera valor real acumulable, y que en el modo de producción capitalista es **plusvalía acumulable en capital genuino**, existente en la “materia física”. En este tipo de acumulación material se reduce toda la riqueza real, verdadera, existente en la sociedad. En cambio el valor que se acumula en capital circulante, sea dinero u oro ya existente en la sociedad (que es la base del dinero y que teóricamente lo respalda), no es acumulación genuina de trabajo acumulado para la sociedad, sino sólo para su poseedor, y en su relación con los poseedores de los bienes materiales acumulados. Es decir, el dinero como bien de cambio significa que su poseedor puede entregarlo al dueño de un establecimiento fabril y éste recibirlo y entregar la fábrica al primero. Pero para la sociedad en su conjunto no hay ninguna diferencia. En este sentido, sería siempre más “productivo” en términos absolutos el trabajo cuyo producto material se destina a la acumulación de valor materializado en bienes reales y perdurables. Sin embargo, si aquel poseedor original del dinero, lo obtuvo por ejemplo a través de una empresa de servicios, extrayendo plusvalía de sus trabajadores, tal dinero excedente es tam-

bién trabajo acumulado, y tiene el mismo valor que el plusproducto material que acumuló el capitalista industrial, y por eso son intercambiables. De hecho, ese capitalista industrial vende sus productos para convertirlos en dinero. Y si el comprador es el capitalista dueño de la empresa de servicios, ejemplo: se trata de máquinas utilizadas para los servicios que presta, al hacerlo con la plusvalía obtenida de sus trabajadores, éstos por consecuencia serían creadores de la plusvalía que se materializa en esas máquinas como acumulación genuina de capital material. Mientras tanto, los obreros del capitalista industrial crearon originariamente una plusvalía material, pero ahora convertida en dinero, que era el fin que perseguía el capitalista industrial; es decir, esos obreros crearon dinero, valor circulante. Así, ambos grupos de trabajadores crearon un valor excedente o plusvalía totalmente equivalente, y por eso intercambiable en forma indistinta entre los capitalistas.

Entonces, de la plusvalía general que los capitalistas obtienen de todos los trabajadores, una gran parte la consumen ellos mismos, y la otra se conserva como capital acumulado, sea en forma de bienes perdurables (o no perdurables “en tránsito”) o de dinero. De esos dos tipos de capital, el único “real”, pero sólo enfocando la sociedad en su conjunto y los bienes que allí existen, es el primero, el materializado en bienes. El otro, el dinero, es solamente valor acumulado pero en forma de circulante, de **poder adquisitivo** sobre los mismos bienes que hay en la realidad, pero sin “aportar” nada nuevo a lo que existe. Esas dos formas de plusvalía global que los capitalistas no consumieron, son sin embargo **reales** desde las leyes del valor como trabajo acumulado, y por eso son intercambiables entre los capitalistas. Son, por igual, producto de la parte no pagada del trabajo material y concreto de los trabajadores en general.

Como se ve, desde el punto de vista del proletariado, y de la explotación de la que es objeto, se trata de una diferencia puramente formal, no esencial, entre las características de un tipo de trabajo u otro, pero que produjo una enorme confusión respecto a la situación y a las condiciones generales de la clase trabajadora. En este caso, el motivo de confusión habría sido el identificar lo que es creación de valor y plusvalía materialmente acumulable, con creación de valor y plusvalía en general.

Observemos a lo que se puede llegar por una errónea concepción de base. Los trabajadores que producen bienes perdurables y acumulables como capital genuino, como por ejemplo la construcción de la infraestructura de la industria, de las máquinas y herramientas, materiales, etc., y que lo concebimos como el trabajo más valioso y el realmente productivo en términos absolutos, resulta que lo que producen “no sirve”, no es apto para el “con-

sumo humano”, para la satisfacción de las necesidades. A los propios trabajadores que producen eso, no les sirve, no lo pueden consumir. Lo que hacen es fabricar las máquinas, herramientas y medios de trabajo para que los otros trabajadores produzcan los bienes y servicios que “sirven”, que son “útiles” y se consumen. Los que producen alimentos, por ejemplo, con las herramientas y máquinas que aquellos proveen, deben producir más de lo que consumen para que aquéllos se alimenten. Los trabajadores de los distintos servicios deben proveer de los mismos a todo el mundo, incluyendo a tales trabajadores “productivos”. Así, el absurdo al que podemos llegar es el de decir que aquellos obreros en realidad son unos “vivos”, que sólo proveen los materiales, herramientas, máquinas e instalaciones, para que los otros trabajen y los provean de lo que necesitan.

Además de la equivocada interpretación surgida de la distinción entre trabajo directamente acumulable y no acumulable, hay otro motivo más que también contribuyó al mal entendido. Esto es, que siempre se le atribuyó más valor a la producción material, o de mercancías “corpóreas”, aunque sean bienes no perdurables, por lo que significa el comercio entre regiones, y sobre todo el comercio internacional como fuente de divisas. Es decir, salvo excepciones, los servicios no se pueden exportar. Por consiguiente, no pueden ser fuente de riqueza para un país a través de su exportación (exceptuando el caso de que una empresa de servicios se instale en otro país, y luego de extraer la plusvalía, transfiera sus ganancias al país de origen. Pero está claro que eso no sería exportación en el real sentido del término).

Por lo tanto, un trabajo que por un lado no genera un producto factible de acumulación material como capital genuino, que por otro no crea un producto que se pueda exportar o vender a otra región, y que en general no hace a lo más elemental para la vida, da toda la impresión de ser algo “improductivo”, sin capacidad de generar valor económico. Y al no crear valor económico, tampoco podría generar plusvalía, ya que ésta es una parte de dicho valor. Entonces, si así fuera, los trabajadores dedicados a ello, técnicamente, no podrían ser objeto de explotación económica.

Toda esta equivocada interpretación ha llevado nada menos que a excluir, o al menos quitar importancia, a una parte en muchos casos mayoritaria del proletariado, lo que ha significado la falta de una sólida unidad de la clase trabajadora para cumplir su tarea histórica de cambiar la sociedad.

Observemos el siguiente esquema, que sintetiza lo analizado hasta aquí sobre la esencia del valor económico y sus manifestaciones en la estructura económica de la sociedad. En todos los casos, las figuras (rectángulos) mayores son la esencia más general de lo incluido en las figuras menores, que son formas particulares de lo mayor:

<p>Placer-displacer, como base de toda determinación de valor, sea o no económico</p>
<p>Cantidad de trabajo en general, cuyo producto o resultado satisface necesidades (materiales o no), como factor fundamental, promediado socialmente, que determina el valor económico o de intercambio</p>
<p>Cantidad de trabajo que produce bienes materiales (perdurables o no perdurables), que por lo general, exceptuando inmuebles, son susceptibles de intercambio interregional o internacional.</p>
<p>Cantidad de trabajo que produce bienes materiales perdurables, como elementos de acumulación y formación de capital genuino. Enfocado desde la sociedad en su conjunto, es el único trabajo realizado directa y totalmente para la acumulación de valor materializado, real. Es donde se produce toda la infraestructura, los medios e instrumentos de producción y de trabajo necesarios para el resto de actividades laborales. Aquí se “materializa” la plusvalía surgida de todos los demás trabajos, que no es consumida por los capitalistas. También, en este sector se generan todas las mercancías perdurables, acumulables como capital comercial genuino, las que a su vez pueden ser o no medios de producción (máquinas, etc.), y que son intercambiables entre regiones o países.</p>

8. El valor económico del trabajo en el socialismo

Veamos cómo se aplica todo esto en el socialismo. Si bien lo que veremos es aplicable en lo esencial a cualquier sociedad socialista, para evitar elementos perturbadores surgidos de las relaciones entre el socialismo y los países capitalistas, imaginemos el socialismo generalizado, es decir, sin relaciones económicas con el capitalismo. En tal caso, la acumulación de dinero por parte del Estado no tendría sentido fuera de su función de circulante facilitador de la distribución y de los intercambios, sobre todo en la vida común. Todo trabajo acumulado útil sería el de los bienes materiales concretos, y en especial los que conforman los medios e instrumentos de producción.

Bajo estas condiciones, se podría decir que no haría falta que el trabajador de servicios, por ejemplo, reciba menos del valor de su trabajo, ya que no tiene ninguna utilidad acumular un valor excedente en dinero. Esto porque, como dijimos, sólo interesa la acumulación de bienes materiales perdurables que hacen a la infraestructura de la producción, como las fábricas, máquinas, etc. Entonces, los obreros industriales de tales ramos, aparentemente, serían los únicos que deberían producir más de lo que consuman, de modo de acumular esos bienes indispensables para la sociedad en su conjunto. Pero ello no tiene porqué ser así. Dado que ya vimos que por el solo hecho

de dar satisfacción a las distintas necesidades, todos los trabajos generan valor, sea éste materialmente acumulable o no, simplemente se repartirían las cargas. Esto quiere decir que en vez de percibir el obrero industrial, por ejemplo el 80% del valor creado por su trabajo y el 100% el trabajador de servicios, ambos recibirían el 90% de lo producido en términos de valor, y en forma de dinero o valor de cambio. Así, el 10% que “ceden” los trabajadores de servicios, para que los obreros industriales perciban el 90% y no el 80%, significa que los primeros estarían aportando en igual medida que los segundos a la creación de esos bienes de acumulación material para el funcionamiento de la sociedad.

Debe notarse que ese 10% del valor creado por el trabajo, que en el ejemplo aportan todos los trabajadores, aunque se trate de una suerte de plusvalía social necesaria, no es “explotación”, ni significa una pérdida de propiedad sobre ello. Solamente pasa a ser la fracción de la propiedad común que corresponde a cada uno. Los trabajadores siguen siendo dueños, **propietarios** de tales bienes comunes, como son las fábricas, máquinas industriales, edificios, etc. que constituyen los medios de producción y de trabajo.

Como se podrá deducir, no es cierto que sea siempre indispensable la “inversión de capitales” para cualquier emprendimiento. No hace falta el dinero previo, sino el **trabajo** previo. En el capitalismo, ese dinero anticipado se emplea para comprar las instalaciones, maquinarias, materiales, instrumentos, de lo que se va a emprender, así como para solventar los gastos de salarios, etc., hasta el momento de la venta y la recuperación y acrecentamiento del capital invertido. Pero como se puede ver, lo que en realidad hace falta no es el dinero, sino **lo que se compra con él**; esto es, el **trabajo acumulado** real: las instalaciones, máquinas, herramientas, materiales, etc., previos, así como la fuerza de trabajo.

El socialismo no necesita ningún capital de inversión en forma de dinero. Sólo se emplea el siempre disponible y constante **circulante normal** que perciben todos los trabajadores en el marco de la plena ocupación. La “inversión” socialista es sólo la del trabajo que crea aquellos medios de producción. Dichos medios son todo lo que hace falta para los emprendimientos, es decir, el **trabajo** previo que los crea, que es seguido sin “alteraciones” por el trabajo posterior que los utiliza para la producción de aquello de lo que se trate. En todos los casos, suponiendo siempre la premisa de una tierra utilizable y de las materias primas que ofrece la naturaleza, lo que hace falta no es la función “mágica” de la inversión de capitales, sino **trabajar**.

Todo esto funcionaría así mientras siga siendo necesario el trabajo en el marco de la plena ocupación. Pero el propio desarrollo sin trabas de las fuerzas productivas, así como de la automatización de la producción, con la consiguiente superabundancia de bienes y servicios, permitirían ir disminuyendo la jornada de trabajo, a la vez que el dinero circulante, como instrumento organizador de la distribución, se tornaría cada vez más innecesario.

9. El dinero

Sabemos que originariamente toda transacción se resolvía en el trueque directo entre los productos del trabajo. Tanto en los orígenes del intercambio como en las actuales transacciones el mecanismo básicamente es el mismo: trabajo por trabajo. Al dinero sólo se le asigna valor por ser trabajo convertido en valor circulante. Por eso, todo lo que el dinero puede comprar es a su vez trabajo, sea éste materializado en mercancías, o encarnado en servicios como mercancías “inmateriales”. En términos generales no se puede “gastar” en otra cosa que no sea trabajo. En todos los casos se paga el esfuerzo invertido en eso que se compra. A su vez, el dinero que se recibe, también en términos generales, se lo recibe a cambio de entregar una cierta cantidad de trabajo contenido en aquello que se vende u ofrece.

Por eso, comenzaremos el análisis prescindiendo del dinero. Por ejemplo, al no existir éste, cierto individuo podría fabricar sillas, hacer muchas sillas y luego con eso comprar lo que necesita, que son los diferentes bienes que han producido los otros. Claro que sólo podría tener éxito si los demás le aceptan las sillas, si las necesitan. Pero imaginemos que igualmente las aceptan, debido a que de lo contrario no podrían “sacarse de encima” lo que ellos han producido demás, y porque en todo caso podrán usarlas luego como valor de cambio. Saben que al menos tienen valor, porque contienen trabajo materializado auténtico. Así, se termina aceptando a las sillas como “moneda de cambio”, porque demostraron ser mejor que “nada”. El valor de una silla sería, por ejemplo, de dos horas de trabajo, como promedio social de lo que lleva construirla. Entonces, habría una gran circulación de sillas como medio de pago, porque tienen **valor**, contienen el equivalente a dos horas de trabajo medio. Si alguien juntó muchas sillas, puede por ejemplo comprar una vestimenta que al sastre le llevó doce horas de trabajo, entregándole seis sillas, que en caso de tener la suerte de que sean apilables, el sastre las colocará en un rincón y seguirá trabajando. El carpintero, ante tal situación, se verá motivado para construir más sillas, y con ellas saldrá a comprar todo lo que necesite. Por su parte, quienes las reciban a cambio de sus productos, usarán ese “dinero” para todos los intercambios. Pero llegará

un momento en que se darán cuenta de que es muy engorroso el sistema, que las sillas, además de ser muy incómodas, han comenzado a deteriorarse con tanto movimiento y a perder su valor. Por otro lado, son un problema con los “vuelos”, y lo peor es que ya hay demasiadas. Así, se llega a la conclusión de que no son necesarias en tal cantidad. Muchos se dedicaron a construir las sillas y hay una verdadera sobreacumulación. Ya nadie produce otras cosas, y por lo tanto no hay qué comprar, o en qué invertir. De ese modo, terminaron devaluándose porque nadie las quería.

Entonces, se “decide” reemplazarlas por la sal. Esta se puede dosificar para facilitar los vuelos. Además, también tiene valor real, que es el trabajo de conseguirla, trasladarla, refinarla, y es menos incómoda para su circulación. Así, circuló mucho tiempo la sal, hasta que ya eran muchos los que se dedicaron a su recolección. Se encontraron nuevos lugares donde abundaba, siendo cada vez más fácil la tarea de conseguirla, y terminó devaluándose por su excesiva acumulación.

Finalmente fue desechada como instrumento de cambio, y se terminó adoptando el oro (y/o la plata) para esa función. Se encontró la ventaja de que dicho metal era más escaso en la naturaleza, además de no deteriorarse como fue, en el ejemplo imaginario, la suerte de las sillas. Otra ventaja era que se podía dosificar acuñando monedas de distintos valores según su peso. Lo positivo de este metal era que su contenido, su peso, era un fiel indicador de la cantidad media de trabajo real invertido en la explotación de las minas. Tenía un valor auténtico, intercambiable por el equivalente en trabajo. Por todo ello, pasó a ser el instrumento de cambio universal.

Con el tiempo, y en la búsqueda de más comodidad, se procuró reemplazar su circulación. Esta debía hacerse en bolsas especialmente reforzadas, y por lo general se exponían al robo, además de ser incómodo en sí mismo su transporte. De tal modo, a alguien se le ocurrió firmar papeles y entregarlos a modo de **vales**, que indicaban cierta cantidad de oro. El **peso**, que es el nombre de muchas monedas, significa que tales papeles indicaban claramente una cantidad del metal sobre la que tenía derechos el poseedor de esos “vales”. Luego, el propio Estado se “entusiasmó” con la idea, y comenzó a emitir esos vales, que finalmente se convirtieron en el dinero que hoy manejamos. Ello significaba simplemente que el poseedor era **dueño** de una parte del oro que el Estado que los emitía tenía atesorado, y con lo que respaldaba ese dinero. Cualquier poseedor, cuando lo quisiera, podía entregarlo a cambio de su oro.

Esto siempre fue así, hasta que la gente se “olvidó”. Los que “sabían” y entendían eso se fueron muriendo, y las nuevas generaciones se encontraron con que circulaba dinero y que éste era muy “importante para la vida”. El

dinero y el trabajo aparecieron así como cosas totalmente distintas. Inclusive los gobernantes de los distintos Estados también se fueron “olvidando” que al emitir dinero estaban entregando un título de propiedad sobre el oro que el Estado tenía atesorado, y comenzaron a fabricarlo con toda “soltura” para cubrir sus necesidades, como cubrir déficits, pagar sus propios sueldos, comprar armamentos, u otorgar subsidios a los grandes amigos empresarios, que suelen ser agradecidos y dejan una “propina” para los funcionarios que hicieron la gestión.

De tal manera, la gran cantidad de dinero que existe en el mundo es algo más insólito que aquel “acopio de sillas”. Estas al menos tenían valor, contenían trabajo acumulado. El dinero no tiene ningún valor intrínseco, excepto el respaldo “teórico” del oro, el cual sí contiene trabajo acumulado. Por tanto, al no ser real ese respaldo, es dinero “falso”; es decir, más allá de la falsificación “genuina”, que también existe en buena cantidad, el dinero “auténtico” también es falso en términos absolutos, por no tener respaldo. Son documentos públicos de propiedad sobre un oro inexistente, salvo en una mínima proporción respecto a las cifras astronómicas de dinero circulante (real o contable). Sin embargo, todo ese dinero, incluyendo el falsificado, es aceptado por el efecto de una ilusión colectiva. Es la **confianza** en un respaldo inexistente la que lo termina **respaldando**; o sea, **se confía en el respaldo de la confianza**. Pero esto es como si alguien que se hiciera pasar por un millonario comenzara a emitir cheques, por supuesto sin fondos, y todos confiaran en ellos, utilizándolos sin la menor sospecha en una larga cadena de pagos. Así, llegaría un momento en que el último de la serie iría a cobrarlo al banco, siendo el único que “tomaría conciencia” de la situación. Si suponemos que el cheque no tuviera vencimiento, entonces la situación sería idéntica a lo que sucede con el dinero. El cheque circularía indefinidamente como valor real. Por eso, si un individuo decidiera dirigirse al Banco Central del Estado a exigir su oro a cambio de esos papeles con números impresos, probablemente recibiría las burlas del caso y sería acompañado amablemente por el personal de custodia hasta la puerta de salida. Pero si mucha gente se contagiara de ese nuevo tipo de “fiebre del oro” y procediera a exigirlo, a la vez que procurara deshacerse del dinero “falso” adquiriendo propiedades o bienes materiales diversos, se daría el fenómeno de que nadie querría recibirlo. Todos buscarían hacerse del oro o de los bienes, antes de que aquél se devalúe en mil o diez mil veces. Y en esa carrera de “desprendimiento” habrá quienes se queden con esas inmensas montañas de papeles, habiendo perdido todos sus bienes.

Pero por ahora las cosas no son así, sino que continúa el respaldo de la confianza, como volátil fenómeno psicológico con expresión sociológica. Es

la confianza en una falsedad, pero confianza al fin, y se actúa según ello. Sobre esa base funciona la economía. Este fenómeno es tan contagioso que hasta los que tienen en claro la falsedad, de todos modos “confían en la confianza”, es decir, en que seguirá, al menos por un tiempo, esa confianza general como respaldo. Dicho fenómeno es tan contagioso como su contrario. Cuando se inicia la desconfianza, se hace incontrolable. Por ejemplo, durante las grandes crisis que afectan esa base de confianza nadie quiere tener el dinero. Este demuestra, en tales casos, su total carencia de valor real, intrínseco. Distinto es el caso del oro, por ejemplo, del que nadie tiene la intención de desprenderse durante una crisis.

Mientras dura esa confianza general, se entregan bienes muy valiosos, con mucho trabajo acumulado en ellos, a cambio de aquellos papeles que no contienen nada de valor, excepto el trabajo del ya “musculoso” operador que gira la manija de la máquina que los emite.

Esta ilusión colectiva significa que el dinero tiene el respaldo de una fantasía. Si embargo, los poseedores de las enormes montañas de dinero, los capitalistas financieros, que no pueden perder tiempo en cuestionarse “tontearías”, procuran aumentar ese dinero, quieren una rentabilidad.

Ese capital no sólo es “falso” por lo ya señalado en cuanto a la falta de respaldo, o a la “falsificación verdadera”, sino que en muchos casos se trata de dinero contable, bonos a futuro o diversos compromisos de pago. En gran parte, esto significa contar como real lo que es sólo una anticipación, en varias veces, del valor de los productos que supuestamente se crearán y se venderán en el futuro.*

* Hay que aclarar que otra cosa distinta al análisis del dinero en sí mismo como elemento de cambio, o al cuestionamiento sobre su falta de valor intrínseco, es el hecho de la acumulación de **valor real**, producto de la plusvalía anterior no consumida ni aplicada al nuevo ciclo de producción. Ese valor excedente, o **sobreacumulación de capital**, cuando es superior a toda posibilidad de ser volcado con algún éxito al nuevo ciclo productivo, se transforma también en algo ficticio, en números abstractos que giran en el circuito financiero y que no representan nada real. Esa parte excedente de valor, al no poder cumplir su función dentro del sistema capitalista, que es la de reiniciar un nuevo ciclo de producción que pueda concluir en la venta de lo producido, se termina autodestruyendo como valor, se “desvanece”, se convierte en **capital ficticio**. Y esto se revela en las pérdidas económicas que ocurren en las grandes crisis periódicas, pérdidas que no tienen como contrapartida la ganancia de nadie, sino que se trata de la sola extinción de un valor que en realidad ya había dejado de ser tal. Las crisis actúan como el “sinceramiento” forzoso que tarde o temprano la realidad exige a los libros contables.

Todo ese capital financiero, sea o no ficticio, como dijimos quiere acrecentarse. Pero esto se logra únicamente financiando la producción. La rentabilidad financiera depende de la plusvalía que extraigan las empresas industriales o de servicios, y apostando siempre a tales ganancias a realizarse con la venta. Es el único “embudo” por donde debe pasar esa gigantesca masa de dinero para lograr su propósito. Tal inversión puede ser directa, encarando una empresa determinada o comprando acciones de empresas ya existentes, o indirecta, financiando a las empresas, ya sea por los propios medios, o a través de depositar en un banco para que luego éste lo haga. De todo esto se espera, en definitiva, obtener un excedente. El mismo será **ganancia** (o dividendos de acciones) si la inversión fue directa en la empresa industrial, o será **interés financiero** si la inversión en la producción fue indirecta a través de haber prestado el dinero. En todos los casos se trata del excedente que espera el capital financiero.

Todos los capitales, como se ve, apuestan al mismo “número”, a una prometedora **plusvalía**, expresada en la tasa de ganancia de las empresas, y sobre todo apuestan, primero que nada, a que **haya ganancia**. Pero esto no siempre es fácil, porque depende de la **venta** de los productos. Y como la sobreacumulación de capitales que hay en el mundo debe desoír cualquier estudio de mercado y volcarse necesariamente a la producción en general, para no quedar “ocioso” sin obtener ningún rédito, ocurre que se torna exagerado el impulso, y eso lleva, tarde o temprano, a que se produzca más de lo que realmente se puede vender en un mercado donde abunda la pobreza. Por lo tanto, se saturan los mercados de tales productos, produciéndose las conocidas crisis comerciales o de sobreproducción. Estas actúan como los alfileres que hacen estallar esas enormes burbujas llenas de confianza y expectativas. Allí caen las acciones de las empresas, se cierran las fábricas, nadie puede pagar las deudas contraídas en cadena, todos pierden un dinero que en el “fondo” no tenían, y los peores males los sufren **los trabajadores**.

10. Ley de la tendencia a la disminución de la tasa de ganancia

El obstáculo para el progreso de la producción y del mejoramiento de la vida, que significa el capitalismo, no sólo se presenta en el mecanismo recién observado de los límites del mercado, como causa de las crisis de sobreproducción relativa, sino que hay otro factor que se suma a ello, y que tiene gran importancia su consideración. Se trata de lo que descubrió Marx,

y que llamó: “ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia”.* Esto significa que, como resultado del propio desarrollo de la industria, al ser cada vez mayor el capital invertido en infraestructura, grandes maquinarias, etc., y a su vez tomar menor cantidad de obreros gracias a las nuevas capacidades de las máquinas, se presenta el hecho de que por más que se los explote y se les extraiga toda la plusvalía posible, será siempre cada vez menor el **trabajo vivo**, único proveedor de valor agregado y de ganancias (tomando siempre el promedio de productividad social) en relación al total invertido. Tal situación hace que la tasa de ganancia, es decir la proporción del excedente obtenido con respecto al total invertido, tienda a reducirse. Ello, en alguna medida, tiende objetivamente a desalentar el desarrollo ininterrumpido de la productividad de las maquinarias industriales, obstaculizando su progreso hacia la automatización de la producción. Si imaginamos que las máquinas, dirigidas por computadoras, hicieran todo el trabajo sin la presencia de ningún trabajador, quienes invirtieran en ello, excepto que se valgan de la extorsión monopólica, obtendrían ganancia **cero**. Es decir, no habría ningún aporte de nuevo valor (trabajo) para agregar a los productos, fuera del transmitido sin modificaciones por el trabajo muerto (o anterior) acumulado en las máquinas y en todo lo invertido.

Quizás los primeros que lo hicieran obtendrían alguna ganancia por la exclusividad, que inicialmente sería una ventaja normal de la mayor productividad y no un monopolio. Pero si tales medios de producción comenzaran a generalizarse y todos los capitalistas del ramo hicieran lo mismo, debería ir bajando el precio, hasta que el progresivo aumento de la competencia haría acercarse a la ganancia cero. Claro que no se llegaría a esto en la realidad, puesto que antes de llegar a ese punto, se decidiría abandonar ese destino de la inversión. Precisamente eso es lo que en cierta medida habría ocurrido desde hace un tiempo, y por eso el progreso en tal dirección sería actualmente menor que el que podría existir si no fuera por aquel factor, es decir, por el hecho de que ese tipo de progreso cada vez encuadra menos en lo que hace al motor impulsor de la producción capitalista: la tasa de ganancia. La inversión para la investigación científica y tecnológica en alguna proporción se desvió hacia otros destinos, como inventar nuevos productos (de informática por ejemplo), creando y renovando nuevas necesidades. Con ello se obtienen ganancias más considerables dadas por la exclusividad, no sólo “normal” o provisoria, sino también monopólica, a

* Marx Carlos. **El Capital**. Editorial Cartago. Buenos Aires, 1974. Tomo III cap. 13, 14 y 15

través de los llamados derechos de propiedad intelectual y por tanto de fabricación.

Pero esta “salida” es también provisoria a la larga, porque una vez vendidos los derechos, o rechazados y desconocidos como tales por los competidores, se vuelve a la misma situación, expresada en el abaratamiento del producto, y en el marco de la tendencia a la automatización de su producción.

Durante el proceso orientado hacia la mayor automatización es cuando actúa el factor que impulsa el desarrollo de la llamada tecnología de punta. Es decir, los que van a la cabeza en esa carrera obtienen durante su disputa una mayor tasa de ganancia respecto al promedio del ramo, por el hecho de su mayor productividad, del mayor rendimiento con menos horas de trabajo empleadas. Estos logran más ganancias que el promedio, que es el determinante de los precios, a costa de la menor tasa de ganancia de los rezagados, que deben emplear más horas de trabajo para producir lo mismo. Pero tal situación es siempre temporaria, porque al cabo de un tiempo se tiende a emparejar el nivel de productividad, a la vez que se produce el gradual acercamiento al límite de la automatización de la producción. Ello provoca nuevamente la caída de la tasa media de ganancia del rubro, a causa de la escasez de trabajo vivo disponible que resulta del proceso.

Por eso, el capitalismo tiene una doble pared como obstáculo insalvable para el progreso. No puede favorecer el desarrollo de dos elementos importantísimos para la humanidad: 1- la superabundancia de bienes y servicios para cubrir todas las necesidades. 2- la automatización de la producción, que permita disminuir el trabajo y aumentar el tiempo libre. Por un lado está el límite del mercado (superproducción relativa), es decir hay menos compradores que necesitados. Y por otro, está el límite en la propia producción, en la inconveniencia de quienes tienen el poder económico, de desarrollar “demasiado” la producción automatizada, porque sería no disponer de trabajo vivo, único lugar de donde surge el nuevo valor y la parte de éste que es la plusvalía y la ganancia del capital.

Esa ley de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, determinada por el aumento de la proporción de trabajo muerto o acumulado en la infraestructura y en las máquinas, etc., transmisible sin agregados al valor del producto, ha motivado a los inversores capitalistas a buscar alguna salida a la situación de crisis que la situación descrita supone, es decir, a procurar alguna solución por fuera de la nada fácil lucha por imponer el propio monopolio, como única manera de poder vender a “buen precio”. Una salida, la más “tradicional”, es la superexplotación del cada vez más redu-

cido número de operarios, sometiéndolos a ritmos infernales de trabajo. Para facilitarlos, las patronales, con la ayuda de los dirigentes gremiales “consustanciados con los tiempos modernos”, impulsan la derogación de leyes laborales que en alguna medida favorecían a los trabajadores. Pero eso tampoco resulta suficiente para contrarrestar el efecto de la reducción de la tasa de ganancia, debido a los propios límites biológicos de los escasos trabajadores empleados. Pero la salida, aunque provisoria, finalmente se encontró. La inversión comenzó a volcarse cada vez más hacia el campo de los servicios. Aunque tales inversores muchas veces no entiendan muy bien porqué, al menos comprueban que allí es mayor la tasa de ganancia. Y ello se debe a que en esta esfera es menor la inversión en capital constante o trabajo materializado transmisible sin agregados al valor del producto, y más amplia la parte que hace a la actividad humana, al trabajo concreto de los trabajadores, que es lo que crea nuevo valor, y de donde se extrae la plusvalía o ganancia. Esto ha llevado a inventar servicios cada vez más abundantes e insólitos, creando nuevas necesidades, antes inimaginables.

Pero los propios servicios, por su parte, también están siguiendo el camino hacia la mayor automatización. La provisión de energía eléctrica, gas natural, agua corriente, teléfonos, que los capitalistas han ido “arrancando” del Estado para su explotación “eficiente”, son servicios muy cercanos a su automatización total, donde todo trabajo humano se va reduciendo a tareas cada vez menores de mantenimiento. Sin embargo, aquí el efecto de la disminución de la tasa de ganancia se contrarresta por la condición monopólica que supone contar con una clientela “cautiva”. No es fácil superponer diez o veinte cableados y cañerías de empresas distintas. Y cuando lo hacen, después de destruir las ciudades, se ponen de acuerdo en cobrar caro. Por eso, las considerables ganancias que obtienen esos inversores significa que encontraron su salida en el amparo de tal situación monopólica.

Tales negocios llegan hasta lo más descabellado, como por ejemplo lograr que los gobiernos (fáciles de convencer porque están a cargo de quienes son parte de los negocios) permitan la apropiación privada de los caminos o rutas (que ya están “automatizados”), obligando a quienes sólo pretenden transitarlo a entregar su dinero, a cambio de un supuesto mantenimiento (que en general ya fue pagado al cargar combustible o al comprar el vehículo, a través de los impuestos allí incluidos para tal fin). Y en poco tiempo habrán empresas “eficientes” que se apoderarán exclusivamente de las redes cloacales, instalando dispositivos de “bloqueo” para los que no pagan, dispositivos éstos que por supuesto serán abonados por los “consumidores”.

Como se ve, se está a un paso de la explotación privada y “eficiente” del consumo del aire. Este es el camino capitalista al que llevaría la automatización, es decir, el camino de la feroz disputa por imponer el propio monopolio, como única manera de obtener ganancias “razonables”. Si hacemos el ejercicio de imaginar que toda la producción sin excepción se encuentra automatizada en un 100%, y con una capacidad de generar una superproducción absoluta e indefinida de todos los bienes y servicios imaginables, de continuar el capitalismo, se llegaría al total absurdo de que nadie podría trabajar. La desocupación también llegaría al 100%, y por lo tanto no habría con qué pagar los bienes y servicios. Estos sólo serían consumidos por la clase propietaria. Y como dicha clase sería además dueña de todas las tierras, etc., el resto ni siquiera podría comenzar de nuevo la historia. De esta situación, a la necesaria aceptación de que se deben **expropiar** los medios de producción, pasando a ser propiedad social, hay un solo paso lógico. Por eso, la única manera en que puede continuar el capitalismo es a través del freno y el retroceso, evitando toda racionalidad y todo progreso para la vida humana.

Decíamos que los servicios estaban siguiendo también el camino hacia la automatización. En muchos sectores, la aplicación de las nuevas tecnologías va permitiendo que el cliente comience a atenderse solo, pulsando botones (cajeros automáticos, correo electrónico, lavaderos automáticos de automóviles, etc.). Ello implica que se empieza a prescindir de una buena cantidad de trabajo vivo, aumentando la inversión en instalaciones, maquinarias, sistemas computarizados, y todo lo que favorece el autoservicio. Tal situación va llevando por sí sola a “cerrar” la salida que se había encontrado para mejorar la tasa de ganancia (y para evitar la hiperdesocupación), apareciendo nuevamente el “peligro” de su automatización total. Y esta vez, al parecer, excepto la confrontación por imponer el monopolio propio, no queda ninguna salida nueva a la inversión capitalista, en su interés de al menos mantener los niveles de la tasa de ganancia, de la que a su vez depende la rentabilidad de todo capital financiero. Porque a esta situación, no sólo se agrega el factor ya señalado de las siempre severas limitaciones del mercado o sobreproducción relativa, a causa del cada vez más escaso poder adquisitivo de las mayorías (con más desocupados, etc.), sino que aunque los consumidores sean los más adinerados, hay también otro límite al que ya prácticamente se está llegando, y lo constituyen los propios **impulsos**. Las posibles necesidades del hombre son el nuevo “obstáculo”. No quedan muchas más necesidades para inventar, a excepción de que se hagan transformaciones “obligatorias” en la estructura del cerebro.

11. Impotencia del capitalismo frente a las necesidades superiores del hombre

Las necesidades que quedarían por satisfacer se encuentran por fuera de la “competencia” del capitalismo. Este es absolutamente impotente frente a las necesidades morales y espirituales, de humildad, equidad, de interesarse por el bienestar general, de desarrollar ideales comunes y lograr una vida social más justa y sana. Todo ello es **jurisdicción del socialismo**. No hay “mercado de valores” ético-morales, espirituales, de responsabilidad social, de justicia, respeto, altruismo, franqueza, racionalidad. Este es un mercado cerrado a la voracidad del capital, es la parte mala e “improductiva” que tiene el hombre en la estructura de sus necesidades. Los únicos ideales comunes que puede contribuir a desarrollar el capitalismo son los referidos a su desaparición, a su remplazo por una sociedad más justa y solidaria.

Debe tenerse en cuenta que al decir: necesidades **morales-espirituales**, no se trata de un “par” de necesidades más, que se podrían agregar a aquellas mil necesidades derivadas, de las que habíamos hablado. Si tenemos en cuenta la estructura del psiquismo humano, encontramos que aquellas mil nuevas necesidades sólo hacen, en términos generales, a uno solo de los cuatro campos de valores o intereses absolutos del hombre. Lo económico equivale a lo que entendíamos como el interés material individual. Se refiere a lo que habíamos concebido como el aparato del bienestar personal, que es uno de los cuatro campos de valores e intereses que hacen a la felicidad integral del ser humano. Esto quiere decir que el capitalismo solamente puede favorecer la satisfacción de la cuarta parte de lo que hace a los intereses o necesidades del hombre. Y dentro de esto, cuando mucho a una minoritaria cuarta parte privilegiada de la sociedad. Por lo tanto, dicha satisfacción se reduciría al 1/16 de las necesidades de la humanidad.

La falta de condiciones para la satisfacción de las necesidades y tendencias superiores, que implica el capitalismo, también explica el a veces desconcertante hecho de que miembros de la clase burguesa, que a pesar de tener sus mansiones con todos los lujos y comodidades imaginables, vivan infelices, ansiosos, deprimidos, “vacíos” en su interioridad, y terminando muchas veces en el suicidio. Ello se debe a que la felicidad, más allá de una mínima seguridad material y la posibilidad de experimentar ciertos goces materiales, depende, entre otras circunstancias, del resto de necesidades y motivaciones esenciales y absolutas del hombre, es decir, de todos los elementos que hemos heredado de lo que eran las relaciones sociales en la vida de una tribu, como por ejemplo: el interés por el bien común, la espontánea

voluntad de ayudar a los compañeros, el sentirse iguales uno con el otro, el saber compartir no sólo los bienes sino los “momentos” con amistades sinceras y desinteresadas, el luchar por objetivos e ideales grupales y trabajar con un generoso entusiasmo en ello. Al no haber nada de esto en la vida típica de un burgués, sólo le queda aspirar a mejorar su situación a través de la adición aritmética de su dinero, con el pobre razonamiento de que a mayor cifra más bienestar, siendo imprevisible en lo que puede terminar ese callejón sin salida.

Aquellas tres cuartas partes restantes de la estructura motivacional del psiquismo humano también pueden a su vez tener miles de ramificaciones en los distintos hechos y condiciones de su manifestación en la vida social y en las relaciones humanas. Tales necesidades superiores del hombre, basadas en elementos morales y espirituales, son insobornables por su propia naturaleza, son elementos hostiles al capitalismo. Pero lo peor es que el capitalismo es hostil con ellas. Su ley fundamental, que es la de la selva social, obliga a la desconsiderada lucha de todos contra todos, y esto impide su natural funcionamiento. Por ello, las **virtudes personales**, como la sinceridad, la humildad, el compañerismo, la lealtad, la responsabilidad social, la generosidad, el respeto, la justicia, son “mercancías” devaluadas y ridiculizadas por el sistema, sólo aceptables, y hasta cierto punto, en los sermones del religioso. Luego, los ideales de **bienestar social** o grupal, junto a todos los valores allí implicados, son elementos sin “importancia”, cuando lo que se impone es aquella ley fundamental, donde los más poderosos, además de pelear entre sí, están siempre atentos para unirse y aplastar a los más indefensos. Y respecto a las virtudes, identificaciones e **ideales morales de grupo**, en esto no tiene toda la “culpa” el capitalismo. La falencia al respecto responde en buena medida a las propias características antinaturales de las grandes sociedades modernas en relación a la vida de una tribu, para la que se formó el psiquismo humano. Fuera de ciertos sentimientos regionales, deportivos o nacionales, pero en general sin compromiso personal directo, no hay reemplazantes genuinos para la identificación con la propia tribu y/o con los subgrupos de ésta en el plano moral, así como para cubrir la necesidad de emulación y competencia natural en ese mismo plano moral. Pero de esto precisamente hemos tratado en el anterior capítulo, y es uno de los aspectos más importantes al que daría solución la aplicación del nuevo carácter de las actividades sociales y el trabajo. Inclusive cubriría un aspecto fundamental de lo que es el propio **bienestar material** (que era el campo donde tenía alguna “injerencia” el capitalismo), por el hecho de hacer agradable el trabajo, sintiéndose entusiasmo y “ganas” de trabajar, a lo que se

agregaría, como “yapa”, el aumento de la productividad del trabajo. Pero es cada vez más claro que todo eso sólo es posible bajo la premisa del socialismo, del poder de la clase trabajadora, y siempre y cuando sean los propios trabajadores quienes lo implementen. Esto, en el marco de haber establecido previamente las reglas con respecto a la producción y la distribución, y en función de sus intereses y los de mejorar la vida de la sociedad. Si hubiera algún intento en el capitalismo, no pasaría de ser uno más de los ya conocidos métodos similares que se aplican para aumentar la plusvalía y las ganancias, que son detestados por los trabajadores cuando tienen el grado mínimo de conciencia de la situación.

En conclusión, sólo el socialismo, el gobierno de la clase trabajadora, y a nivel mundial, puede orientarse firmemente y sin obstáculos a dar satisfacción a todas las necesidades del hombre, y de toda la humanidad, hasta hoy insatisfechas. Es el único camino posible para desarrollar la producción de bienes y servicios hacia la **automatización** y la **superabundancia absoluta**, que permitan la libertad del hombre para poder disfrutar la vida y la práctica de las diversas actividades que reemplazan naturalmente al trabajo, como son el juego, el deporte, el arte, la ciencia, o lo que al “hombre” se le dé la gana. Inclusive **trabajar** si eso es lo que prefiere, ya que el trabajo sería a la vez todo aquello junto; sería un entretenimiento; se lo haría principalmente con la motivación con la que se realiza libremente una obra de arte. Todo esto, siempre, en un marco de salud social y fraternidad de las relaciones, garantizadas por una niñez feliz y una verdadera educación humanística, centrada en el desarrollo de las virtudes personales y de todos los valores morales-espirituales que favorecen la vida social y las relaciones humanas.

12. Papel del proletariado de los países más desarrollados

De todo lo que acabamos de ver, lo que se rescata de acuerdo a nuestro interés original, y con lo que procedemos a retomar definitivamente el camino que nos conduce a la transformación de la vida social, es la existencia de una sola clase trabajadora o proletariado, como clase ampliamente mayoritaria, cuyos miembros comparten idénticos intereses objetivos. Esa clase, y sólo ella, es la que tiene en sus manos la posibilidad y la responsabilidad de llevar a cabo la tarea. Dicha tarea significa nada menos que dar por comenzada la verdadera historia humana; poniendo fin, al mismo tiempo, a lo que en un futuro se concebirá como la última etapa del increíblemente bárbaro proceso prehistórico de civilización humana.

Decíamos que el proletariado constituye una clase esencialmente homogénea y ampliamente mayoritaria. La característica fundamental que comparten sus integrantes es la de encontrarse sin derechos sobre los medios de producción y de trabajo, y sometidos sin distinciones a las condiciones de explotación capitalistas y/o de desesperación por no conseguir los medios de vida. Esta situación real, objetiva, no es “creación” del marxismo. Si Marx hubiera sufrido una grave lesión cerebral en su niñez, igual habría capitalismo y explotación, y también sería cierto que sólo la unidad y la decisión de todos los proletarios del mundo sería la única solución posible para la creación de un mundo mejor y más justo. Resulta totalmente impensable, desde la existencia objetiva de esa situación, cualquier otra forma de lograr justicia, que no implique el rol protagónico de la clase trabajadora, es decir, de quienes sufren tal injusticia. No puede haber otra manera de imponer las condiciones que permitan vivir en una sociedad que contemple las necesidades humanas, si no es con el predominio de otros valores e intereses, distintos a la ganancia capitalista.

La burguesía, además de ser muy poderosa, es una clase “loca”. Y como no entiende razones, durante los cada vez más cuestionados y “aburridos” consejos de los religiosos (que inclusive tienen el “atreimiento” de acusar al capitalismo calificándolo de “salvaje”), sólo piensa en las ganancias y riquezas, sin importarle el ya abaratado “costo moral”. No hay “terapia sociológica” para la fobia al trabajo y la adicción compulsiva por la ganancia y la “vida fácil”, de una clase social con todo el poder en sus manos. Por eso son ingenuas, cuando no malintencionadas, las posturas seudorrevolucionarias que sostienen que hay que esperar una transición gradual del capitalismo al socialismo, basada en una mágica “humanización” del capitalismo, hasta su conversión en socialismo. Para ello habría que sentarse a esperar que los poderosos capitalistas se “conviertan al marxismo”. Por eso, sólo la clase trabajadora puede ser convincente, a través de su unidad y del ejercicio del inmenso poder que dicha unidad le confiere.

La importancia de tener esclarecida la raíz económica del porqué hay una sola clase trabajadora o proletariado radica en que con ello se puede vislumbrar el verdadero eje de la lucha de clases, focalizando correctamente el “centro de gravedad” del proletariado como clase revolucionaria. También es importante esta consideración para el adecuado desarrollo de la **conciencia de clase**, que es un elemento de primera importancia para que los trabajadores se propongan cambiar la sociedad.

Veamos las razones del especial papel del proletariado de los países más desarrollados. El motivo principal, a los fines de lo que aquí se está planteando, es, en principio, el hecho casi obvio de que allí donde se encuentran

estos trabajadores reside el centro de lo que es la base del poder económico, el núcleo del dominio sobre la producción preponderante de la época, cuya posesión es estratégica en todo sentido, y tiene una decisiva influencia y repercusión globales en toda la periferia. Y luego, porque siguiendo la lógica y las leyes del materialismo histórico, y al contrario de lo que a veces puede parecer, allí es donde se cumplen más sobradamente las condiciones objetivas indispensables para el exitoso cambio del poder de clase y del sistema económico. Ello es así, porque es en esos centros donde se hacen más claras las limitaciones del capitalismo, donde se hace más amplia y notoria la diferencia entre lo que se produce y lo que realmente se podría producir para satisfacer las necesidades de toda la humanidad. Con ese desarrollo concreto, palpable, del potencial productivo, la clase trabajadora puede manejar con éxito la producción, garantizando el claro mejoramiento en cuanto a la satisfacción de las necesidades de la sociedad, que es el motivo fundamental por el que debe asumir el poder social. Mejoramiento este, que el sistema vigente ya ni siquiera puede prometer, por haberse trabado y enredado en sus propias contradicciones funcionales. Por eso, en esta época, y en las sociedades con mayor capacidad productiva, es donde y cuando se cumplen con más plenitud aquellas condiciones objetivas, materiales, para darle racionalidad a la producción y a su distribución. También allí, y bajo tales premisas, es donde se puede evaluar y planificar con cierta facilidad y realismo sobre el aspecto cualitativo de qué es más conveniente producir y desarrollar, según las prioridades de las necesidades sociales y humanas en general. Por su parte, tales condiciones de previo desarrollo de la capacidad productiva de la sociedad facilitan la posibilidad de reorganizar el contexto general de la actividad laboral, con el propósito de hacer más agradable y humano el trabajo. Todo esto es algo que el criterio basado en la sola irracionalidad de hacer lo que indique la tasa de ganancia o el mercado, no está en condiciones de considerar.

Otra de las razones sobre la importancia del papel de los trabajadores de los centros más desarrollados es que ellos tienen en general un mayor nivel de instrucción y de acceso a los conocimientos de las ciencias. Pueden asimilar en mayor grado la influencia cada vez más general de la concepción científica del mundo. Su adopción en el modo de pensar de los pueblos, al menos en nuestros tiempos, va en aumento según el desarrollo general de la sociedad. En otras épocas, las concepciones de la ciencia no eran lo predominante en la manera de pensar de los pueblos, además de ser más rudimentarias y menos convincentes, por lo que no lograban imponerse. Pero hoy, mientras más desarrollada se encuentre una sociedad, más influencia tiene el modo de pensar que dimana de los conocimientos sobre el hombre y

la Naturaleza. Esto permite que los trabajadores estén en mejores condiciones de comprender su lugar en la sociedad y en la historia, así como su misión en ella; es decir, tienen una mayor capacidad básica para contrarrestar el cotidiano aluvión ideológico que tiende a impedir que se entienda con claridad algo que es sencillo en definitiva, como por ejemplo que no hay seres superiores e inferiores, sino un grupo de vivos que consumen y derrochan sin producir nada, lo que obliga a tener que trabajar más horas de lo necesario sólo para satisfacerlos. Por su parte, ese mayor grado de conciencia significa también una condición favorable para encarar con un mejor panorama el rol protagónico en la conducción de la nueva sociedad.

Por otro lado, es cierto que esos trabajadores, en comparación con otros proletarios del mundo, están en una mejor situación económica; aunque no así en lo moral por ejemplo, ya que son menospreciados por las valoraciones del capitalismo; son los “tontos perdedores” del sistema. Sin embargo, la condición de estar un poco mejor en lo material podría ser considerada como negativa a aquellos efectos, y donde se podría pensar que el hecho de ser algo así como los esclavos “acomodados” del palacio imperial los hace más conservadores. Si bien dicho factor puede tener su influencia, la misma sería muy limitada. Fuera de la gigantesca influencia de la ideología imperante, que llega hasta el último rincón de la sociedad con un efecto destructivo y a veces desolador sobre la conciencia de los trabajadores, no habría otro motivo importante que los haga más desinteresados por los cambios con respecto a los proletarios de los países menos desarrollados, también muy conservadores según las circunstancias.

En términos económicos, los proletarios de las sociedades capitalistas más industrializadas, en realidad son de los más explotados en cuanto a la generación de riquezas y ganancias para los capitalistas, y cada vez en mayor escala. La mayor productividad del trabajo, permitida por la aplicación de los más avanzados medios tecnológicos en los distintos rubros, hace que aquéllos produzcan mucho más de lo que consumen. Son en definitiva los desposeídos, los pobres de su sociedad, porque, al igual que en cualquier otro aspecto, el **promedio social** es el determinante de esa condición. Al estar en peores condiciones que el resto de clases o capas sociales, adquieren automáticamente la condición de una pobreza relativa, pero sufrida como absoluta, y sólo calmada por los sueños y fantasías de riqueza y salvación individual. Aspiraciones estas, promovidas por los valores e ideales del “egoísmo” que la burguesía dominante generaliza en la sociedad, y con los que los trabajadores son engañados en su conjunto como clase. Pero fuera de las falsas ilusiones, **son trabajadores**, y lo más probable y realista es que

sigan siéndolo. Por eso, en los hechos, en la realidad cotidiana, tienen mucho menos de lo que les corresponde. Con su trabajo crean todas las riquezas que otros disfrutan y dilapidan. Por ello, aunque no sean tan pobres si se los compara con los millones que sufren hambre en el capitalismo, al menos lo son en el reparto de las **cargas**. Son los “burros” que reciben todo el peso encima. Son los que están obligados a **trabajar** en una cultura en la que los valores dominantes contienen las reminiscencias y resabios de la esclavitud, donde el trabajo no era para los hombres libres. Para éstos era un deshonor trabajar. Eso era para los animales y los esclavos. ¿No es pobreza esta condición de tener que hacer todo el sacrificio mientras los otros sólo consumen y satisfacen el “impulso de rascado”?. Porque es indudable que se podría producir lo mismo si todos trabajaran media jornada, en vez de que uno esté obligado a trabajar la jornada completa y el otro “nada”. ¿Qué importa si uno y otro tienen lo mismo en lo material, cuando uno sufre el perjuicio del esfuerzo y de la pérdida de un **tiempo** de vida y de libertad entregados en intervalos de muchas horas diarias, y el otro disfruta de libertad absoluta?. Si en vez de igualarlos en lo material, como acabamos de hacer, los igualáramos en libertad, nos quedaría que uno igual tendría todos los bienes a su disposición, mientras que el otro no tendría nada. Eso es pobreza. Es por ello que los burgueses, en el día de los trabajadores, que ellos llaman “día del trabajo”, brindan y festejan por esa inagotable fuente de sus riquezas que es el trabajo ...ajeno. Toda esta situación de básica injusticia es de por sí indignante. Y la notable firmeza de las luchas y las huelgas que suelen llevar adelante los trabajadores de aquellos países demuestran que el hecho de tener mucha paciencia, y a veces un poco de “pereza” respecto a su misión histórica como clase, no quiere decir que les guste ser tomados por tontos.

Pero no tiene sentido el adoptar como propios los valores ajenos a la clase trabajadora. La “salvación” no es pasarse al bando contrario para dejar de trabajar y disfrutar del trabajo ajeno. Por un lado, porque no hay mucho “cupó”. No todos los trabajadores pueden ser burgueses. Pero además no es necesario dejar de trabajar. Es muy valioso ser trabajador. Hace falta que alguien trabaje. Hay que reafirmar los propios valores de la clase, del trabajo, de aportar al bien común, de vivir con solidaridad. El supuesto “éxito” de pasar al bando contrario implicaría obtener alguna riqueza material, pero sería también adquirir la peor pobreza de valores. No hace falta el “salvavidas individual” cuando el barco es muy grande y sobra lugar para todos los trabajadores.

Los ideales comunes orientados a lograr una nueva sociedad, en realidad no son más difíciles de alcanzar que aquellas ilusiones y sueños individua-

les. Los valores e ideales burgueses, que esencialmente son los del egoísmo “activo y consecuente”, suelen aparecer como los valores de toda una cultura o de un país. Pero no hay que olvidar que la clase dominante tiende a **generalizar** sus valores, y a veces terminan siendo adoptados por toda la sociedad, aunque para la mayoría trabajadora no signifiquen nada en su vida cotidiana. Pero hay otros valores e ideales mucho más dignos y reconfortantes para el ser humano, más saludables, y que son los que corresponden a los intereses y a la vida de los trabajadores. Estos no son otros que los valores positivos absolutos del hombre, como la justicia, la abnegación, el **trabajo** que hace al bienestar de todos, el luchar por ideales comunes. Todo eso es motivo de risa para la ideología burguesa.

En síntesis, los trabajadores de las sociedades más desarrolladas, con sólo tener medianamente esclarecida su condición social y su deber histórico, lo que implica el rechazo a la naturaleza deplorable de los valores e ideales egoístas inculcados, pueden ejercer un confiable y seguro liderazgo del poder mundial de los trabajadores. Pero si eventualmente no lo fueran, y el liderazgo lo ejercieran trabajadores de otros países menos desarrollados, lo que constituiría un camino más difícil, al menos serían siempre esencialmente confiables como parte imprescindible para el éxito del proletariado en su misión histórica de transformar el mundo.

13. Democracia y dictadura

Puede existir algún temor de que en la nueva sociedad, a pesar de las grandes ventajas que se vislumbran, se pierdan algunos elementos que se consideran positivos, sobre todo por estar acostumbrados a ellos. Pero esto no tiene porqué ser así. Si ha sucedido antes, ha sido por las mismas razones ya señaladas sobre la desvirtualización del socialismo, originada principalmente por el triunfo político de una casta de dirigentes que finalmente se consolidó en el poder, haciendo desaparecer el elemento esencial que define al socialismo: el poder de decisión de los propios trabajadores. Dicha capacidad de decisión se la fue arrogando cada vez en mayor grado esa burocracia dirigente, ajena a los trabajadores, ejerciendo una presencia asfixiante, que terminó impidiendo el funcionamiento de la auténtica democracia que es el **socialismo real**, verdadero, el ejercicio de la voluntad directa de los trabajadores.

A los fines de evitar que se produzca tal situación, es importante que los trabajadores, con la ayuda de los conocimientos de las ciencias, se propongan como primera prioridad la creación de mecanismos eficaces y realistas

en cuanto a la posibilidad de su funcionamiento, que garanticen el control y la ejecución de las decisiones de las bases, de los propios trabajadores. Uno de los instrumentos tendientes a asegurar ese control y ejercicio permanentes de la voluntad de los trabajadores podría ser, por ejemplo, la simple medida de fijar, cada cierta cantidad de tiempo (cada un mes, por ejemplo), media jornada de trabajo dedicada a la realización de asambleas, con la presencia de especialistas que aporten datos y ayuden a pensar con realismo. En tales órganos de discusión, se evaluaría cómo se están haciendo las cosas, si hay que revocar o no a alguien de su puesto, si hay que modificar los ingresos que se perciben por determinada función, etc., y donde los propios trabajadores lleven preparadas sus propuestas e iniciativas, ante la obligatoria presencia de representantes de organismos encargados de recoger y ejecutar los mandatos.

Si tales propuestas tuvieran un alcance más general, donde es claro que deben intervenir en la decisión el resto de trabajadores, en principio parecería necesario habilitar grandes estadios para realizar asambleas más representativas. Pero, obviamente, además de no ser suficiente para albergar a millones de trabajadores, sería imposible que todos hagan uso de la palabra. Sin embargo es indispensable que todos intervengan y opinen. Una solución para esto sería, por ejemplo, que las iniciativas correctamente argumentadas, y surgidas en calidad de mandatos de las asambleas realizadas en los lugares de trabajo, sean elevadas reuniéndose con otras propuestas similares originadas en el resto de asambleas de la región o del ramo de trabajo, para ser debatidas en niveles mayores. Las exposiciones de tales propuestas y los debates sobre las mismas se realizarían en esos niveles más amplios, a modo de asambleas representativas de delegados, con la presencia de los propios impulsores, acompañados por quienes los asesoren y asistan técnicamente, así como de los que se opongan a las iniciativas y/o tengan la **función** de objetarlas. Estos debates serían presenciados a través de pantallas gigantes durante las asambleas reglamentarias y normales en los propios lugares de trabajo. Una vez finalizado el debate de la asamblea representativa, se pasaría a debatir internamente en cada asamblea de fábrica o de lugar de trabajo, emitiéndose finalmente los votos. La votación afirmativa en esta última instancia sería la única vía por la que se consideraría apoyada una iniciativa, resultando en tal caso una decisión política concreta a llevar a la práctica.

Por supuesto que las iniciativas podrían surgir de los distintos sectores de la sociedad, o de cualquier individuo en definitiva. Pero en todos los casos las **decisiones** serían adoptadas o rechazadas por los propios trabajadores mediante el mecanismo visto.

Todo lo dicho no debe ser tomado como si fuera el producto de una gran elaboración. Simplemente apunta a mostrar una posible dirección que debería tomar el estudio del problema. Y esto último sí requiere atención. Porque lo visto en el ejemplo no significaría una pérdida inútil de tiempo y de capacidad productiva como lo vería “escandalizada” la patronal burguesa. Se trata del **corazón** del socialismo. Si no hay un ejercicio real y directo del poder y la voluntad de la clase trabajadora, sencillamente no habrá socialismo; no habrá ninguna **garantía** de justicia ni de ninguno de los elementos esenciales que lo definen.

En relación al sentido, a la “idea” del ejemplo recién mostrado, hay que detenerse en la importancia que tienen algunos detalles, como por ejemplo que las asambleas se realicen en el **lugar** y en el **horario** de trabajo, es decir, que sean una **responsabilidad como parte del trabajo**. Ello garantizaría la presencia real en la discusión y en las decisiones. Porque es claro que si, por ejemplo, se convocan asambleas de manera imprevista, en otro sitio y fuera del horario de trabajo, eso no es realista, es una trampa a la democracia. Si en tal caso no concurriera “nadie”, los dirigentes convocantes dirán: ¿para qué molestarnos, si nada les interesa y sólo quieren quedarse en su casa a beber unos tragos y ver televisión ? ¡Mejor decidir por nuestra cuenta !. Ese sería el engaño, sería una muestra de cómo evitar la democracia obrera. Después del agotamiento de la jornada laboral, es natural preferir descansar y disfrutar lo que queda del día. Las propias leyes psicológicas determinan que se prefiera eso casi sin dudar.

Debe notarse que lo que subyace a ese simple hecho: la concurrencia o no a las asambleas, es aplicable, en lo esencial, a todos los órdenes y niveles de la vida social y política. Existe una infinidad de artimañas posibles para evitar la intervención directa de la clase trabajadora en las decisiones. Pero al mismo tiempo, se pueden encontrar los antídotos, es decir cada una de las contra-artimañas a las que los trabajadores y los verdaderos dirigentes obreros deberán prestar mucha atención. Porque de la **creatividad**, y de la adecuación a las propias leyes de la conducta humana en última instancia, depende el surgimiento y la implementación de métodos científicos para que esa intervención y control directos de la clase trabajadora **funcionen**, pero con autonomía en el tiempo y sin decaer en ningún momento.

Si funciona realmente esa democracia de los trabajadores, no puede haber el menor riesgo de perder nada positivo, ni nada habrá que impida incorporar elementos que mejoren la vida. En tal caso, sólo se haría lo que los propios trabajadores dispongan. Así por ejemplo, si ellos determinan que debe haber iglesias y libertad de culto, o si consideran que la familia no debe alterarse en absoluto, o si quieren formar distintos partidos políticos, sim-

plemente harán su voluntad; y así con cada aspecto de la vida social. Si por ejemplo se “extrañan” los grandes y luminosos carteles de la publicidad comercial, se puede decidir conservarlos, y hasta darles más colorido, cambiándoles, si se considera oportuno, sus chocantes mensajes por frases, pensamientos, poemas o pinturas artísticas. Nada que se considere positivo para la vida puede quedar excluido.

Lo único que los trabajadores deberán asegurarse de no perder, y que si lo pierden se les escaparía de las manos todo lo conquistado, es el poder económico, el control sobre la producción y su distribución, así como el necesario poder político y todo lo que haga a su condición de clase dominante. En otros términos, deben aprender de lo que hoy hace la burguesía, deben respetar la sabiduría de la “experiencia”. La clase capitalista permite, por ejemplo, la libertad de los partidos políticos, pero siempre y cuando se ajusten a la condición de no amenazar seriamente su poder económico, su calidad de clase dominante. Si suponemos, a modo de hipótesis, que en un país capitalista, inclusive de aquellos en los que se presume que hay “mucho democracia”, ganara las elecciones por amplia mayoría un partido obrero que propone la expropiación y el control por parte de los trabajadores, de las grandes fábricas y de todos los medios fundamentales de producción, en el momento de disponerse de buena fe a llevar adelante tales medidas apoyadas por el voto y la voluntad populares, automáticamente se esfumaría la “democracia” como tragada por la tierra.

Sucede que los capitalistas podrán tener muchos “defectos”, pero no son tan estúpidos. Por eso, en tal caso, por altas razones de “patriotismo” y de “justificada necesidad”, se haría presente de inmediato, y con una coordinación institucional propia de la experiencia del poder, el fundamento originario y a la vez el recurso último, siempre vigente y en estado latente, del dominio de una clase: la **fuerza**. La propia historia reciente demuestra que el pronóstico de tal hipótesis todavía no ha fallado.

El voto, en el sistema burgués, es inútil a los fines del proletariado. Por una parte, sabemos de los muchos millones que invierte la burguesía en sus enormes campañas electorales, presentando sus candidatos (“enfrentados”) como las únicas opciones, y asegurándose, mediante la importante ventaja de ser los propietarios de los medios de difusión, de que sean “correctas” las decisiones electorales. Pero si llegara a fallar este confiable método hasta hoy bastante exitoso, y tales decisiones del electorado fueran “incorrectas”, quedaría igualmente el recurso del método recién mencionado. Por eso, los trabajadores, más que a las elecciones burguesas, deben prestar atención a su organización como clase, a sus propios métodos de lucha.

La democracia capitalista perdura el tiempo que consiga mantener el éxito de su gran aparato ideológico en su función de confundir a los trabajadores, en su tarea de garantizar la improbabilidad de resultados electorales “indeseables”. Pero como se podrá apreciar, así “cualquiera” es democrático. Porque de igual modo, los esclavistas, por ejemplo, aunque tenían el recurso de la fuerza y del látigo siempre a su alcance, tampoco lo usaban cuando no era necesario. ¿Para qué hacerlo ante la obediencia y la sumisión?. Sólo se lo empleaba “excepcionalmente”.

Por ello, lo único que necesita asegurarse la clase trabajadora es lo esencial, su condición de clase dominante, el poder político y el control sobre la producción y la distribución. Todo lo demás, mientras más variado y colorido, mejor.

Pero analicemos qué es la democracia. Apelando nuevamente al diccionario, y como todos sabemos, proviene del griego *demokratía*: *démos* = pueblo, *kratos* = autoridad, o sea autoridad del pueblo. Pero está claro que fuera del comunismo primitivo de la tribu, históricamente la autoridad real, de hecho, siempre ha estado (con voto o sin él) en una clase minoritaria: la propietaria de los medios de producción.

Aquel significado original de democracia se ha tergiversado, y actualmente se lo entiende, en general, como lo contrario a dictadura. Pero obsérvese que si la dictadura es la forma en la que el pueblo ejerce su autoridad sobre algunos individuos antisociales, y de acuerdo al significado del término, seguiría siendo una completa democracia. De todas maneras, aceptemos por un momento el sentido que ha adquirido el concepto, y concibámoslo como se entiende hoy, esto es, como sinónimo de voto y elecciones entre partidos políticos libremente constituidos. Pero esto no lo analizaremos sino desde la realidad, desde la previa consideración del hecho de que hay una clase dominante en la sociedad. Así, desde el momento en que existe esa dominación, ya hay una dictadura en términos absolutos. Esa clase “dicta”, o en forma “dura” (dictadura) o “blanda” (democracia), pero igual dicta. Son las dos formas por las que la clase dominante gobierna o manda y establece sus reglas y sus leyes. Por ello, puede haber **dictadura burguesa** o **democracia burguesa**; pero son dos formas de ejercer la dictadura absoluta. En ambos casos, la burguesía, que es la propietaria de hecho de la producción y de todos los medios de trabajo, dispone sobre la vida económica, y por consecuencia sobre lo más general y esencial de la vida social. Entonces, cuando hay una clase dominante, tenemos que existe una básica **dictadura absoluta** (o condición dictadora si se quiere evitar lo de “dura” como elemento de confusión), y luego **dictadura** o **democracia relativas**, como dos posibles formas de aquella condición absoluta. Esto es

igual que la relación del movimiento y reposo relativos de la materia, que son dos formas de lo que es movimiento absoluto.

Ahora, si el poder está en manos del proletariado, ocurre lo mismo pero a la “inversa”. El poder o dictadura absoluta de la clase trabajadora puede ocurrir también en forma de dictadura o democracia relativas, pero sin salir de esa dictadura absoluta, que es su condición de clase dominante. Por eso, cuando el poder de la clase trabajadora (o de cualquier clase dominante) se ve amenazado, allí adopta la forma de dictadura relativa, que se suma a la básica dictadura absoluta. Y cuando no hay riesgo (esto ocurriría plenamente si el socialismo triunfa en todo el mundo, desapareciendo el hostigamiento del imperialismo burgués), habrá democracia y libertad política.

Pero hay algo más. En plena dictadura de los dos tipos (absoluta y relativa), ejercida por cualquier clase social, la misma es tal respecto al resto de la sociedad. Porque dentro de la clase que impone la dictadura, por lo general hay **democracia interna**; es decir, entre los miembros de dicha clase discuten y resuelven democráticamente cómo ejercer esa dictadura para “afuera”. Así, si es el proletariado la clase, veremos que la más dura de las dictaduras para afuera, o sea para la burguesía remanente, etc., es a la vez, o **debería serlo**, la máxima democracia obrera, donde todos los trabajadores decidan democráticamente, con los métodos más perfeccionados posibles, qué se hace en la sociedad o cómo se emplea ese poder de la clase.

Por último, aún suponiendo esta última situación, que sería la peor de las “porquerías” según el punto de vista burgués, sería todavía democracia plena en términos objetivos y absolutos si volvemos al significado original, y único válido en definitiva, del concepto de democracia, que es autoridad del pueblo. Pero como ya no estamos en la antigua Grecia esclavista, donde los esclavos, los que trabajaban, no eran parte de ese “pueblo”, debemos actualizar el concepto y hacerle un pequeño agregado: **autoridad del pueblo trabajador**, de la clase trabajadora, amplia mayoría del pueblo, y por ser la que trabaja, es la clase que tiene **autoridad moral** para decidir sobre el destino de los productos del trabajo.

Sin embargo, como ya lo habíamos dicho, no es siempre necesaria esa dictadura absoluta y relativa de la clase trabajadora. Esto por lo general es necesario en los primeros momentos luego de haberse conquistado el poder, el que, obviamente, se debe consolidar; o también ante la seria amenaza y el hostigamiento externo de la burguesía imperialista, como lo sería, por ejemplo, el caso sufrido durante toda su historia por el socialismo cubano. Pero en la medida en que los trabajadores tengan consolidado el poder social, asegurándose de que no volverá la explotación y la inseguridad de trabajo

sobre ellos, deben ir ampliándose cada vez más las libertades políticas. Sobre todo (y esto se puede hacer igual en épocas de amenaza para el poder del proletariado) en la formación de otros partidos de la misma clase trabajadora, que aporten elementos a la discusión colectiva sobre qué le conviene más a dicha clase. Esto, hasta lograrse la libertad absoluta, garantizada por el normal y saludable desarrollo de los valores naturales del hombre en toda la sociedad, recuperándose el interés y la responsabilidad por contribuir al bienestar común, en un marco de salud moral, equidad y racionalidad. Este gradual proceso supone la agudeza para distinguir entre los “fantasmas” y los verdaderos peligros sobre la condición dominante de la clase trabajadora.

14. El insuperable poder de la clase trabajadora

Son bastante comunes las expresiones tales como: “el mundo es injusto”; “una minoría de la humanidad se queda con la mayoría de las riquezas, y viceversa”; “con todo lo que se gasta en armamentos se podría poner fin al hambre y la desnutrición en el mundo”; “se está destruyendo cada vez más la naturaleza”; “la humanidad ha perdido los valores e ideales, y no tiene rumbo”; “millones de niños mueren por causas fácilmente evitables”. Pero todas estas reflexiones, aunque incuestionables como verdades, son inconclusas, les falta “algo”. Es como si algún poder extraño les hubiera amputado el final, la conclusión. Porque si existen, tal como es el caso, sobradas condiciones materiales para evitar tales situaciones, quiere decir que en algún lugar está el problema, algún obstáculo parece haber. Falta encontrar la causa, o identificar al **responsable** si lo hubiera. Porque aquellas expresiones, que son tan ciertas, por lo general son seguidas, a lo sumo, por vagas reflexiones como: “qué ironía de la vida”; “qué mundo éste”; “qué barbaridad”; “lo que son las cosas”. Y luego de ello... asunto terminado.

Pero con eso no hacemos nada. Lo que hace falta decir es que hay un responsable que salta a la vista. Es bastante grande y se ve desde cualquier ángulo: el **sistema capitalista**, y en especial la **clase capitalista**, que es la que gobierna al mundo, así como todos los gobernantes y políticos que sirven a esa clase y al mantenimiento del capitalismo. Dicha clase es la que dirige la economía, la que es dueña de los medios de vida, la que dispone sobre la producción y la distribución, y la que, no en las palabras sino en los hechos, solamente le interesa mantener y acrecentar sus ganancias y privilegios. Y de esto último no hay que olvidarse. No se puede humanizar lo

inhumanizable como es el interés por la ganancia, que es la esencia del sistema capitalista. Para humanizar al capitalismo habría que hacer que deje de ser tal. Todo un absurdo.

Entonces, luego de identificar al agente causal, al responsable de las calamidades del mundo, el paso siguiente es buscar la solución, es ver cómo combatir la causa del problema. Afortunadamente existe la solución, y es la que está explicada y demostrada en la ciencia del materialismo histórico, pero que si se busca bien, se puede encontrar también en el sentido común. Esto consiste necesariamente en la tarea histórica de la clase trabajadora, de todo el proletariado, de desplazar del poder a aquella clase en todo el mundo, e instaurar las nuevas reglas y los nuevos valores e ideales para la vida y la sociedad.

Sabemos del inmenso poder, especialmente militar, de la gran burguesía en su actual fase imperialista, desarrollado fundamentalmente para resguardar sus intereses, privilegios y monopolios, es decir su condición de clase dominante en el orden mundial, y que lo exhibe periódicamente en carácter de advertencia hacia quienes intenten poner en duda tal condición. Pero todo ese enorme poder, que resulta eficaz frente a enemigos fabricados por la provocación, y ubicados en ciertos territorios, es inútil frente al enemigo real con el que la historia ha desafiado a la burguesía, y que se encuentra en todas partes y en todos los rincones: los trabajadores.

Claro que la burguesía cuenta con otros métodos más “urbanizados” para conseguir sus propósitos, y constituyen realmente una dificultad para la clase trabajadora. Pero poniendo todo en la balanza, el proletariado tiene potencialmente un poder varias veces superior para los fines de esa lucha. Si bien no se puede llegar a la ingenuidad de creer que no haría falta cierta capacidad de autodefensa por parte de los trabajadores, es de suponer que inclusive con métodos pacíficos, propios de la clase obrera, sería posible ejercer exitosamente ese enorme poder. Solamente basta imaginar cierto desarrollo de la conciencia de clase, más una correcta organización y dirección, agregando la plena firmeza en los propósitos, que permitan llevar adelante, por ejemplo, una exitosa huelga general, con movilización, de todos los trabajadores del mundo, y se verá el poder inconmensurable que reside en sus manos.

Obsérvese que ese hecho imaginario, que en realidad sería algo materialmente simple y fácil con el supuesto de la indispensable organización y claridad de lo que se quiere, estaría a un paso del objetivo. Porque si se realiza con éxito esa medida, de acuerdo a todo lo que ello implicaría, después de un par de ensayos confirmatorios del propio poder, sólo habría

que dar un paso más y resolver, por ejemplo, llevar a cabo simultáneamente en todo el mundo, y en el mismo día, la toma pacífica de **Todo**. Así, al día siguiente, luego de superados algunos inconvenientes surgidos del desordenado intento de la burguesía de controlar lo incontrolable, comenzaría la tarea y la responsabilidad de cambiar la vida de la humanidad.

Hasta podríamos seguir imaginando, ya que esto es “fácil”. Con la premisa de aquella gran organización que permitiera la exitosa huelga general con movilización en todo el mundo, se podría inclusive fijar y anunciar con bastante antelación la fecha de la revolución mundial. Esa anticipación permitiría la adecuada distribución de las tareas y responsabilidades en los lugares de trabajo, así como la planificación de la producción y su distribución, el cambio de moneda, etc. Frente a esto la burguesía nada podría hacer a pesar de esa antelación. La propia fecha establecida de manera irreversible para ese gran acontecimiento histórico, en el que a nivel mundial se reemplazarían las fichas para barajar y dar de nuevo, provocaría el creciente entusiasmo y la expectativa de todos los trabajadores del mundo, que sería un fenómeno sociológico con el efecto de una “bola de nieve” en continuo crecimiento. Ello crearía inclusive cierto pánico en los defensores del capitalismo, y un derrotismo similar al acontecimiento de la espera del cometa Halley en 1910. Se trataría de un fenómeno indescriptible, que por sí mismo aseguraría el éxito del gran paso adelante. El fervor popular y la contagiosa certeza de la decisión a llevar adelante, que tendrían el cada vez más sólido respaldo de la confianza general convertida ya en seguridad plena, llegarían a un punto en que la propia burguesía preferiría no ofrecer mayor resistencia.

Prácticamente todo lo dicho hasta acá está resumido, y hasta se podría decir “concentrado”, en dos conocidas frases de Marx, que sólo requieren un poco de atención: “la liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”, y “proletarios de todos los países uníos”.

De lo que hemos tratado se desprende, sobre todo teniendo en cuenta que el mundo en muchos aspectos es cada vez más “chico”, la necesidad de una organización internacional del proletariado, cuya característica fundamental sea la claridad del objetivo, su inquebrantable voluntad de cumplir con su responsabilidad histórica revolucionaria, de lo que depende el futuro de la humanidad. De lo contrario, de no ocurrir con buenos resultados esta alternativa, sólo quedaría esperar para los próximos años más retroceso, más selva social, más derrota obrera con pérdida de derechos y tendencia a la esclavitud, muchos millones de desocupados, aumento de las enfermedades generadas por la miseria, mayor destrucción del planeta, probables guerras

entre países burgueses, surgidas de la hostilidad de la competencia por los mercados limitados, muchísimos niños hambrientos y sin futuro; en síntesis, más barbarie. Y para que se vea que no hemos cambiado de “tema” con relación al planteo del capítulo anterior, habrá que olvidarse de toda felicidad social, entusiasmo, salud mental, transformación del trabajo y de las actividades sociales, y demás “tonterías”. Pero no hay porqué desalentarse. Son dos las posibilidades que se abren para la humanidad.*

15. Conveniencia y realismo de la posibilidad del socialismo científico

Existen todas las condiciones para creer que el socialismo científico, basado en el poder real de los trabajadores, con todas las dificultades que supone, así como la posterior sociedad sin clases y sin Estado, constituyen un camino posible y realista. Lo confirman, en principio, los innumerables argumentos de Marx, en parte aquí resumidos (de manera inevitablemente

* Toda “tercera posición” es falsa o al menos inconsistente. Es siempre un intento de impedir que los trabajadores sean los que impongan sus intereses y su voluntad. Se trata de pseudo-socialismos que quieren que los esclavos “estén mejor”, pero no plantean terminar con la esclavitud. No quieren que dejen de ser esclavos. Pero además, las tendencias que muestran los factores determinantes y condicionantes de las crisis del capitalismo, que hacen que se vayan cerrando las salidas para mejorar o al menos mantener los niveles de las tasas de ganancia, que es de lo que depende la rentabilidad de todo capital financiero, y donde hay muchísimo poder económico-político, nos lleva a suponer que las opciones no son entre el cambio o el no cambio. Lo que se puede vislumbrar es que entraremos a una situación de bifurcación entre dos posibilidades: socialismo o barbarie; entendiendo la barbarie como el preocupante futuro de la previsible aparición de formas de brutalidad sobre la condición humana, como es la regresión a la esclavitud, con jornadas de 14 o 16 horas de trabajo, sin descanso semanal, y con desocupados hambrientos que esperarán en las puertas la suerte de reemplazar al que ya no soporta la exigencia. También es esperable el desarrollo de probables guerras entre intereses monopólicos de las burguesías que controlan los respectivos Estados, en las que cada uno procurará superar su crisis eliminando al competidor, para así imponer su propia condición monopólica. Y esto no es producto de la pura imaginación. Ya sucedió en las tremendas guerras de las más “civilizadas” sociedades del siglo XX. Si no se han repetido hasta ahora, no ha sido por la falta de **condiciones económicas**, sino en gran parte por la existencia de un enemigo común que mantuvo relativamente unida a la burguesía mundial, como lo fue la “amenaza” del socialismo y de los movimientos obreros revolucionarios, hoy provisoriamente derrotados por aquélla.

incompleta).* Pero también lo avala todo lo tratado aquí sobre el psiquismo humano; no tanto en lo que hace al contenido afirmativo, sino sobre todo por lo que se deduce que no existe de todo aquello que la ideología dominante ha pretendido hacer creer, por ejemplo, con los conceptos de “instintos” y “necesidades del individuo”. Dichos conceptos siempre fueron presentados como un solo “paquete” sin abrir, y sobreentendiéndose que su oculto contenido (por supuesto “antisocial”, “malvado” y “egoísta”) era descalificador para el marxismo, que lo refutaba plenamente. Pero una vez abierto el paquete, y volcados los distintos elementos, se puede encontrar que su contenido era algo relativamente sencillo, sin mayores misterios, y que, por el contrario, era reafirmatorio de la **conveniencia** para la vida, así como de la **posibilidad realista** del socialismo y de la ulterior sociedad sin clases. Ello debía ser así en definitiva, porque toda la estructura esencial del psiquismo humano se formó durante la evolución de la especie, en medio del natural comunismo primitivo de la tribu. Por eso, volver a una sociedad donde no haga falta vivir “pertrechados” para afrontar la selva social, y en la que funcionen plenamente los valores y no haya lugar para quienes tengan “preferencia” por el trabajo ajeno, no sería más que recuperar una de las más importantes condiciones naturales de vida, perdida hace muchísimos años. Sería el reencuentro con un clima social de salud moral y espiritual casi desconocido por la civilización en su conflictiva historia.

Finalmente, y volviendo a la propuesta del anterior capítulo, de la transformación del contexto general de las actividades sociales y el trabajo, adecuándolos a las necesidades humanas, así como a los requerimientos del desarrollo productivo de la sociedad, podríamos considerarla, desde nuestra ubicación histórica, como una segunda etapa importante del progreso social, luego de la reorganización general de las relaciones económicas con la consolidación y generalización del socialismo. En tal sentido, las diversas ventajas para la vida social que tendría su implementación, como por ejemplo el mayor entusiasmo por el trabajo, y también por la vida misma, contribuirían a mejorar el socialismo y ayudarían a despejar el camino de la humanidad hacia la sociedad sin clases y sin Estado, hacia la comunidad con autorregulación moral, espiritual y racional, es decir, hacia el logro de lo que Marx concibió como el ideal comunista.

Dicho ideal, si repasamos lo tratado oportunamente sobre las aspiraciones de cualquier tribu primitiva, veremos que es el ideal más natural del hombre.

* Véase Marx Carlos, **El Capital**, Editorial Cartago, Buenos Aires 1974; Marx C. y Engels F. **Obras escogidas**, Editorial Ciencias del hombre, Buenos Aires 1973; Lenin, V.I. **Obras completas**, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1970.

Consiste, entre otros elementos, en la seguridad material y la libertad frente a los apremios de las necesidades más básicas para todos, como premisas para el logro de la felicidad social y la plena realización del ser humano. Supone el desarrollo de la producción maquinizada y automatizada, con el debido cuidado y protección de la naturaleza, hacia la superabundancia de bienes para toda la sociedad, en función de la progresiva libertad de cada uno frente a las exigencias del trabajo, para que la atención se vuelque cada vez más hacia las variadas actividades recreativas, deportivas, educativas, turísticas, artísticas, científicas. Se trata pues del campo más fértil para la verdadera libertad del individuo.-

INTERNET

El texto completo del presente libro está disponible en la dirección: www.fresina.ndh.com.ar y en <http://ar.geocities.com/albertofresina> . El reintegro sugerido por esta entrega es el aporte voluntario del lector, que desde ya se agradece. Opciones:

- 1- Envío de un valor por vía postal, a nombre del autor, dirigiendo correspondencia a Casilla de Correo N° 270, Correo Central, Mendoza, Argentina, código postal 5500.
- 2- Depósito o transferencia a la Caja de Ahorro N° 356000171-7 de Alberto Fresina, en el Banco de la Nación Argentina, sucursal Mendoza.

Comentarios sobre el contenido: albertofresina@yahoo.com.ar - fresina@ndh.com.ar

BIBLIOGRAFIA BASICA

- Best y Taylor. **Bases fisiológicas de la práctica médica**, 10ª edición.
Director: John R. Brobeck. Editorial Médica Panamericana.
Buenos Aires 1982
- Darwin Charles. **El origen de las especies**. Editorial EDAF. Madrid 1985
- Darwin Charles. **El origen del hombre y la selección en relación al sexo**.
Editorial Albatros, colección Los Grandes Eruditos. Buenos Aires
1943
- Desmond Morris. **El hombre al desnudo**. Ediciones Nauta. Barcelona
1980
- Diem Carl. **Historia de los deportes**. Editor Luis De Caralt. Barcelona
1966
- Engels Federico. **Dialéctica de la Naturaleza**. Editorial Cartago. Buenos
Aires 1987
- Engels Federico. **El origen de la familia, la propiedad privada y el
Estado**. Editorial Cartago, Argentina y Editorial Letras, México,
1985
- Epicuro. **Carta a Meneceo y Máximas capitales**. Edición y material
didáctico de R. Ojeda y A. Olabuena. Editorial Alhambra. Madrid
1985
- Freud Sigmund. **Obras completas**. Amorrortu Editores. Buenos Aires 1988
- Hegel G. W. **Ciencia de la lógica**. Edición Librería Hachete. Buenos Aires
1956
- Lambert David. **El hombre prehistórico**. Editorial EDAF. Madrid 1988

- Lenin V.I. **Cuadernos Filosóficos**. Editorial Ayuso. Madrid 1974
- Lenin V.I. **Obras completas**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1970
- Malthus Robert. **Primer ensayo sobre la población**. Ediciones Altaya. Barcelona 1997
- Marx Carlos. **El Capital**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1956
- Marx Carlos. **Teorías de la plusvalía**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1974
- Marx Carlos y Engels Federico. **Obras escogidas**. Editorial Ciencias del hombre. Buenos Aires 1973
- Marx M. H. y Hillix W. A. **Sistemas y teorías psicológicos contemporáneos**. Editorial Paidós. México 1992
- Morgan Clifford T. **Introducción a la psicología**. Ediciones Aguilar. Madrid 1972
- Morgan Lewis H. **La Sociedad primitiva**. Ed. Colofón
- Nizan Pablo. **Los materialistas de la antigüedad, Demócrito - Epicuro - Lucrecio**. Editorial Hemisferio. Buenos Aires 1950
- Pavlov Ivan. **Reflejos condicionados e inhibiciones**. Ediciones Península. Barcelona 1975
- Sheptulín A. P. **El método dialéctico del conocimiento**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1983
- Skinner B. F. **La conducta de los organismos**. Editorial Fontanella. Barcelona 1979
- Whittaker James O. **Psicología**. Nueva editorial Interamericana. México 1984

INDICE

PARTE I: DESARROLLO DEL MARCO TEORICO.....	5
---	----------

CAPITULO 1

LA SELECCIÓN NATURAL Y EL ORIGEN DEL PSIQUISMO HUMANO.....	7
1. La selección natural aplicada al hombre.....	9
2. La selección sexual.....	13
3. Selección natural de tribus y selección sexual.....	15
4. Subordinación de la selección sexual a la selección natural de tribus.....	16
5. Conclusiones.....	17
6. Consideraciones complementarias.....	22

CAPITULO 2

LEYES GENERALES DEL PSIQUISMO.....	27
1. El concepto de lucha.....	27
2. La contradicción psicológica básica.....	29
3. Leyes derivadas.....	30
4. Objeciones a la ley de la decisión.....	32
5. La esencia de la elección.....	35
6. Recuento de las leyes fundamentales.....	35

CAPITULO 3

LAS TENDENCIAS PARTICULARES.....	37
1. El detalle de los impulsos.....	39
2. Vías secundarias que llevan al placer.....	41
3. Vías libres productoras de displacer.....	44
4. Los impulsos y su peso diferencial en la motivación.....	45
5. Los impulsos y la contradicción psicológica básica.....	46

CAPITULO 4

CONSIDERACIONES METODOLOGICAS.....	47
1. Los niveles del psiquismo.....	47
PARTE II: DESARROLLO ESPECIFICO.....	51

CAPITULO 5

EL NIVEL REFLEJO.....	53
1. Substrato neurofisiológico del placer y displacer.....	53
2. El sistema nervioso y la contradicción psicológica básica.....	54
3. El sistema de mantenimiento autónomo.....	56
4. La constancia del trabajo neuronal.....	58
5. La forma de actuar el sistema de mantenimiento autónomo.....	64
6. Formas de vida y actividad de las neuronas.....	66
7. Lo psíquico y su relación con el sistema nervioso.....	70
8. Pasividad de lo psíquico.....	71
9. Las células receptoras de lo psíquico.....	73
10. Influencia del placer y displacer en el sistema nervioso.....	74
11. Los reflejos dirigidos.....	76
12. La tendencia dirigida.....	78
13. Clasificación de los reflejos.....	81

CAPITULO 6

EL SISTEMA DE IMPULSOS.....	83
1. Los microimpulsos.....	83
2. Vías no naturales de intenso placer.....	84
3. Los impulsos particulares.....	86

CAPITULO 7

FUNCIONAMIENTO DE LOS IMPULSOS.....	113
1. El impulso mediador y las metas-medio y metas-fin.....	115
2. El aprendizaje y los impulsos.....	117

3. Lucha entre los impulsos.....	119
4. Lucha en el interior de un impulso.....	121
5. Particularidades funcionales de los impulsos.....	122
6. Los impulsos y los fenómenos históricos y sociales.....	124

CAPITULO 8

LAS TENDENCIAS SUPERIORES.....	129
1. Lo innato y lo adquirido.....	129
2. Los mecanismos de valores.....	132
3. Estructura de las bipulsiones básicas.....	145
4. Particularidades del nivel de las bipulsiones.....	147

CAPITULO 9

EL SISTEMA DE BIPULSIONES.....	151
1. Las bipulsiones particulares.....	160

CAPITULO 10

FUNCIONAMIENTO DE LAS BIPULSIONES.....	207
1. Las bipulsiones y la contradicción fundamental del psiquismo.....	207
2. La esencia acumulada, en las bipulsiones, del funcionamiento de los impulsos.....	217
3. Flexibilidad funcional de la bipulsión del rendimiento personal.....	219
4. Las relaciones humanas y el funcionamiento del sistema de bipulsiones.....	220
5. La bipulsión ética y las relaciones humanas.....	224
6. Valores relativos o adquiridos.....	225
7. La fuente de los valores relativos.....	228

CAPITULO 11

LA MACROPULSION.....	231
1. El trabajo y las actividades sociales complementarias.....	235

CAPITULO 12	
VALORES VIRTUALES E IDEALES.....	239
1. Los aparatos.....	239
CAPITULO 13	
ESTRUCTURA DE LOS APARATOS.....	265
1. Hechos concretos y condiciones virtuales.....	265
2. Impulsos y bipulsiones que forman la estructura de los aparatos...	265
3. Componentes funcionales de los aparatos.....	278
CAPITULO 14	
FUNCIONAMIENTO DE LOS APARATOS.....	287
1. Los ideales.....	287
2. Substrato anímico del movimiento de los aparatos.....	289
3. Clasificación de los ideales y distribución de sus elementos anímicos básicos.....	294
4. La contradicción fundamental del psiquismo y los aparatos.....	296
CAPITULO 15	
EL MOVIMIENTO GLOBAL DEL PSIQUISMO.....	301
1. Recuento de las tendencias necesarias.....	301
2. Las tendencias necesarias y lo consciente e inconsciente.....	302
3. Relación entre los impulsos y las tendencias superiores.....	308
4. Papel directriz de los aparatos.....	311
5. Los ideales comunes y su papel regulador del funcionamiento psíquico.....	314
6. El trabajo: centro de convergencia motivacional.....	315
7. Unidad y superposición funcionales de las tendencias.....	316
 PARTE III: CONCLUSIONES GENERALES Y TRANSFORMACIÓN DE LA VIDA SOCIAL.....	 317

CAPITULO 16

TRANSFORMACION DEL TRABAJO Y DE LAS ACTIVIDADES SOCIALES.....	319
1. El concepto objetivo de felicidad.....	319
2. Condiciones generales para el saludable funcionamiento psíquico	320
3. Aplicaciones en las diversas actividades.....	325
4. Ventajas del sistema desde el punto de vista psicológico.....	328
5. Ventajas del sistema en relación al progreso de la productividad material y cultural.....	335
6. La ley universal del progreso.....	337
7. Factores de los que depende la aceleración o desaceleración del progreso.....	340
8. Condiciones para la aceleración del progreso en el rendimiento del trabajo y las actividades sociales.....	341
9. El ejemplo de Grecia.....	342
10. La unidad de lucha y cooperación.....	343
11. Leyes de la dialéctica, trabajo y psiquismo.....	344
12. Sobre la aplicación del sistema.....	345
13. Salud mental.....	349

CAPITULO 17

LA PREMISA DEL SOCIALISMO.....	353
1. El materialismo histórico.....	355
2. Desvirtualización del socialismo.....	360
3. Esencia del valor económico.....	362
4. El trabajo como creador de valor económico.....	368
5. El modo de producción capitalista y la plusvalía.....	370
6. Conceptos de clase trabajadora, proletariado y clase obrera.....	378
7. El proletariado industrial en relación al resto de la clase trabajadora.....	383
8. El valor económico del trabajo en el socialismo.....	387
9. El dinero.....	389
10. Ley de la tendencia a la disminución de la tasa de ganancia.....	393
11. Impotencia del capitalismo frente a las necesidades superiores del hombre.....	398
12. Papel del proletariado de los países más desarrollados.....	400
13. Democracia y dictadura.....	405

14. El insuperable poder de la clase trabajadora.....	411
15. Conveniencia y realismo de la posibilidad del socialismo científico.....	414
BIBLIOGRAFIA BASICA.....	417

La vida psicológica humana muestra una gran riqueza en relación a la diversidad de los estados de ánimo, propósitos, actitudes, sentimientos, emociones, ideas, necesidades, intereses, valores, ideales. Todo ello se presenta en forma tan variable, errática e imprevisible, que pareciera no responder a ninguna lógica. Esta situación, de tener enfrente a un fenómeno tan desconcertante como es la mente humana, llevó, después de algunos intentos muy valiosos pero sin el éxito suficiente, a desalentar en los últimos tiempos la construcción de sistemas teóricos generales que den explicación al acontecer psíquico. Inclusive se llegó a sospechar que en la vida psicológica del hombre, y en especial respecto a las funciones superiores más complejas, no rige ley alguna.

En este libro se demuestra que con un adecuado enfoque materialista, con la ayuda de las herramientas del materialismo dialéctico, y desentrañando el proceso de formación del psiquismo humano ocurrido durante la lenta transformación del mono en hombre, es posible avanzar en el conocimiento de las leyes que dan orden lógico al aparente caos de fenómenos psíquicos. De ese mismo conocimiento, se derivan a su vez las conclusiones sobre cómo debería ser la vida social para que el conjunto de elementos psicológicos naturales y esenciales funcionen saludablemente.